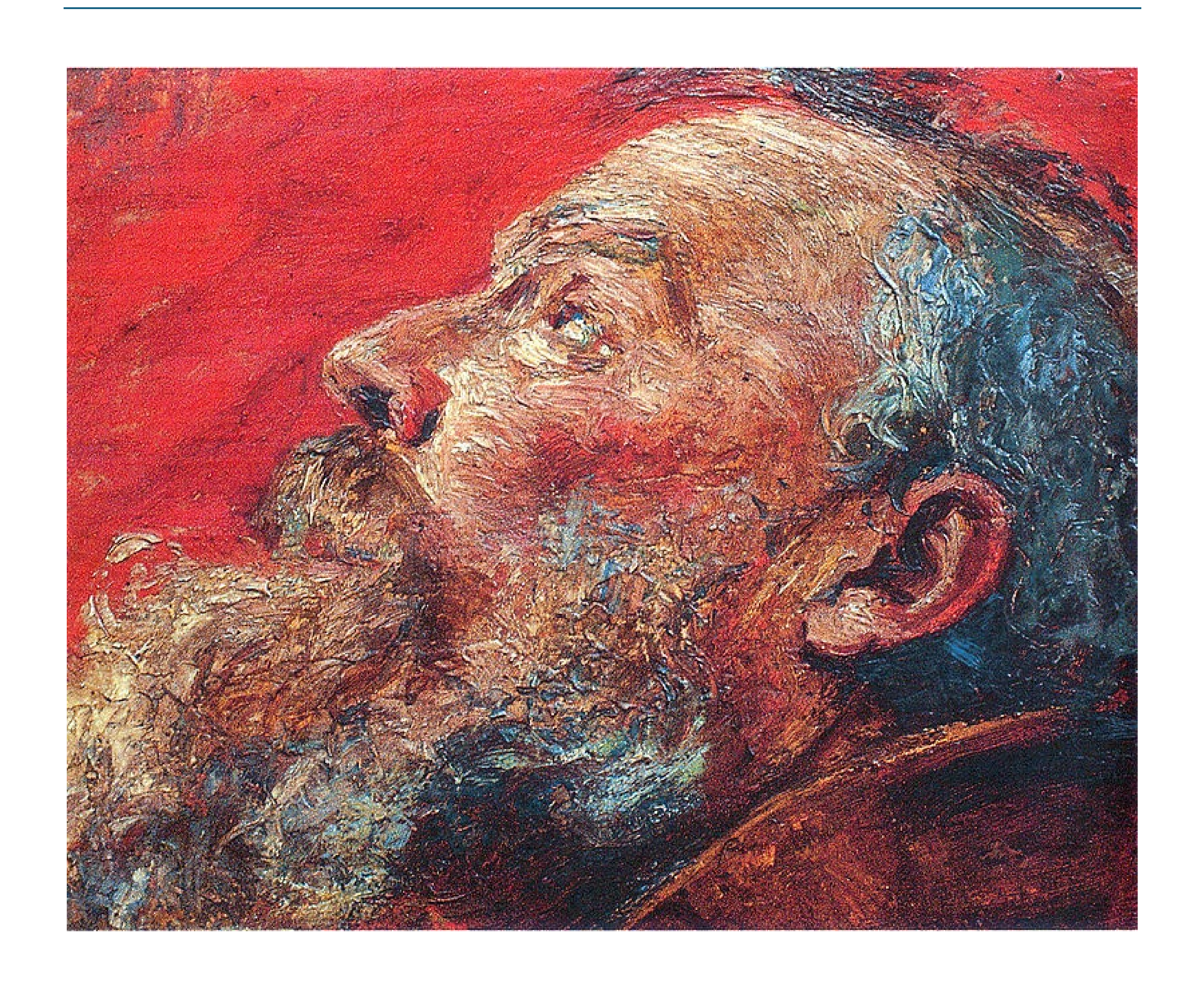
EXPLICACIÓN DEL GÉNESIS
SAN LORENZO DE BRINDIS O.F.M.CAP.
DOCTOR DE LA IGLESIA



Contenido

PORTADA Y DEDICACIÓN

S. LAURENTII A BRUNDUSIO

ORDEN DE LOS FRAILES MENORES DE SAN FRANCISCO CAPUCHINOS

OBRAS COMPLETAS

POR LOS PADRES MENORES CAPUCHINOS DE LA PROVINCIA DE VENECIA

EDITADO AHORA POR PRIMERA VEZ A PARTIR DEL TEXTO ORIGINAL Y CON NOTAS ILUSTRATIVAS

DEDICADO AL SUMO PONTÍFICE PÍO XI

VOLUMEN III

EXPLICACIÓN DEL GÉNESIS

PADUA

EN LA IMPRENTA DEL SEMINARIO

1935

HERMANO VIGILIO DE VALSTAGNA

MINISTRO GENERAL DEL ORDEN DE LOS FRAILES MENORESES DE SAN FRANCISCO CAPUCHINOS

Por la autoridad que nos confiere el presente, autorizamos que la edición de las Obras Completas de San Lorenzo de Brindisi, de los Frailes Menores Capuchinos, elaborada y anotada por los Padres de nuestra Provincia de Venecia según el texto original, pueda hacerse pública, conforme a lo legalmente establecido, bajo la supervisión de nuestro predecesor.

Dado en Roma desde nuestra Curia General,

el 11 de abril de 1935

(Firma)

HERMANO VIGILIO DE VALSTAGNA

Ministro General O. M. Cap.

Hemos revisado detenidamente el tercer volumen de las Obras Completas de San Lorenzo de Brindisi, que contiene su "Explicación del Génesis". No hemos encontrado nada en él que sea ajeno a la mente de la Iglesia, sino que todo está en consonancia con los dogmas de la fe y la moral.

Friburgo, Suiza, el 25 de marzo de 1934

HERMANO HILARIO DE LUCERNA O. M. Cap.

Custodio General

HERMANO CRISPIN DE APPENZELL O. M. Cap.

Profesor de Teología

Nada impide que sea impreso

Padua, el 23 de abril de 1935

Canon. Cus Dr. Olivus Luisetto

Censor Eclesiástico

Imprimatur

Padua, el 24 de abril de 1935

Carlos Agostini, Obispo

SECRETARÍA DE ESTADO

DE SU SANTIDAD

Desde el Vaticano, 18 de mayo de 1933

REV. PADRE:

El augusto Pontífice, con la misma benevolencia con la que recibió anteriormente los volúmenes de San Lorenzo de Brindisi, ha aceptado el último que usted presentó (Vol. II de los "Hipotipos del Luteranismo").

El Beatísimo Padre, complacido con este trabajo, augura un proceso fructífero para los laboriosos esfuerzos que ustedes dedican a la publicación de tales libros y les bendice amorosamente a usted y a sus colaboradores.

Mientras tanto, le saludo con la debida consideración.

A usted,

su más afectuoso

E. Card. PACELLI

Revmo Padre

VIGILIO DE VALSTAGNA

Ministro General O. F. M.

De los Frailes Menores Capuchinos

PREÁMBULO A LA EXPLICACIÓN DEL GÉNESIS

I. - SOBRE LA OBRA EXEGÉTICA DE SAN LAURENCIO EN GENERAL

Es fácil constatar que San Lorenzo dedicó un amor profundo al estudio de las Sagradas Escrituras. Cualquiera que lea sus obras completas, incluso de manera superficial, descubrirá pasajes, frases, palabras y alusiones de los textos sagrados. Además, el mismo Santo declara que dedicó todo su tiempo y esfuerzos a la lectura de las Escrituras Sagradas. Más aún, profesa que la luz de la verdad divina le iluminó con gran esplendor para conocer e interpretar los misterios, de tal manera que descubrió tanto los tesoros de la sabiduría sobrenatural como el archivo más rico de la filosofía natural en los libros sagrados. Realmente, al examinar los libros inspirados, parece que, dotado tanto por la divina instrucción como por una excelente inclinación natural humana, no sólo el ingenio clarividente que poseía, sino también la maravillosa memoria y el prodigioso conocimiento de las lenguas orientales le ayudaron enormemente. Tal era su facilidad de memoria que, siendo joven y novicio en Verona, transcribió literalmente los sermones que escuchó una sola vez, y al haber completado sus estudios teológicos, afirmaba que le era posible rehacer las Escrituras, no sólo en latín sino también en hebreo, gracias a la fidelidad de su memoria. Además, dominaba tan bien las lenguas orientales, como el griego, el caldeo y el hebreo, que sus contemporáneos decían que Dios le había otorgado el don de la glosolalia, ya que incluso los hebreos le consideraban un hebreo por su perfección en la lengua hebrea y en los asuntos hebreos. Finalmente, se encuentra excelentemente preparado para el estudio de las Escrituras con formación filosófica, dogmática, exegética y patrística, como se demuestra también por el hecho de que, además de conocer a los autores hebreos, los Padres

griegos y latinos, conoce a numerosos exegetas directamente a partir de sus escritos, y también lee muchos autores profanos.

Tal era el amor hacia las Sagradas Escrituras y tan sólida era la preparación para tratarlas que San Lorenzo se vio impulsado a dedicar tanto esfuerzo como le fuera posible a su exposición. Él mismo menciona que se propuso interpretar más libros en diversas ocasiones. En el capítulo 2 de la Explicación del Génesis, hablando del nombre de Dios tetragramatón, añade: «Sobre lo cual, si Dios nos concede vida y gracia, aportaremos algo sobre el Éxodo». Poco después, hablando del matrimonio y citando la sentencia del Apóstol San Pablo a los Efesios, promete una exposición adicional sobre el matrimonio: «En su momento, bajo la guía de Dios, lo examinaremos». Finalmente, en el capítulo 4, después de hablar brevemente sobre la gracia y el libre albedrío, no quiso presentar entonces «muchas otras cosas que dejaremos para un tiempo más adecuado y serio de tratar», lo cual quizás indica una explicación en la Epístola a los Romanos. Además, entre las obras atribuidas a San Lorenzo se encuentra una explicación sobre Ezequiel. Sin embargo, nunca le fue permitido escribir los tratados antes mencionados, ni se ha hecho conocida hasta hoy una explicación sobre Ezequiel. Queda por tratar ahora la Explicación del Génesis, que publicamos en este volumen.

II. - SOBRE LA EXPLICACIÓN DEL GÉNESIS EN PARTICULAR

DESCRIPCIÓN DEL CÓDICE. - El códice que contiene la Explicación publicada aquí se conserva en el Archivo de los Frailes Capuchinos de la Provincia Veneta entre las obras de San Lorenzo. Está encuadernado en pergamino, con dimensiones externas de 16 ×

22 ½ cm y dimensiones internas descritas de 12 × 17 ½ cm. Consta de 270 hojas, no 269 como erróneamente numeró el coleccionista repitiendo el número 34. En la parte exterior de la encuadernación hay un sello impreso en color rojo con las inscripciones: «IHS», debajo: «Archiv. A.», debajo: «Colto: P – 6», debajo: «Busta – –», y finalmente: «Fascic. 1». En el dorso se encuentra una inscripción hecha a mano ajena: «Explicación en Génesis de San Lorenzo de Brindisi, escrita de su propia mano». Una inscripción similar también se encuentra en una ficha pegada en el margen superior de la primera hoja, también escrita a mano ajena: «Explicación en Génesis del Reverendísimo Padre Lorenzo de Brindisi, predicador Capuchino, escrita de su propia mano». El papel del códice es de color amarillo pálido. La escritura es a veces ancha, a veces gruesa, de modo que algunas hojas son difíciles de leer. Las adiciones se encuentran frecuentemente en los márgenes y al final, principalmente en los capítulos 1 y 2, añadidas por una mano que escribió el texto del códice.

AUTENTICIDAD DE LA OBRA. - Es indudable que la Explicación en Génesis, transmitida en el códice descrito, es una obra genuina de San Lorenzo escrita de su propia mano. En efecto, si comenzamos desde los criterios externos, ocupa el primer lugar entre las obras de San Lorenzo que se conservan como reliquias sagradas en el mismo archivo. Además, ha sido reconocida y revisada junto con otras obras genuinas por la Sagrada Congregación de Ritos. Finalmente, sin desestimar las inscripciones añadidas al códice, se recogen señales indudables de autenticidad a partir de los criterios internos. El modo de escribir – me refiero a la metodología de abreviación, la omisión de la puntuación – así como el estilo, el carácter y el uso del lenguaje son propios de San Lorenzo, como se conocen de otras obras.

TIEMPO en que San Lorenzo compuso la Explicación no podemos definirlo con certeza. Sin embargo, es probable que haya sido entre

los años 1584-1590, precisamente durante el tiempo en que predicaba a los hebreos o cuando desempeñaba el cargo de Lector de Teología y Sagrada Escritura. De hecho, parece que después no tuvo tiempo para componer tales obras. Fue prefecto de las Provincias de Toscana, Venecia, Helvetia, Génova, y luego Comisario General en Colonia y Praga, enviado por Clemente VIII hasta el año 1599, poco después (1602) elevado al gobierno de toda la Orden, y finalmente Delegado Espiritual en la guerra contra los turcos y en casi todas las cortes de Europa ante príncipes, reyes, emperadores y Sumos Pontífices, consumido en continuas legaciones hasta su muerte. Finalmente, parece que estas ocupaciones fueron la causa de que la obra no se completara.

PROPÓSITO DEL AUTOR. - Con qué intención y con qué fin San Lorenzo compuso y destinó a la impresión la Explicación puede esbozarse a partir de la índole de la obra que se describirá más adelante y de las circunstancias de la época. En ese tiempo, se sabe que la Sede Romana instigaba la conversión de los hebreos y que se dedicó mucho esfuerzo tanto por parte de otros como de San Lorenzo. En efecto, Gregorio XIII, el 29 de agosto de 1584, en la carta apostólica «Sancta Mater Ecclesia», ordenó a todos los prelados, incluso a los cardenales, encargados del cuidado de las almas, que, mediante hombres apostólicos dentro de los límites de su jurisdicción respectiva, procuraran que cada sábado se hicieran predicaciones a los hebreos, en lengua hebrea, en las que se demostrara la mesianidad de Jesús, explicando las Escrituras de acuerdo con las normas católicas. Entonces, al oírse la fama de santidad y la admiración por la doctrina de San Lorenzo, le llamó a Roma, después de que en la predicación cuaresmal en Venecia en los años 1583-1584 fue elogiado con gran alabanza, para encomendarle la tarea de anunciar el Evangelio a los hebreos. Este oficio, confirmado por Clemente VIII, lo ejerció San Lorenzo en Roma y en otras ciudades italianas y extranjeras con gran admiración de todos,

incluso de los propios hebreos. Que, para también beneficiarse de su escrito, se le impulsó por celo apostólico a comentar los Libros Sagrados no cabe duda. Si alguien piensa que San Lorenzo, en su calidad de lector de la Sagrada Teología en la escuela, se dedicó a comentar los libros de las Escrituras, no lo negaremos, pero también es evidente que en la índole del comentario trabajó en la conversión de los judíos.

LA EXPLICACIÓN. - Entre las obras de San Lorenzo, la Explicación del Génesis ocupa un lugar propio, siendo un comentario estrictamente dicho. Así se desarrolla el contenido. Después de una breve introducción en la que alaba enormemente el estudio de las Escrituras, el Santo Autor trata extensamente en cuatro disertaciones preliminares sobre los tropes y esquemas de palabras y sentencias, así como sobre el múltiple sentido de las Escrituras. Luego, tomando como punto de partida el verso primero del capítulo 1 del Génesis, establece dos disertaciones sobre la Creación del Mundo en el Tiempo y sobre los Principios de las Cosas, con cuestiones filosóficas. Tras finalizar los tratados introductorios, sigue el comentario en sí, abarcando la exégesis de 11 capítulos.

Al comentar el capítulo 1, además del texto de la Vulgata latina, también presenta el texto original hebreo y caldeo (es decir, la primera Paráfrasis caldea), a veces el Targum de Jerusalén (llamado la segunda Paráfrasis caldea) traducido al latín. En los otros capítulos, añade al texto de la Vulgata latina solo versiones latinas de los textos hebreos, caldeos y griegos, aunque en algunos casos incluye las palabras hebreas, caldeas y griegas cuando la interpretación del texto parecía depender de ellas. El Santo Autor traduce directamente del texto original al latín tanto el texto hebreo, caldeo y griego, como los Padres y filósofos griegos, sin recurrir a las versiones conocidas de la época.

San Lorenzo se concentra principalmente en encontrar el sentido literal. Por lo tanto, para alcanzar un sentido más verdadero y seguro, investiga con gran cuidado la etimología de las palabras hebreas. «Debe buscarse, dice, el fundamento más verdadero de la letra, para que la letra no se base en un fundamento falso». Luego presenta frecuentemente las opiniones de los antiguos rabinos, citando nombres, así como también las tradiciones hebreas, y después cita a los Padres Santos y exegetas católicos, para finalmente exponer su propia opinión, a menudo distinta de las de otros intérpretes, «dejando todo a juicio de los sabios». Cuando surge la ocasión tras la exposición de los versículos, añade disquisiciones teológicas o filosóficas.

FUENTES UTILIZADAS EN LA EXPLICACIÓN. - De lo que hemos dicho, se puede deducir qué autores consultó San Lorenzo al elaborar el comentario. Son, además de los antiguos rabinos, las colecciones rabínicas, haggádicas y talmúdicas de mayor autoridad entre los hebreos, y entre los católicos, en particular, Nicolás de Lira, Tostado; San Lorenzo usa frecuentemente el gran Léxico Hebreo de San Pagnini, llamado Tesoro de la Lengua Santa. Finalmente, menciona con frecuencia las opiniones de muchos, aunque de manera implícita, diciendo: algunos dicen, nuestros compatriotas dicen, otros sostienen, etc.

En cuanto al texto hebreo y caldeo de los Libros y de los Rabinos, es probable que San Lorenzo haya utilizado la Biblia Rabínica Masorética, editada en Venecia en 1568, según los Hebreos 5328, bajo la dirección de Juan de Gara. Un ejemplar ahora conservado en la Biblioteca Marciana de Venecia y que hemos detectado con éxito lleva la inscripción: «Lugares de Venecia de los Frailes Capuchinos», siguiendo la misma guía con la que otros libros de las bibliotecas de los Capuchinos están marcados; por lo que parece haber sido sustraído después de la supresión de las Ordenes Religiosas en 1810. Además, en esta edición se encuentran

frecuentemente los Comentarios del Rabino Aben Ezra y del Rabino Salomón Iarchi, o simplemente RaScI, en el Pentateuco, a menudo citados por San Lorenzo. Nuestra opinión también parece confirmarse, ya que el texto caldeo de los Genesios y los Comentarios de Aben Ezra y Salomón citados por el Santo Autor concuerdan con esta edición mencionada, mientras que otras ediciones de Ario Montano y de la Universidad Complutense hechas en ese tiempo presentan algunas discrepancias. Finalmente, el año de la edición está muy cerca del tiempo en que San Lorenzo compuso su comentario.

IMPORTANCIA DE LA EXPLICACIÓN. - Dejando a los historiadores el juicio definitivo sobre el valor de esta Explicación, solo tocaremos lo antiguo. Se demuestra un conocimiento admirable de la lengua hebrea, así como una utilización precisa y autónoma de las fuentes, y una presentación bien fundamentada de las opiniones por parte del Autor; además, también se mezclan en las exposiciones disquisiciones teológicas y filosóficas con una notable solidez. Todo está expresado también, como es costumbre, en un lenguaje elegante y pulido. Sin duda, si se hubiera publicado inmediatamente después de su finalización, los estudiosos de las Sagradas Escrituras de la época habrían obtenido una considerable utilidad. Aún más porque, además de lo habitual, las opiniones de los rabinos se presentan y ponderan fiel y amablemente. Por lo tanto, lamentamos, para terminar, que esta obra de San Lorenzo no esté completa, e incluso que algunas partes de la obra se hayan perdido.

III. - SOBRE NUESTRA EDICIÓN DE LA EXPLICACIÓN DEL GÉNESIS

DEL TEXTO PRESENTADO. - Con el mayor cuidado, como siempre, hemos procurado que el texto del códice se presente fielmente. Si han surgido errores manifiestos, estos han sido

corregidos en el texto, con la lectura del códice presentada al final. En cuanto a la disposición del material, no hemos encontrado dificultades, ya que todas las partes se encuentran en el códice en el orden correcto. Queremos llamar la atención del lector sobre una excepción. Se trata de una sección en la que el Autor habla sobre la composición del cuerpo humano. Esta sección está colocada al final del capítulo 5, en las páginas 224a–229a del códice, pero nosotros la hemos unido al verso 7 del capítulo 2: «Entonces formó el Señor Dios al hombre». Además, no pertenece a la serie del comentario. La mayor dificultad ha surgido por la falta de puntuación; hemos añadido la puntuación completa al texto por nuestra cuenta. En cuanto a las palabras hebreas, que el Santo Autor suele dejar sin los puntos masoréticos, hemos procedido de la siguiente manera: hemos marcado todos los versículos del texto hebreo y caldeo (utilizando la edición hebraica de Kittel y la Biblia Rabínica Masorética mencionada anteriormente) cuando el texto hebreo estaba indicado, dejando las palabras esparcidas aquí y allá según aparecen en el códice. En cuanto a las palabras griegas, que el Santo Autor escribió sin acentos, siempre hemos utilizado la edición preparada por L. Van Ess. Para el texto latino de la Vulgata, usamos la nueva edición de las Sagradas Escrituras preparada por A. Gramatica. Finalmente, las palabras hebreas o griegas escritas con letras latinas por San Lorenzo, las hemos expresado en letras hebreas o griegas.

DE LAS NOTAS ADICIONALES. - Como es costumbre, hemos anotado al final los pasajes de las Sagradas Escrituras, Padres y otros autores que el Santo Autor generalmente omite. En la citación de los rabinos, hemos usado con gusto la Biblia Rabínica Masorética mencionada anteriormente, ya que el propio San Lorenzo la usó sin duda alguna. Citamos el Comentario del Pentateuco del Rabino Isaac Abrabanel, así como el Libro de las Raíces de David Kimchi (en las bibliotecas públicas de Padua y Venecia, no presentes, amablemente nos fue ofrecido por el Señor Adulpho Dr. Ottolenghi,

Rabino mayor de la Comunidad Israelita de Venecia) de ediciones antiguas, la primera bajo el título פירוש התורה Phirusc Atorah, editada en Venecia bajo la dirección de Samuel Archivolti, por orden de Juan Bragadini, por Juan de Gara en el año 1579, según los Hebreos 5339; la segunda bajo el título ספר השרשים Sepher Asciarascim, editada en Venecia por Marco Antonio Justiniano en el año 1547, según los Hebreos 5309. Por comodidad, hemos añadido un resumen de los temas tratados en el texto mediante notas marginales y, además del índice sintético-analítico, hemos elaborado también un índice alfabético de nombres y temas notables que se encuentran en este volumen. Además, hemos considerado necesario abstenernos de cualquier comentario sobre las opiniones del Santo Autor, tanto filosóficas como teológicas y bíblicas, para no parecer que comentamos el Comentario. Sin embargo, este propósito no ha impedido que añadamos algunas notas ilustrativas para aclarar la opinión del Santo Autor, ni que expliquemos algunos textos hebreos, que a veces fueron traducidos demasiado literalmente por el Santo Autor, tras un minucioso examen del contexto hebreo.

Con estas premisas, expresamos nuestro agradecimiento sincero a quienes nos han asistido valiosamente en la preparación de este volumen. En primer lugar, al Señor Ad. Ottolenghi, el Rabino mencionado anteriormente, y al Señor Prof. H. Cassuto, quienes nos ayudaron en las notas sobre los rabinos; y en especial al Reverendísimo Padre Hilarino de Lucerna y al R. P. Crispino de Appenzell, de la provincia Helvética, revisores y censores de toda la edición, quienes revisaron el trabajo completo y asistieron sabiamente con sus consejos.

Finalmente, al Reverendísimo Padre Vigilio de Valstagna, quien, tras haber comenzado con entusiasmo el consejo para la publicación de las obras de San Lorenzo y publicado cuatro tomos aclamados por todos, fue elegido por voto unánime del capítulo como Moderador Supremo de nuestra Orden y sucesor del mismo San Lorenzo hace

tres años, ofrecemos humildemente este nuestro trabajo como una señal de obediencia filial y de sincero afecto.

Padua, 1 de enero de 1935

Padres Editores

PROEMIO

El divino Moisés, verdaderamente un oráculo celestial y un milagro mundano, hombre lleno del santísimo Espíritu de Dios, no solo sobresalió entre todos los profetas en el conocimiento de los arcanos celestiales y la plenitud de la incomprensible sabiduría de Dios, como Salomón sobre todos los reyes, siendo merecidamente llamado el jerarca de los profetas y el gran corifeo, sino también dejó muy atrás a todos los mortales en el conocimiento de las cosas naturales, instruido en toda la sabiduría de los egipcios, reivindicando así con justicia para sí el nombre de supremo filósofo y mereciendo ser llamado alfa de los sabios. Por lo tanto, ya que este divino y santísimo Vate fue el culmen de todos los teólogos que florecieron en la antigüedad y el pináculo de todos los filósofos, no solo en lo que escribió, inspirado por el Espíritu de Dios, acerca de la naturaleza, las propiedades y finalmente las obras del sumo Dios, debe ser considerado con suma e íntegra fidelidad por todos, sino también en lo que escribió sobre la naturaleza de manera física. Pues habiendo sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios, quienes fueron las fuentes de las ciencias humanas, se debe considerar que no consignó en monumentos inmortales y nunca perecederos nada contra las leyes de la verdadera filosofía ni contra el juicio verdadero y exacto de la razón natural en lo que escribió sobre la naturaleza de las cosas; pues nadie en su sano juicio pensará que fue engañado por ignorancia o quiso engañar a otros por un defecto de voluntad, siendo él a la vez santo y erudito, lleno de toda sabiduría. Por ello, yo veneré a este divino hombre primero como la cúspide sagrada de la teología divina y luego como el pináculo de la filosofía humana y archivo y tesoro de todas las ciencias, admirándolo profundamente, especialmente en su cosmopoeia o cosmogonía, es

decir, en la creación del mundo, que se contiene en el hexamerón del Génesis Sagrado.

En esta constitución de toda la maquinaria mundana, Moisés me pareció no solo un teólogo, exponiendo las obras de la potencia divina y la creación de las cosas, sino también el supremo filósofo, transmitiendo la ciencia de la filosofía natural y el conocimiento genuino de las cosas naturales. Todo lo que fue transmitido por Platón, Aristóteles y otros fisiólogos sobre la naturaleza de las cosas y consignado en escritos, se encuentra transmitido de manera más clara en la cosmopoeia de Moisés, a la vista de quien observa más de cerca.

Hay especialmente diez temas que se tratan en la filosofía natural: los principios de las cosas; los accidentes comunes a las cosas, como el movimiento y el tiempo; la naturaleza del cielo y de los astros; la naturaleza de los elementos; su acción, antipatía y simpatía; la exhalación y las impresiones meteorológicas que ocurren en el aire; los minerales; las plantas; los animales; y finalmente la constitución del hombre a través del alma que llega desde fuera. Todo esto se contiene en un compendio y anacefaleosis perfectísimo en la cosmopoeia de Moisés, no diferente de la naturaleza universal en el hombre, quien por esta razón fue llamado microcosmos por los sabios. Moisés trata de los principios de las cosas, estableciendo el cielo y la tierra como principios genitales de las cosas; trata de los accidentes comunes: el movimiento y el tiempo; trata de la naturaleza del cielo y los astros; trata de los elementos, tierra, agua y aire; trata de la generación de las cosas; de la exhalación; de los minerales; de las plantas; de los animales y finalmente del hombre. Todo esto parece ser tratado por Moisés en los primeros tres capítulos del Génesis Sagrado, que enseñan toda la cosmopoeia o más bien la cosmografía, con poquísimas palabras y brevísimas sentencias, pero llenísimas y veracísimas tanto en palabras como en sentencias.

Esto, ya que no es percibido por todos, Dios, que esconde los divinos misterios de las Sagradas Escrituras de los sabios y prudentes del mundo, y los revela a los pequeños, se ha dignado revelarme a mí, el menor de todos los teólogos y filósofos, estas cosas según el beneplácito de su voluntad, porque Él es el Señor de las ciencias. Pues, mientras me dedicaba al estudio de las Sagradas Escrituras, la luz de la verdad divina, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, iluminó los ojos de mi mente con gran resplandor, de manera que en este campo de las Sagradas Escrituras, junto con el tesoro de la sabiduría supracelestial, es decir, la sagrada teología, encontré también el archivo más precioso y riquísimo de la sagrada filosofía natural; lo cual fue para mí tanto más querido y precioso, cuanto que de ninguna otra manera podría yo haber obtenido certeza sobre las cosas naturales.

Porque siempre he considerado que lo que ha sido escrito por los filósofos y fisiólogos sobre la naturaleza ha sido consignado en su totalidad como opinión. "Todas las cosas son difíciles: no puede el hombre explicarlas con palabras. Dios hizo todo bueno en su tiempo y entregó el mundo a la disputa de los hombres, para que el hombre no encontrase la obra que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin." Por lo tanto, "cuando Dios hizo al hombre recto... este se ha involucrado en infinitas cuestiones." Pero lo que aquí está escrito, no está escrito según opinión, sino según la verdad; porque el autor de estos escritos es Dios, quien es la causa suprema de toda la naturaleza y el principio, el supremo artífice y sabio creador de todas las cosas que en la naturaleza existen. Por lo tanto, no podemos obtener mejor conocimiento y ciencia de las cosas naturales que de Él. ¿De dónde, pues, se puede extraer mejor el agua pura y clara que de la fuente viva? Porque Dios es quien enseña al hombre la ciencia, como dice el Salmista Real, Él mismo es la fuente de toda sabiduría, el Señor y maestro de todas las ciencias; por lo cual el mismo Salmista dice que son bienaventurados los hombres enseñados e

instruidos por Dios: "Bienaventurado el hombre a quien tú instruyes, Señor, y le enseñas de tu ley."

Dejando de lado, por tanto, los rodeos de los filósofos, que se han mezclado en infinitas cuestiones, quienes aunque por medio de las cosas creadas han conocido muchas cosas invisibles de Dios, sin embargo, diciendo que eran sabios, se hicieron necios, porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como Dios, sino que se desvanecieron en sus razonamientos, y su insensato corazón fue oscurecido; quienes, como dice el Apóstol en otro lugar, caminando en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento oscurecido por las tinieblas, alienados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos debido a la ceguera de su corazón, yo he creído que no podían haber transmitido una clara y exacta doctrina y conocimiento de las obras de Dios, como un ciego podría hablar sobre los colores o como el ojo de un ave nocturna o de cualquier otra ave que huye de la luz podría hablar sobre la luz del sol. Nosotros, en cambio, hemos decidido extraer un conocimiento y una ciencia pura, clara y extremadamente verdadera de las fuentes purísimas de la sabiduría mosaica y divina. Nos ha parecido justo dedicar a esta lectura sagrada el tiempo que hemos podido y mis estudios para interpretar y revelar los misterios de la filosofía sagrada de Moisés, para que todo lo que él dijo sobre los principios de las cosas, sobre los accidentes comunes, sobre el cielo, los elementos, las acciones, las exhalaciones, los minerales, las plantas, los animales y finalmente sobre el hombre, lo pongamos de manifiesto, lo saquemos a la luz, lo interpretemos, lo declaremos y lo elucidemos, confiando en la ayuda del sumo Dios, la luz de Cristo y la gracia y los dones del Espíritu Santo. Y si encontramos algo verdadero y seguro entre los filósofos extranjeros y paganos que enseñaron fisiología, ya que Dios es el autor de toda verdad, lo reclamaremos de ellos como de poseedores injustos; porque ellos son los que, como dice el Apóstol, detienen la verdad de Dios con injusticia, porque lo que se puede

conocer de Dios es manifiesto para ellos, pues Dios se lo manifestó. Así que si encontramos alguna verdad injustamente detenida, la reclamaremos justamente de ellos y, como los israelitas, llevaremos el oro y todas las cosas preciosas de Egipto a la tierra prometida, para construir con ellas un santuario sagrado para Dios y un templo para su nombre. Pues así también Salomón, el rey más poderoso y sabio de todos, cuando iba a construir el augustísimo y celebérrimo templo al Dios Óptimo Máximo, tomó de las naciones extranjeras, de los tirios y sidonios, muchos artesanos y mucha madera y piedras del monte Líbano. Por lo tanto, si encontramos algo que sea consonante con esta sagrada y divina filosofía en Aristóteles, Platón, Trismegisto, quien es el más similar a Moisés de todos, lo recibiremos como verdadero, pues la verdad siempre concuerda con la verdad, y lo consideraremos como oro no adulterado, sino probado en la piedra de toque; pero lo que sea disonante y no esté en armonía con esta filosofía, lo rechazaremos de la escuela de la verdad y lo relegaremos a las tinieblas exteriores. Pues así como Dios separó la luz de las tinieblas. Al Dios Óptimo Máximo, de quien viene todo don perfecto y toda dádiva excelente, le ruego y doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que me dé fortaleza según las riquezas de su gloria, para que pueda comprender cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de esta sagrada y divina filosofía, para que nunca me desvíe del camino de la verdad ni siquiera una mínima fracción; sino que, guiado siempre por la luz celestial, como un ojo sano sin ninguna oscuridad de ceguera o afectado por algún vértigo, pueda discernir la luz de las tinieblas y el blanco del negro sin ningún error; así yo siempre pueda discernir lo verdadero de lo falso para que, no engañado por algún error, desviándome del camino de la verdad, no haga que otros, si mis escritos alguna vez salen de los muros de mi hogar y son leídos, se desvíen también engañados. Testifico ante el Dios Óptimo Máximo, que escudriña los pensamientos del corazón y

los secretos del alma, a quien no engañan los secretos de la conciencia, porque todo está desnudo y abierto a sus ojos, y no hay criatura invisible a su vista, y ante Cristo Jesús, su único Hijo, nuestro Señor, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, que este es el firme propósito de mi voluntad y mi intención de creer de corazón, confesar con mi boca y escribir con la pluma más fiel todo lo que es verdadero y consonante con la verdad y similar a ella, sin desviarme ni un ápice de la verdad de las Sagradas Escrituras de ambos Testamentos y de la fe católica; para que nadie que lea mis escritos, ya sean estos o cualesquiera otros, piense que he afirmado temerariamente algo no consonante con la verdad católica. ¡Lejos de mí! ¡Lejos de mí! Soy hombre, puedo errar; pero nunca seré un defensor pertinaz ni un asertor de ningún error; pues confieso y proclamo que soy un amante sincero de la verdad genuina; siempre he perseguido esta verdad con todas mis fuerzas, con todo estudio, trabajo e indagación, como si fuera un tesoro infinito.

PRIMERA DISERTACIÓN SOBRE LOS ESQUEMAS Y TROPOS DE LA SAGRADA ESCRITURA

La Sagrada y Divina Escritura no solo es fecundísima y exuberante en múltiples sentidos; por lo tanto, siempre es profundísima y elevadísima y siempre y en todas partes veracísima, de modo que con su altura se burla de los soberbios, con su profundidad retiene continuamente a los atentos, vigilantes y estudiosos, y con su verdad siempre alimenta dulcemente y suavemente; sino que también está en todas partes salpicada de todos los esquemas, tropos y locuciones figuradas, que la adornan y la hacen sumamente decorosa; por ello es sabia, elocuente y sumamente fructífera. No, como sucede frecuentemente en la mayoría de las demás disciplinas, también esta se acostumbra a halagar nuestro ánimo con los halagos de las fábulas y las nimiedades lúdicas; no a deleitar los oídos con cánticos pestilentes, no a infectar la mente con opiniones profanas, no a insinuar finalmente alguna corrupción de costumbres a sus seguidores; sino que, por el contrario, en todas partes la seria verdad acaricia con una gravedad saludable, a cada paso, la elocuencia de aquella sabiduría con dulces modulaciones medita su plectro, nada tan inmaculado que no impregne en nuestra vida las enseñanzas de la Sagrada Escritura como si fuera su propio derecho. No, como muchos afirman, es horrorosa e inculta, árida y sombría, sino que está adornada con un maravilloso decoro y con una majestad tan decorosa, agradable, fácil, expedita, pronta y accesible a todos; y a todos los que se acercan a ella con fe piadosa y devoción, alimenta el ánimo con una maravillosa dulzura y su estudio no en el puerto, habiendo ya devorado el largo tedio del mar, sino en el mismo umbral, cuando apenas dejamos la orilla, cuando apenas emprendemos el viaje, consuela nuestro esfuerzo con una amplísima

recompensa, mientras con la fiel espada del intelecto arrancamos la letra, inmediatamente alimenta el ánimo el brillante núcleo y la flamantísima médula de los sentidos.

Sin embargo, es necesario convocar al ingenio de todo artífice, sin el cual la naturaleza nunca ha dado nada a los mortales, para arrancar la corteza, es decir... son alimentados. Para ello, conviene que contribuya mucho nuestra diligencia y estudio, y debemos insistir mucho en entender las letras, para que entendamos los esquemas y las formas de las palabras y las locuciones trópicas, que se hacen trasladando los términos de su significado propio a uno no propio por la similitud y analogía encontradas en ellos, ya sea por gracia del decoro, del adorno y ornamento, de la necesidad o de la énfasis. Pues todos los esquemas y tropos y figuras de dicción, de las que los griegos se glorían de haber sido descubridores, han fluido de la Sagrada Escritura, que sobresale sobre las demás escrituras, no solo por su autoridad, porque es divina, o por su utilidad, porque conduce a la vida eterna, sino también por su antigüedad y su propia excelencia en la expresión. Por lo tanto, para que no choquemos en medio de los estudios de las Sagradas Escrituras con estas locuciones figuradas como si nos fueran desconocidas y nos desalentemos o nos retrasemos en el estudio, consideramos que vale la pena ofrecer primero algún conocimiento de los tropos y esquemas que la Sagrada Escritura ha utilizado elocuentemente muchos siglos antes que los maestros de la elocuencia. Pues muchas cosas oscuras en las Sagradas Escrituras, una vez conocido el tipo de locución, se vuelven claras; por lo cual deben conocerse esos mismos tipos de locuciones, para que, donde las sentencias se oculten, su conocimiento acuda en ayuda y las revele al lector bajo los esquemas y tropos.

Por lo tanto, hay muchas especies de esquemas, así como también de tropos. El esquema propiamente dicho es aquel que, del modo de hablar simple y claro, se ha transformado poética o retóricamente,

teniendo peso tanto en la pintura de las palabras como en el adorno de las sentencias. A veces también permanece inmutable; pues hay ciertos esquemas que son luces tanto de palabras como de sentencias, con los cuales, como con un adorno más destacado, se teje y se distingue todo el discurso. Del mismo modo, el tropo es la mutación de una palabra o discurso de su significado propio a uno ajeno, por gracia del decoro, de la necesidad, del adorno o de la énfasis. De ahí se dicen locuciones trópicas, no propias, porque en ellas no se toman las palabras según su significado propio, sino transpuestas y figuradas, aunque el discurso se figure tanto con palabras propias como con palabras trasladadas. Sin embargo, hay esta diferencia entre el esquema y el tropo, que la figura (σχῆμα en griego significa figura en latín) es una cierta conformación, como se evidencia por el mismo nombre, y el hábito del discurso, alejado del discurso común y del que se ofrece primero, y se evidencia que la figura se puede hacer con palabras propias; pero el tropo nunca se hace sino con palabras trasladadas y transpuestas de su significado propio a uno ajeno. Así pues, disertaremos tanto sobre los tropos como sobre los esquemas y las figuras; primero sobre los tropos, luego sobre las figuras.

El tropo, por lo tanto, "es la mutación de una palabra o discurso de su significado propio a otro con virtud", como cuando decimos: "laetes segetes" (campos fértiles), la palabra "laetitiae" (alegría), de su significado propio, en el cual decimos "laetos homines" (hombres alegres), se traslada con virtud a los campos. Hay once especies de tropos; siete en la palabra: metáfora, sinécdoque, metonimia, antonomasia, onomatopeya, catacresis, metalepsis; y cuatro en el discurso: alegoría, perífrasis, hipérbaton e hipérbole.

La metáfora, que en latín se llama "translatio", se hace cuando un nombre o palabra se traslada por semejanza desde aquel lugar en que es propio, a aquel en que no es propio, o el trasladado es mejor que el propio: así decimos "laetas segetes" (campos fértiles), "ridere

prata" (reír los prados), "gemmare vites" (brotar las vides), "floridam iuventutem" (juventud florida), "lacteam canitiem" (canicie lechosa), "incensum ira" (encendido de ira), "inflammatum cupiditate" (inflamado de deseo), "lapsum errore" (caído en error); así claramente en las Sagradas Escrituras Cristo es llamado "agnus" (cordero), "leo" (león), "ovis" (oveja), "lilium convallium" (lirio de los valles), "flos campi" (flor del campo), "hinnulus cervorum" (ciervo joven), etc.; así: "Dominus de Sion rugiet" (El Señor rugirá desde Sion). Y la locución metafórica es, de hecho, la más utilizada en la Sagrada Escritura. Se hace de cuatro modos por la semejanza trasladada: o bien de un animal a otro animal, o de algo inanimado a algo del mismo género, o de un animal a algo inanimado, o de algo inanimado a un animal. — En primer lugar, por ejemplo: "Quare fremuerunt gentes" (¿Por qué se amotinan las naciones?); y: "Rugiebam a gemitu cordis mei" (Rugía a causa del gemido de mi corazón); "Si sumpsero pennas meas diluculo" (Si tomo las alas del alba); porque tanto el hombre, de quien se dice esto, como los animales, de donde se toma, tienen alma. — En segundo lugar, por ejemplo: "Aperi, Libane, portas tuas" (Abre, Líbano, tus puertas); porque la traslación se hace de una ciudad a un monte, que ambos son inanimados. Así decimos: "concentu virtutum nil esse suavius" (nada es más dulce que la armonía de las virtudes); "caritatem esse vinculum perfectionis" (la caridad es el vínculo de la perfección); "eleemosynam extinguere peccatum" (la limosna extingue el pecado). — En tercer lugar, de lo animado a lo inanimado, por ejemplo: "Terra aperuit os suum" (La tierra abrió su boca); "Ecce eiciis me hodie a facie terrae" (He aquí que hoy me echas de la faz de la tierra); "Ecce iccatus est vertex Carmeli" (He aquí que la cima del Carmelo está marchita); porque la traslación se hace de un animal, al que esto le compete, a la tierra y al monte, que son inanimados; el animal tiene boca, faz y cima, no así la tierra o el monte. — Finalmente, en cuarto lugar, de lo inanimado a lo

animado; así se dice: "Auferam a vobis cor lapideum" (Quitaré de vosotros el corazón de piedra); "populus durae cervicis" (pueblo de dura cerviz); "cor durum" (corazón duro); "homo durus et asper sive austerus" (hombre duro y áspero o severo); pues la dureza no compete al hombre, sino a las piedras inanimadas: de ellas se hace la traslación a los hombres. Y ciertamente, de este tipo de traslaciones está salpicada la Sagrada Escritura con un maravilloso adorno. — También se encuentra la figura de la imagen después de la metáfora, como aquello en Isaías: "Quasi parturientes dolebunt" (Como las que están de parto, sufrirán); y en Jeremías: "Quia inventi sunt in populo meo impii insidiantes quasi aucupes, laqueos ponentes et pedicas ad capiendum viros" (Porque se han hallado en mi pueblo impíos que acechan como cazadores, poniendo trampas y redes para atrapar hombres).

La sinécdoque es un tropo en el cual se entiende el todo a partir de una parte, o viceversa, o se entienden las secuencias a partir de los antecedentes, tal como se entiende la nave a partir de la popa, la espada a partir de la punta, la casa a partir del techo. La sinécdoque que muestra el todo a partir de una parte en la Sagrada Escritura se da cuando se utiliza el alma o la carne para referirse al hombre completo, como: "El hombre se convirtió en un alma viviente"; de la misma manera, cuando leemos: "Todas las almas que entraron con Jacob en Egipto y salieron de su muslo"; así también: "El Verbo se hizo carne"; porque la parte se pone por el hombre completo; y no es que las almas de los hijos de Jacob hayan entrado en Egipto sin sus cuerpos, ni el Verbo se hizo carne sin alma. — La sinécdoque que muestra una parte a partir del todo se encuentra en muchos lugares, como: "Abraham enterró a su esposa en la cueva del campo doble"; así: "David durmió con sus padres y fue sepultado", etc.; también en el Evangelio: "El sepulcro estaba cerca, en donde pusieron a Jesús". Todos estos pasajes deben entenderse sobre el cuerpo muerto, como el de Magdalena: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han

puesto", es decir, el cuerpo de mi Señor. — Esto también se aplica cuando a partir de uno se significan varios, como: "Una fuente ascendía de la tierra y regaba toda la superficie de la tierra"; evidentemente había una multitud de fuentes, ya que una sola fuente no sería suficiente; de igual manera, la langosta, la rana y la mosca en las plagas de Egipto eran, ciertamente, una multitud casi innumerable. — A veces se usa el plural en lugar del singular, como cuando leemos: "Y viendo los discípulos, se indignaron diciendo: ¿Para qué esta pérdida de ungüento?... y murmuraban contra ella", cuando, según el testimonio de Juan, solo Judas, el traidor, lo dijo. De igual manera, los ladrones que fueron crucificados con él le injuriaban, cuando solo uno lo hizo, mientras que el otro, reprendiendo a su compañero, confesó a Cristo como Dios. — A veces se pone la materia en lugar de la cosa compuesta, como se lee que Abraham era muy rico en oro y plata, es decir, en moneda de oro y plata; y: "La mujer... trajo un alabastro de ungüento", es decir, un vasito de alabastro. — A veces se pone el género en lugar de la especie, como: "El hombre se convirtió en un alma viviente", esto es, según la frase hebrea, en un ser viviente, cuando sopló en su cara un alma racional, con la cual se convirtió en un ser racional. — O se pone la especie en lugar del género, como también muchas veces se pone la especie en lugar del género, como: "Somos pastores de ovejas nosotros y nuestros hermanos", cuando cuidaban cabras, bueyes, camellos y asnos, se puso las ovejas en lugar del animal, que es común a todos ellos. — Y finalmente, a partir de las cosas que le suceden a las cosas, se entienden las cosas mismas, como en Isaías: "Forjarán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces"; pues estos, cuando consiguen una gran paz, se ponen por ellos.

Metonimia es una cierta transnominación, cuando se ponen las causas por los efectos o los efectos por las causas, o se entienden las cosas contenidas por los continentes, o los continentes por las cosas contenidas, o se entienden las cosas por los signos. Entendemos el

efecto por las causas, como cuando ponemos los autores por sus obras y decimos que hemos leído a Platón, Aristóteles, Demóstenes o Cicerón, cuando decimos que hemos leído o escuchado sus escritos. Así, claramente, en la Sagrada Escritura leemos: "Tienen a Moisés y a los Profetas, que los escuchen", y cuando se lee Moisés: "Y Moisés... que lo prediquen... todos los sábados"; "Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas les interpretaba las Escrituras"; se pone a los autores por sus escritos. — A veces se pone el efecto por la causa, como cuando leemos: "Tú eres mi paciencia..., mi esperanza"; y: "Mi fortaleza", es decir, la causa de estas virtudes, y así se pone el efecto por la causa. — Esto también designa el contenido por el continente, como: "Derramaré la vasija en las canales", cuando derramaba agua; así: "Aclamad a Dios toda la tierra"; "Se alegró Egipto"; "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas"; y muchos otros, donde ciertamente se entienden los habitantes. — A veces, por el contrario, se designa el continente por el contenido, como: "Los hijos de Israel entraron por medio del mar"; así también cuando se dice que cruzaron el río Jordán, cuando cruzaron por el lecho seco tanto del mar como del río. Así en muchos otros lugares de la Escritura.

La antonomasia es una cierta sustitución del nombre, cuando se pone el significado en lugar del nombre, como decimos: el príncipe de los académicos, por Platón; el padre y príncipe de la elocuencia romana, por Cicerón; el excelso profeta, por David; el apóstol, por Pablo; el discípulo amado, por Juan. Se hace de tres modos: o por el ánimo, o por el cuerpo, o por lo externo. Así en la Sagrada Escritura Salomón se llama sabio, y su padre, hombre según el corazón de Dios; Goliat, el gigante, hombre bastardo..., de una altura de seis codos y un palmo. Cristo también se llama antonomásticamente el Justo, como: "Mataron a los que anunciaban la venida del Justo, del cual ahora habéis sido traidores y homicidas"; Cristo, Hijo de David, e Hijo del hombre; Sansón, fuerte en fuerzas; Juan, el discípulo a

quien Jesús amaba; Pablo, vaso de elección; Juan Bautista, gran profeta y más que profeta; Pedro, piedra de la Iglesia; y la antonomasia es muy frecuente.

Nota que el epíteto es similar a la antonomasia, que también se hace de tres modos. Sin embargo, difiere de la antonomasia en que el epíteto siempre tiene un nombre adjetivo, no así la antonomasia.

La onomatopeya, es decir, la invención del nombre, como es: el mugido de los bueyes, el balido de las ovejas, el ladrido de los perros, y similares. Este tropo es muy frecuente en la Sagrada Escritura: "El rugido del león y la voz de la leona"; "Como un león rugirá"; y: "¿Pondrás el relincho en el cuello del caballo?" De manera similar: "Perros muchos que no pueden ladrar"; así: "Cobre que suena y címbalo que retiñe"; "El clamor de las trompetas"; así también: "Las vacas iban en línea recta por el camino que conduce a Bet-Semes..., caminando y mugiendo".

La catacresis es una cierta usurpación o abuso de la palabra, cuando se pone lo similar y cercano en lugar de lo cierto y propio, como cuando decimos: "fuerzas breves", "consejo largo", "discurso grande". Este tropo es usado frecuentemente en la Escritura: "Quebrarás los cuernos de los pecadores y se exaltarán los cuernos del justo"; así cuando dice: "los cuernos del arco"; "los pies de la mesa o del candelabro"; "el frente del techo"; "el labio del cáliz", etc. Todas estas son propiedades de los animales; sin embargo, para significar cosas que carecen de denominación propia, se emplean esos nombres. Y este tropo se diferencia de la metáfora en que la metáfora atribuye un término a algo que ya tiene un nombre propio; la catacresis, al no tener un término propio, usa uno ajeno; así, cuando la Escritura habla de Dios, designa su inmensa virtud y perfección con nombres de cantidades corporales, como cuando dice: "Es más alto que el cielo, ¿qué harás? Más profundo que el infierno, ¿cómo lo conocerás? Su medida es más larga que la tierra y

más ancha que el mar". De la misma manera: "En Jerusalén hay una piscina probática"; "pues el agua tomó su nombre de los peces, aunque no era para los peces, sino para lavar las víctimas, de donde obtuvo el nombre de probática".

La metalepsis es una cierta transposición y gradualmente progresa de una cosa a otra, indicando el camino hacia lo que se muestra, como en la línea del poeta:

"Escondió en las cavernas sombrías",

donde se entiende "sombrías" por oscuras y "oscuras" por profundas; y en la línea:

"Después de algunas cosechas, ¿admiraré las espigas?",

donde "cosechas" se entiende como "años"; pues por espigas se entienden los veranos, y por veranos los años. Así, en la Sagrada Escritura se encuentra este tropo: "Comerás del trabajo de tus manos... serás feliz y te irá bien"; se pone el trabajo por los bienes que se adquieren trabajando. De manera similar: "He aquí el Behemot, que hice contigo, come hierba como el buey; su fuerza está en sus lomos y su poder en el ombligo de su vientre"; por Behemot se entiende el diablo, por el diablo el ángel hecho por Dios, por la hierba los pecadores, por los lomos y el ombligo la lujuria; y aunque esto no puede estar en el diablo, se entiende la incitación y tentación a ella.

La alegoría, es decir, inversión, es un tropo en el cual se muestra una cosa con las palabras y otra con el sentido, y es como una metáfora continuada y perpetua, como en esta línea del poeta:

"Cerrad ya los riachuelos, muchachos, bastante han bebido los prados,"

es decir, dejad de cantar, hemos escuchado bastante. La alegoría es muy frecuente en las Sagradas Escrituras. Se encuentran tres tipos

de alegoría: de palabras, de cosas y de ambas. — De palabras, como: "Saldrá una vara del tronco de Jesé y un vástago de sus raíces florecerá"; de manera similar: "Mi amado es blanco y rubio, distinguido entre diez mil", referido a Cristo. — De cosas, como: "Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer; este es un gran misterio... en Cristo y en la Iglesia"; así se dice por alegoría que Abraham tuvo dos hijos refiriéndose a los dos Testamentos. — De ambas, como: "Él me será por hijo y yo le seré por padre", dicho de Salomón y, según el testimonio del Apóstol, de Cristo, pues Salomón fue figura de Cristo; de manera similar: "De Egipto llamé a mi hijo", dicho de Israel por el Profeta y, según el testimonio del Evangelista, de Cristo. — Además, la alegoría a veces es completa, y otras veces mezclada; completa, como: "El lobo habitará con el cordero y el leopardo se acostará con el cabrito; el becerro, el león y la oveja vivirán juntos y un niño pequeño los guiará", etc.; mezclada, como: "Herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío y la justicia será el cinturón de sus lomos y la fe el cinturón de sus riñones".

Bajo la alegoría también se incluye la parábola, que es una comparación de cosas de diferentes tipos. Esta es muy frecuente en toda la Sagrada Escritura. — También se incluye el icono, es decir, la comparación entre personas, o de lo que les sucede a las personas, como: "Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre"; y: "Ni se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles de Dios". — Finalmente, también se incluye el paradigma, que es la proposición o narración de un ejemplo que exhorta o disuade; exhortando, como: "Elías era un hombre con pasiones semejantes a las nuestras y oró fervientemente para que no lloviera sobre la tierra y no llovió por tres años y seis meses"; y: "Mirad las aves del cielo, que no siembran ni cosechan ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta"; disuadiendo, como: "En aquella hora el que esté en el tejado y sus bienes en la casa no

descienda a tomarlos, y el que esté en el campo... no regrese"; "Acordaos de la esposa de Lot".

Bajo la alegoría también se incluye el enigma; pues el enigma es una cierta alegoría más oscura, como el interpretado por Edipo del Esfinge, o que necesita de otro Salomón para entender lo que se dice, como: "Mi madre me engendró, y pronto de mí fue engendrada"; lo cual designa que el hielo se genera del agua y de nuevo se derrite en agua; tal como en la Sagrada Escritura: "Del que come salió comida y del fuerte salió dulzura"; y: "La sanguijuela tiene dos hijas, que dicen siempre: dame, dame"; por las cuales se designan la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos, o la lujuria y la avaricia; de manera similar: "Si dormís entre los coros, las alas de la paloma serán plateadas y sus plumas de oro brillante", por la paloma se entiende la Iglesia, por los coros, o suertes, los diversos estados de la Iglesia, por las alas sus virtudes, por el brillo del oro la decoración de la caridad.

La ironía es un tropo en el que se muestra lo contrario, lo que llaman ilusión, donde no solo se muestra una cosa con las palabras y otra con el sentido, sino lo contrario, como: "He aquí que Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal"; y: "Clamad con voz más fuerte, porque dios es Baal, quizás está hablando, o tiene algún negocio, o está de camino, o... duerme y ha de ser despertado"; y también: "Salve, rey de los judíos". La ironía se reconoce por la pronunciación, porque si no va acompañada de gravedad y amargura, parecerá confesar lo que intenta negar. — Bajo esta se incluye la antífrasis, que es la ironía de una sola palabra, como: "guerra", porque no es para nada guerra; "lucus", porque no luce; "Parcas", porque no perdonan; así es: "Amigo, ¿a qué has venido?" La antífrasis se diferencia de la ironía en que la ironía indica solo por la pronunciación lo que quiere que se entienda, mientras que la antífrasis no indica lo contrario por la voz del que habla, sino por las palabras mismas, cuyo origen es contrario, como

en la Escritura: "Amigo, ¿a qué has venido?" y: "A menos que en su cara te bendiga"; "Bendice a Dios y muere"; y: "Bendijo a Dios y al rey"; bendecir es una antífrasis por maldecir. — También se incluye el sarcasmo, que es una ironía hostil y una burla llena de odio, como: "A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; si es rey de Israel, descienda ahora de la cruz y creeremos en él"; y: "Confió en el Señor, líbrelo ahora; sálvelo, ya que lo quiere".

La perífrasis es una cierta circunlocución, porque con muchas palabras se explica lo que podría decirse con una sola o con pocas. Se hace por causa de adornar la cosa, o de evitar la indecencia; para adornar, como: "Sabemos... que si nuestra morada terrestre se deshace, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos... en los cielos"; para evitar la indecencia, como: "Porque sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza"; así también la Sagrada Escritura llama siempre de la manera más honesta a la unión carnal del hombre y la mujer: "Conoció, dice, Adán a Eva su esposa"; "entrar a la mujer", "unirse a la esposa", "revelar el borde" o "la desnudez".

El hipérbaton es una cierta transgresión que perturba el orden de las palabras mediante la inversión o transposición. — Bajo el hipérbaton se incluye primero: la sínquisis, que es un hipérbaton completamente confuso, como en: "Tus flechas afiladas, los pueblos caerán bajo ti en los corazones de los enemigos del rey"; el orden es: "Tus flechas afiladas caerán en los corazones de los enemigos del pueblo bajo ti"; y así también en el cántico de la Virgen: "Ha socorrido a Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como habló a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre"; es decir: "acordándose de su misericordia para con Abraham y su descendencia para siempre", como en: "Se acordó de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel, socorrió a Israel su siervo", como dice el Apóstol: "Nunca... tomó a los ángeles, sino que tomó a la descendencia de Abraham, como habló a

nuestros padres". — Luego se incluye la paréntesis bajo el hipérbaton. La paréntesis es una locución interpuesta en una oración dividida, como en la del Apóstol: "¿Ignoráis, hermanos? Hablo a los que conocen la ley, que la ley domina al hombre mientras vive".

También se incluye la anástrofe, que es la inversión solo de palabras, como: "Italia contra, conmigo, contigo", etc.; así es: "Por tanto, yo suplicaré al Señor", es decir, "por qué motivo". — Finalmente, la histerología, o histerón-próteron, está contenida aquí, y es una oración en la que el orden de las palabras se cambia, haciéndose un orden retrógrado, donde lo que debía preceder se pospone, como en: "Este recibirá bendición del Señor y misericordia del Dios de su salvación"; la misericordia debería haber precedido, porque "el Señor primero justifica al impío con misericordia y luego corona al justo con bendición".

La hipérbole es una exageración eminente que excede la fe, teniendo la fuerza de aumentar o disminuir; aumentar, como cuando se dice que algo es más blanco que la nieve; disminuir, como: "es más lento que una tortuga". Así leemos en las Escrituras: "Más rápidos que las águilas del cielo, más fuertes que los leones"; y: "Lavaré mi lecho cada noche, con mis lágrimas empaparé mi lecho"; y en otra parte: "Suben hasta los cielos y bajan hasta los abismos". De manera similar, disminuyendo, como: "Te aterrorizará el sonido de una hoja que vuela"; y: "Sus rostros se ennegrecieron más que el carbón". La hipérbole es muy frecuente en la Sagrada Escritura, especialmente en las proposiciones universales, como: "El rey Salomón fue engrandecido por encima de todos los reyes de la tierra"; y sin embargo, habla de la tierra de Israel. Así se lee muy a menudo: "todo el pueblo", "toda la ciudad", "todo Israel"; es hipérbole, y debe entenderse como una gran multitud, no como una totalidad, como cuando leemos: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí"; y: "Todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti, Señor"; "Todas las familias de las naciones"; es hipérbole y se

entiende como una multitud, no como una totalidad, de modo que no falta nadie.

SEGUNDA DISERTACIÓN SOBRE LOS ESQUEMAS, ESTO ES, LAS FIGURAS DE LOCUCIÓN

Esquema, es decir, figura, como se puede ver por el propio nombre, "es una cierta conformación del discurso y un hábito alejado de la razón común y que se ofrece primero". Sin embargo, difiere, como dijimos antes, el esquema del tropo, en que el tropo siempre se hace solo con palabras trasladadas; pero el esquema se hace también con palabras propias, aunque a veces también se figura el discurso con trasladadas.

Hay, sin embargo, dos tipos de figuras: una, que versa sobre el sentido, y otra, que versa sobre las palabras. Nosotros, siguiendo la facilidad, primero disertaremos sobre las figuras de las palabras y luego sobre aquellas que atañen a la mente; aunque, así como por naturaleza el sentido precede a la palabra, de igual manera habría que hablar primero de aquellas que atañen al sentido. Existen muchas especies de ambos géneros. Así pues, hay tres modos de figuras de palabras: unas se hacen por adición, otras por sustracción y otras por semejanza. También son muchas las figuras que se hacen por adición.

La primera, sin embargo, es la anáfora, que también se llama epíbola, y es la repetición frecuente de la misma palabra, cuando el discurso se conduce a menudo por la misma palabra, como está en Cicerón en la Catilinaria: "Nada haces, nada tramas, nada piensas que yo no solo oiga, sino también vea y claramente sienta". Esta figura también se llama epanáfora, y es bellísima en Virgilio:

"Aquí las fuentes frías, aquí los prados suaves, Licoris:

Aquí el bosque, aquí contigo me consumiría con el tiempo."

Así en la Sagrada Escritura: Diga ahora Israel, porque es bueno, porque para siempre es su misericordia; diga ahora la casa de Aarón, porque para siempre es su misericordia; digan ahora los que temen al Señor, etc.; y de nuevo: Es mejor confiar en el Señor que confiar en el hombre; es mejor esperar en el Señor que esperar en los príncipes. Una anáfora excelente está en San Pablo a los Corintios, mientras encomienda la caridad sobre todas las demás virtudes: Si hablara en lenguas humanas, etc.; también está en David: La voz del Señor con poder, la voz del Señor con majestad, la voz del Señor quebrantando los cedros. Esta figura es muy común en los Salmos y en Salomón en el Eclesiastés: Todo tiene su tiempo..., tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar, etc.

Anadiplosis, reduplicatio o congeminación de la dicción, es la que se encuentra en la última parte de la oración precedente y en la primera de la siguiente, como está en Virgilio:

"Certent et cycnis ululae: sit Tityrus Orpheus:

Orpheus in silvis, inter delphinas Arion."

Así es aquello: Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Ierusalem. Ierusalem, quae aedificatur ut civitas; Me dereliquerunt fontem aquae vivae et fecerunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quae aquas continere non valent. — A esto se une la epanadiplosis, que se produce cuando una oración se cierra con la misma palabra con la que empezó, como está en Virgilio:

"Multa super Priamo rogitans, super Hectore multa."

Así es aquello: Deus, quis similis... tibi? Ne taceas neque compescaris, Deus. — También se añade la analepsis, que es la repetición de la oración, para que quede más profundamente en la mente de los oyentes; así es aquello: Gaudete in Domino semper, iterum dico gaudete. — Aquí se observa la epizeuxis, que es una

combinación en la que la palabra se repite sin intermediación, como está en Virgilio:

"Me, me; adsum qui feci";

así es aquello: Consolamini, consolamini, popule meus; y aquello: Elevare, elevare, consurge, Ierusalem. — También se añade la pallilogia, que es una locución iterada, cuando algo se repite por causa de mayor vehemencia; así es aquello: Filius accrescens Ioseph, filius accrescens et decorus aspectu.

El polyptoton es una figura en la cual el discurso varía con diferentes casos de la misma palabra, como aquello: "Qui nihil in vita habet iucundius vita, is cum virtute vitam excolere poterit unquam"; y en Virgilio:

"Litora litoribus contraria, fluctibus undas

Implecor, arma armis: pugnent ipsique nepotes."

Así es aquello del Apóstol: Gentes, quae non sectabantur iustitiam, apprehenderunt iustitiam, iustitiam autem quae ex fide est; Israel autem secundum legem iustitiae in legem iustitiae non pervenit; y aquello: Ignorantes enim iustitiam Dei et suam quaerentes statuere, iustitiae Dei non sunt subiecti; finis enim legis caritas ad iustitiam omni credenti; y aquello: Nam quae sub viro est mulier, vivente viro, alligata est legi; si autem mortuus fuerit vir eius, soluta est a lege viri; y de nuevo: Quoniam ex ipso et per ipsum et in ipso sunt omnia, ipsi gloria in saeculum. Así también aquello: Isaías: Cantabo dilecto meo canticum patruelis mei vineae suae: vinea facta est dilecto meo in cornu filii olei; et sepivit eam et lapides elegit ex ea et plantavit vineam electam, etc.; y aquello de David: Mons Dei mons pinguis, mons coagulatus, mons pinguis, ut quid suspicamini montes coagulatos? Mons, in quo beneplacitum est Deo habitare in eo. La synonymia es una figura que se interpreta como una comunión de nombres, cuyo género de locución usamos cuando con una sola

palabra no parece que hayamos mostrado suficientemente la dignidad o magnitud de la cosa, como si dijéramos: afligió, postró, abatió; y en Cicerón: "Se fue, se marchó, se escapó, huyó"; así leemos en David: "Perseguiré a mis enemigos y los atraparé y no volveré hasta que desfallezcan. Los quebrantaré y no podrán mantenerse, caerán bajo mis pies... Y los trituraré... como polvo ante el viento, como lodo de las calles los borraré. En todas estas cosas se entiende lo mismo. Así también aquello: Ay de la gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, semilla malvada, hijos perversos; y aquello: Pecamos con nuestros padres, cometimos injusticias, hicimos iniquidad. Así también: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él? o ¿el hijo del hombre, para que lo visites? es lo mismo; en hebreo pues אנוש (enosh), איש (ish), בן־ארם (ben-adam), אדם (adam) y גבר (geber) significan lo mismo y son sinónimos.

Polisíndeton es una figura que abunda en muchas conjunciones, cuando el discurso está ligado por muchas conjunciones, como está en Virgilio:

"Tectumque laremque

Armaque Amiclaeumque canem Cressamque pharetram";

así en el Salmo: El Señor lo conserve y lo vivifique y lo haga feliz en la tierra y no lo entregue a la voluntad de sus enemigos.

Clímax, es decir, gradación, es una figura en la que en el discurso se asciende gradualmente de una cosa a otra, como está en Ovidio:

"Viderat hanc visamque cupit potiturque cupita";

y en Cicerón: "Africano virtutem industria, virtus gloriam, gloria aemulos comparavit." Así en la Sagrada Escritura en el Príncipe de los Apóstoles: "Vos autem curam omnem subinferentes, ministrate in fide vestra virtutem, in virtute autem scientiam, in scientia autem abstinentiam, in abstinentia autem patientiam, in patientia autem pietatem, in pietate autem amorem fraternitatis, in amore autem

fraternitatis caritatem." Así también en el Beato Santiago: "Consideradlo todo gozo, hermanos..., cuando caigáis en diversas tentaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia, y la paciencia tenga su obra perfecta, para que seáis perfectos e íntegros, sin que os falte nada." De manera similar en el Beato Pablo: "Nos gloriamos en nuestras tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia produce prueba, la prueba produce esperanza; y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones."

Siguen las figuras que se forman por sustracción, que se buscan por la brevedad y la novedad; la primera de ellas es la elipsis, que también se llama sinécdoque. Es la falta de alguna palabra en el discurso, cuya omisión se entiende suficientemente por las demás, como leemos en Terencio en Andria:

"Verbum unum cave de nuptiis";

falta: ne dicas. Esta figura se encuentra a menudo en la Sagrada Escritura según la Verdad Hebrea; porque es particular y muy común en la lengua sagrada que el verbo sum, es, est, falte muy a menudo en el discurso y que rara vez se ponga, como es evidente para cualquiera que tenga siquiera los rudimentos de esa lengua. Además de esto, se encuentra esta figura en otros lugares, como en la Sagrada Génesis: "Dixitque Cain ad Abel...: Egrediamur foras." En hebreo hay una elipsis, pues no están esas palabras: "Egrediamur foras." Así muchos lo entienden: "Si alguien mata a Caín será castigado siete veces," de modo que hay una elipsis en medio y el sentido es: "Si alguien mata a Caín será castigado"; pero Caín será castigado siete veces, o siete veces será castigado, porque se cree que fue asesinado en la séptima generación por Lamec. Por esta figura entendemos aquel lugar del Evangelio: "Si alguien deja a su mujer, excepto por fornicación, y se casa con otra, comete adulterio"; falta una palabra; pues son dos oraciones: "Si alguien

deja a su mujer, excepto por fornicación, peca, porque lo que Dios unió, el hombre no debe separar; pero quien, habiendo dejado a su esposa, de cualquier manera se case con otra, comete adulterio." — Esta figura difiere de la aposiopesis, que es una figura de sentencias, porque en la elipsis falta una palabra, y esa palabra es manifiesta y cierta, mientras que en la aposiopesis, de la que hablaremos en su lugar, lo que se omite es incierto o ciertamente debe explicarse con un discurso más largo.

Asindeton, o dialyton, es una disolución de alguna manera, cuando, eliminadas las conjunciones del discurso, se dicen varias cosas de manera disjunta, como en Virgilio:

“Ite, ferte citi flammas, date vela, impellite remos”;

tal es aquello en el Salmo: "Aclamad a Dios, toda la tierra, cantad salmos a su nombre, dad gloria a su alabanza; decid a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras, Señor!" Esta figura a veces está solo en las palabras, como en Cicerón: "Que esté bajo su tutela la Galia, encomendada a su valor, lealtad, fortuna"; a veces está en las sentencias, como aquello del mismo: "Estos estudios alimentan la juventud, deleitan la vejez, adornan las situaciones favorables, ofrecen refugio en las adversas, deleitan en casa, no impiden fuera, pasan la noche con nosotros, viajan, están en el campo." Así también en la Sagrada Escritura, solo en palabras, como aquello de Santiago: "Porque esta sabiduría no desciende de lo alto, sino que es terrenal, animal, diabólica; y de nuevo: Pero la sabiduría que es de lo alto es primero pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia, etc." En las sentencias, como aquello del Apóstol: "La caridad es paciente, es benigna; no tiene envidia, no actúa con jactancia, no se engríe, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad, etc."

Protozeugma, o hipozeugma, es una unión en la cual a una sola palabra, que se coloca al principio o al final, se refieren varias sentencias. Esto se hace de tres maneras: o con la palabra colocada al principio, a la que se refieren las demás, como: "Venció la vergüenza la lujuria, el miedo la audacia, la razón la locura"; o con la palabra colocada al final, como: "Y no eres tú, Catilina, de manera que ni la vergüenza te ha apartado de la deshonra, ni el miedo del peligro, ni la razón de la locura"; o con la palabra colocada en medio de los sentidos, como:

«Troiugena interpres divum, qui numina Phoebi,

Qui tripodas Clarii lauros, qui sidera sentis

Et volucrum linguas et praepetis omina pennae.»

Así claramente en la Sagrada Escritura según el primer modo está aquello del Apóstol: "Esto sabe que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos y los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto, sin paz"; y aquello en la Ley: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo." En el segundo modo está aquello del Apóstol: "Toda amargura, ira, indignación, clamor y blasfemia sean quitados de vosotros." Según el tercer modo está aquello: «Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, entendidas por medio de las cosas hechas, se contemplan, a saber, su eterno poder y deidad.

Hypozeuxis es una figura contraria a la anterior, donde a cada sentido se le da su propia cláusula y cada sentencia se cierra con su propia cláusula, como en Cicerón: "Dicen que Homero es ciudadano de Colofón, los de Quíos lo reivindican como suyo, los de Salamina

lo reclaman, y los de Esmirna afirman que es suyo"; así es en Virgilio:

"Regem adit, et regi memorat nomenque genusque,

Quidve petat, quidve ipse ferat, Mezentius arma,

Quae sibi conciliet, violentaque pectora Turni

Edocet: humanis quae sit fiducia rebus,

Admonet, immiscetque preces: haud fit mora, Tarchon

Iungit opes foedusque ferit."

Tal es aquello del Salmo: "Dichoso el hombre que no anduvo en el consejo de los impíos y en el camino de los pecadores no se detuvo y en la silla de pestilencia no se sentó"; y aquello: "Dirán la potencia de tus hechos terribles y contarán tu grandeza; anunciarán la memoria de tu abundante bondad y cantarán con júbilo tu justicia." Así también es aquello del Apóstol: "Ya sean profecías, se acabarán; ya sean lenguas, cesarán; ya sea conocimiento, se destruirá." Esta figura es frecuente en la Sagrada Escritura.

Hay también figuras del tercer tipo, que se forman ya sea por similitud de palabras, o por pares, o por contrarios, para excitar los ánimos. La primera es la paronomasia, que es una denominación; pues παρόνυμα para los griegos es lo mismo que denominativa para los latinos. Se hace cuando se colocan en el discurso palabras ligeramente cambiadas y desviadas. Así es aquello: "El Señor es justo y ama la justicia; su rostro ve la rectitud"; y aquello: "Bueno eres tú y en tu bondad enséñame tus preceptos." Esta figura suele hacerse entre los oradores por similitud de palabras, como en Cicerón: "El lugar que fue muy feliz ahora será el bosque más desierto y la custodia de los sagrados no será considerada honor, sino carga." Así en Terencio:

"Pues el inicio es de los locos, no de los amantes."

Cuando esto sucede no por similitud de nombres, sino de verbos, se llama paromoen, como si alguien dijera que no ora, sino que arara. Isaías usa esta figura de manera muy elegante en su lengua cuando dice: "Esperé que hiciera juicio, y he aquí iniquidad...; justicia, y he aquí clamor." En hebreo es:

לְמִשְׁפָּט וְהִנֵּה מִשְׂפָּח לִצְדָקָה וְהִנֵּה צְעָקָה

por juicio puso משפט; por iniquidad, משפח; por justicia, צדקה; por clamor, צעקה. Del mismo modo en la misma lengua se hace paromoeon, cuando שכל, que significa actuar con prudencia y entender, y סכל, que significa actuar con necedad, se ponen.

Homoeoptoton, es decir, que cae de manera similar, es una figura donde muchas palabras terminan en casos similares, incluso si son diferentes las que se declinan, como es aquello: "Mereciendo, llorando, derramando lágrimas, compadeciéndose"; y en Cicerón: "Es el mismo Verres, que siempre fue, tanto arrojado para actuar, como dispuesto para escuchar"; y: "Que en estas cosas no sea defendido como un pretor mediocre, sino alabado como el mejor comandante." Así en la Escritura Sagrada: "Bendijiste, Señor, tu tierra, perdonaste la cautividad de Jacob. Perdonaste la iniquidad de tu pueblo, cubriste todos sus pecados"; y aquello: "Cantad y exultad y tocad salmos." Y en Ezequiel: "Si engendra un hijo ladrón que derrama sangre; y poco después: Comiendo en los montes y contaminando a la esposa de su prójimo, oprimiendo al necesitado y al pobre, cometiendo robos, no devolviendo la prenda, y levantando sus ojos a los ídolos, haciendo abominación, prestando a usura y tomando ganancias, ¿vivirá acaso?"

Homoeoteleuton, es decir, que termina de manera similar, es una figura cuando el final de dos o más sentencias es similar, es decir, cuando los miembros o artículos del discurso terminan con un final similar, como es aquello: "No es propio de la misma persona actuar valientemente y vivir deshonrosamente"; en Cicerón: "De modo que

no solo los ciudadanos estuvieron de acuerdo con su voluntad, los aliados obedecieron, los enemigos se sometieron, sino que también los vientos y las tempestades le obedecieron"; "No solo para extinguir su salud, sino también para extinguir su gloria a través de tales hombres." Así en la Sagrada Escritura en Eclesiastés: "Mejor es ver lo que deseas, que desear lo que no conoces"; y también: "Mejor es ser reprendido por un sabio, que ser engañado por la adulación de los necios." Esta figura se diferencia de la anterior en que aquella ocurre en todas partes, mientras que esta se da en los miembros y artículos del discurso, y aquella se compone de palabras y nombres, mientras que esta también puede componerse de indeclinables, y aquella se basa solo en casos similares, incluso si son diferentes los que se declinan, mientras que esta termina en finales completamente iguales.

Isocolon, es decir, compar, es una figura cuando los miembros del discurso tienen casi el mismo número de sílabas, como en Cicerón: "Apareció a finales del invierno, emprendió a principios de la primavera, completó a mediados del verano"; y de nuevo: "La lujuria venció la vergüenza, la audacia el miedo, la locura la razón." Así en las Sagradas Escrituras está aquello del Apóstol: "Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento"; y aquello: "La caridad es de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida"; y en Moisés: "Es una nación sin consejo y sin prudencia; ¡ojalá fueran sabios y entendieran esto, y consideraran su fin!"

Antítesis, es decir, contrapuesto, es una figura cuando se oponen contrarios a contrarios, como en Ovidio:

"Calientes luchaban contra fríos, húmedos contra secos, Blandos contra duros, los que no tienen peso contra los que tienen peso."

Así en la Sagrada Escritura: "El arco de los fuertes ha sido quebrado, y los débiles se ciñeron de fuerza; los saciados se alquilaron por pan, y los hambrientos cesaron de tener hambre; hasta la estéril ha dado a luz siete, y la que tenía muchos hijos languidece; el Señor mata y da vida, lleva al Seol y hace subir; el Señor empobrece y enriquece, humilla y exalta." Así: "Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes"; "El que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado." Esta figura es muy frecuente en la Sagrada Escritura.

Antimetábole, o metátesis, es decir, conmutación, es una figura cuando dos sentencias discrepantes se expresan de tal manera que la posterior procede contraria de la anterior, como es: "No vivo para comer, sino como para vivir"; también: "Si el poema es una pintura parlante, la pintura es un poema silencioso." Así en la Sagrada Escritura: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros"; y aquello de los Macabeos 2: "No por el lugar escogió Dios al pueblo, sino por el pueblo al lugar."

TERCERA DISERTACIÓN DE LOS ESQUEMAS DE LAS ORACIONES

Después de las figuras de las palabras, siguen los ornamentos de las oraciones, que los esquemas no parecen tener en las palabras, sino en las cosas mismas una cierta dignidad. El primero de estos es la erótesis, o erótema.

Erótesis, es decir, interrogación, es un esquema cuando se asume no con el propósito de indagar, sino de insistir, como se ve en Virgilio:

"¡Ay! ¿Qué tierra ahora, dijo, qué mares pueden

Recibirme?"

Asimismo:

"¿Qué haré o qué tierra profunda se abrirá

Para mí?"

Este esquema a veces conviene a la indignación, como en el mismo:

"¿Y alguien [adora] el numen de Juno?"

y a la admiración, como:

"¿Qué no fuerzas, hambre sagrada de oro,

A los corazones mortales?"

Este esquema es muy frecuente en la Sagrada Escritura, sea cual sea la manera en que se realice: ¿Por qué se alborotan las naciones y los pueblos traman cosas vanas? Señor, ¿por qué se multiplican los que me afligen? ¿A dónde iré de tu espíritu y a dónde huiré de tu presencia? “¿Qué haré, desdichado? ¿Adónde huiré?” ¿Dónde están sus dioses, en quienes tenían confianza? Generación perversa y torcida, ¿así le devuelves al Señor, pueblo necio e insensato? De

hecho, siempre que en la Sagrada Escritura leemos que Dios pregunta o interroga algo, debemos entender que es un erótema. – Hay otra indagación, que se llama éxtasis, cuando investigando con interrogaciones diversas cosas, aplicamos respuestas convenientes a cada una de ellas, como en David: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, etc.; de manera similar: ¿Quién subirá al monte del Señor? o ¿quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón, etc. –Hay otro de este tipo, que se llama antítesis, cuando respondemos a una pregunta planteada, aceptando las declaraciones y opiniones de los adversarios sólo para refutarlas, como en: Muchos dicen: ¿Quién nos mostrará el bien? Está sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor. Esto se añadió como respuesta a la luz divina infundida en la mente y la razón.

Etopoeya, o etología, es la expresión ficticia de los movimientos y afectos de alguien, es un esquema cuando se expresa con palabras y tono de voz y se describe la costumbre y el carácter de alguien, de donde los actores de etopoeya y etología son llamados, que imitan los modos y gestos de la persona que representan. Este esquema es muy frecuente en la Sagrada Escritura, que muy a menudo introduce a Dios bajo la forma de un hombre enojado, o de alguien arrepentido, o de un rey, juez, anciano, esposo, etc. Así, Moisés muy a menudo en el Pentateuco, David en los Salmos y los Profetas en sus libros introducen a Dios hablando o actuando, y todo lo que se dice de Dios por ἀνθρωπο-πάθος (anthropospathos) debe considerarse perteneciente a este esquema, y no tomarse literalmente, sino figuradamente; de donde los herejes antropomorfitas fueron engañados y se equivocaron, tomando literalmente lo que se dice de Dios por ἀνθρωποπαθῶς (anthropopathia), pensando que Dios tiene cuerpo y miembros en forma humana. –A este esquema es afín y próximo la prosopopeya, con esta única diferencia: que la prosopopeya también puede ser de

cosas que no existen, pues a veces hacemos resucitar a los muertos y los introducimos hablando; mientras que la etopoeya siempre aplica el discurso a ciertas personas específicas.

Prosopopeya es la introducción ficticia de personajes, cuando atribuimos personalidad y discurso a cosas inanimadas, como en Cicerón: "Si mi patria, que es mucho más querida para mí que mi vida, si toda Italia y toda la república me hablaran así: Marco Tulio, ¿qué haces?" etc. Este esquema también es muy usado en la Sagrada Escritura. Así, en el libro de los Jueces, figuradamente se dice que la langosta es los árboles del bosque hablando con la higuera, el olivo y la vid, y estos respondiendo. Así dice el Profeta: "Los ríos, Señor, levantaron los ríos su voz." Y Job dice: "El abismo dice: No está en mí, y el mar dice: No está conmigo." Y de nuevo: "La destrucción y la muerte dijeron: Con nuestros oídos hemos oído su fama." Y la Sabiduría en Proverbios clamando, habla mucho; Salomón en el Cantar de los Cantares introduce a la Iglesia bajo la figura de una esposa y a Dios bajo la figura de un esposo y muchos coloquios amorosos. Los profetas muy frecuentemente introducen al pueblo de Israel y Judá bajo el vestido de una mujer, a veces como una esposa y virgen elegida, otras veces como una mujer prostituta y fornicadora; e introducen a Dios hablando como si fuese a estas gentes como mujeres, ellas también hablando y respondiendo a Dios con atuendo femenino. Isaías también pinta al pueblo entero bajo la figura de un hombre muy perdido, diciendo: "Toda cabeza está enferma, y todo corazón triste. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él salud: herida y llaga y golpe hinchado no han sido vendados ni curados con ungüento ni fomentados con aceite." – A este esquema se le añade otro casi igual, que se llama somatopoeia, es decir, la ficción corporal. Es la introducción ficticia del cuerpo, cuando atribuimos figuras, formas, actitudes y actos corporales a cosas incorpóreas, como los sabios egipcios solían enseñar muchas cosas corporales bajo formas sensibles de

jeroglíficos dibujados. Así claramente leemos en el Salmo: "La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron; la verdad brotó de la tierra y la justicia miró desde el cielo." Y en Isaías: "La justicia será el cinto de sus lomos y la fidelidad el ceñidor de sus riñones." Así Dios y los ángeles muy a menudo en las Escrituras Sagradas son introducidos bajo formas de diversas cosas corporales, y en Proverbios la Sabiduría se nos presenta bajo la figura de una mujer fuerte cuando se dice: "¿Quién encontrará una mujer fuerte? Su precio está lejos y en los confines más lejanos. Confía en ella el corazón de su marido, y no necesitará de despojos," etc. – Aun se añade otro esquema a los anteriores, como si fuera lo contrario; este se llama antiprosopon, cuando algo muy agradable y excelente se pone por lo más ingrato, como cuando leemos: los crímenes de Jacob, los pecados de Israel, las iniquidades de Judá y cosas por el estilo; pues en lugar de la gente más malvada se ponen los nombres de los patriarcas más santos.

Apóstrofe, es decir, conversión, es un esquema cuando se pasa de hablar a uno a dirigirse a otro, como en: "Ahora te hablo a ti, Africano, cuyo nombre es para los muertos un esplendor y ornamento para la ciudad." También suele ocurrir cuando se convierte en una invocación. Este esquema es muy frecuente en los Salmos, por lo que no es necesario proporcionar ejemplos.

Hipotiposis, es decir, descripción, que también se llama caracterismos, es un esquema cuando se presenta una forma verbal tan expresada con palabras que parece más bien ser vista que oída. Este esquema consiste en poner lo que se dice bajo el aspecto visual, para que lo que no se ve pueda ser percibido por los ojos de la mente, como en Cicerón en Verrem: "Él mismo, inflamado por el crimen y la furia, llegó al foro; sus ojos ardían, de todo su rostro emanaba crueldad." Este esquema también es frecuente en la

Sagrada Escritura, como en David: "¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él? o el hijo del hombre, para que lo visites? Lo has hecho un poco menor que los ángeles, lo has coronado de gloria y honor y lo has constituido sobre las obras de tus manos. Todo lo has sometido bajo sus pies." También en otro Salmo: "La reina está a tu derecha, adornada con oro de Ofir, rodeada de variedad."

Aposiopesis, es decir, reticencia o interrupción repentina de una palabra en el discurso, como en Virgilio:

"¡A los que yo! Pero es mejor calmar los mares agitados."

Este esquema es frecuente en la Sagrada Escritura según el hebreo, como en Génesis, donde nuestra Traducción dice: Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos fuera; en hebreo hay una aposiopesis, pues falta "Salgamos fuera." Similarmente en 2 Reyes, donde nuestra Traducción dice: David había propuesto... un premio para quien matara al jebuseo; la Verdad Hebrea dice: Y David dijo: quienquiera que mate al jebuseo; y no se expresa nada sobre el premio.

Énfasis, es decir, expresión o demostración, cuando de una declaración se extrae algo más, o la significación es para entender más de lo que se dice, ya que las palabras tienen un significado implícito. Tiene dos tipos: uno, en el que se significa más de lo que se dice, como en: "¿Así que confías en un cretense?" donde entendemos a una persona pérfida por el carácter de esa gente, no nacida en Creta; el otro, en el que se significa lo que no se dice, como en Virgilio:

"Cuando ya las bellotas y los madroños sagrados

faltaban en los bosques,"

donde designa que no sólo en otros bosques, sino también en los sagrados faltaban. Así también en la Escritura Sagrada está: Según tu misericordia, acuérdate de mí tú por tu bondad, Señor; pues indica que no pide misericordia por sus propios méritos.

Epífonema, aclamación, es un esquema cuando se hace una aclamación a algo ya narrado y probado, como en Virgilio:

"¡Qué gran esfuerzo fue fundar la nación romana!"

Así el Profeta Real, después de decir muchas maravillas de Dios, aclamó diciendo: Todo lo que el Señor quiso, lo hizo en el cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos.

Epanados, es decir, regreso o repetición, es un esquema cuando regresamos de donde acabamos de partir, como en el Salmo: El mar lo vio y huyó, el Jordán se volvió atrás; los montes saltaron como carneros y los collados como corderos de ovejas. ¿Qué te pasa, mar, que huiste, y tú, Jordán, que te volviste atrás? Etc.

Anacoenosis, es decir, comunicación, es un esquema cuando consultamos a alguien como interrogando, como en Cicerón: "Ahora yo, jueces, les pregunto a ustedes, ¿qué creen que debo hacer?", etc.; así también en los Hechos de los Apóstoles: Si es necesario obedecer a los hombres más que a Dios, júzguenlo ustedes mismos.

Ecfonisis, es decir, exclamación, es un esquema que connota dolor o indignación, alegría o admiración en la invocación de alguna cosa, como leemos frecuentemente en Cicerón, en Antonino: "¡Oh, desdichado de mí! Consumidas ya las lágrimas, el dolor sigue clavado en el pecho." y contra Rulo: "¡Oh razón perturbada! ¡Oh lujuria escandalosa! ¡Oh planes disueltos y perdidos!" y en Catilina: "¡Oh tiempos, oh costumbres! El Senado lo sabe, el cónsul lo ve, y sin embargo, él vive." etc. Así también en las Sagradas Escrituras, de dolor, como: ¡Oh vosotros todos, que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor! Y aquello: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? De indignación, como en los Hechos de los Apóstoles: ¡Oh lleno de todo engaño y de toda malicia, hijo del diablo, enemigo de toda justicia!, etc. Y de admiración, como: ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de

Dios, cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! De alegría, como: ¡Oh cuán hermosa es la casta generación con claridad!

Deisis, es decir, súplica o ruego, es un esquema cuando imploramos la ayuda de alguien, o con una súplica inducimos a alguien a hacer algo, como leemos en Cicerón a favor de Deiotaro: "Por lo tanto, primero libéranos de este miedo, Cayo César, por tu fidelidad, constancia y clemencia, para que no sospechemos que queda en ti ninguna parte de ira." Este esquema está esparcido por toda la Sagrada Escritura y en los Salmos en gran medida, y el Apóstol a menudo exhorta a hacer el bien con una súplica: Ruego..., hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, vuestro culto racional. A los Efesios también adopta la persona de un suplicante: Ruego..., yo prisionero en el Señor, que andéis dignamente según la vocación con que fuisteis llamados. – A este se le añade el esquema de la optación, que expresa el deseo de alguien, como Cicerón: "¡Ojalá, ciudadanos, tuviéramos tanta abundancia de hombres valientes e inocentes!" Y a favor de Rabirio: "¡Ojalá me diera la oportunidad la causa, para que pudiera proclamar esto!" En las Sagradas Escrituras los santos a menudo adoptan la persona de uno que desea: ¡Ojalá mis caminos se dirijan a guardar tus justificaciones! Isaías también dice: ¡Ojalá hubieras atendido a mis mandamientos! tu paz habría sido como un río y tu justicia como las olas del mar. Y de nuevo: ¡Ojalá rompieses los cielos y descendieras! ante tu presencia se derretirían los montes. Como la quema del fuego se derretirían, las aguas arderían con fuego, para que tu nombre se hiciera conocido a tus enemigos.

Catara, es decir, execración o detestación, es un esquema en el que se imprecisa una destrucción terrible a alguien, como en Cicerón a favor de Deiotaro: "¡Que los dioses te destruyan, fugitivo! porque no sólo eres malo e impío, sino también necio y demente." Este esquema es muy común en la Sagrada Escritura. Leemos una

horrible imprecación en Jeremías: ¿Se devuelve mal por bien, porque cavaron una fosa para mi alma?… Por lo tanto, entrega a sus hijos al hambre y tráelos a la espada, que sus esposas sean sin hijos y viudas, y sus maridos sean muertos por la muerte, sus jóvenes sean atravesados por la espada en la batalla, etc. También leemos una detestación en Amós: El Señor Dios juró por sí mismo, dice el Señor de los ejércitos: Detesto el orgullo de Jacob y odio sus casas y entregaré la ciudad con sus habitantes. – A este esquema se le añade la exprobración, como la del Apóstol: ¡Oh insensatos Gálatas! ¿Quién os fascinó para no creer en el Evangelio? También hay otras exprobraciones que hizo el Señor a las ciudades donde se realizaron muchas virtudes. – También hay muchas increpaciones en toda la Sagrada Escritura: Generación perversa y torcida, ¿así pagas al Señor, pueblo necio e insensato? ¿No es él tu padre, que te poseyó, te hizo y te creó? – También son frecuentes las insultaciones a los impíos, como: ¿Dónde están sus dioses, en quienes confiaban, de cuyos sacrificios comían la grosura y bebían el vino de las libaciones? Que se levanten y os ayuden y os protejan en la necesidad; y en Isaías: ¿Dónde están ahora tus sabios? Que anuncien y te digan qué ha pensado el Señor de los ejércitos sobre Egipto. – También se encuentran muchísimas amenazas en la Sagrada Escritura para disuadir y coercer a los impíos del mal camino, como estas: Me consolaré de mis enemigos y me vengaré de mis adversarios. Y en el mismo Isaías: ¡Ay de la nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, descendencia de malhechores, hijos corruptos! Pero aquella es muy terrible en Deuteronomio: Es una generación perversa e infiel; ellos me provocaron con lo que no es Dios y me irritaron con sus vanidades; y yo los provocaré con lo que no es pueblo y los irritaré con una nación insensata; el fuego se ha encendido en mi furor y arderá hasta lo más profundo del infierno, etc. De igual manera también: Si afilo mi espada centelleante y mi mano toma el juicio, tomaré venganza de mis enemigos y

recompensaré a los que me odian; embriagaré mis flechas de sangre y mi espada devorará carne: de la sangre de los muertos. – A veces, sin embargo, los profetas usan el esquema de la execración, mostrando que Dios no quiere algo, aunque parezca bueno, como en Isaías: ¿Por qué me sirven vuestros muchos sacrificios? dice el Señor: Estoy lleno; no quiero los holocaustos de carneros y la grasa de animales gordos, ni la sangre de toros, ni de corderos, ni de cabras... No traigáis más ofrendas inútiles...; el incienso es abominación para mí; no soporto la luna nueva y el sábado y las otras festividades.

Síncresis es un esquema que es lo mismo que la antítesis, como en el Salmo dice el Profeta: No lleves mi alma con los impíos, Dios, ni mi vida con los hombres sanguinarios. Queriendo mostrar su causa más justa, dice: En cuyas manos hay iniquidades, su diestra está llena de sobornos; pero yo he andado en mi integridad.

CUARTA DISERTACIÓN SOBRE EL MÚLTIPLE SENTIDO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

La sagrada y divinamente transmitida sabiduría, que el Espíritu Santo, por cuya inspiración hablaron los santos hombres de Dios, se ha dignado impartirnos, rebosa con una vena tan rica en sentidos arcanos y místicos, así como en riquezas más conocidas y manifiestas, que, como un inmenso mar siempre inagotable y como un abismo interminable, nunca ha permitido ser limitada, sino que siempre ofrece un vastísimo espacio para la exploración, no solo ha ejercitado las mentes de los hombres más ilustres, quienes han dedicado no poco esfuerzo en explicarla, sino que también ha afectado con muchos trabajos, aunque no sin éxito, a los más recientes que han emprendido la tarea de explicarla; y ha dejado también a las generaciones futuras muchos aspectos por elaborar y descubrir. Porque, siendo divinamente inspirada, supera tanto más sublimemente incluso las mentes más ingeniosas de los hombres, cuanto los propios hombres son inferiores a la palabra de Dios, que es la fuente excelsa y el origen perenne de esta sabiduría. De aquí también se deriva que la Sagrada Escritura, bajo una letra única y simple, contiene múltiples y variados sentidos tanto manifiestos como ocultos y arcanos; ya que su autor es Dios, quien abarca todo con su intelecto, los santos hombres de Dios, en la medida en que han bebido de la sacratísima fuente del intelecto divino las corrientes de los Sagrados Discursos, nos han hablado y transmitido en monumentos escritos. Pues primero fueron derivadas de la inteligencia divina y su sabiduría, a través de especies divinamente impresas, como un río que fluye de una fuente inagotable y perenne, imbuyendo sus mentes, consagradas a Dios e iluminadas por la luz divina; y a través de ellos, ha llegado a nosotros, quienes leemos en

el libro de la Sagrada Escritura lo mismo que ellos primero obtuvieron.

Nosotros, pues, al perseguir con diligente investigación los varios y múltiples sentidos de la Sagrada Escritura, ponemos como fundamento primero que hay una doble inteligencia de las Sagradas Letras: una literal y más manifiesta; y otra espiritual, mística y más secreta. De las cuales así dice el gran Dionisio Areopagita que hay una doble tradición de los teólogos: una arcana y mística, y otra manifiesta y más conocida; y una es significativa y perfeccionante, y la otra estudiosa de la sabiduría y demostrativa. Por lo tanto, la Sagrada Escritura se dice libro escrito por dentro y por fuera, como leemos en Ezequiel: "He aquí una mano extendida hacia mí en la que había un libro enrollado, y lo extendió ante mí, el cual estaba escrito por dentro y por fuera"; y en el Apocalipsis: "Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera". La escritura exterior es el entendimiento de la letra; la interior, el sentido es arcano y místico.

La razón de esta doble inteligencia es la siguiente. En efecto, a las Sagradas Escrituras no solo se les atribuye el sentido que significan las palabras, lo cual es común a cualquier ciencia; sino que las cosas mismas, significadas por las palabras, designan también otra cosa, lo cual es peculiar de las Sagradas Letras. Dios, en efecto, su autor, no solo adapta perfectamente las palabras para significar, sino que también hace que las mismas cosas sean significativas de otras cosas. Aquella significación que es propiamente de las palabras produce la primera inteligencia; la otra, que es de las cosas, engendra la posterior. Por la disposición y razón ordenadísima de Dios, se actuó de modo que las Sagradas Letras, dotadas e insufladas con esta doble inteligencia, se transmitieran en los arcanos de sus misterios, riquísimas en la altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios y en la incomprensibilidad de los juicios de Dios y en la investigabilidad de sus caminos, siempre ocultísimos y

profundísimos, para que los sagrados misterios no fueran accesibles a los indignos. Pues es sacrilegio, como testifican las Sagradas Escrituras, arrojar el precio inestimable de las perlas espirituales y las inmensas riquezas a los cerdos para que las pisen con sus pies. Además, conviene que la Sagrada Escritura hable de manera que la humildad de la letra y la afabilidad de su estilo sean accesibles a todos, para que con un lenguaje humilde alimente a los pequeños, con la verdad nutra también a los grandes, con la altura ridiculice a los soberbios y a los sabios entre los hombres, y con la profundidad finalmente aterre a todos y los mantenga siempre atentos y perpetuamente ejercite su estudio.

Tal es la profundidad de las Escrituras cristianas que en ellas progresaríamos cada día si, desde la juventud hasta la senectud más avanzada, nos esforzáramos por aprenderlas con el mayor ocio, el máximo estudio y el mejor ingenio. Quedan tantas y tan múltiples cosas que entender bajo las múltiples sombras de los misterios, tanto en las palabras con las que están dichas como en las cosas que deben ser entendidas, en las que se oculta la profundidad de la sabiduría, que a los más viejos, los más agudos y los más ardientes de deseo de aprender les ocurre lo que dice la misma Escritura en un lugar: "Cuando el hombre ha terminado, entonces comienza". Pues cuando consideramos la inteligencia de las Sagradas Historias en cierta sublimidad de su sentido, estos mismos sentidos, cuando comienzan a ser considerados y expresados con más sutileza, engendran otros más múltiples y sutiles; también se ocultan en las Sagradas Letras las profundidades de los misterios para que no se desprecien, sino que se busquen continuamente, de modo que ejerciten y finalmente se revelen para que alimenten. Pues la profundidad de la palabra de Dios ejercita de tal modo el estudio que no niega el entendimiento. No todo está cerrado, de modo que no haya nada de donde se revelen las cosas oscuras, sino que en ciertos lugares de las Escrituras se nos ejercita para que busquemos, y en otros lugares

manifiestos se nos ilumina para que veamos y podamos encontrar las cosas oscuras que buscamos, de modo que de allí seamos dulcemente alimentados.

Orígenes aporta otra congruencia de esta doble inteligencia, diciendo así: “Así como en los últimos días la palabra de Dios, revestida de carne de María, salió a este mundo, y una cosa era lo que se veía en él, y otra lo que se entendía — pues el aspecto de la carne se mostraba a todos, pero a pocos y a los elegidos se daba el reconocimiento de la divinidad —; así también porque la palabra de Dios es transmitida a los hombres por los Profetas o el Legislador, no se presentará sin documentos apropiados. Pues así como allí estaba cubierta con el velo de la carne, así aquí se cubre con el velo de la letra: de modo que la letra se vea como la carne, pero el sentido interior latente se sienta como la divinidad”.

Puesto que hemos establecido este doble sentido de la Escritura, conviene ahora explicar cuál es el sentido literal y cuál el espiritual y místico. Llamamos sentido literal a aquel que el autor de la Escritura quiso significar en primer lugar mediante palabras o nombres, tomados propiamente o metafóricamente, ya sea relatando un hecho pasado o futuro, indicando una verdad de fe, demostrando una verdad, ordenando o prohibiendo algo, instruyendo sobre los modales, atrayendo con promesas o conmoviendo los corazones de los hombres con amenazas y terrores. El sentido místico o espiritual, en cambio, es aquel que el Espíritu Santo quiso significar mediante los hechos pasados o futuros. Pero antes de abordar la explicación del sentido místico, debemos aclarar y explicar el sentido literal.

Decimos, pues, que el sentido literal no es solo aquel que se significa con palabras y nombres tomados propiamente, de modo que aquel que se designa con palabras y nombres tomados metafóricamente se considere espiritual y místico; sino que el sentido literal es aquel que el Espíritu Santo afirma en primer lugar

mediante palabras y nombres, ya sean tomados propiamente o metafóricamente; de donde se deduce que el sentido parabólico o metafórico, o cualquier locución irónica, hiperbólica, enigmática u otra tropológica o figurada, que no deben tomarse en su propiedad, sino que en ellas se debe entender una cosa por otra, pertenece al sentido literal; de otro modo, muchos pasajes de las Sagradas Escrituras carecerían de sentido literal y serían considerados falsedades y fábulas indocumentadas, como cuando leemos en el libro de los Jueces que Jotán se puso de pie sobre el monte Garizim y dijo: "Los árboles fueron a ungir un rey sobre ellos; y dijeron al olivo: 'Reina sobre nosotros'. Pero el olivo respondió: '¿Debo dejar mi aceite, que usan los dioses y los hombres, y venir a ser promovido sobre los árboles?'". Y así sucesivamente, lo que se dice del higo, la vid y el espino. ¿Quién no consideraría estas cosas fábulas vacías e ineptas si se entendieran literalmente, como se presentan? Pero estos árboles son los hombres de Siquem, como él mismo lo explicó. De manera similar, en otras parábolas y locuciones tropológicas y en muchísimos esquemas de las Sagradas Escrituras, que se encuentran dispersos por todas partes.

Por tanto, el sentido literal es el que primero pretende el autor, ya sea que la locución sea simple o tropológica. De donde se distingue que hay múltiples sentidos literales; uno según la historia, otro según la etiología, otro según la analogía, y finalmente otro según la alegoría, ya sea una locución tropológica o figurada. Según la historia, cuando el narrador relata algo que ha sucedido o sucederá, o no ha sucedido o no sucederá; según la etiología, cuando se muestra qué, por qué causa, ha sido hecho o dicho; según la analogía, cuando se demuestra que los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, no se contradicen; según la alegoría, cuando se enseña que ciertas cosas escritas no deben tomarse literalmente, sino entenderse figurativamente. De estos modos han hecho uso nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles y otros Santos, escritores de las

Sagradas Páginas. Pues de la historia se ha tomado aquel ejemplo cuando se objetó a Cristo que sus discípulos arrancaban espigas en día de sábado: "¿No habéis leído", dijo, "lo que hizo David cuando tuvo hambre?" etc. — A la etiología pertenece aquello cuando Cristo prohibió que una mujer fuera despedida, excepto por causa de fornicación, y se le objetó que Moisés permitió dar una carta de divorcio: "Esto", dijo, "Moisés lo hizo por la dureza de vuestros corazones". Aquí se da la causa de por qué Moisés permitió eso temporalmente. — Según la analogía, donde se percibe la congruencia de ambos Testamentos, en muchos lugares es evidente, cuando los Apóstoles y Evangelistas traen testimonios del Antiguo Testamento para probar los misterios del Nuevo Instrumento. — Según la alegoría, se ve esparcida en toda la Sagrada Escritura en parábolas, metáforas, enigmas y otros esquemas y locuciones tropológicas.

Sin embargo, dado que el sentido parabólico es el principal y más frecuente en la Sagrada Escritura, consideramos valioso ofrecer algunas reflexiones al respecto. La parábola es una comparación de cosas diferentes mediante cuya comparación se entiende de manera más clara y grata el asunto que se pretende explicar; παραβολή en griego es lo mismo que similitud en latín. En las Escrituras Sagradas se usa la parábola cuando el autor de la Escritura quiere insinuar algo en asuntos espirituales y divinos mediante ciertas comparaciones simbólicas, que el Espíritu Santo ha compuesto en los Divinos Discursos, para que a través de similitudes corporales podamos captar más fácilmente las cosas celestiales. Pues, como testifica San Dionisio Areopagita, es imposible para nosotros que "el rayo divino brille de otro modo que no sea cubierto por la variedad de velos sagrados". El sentido parabólico no es el que expresan las palabras tomadas parabólicamente, sino aquel que quien presenta la parábola intenta expresar bajo su velo y símbolo, como cuando se dice: "Un hombre hizo una gran cena, etc." y "Salió el sembrador a

sembrar, etc.". El sentido literal no es lo que se narra en esas historias como tales, sino lo que Cristo explicó al exponer las parábolas. Así, toda parábola manifiesta de manera tropológica y simbólica la naturaleza de alguna cosa.

Sin embargo, no se requiere que se asemeje exacta y completamente a la cosa por la cual fue asumida; es más, a veces se toma de cosas completamente disímiles, como cuando Cristo quiso enseñarnos que debemos orar continuamente y no desmayar en la oración para vencer a los enemigos y buscar la justa venganza contra ellos, tomó la parábola de la viuda y el juez injusto, quien, aunque no temía a Dios ni respetaba a los hombres, sin embargo, vencido por una cierta importunidad, finalmente cedió a las insistentes interpelaciones de la viuda y la vengó de sus adversarios. ¿Acaso Dios es similar al juez injusto? Pero lo que se insinúa mediante esta parábola es que Dios no desprecia las súplicas de los suplicantes y finalmente las escucha y concede lo que se pide. Por lo tanto, no se debe investigar con demasiada curiosidad las partes individuales de las parábolas ni angustiarse con excesivo cuidado por cada palabra; sino que, una vez conocido lo que se pretende expresar con la parábola, deben explicarse las partes que parecen útiles para el propósito. En cuanto a las demás, no es necesario investigarlas con curiosidad, sino que deben omitirse como si no contribuyeran al propósito, sino que solo sirven para tejer la parábola. Pues no todas las cosas que se narran, según la opinión de San Agustín, deben considerarse significativas; sino que, debido a aquellas que tienen significado, se añaden también las que no tienen significado; como el arado, con el que se cultiva la tierra; aunque solo el arado propiamente dicho abre la tierra, para que esto pueda hacerse, también son necesarias las demás partes del arado; y solo las cuerdas en las cítaras y otros instrumentos musicales se ajustan para el sonido, pero para que puedan ajustarse, existen también otras partes en las estructuras de los instrumentos, que no son golpeadas por los músicos, pero están

conectadas con aquellas que son golpeadas y resuenan. Así como en las imágenes y estatuas las similitudes no corresponden en todos los aspectos a aquello a lo que se refieren, ya sea en el plano sin relieves, o en la estatua con relieves, pero no intrínsecamente. Así, cuando se dice que el reino de los cielos es semejante a algo, se dice que es semejante no en todos los aspectos que están presentes en aquello con lo que se compara, sino solo en algunos que contribuyen a la razón asumida.

Es necesario saber que las parábolas se presentan de varias maneras: a veces mediante una palabra de semejanza o comparación, como "El reino de los cielos es semejante a...", en muchos lugares; a veces mediante un adverbio de semejanza: "como", "del mismo modo que", "igual que", "a semejanza de", "como si"; de esta clase son: "Fluya como el rocío mi discurso"; "Como flechas en la mano del poderoso"; "Será como un árbol plantado junto a corrientes de aguas"; "Como el ciervo anhela las corrientes de agua"; "¿Quiénes son estos que vuelan como nubes y como palomas a sus ventanas?", y otros similares. A veces, sin embargo, se presentan de tal manera que no se expresa la semejanza, sino solo la parábola; de esta clase son: "Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces crecerá", etc.; "En aquellos días los montes destilarán dulzura y los collados fluirán leche y miel"; "Los montes llevarán paz al pueblo y los collados, justicia". De esta clase son las más frecuentes en las parábolas de Salomón, y Cristo frecuentemente hablaba en este tipo de parábolas a las multitudes, las cuales luego explicaba aparte a sus discípulos. De esta clase es lo que se dice en el Evangelio: "Si tu ojo... o tu mano, o tu pie te hace pecar, etc."; pues es una locución figurada.

Habiendo establecido estas cosas sobre el sentido literal, pasemos al sentido espiritual y místico. La inteligencia arcana y mística de las Sagradas Escrituras, que se basa en el sentido literal, es triple: tropológica, alegórica y anagógica. Pues en cuanto en la Sagrada

Página se narran hechos de hombres, ya sean buenos y santos, o malas obras e injustas, se nos propone como ejemplo qué debemos hacer o evitar para vivir justa y santamente; este es el sentido tropológico. En cuanto las cosas ocurridas en el Antiguo Testamento expresan un tipo y figura de aquellas que son de Cristo y de la Iglesia en el Nuevo Testamento, ya que todas estas cosas les acontecían en figura, como dice el Apóstol, este es el sentido alegórico. En cuanto las cosas que ocurren en la Iglesia presente son ejemplares de las celestiales, este es el sentido anagógico. De estos debemos tratar algunos puntos por separado en el orden propuesto.

El sentido tropológico de las Sagradas Escrituras es, por tanto, cuando acomodamos los mismos Divinos Discursos para reformar, corregir e instruir los modales de los hombres, como cuando se dice: "Que tus vestiduras sean siempre blancas y que no falte el aceite sobre tu cabeza"; es decir, que tus obras sean puras y que la caridad nunca falte en tu mente. También, por ejemplo, cuando convertimos la historia de Lot en una enseñanza contra la ebriedad y la lujuria; o las lágrimas amargas de Pedro para recomendar las lágrimas de los penitentes, que son como agua bendita con la cual se lavan las almas de los pecadores; este es el sentido tropológico o moral, que es lo mismo, pues en griego τρόπος significa tanto esquema y modo como vida y modales, y está muy cercano al sentido literal.
Frecuentemente, y muy a menudo, en la misma historia se indican de paso cosas que contribuyen a los buenos modales; por lo cual, muy a menudo la historia lleva consigo la tropología, al modo de una imagen o estatua pintada, esculpida o modelada con el mayor cuidado, arte y diligencia, en la cual se muestra a la vez la obra y lo que hay en ella de excelente y digno de admiración e imitación por parte de todos los espectadores. Así, cuando se narra la historia de Abraham recibiendo a tres hombres como huéspedes, se nos recomienda la hospitalidad tanto en el servicio como la caridad ferviente y la humildad; y cuando, por orden de Dios, ofrece a su

único y amadísimo Hijo en holocausto, se demuestra claramente que a Dios se le debe obedecer en todo, aun en lo más arduo y difícil.

Además, el sentido tropológico sigue tan de cerca al sentido literal, que en muchos lugares de la Escritura el sentido tropológico es el mismo que el sentido literal, como en: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas... y a tu prójimo como a ti mismo"; todos los mandamientos del Decálogo y muchos lugares de la Escritura, en los que se instruyen los modales, especialmente en los libros Sapienciales, en los escritos del Evangelio y de los Apóstoles y en casi toda la serie del sagrado Canon, ya que el fin del mandamiento es la caridad, que pertenece a la práctica.

Ahora sobre el sentido alegórico. La alegoría es una expresión en la que usamos palabras que se desvían de su significado propio para significar otra cosa, o ciertamente a través de las cosas significadas propiamente entendemos algo más. Por eso se llama alegoría, porque muestra una cosa con las palabras y otra con el sentido; de donde ἀλληγορία en griego puede interpretarse como inversión en latín.

Es necesario saber que la alegoría en primer lugar no es simple, sino doble: una, que se refiere a la locución figurada y es una especie de tropo, y esta propiamente se llama inversión; pues el tropo, según la definición de las palabras, es la mutación de una palabra o expresión de su significado propio a otro con un cierto poder: esta alegoría pertenece al entendimiento literal y es la que hemos mencionado antes y se contiene en la parte de la notificación anterior. – La otra alegoría es la que se refiere al sentido arcano y más secreto y místico, que se contiene en la otra parte de la descripción y es cuando en las cosas primero entendidas en el significado de las palabras, que es el entendimiento primero pretendido por el autor, el Espíritu Santo quiere que entendamos otra cosa en ellas y a través de

ellas. El Apóstol aporta este ejemplo de esta inteligencia mística, diciendo: "Está escrito... que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre; y el que era de la esclava nació según la carne, pero el de la libre nació por la promesa: lo cual es dicho por alegoría". Pues el Apóstol refiere esto a los dos Testamentos. Cuando, por tanto, la Sagrada Escritura narra que Abraham tuvo dos hijos, toda esa historia, tal como está tejida, pertenece al sentido literal, con las palabras aceptadas propiamente; pero si mediante lo que se dice se entienden los dos Testamentos, es una alegoría mística. Lo mismo debe decirse de la historia de Abel y Caín, de Noé, el arca y el diluvio; pues Abel representa el tipo de Cristo, y el arca a la Iglesia.

En las alegorías, sin embargo, es necesario y siempre se debe mantener firmemente la verdad de la historia; por lo tanto, primero se debe establecer el fundamento verdadero de la letra, para que la letra no se base en un fundamento falso. Pues toda la estructura de la alegoría se derrumbará si no se mantiene firmemente la verdad de la historia, como en la historia del paraíso terrenal, del diluvio y del arca, de José vendido por sus hermanos, de Sansón, de David y Goliat, de Jonás, etc. Sobre estos se pueden fundar múltiples y bellísimas alegorías, pero siempre se debe mantener la verdad de la historia. Sin embargo, será lícito para cada uno formar una alegoría sobre la letra, siempre que sea congruente con la piedad y no disienta de otro lugar de la Escritura; lo mejor será si puede comprobarse por otro lugar de la Escritura. Sin embargo, debe evitarse que parezca forzada y de alguna manera aplicada violentamente a la letra, sino que sea la que más concuerde con la historia; pues es indecoroso presentar una alegoría forzada, violenta y distorsionada.

Sin embargo, no es necesario deducir minuciosamente todo lo que se dice en la historia a la alegoría, sino que solo deben tomarse las cosas que sean suficientes para explicar la alegoría en ese lugar.

Pues cuando el Apóstol refiere los dos hijos de Abraham a los dos Testamentos, no podemos interpretar minuciosamente en este sentido alegórico todo lo que se dice en esa historia; y cuando hablando de Adán y Eva dice a los Efesios: "Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio, pero yo hablo de Cristo y de la Iglesia", no estamos obligados a referir alegóricamente toda la génesis del mundo y la condición de los hombres a Cristo y a la Iglesia. Así también cuando el mismo Apóstol dice: "Bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo", no estamos obligados a referir todo el libro del Éxodo a Cristo; pero cada lugar recibirá una inteligencia espiritual diversa según la historia diversa. Pero ascendamos ahora al sentido anagógico.

El sentido anagógico, por su parte, es aquel que lleva a las cosas superiores; ya que anagogía viene de ἀνά, que significa "arriba", y γωγή, que significa "conducir". Se da cuando trasladamos los lugares de la Sagrada Escritura a los preceptos y misterios de las figuras celestiales más secretas y sagradas, elevando el espíritu a la felicidad celestial; como cuando leemos que Enoc, el séptimo desde Adán, fue trasladado del mundo, entendemos que prefigura el sábado de la futura felicidad, que está reservado para los elegidos al final, después de las buenas obras de este siglo, que se realizan en seis edades. Así también, mediante la santificación del séptimo día y el descanso de toda obra servil, elevamos el espíritu a la felicísima y beatísima paz de la eterna felicidad en Dios supremo; así también en la historia de la tierra prometida, que fluye leche y miel, en la cual, después de una larga y laboriosa peregrinación por desiertos áridos e incultos, los hijos de Israel ingresaron, entendemos la tierra de los vivientes en el cielo, prometida a nosotros después de los múltiples trabajos, pasiones y luchas de la vida presente. En la historia del paraíso terrenal también entendemos el paraíso de las delicias

eternas e incorruptibles. Así, la anagogía eleva el espíritu a las cosas celestiales y divinas.

Estos cuatro sentidos de las Sagradas Escrituras, literal, tropológico, alegórico y anagógico, se encuentran generalmente en una y la misma letra; como cuando leemos "agua", entendemos según la letra uno de los cuatro elementos, como: "Reúnanse las aguas en un solo lugar"; pero en sentido tropológico, el agua indica tribulaciones, como expresó el Profeta inspirado por el Espíritu divino, diciendo: "Pasamos por fuego y por agua, y nos sacaste a un lugar de refrigerio"; y: "Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma"; alegóricamente, el agua designa el santísimo sacramento del Bautismo, como aquel admirable Profeta mostró maravillosamente con estas palabras: "Derramaré sobre vosotros agua limpia y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias". Así también alegóricamente significa gracia y caridad, como: "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que será en él una fuente de agua que salta para vida eterna". Finalmente, según la anagogía, el agua expresa la eterna bienaventuranza, según Jeremías: "Me han dejado a mí, fuente de agua viva, y han cavado para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua". Así también en sentido anagógico representan el Espíritu Santo, como: "El que cree en mí... de su interior correrán ríos de agua viva". Pero esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.

De manera similar, encontramos estos cuatro sentidos en la palabra Jerusalén: literal, si se refiere a una cierta ciudad de Palestina, que primero fue edificada por Melquisedec, luego ampliada por Salomón y maravillosamente fortificada; según la tropología, significa el alma fiel, en la cual por gracia hay visión de paz, es decir, contemplación de las cosas eternas, de la cual se dice: "Alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, oh Sion"; y por Isaías se dice: "Sacúdete del polvo, levántate y siéntate, Jerusalén; desata las cadenas de tu cuello, cautiva hija de Sion, porque... fuisteis vendidos sin precio y sin

dinero seréis redimidos"; alegóricamente expresa la Iglesia militante, como: "Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una esposa adornada para su marido"; finalmente, en sentido anagógico, representa la Iglesia triunfante, como: "Pero la Jerusalén de arriba, que es libre, es la madre de todos nosotros". Así también el templo en la Sagrada Escritura, según la historia, es la casa de Dios que Salomón edificó; tropológicamente, cada uno de los fieles es llamado templo de Dios, como: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros?" alegóricamente representa el cuerpo de Cristo, del cual dice: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré", pero él hablaba del templo de su cuerpo; o bien la Iglesia de Dios, como: "El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros"; por anagogía expresa la morada del gozo supremo, a la que aspiraba quien decía: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos"; así se dice: "El Señor está en su santo templo, el Señor tiene su trono en el cielo".

Estos cuatro tipos de exposiciones, según la cuádruple inteligencia observada por Cristo y los Apóstoles y demostrada a nosotros, los conocemos según lo testifica la Escritura: la histórica, como cuando el Señor vino a Nazaret y entró, según su costumbre, en la sinagoga el día de reposo y expuso la profecía de Isaías, y los nazarenos se maravillaban y decían: "¿No es este el hijo de José?" El Señor respondió, diciendo: "Sin duda me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; todo lo que hemos oído que se ha hecho en Capernaúm, hazlo también aquí en tu patria". Y además: "De cierto os digo que ningún profeta es acepto en su patria. En verdad os digo, muchas viudas había en los días de Elías en Israel, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda en Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del

profeta Eliseo; y ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio". Todo esto el Señor lo trajo de la historia.

El mismo Señor aplicó el sentido tropológico cuando, narrando la historia de los ninivitas y la llegada de la reina del sur a Salomón, reprochó las costumbres perdidas de los judíos: "Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán, porque se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí, uno mayor que Jonás está aquí. La reina del sur se levantará en el juicio con esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí, uno mayor que Salomón está aquí".

Dio un ejemplo de exposición alegórica cuando, hablando a los judíos, dijo sobre Juan el Bautista: "Elías ciertamente vendrá y restaurará todas las cosas. Pero os digo que Elías ya vino, y no lo conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; pues Elías es Juan". Con estas palabras quiso significar que Elías en el Antiguo Testamento fue tipo de Juan, que vino en el espíritu y poder de Elías.

San Pablo usó manifiestamente la exposición anagógica en su carta a los Hebreos, cuando adaptó la tierra prometida a los patriarcas a la promesa de la gloria divina; pues dice: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida, como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios"; donde demuestra que la tierra tan deseada por los Patriarcas y buscada con tantas peregrinaciones no es aquella visible y terrena región de Canaán, sino la futura patria invisible y celestial, que tiene mejores fundamentos, cuyo arquitecto es Dios, y la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, que es libre, que es

nuestra madre, adornada con muchos millares de ángeles; pues sabían que no tenían aquí una ciudad permanente, por lo que buscaban la futura.

Finalmente, es necesario advertir que sobre una misma letra pueden formarse varios sentidos místicos; como la historia del paraíso de las delicias; ese paraíso es tipo tanto de la Iglesia militante como de la triunfante y, por tanto, se fundan sobre él el sentido alegórico y anagógico. Así, el maná es tipo del cuerpo del Señor, del sermón evangélico, de la gracia y la caridad; David venciendo a Goliat es tipo de Cristo derrotando al diablo y del hombre justo subyugando la soberbia de la carne. Del mismo modo se puede decir de las historias de Sansón, de la tierra prometida, de la ciudad de Jerusalén, del arca y el tabernáculo, del templo del Señor, etc.; de donde se derivan diversas inteligencias místicas y arcanas. Incluso, muchas veces se derivan inteligencias espirituales diversas y opuestas de un mismo lugar. Pues el león significa tanto a Cristo, que es el león vencedor de la tribu de Judá, como al diablo, que ronda buscando a quien devorar como león rugiente; y la oveja a veces significa al hombre inocente y justo, otras a Cristo y a los santos y elegidos; a veces también al necio y pecador, errante como la oveja perdida. Así, la serpiente ahora designa la prudencia, ahora el pecado detestable; y la serpiente de bronce levantada en el desierto prefiguró a Cristo elevado en la cruz. Así también las aves del cielo se toman a veces en sentido bueno, a veces en sentido malo. Esto ocurre debido a las múltiples y diversas propiedades que se encuentran en una misma cosa, de las cuales se derivan las inteligencias místicas. Y con esto basta sobre el múltiple sentido de las Sagradas Escrituras.

Pero quien quiera tratar estos sagrados sentidos de las Divinas Escrituras, debe comenzar con la oración, para que el Espíritu Santo, por cuya iluminación hablaron los santos hombres de Dios, se digne asistirnos, para que, guiados por Él, alcancemos los mismos sentidos que quiso que se comprendieran en las Escrituras, y no sigamos las

fantasías de nuestra mente, alejándonos del objetivo de la verdad y la sinceridad. Pues hay muchas cosas en la Sagrada Escritura que tienen tanta oscuridad, que ningún ingenio humano puede explicarlas plenamente con claridad; como las descripciones de las ruedas en Ezequiel y el templo en el Apocalipsis de San Juan; para comprender plenamente estas cosas, se necesita el mismo Espíritu que iluminó a los profetas para describirlas. Por lo tanto, la oración es necesaria para entender la Sagrada Escritura.

QUINTA DISERTACION DE LA CREACIÓN DEL MUNDO EN EL TIEMPO

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Esta es la primera doctrina, la primera tesis, el primer axioma de la teosofía divina de Moisés: que el mundo no es eterno, sino que en algún momento comenzó, creado de la nada por Dios, su autor y creador. Esto, ciertamente, ha sido muy controvertido entre los antiguos y viejos filósofos, y ha sido objeto de intensas disputas y asombrosos duelos, con algunos afirmando y otros negando.

Y Aristóteles, con casi toda su escuela peripatética, sostiene que el mundo es eterno, y ataca con gran agudeza y mordacidad a los antiguos filósofos que pensaban lo contrario. Pero Platón, justamente llamado divino, siguiendo la opinión de la venerable antigüedad, niega la eternidad del mundo y afirma firmemente, junto con todos los antiguos filósofos que le precedieron, la creación del mundo y el inicio de los siglos. Platón se adhirió especialmente a las huellas de los más antiguos Zoroastro y Trismegisto; estos son considerados los más antiguos y venerables de todos. El primero floreció en Persia muchos años antes de la guerra de Troya; el segundo, en Egipto; y toda Grecia los admiró y veneró posteriormente como padres de la filosofía y la teología. Después de ellos florecieron Lino el Calcidense y Orfeo el Lebetrio, seguidos muchos años después por Homero y Hesíodo, quienes enseñaron que el mundo fue creado. Después de ellos, Tales de Mileto, Heráclito de Éfeso, Jenófanes, Meliso, Parménides, Anaxágoras, Leucipo y Demócrito, Pitágoras con sus seguidores Empédocles, Arquíta, Timeo, Filolao y otros; y finalmente, Platón, junto con todos ellos, enseñó la cosmopoeia, la fabricación de este mundo.

Solo Aristóteles, entre los filósofos que existen, lo negó y, con todas las fuerzas de sus argumentos, por no decir con los engaños de sus sofismas, intentó establecer la eternidad del mundo; él es como un segundo Ismael contra todos y todos contra él. Porque él, contra todos los antiguos filósofos, no solo griegos, sino también caldeos, fenicios, persas, egipcios y hebreos, declaró la guerra, es más, contra todas las naciones por completo; pues esto es confesado por todos: que el mundo comenzó en algún momento con Dios como su autor. De aquí surge toda la piedad hacia Dios y la religión santa y venerable; este dogma y la concepción común de todas las mentes es la base y el fundamento del culto divino y de todas las virtudes, de toda la probidad. Así como los hijos son piadosos y obedientes a sus padres porque saben que fueron engendrados y criados por ellos, de la misma manera la generación es la raíz de la piedad de los hijos hacia sus padres: de la misma manera, de la creación de todas las cosas y de la providencia y el gobierno mundano nace la piedad, la religión y el culto hacia Dios el Óptimo Máximo. No hay nadie que contemple esta máquina mundana, la constitución del cielo y la tierra, y que inspeccione la estructura de su propio cuerpo y la divinidad de su alma, reconociendo que todo fue creado por Dios, sin admirar el poder del creador, su sabiduría, bondad, clemencia y máxima benevolencia, y sin venerar, adorar y rendir culto a su majestad; pero eliminando la creación del mundo, toda religión, toda probidad se derrumba, como un árbol elevado con sus raíces arrancadas, o una gran estructura con sus cimientos eliminados. Porque nadie mostrará una pía obediencia a sus padres, de quienes fue traído a la luz, a menos que verdaderamente los reconozca y crea que son sus padres; ni nadie reverenciará a un rey a menos que lo considere su señor y rey. Por lo tanto, la eternidad del mundo es una impiedad inexplicable, la destrucción de todas las virtudes, la ruina de toda religión, la muerte de toda piedad y la raíz, el origen primigenio de todos los crímenes y de todos los actos atroces.

Aristóteles, por lo tanto, al establecer la eternidad del mundo, destruyó toda piedad y puso los huevos y echó los fundamentos de todas las impiedades; sin embargo, muchos lo siguieron, engañados por los engaños de sus sofismas y engañados por los fantasmas de sus razones. Estos, filosofando más sobre la persona de Aristóteles, a quien llaman el más alto de todos los filósofos y el príncipe de todos los filósofos, que sobre su doctrina, siguen y defienden con uñas y dientes y con todas sus fuerzas sus errores. Y consideran los sofismas de sus argumentos y sus paralogismos irrefragables, firmísimos y segurísimos, como si fueran más ciertos que las matemáticas. Pero, vamos, por favor, veamos estas demostraciones y discutamos sus razones, con las cuales sus seguidores creen que Moisés y todos los antiguos filósofos que siguieron sus dogmas divinos han sido atravesados y perforados como por puñales dobles y espadas afiladísimas.

La tesis de Aristóteles es, por lo tanto, que el mundo es eterno, y trata de probar esta teoría con la eternidad del cielo, la cual todos los antiguos negaban. Él lo prueba con ciertas técnicas y monstruosidades de sofismas. Primero, de la eternidad del movimiento; segundo, de la naturaleza del cielo, exento de toda contrariedad y corrupción; tercero, del etimón del éter, ya que se dice que el cielo, llamado éter, proviene del movimiento eterno; cuarto, de la opinión de los antiguos, quienes situaron en el cielo lo divino y eterno y lo consideraron la morada perpetua de los dioses eternos; finalmente, de la memoria de los mayores, ya que no se ha transmitido en la memoria que el cuerpo divino del cielo haya sufrido, cambiado o sido afectado alguna vez. Sin embargo, las dos primeras razones son consideradas poderosísimas y de la más alta fortaleza por toda la escuela peripatética, y lo que verdaderamente son Thersites, les parecieron ser Aquiles invencibles a los fascinados por ellas y envenenados por el veneno de Circe.

Pero, por favor, ¿es la eternidad del movimiento manifiesta? Él se esforzó por construir esto con muchos artificios y máquinas, ya que no era manifiesto por su propia naturaleza, a partir de la eternidad del motor, de la figura del cielo, de la circunferencia del movimiento y de la infinitud del tiempo. Del motor, por supuesto; porque si el motor, dice, es eterno, también lo es lo móvil; por lo tanto, el cielo es eterno y el movimiento. Pero yo digo: ¿de dónde se deriva la eternidad del motor? Nosotros, de hecho, decimos que Dios es eterno, como todos lo admiten, pero no que el motor sea eterno. Sin embargo, él prueba la eternidad del motor a partir de la eternidad del movimiento, lo cual es una demostración circular y una prueba absurda. - Además, ¿qué necesidad hay de que si el motor es eterno, también lo sea lo móvil? Los seguidores dicen que solo de lo eterno puede provenir lo eterno. Sin embargo, no sé si eso es verdad, más bien, creo que es falsísimo. Porque la luz diurna en nuestro hemisferio proviene del sol eterno, pero no es eterna, sino que desaparece con la llegada de la noche. La circunferencia de hoy, del oriente al occidente, proviene de un motor eterno, pero no es eterna: mañana habrá otra circunferencia. Cuando el sol se mueve de los signos australes a los septentrionales, muchas cosas se generan a partir de la materia incorruptible y eterna; pero cuando se aleja, perecen. Por lo tanto, esta razón no es más fuerte que un bastón de caña roto. Por lo tanto, la eternidad del mundo, apoyada en un fundamento tan débil, necesariamente se derrumbará; ni la razón por la cual busca la eternidad del motor a partir del movimiento tiene algún peso; porque creemos que el cielo no es movido por algo externo, sino por su propia naturaleza y forma, como los objetos pesados hacia abajo y los ligeros hacia arriba. La proposición de que todo lo que se mueve es movido por otro es, como se evidencia claramente por el movimiento de los objetos ligeros y pesados, falsa; y este ingenioso discurso se apoya en ella como en su fundamento.

El argumento basado en la figura del cielo es considerado por los peripatéticos como el más fuerte, ya que en un círculo no se puede establecer un principio, medio o fin en acto; por lo tanto, el movimiento circular, que ocurre en un círculo, no tiene principio ni fin; y lo que no tiene principio ni fin, es eterno. Pero, por favor, ¿es que el cielo, el sol, la luna, las estrellas, la tierra y todos los cuerpos de figura esférica y circular son infinitos porque no tienen en acto principio, medio o fin? ¿Quién en su sano juicio diría esto? Claramente, si describo un círculo con un compás, una vez completada la circunferencia, no se podrá asignar en acto un principio o un fin a los puntos extremos de la línea circular. ¿Entonces no lo tuvo? Del mismo modo, la rueda del alfarero se mueve en una circulación. ¿Ese movimiento, por lo tanto, no tiene principio ni fin? ¿Debe considerarse perpetuo y eterno porque es de una figura esférica o circular?

Pero alguien podría decir que esto es artificial, mientras que el cielo es un cuerpo natural. Pero, ciertamente, el hecho de no tener en acto principio ni fin no es una característica de este o aquel círculo natural o artificial, sino del círculo en general, así como tener tres ángulos no es una característica de este o aquel triángulo, sino del triángulo en general. Este movimiento, por lo tanto, pertenece al cielo porque es cielo, o porque es circular. Si es porque es cielo, entonces competirá con cualquier otra figura; si es porque es circular, entonces necesariamente pertenecerá a cualquier cuerpo que tenga esa figura; por lo tanto, la tierra, que también tiene esta figura, debería moverse perpetuamente. Un cuerpo circular también puede no moverse circularmente; una pelota, por ejemplo, lanzada hacia arriba o hacia abajo, aunque tiene una figura esférica, no se mueve en círculo, sino en línea recta, como si tuviera cualquier otra figura. Por lo tanto, nada le beneficia a Aristóteles la figura circular para probar la eternidad del movimiento.

Si dice que un cuerpo esférico es apto por naturaleza para moverse perpetuamente, porque no tiene extremos de donde comience el movimiento y donde termine, como los que se mueven en línea recta tienen, centro y circunferencia, arriba y abajo, y en las cosas eternas ser y poder son lo mismo: concedemos esto, pero negamos que el cielo sea eterno; concedemos también esta aptitud al cuerpo esférico, pero también el globo terrestre se consta que es redondo y esférico, que, aunque pueda moverse, nunca se mueve en una esfera.

Avanza aún menos al intentar probar la eternidad del movimiento a partir del movimiento de rotación. Pues él quiere que este sea continuo y que no cese en ningún momento, porque ocurre en una magnitud continua, es decir, que en acto no tiene principio ni fin, como una línea recta: esta es la diferencia entre una línea recta y una circular; porque tampoco pasa de un contrario a otro como los movimientos rectos; pero esto también se podría decir del movimiento de la rueda del alfarero, de las ruedas de los molinos y de los globos y círculos celestiales en el astrolabio, del movimiento de las ruedas de cualquier reloj. El movimiento de un reloj es continuo: ocurre en una magnitud continua en lugar y tiempo; no tiene contrario, porque no se mueve hacia arriba y hacia abajo, sino en círculo. Si dice que este movimiento es artificial, pero el del cielo es natural y por eso perpetuo, diré: o este movimiento es perpetuo porque es natural, o porque es circular; si es porque es natural, entonces todo movimiento natural será perpetuo, por lo tanto, también el movimiento recto de los elementos; si es porque es en círculo, entonces todo movimiento circular será perpetuo, por lo tanto, también el de cualquier globo.

Si alguien dice que por la naturaleza del cuerpo esférico y su movimiento circular el movimiento es perpetuo, así como la naturaleza del cuerpo es perpetua, entonces será necesario probar que la naturaleza es perpetua y que nunca comenzó. Pero si lo prueba por el movimiento, es una clara demostración circular. Pero

él dice: es necesario que las cosas sean eternas o creadas cuando no existían. Creadas, sin duda, por Dios, decimos junto con Moisés y todos los antiguos. Pero él dice: el movimiento es el acto del móvil en cuanto móvil. Si el movimiento comenzó en algún momento, el móvil preexistía en reposo; pero el reposo es la privación del movimiento: por lo tanto, siempre antes del movimiento hubo movimiento. Pero, por favor, ¿qué significa "antes del movimiento preexistía el móvil"? ¿Cómo preexistía? ¿Por naturaleza o por tiempo? Si el móvil preexistía en tiempo antes del movimiento: ¿cómo, entonces, el movimiento es eterno? Si por naturaleza, como la sustancia es anterior por naturaleza al accidente, entonces el móvil preexistía; pero, ¿qué importa eso? ¿Entonces antes del movimiento había reposo? ¿Cómo se sigue eso? ¿Porque la sustancia es por naturaleza anterior a los accidentes, a veces está sin los accidentes naturales? Por lo tanto, ¿el cielo alguna vez no fue un cuerpo, porque la magnitud es un accidente, y eso es posterior a la sustancia? Pero podemos percibir con los sentidos y ver con nuestros propios ojos que el móvil y el movimiento pueden ser simultáneamente presentes, más claro que la luz, como en la llama del fuego, que se genera y se mueve hacia arriba al mismo tiempo, y en todas las cosas que son móviles por su propia naturaleza y forma.

El argumento que dedujo de esta tesis, que el móvil precede al movimiento; antes del primer movimiento había un móvil en reposo: el reposo, sin embargo, es la privación del movimiento: por lo tanto, antes del primer movimiento hubo movimiento; veamos si esto es realmente consecuente. El reposo es la privación del movimiento: ¿por lo tanto, antes hubo movimiento? ¿Cuál es esta inferencia? Claramente, el propio sentido demuestra que no toda privación sigue a un hábito precedente, como la muerte, la enfermedad, la ceguera, sino que también se da una privación que precede al hábito, la cual él mismo ha enumerado entre los principios de las cosas naturales. Él mismo, por lo tanto, ha establecido que la privación precede a

todas las formas generables naturales, como cuando de un no-hombre se hace un hombre, lo cual se hace a partir de la semilla, en la que no está la forma del hombre; ¿es esta privación de la forma precedente? ¿No es de la forma subsecuente? ¿Qué fuerza tiene entonces esta inferencia: el reposo es la privación del movimiento: por lo tanto, precedió al movimiento? Yo también diría: La tierra descansa por su propia naturaleza: por lo tanto, alguna vez se movió por su propia naturaleza. La materia de la tierra está privada de la forma del cielo y del sol: por lo tanto, alguna vez la tierra fue el cielo y el sol. Estas cosas son ridículas. Por lo tanto, con un argumento ridículo, Aristóteles prueba que el movimiento es ingénito, que nunca comenzó.

Pero no es mejor la prueba de que el movimiento es incorruptible y nunca cesará, porque al cesar el movimiento permanece lo móvil, que puede moverse de nuevo; para que esta potencia no sea en vano, se moverá de nuevo en algún momento: por lo tanto, habrá un movimiento posterior al último. Pero ¿qué necesidad hay de que, cesando el movimiento, permanezca lo móvil? ¿Acaso porque los entes no pueden desaparecer en la nada, así como no pueden hacerse de la nada? Pero claramente las formas sustanciales de las piedras, las plantas, los animales y de todos los generables y corruptibles, al corromperse, desaparecen en la nada; pero permanece la materia que puede moverse. ¿Por qué esta potencia necesariamente debe ser reducida al acto? Para que no haya ninguna potencia natural en vano. ¿Qué es esto imposible? Toda la tierra puede convertirse en oro, y el mar en plata: ¿cuándo sucederá esto? Todo el aire puede transmutarse en fuego y el fuego en agua: ¿cuándo sucederán estas cosas? Toda la tierra puede moverse según el lugar, sin embargo, nunca se moverá: por lo tanto, no toda potencia necesariamente debe ser reducida al acto. No hay, por lo tanto, ninguna inferencia: después del último habrá un movimiento posterior. ¿Cómo sigue entonces: si el movimiento cesa, después del último habrá

movimiento? El movimiento puede cesar sin que sea el último. Yo estoy escribiendo ahora, dejaré de escribir después de una hora: ¿entonces la última escritura? Si no sigue otra, ciertamente será la última: si sigue otra, no será la última, porque la anterior no fue la última; el día de hoy terminará, no obstante, no es el último día, pues sigue el mañana: si no sigue, será el último. Por lo tanto, el movimiento puede cesar sin que sea el último movimiento.

Finalmente, Aristóteles probó la eternidad del movimiento a partir de la infinitud y perpetuidad del tiempo, porque si el tiempo es infinito, el movimiento será eterno, pues no hay movimiento sin tiempo. Pero yo digo: ¿Es manifiesto que el tiempo es infinito? ¿Que nunca comenzó? Él mismo lo prueba como si no fuera manifiesto que el tiempo es infinito, porque siempre hay movimiento. Pero, ¿qué clase de circulación es esta: el movimiento es eterno, porque el tiempo es infinito; el tiempo es infinito porque siempre hay movimiento? Lo mismo se prueba con lo mismo. ¿Qué clase de filosofía es esta? - También afirma con otro razonamiento: que el tiempo siempre está al principio del futuro: nunca, por lo tanto, llegará al fin: por lo tanto, es sempiterno e infinito. Pero, ¿cómo siempre está al principio del futuro? Porque el instante es como un punto en un círculo, el fin del tiempo pasado y el principio del futuro. Pero si ya no hay más tiempo futuro, ¿de qué futuro tiempo será principio el instante? Eso es lo que debía probarse, que el tiempo siempre será futuro, y lo asume como dado. Por lo tanto, a menos que pruebe que el tiempo siempre será perpetuamente en el futuro, su razonamiento es vano, la demostración de la infinitud del tiempo es completamente vacía. Por lo tanto, como la eternidad del movimiento no ha sido probada por Aristóteles, de ninguna manera se podrá probar la eternidad del cielo y del mundo a partir de aquí.

Así que, dejando de lado la eternidad del movimiento, veamos si el otro Aquiles, asumiendo la naturaleza del cielo libre de contrariedad, tiene alguna fuerza. El cielo, dice, es ingenerable e incorruptible

porque no tiene contrario: todo lo que se genera, se genera a partir de su contrario o se corrompe. No tener contrario lo prueba a partir del movimiento, porque al movimiento circular no le es contrario ningún movimiento. Consideremos esta razón, por no decir un sofisma burdo, contemplemos a este Thersites, quien a todo el peripatético le parece el más fuerte Aquiles.

Pero para que se vea claramente cuán absurdo es este paralogismo, es digno de atención lo que Aristóteles ha dicho sobre la generación y la fabricación del mundo, como si hablara de la generación y fabricación de cualquier otra cosa natural o incluso artificial. Pues todas las cosas, ya sean hechas por la naturaleza o por el arte, se hacen a partir de una materia preexistente; y las cosas artificiales, ya sean homogéneas o heterogéneas, se hacen a partir de una materia preexistente, como una estatua de bronce, una moneda de plata, un vaso de oro, una casa de piedras, cemento de madera y otros materiales; las cosas naturales, por otro lado, se hacen a partir de una materia perecedera, como el vapor del agua, el fuego de la madera, el árbol del núcleo, el ave del huevo, el animal de la semilla; pues las cosas de las que estas se hacen, no permanecen. Con respecto a estos seres y su modo de generación, Aristóteles consideró la generación del mundo con una mente claramente grosera y obtusa.

Pues se inquiere si el universo entero, que, aparte de Dios, abarca completamente todo ser y toda naturaleza, es ingenito o hecho en algún momento. Puesto que el universo consiste generalmente en todos los seres, claramente antes de él no pudo haber nada de lo que pudiera generarse. Pues si el universo es todo ser aparte de Dios, fuera del universo no se puede encontrar nada de seres: por lo tanto, Aristóteles erró al hablar de la generación del mundo al estilo de otros seres generables y corruptibles, como si el universo fuera uno de los seres particulares. El universo, de hecho, incluye toda la materia y todas las causas de las generaciones naturales, de lo

contrario no sería un universo: por lo tanto, el universo solo pudo ser hecho de la nada por Dios el Óptimo Máximo.

No vale, por lo tanto, la inferencia: el mundo no es como estos seres naturales generables y corruptibles: entonces no fue generado, no fue hecho en ningún momento: por lo tanto, es eterno. Pues es de la razón de cada uno de estos que se haga a partir de un sujeto; pero es de la razón del universo, que incluye todo ser, que se haga de la nada, es decir, de ningún sujeto: pues ese sujeto también debe ser hecho; por lo tanto, o se irá al infinito, si se afirma que ese sujeto también se hace de otro, o se debe decir que el universo se hizo de la nada. Aristóteles, por lo tanto, al investigar si el universo entero alguna vez fue hecho, parece asumir gratuitamente que el sujeto junto con las demás causas de las generaciones naturales no fue hecho, lo cual claramente debía ser probado. Y si con la misma razón también quisiera probar que el sujeto se hace de un sujeto: entonces el proceso sería infinito.

Después de esto, ¿cómo sabe Aristóteles que el cielo no tiene contrario? ¿Por los sentidos o por la razón? Si es por la razón: claramente, como él mismo dice, no hay nada en el intelecto que no haya estado primero en los sentidos; si falta algún sentido, necesariamente falta algún conocimiento; pues un ciego no juzga sobre colores, ni un sordo sobre sonidos: ¿entonces, en qué sentido se apoya la razón de Aristóteles, en qué experiencia sensorial se basa? ¿En el tacto? ¿Acaso fue, como un segundo Prometeo, elevado al cielo para que la experiencia táctil reconociera ese cuerpo? Claramente, estos sentidos materiales, el tacto, el gusto, el olfato, e incluso el más espiritual oído, no alcanzan tan alto; pero el sentido de la vista sí alcanza; y la vista ve las luces en el cielo y a veces la oscuridad, la luna eclipsada, la transparencia y translucididad de las esferas y la opacidad de las estrellas, que no son penetrables a la vista. Estas son cosas contrarias. Si quiso entender la contrariedad activa y pasiva, como la que existe entre el calor y el frío, la

humedad y la sequedad, ¿quién sabe que esto no existe en el cielo? Claramente toda la antigüedad con una sola voz confesó que el sol y todas las estrellas gozan de una naturaleza ígnea, que están dotadas de calor ígneo, y el propio sentido lo demuestra, y abandonarlo para seguir la razón es una locura y una demencia. Sólo Aristóteles, abandonando los sentidos, siguió la razón diciendo que el sol no es caliente, porque es de color blanco. Pero ¿quién no ve que la llama pura del fuego es blanca y brillante? También la luz del sol, al pasar por un vaso de vidrio lleno de agua, se vuelve blanquísima, tanto que hiere los ojos como el propio sol: también es tan caliente que, al acercar un material inflamable, enciende fuego. Por lo tanto, hay calor en el cielo, si hemos de confiar en los sentidos; pues el sol parece completamente similar a nuestro fuego, como un fuego es similar a otro fuego y produce operaciones similares e iguales. Por lo tanto, el cielo, siendo caliente, ciertamente tiene un contrario; pues si uno de los contrarios está en la naturaleza, también el otro: si quiso decir que todo lo generado consiste en contrarios, entonces claramente el fuego, cuya generación es la más manifiesta, será caliente y frío a la vez, y cada uno de los elementos consistirá en cualidades y virtudes contrarias. Pero ¿cómo puede algo consistir en contrarios, si estos no pueden coexistir en un mismo sujeto? Actúan unos sobre otros y se corrompen mutuamente: el calor combate y destruye el frío por su propia naturaleza, y el frío hace lo mismo con el calor. Por lo tanto, la naturaleza del cielo tiene un contrario, a saber, el frío, ya que es caliente, pero no dos contrarios a la vez; pues la naturaleza del fuego no es a la vez caliente y fría.

Entonces, ¿la naturaleza del cielo, como la del fuego, es generable y corruptible? ¿Por qué no según las partes? ¿Cómo sabe Aristóteles que no se genera nada nuevo en el cielo, como en el aire hay nuevas generaciones según las partes del propio aire y muchas impresiones meteorológicas? Pues el calor no es en absoluto ocioso, siempre está operando, especialmente donde está presente y activo en la materia

próxima; si en la remota, mucho más en la próxima. Por lo tanto, el cielo tiene un contrario y puede haber en él nueva generación, al igual que en los otros elementos, ¿qué lo impide? Si no lo discernimos con la vista, claramente tampoco vemos las estrellas por mucho tiempo: sin embargo, el cielo entero está lleno de estrellas que se ven desde las profundidades más profundas de los abismos de la tierra.

Pero, ¿qué clase de argumento es aquel con el que Aristóteles prueba que el cielo no tiene contrario? Porque, dice, al movimiento del cielo no le es contrario ningún movimiento. ¿Qué argumento es este? ¿Qué razón? ¿Acaso se puede inferir de lo particular lo universal? El cielo no tiene contrariedad de movimiento: entonces no tiene ninguna contrariedad. ¿Qué tipo de inferencia es esta? ¿Acaso la contrariedad del movimiento es toda contrariedad?

Luego, con respecto a la calidad activa y pasiva, ¿qué tiene que ver la contrariedad del movimiento? La tierra, de hecho, permanece en reposo perpetuo, sin moverse con un movimiento contrario, como hacia arriba o hacia abajo: ¿entonces no tiene contrario? Si alguien dijera que puede moverse con un movimiento recto hacia el centro según las partes, claramente también si se colocara una porción del cielo en la tierra, volaría hacia arriba como el fuego hacia su lugar propio, no permanecería inmóvil. Y si para todo el peripato el cielo se mueve hacia el occidente según el movimiento del primer móvil desde el oriente, y según el movimiento de los planetas en contra, desde el occidente hacia el oriente, ¿por qué no se deben considerar estos movimientos contrarios? ¿Por qué son más contrarios los movimientos rectos hacia arriba y hacia abajo que los circulares de derecha a izquierda y de izquierda a derecha? Por lo tanto, el cielo tiene movimientos contrarios. – Además: los elementos superiores se mueven en círculo, como demuestra el movimiento de los cometas: ¿entonces no tienen contrario? Y si ese movimiento se dice violento y contra la naturaleza, ¿cómo es perpetuo? ¿Entonces algo violento

es perpetuo? Y si para todo el peripato las cosas que se mueven hacia arriba y hacia abajo lo hacen ciertamente con movimientos contrarios, en la medida en que están dotadas de cualidades contrarias, gravedad y ligereza, claramente tales cualidades no son contrarias en cuanto a la acción y la pasión, como el calor y el frío: ¿por qué entonces infirió de esta contrariedad la contrariedad de la acción y la pasión según la cual se da la generación y la corrupción? Por lo tanto, esta razón es un sofisma burdo, el paralogismo más absurdo.

Las otras tres razones son completamente vanas y sin importancia. Del etimón del éter, que los antiguos llamaron así al cielo; que es la morada perpetua de los dioses, y que no se ha transmitido en la memoria que se haya hecho algún cambio en el cielo. Pero estas, digo, son las más vanas. Pues los antiguos llamaron al cielo éter no solo por la perpetuidad del movimiento, sino por su brillo, claridad, luz y calor; la antigüedad lo consideraba ígneo. – Luego, ¿qué sigue: el cielo se mueve perpetuamente: por lo tanto, nunca fue generado? Nadie pensó eso antes de Aristóteles; toda la antigüedad con un consenso maravilloso estableció el comienzo y la generación del cielo y del universo. Y finalmente, los nombres ciertamente fueron puestos por los hombres a voluntad para expresar las cosas, no para declarar y demostrar íntimamente sus naturalezas. – Y que los mayores hayan concedido al cielo como morada a los dioses ingenitos, inmortales y eternos como eterno, ingenito e inmortal, ciertamente es muy parecido a las fábulas poéticas. ¿Acaso Dios, que es incorpóreo, necesita un lugar corpóreo para habitar? – Y que no se haya transmitido en la memoria de los antiguos que alguna vez se haya hecho algún cambio en el cielo, es completamente falso. Pues en las historias de los hebreos se ha transmitido que el sol en el cielo y la luna permanecieron inmóviles durante el espacio de un día completo; y si se dijera que eso es falso, es suficiente con que se haya transmitido en la memoria. También los poetas transmitieron

en la memoria la combustión de Faetón; de donde algunos de los pitagóricos decían que la galaxia había surgido del camino de las estrellas que cayeron en esa corrupción; otros decían que era el camino del propio sol, que alguna vez se desvió en ese círculo. Por lo tanto, todos los Aquiles de Aristóteles caen; se ha demostrado que todas sus razones sobre la eternidad del mundo son sofismas burdos y paralogismos absurdos.

Después de Aristóteles, no faltaron aquellos que filosofaron erróneamente sobre la eternidad del mundo, ya sea en favor de Aristóteles, o debido a la ceguera del entendimiento y el vértigo de la mente, poniendo la luz en las tinieblas y las tinieblas en la luz, y al encontrar otros argumentos, reforzaron la nueva eternidad del mundo. Sin embargo, con no más éxito. Preguntan: ¿Por qué se debe tender más hacia la privación eterna que hacia la posición del universo? ¿Por qué Dios permaneció ocioso durante infinitas edades sin realizar nada? ¿No pudo, no supo, o no quiso producir el mundo desde la eternidad? ¿Por qué, después de infinitas edades pasadas, como despertando de un sueño, se dedicó a la obra de la máquina mundana y no creó antes? Si Dios es la primera y eterna causa, ¿por qué no también el efecto es eterno? ¿Cómo se cambió para pasar de no ser agente a ser agente? Si el tiempo nunca comenzó, ¿cómo comenzó el mundo, cuando no hay tiempo sin movimiento? Pero si el tiempo comenzó, habrá un tiempo del tiempo, pues se debe pensar que comenzó en algún momento: por lo tanto, en algún tiempo comenzó el tiempo. Pero si el mundo no fue hecho desde la eternidad, entonces el artífice alguna vez fue operante en potencia, no en acto; pero eso es una imperfección.

Pero ciertamente estos son argumentos engañosos, artimañas pueriles y argumentaciones completamente vanas. Pues yo también preguntaré: ¿por qué Dios, siendo de poder infinito, creó este mundo con tamaño finito, y no infinito? ¿Por qué uno solo, no más, no innumerables? ¿Por qué quiso que el sol se moviera de oriente a

occidente, y no al revés, o de norte a sur, o viceversa? ¿Por qué creó el sol más brillante que las demás estrellas, y no las estrellas más brillantes que él? ¿Por qué colocó la luna debajo del sol, y no sobre el sol? ¿Por qué no hizo más o menos estrellas, mayores o menores, superiores o inferiores en el cielo?

Ciertamente, Dios, el artífice del mundo, es un agente libre, opera con intelecto y voluntad como quiere y como conviene; creó el mundo cuando quiso, como le agradó, como fue apropiado, con su poder.

No conviene que un rey haga a sus siervos iguales en poder y dignidad a él: Dios no quiso hacer el mundo coeterno con él. ¿Y qué? Dicen: "Mejor es la posición que la privación: por lo tanto, es mejor que el mundo haya sido eterno que no haber sido". Yo diré: ¿por qué entonces Dios no hizo el mundo óptimo sin ninguna privación en absoluto, si esto es malo? ¿Por qué no un día perpetuo sin noche? ¿Luz sin tinieblas? ¿Vida sin muerte? Con la misma razón, la progenie no debería estar sujeta a la destrucción, porque la generación es mejor que la corrupción y la vida que la muerte. ¿Por qué entonces no todo, plantas, animales, hombres y otras cosas que se generan anualmente, no fueron generadas desde el principio y mantenidas incorruptas, si la posición de las cosas es tan mejor que la privación? Por lo tanto, esta razón es un argumento engañoso y un sofisma burdo.

Y lo que dicen, que Dios estuvo ocioso durante infinitas edades si el mundo no es eterno, es una ficción completamente vana. Pues estos imaginan infinitos espacios de tiempo antes del mundo generado, así como espacios inmensos de lugares fuera del cielo. Pero así como no hay lugar fuera de este mundo, tampoco hay tiempo antes de este [mundo]; pero luego, ¿qué sigue?: ¿no había obra mundana, por lo tanto Dios estaba ocioso? Claramente, la acción más excelente y perfecta del intelecto es la contemplación; y Dios es el intelecto

supremo; ciertamente, incluso si el hombre no obra nada exteriormente, no estará ocioso si obra la contemplación internamente. Dios, de hecho, contempla perpetuamente en sí mismo las ideas eternas de todas las cosas y en él mismo; pero aunque desde la eternidad pudo y supo crear el mundo, no quiso, porque no quiso hacer el mundo igual a él en eternidad. O tal vez tampoco pudo, del mismo modo que no pudo en sustancia ni en magnitud; pues es imposible que lo creado sea infinito: y las cosas imposibles no pueden hacerse. Por lo tanto, hizo el mundo cuando y como quiso, y cuando también fue apropiado y decente hacerlo. Un rey puede construir una ciudad, o un templo, o un palacio, como este modelo de edificio: sin embargo, no quiere hacerlo hasta un determinado tiempo; ¿acaso por eso es envidioso o se cambió de voluntad porque no quiso hacerlo antes, aunque pudiera?

No quiso producir [el mundo] desde la eternidad para que la creación no fuese coigual en eternidad a Él mismo, para que no pensáramos que Él creó el universo no libremente, sino por necesidad, y para que actuara en el mundo como un rey en su reino y residencia; para que el Creador del universo se reconociera más claramente y para que su infinita potencia, con la cual creó todas las cosas de la nada, resplandeciera más, y para que todas las naciones veneraran su majestad y lo adoraran con la más alta religión y piedad. Pues la creación del universo y la providencia son la base del culto divino y de toda piedad y religión universal.

Esa razón posterior: si la causa es eterna, también lo es el efecto: ¿con qué necesidad se sigue? Yo digo: ¿por qué se sigue esta inferencia: Dios es eterno: por lo tanto, el mundo es eterno; y no esta otra: Dios es infinito: por lo tanto, el mundo es infinito? Pues la eternidad también es una especie de infinitud. – ¿Qué necesidad hay, además, de que la perpetuidad de la causa su propia naturaleza perpetua implique la perpetuidad del efecto? Claramente, en el universo hay muchas causas perpetuas, como el sol, las estrellas, el

cielo, cuyos efectos, sin embargo, son corruptibles y temporales, no perpetuos; pues todo lo que se genera por su propia naturaleza es corruptible. La luz, también, generada por el sol perpetuo en este nuestro mundo, no es perpetua.

No se sigue menos que, si el mundo no fue creado desde la eternidad, el artífice se haya cambiado, hecho de no agente a agente. De hecho, vemos en la naturaleza muchos cambios de efectos sin cambio de causas; pues el sol, al no iluminar esta casa con las puertas cerradas, pasa a iluminarla con las puertas abiertas, sin haber habido ningún cambio en el sol; el fuego, también, pasa de no calentar a calentar sin ningún cambio; es más, todo agente en cuanto agente permanece inmóvil, ya que la acción está en el paciente, no en el agente. El sol ilumina: la iluminación no está en el sol, sino en el aire; el fuego calienta: el calentamiento no está en el fuego, sino en el agua. Así Dios, según todo el peripato, mueve el cielo permaneciendo siempre inmóvil, ya que es el primer motor; de la misma manera, sin ningún cambio en sí mismo, creó el mundo cuando quiso.

Y si se dice que operaba en potencia, no en acto, ¿qué absurdo se sigue de esto? ¿Acaso toda potencia debe considerarse imperfección? La potencia de la materia es ciertamente una imperfección que debe ser perfeccionada por la llegada de la forma; pero la potencia de los agentes es una perfección, no una imperfección; pues el artesano perfecto, cuando realiza su oficio, no se perfecciona a sí mismo, sino sus obras; del mismo modo, el sol iluminando y el fuego calentando.

Y el argumento que se toma del tiempo, que si el tiempo comenzó en algún momento, entonces el tiempo habría comenzado en el tiempo, es una ficción completamente vana. Yo digo: fuera de la superficie externa y superior del cielo no hay lugar. ¿Debe considerarse falso porque se dice que está fuera del lugar y es una diferencia de lugar?

No ciertamente, pero claramente también imaginamos algún espacio vacío fuera del cielo; de la misma manera, antes de la creación del mundo, imaginamos y concebimos ciertos espacios de tiempo. Por lo tanto, decimos que el tiempo comenzó en algún momento y también en algún momento terminará, es decir, que no siempre fue ni será siempre. ¿Qué? ¿Se destruirá este mundo? Ciertamente: pues quien lo creó también puede destruirlo, también lo destruirá y hará todas las cosas nuevas. Entonces, ¿cometerá Dios un crimen inexpiable destruyendo este mundo perfecto? Pues es malo destruir lo perfecto y lo mejor; pero, ¿qué? ¿No destruye la corrupción naturalmente todo lo que la generación ha producido? ¿No mueren las plantas, los animales, los hombres? ¿Es eso entonces un crimen inexpiable? Sin embargo, todas las cosas que la naturaleza opera son buenas y perfectas, excepto los monstruos, que ocurren fuera de su intención.

Otros argumentan con base en el ejemplo y la idea tomada del modelo; pues el modelo del mundo es eterno: por lo tanto, también el mundo lo es. Relativamente se dice; y lo que se dice relativamente, necesariamente existe simultáneamente. Así, el padre no es anterior al hijo engendrado, ya que se refiere a este en una relación natural; ¿qué insensatez es esta? Claramente, todas las cosas cognoscibles se refieren a las ciencias respectivas: sin embargo, son anteriores; pues hay muchas cosas cognoscibles que aún no son conocidas; y cualquier arquitecto, antes de la construcción del edificio, forma el modelo y la idea del mismo en su mente. Por lo tanto, el modelo es por su propia naturaleza anterior al edificio.

Dejando de lado, por tanto, estas tonterías de la filosofía vana y los argumentos engañosos de los filósofos paganos, por no decir delirios y engaños – pues están llenos de ligereza, insensatez, ignorancia y demencia –, lleguemos a Moisés, el padre de la verdadera y divina filosofía. Pues él es la cima de todos los filósofos, el alfa de todos los sabios, la cúspide de toda la filosofía y el pilar de toda la teología

sagrada; un hombre lleno de toda sabiduría humana y divina y de toda piedad, maestro y doctor de toda sabiduría y piedad hacia Dios, quien brilla entre todos los sabios, a quienes la antigüedad veneraba y admiraba sumamente, como el sol entre las estrellas; quien, siendo el más antiguo de todos los filósofos de cuyos monumentos tenemos constancia, ocupa el primer lugar y también supera a todos en doctrina y sabiduría. Este, sin embargo, no enseña la eternidad del mundo con argumentos engañosos, sino que afirma firmemente que la totalidad de las cosas emanó de Dios.

En el principio, Dios creó el cielo y la tierra, es decir, la totalidad de las cosas; una frase brevísima que abarca poquísimas palabras, pero muchísimos sentidos, y de hecho los más profundos, verdaderos y máximos. Pues con estas palabras, el divino Moisés afirma que Dios el Óptimo Máximo es el primer ser, independiente, eterno, la primera causa de todos los seres, perfecta, única, libre y voluntaria. Pues si precedió a la totalidad de los seres, es necesario decir que es el primero en naturaleza y en edad; si todo depende de él, es necesario admitir que él es independiente; pues lo primero no puede depender de algo como principio y causa. Si la totalidad de los seres comenzó en algún momento, es necesario que él goce de eternidad. Pues si también él comenzó en algún momento, se debe decir que comenzó por algún autor; pues lo que es absolutamente nada no puede realizar absolutamente nada. Por lo tanto, postulada la totalidad de los seres, es absolutamente necesario que el autor de la totalidad sea eterno; de lo contrario, de la nada absoluta nunca podría haberse hecho algo absolutamente. Si además la totalidad de los seres depende de él como principio y causa, él es la primera causa: pues nada es anterior a él; y es perfecta, porque de la nada, no de un ser, no de una materia preexistente, creó todo el universo perfecto; y finalmente, libre, porque si no creó desde la eternidad, sino en algún momento, no creó por necesidad de naturaleza, sino por voluntad de libre albedrío, cuando quiso y le complació. Por lo

tanto, el divino Moisés enseña todo esto con esta simple tesis y afirmación.

Debemos examinar si esta primera afirmación de Moisés es conforme a la razón; pues a la razón de la filosofía vana le parece absurdo afirmar que algo se hizo de la nada. Pues muchos filósofos, con la soberbia arrogancia de aquellos que se proclaman dioses de la verdad y la sabiduría, queriendo medir y comprender el cielo con la palma de la mano, dicen que es absolutamente imposible que algo se haga de la nada. Pues piensan que Dios es como los artesanos, que no pueden hacer absolutamente nada de la nada, sino que siempre completan sus obras a partir de una materia apta y dispuesta. Pero, ¿qué inferencia, pregunto, lleva a concluir que lo que es imposible para uno, es absolutamente imposible? La luna no puede producir un día claro y brillante con su fulgor: ¿por lo tanto, el sol no podrá? El arte o la naturaleza no pueden hacer algo de la nada: ¿por lo tanto, tampoco Dios? Por lo tanto, dejando atrás la vana filosofía con sus argumentos engañosos, decimos con todos los teólogos que la tesis divina del divino Moisés no solo no es absurda, sino que es sumamente conforme y congruente con la razón.

Es necesario que este mundo sea o creado o no creado. Y si es totalmente increado, sin duda será y habrá sido eternamente en todos los aspectos, ya que nunca comenzó a existir. No solo eterno, sino también completamente independiente de cualquier causa; pues lo que es completamente increado, no tiene ninguna causa ni principio en absoluto; ya que lo que tiene una causa, está bajo la razón de efecto. Por lo tanto, la totalidad de las cosas, si es completamente increada, debe decirse que existe por sí misma y que ha existido desde la eternidad por su propio ser, sin tener ninguna causa ni principio en absoluto. Pero claramente no todos los seres pueden ser de este tipo; pues los que son por su naturaleza generables y corruptibles, tienen causas y principios, son creados, no increados. Por lo tanto, la totalidad de las cosas no es completamente increada.

Alguien podría decir: el cielo, la tierra y los cuerpos intermedios son no engendrados e increados; por lo tanto, son eternos. Yo, sin embargo, admitiré al mismo tiempo su independencia de cualquier causa: entonces, ninguno de estos depende de otro, ni es posterior a otro; pues no hay causa anterior: por lo tanto, existen por sí mismos desde la eternidad: por lo tanto, también operan por sí mismos; pues la operación de cualquier cosa procede de su propio ser y naturaleza: por lo tanto, existen y operan por sí mismos. Pero digo: ¿operan estos inútilmente y al azar, o por el bien de alguien? Si es inútilmente, todo este mundo será completamente inútil; si es por el bien de alguien, ¿de quién es para que se generen cosas naturales, plantas, animales, hombres? Pero claramente ninguno de estos cuerpos puede generar estas cosas por sí mismos, ni la tierra sin el agua y el cielo, ni el cielo sin ellos. Por lo tanto, en la operación no son en absoluto independientes, sino que dependen unos de otros, para no operar inútilmente y al azar. Pero digo: ¿el cielo y los elementos están dotados de sentido y razón para reconocer por qué operan? Pues si no lo reconocen y no son gobernados por ningún agente, ¿cómo operan ordenadamente? Decir, además, que la tierra está dotada de sentido y razón es el colmo de la insensatez. Y si alguien postula un alma del mundo, que gobierna el mundo, como nuestro espíritu gobierna el cuerpo: entonces este mundo depende de alguna causa insensible e invisible; y si esta alma del mundo no es Dios, ¿qué ente será?

Además de esto, si estos cuerpos mundanos son completamente increados y completamente independientes de cualquier causa y principio: entonces serán por naturaleza y operación completamente diferentes y no tendrán nada en común: ¿entonces el mundo no es uno? Pues, ¿cómo puede suceder que seres completamente diferentes y contrarios por su propia naturaleza constituyan una sola cosa por sí mismos? Ni tampoco puede haber orden entre cosas completamente diferentes, donde no hay ni lo primero ni lo

posterior; ¿qué entonces? ¿No está este mundo compuesto con ningún orden, situación y disposición? Por lo tanto, hay alguna causa invisible que compone y ordena la totalidad de los seres. Por lo tanto, el mundo no es completamente independiente ni increado; y si estos cuerpos son independientes e increados, ¿por qué no también infinitos? Pues no tienen ninguna causa que los determine y limite. ¿Entonces el mundo es infinito? ¿La tierra es un cuerpo infinito? Los sentidos mismos se oponen. Por lo tanto, si este mundo es uno, finito y ordenado, no puede ser completamente increado.

Pero si alguien afirmara que es parcialmente increado, es decir, que la materia es increada, como si un artesano hiciera cualquier obra a partir de cualquier materia, no creará la materia de esa obra, sino que la tomará y la formará con la forma y figura que tenía en mente: por lo tanto, la materia del mundo sería increada: por lo tanto, independiente, y así infinita. ¿Es la materia entonces por su propia naturaleza de magnitud infinita? Entonces el mundo sería de magnitud infinita; pues lo que es completamente independiente, es necesario que sea infinito; pues no tiene ninguna causa que lo limite y defina su ser. Por lo tanto, no se debe postular una materia independiente y coeterna con Dios; pues sería también coigual a Dios por su propia naturaleza, como algo infinito, y el mundo sería simplemente infinito.

Por lo tanto, es necesario decir que el universo entero fue hecho. Decir, sin embargo, que el mundo fue hecho por sí mismo es una locura; pues nada puede generarse a sí mismo. Lo que es generado y hecho, de ningún modo es; pero lo que no es, ¿cómo puede obrar? Además, nada puede ser simultáneamente y no ser. Por lo tanto, si el mundo se hizo a sí mismo, existía y no existía al mismo tiempo. Si la totalidad de las cosas fue hecha: entonces de la nada, ya que no pudo haber ninguna materia preexistente de la cual los seres fueran hechos, y también esa materia habría sido hecha. O entonces de otra cosa, o de ninguna: si de otra cosa, se daría un proceso infinito, y

finalmente, ya que también se incluye en la totalidad de los seres, pues no es nada, sino algo existente, es necesario afirmar que esa cosa también fue hecha; pues implica que la totalidad de los seres es hecha y alguna de estas cosas no es hecha.

De aquí que, con la máxima razón, Moisés afirmó en su primera tesis que la totalidad de las cosas fue hecha de la nada, diciendo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra". Creó, es decir, hizo de la nada y absolutamente. Pues es una cosa hacer algo cualitativo o cuantitativo, blanco o grande; otra cosa es hacer una sustancia, y otra cosa es hacer naturalmente esa sustancia; otra cosa es hacer toda sustancia. Pues lo blanco se hace de lo no blanco, y lo grande de lo pequeño, es decir, el sujeto, que antes era no blanco y pequeño, se hace blanco y grande; sin embargo, antes, sin estos accidentes supervenientes, era una sustancia. Cuando también se hace una planta o un animal, esto se hace de aquello; pues la materia era antes bajo otra forma; pero si digo que toda sustancia es hecha, digo que es hecha absolutamente. Pues si todo ser es hecho, antes de que se hiciera la totalidad de los seres no había nada; pues se hace lo que no es; se hace blanco lo que no es blanco; se hace ser lo que no es ser: por lo tanto, nada. Pues lo que se hace de lo no existente en acto a lo existente en acto, no se hace absolutamente, sino que solo se hace esto de aquello.

Si, por lo tanto, la totalidad de las cosas fue hecha absolutamente, es necesario que sea hecha de ningún ser en absoluto; por lo tanto, si el mundo fue hecho, ciertamente no puede ser eterno. Pues lo que es hecho, no es; pero ser siempre y no ser en algún momento es una contradicción manifiesta: pues no decimos que ahora se están haciendo el cielo y la tierra, porque son. Si, por lo tanto, siempre han sido como son ahora, nunca, por lo tanto, fueron hechos, porque nunca fueron menos de lo que son ahora. Por lo tanto, de ninguna manera puede ser eterno lo que es hecho.

Es necesario que la causa, por su propia naturaleza, sea anterior a su efecto; pues que la causa eficiente comience con su efecto al mismo tiempo en el mismo instante primero, es imposible. Pues el efecto en un mismo y único instante sería y no sería al mismo tiempo; pues lo que se hace, no es. Si, por lo tanto, en el primer instante era, no se estaba haciendo; pero si se estaba haciendo y era, era y no era al mismo tiempo. Por lo tanto, es necesario que al menos por un instante la causa eficiente precediera al mundo. Si por un instante: entonces después de eso el mundo comenzó; pero si Dios precedió al mundo, lo precedió solo por su propia duración: y su propia duración es la eternidad. Por lo tanto, la causa eterna precedió al mundo por la eternidad.

Pero vamos, digamos que algo puede hacerse desde la eternidad; digamos que el mundo fue hecho desde la eternidad; el cielo fue hecho desde la eternidad; ¿acaso ese cuerpo que vemos ser llevado en un círculo perpetuo fue hecho con movimiento y tiempo, o sin ellos? Si se dice que sin ellos: ¿el cielo es llevado por su propia naturaleza, o por fuerza, en este movimiento? Si por su propia naturaleza: ¿cómo, entonces, contra su naturaleza permaneció inmóvil en la eternidad por siglos perpetuos, y comenzó a moverse después en el tiempo? Si se mueve por fuerza: ¿por qué tiene un movimiento perpetuo? Nada violento es perpetuo. Pero si fue hecho con ellos, el tiempo y el movimiento no pueden ser eternos, pues no son infinitos; y la eternidad es una especie de infinitud. Está claro que el tiempo no puede ser eterno; pues lo que consta de partes finitas no puede ser infinito. Pues los momentos, las horas y los días, siendo finitos, de ninguna manera pueden hacer que el tiempo sea infinito. Pero si los momentos son infinitos, entonces las horas, los días, los meses y los años serán también infinitos. Pues si estos son finitos, el tiempo también será finito; pero si estos son infinitos, no se habrán pasado más siglos que días, que horas, que momentos. Por lo tanto, la parte y el todo serán iguales, la hora igual al día, al mes,

al año y al siglo. Pero no puede haber algo más infinito que lo infinito, ni algo mayor; de lo contrario, no sería en absoluto infinito.

Además; si el tiempo es infinito, el día de hoy debe distar infinitamente de algún tiempo. Pero, ¿dista infinitamente de todos los días pasados? Claramente, distará infinitamente del día de ayer. ¿Pero acaso de algunos más que de otros, o de uno solo? Si de varios: ¿fueron estos simultáneos, o uno después del otro, como ahora? Si uno después del otro: ¿acaso entre ellos también hay una distancia infinita? Es necesario dar uno del cual los demás disten infinitamente; pues varios días no pueden ser simultáneos. Pero, ¿es ese uno un tiempo infinito o finito? Si es finito, comenzó; si es infinito, ¿cómo puede ser un solo día? ¿El cielo permaneció en reposo contra su naturaleza durante un tiempo infinito? Pero si el día de hoy dista infinitamente de uno solo, entonces lo infinito será limitado por el día de hoy y aquel del cual dista infinitamente.

Las mismas razones se aplican al movimiento. Pues consta de partes finitas; ¿cómo puede ser infinito? Las circulaciones diarias son finitas; igualmente las de la luna y el sol; y también el cielo. ¿Realizó el primer móvil más circulaciones que la luna, o que el sol? Si son iguales: el movimiento del día será igual al movimiento del mes y del año; si uno realizó más y el otro menos: se dará algo mayor que lo infinito. De igual manera, la circulación de hoy distará infinitamente de la precedente; pues si no dista de ninguna, no es movimiento infinito; si dista de alguna, lo infinito está limitado por términos. Pero si el tiempo es eterno, una multitud infinita de días, circulaciones, generaciones, piedras, plantas, animales, humanos y otras cosas que constan por naturaleza ha pasado. Pero una multitud infinita no puede existir; todo número es finito; pues todo número tiene un principio; y no carece de fin, pues siempre crece con la adición de uno; no puede darse un número que no crezca con la adición de uno: pero lo infinito por su naturaleza no puede crecer ni disminuir. Además, todo número indica orden y medida de partes. Si

una multitud infinita de cosas ha pasado, ¿cómo puede ser mayor que lo infinito? Pues ahora se han generado más hombres, animales, plantas, hojas, flores, frutos, semillas, que hace mil años; pero las generaciones de estas cosas ahora son menos que las futuras. Entonces, lo infinito puede ser mayor o menor y ya ha pasado: lo cual es claramente contradictorio con lo infinito. Pero si el tiempo futuro infinito no puede ser recorrido, como tampoco un número, ¿cómo es igual al pasado?

Pero vamos, digamos que el tiempo infinito ha sido recorrido, que el cielo ha sido hecho desde la eternidad; cuando el cielo fue hecho, ¿en qué parte del cielo fue hecho el sol? Ahora está en el oriente, o en el sur, o en el occidente, o en el hemisferio opuesto; digo, ¿en qué parte fue hecho el sol? ¿En todas al mismo tiempo, en ninguna, o en una sola? Si en ninguna: ¿cómo fue hecho? Si en todas: ¿cómo un cuerpo, uno por su propia naturaleza, en varios lugares al mismo tiempo? Entonces, en una sola: ¿cómo fue hecho en esta? ¿Con movimiento, como ahora, o en reposo, para comenzar a moverse después? Si en reposo: permaneció inmóvil durante un tiempo infinito en la eternidad, de la cual no se puede encontrar principio, ni primer instante. Pero ninguna violencia es perpetua. Si el movimiento le es natural, permaneció inmóvil por fuerza durante un tiempo infinito; si el reposo le es natural, ahora se mueve perpetuamente por fuerza. Pero si fue hecho con movimiento, como ahora, desde la parte en la cual fue hecho hasta la opuesta, digamos, desde el oriente al occidente o viceversa, ¿cuánto tiempo tomó? ¿Finito, como ahora, o infinito? Si finito: el tiempo no es eterno; pues el semicírculo se completa en doce horas; si infinito: ¿por qué ahora lo hace en un tiempo finito? Entonces no se movía naturalmente, como ahora: por lo tanto, fue detenido por fuerza durante un tiempo infinito, para que no se moviera por su propia naturaleza, como ahora. - Dado un móvil eterno, el movimiento no puede ser infinito y eterno. Digamos que hay un fuego eterno y un

combustible eterno; la combustión no puede ser eterna; pues la calefacción la precede, y la combustión no ocurre en un instante. Igualmente, en el primer instante de la eternidad, antes del cual la imaginación y el intelecto no pueden concebir un antes, hay un motor y un móvil: el movimiento no puede existir; pues el movimiento no ocurre en un instante. Por lo tanto, no puede ser eterno, sino que se debe decir que el móvil por naturaleza permaneció en reposo en la eternidad.

Además, cuando el mundo fue creado en nuestro hemisferio, o bien no había tiempo, ni día ni noche, ni primavera ni verano, ni otoño ni invierno: o bien todo estaba presente simultáneamente, o varios, o solo uno. Si ninguno: el tiempo no es eterno; si todo: contrarios como el verano y el invierno, el día y la noche estaban simultáneamente en un solo hemisferio, lo cual no es posible; pues el sol no puede estar presente y ausente al mismo tiempo, avanzar y retroceder. Por lo tanto, solo uno; pero ¿cuál? ¿Fue un día infinito o una noche infinita? ¿Una primavera infinita o un verano, otoño o invierno infinito? Así, el mundo, al igual que es finito en magnitud, también lo es en tiempo, y así como no pudo ser infinito, coigual y consubstancial a Dios, tampoco puede ser coeterno. Si hubiera sido creado innumerables siglos antes, sin embargo, no puede evitarse que pudiera haberse creado antes; pero si es coeterno con Dios, no pudo haberse creado antes; pues no hay nada antes de la eternidad del espacio, ni siquiera un instante. Por lo tanto, necesariamente fue producido; pues si libremente, pudo no haber sido producido. Sin embargo, no pudo ser coeterno; pues no antes, ya que nada es anterior ni más antiguo que la eternidad; ni después, porque lo que se hace una vez, se hace necesariamente, y lo que se ha hecho no puede ser deshecho, ni lo que ha sido engendrado puede ser no engendrado; ni en el mismo instante de la eternidad; pues lo que es, necesariamente es, y nada puede ser y no ser simultáneamente. Pero Dios no obra por necesidad de naturaleza, como el sol ilumina y el

fuego calienta; sino que, dotado de intelecto, obra por la voluntad de libre albedrío.

Pero si obra por necesidad, ¿de dónde viene la diversidad de seres tan múltiples? Pues toda causa simple y única solo produce una cosa; el fuego calienta, el sol ilumina, el cielo se mueve. Entonces, Dios, siendo una naturaleza completamente simple e incompleja, si obrara por necesidad de naturaleza, no habría producido más que un ser homogéneo, de una sola y misma especie; pero el mundo es un todo heterogéneo y universal; pues el fuego no es de la misma naturaleza que el agua, ni la tierra con el cielo. Por lo tanto, se debe decir que la causa de la totalidad de los seres es múltiple y que hay varias primeras causas, o que la primera causa, Dios, no obra por necesidad de naturaleza, sino por intelecto y voluntad de libre albedrío: por lo tanto, no produce el mundo por necesidad, sino como un agente libre por su propia naturaleza. Pero si lo hubiera producido desde la eternidad, no habría podido no producirlo y habría carecido de la libertad de producirlo.

Y si alguien dice que Dios ha tenido desde la eternidad el mismo poder, sabiduría y bondad que cuando creó el mundo: ¿por qué no pudo hacerlo antes? Yo digo: si ahora y entonces goza del mismo poder, ¿por qué ahora no puede hacer algo eterno? ¿Por qué no puede hacer algo infinito, coigual y consubstancial a Él? Porque eso no es posible. De igual manera digo sobre la eternidad.

Se ha demostrado, por lo tanto, que el mundo no es independiente e increado, ni total ni parcialmente; no hecho por sí mismo y eterno; sino que fue hecho en algún momento. Y lo que fue hecho necesariamente debe ser hecho por alguien: pues todo lo que es engendrado, necesariamente es engendrado por alguien; pues no puede ser por sí mismo, ya que entonces sería y no sería simultáneamente, lo cual es imposible. Por lo tanto, es necesario atribuir una causa eficiente a la totalidad de los seres y esa causa

debe ser independiente y eterna. Pues si nada existió desde la eternidad, ¿por quién será hecho el universo? Pues si alguna vez no hubo absolutamente nada ni ningún ser en absoluto, sería absolutamente imposible encontrar algún ser, y ahora también no habría nada. Por lo tanto, el divino Moisés, sabiamente y hábilmente, atribuyó la creación de la totalidad del mundo a Dios el Óptimo Máximo, diciendo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra".

Es una sentencia divina, que en pocas palabras contiene los más profundos sentidos, ocultos pero verdaderos. Pues Moisés no quiso ser como los verbosos profesores de la sabiduría humana, quienes solo tienen sabor en la lengua, pero la mente es insensata; quienes son como árboles infecundos, que producen solo flores estériles, pero sin frutos. Pero Moisés, el divino profeta, es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da abundantemente frutos de verdad, doctrina y sabiduría; y sus hojas no caen: pues sus palabras no son vanas, sino llenas de divina sabiduría. Esta tesis mosaica es como ese árbol de la vida en el paraíso junto al río que da doce frutos. Pues esta tesis, examinada diligentemente y comprendida con atención, da doce proposiciones de la divina filosofía.

Las doce proposiciones de la divina filosofía se derivan de la tesis mosaica, y si alguien las considera con atención, resultan necesariamente y son muy coherentes con la razón:

1. El mundo no es independiente ni increado.
2. No fue hecho por casualidad ni por sí mismo.
3. Fue hecho por Dios.
4. Fue hecho de la nada, sin materia preexistente.
5. Fue hecho sin movimiento o cambio, como los que son generados por naturaleza, y sin demora temporal, sino en un instante.

6. No fue hecho desde la eternidad, sino que tuvo un comienzo en algún momento.
7. Dios es la primera naturaleza antes de todas las cosas.
8. La naturaleza de Dios es independiente y no necesita de nada.
9. Es eterna, anterior a todo tiempo.
10. Es la primera causa y principio de donde dependen el cielo y la naturaleza secundaria, y les ha dado el ser, a unos de manera más clara, a otros de manera más oscura.
11. Es una causa por sí misma perfecta y óptima, que no necesita de ninguna causa secundaria, ni material, ni instrumental, ministerial, ni de un modelo externo, movimiento o tiempo, como los artesanos mundanos.
12. Es una causa no necesaria, sino libre, que creó el mundo cuando y como más le agradó y quiso.

Todas estas proposiciones y axiomas de la divina filosofía se derivan de aquella tesis y, si se consideran, son necesariamente coherentes y muy acordes con la razón. Primero: que este mundo no es totalmente independiente ni increado. Pues, ¿quién viendo un gran edificio, pensaría que fue hecho por nadie? ¿Un reloj por ningún artesano? ¿Un hombre nacido de ningún hombre? Pues si fuera totalmente increado, como hemos dicho, sería infinito, no teniendo ninguna causa determinante; y no puede ser limitado por sí mismo, porque lo mismo no es causa de sí mismo. Además, lo que es independiente, necesariamente debe ser uno y simple y primero; pero el mundo no es un ser único, sino muchos; no es simple, sino compuesto; ni es el primero, porque tiene principios componentes de forma y materia. Asimismo, es coherente con la razón que el mundo no fue hecho por sí mismo o por casualidad; pues lo mismo no puede ser causa de sí mismo: sería y no sería al mismo tiempo; y lo que se hace por casualidad, carece de orden y razón: pero el mundo disfruta del más alto orden, disposición y razón. Sería una locura si alguien pensara que una obra compuesta con suma arte y razón fue hecha por sí

misma, cuando no existía, o por casualidad y sin razón, o que un hombre nació por casualidad o por sí mismo. Por lo tanto, el orden y disposición de los cuerpos elementales y celestiales, las estrellas, los planetas, los movimientos, los tiempos y las acciones de la naturaleza siempre inerrante, muestran que la creación del mundo proviene de una causa muy poderosa y muy sabia, de la cual depende, es administrada y conservada toda la totalidad de los seres para que no perezcan.

SEXTA DISERTACIÓN SOBRE LOS PRINCIPIOS DE LAS COSAS

En el principio, Dios creó el cielo y la tierra. La tierra, sin embargo, estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo... Y Dios dijo: Hágase la luz, etc.

Sobre los principios de las cosas naturales, ha habido suficiente y más que suficiente controversia y disputas entre los antiguos físicos, algunos de los cuales postulaban un único principio, mientras que otros postulaban muchos: algunos varios, otros menos; algunos finitos, otros infinitos. Parménides, por ejemplo, postulaba un principio único, finito e inmóvil; Meliso, uno inmóvil, pero infinito; Tales, seguido por otros seis sabios de Grecia, dijo que el agua era el principio de las cosas naturales, viendo que lo húmedo era el sustento de todos los seres vivos; Diógenes y Anaxímenes postulaban el aire; Heráclito, el fuego; Hesíodo, la tierra. Otros postulaban el vapor como sustancia intermedia entre el agua y el aire; Anaxágoras postulaba un caos de átomos de diferentes especies y cualidades contrarias, de los cuales, al ser divididos y distinguidos, la mente divina compuso este mundo. Anaximandro también postulaba átomos formados a partir del caos; de igual manera, Demócrito, pero todos de la misma naturaleza, diferenciándose solo en figura y posición. Empédocles e Hipócrates postulaban cuatro elementos; otros, tres, exceptuando la tierra; otros dos extremos: fuego y tierra. Pitágoras postulaba números: par e impar; Platón, si se ha de creer a Aristóteles, postulaba tres: lo pequeño, lo grande y la νοῦς (nous) o idea. Finalmente, Aristóteles consumió el máximo esfuerzo y trabajo en el tratado sobre los principios.

Pues enseñó que los principios de las cosas naturales no eran únicos, ya fueran finitos o infinitos, en contra de Parménides y Meliso; ni

eran infinitos, en contra de Anaximandro y otros; no eran el caos y τα ὁμοιομερή (ta homoiomera), en contra de Anaxágoras; no eran átomos, en contra de Demócrito y Leucipo; no eran estos elementos sensibles, en contra de Empédocles; no eran números y figuras, en contra de Pitágoras; ni finalmente lo grande, lo pequeño y las ideas, en contra de Platón; sino que los principios debían ser finitos, permanentes, no generados ni unos de otros, de manera que de ellos se generara todo, debían ser contrarios; y finalmente, no más ni menos de tres: a saber, materia, forma y la privación opuesta a esta; además de estos, debe haber un principio eficiente y un fin de todas las cosas naturales. Aristóteles enseñó estas quince tesis sobre los principios de las cosas naturales en una obra muy prolija. Por lo tanto, Aristóteles, en contra de todos los filósofos antiguos, postula tres principios de las cosas naturales: materia, forma y privación.

Moisés, sin embargo, padre de la teosofía y alfa de todos los filósofos, postula solo dos principios, cielo y tierra, diciendo: בְּרֵאשִׁית בָּרָא אֱלֹהִים אֵת הַשָּׁמַיִם וְאֵת הָאָרֶץ׃ (Bereshit bara Elohim et hashamayim ve'et ha'aretz): En el principio, Dios creó el cielo y la tierra. En el principio, digo, de todas las cosas naturales, de las cuales después diserta, hablando de la producción de plantas, animales y hombres, establece el cielo como el principio activo y padre de la naturaleza, y la tierra como el principio pasivo y madre. Ahora, por favor, veamos cuáles son los principios más verdaderos, los de Moisés o los de Aristóteles.

Y en verdad, si las tesis aristotélicas son verdaderas, es necesario que los principios de Moisés también lo sean. Pues Moisés no postuló un solo principio, como Parménides, ni principios infinitos, como otros; no el caos y τα ὁμοιομερή (ta homoiomera), como Anaxágoras; no átomos, como Demócrito y Leucipo; no elementos, como Empédocles; no matemáticas, números o figuras, como Pitágoras; ni lo grande, lo pequeño y las ideas, como Platón. Sino que postuló dos principios finitos, a saber: el cielo y la tierra;

permanentes: pues estos siempre permanecen; no generados por otros: pues estos, como cuerpos simples, no consisten en otros elementos, como los compuestos; ni generados entre sí: pues el cielo no consiste en tierra ni la tierra en cielo; de estos se hacen todas las cosas, como lo demuestra el propio sentido, y si hay alguna contrariedad en la sustancia, estos son los más contrarios; pues aquel siempre es móvil, esta perpetuamente estable; aquel translúcido, esta opaca; aquel es el padre del día, esta la madre de la noche; aquel es el hogar de la luz, esta el nido de las tinieblas; aquel es la fuente y origen del calor, esta la raíz y causa del frío. Por lo tanto, según las propias tesis aristotélicas, los principios de Moisés son los más verdaderos.

El propio sentido manifiestamente demuestra que de estos primeros cuerpos surge el universo entero; pues la tierra no produce nada sin ser fecundada por las influencias del cielo, del mismo modo que una mujer no puede dar a luz sin haber concebido la semilla viril. Así como ambos padres son autores del animal engendrado, así el cielo y la tierra son principios de las cosas que consisten en la naturaleza. Sin embargo, los principios que Aristóteles postuló: materia, forma y privación, al considerar la razón del principio, ni siquiera me parecen dignos de este nombre, hasta el punto de adjudicarme los verdaderos principios de las cosas; y no sin razón, al considerar cuidadosamente las principales tesis que él mismo expuso sobre los principios.

Estas son tres principales; la primera: los principios deben ser contrarios; la segunda: los principios deben ser no generados ni por otros ni entre sí; la tercera: de estos deben generarse y hacerse todas las cosas que son generadas por naturaleza. Pero ¿cómo puede ser que todas las cosas que se generan, se hagan a partir de contrarios? Pues todas las cosas que se generan son sustancias: pero, como él mismo enseñó, a la sustancia no le es contrario nada; la primera contrariedad está en la cualidad. Y dado que los principios de las

sustancias deben ser sustancias, ¿cómo serán contrarios? Pues, según su propia doctrina, los contrarios son accidentes; pero no conviene que los principios de las sustancias sean accidentes. Por lo tanto, es más adecuado decir que los principios de las cosas naturales son semejantes que contrarios; pues de semejantes se engendran semejantes, caliente de caliente, hombre de hombre, sustancia de sustancia.

Pero dicen que se encuentra en la sustancia lo corpóreo y lo incorpóreo, lo animado y lo inanimado, lo sensible y lo insensible, lo racional y lo irracional. Sin duda; pero una sustancia corpórea no se hace de una incorpórea, ni lo racional de lo irracional, ni el hombre del bruto. Pero Aristóteles dice que los principios contrarios son la privación y la forma. Pero si la privación no es nada, ¿por qué debe considerarse principio de las cosas naturales, la no existencia principio de la existencia? ¿Es acaso la muerte el principio de la vida, la ceguera del ojo, la noche del día, el reposo del movimiento? Entonces, antes del movimiento hubo alguna vez reposo: ¿cómo pudo entonces decir que el movimiento era eterno? Pero para no parecer que jugamos con Aristóteles, abordemos las razones. La privación, en verdad, no es nada, por su propia naturaleza, no es ser; pues todo ser es o sustancia, o accidente: pero el accidente no puede ser el principio de la sustancia: por lo tanto, esta privación, que se pone como principio, no será accidente. Y toda sustancia, según él, es o materia, o forma, o compuesta de ambas: pero la privación no es ninguna de estas.

Los seguidores de Aristóteles dicen que la privación es el principio no de la cosa generada, sino de la generación; y que no se trata de una negación pura, sino de la privación de la forma con aptitud y disposición hacia ella. Pero si Aristóteles no postula los principios de las cosas naturales, sino de la generación, entonces entre los principios deberían incluirse el lugar, el tiempo, el movimiento y las cualidades primarias; pues sin estos no ocurre la generación natural.

Entonces, ¿por qué puso la privación, que no es en absoluto necesaria, y no estos, que son muy necesarios para la generación? Y si la privación denota aptitud y disposición, ¿qué será entonces la potencia de la materia misma? Por lo tanto, la privación no es ni aptitud ni disposición del sujeto: esto pertenece a la potencia de la materia, por lo que la privación no es nada por su propia naturaleza, sino no ser. Por lo tanto, decir que la privación es el principio de los seres naturales es como decir que la muerte es el principio de la vida, la ceguera de la visión, la oscuridad de la luz, el frío del calor, el no ser del ser.

Pero si alguien dice que es necesario postular esta privación como el término desde el cual comienza la generación, porque todo lo que se hace no es; pues si ya fuera, no se haría, lo que se hace blanco no es blanco y lo que se construye no está construido, entonces yo también diré: pero, ¿qué sigue de eso? ¿Entonces la privación es el principio de los seres naturales? ¿Cómo se sigue eso? ¿Qué es un principio? Claramente, sin lugar, movimiento, tiempo, fuerzas y cualidades, es más, incluso sin las sustancias de los elementos, es imposible que algo se haga: entonces, ¿por qué no se ponen estos como principios? Pues estos son verdaderamente seres, mientras que la privación no es ser y por su propia naturaleza es nada. Y si una misma forma, por su ausencia o presencia, es suficiente para causar el cambio, ¿por qué se multiplican los principios y se pone el no ser como principio del ser natural, cuando de hecho de la nada nada se hace naturalmente? Y si por eso se debe establecer la privación como principio, porque la ausencia de la forma es necesaria para que la generación ocurra, entonces de cualquier cosa podría hacerse cualquier cosa, un hombre nacería de un tronco, un becerro de una oveja, un león de un cordero. ¿Por qué, entonces, más bien un hombre nace de esta privación que de aquella? Si alguien dice por razón de disposición: entonces esto debería ser más bien establecido como uno de los principios en el triunvirato de principios; pues esto

es necesariamente requerido, mientras que la otra no, ya que la forma, por su presencia y ausencia, puede causar el cambio. Pero para arrojar a esta hija de la hidra y de Aqueronte desde el trono del principado al Tártaro y dedicarla a los descendientes de Aqueronte, como una talpa amiga de las tinieblas, consideremos la razón del principio y digamos qué debe considerarse, por su propio derecho y naturaleza, como principio.

Y de hecho Aristóteles, aunque ocupó muchos libros enteros en el tratado sobre los principios, en sus obras Físicas y Metafísicas, no enseñó realmente la razón del principio, salvo que dijo que los principios deben ser contrarios, permanentes, no generados, y que de ellos se hacen las cosas que se hacen por naturaleza. Pero no expuso lo que realmente es un principio, sino que solo pareció dar el significado del nombre, diciendo que un principio es lo primero de lo cual algo es, o se hace, o se conoce; de estos, algunos existen en sí mismos y otros fuera de sí, y por lo tanto se dice que el principio es la naturaleza, el elemento, la razón, la elección, la esencia y aquello por lo cual algo es hecho. Así, incluyó todas las causas físicas: materia, forma, agente, fin; y metafísicas: esencias, géneros, especies, diferencias, accidentes propios y finalmente todas las artes bajo el nombre y significado de principio, pero no dio ninguna definición. Por lo tanto, nos dejó la tarea de investigar la razón del principio.

Por lo tanto, a nosotros nos parece necesario afirmar que un principio debe ser necesariamente un ser; pues lo que no es, no puede ser causa de nada, ya que de la nada nada se genera por su propia naturaleza. Por lo tanto, el principio que es causa del ser de los demás, debe ser algo en sí mismo, y no debe ser contado entre los accidentes. Pues lo que es por su propia naturaleza posterior, no puede ser causa del ser de lo anterior; y las cosas que se generan y se hacen por naturaleza, son sustancias: minerales, plantas, animales, hombres. Por lo tanto, los principios de los cuales se hacen estas

cosas, deben ser sustancias, no accidentes; de lo contrario, de un accidente se haría una sustancia y lo posterior sería causa del ser de lo anterior; pues el accidente es posterior a la sustancia, ya que se apoya en ella como base y fundamento, sin cuya ayuda no puede subsistir por su propia naturaleza. Por lo tanto, el principio de los seres naturales es una sustancia. Y toda sustancia es o corpórea o incorpórea: pero una sustancia corpórea puede ser generada a partir de un espíritu incorpóreo: pues las cosas semejantes se generan de cosas semejantes, el hombre de un hombre, el animal de un animal. Pero buscamos principios materiales y internos, no extrínsecos. Pues una casa corpórea no se construye a partir de los pensamientos del arquitecto o del aire, sino ciertamente de materia corpórea, de piedras y maderas. Por lo tanto, los principios de los seres corpóreos que se hacen por naturaleza, deben ser corpóreos.

El principio es una sustancia corpórea, pero no generada por otras; pues si los principios fueran hechos y generados por otros, no serían estos los que deberían llamarse principios, sino aquellos de los cuales fueron compuestos. Por lo tanto, es necesario que los principios de los seres naturales no sean hechos por generación natural; de lo contrario, habría principios de los principios y se iría al infinito. Además, es necesario que los principios sean permanentes e incorruptibles; pues si estos fueran destruidos, toda la naturaleza de las cosas perecería: por lo tanto, es necesario que los principios siempre permanezcan. Por lo tanto, también es necesario que los principios de las cosas hechas por la naturaleza, sean causa de su existencia, de lo contrario no serían principios. Así pues, para que sean principios de aquello de lo que son principios, es necesario que otorguen la existencia por la cual subsisten por su propia naturaleza. Y todas las cosas naturales consisten en materia y forma; pues la existencia de las cosas naturales consiste en constar de materia y forma; de ahí que las cosas naturales se definan por estos. Por lo tanto, estos no son principios de los seres naturales, si se

considera la razón de principio, sino que deben tener su origen y emanación de los principios. Por lo tanto, Moisés, el padre de la filosofía, sabiamente y hábilmente postuló el cielo y la tierra como principios de los seres naturales. Pues estos son seres, son sustancias, y sustancias corpóreas, no generadas naturalmente; y son causa de existencia de los seres generados por la naturaleza, como lo demuestra claramente y de manera más resplandeciente el propio sentido.

Por lo tanto, es evidente que la privación no puede ser establecida entre los principios de los seres naturales; pues la privación no es un ser, ni una sustancia corpórea, ni es generada y da existencia a los seres, pues no es nada. También es evidente que los otros dos principios postulados por Aristóteles no son dignos de este nombre; pues no son sustancias corpóreas, no son generadas y permanentes: pues, ¿quién no ve que los cuerpos junto con las almas de las plantas y los animales se generan y se corrompen, y no permanecen siempre los mismos?

Pero Aristóteles postula la materia prima y la forma como principios de las cosas, no la materia secundaria. Pero probemos esto al fuego y al yunque de la verdad y veamos si son oro o plata, o latón y plomo. Él dice que la forma es uno de los principios de las cosas naturales. Yo pregunto: ¿qué forma? ¿la metafísica, como las ideas de Platón, la matemática, como las figuras y números de Pitágoras, o la física? Físicamente, la forma es de las cosas físicas. Pero no hay una sola forma de las cosas físicas; pues una es accidental y otra es sustancial. Las formas sustanciales también son muchas; pues una es la simple de los cuerpos simples de los elementos y del cielo; otra es la de los minerales, piedras y otros inanimados; otra es la de las plantas vivientes; otra es la de los animales; y finalmente, otra es la de los hombres dotados de intelecto. ¿Cuál de estas será el principio de los seres naturales? Si es accidental: por lo tanto, cada cosa no se hace según la sustancia a partir de la forma y el sujeto. Si es

sustancial: ¿cuál? ¿la primera de los elementos? ¿la última del hombre? ¿o alguna de las intermedias? Si es la extrema o las intermedias: no todas las cosas se hacen a partir de estas; pues no todos los seres naturales son hombres o animales, plantas o piedras.

Estas formas, además, todas son generadas en los sujetos; pero los principios deben ser no generados. Si, además, es la primera simple, pregunto: ¿del cielo, o de los elementos? ¿o de cuál elemento? Pues no hay una misma forma de todos los elementos; de ser así, la naturaleza de todos sería la misma y no serían contrarios entre sí. Pero si las formas de los elementos son las formas sustanciales de todas las cosas que se generan por naturaleza, ya que de estos elementos se hacen todas las cosas que se hacen, sería mejor postular los elementos como principios de las cosas, no la materia y la forma, ya que los elementos mismos consisten en estos. Por lo tanto, se debe dar una forma anterior, que sea primera, no generada, de la cual se hagan todas las cosas, junto con la materia primera y no generada; pero no se da una forma anterior. ¿Cuál, entonces, será este principio de las cosas?

Además, todas las cosas que tienen una misma forma sustancial no difieren según la sustancia; pues si diferenciaran, no tendrían una misma naturaleza. Pero si las formas sustanciales de los elementos son las formas sustanciales de todas las cosas que consisten en naturaleza, que se generan, no diferirían ni de los elementos ni entre sí; no diferirían las piedras de los metales, ni estos de las plantas, ni estas de los animales en sustancia. Pero si percibimos la diferencia y distinción más manifiesta de estos por los sentidos: por lo tanto, no se hacen según la sustancia de las formas de estos y del sujeto todas las cosas que se hacen.

Pero el peripatético dice que la forma en general es el principio de las cosas. Pero yo pregunto: ¿qué es esta forma en general? ¿Alguna de las ideas de Platón formadas en el aire o en el cielo? ¿O será

alguna de las formas universales y metafísicas, que se dice son formas de las primeras sustancias en su totalidad? Pero, ¿cuál será? ¿La específica del hombre, del león, del buey? ¿o la genérica del animal? ¿o la más universal del ser animado? ¿o la superior del cuerpo? ¿o finalmente la más universal y general de todas, la sustancia? Quizás esta será; pues esta es la primera y no generada. Pero esta, ciertamente, es metafísica, no una forma física: insensible, no sensible: universal, no particular. Pero las formas de las cosas sensibles y particulares deben ser necesariamente sensibles y particulares; pues los seres naturales son sensibles y particulares, y están sujetos a generación y corrupción.

Pero si una forma universal es la forma sustancial de todas las cosas, ¿cómo difieren entre sí? Si de ninguna manera: entonces todas las cosas son un único ser, no muchas; si de alguna manera: entonces no todas las cosas se hacen según la sustancia de esta forma y el sujeto. Y si la forma se pone en el triunvirato de principios en el sentido de que todo ser natural consiste en alguna materia y forma, claramente todas estas formas son generadas, como la impresión de un sello en la cera, la forma de un vaso en el oro, la figura de César en el bronce o mármol, la forma del fuego en la madera. Los primeros principios deben ser no generados y siempre permanentes; pero estas formas se generan y se corrompen.

Además, ¿qué es este principio de las formas de las cosas naturales? ¿Es una sustancia? ¿un accidente? ¿o algo artificial? Cuando Aristóteles habló de la forma, no puso ejemplos más que de cosas artificiales, del músico y el no músico, del figurado y el no figurado; o bien, adujo formas accidentales, no del blanco y el no blanco, de la salud y la enfermedad, del calor y el frío, de lo húmedo y lo seco. Sin embargo, él mismo estableció que la forma es una sustancia junto con la materia y el compuesto, y que es más sustancia que estas. También la define como la naturaleza junto con la materia, y que es más naturaleza la que da el ser a la cosa en acto; y que la

naturaleza es el principio del movimiento y el reposo, no del movimiento activo, que puede mover, sino del pasivo, que los naturales pueden ser movidos. Pero probemos estas afirmaciones en el fuego de la verdad y veamos si son oro o plomo las cosas que se dicen sobre la forma como principio natural. La forma es una sustancia. ¿Qué es sustancia? Lo que subsiste por sí mismo. Pero las formas naturales no pueden subsistir por sí mismas sin la materia: por lo tanto, la forma no es una sustancia, sino más bien un accidente; pues pueden estar presentes y ausentes, sin la corrupción del sujeto, es decir, de la materia prima; pues la materia es ingenerable e incorruptible. Entonces, o la forma no es una sustancia, o debe asignarse una razón diferente para la sustancia y el accidente. Pues a la forma no le corresponde la razón de sustancia, sino de accidente; pero no se ha asignado ninguna otra razón en ningún lugar. Si, según la razón, la forma no es sustancia, sino más bien accidente: ¿cómo es más sustancia que la materia y el compuesto? ¿Lo que no es caliente es más caliente que el fuego? ¿Lo que no es sustancia es más sustancia que lo que es verdaderamente sustancia? Pero adelante, sea la forma una sustancia: ¿cómo es más sustancia que la materia? La materia, claramente, es la causa de que haya forma, pues sin ella no puede existir la forma generada naturalmente; pero la materia por su propia naturaleza puede, y la forma no es causa de la materia; pues la materia es anterior por naturaleza: lo anterior no depende de lo posterior.

Además, la sustancia no admite grados: ¿cómo, entonces, la forma es más sustancia? Si "más" significa perfección, ¿de dónde obtiene la forma esta perfección? ¿De sí misma, del compuesto, o de la materia? Si de la materia: entonces la materia es más perfecta, como causa que comunica la perfección; si del compuesto: entonces el compuesto es más perfecto y atribuirá la perfección a la causa; pues la forma es la causa del compuesto; pero no puede tenerla de sí

misma, pues no tiene el ser de sí misma, sino de la materia y en la materia. Y si se dice que es más ente porque es una perfección y belleza de la materia, no es comparable con la materia; pues no se dice que el calor es más caliente que lo caliente, ni que la perfección es más perfecta que lo perfecto. Por lo tanto, si la forma es una perfección y belleza de la materia, no se debe decir que es más perfecta y más bella, ni que es más ente y más sustancia por esta razón. Y si la naturaleza está correctamente definida como el principio del movimiento y del reposo, del movimiento, digo, pasivo en cuanto es el acto de lo móvil, la forma ciertamente no será naturaleza; pues vemos muchas cosas que por su propia naturaleza se mueven, los elementos pesados hacia abajo, los ligeros hacia arriba, los animales, unos avanzan, otros vuelan, otros nadan en las aguas. Estos, digo, se mueven: pero ¿cuál es el principio del movimiento? Claramente no vemos ninguno externo: entonces es interno, la materia o la forma. Pero la materia se mueve, no mueve; es un principio no de mover, sino de ser movido: por lo tanto, la forma es el principio del movimiento: entonces la forma no es naturaleza, si la naturaleza está correctamente definida como el principio del movimiento en cuanto es el acto de lo móvil, el principio, digo, de ser movido, por el cual los naturales pueden ser movidos; pero la forma es el principio de la acción, no de la pasión: entonces no es naturaleza así definida. ¿Cómo, entonces, es más naturaleza que la materia, que realmente, según la razón dada, es naturaleza?

Resta, por tanto, que digamos que realmente no sabemos qué es esa forma bienaventurada, ese principio bienaventurado, si es algo o nada, sustancia o accidente, cuerpo o espíritu. Pues si es algo, será sustancia o accidente; sin embargo, esto no puede ser considerado como el principio de la sustancia, pues es posterior; toda sustancia, además, es corpórea o incorpórea: si la forma es un espíritu incorpóreo, ¿cómo puede dar existencia corpórea? Las cosas frías no

pueden calentar, ni las negras y oscuras blanquear y hacer resplandecer. Pero si es corpórea, todo cuerpo está compuesto de materia y forma: entonces se dará un proceso infinito. Pero si alguien dice que esa es la división de las sustancias perfectas, y que la materia y la forma son sustancias imperfectas: ¿por qué entonces se considera la forma como sustancia más que el compuesto, y parte más perfecta por su propia naturaleza que su totalidad? Si la sustancia es más perfecta que el compuesto, es necesario que caiga bajo una u otra de las partes de la división de la sustancia.

Pero si alguien dice que es incorpórea por su propia naturaleza y no compuesta, entonces habría principios de los principios, y si es corpórea debido a la materia: entonces también la materia no es cuerpo, pues de otro modo también estaría compuesta y se seguiría el mismo absurdo. Pero si ambos, la forma y la materia, son incorpóreos por su propia naturaleza: entonces el cuerpo consta de incorpóreos. ¿De dónde surge entonces la corporeidad del compuesto, si ambos principios son incorpóreos? Quizás del agente. Pero digo: esta corporeidad, por la cual los cuerpos se diferencian sustancialmente de los espíritus, ¿de dónde la extrae el agente? ¿De la nada o de algo? Si de la nada: ¿cómo surge una sustancia de la nada? Si de algo: ¿qué es eso? Potencia de la materia. Pero esto, digo, ¿qué es? ¿Algo o nada? Si es nada en acto, pero en potencia: entonces la potencia será algo potencial, y se irá al infinito; o finalmente la sustancia se hará naturalmente de la nada. Si es algo en acto, ¿qué es eso? ¿Sustancia o accidente? Si es accidente: ¿cómo surge la sustancia del accidente? Si es sustancia en acto, pregunto: ¿es corpórea o incorpórea? Si es cuerpo compuesto, ¿qué será? Si no es cuerpo, entonces los cuerpos estarán compuestos de materia incorpórea y espiritual y no serán cuerpos.

De aquí también se revela la vanidad del tercer principio aristotélico, a saber, de la misma materia. ¿Qué es entonces esa materia simple bienaventurada e incorpórea de la cual todo se hace? El peripatético

afirma que hay dos tipos de materia: la primera y la segunda. La primera es aquella que el peripatético viste con formas sustanciales de los elementos; la segunda, de la cual se generan múltiples mezclas, es decir, la masa de los elementos, tierra, agua, aire y fuego. Pero la primera, ¿qué es? Apenas se percibe con la mente; Aristóteles, definiéndola, dijo que "no es ni qué, ni cuál, ni cuánto, ni nada de lo que es", sino que es pura potencia y el primer sujeto, de lo cual todo se hace y en lo que todo finalmente se resuelve. Probó esta materia desconocida e imperceptible solo con el ejemplo del arte, no de la naturaleza; pues el arte no opera sino sobre algún sujeto, y es necesario que todo lo que se hace con arte sea hecho de algún sujeto; así también en la naturaleza. Pero quien sigue: en el arte se necesita un sujeto: ¿por qué también en la naturaleza? ¿Cuál es esta demostración?

El peripatético afirma que esta primera materia existe por muchas razones. Primero, de la transmutación de los elementos, como cuando el agua se convierte en aire o fuego. Pues cuando toda transmutación se hace de contrario en contrario, se necesita un sujeto medio, distinto tanto de la forma corrompida como de la generada, ya que antes estaba sin esta última, y ahora está sin la anterior; luego, porque todo ser natural actúa y padece: es imposible que lo mismo actúe y padezca según lo mismo: por lo tanto, debe actuar según la forma y padecer según la materia. En la generación y corrupción, también es necesario que siempre haya algo de lo que se generen los naturales, pues no se hacen de la nada, y en lo que se resuelven los corrompidos, ya que los seres no se convierten en nada; y finalmente, porque los naturales tienen subsistencia: no por las formas, que necesitan un sujeto en el que residir: por lo tanto, por la materia. Nosotros, sin embargo, concedemos todo esto; ¿qué sigue de ello? ¿Se da entonces la primera materia? ¿Cómo se sigue? Basta con la masa elemental; pues hay tanto cuerpos más gruesos como más espirituales: estos más activos, aquellos más pasivos. Si para la

generación de las cosas esto es suficiente, ¿qué necesidad hay de aquello? Y de hecho, todo el peripatético concede que la generación de cualquier cosa natural se hace por la mezcla de los elementos.

Pero dicen que la materia prima es necesaria debido a la alternancia y transmutación de los elementos; pues se generan y corrompen entre sí: el agua se convierte en aire, el aire en fuego, y viceversa, el fuego en aire y el aire en agua. Pero bien, probemos esto a la luz de la verdad. En el peripato se dan elementos semejantes, como el agua y el aire, el aire y el fuego; y se dan elementos disímiles, como el agua y el fuego. Si por la mutua generación de los elementos se debe suponer esta primera e incorpórea materia, para que en ella se realice la resolución de los elementos, ¿debe suponerse por la generación de todos los elementos, tanto de los semejantes como de los disímiles, o solo de algunos? Si de algunos: ¿de los semejantes o de los disímiles? A mí no me parece de todos. Si lo húmedo del agua se convierte en lo húmedo del fuego, no es necesario que su humedad se corrompa, sino que se incremente y se perfeccione en la materia. De manera similar, cuando el aire se transmuta en fuego, no es necesario que el calor previo deje de existir en la materia, así como cuando un cuerpo frío se calienta, el calor se incrementa por el superveniente, no se destruye. Por tanto, cuando el aire se forma del agua, o el fuego del aire, no queda solo la materia; sino con la humedad y el calor; si en la generación de estos las cualidades semejantes también se corrompieran, ¿cómo se corrompen si no tienen cualidades contrarias, sino conformes y similares? Pues todo lo que se corrompe, necesariamente se corrompe por su contrario, no por su similar: el frío por el calor, no por el frío: el calor igualmente es destruido por el frío, no por el calor. Si estos se van a la falta de forma sustancial, ciertamente estos accidentes pertenecen más a la materia que a la forma, como el calor en el agua hirviendo. Si el agua por su propia naturaleza y forma es muy fría, este calor solo puede estar en la materia. Así que, cuando el propio sujeto

permanece y no está presente el contrario, por el cual se expulsaría, ¿cómo deja de ser? Por tanto, en los elementos semejantes no se realiza esta resolución hasta la primera materia desnuda; pues permanecen las cualidades semejantes.

Pero claramente, por la razón de la magnitud corpórea, todos los elementos son semejantes. Todos los cuerpos, aunque uno sea más grueso, el otro más sutil, sin embargo, todos son cuerpos, y ninguno es más o menos cuerpo que otro; pues la cantidad no admite más o menos, ni tiene un contrario que lo destruya. Por lo tanto, la materia de los elementos nunca está desnuda, nunca deja de ser cuerpo; sino que a veces es más gruesa, otras más sutil: como cuando vemos que el agua se convierte en aire, no deja de ser cuerpo, sino que se convierte en un cuerpo más sutil y revestido por otras cualidades del agente. Por lo tanto, cuando los elementos se generan unos de otros, percibimos con los sentidos que esto solo ocurre, no de un no-cuerpo a un cuerpo, sino de uno más grueso a uno más sutil, o de uno más sutil a uno más grueso, dotado por sus agentes con diversas virtudes y cualidades. Así que nunca esta materia está desnuda, nunca es incorpórea, nunca en cualquier generación se convierte en esta desnuda y corpórea resolución. Y si alguien sostiene que por su propia naturaleza es incorpórea, pero siempre revestida de magnitud corpórea, esto será un hermoso dogma de la filosofía, que aquello que es así por su propia naturaleza, nunca disfruta de su propio derecho: como si el fuego, por su propia naturaleza caliente, nunca calentara: el sol, luminoso, nunca brillara: el cielo, móvil, nunca se moviera: la tierra, quieta, siempre se moviera; el agua y el aire siempre húmedos, pero siempre oprimidos por la sequedad. ¿Qué es entonces este dogma: la materia por su propia naturaleza es incorpórea, pero siempre formada de corporeidad, nunca desnuda?

Luego, tomemos los elementos disímiles: se generan y se corrompen entre sí; se resuelven en esta primera materia: ¿estos elementos disímiles se generan inmediatamente, el fuego del agua, o el agua

del fuego, o mediante el aire? Si es mediado, no se genera disímil de disímil, sino semejante de semejante inmediatamente; por lo tanto, nunca se resuelve en la materia desnuda, pues permanece la cualidad semejante. Pero si inmediatamente la forma del fuego sigue a la forma del agua, sin ninguna cualidad intermedia que lo disponga: o bien la materia permanecerá desnuda y completamente sin forma por algún tiempo, o en el mismo instante estarán en el mismo sujeto las formas contrarias del fuego y del agua en la materia. Pues la generación no se produce en un instante; ningún movimiento ocurre en un instante, sino que todos ocurren en el tiempo.

Cuando también un elemento contrario y disímil se genera a partir de otro, la forma anterior se corrompe o antes de la llegada de la forma posterior, o después, o simultáneamente en un solo instante. Si antes: seguramente la materia permaneció durante un tiempo sin ninguna forma; si después: entonces el mismo sujeto era simultáneamente agua y fuego; si simultáneamente: entonces en un instante se produce simultáneamente la generación y la corrupción, y sería simultáneamente agua y no agua, fuego y no fuego, y una nueva forma llegaría sin ninguna disposición ni preparación de la materia. Pues si entre estas formas contrarias intervienen cualidades que preparan y disponen la materia para la nueva forma, en esta generación no se produce resolución hasta la primera materia; ya que antes de que esta forma contraria actuara sobre la materia, ya estaban presentes las cualidades disponentes. Por lo tanto, esta materia aristotélica es como una especie de ficción poética, como otro Proteo, que siempre asumía diversas formas y figuras, o como el agua de Amelita, que nunca podía ser contenida en ningún recipiente.

Pues, ¿qué es esta bienaventurada materia, o en qué categoría debe ser colocada, apenas se puede percibir con la mente? Pues no es ni qué, ni cual, ni cuánto, ni ninguna otra de las cosas que son. Sin embargo, todo el peripato dice que es sustancia. Pero, ¿qué

sustancia, si por su propia naturaleza, no es ni corpórea ni incorpórea? Pues si es cuerpo, está compuesto de otra cosa; si es un ser incorpóreo: entonces los cuerpos constan de materia incorpórea; ¿de dónde, entonces, la corporeidad? De la potencia de la materia. Pero, ¿qué es esa potencia? ¿Es la misma materia, algo de ella, o nada? Si es la misma materia: entonces ella también es incorpórea; si es algo de ella: entonces la materia es compuesta; si es nada: entonces de la nada surge algo. Pues si esta potencia es algún ser, será accidente o sustancia; y si es sustancia: será corpórea o incorpórea; y se seguirán los mismos absurdos.

Pero dicen los que están dedicados al peripato y quieren ser considerados aristotélicos, que la materia es pura potencia para todas las formas y por ello no tiene ninguna forma por su propia naturaleza. Pero digo: ¿qué significa que la materia primera sea pura potencia para todas las formas? ¿Por qué se llama así potencia? ¿Porque puede recibir todas las formas de los agentes, o porque por su propia naturaleza puede producir todas, como un árbol sus frutos desde su raíz? Si porque puede ser y ser actuada en todas las formas por su propia naturaleza por los agentes: entonces claramente se dice que la forma está más en potencia; pues antes de generarse no es, pero puede ser, porque algún agente puede producirla; pues esta, antes de generarse, está solo en potencia, en acto no es nada; la materia, sin embargo, siempre es algo en acto.

Luego: ¿está esta primera materia por su propia naturaleza igualmente preparada para todas las formas, como la cera para la impresión de un sello, o más para una y menos para otra? Si igualmente: ¿por qué en esta parte recibe la forma de este elemento, no de aquel, o de este mixto, piedra, metal, planta, animal, y no de aquel? Si por su propia naturaleza tiene una mayor disposición para una que para otra, y no está igualmente preparada para todas, y por

ello esta parte toma la forma de tierra, aquella de agua, otra de aire, o de fuego: entonces por su propia naturaleza no es simple, sino compuesta con disposiciones, precedentes de las primeras formas de los elementos y preparándola para recibirlas.

Pero si se aduce la razón de la diversidad de formas a las causas agentes: ¿estos agentes, al tomar una materia igualmente dispuesta para recibir todas las formas; cuando inducen varias formas de elementos o mixtos en ella, la toman desnuda, o revestida con algunas formas? Si desnuda: entonces alguna vez la materia está en acto sin ninguna forma; pero si revestida con varias formas contrarias: ¿inducen estas diversas y contrarias formas inmediatamente y en un instante, o mediante disposiciones y tiempo? Si en un instante e inmediatamente: el movimiento y la generación se hacen en un instante y en un solo instante la misma materia está bajo formas sustanciales contrarias y será simultáneamente agua y fuego; si mediante disposiciones y tiempo – de lo contrario inmediatamente y en un instante se haría un animal de la materia, se generaría un hombre –: entonces nunca la materia está sin componer incluso antes de las primeras formas de los elementos. Pero si se dice que la potencia es efectiva, porque puede producir todas las formas de sí misma, entonces claramente será un principio no pasivo, sino activo. Pero todo agente actúa por forma: y ella entonces por su propia naturaleza tendrá su propia forma. Pero percibimos con los sentidos que todas las formas son producidas por agentes, como la impresión de un sello en la cera, o la efigie del rey en una moneda, y la forma del fuego en la madera.

Finalmente: ¿por qué es necesario que la materia esté completamente desprovista de forma para que pueda recibir todas las formas? Pregunto, si la materia tuviera su propia forma, ¿no podría recibir las formas posteriores que se le presentaran? ¿Acaso es necesario que los elementos también estén desprovistos de forma para poder recibir las formas de todos los compuestos? Pero alguien

podría decir: los elementos no permanecen en el compuesto sino en potencia, es decir, permanece su materia, no su forma. Pero diré: ¿acaso está demostrado que los elementos no permanecen en el compuesto, como las unidades en un número, las letras y las sílabas en una palabra, las piedras y los maderos en una casa? ¿Con qué demostración se sabe que no permanecen? Y si las formas no permanecen, ¿cómo permanecen las cualidades y pasiones de los elementos, como el calor, el frío, la humedad y la sequedad en el compuesto? Los sentidos demuestran que estas cualidades permanecen; experimentamos en los compuestos cualidades tangibles de los elementos. Si, por tanto, las cualidades permanecen incorruptas en el compuesto, ¿por qué no las formas? Y si las formas no permanecen, ¿de dónde provienen esas cualidades en el compuesto? ¿Quién las produce? No se producen a sí mismas: nada genera a sí mismo; ni de la materia: pues esta padece, no actúa. Si no son producidas ni por las formas, ¿por quién lo son? ¿Cómo también los compuestos se comportan según el movimiento del elemento predominante, como las piedras, metales y otras cosas de este tipo, si los elementos no permanecen? ¿Cómo también los compuestos, una vez disueltos, se resuelven finalmente en los elementos? ¿Acaso en la disolución de los compuestos los elementos se generan de nuevo? ¿Y quién los genera? Por lo tanto, si los elementos permanecen en el compuesto, como muchos en el senado peripatético sostienen, y no por eso es necesario que estén completamente desprovistos de forma y de toda magnitud corpórea: ¿por qué debe ser así la materia? Si las formas de los elementos no impiden las formas de los compuestos, ¿por qué lo impediría una forma mucho más sutil y simple de la materia? Pues las formas de los elementos, además de la magnitud y el volumen corpóreo, tienen cualidades que actúan o padecen. Si a la materia se le atribuye solo la forma de la corporeidad, será mucho más sutil y más tenue. Entonces, ¿por qué esta impediría las formas posteriores, si las formas de los elementos no lo hacen? Claramente,

el color blanco del vidrio en los lentes, debido a su extrema delgadez, y el color del agua y del aire no impiden en absoluto la visión, ni es necesario que un hombre dotado del sentido del tacto carezca de todas las cualidades tangibles, despojado de todo calor y frío, para poder percibir todas estas cualidades con el tacto y juzgar verdaderamente y sin error sobre ellas; pues estas en el hombre, siendo sutiles y tenues, no impiden en absoluto la percepción exacta de los sentidos.

Por lo tanto, esa razón es fútil, ligera y vana, para que sea necesario que la materia esté completamente desprovista de forma y de toda magnitud corpórea, de modo que pueda recibir en su seno todas las formas y ser el simple sujeto y receptáculo perpetuo de todas las cosas. Pues una forma simple, sutil y extremadamente tenue de la corporeidad no lo impide en absoluto y es indivisible de ella, y nunca, al igual que la materia misma, ni se genera ni se corrompe, sino que permanece perpetuamente; ahora bien, se hace más gruesa, ahora más sutil, a veces más extensa, a veces más contraída, revestida de diferentes cualidades, formas y figuras por los agentes, como la cera impresa con varios sellos, o el oro formado en varios recipientes por el artesano, y la misma arcilla moldeada en diversas formas, figuras y colores por el alfarero.

Por lo tanto, siendo necesario que los verdaderos principios de los seres naturales de los que constan sean verdaderamente seres, no accidentes, sino sustancia: no incorpórea, sino corpórea: no transitoria, sino permanente: no naturalmente engendrada, sino no engendrada, y siendo verdaderamente la causa de ser de los seres naturalmente engendrados; es evidente que estos principios aristotélicos deben ser derribados del tribunal de los principios. Pues la privación no es algo que pertenezca al número de los seres, sino que es no-ser y nada; y la forma o es sustancia, o si lo es, no es corpórea, permanente, no engendrada, como manifiesta claramente el mismo sentido; la materia, en cambio, al no ser considerada como

un ser en acto, ni qué, ni cuál, ni cuánto, sino una cierta pura potencia, casi nada, nunca conocida ni por los sentidos, ni percibida por el intelecto o la imaginación. Indignamente ocupa claramente el trono del principado y tiene el cetro y la corona, a menos que se considere como sustancia corpórea.

Por lo tanto, sabiamente el Divino Moisés, estableciendo solo dos principios de las cosas naturales, estableció seres que existen por sí mismos, corpóreos, permanentes, no engendrados naturalmente y siendo la causa del ser de los seres que se engendran por naturaleza, que otorgan el ser total, diciendo: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Aludiendo a esto y como declarando su mente, el sabio Salomón decía: Una generación pasa, y otra generación viene; pero la tierra permanece para siempre. El sol sale y se pone y regresa a su lugar; y allí renaciendo gira hacia el sur y se vuelve hacia el norte. El espíritu recorriendo todo el circuito continúa y vuelve a sus círculos. Estableció las generaciones de las cosas entre la tierra y el sol y el cielo; y mientras la tierra permanece inmóvil perpetuamente, el sol y el cielo, en continuo movimiento, generan todas las cosas.

Porque, en efecto, la tierra por su propia naturaleza no es otra cosa que polvo árido, del cual nada de lo que la naturaleza produce puede hacerse sin la mezcla de humedad: de la misma manera que tampoco del simple harina, sin la mezcla de agua, se puede hacer nunca pan; ni el alfarero podrá nunca moldear ningún vaso con arcilla seca y sin humedad. Por eso, Moisés añade a la tierra, que por su propia naturaleza es muy árida, la humedad del agua, diciendo: "La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo." Por el término "abismo" se entiende la multitud de las aguas; de ahí que siga: "Y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas." Por eso, Moisés llama frutos del cielo, de la tierra y del abismo a las cosas que la naturaleza produce, en la bendición de José, diciendo: "Por la bendición del Señor es su tierra, por los frutos del cielo, del rocío y del abismo que yace debajo, por los

frutos del sol y de la luna, por la cumbre de los antiguos montes, por los frutos de las colinas eternas y por los frutos de la tierra y su plenitud." Moisés llama frutos del cielo y de la tierra a las cosas que la naturaleza produce, porque tienen su origen y ser en estos principios. Pero, en efecto, como la tierra no puede producir nada por sí misma sin la disposición del humor acuoso, también menciona el rocío y el abismo.

Pero a alguien le podría parecer que, si el agua es necesaria para la generación de las cosas, hay tres principios: cielo, tierra y agua: ¿por qué, entonces, Moisés solo menciona dos: cielo y tierra? Pero claramente las cosas que se hacen por naturaleza no se generan del agua, sino que tienen su origen en las entrañas de la tierra. El humor acuoso se requiere como una disposición, de la misma manera que no decimos que el pan se hace del agua, sino de la harina compuesta y dispuesta con humor acuoso: así, los vasos no se hacen del agua, sino de la arcilla atemperada con agua.

Por lo tanto, la tierra es el principio del cual se hacen los seres que existen por naturaleza: el agua se requiere para su disposición. Por eso, con razón Moisés estableció solo el cielo y la tierra como principios; pues estos, como extremos, también son simplemente los primeros cuerpos de este mundo. El agua no es el primero, sino que es un cuerpo generado y engendrado por naturaleza a partir de estos, como también el aire; su generación es manifiesta: el agua disuelta por el calor se convierte en la sutileza del aire, y el aire constipado por el frío se convierte en la densidad del agua. El agua, comprimida por un frío excesivo, se convierte en hielo, el hielo en piedra, y la piedra se resuelve en polvo y tierra; cada cosa se resuelve naturalmente en aquello de lo que primero fue engendrada y hecha.

Así que Dios creó primero estos dos cuerpos, el cielo y la tierra, y después sacó de inmediato las aguas de las entrañas de la tierra. Por

eso Dios mismo dice a Job: "¿Quién encerró con puertas el mar, cuando salía como irrumpiendo del seno materno, cuando ponía nubes por su vestidura, y lo envolvía en densas tinieblas, como en pañales de infante?" Así pues, el abismo universal de las aguas irrumpió de las entrañas de la tierra desde el principio, como un infante que sale del seno materno, así como ahora también vemos continuamente que las fuentes y los ríos surgen de las mismas cavidades de la tierra.

Además, la tierra puede licuarse en agua por el calor del sol, como se licúan los vidrios y los metales al fuego, los cuales también, como el plomo y otros, se resuelven en vapor y en la sutileza aérea impulsada por el calor del fuego, aunque no lo veamos con estos ojos, la razón lo manifiesta. En efecto, en muchos lugares, incluso lejos del mar y en alturas muy elevadas, es evidente que el sol produce sal. Pues no hay otra causa por la que eso ocurra, excepto la tierra y el calor del sol; y toda sal puede licuarse en agua. Por lo tanto, así como el agua, al hacerse más sutil por el calor, se convierte en aire, también la tierra se convierte en agua, así como el agua misma congelada por el frío y dotada de una densa grosura, se convierte nuevamente en la sustancia de la tierra.

Nuestro fuego también, así como convierte el agua en vapores muy sutiles, también resuelve cualquier otro cuerpo, dotado de cualquier grosor terrestre, en fluidos que, comprimidos por un frío excesivo, se convierten fácilmente en agua. Con razón, por tanto, el Divino Moisés no estableció el cuerpo acuoso entre los principios; pues no es el primer cuerpo no engendrado, sino un cuerpo hecho a partir de los primeros, el cielo y la tierra, con la tierra suministrando la sustancia, y el cielo la naturaleza y las cualidades.

Pero así como añadió el humor acuoso a la tierra, también atribuyó al cielo el movimiento y la luz, con los cuales actuando sobre la tierra, generan los seres: "El espíritu de Dios se movía sobre la faz

de las aguas" y "Dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz." Por el término "espíritu", como diremos más extensamente en el tratado sobre el movimiento, se entiende el cielo, que comenzó a moverse por su propia naturaleza tan pronto como fue creado; y al movimiento se le añadió la luz de inmediato. Pues como percibimos con los sentidos, el cielo actúa sobre la tierra y genera todos los seres con la luz. Por eso dijo: "Y vio Dios que la luz era buena." La luz es ciertamente buena para la generación y conservación de todas las cosas que existen por naturaleza; y vemos con estos ojos que toda luz surge del cielo. Y esta luz, como ahora, también entonces, llevada por el movimiento del cielo, hacía el día y la noche; pues dijo: "Y fue la tarde y la mañana, un día." De estos, pues, con el cielo dotado de luz y movimiento, y la tierra dispuesta con el humor acuoso, todo lo que existe por naturaleza se hace, como vemos con estos ojos como testigos.

Pero en realidad, así como el humor acuoso no es un ser distinto de la naturaleza de la tierra, tampoco la luz es otra cosa que la sustancia del cielo; sino que se debe considerar que el cielo es por su propia naturaleza luminoso. Si el Divino Moisés dice que Dios llamó a la luz día y a las tinieblas noche, claramente debemos entender estas palabras en un sentido causal; pues la luz no es el día, sino que la presencia de la luz es la causa del día; y las tinieblas no son la noche, sino que la oscuridad de las tinieblas y la sombra de la tierra constituyen la noche: es indudable que el día es causado solamente por la sustancia luminosa del cielo. Así que, por orden de Dios, apareció entonces la sustancia luminosa del cielo, y con el movimiento del cielo se cumplieron aquellos primeros tres días.

Aunque parece muy difícil demostrar esto a partir de las palabras de Moisés, ya que parece decir que primero se creó el cielo y luego la luz, y que el cielo no es luminoso por su propia naturaleza, sino translúcido y transparente, como un cuerpo aéreo; sin embargo, si

examinamos atentamente el contexto de las palabras de Moisés, la intención y el propósito divino se harán claros de inmediato.

En efecto, una vez planteada esa primera tesis: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", el Divino Profeta añadió que la tierra "estaba desordenada y vacía", es decir, según los Setenta Intérpretes, "invisible e incompleta"; "y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo". Dios mismo declara a Job cuáles eran esas tinieblas, diciendo: "¿Quién encerró con puertas el mar, cuando irrumpía como saliendo de un seno materno, cuando puse nubes por su vestidura, y lo envolví en densas tinieblas como en pañales de infante?" Por tanto, había tinieblas sobre la faz del abismo, es decir, sobre la tierra y las aguas que se hicieron de ella, porque densas nubes oscuras y tinieblas cubrían su faz por completo. Pues la tierra es por su propia naturaleza opaca, oscura y tenebrosa, madre de todas las sombras, tinieblas y de la noche, siempre cubierta y envuelta en un velo negro de tinieblas, a menos que alguna luz brille sobre ella desde el cielo; y entonces, cuando por las negras nubes y densas tinieblas ninguna luz del éter podía brillar, las tinieblas cubrían la faz del abismo. Pues así también se hicieron las tinieblas sobre Egipto, no porque no hubiera luz en el cielo, sino porque negras nubes y densas tinieblas cubrían la tierra; así también en el tiempo de la muerte de Cristo se hicieron tinieblas sobre toda la tierra; así también sucede cuando, por los gruesos vapores de la tierra, el cielo se nubla y se cubre de densas nubes y negras tinieblas, y la tierra se cubre de oscuridad, produciendo una gran oscuridad y tinieblas en nuestro mundo; pero después, al disiparse las nubes, ya sea por el viento o por la lluvia, la luz del cielo vuelve a brillar clara y resplandeciente.

Por lo tanto, al decir "las tinieblas estaban sobre la faz del abismo", Moisés no negó totalmente la luz a todo el universo, sino solo a la tierra, porque la luz del cielo no brillaba sobre ella debido a las densas tinieblas. Por eso no dijo simplemente que las tinieblas

cubrían toda la faz del universo, sino solo que "las tinieblas estaban sobre la faz del abismo". Por lo tanto, cuando después añadió que Dios dijo "sea la luz", con el nombre de esta luz no se debe entender otra cosa que una claridad y resplandor del cielo sobre la tierra, a lo cual se opone por su propia naturaleza la oscuridad de las tinieblas. Por eso dijo que llamó a la luz día y a las tinieblas noche y que dividió la luz de las tinieblas; pues están divididas por naturaleza, origen, lugar, tiempo y acción.

No se debe pensar que el Creador del universo creó de nuevo la luz con estas palabras: pues la creó con el cielo, ya que la luz es connatural al cielo, así como la opacidad y la oscuridad lo son a la tierra; sino que solo ordenó que, una vez disipados aquellos densos vapores, la luz del cielo derramara sus resplandores sobre la tierra. Por tanto, la sustancia luminosa, que es la causa perpetua de toda claridad en el mundo y su origen perenne, fue creada en el principio; de hecho, este es verdaderamente el primer cuerpo, que se establece como el principio de los demás seres.

Por eso, Salomón consideró al sol, como también es evidente a los sentidos, como el principio de la generación diciendo: "Una generación pasa, y otra generación viene; pero la tierra permanece para siempre. El sol sale y se pone, y vuelve a su lugar; y allí, renaciendo, gira hacia el sur y se vuelve hacia el norte. Después, acerca del cielo, añadió: 'El viento gira en todos sus circuitos, y vuelve a sus órbitas'". Y por eso Moisés, en la bendición de José, llama frutos del sol y de la luna a las cosas que se generan por naturaleza. Y ciertamente el resto del cuerpo del cielo no fue creado sino para ser el tabernáculo y la morada de esta sustancia luminosa, que se considera el principio de todos los seres naturales. Así, el Rey Profeta, inspirado por el Divino Espíritu, dice; donde en el Salmo leemos: "En el sol puso su tabernáculo", la verdad hebrea tiene: לַשֶּׁמֶשׁ שָׂם־אֹהֶל בָּהֶם: (Lascemesc scam hoel bahem.): "Puso su tabernáculo en el sol", evidentemente en los cielos de los que

hablaba: "Los cielos proclaman la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos." Lo que Salomón dijo acerca del sol saliendo y poniéndose como causa de la generación de las cosas, el Rey Profeta, su padre, después de decir que Dios puso el tabernáculo del sol en el cielo, añadió: "Y este, como un novio que sale de su tálamo, se regocija como un gigante para correr su carrera; su salida es desde un extremo del cielo, y su curso hasta el otro extremo, y no hay quien se esconda de su calor."

A esta sustancia celestial se le atribuyen tres cosas: luz, calor y movimiento, que parecen propias del fuego; pues el fuego, como es evidente a los sentidos, parece ser por naturaleza móvil, caliente y luminoso. Por tanto, si el sol se establece como una sustancia ígnea, la tierra y el fuego serán los dos primeros cuerpos, principios de todas las cosas que existen por naturaleza y constituyen la naturaleza. Estos están dotados de cualidades sumamente contrarias; pues el fuego es por su propia naturaleza móvil, la tierra inmóvil; el fuego por naturaleza es tenue, la tierra gruesa; el fuego es agudo, la tierra obtusa; el fuego caliente, la tierra fría; el fuego luminoso, la tierra opaca y tenebrosa; el fuego es completamente activo, la tierra es completamente pasiva.

Ahora debemos preguntarnos si, así como el sol se nos ofrece a los sentidos muy similar al fuego, también es realmente ígneo por su propia naturaleza, como sostenían Platón y toda la antigüedad, o no, como Aristóteles y todo su peripato opinan y enseñan. Si la doctrina de este último es verdadera, será en vano que con Moisés intentemos establecer el cielo y la tierra como principios y causas de los seres naturales. Vale la pena examinar las razones y señales de Aristóteles, con las cuales se esforzó por demostrar que el sol no está compuesto de naturaleza ígnea.

Lo prueba principalmente con una razón tomada del movimiento; y con una señal del color blanco y brillante. También argumenta que,

si el cielo entero fuera ígneo, habría corrompido todos los cuerpos inferiores hace mucho tiempo. La razón tomada del movimiento es que, si el sol y el cielo estuvieran compuestos de naturaleza ígnea, se moverían hacia arriba en línea recta, no en círculo perpetuo. Supone, además, que todo cuerpo es por naturaleza móvil, pues la naturaleza es el principio del movimiento; y que a un cuerpo simple le corresponde un movimiento simple; el movimiento simple es, en efecto, recto hacia el medio, o hacia arriba desde el medio, o alrededor del medio. Y el movimiento recto hacia el medio corresponde a los cuerpos pesados: la tierra y el agua; y desde el medio hacia arriba, a los cuerpos ligeros: el aire y el fuego; el cielo, sin embargo, se mueve alrededor del medio. Pero si el cielo fuera ígneo y naturalmente ligero, se movería por fuerza en círculo; pero ningún movimiento violento es perpetuo. Y si este movimiento es contrario a su naturaleza, se debe dar otro según su naturaleza; pero no se da otro movimiento simple, excepto el recto. Por lo tanto, se moverá naturalmente hacia arriba o hacia abajo; y ambos son inconvenientes. Por lo tanto, el propio movimiento muestra a Aristóteles que el cielo de ninguna manera es ígneo, sino una sustancia quinta, distinta de los elementos y sin las cualidades de los elementos.

Pero estos fundamentos de Aristóteles deben probarse a la luz de la verdad para ver si son dorados o de plomo. Primero, lo que dice de que todo cuerpo es móvil, porque la naturaleza es el principio del movimiento, está muy lejos de la verdad. Porque la naturaleza no solo es el principio del movimiento, sino también de la quietud y la inmovilidad; pues la tierra, siendo un cuerpo natural, no tiene ningún movimiento en cuanto al lugar, sino que disfruta de una inmovilidad perpetua. Si permanece inmóvil por fuerza, entonces algo violento es perpetuo. Ni siquiera se mueve según el lugar naturalmente; porque, siendo contrario al mundo, ciertamente se movería hacia arriba, lo cual es contrario a la naturaleza de los cuerpos pesados.

De hecho, el mismo Aristóteles, en sus escritos sobre el cielo, manifiestamente decreta y prueba que la tierra debe estar inmóvil, siendo el centro del mundo, y dice que es necesario que algo en el medio del cuerpo circular permanezca inmóvil. Pero dice que la tierra se mueve hacia abajo según sus partes. En los cuerpos homogéneos y similares, la misma regla se aplica al todo y a las partes. Pero si se dice que las partes se mueven fuera de su naturaleza, entonces debe haber un movimiento natural. Por lo tanto, la tierra por su propia naturaleza será móvil e inmóvil, teniendo el principio de movimiento perpetuo e inmovilidad perpetua: entonces estará dotada de naturalezas contrarias; porque el movimiento y la inmovilidad son contrarios y proceden de causas contrarias: así como el agua, afectada por el calor y hecha más ligera, se mueve hacia arriba al hervir; pero comprimida por el frío, se vuelve inmóvil.

Si al filósofo honrado se le permite afirmar que un cuerpo natural y simple está dotado de naturalezas contrarias y opuestas y que algo violento es perpetuo, Aristóteles quedará irreprensible al considerar la tierra perpetuamente móvil y perpetuamente inmóvil. Pero si es perpetuamente inmóvil, ¿por qué siempre está en reposo? Porque está situada en su propio lugar. Pero claramente también el cielo ocupa su propio lugar, y sin embargo se mueve siempre y nunca cesa en un movimiento perpetuo, realizando perpetuamente su propia operación. Si la tierra también es naturalmente móvil, necesariamente también ella se moverá perpetuamente y realizará su propia operación; porque el propio lugar no impide eso, sino que más bien lo ayuda. Por lo tanto, la tierra no es naturalmente móvil, sino inmóvil, sin tener la facultad de moverse por sí misma, dotada por su propia naturaleza y forma; pero si sus partes, separadas de ella por fuerza y empujadas hacia arriba, se mueven hacia ella rápidamente sin ser empujadas, eso no se debe atribuir a alguna potencia natural por la cual la tierra pueda moverse, sino a la

impotencia, porque un cuerpo dotado de excesiva densidad no tiene ninguna capacidad de sustentarse en lo alto, a menos que se adhiera a alguna cosa firme y estable como base y fundamento. Por lo tanto, ese movimiento no es una operación natural, sino más bien un deslizamiento y defecto de la cosa; así decimos que los edificios se derrumban y caen; y los cuerpos pesados, debido a la excesiva densidad de la materia, no deben considerarse movidos, sino que permanecen siempre inmóviles por su propia naturaleza.

También lo que dice de que el movimiento es contrario al movimiento, es decir, el movimiento hacia el medio de los cuerpos pesados es contrario al movimiento hacia arriba de los cuerpos ligeros, claramente no tiene ninguna verdad. Pues la tendencia de los cuerpos pesados hacia el centro no es propiamente un movimiento, es decir, una operación natural, sino un deslizamiento de la materia densa. Y todo movimiento, teniendo una sola causa, a saber, el calor, no puede ser contrario y opuesto a sí mismo; pues las cosas contrarias deben tener causas contrarias: una y la misma cosa no puede ser contraria a sí misma ni consistir en naturalezas opuestas. Por lo tanto, siendo todo movimiento de una misma causa, uno no puede ser contrario al otro. Así que la razón de Aristóteles se basa en fundamentos falsos. Pues tampoco es verdad simplemente que a un cuerpo simple le corresponde un movimiento simple. Pues las piedras, los metales y otros cuerpos cualquiera se mueven rápidamente hacia abajo, no menos que los terrones de tierra, aunque no sean cuerpos simples.

Pero esta argumentación de Aristóteles debe ser probada a la luz de la verdad para ver si es dorada o de plomo. Primero, lo que dice de que si el cielo fuera ígneo, se movería hacia arriba y no en círculo, no tiene validez. Pues si el fuego es por su naturaleza móvil y caliente, siempre y en todas partes será móvil y se agitará perpetuamente en movimiento. Sin embargo, el movimiento perpetuo no puede ser otro que el circular; pues lo que se mueve

hacia arriba o hacia abajo no puede moverse perpetuamente, ya que el espacio está limitado por los términos. Por lo tanto, el movimiento propio del fuego será circular, no recto: aquel, no este, puede ser perpetuo; y de hecho, el elemento fuego, colocado por Aristóteles por encima de la esfera del aire, se mueve perpetuamente en círculo, y también la parte superior del aire, como lo muestra el movimiento de los cometas. Pero si ese no es un movimiento natural, ¿cómo es perpetuo? Pues las cosas que son contra la naturaleza no pueden durar mucho, sino que necesariamente se corrompen en algún momento. Por lo tanto, debe considerarse como movimiento propio del fuego el que realiza perpetuamente en su propio lugar, no el que realiza cuando está fuera de su propia esfera, ya que entonces se apresura y vuela hacia su patria. Porque incluso si una parte del cielo fuera colocada fuera de su propia esfera y lugar, ciertamente se apresuraría lo más rápidamente posible y volaría hacia su lugar natural. Sin embargo, el movimiento propio del cielo no es recto, sino circular. Pues si no se le atribuye una figura piramidal, sino esférica, al fuego en su propia esfera y propia esfera, aunque fuera de ella parezca piramidal: ¿por qué debe atribuírsele un movimiento recto, que tiene fuera de su propia esfera, y no un movimiento circular, por el cual se mueve perpetuamente en su propia esfera? Por lo tanto, Aristóteles atribuye erróneamente estos movimientos naturales al fuego y a la tierra a partir de los movimientos particulares, ya que colocados fuera de sus propias esferas y lugares, se mueven hacia sus propios asientos y mansiones.

La siguiente razón, que si el cielo fuera ígneo habría consumido todos los cuerpos que tiene debajo, es completamente vana. Pues el fuego quema menos en materia tenue y sutil: quema menos en la llama que en la brasa y el carbón encendido, y en este menos que en el hierro candente. Por lo tanto, siendo la sustancia del cielo sutilísima y sumamente expansiva, también estará dotada de un calor tenue y sutil; no comburente, de lo contrario, ya que él mismo, junto

con todo el peripato, coloca la esfera del fuego sobre el aire, la esfera aérea, siendo diez veces mayor, ¿por qué entonces no ha consumido todo el aire y lo ha convertido en fuego, cuando puede muy fácilmente convertir el aire, como un elemento similar, en sí mismo? Debido a la excesiva sutileza y expansión de la sustancia celestial, aunque sea cálida e ígnea, no quema: como el rayo solar, aunque sea cálido, no quema debido a la materia tenue y expansiva del aire. Pero si pasa a través de un vaso de vidrio lleno de agua pura y clara, al concentrarse, quema y enciende el fuego, como también lo hace reflejado en espejos cóncavos.

Las señales que aporta, tomadas del candor de los cuerpos sólidos y de la velocidad de las estrellas errantes, lejos de probar lo propuesto por Aristóteles, demuestran lo contrario. Pues cuando estos meteoros no son más que vapores encendidos y exhalaciones inflamadas, de ahí se puede argumentar que todas las estrellas del cielo son de naturaleza ígnea, ya que estas estrellas errantes presentan su ejemplo y muestran toda su similitud: y el cuerpo sujeto al cielo, en el cual estas cosas ocurren y se observan, debe ser por la misma razón muy similar en naturaleza al cuerpo superior en el que se ven las estrellas.

El candor del sol, que persuadió a Aristóteles de que la sustancia solar no tiene por naturaleza una naturaleza ígnea, nos manifiesta más bien lo opuesto que lo propuesto. Pues la llama pura y vigorosa del fuego es muy blanca y muy similar al sol; y la luz que pasa a través de un frasco lleno de agua se vuelve muy blanca, de modo que, como el sol, reverbera la vista débil, y enciende el fuego. Pero tal vez la llama del fuego en el tiempo de Aristóteles era de otro color y no mostraba ningún candor, ningún resplandor ni luz; pero en nuestros tiempos, la luz del fuego, como la del sol, parece ser blanca, y el candor del sol y del fuego parecen ser el color natural. Por lo tanto, ya que el sol, por testimonio de los sentidos, brilla como el fuego, resplandece, se mueve, calienta y produce todos los efectos del fuego por su propia naturaleza, ¿por qué no ha de ser

ígneo y el cielo entero estar dotado de la misma naturaleza? No hay ninguna razón ni argumento para lo contrario.

Al establecer el Divino Moisés el cielo y la tierra como los principios de todos los seres que están sujetos al nacimiento y a la muerte, determinó que el fuego y la tierra son los primeros de todos los cuerpos. Dado que estos son cuerpos sumamente opuestos, aquel es supremo, muy noble, transparente, luminoso, móvil, tenue, sutil y agudo; y este es ínfimo, vil, opaco, tenebroso, inmóvil, denso, obtuso y el menor de los seres, parece también sumamente razonable y coherente que, así como el cielo, por naturaleza ígneo, es sumamente cálido, también la tierra debe ser considerada por su propia naturaleza como extremadamente fría; pues, al no poseer en absoluto ningún calor por su propia naturaleza y estar muy distante del cielo, el cual es la fuente de todo calor, debe ser considerada absolutamente frigidísima. Esto también lo demuestran su gravedad y densidad; pues el frío produce estos efectos: ya que el aire, por su propia naturaleza ligero y tenue, se condensa en agua pesada, y esta se comprime en hielo y se convierte en piedra. Por lo tanto, dado que la tierra es la más densa, pesada y gruesa de todas, esto solo puede provenir de su máximo e intensísimo frío.

Además, en otros aspectos, estos dos son los más opuestos; están dotados de cualidades sumamente contrarias. No hay cualidad contraria al calor excepto el frío; y si no es la tierra, ¿qué otro ser será el padre de todo el frío? El agua no puede ser extremadamente fría, como el fuego es sumamente caliente; pues no se perfecciona con el frío, como el fuego con el calor, sino que se daña y se corrompe, convirtiéndose en hielo, piedra y tierra; pero la tierra no se daña con el frío, sino que se conserva, crece y se incrementa cada vez más y se perfecciona, como el fuego con el calor; y así como el fuego perece con el frío, también la tierra se consume y se desintegra cada vez más con el calor. Pero todo lo que se daña y se destruye solo puede serlo por su contrario. Y si alguien dijera que el

agua extingue el fuego y lo lleva a la destrucción como su máximo contrario, claramente el agua caliente y hirviente extingue el fuego no menos que el agua fría o helada. Ni menos el vino, que por su naturaleza es cálido, o cualquier otro cuerpo dotado de cierta densidad, hará esto mejor que el agua. Pues el fuego, siendo por su naturaleza tenue, se sofoca y se extingue al ser oprimido por la densidad, y la tierra, siendo por su naturaleza mucho más potente que el agua, es más capaz de extinguir el fuego, aunque el agua o cualquier otro cuerpo más líquido lo haga más rápidamente. Pues siendo los poros del cuerpo ígneo abiertos, la densidad líquida los llena más fácilmente y por ello extingue el fuego rápidamente: cosa que la tierra, demasiado obtusa y densa, no puede hacer. Por lo tanto, el agua no extingue el fuego debido a su sumo frío, ya que el agua caliente no lo hace menos: sino porque su densidad oprime y sofoca la tenuidad del fuego. Así pues, no el agua, sino la tierra es sumamente fría, como el fuego es sumamente caliente.

Dividiendo así el Divino Moisés toda la masa corporal en dos partes, el cielo y la tierra, enseña que aquella está dotada de sumo calor y esta de sumo frío; por eso aquella es perpetuamente móvil, tenue y aguda: esta es inmóvil, densa y obtusa. Así como es razonable inferir el frío de la tierra del calor del cielo, también parece coherente inferir la máxima humedad del cielo de la innata y congénita sequedad de la tierra, y esa sequedad es extrema: pues nada es más seco ni más árido que la tierra. Contrarios necesariamente deben estar dotados de cualidades contrarias. Llamo húmedo, no a lo que humedece y moja; esto es propio del agua y de cualquier otro cuerpo que sea por su propia naturaleza líquido y dotado de cierta densidad suave y fluida; sino llamo húmedo a un cuerpo que difícilmente se determina por su propio límite, pero fácilmente por un límite ajeno, como el aire, que se considera el más húmedo, y la naturaleza del aire es muy similar al cielo; por lo cual, Moisés siempre designa con el mismo nombre de cielo la sustancia de ambos.

Y nada se opone a esta posición de que el cielo sea naturalmente ígneo; pues el fuego no es seco, como se piensa, porque parece secar toda cosa terrenal, sino que no seca propiamente, sino que muestra la sequedad preexistente. Porque si la tierra es por su propia naturaleza sumamente seca y extremadamente árida, ¿cómo puede ser secada más? Pero el fuego, convirtiendo las partes más tenues de los cuerpos que parece secar en vapores muy húmedos y tenues, demuestra la sequedad y dureza preexistentes en los cuerpos. Sin embargo, no seca otros cuerpos que no sean tierra, sino que los hace más húmedos. Pues convierte el agua en vapores tenues y aire muy húmedo; y si el cuerpo aéreo es considerado muy húmedo porque es muy tenue, no resiste al tacto y se delimita fácilmente por un límite ajeno, dado que el fuego es por su propia naturaleza mucho más tenue y más espiritual que el aire, ¿por qué no debe considerarse también más húmedo?

Si el efecto siempre procede de una causa similar, la luz de lo luminoso, el calor de lo cálido, el frío de lo frío, y siendo el fuego la causa de la humedad, no de la sequedad, debe considerarse húmedo, no seco. Pues aunque parece secar los cuerpos terrenales, no los seca verdaderamente, sino que muestra la sequedad innata de la tierra, la cual, dotada de extrema y máxima aridez, no puede ser secada más, así como el fuego no puede ser calentado más, siendo sumamente cálido, y las causas de los contrarios son contrarias entre sí; y si el frío es la causa de la aridez, es necesario que el calor sea la causa de la humedad, y como la tierra, siendo sumamente fría y el origen de todo frío, es sumamente árida, es necesario que el fuego, siendo sumamente cálido, sea también sumamente húmedo. Por lo tanto, el cielo ígneo está dotado de suma humedad, al igual que está dotado de suma calidez por su propia naturaleza; así como la tierra, naturalmente frigidísima y origen de todo frío, es sumamente árida.

Cuando examinamos al Divino Moisés, quien divide toda la masa corporal en calor y frí…

(El resto esta perdido, incluyendo el tratado sobre la moción que el autor había prometido anteriormente.)

EN EL NOMBRE DEL SEÑOR JESUCRISTO Y DE LA GLORIOSA VIRGEN MARÍA

PRIMER CAPÍTULO

Versículo 1: En el principio. Hebreo: בְּרֵאשִׁית (Berescit)

Los hebreos suelen titular los libros de las Sagradas Escrituras con una triple inscripción: ya sea por el inicio del libro, por el contenido, o por el autor. Así, el libro de Génesis se llama בְּרֵאשִׁית (Berescit) porque Moisés, su autor, comienza con esas palabras. De manera similar, Éxodo se llama שְׁמוֹת (Scemot); Levítico, וַיִּקְרָא (Vaicra); y así todos los libros del Pentateuco obtienen su nombre por el inicio. Asimismo, el libro de las Lamentaciones se titula אֵיכָה (Aeca). Por el autor, todos los libros de los Profetas y los dos primeros de los Reyes se llaman libros de Samuel, porque en parte fueron escritos por él y también porque todo lo tratado en ellos se refiere de algún modo a él. Así también, probablemente el libro de Josué, aunque los hebreos discrepen, es muy probable que Josué haya escrito comentarios sobre sus propias hazañas. Finalmente, por el contenido, como el libro de los Jueces, todos los libros de Salomón, y los libros de las Crónicas y de los Reyes.

Moisés, pues, quien según la opinión de todos los hebreos, y también de San Basilio en el Hexamerón, y de San Juan Crisóstomo sobre el Génesis, y finalmente del consenso común de todos los Doctores, fue el autor de este libro y de todo el Pentateuco, deseando transmitir los principios de la fe que tienen su origen en la creación y los pactos divinos con la criatura, comenzó así: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra." Son solo cinco palabras y encierran todos los misterios divinos y los sacramentos maravillosos; por eso analicemos cada palabra.

En el principio: בְּרֵאשִׁית (Berescit). Los Setenta Intérpretes, Symmachus y Theodotio lo tradujeron como "En el principio"; Aquila lo interpreta como "En el inicio"; el intérprete caldeo tiene: בְּקַדְמִין (Becadmin), en lugar de בראשית (Berescit); קדמין (Cadmin) en

caldeo designa el inicio del tiempo. La segunda edición caldea, llamada Targum Jerusalemitano, traduce: בְּחָוֹכְמָא (Bechochma), es decir: "En sabiduría." Según este sentido, se refuta el error del impío Maniqueo, quien postulaba dos principios de las cosas: uno de los bienes y otro de los males; uno de las cosas espirituales y otro de las corporales; ya que aquí se dice que Dios creó el cielo y la tierra en el principio, es decir, en el Hijo. Y así como el principio de los efectos se atribuye al Padre por su poder, también el modelo se atribuye al Hijo por su sabiduría, como se dice: "Todo lo hiciste con sabiduría", así se entiende que Dios creó todo en el principio, es decir, en el Hijo.

Sin embargo, esta última interpretación es más según el sentido que según la traducción literal de la palabra, la cual favorece notablemente a Tertuliano en su libro Contra Praxeas, Orígenes, Hilario y Agustín, quienes consideran que esta palabra debe ser entendida así: "En el principio," es decir, en el Hijo, que es el Verbo y la Sabiduría del Padre y el principio de todas las cosas, por quien todo fue hecho, como está claro en Juan 1, quien también dice de sí mismo: "Yo soy el principio, que también os hablo." Esta interpretación también está respaldada por lo que dice en el Salmo sobre sí mismo: "En el principio del libro está escrito de mí," es decir, en el principio de Génesis; y según esta opinión, la palabra בראשית podría traducirse como: en el principio, o con el principio, y por el principio; porque la preposición "en" en hebreo se toma de tres maneras. La primera acepción es la principal y la más frecuente; la segunda se encuentra en Isaías 7: "Con flechas y arco entrarán allí"; la tercera en Génesis: "Por mí he jurado." Los teólogos sagrados afirman que Dios creó el mundo en el Hijo, con el Hijo y por el Hijo. De donde Pablo a los Colosenses dice: "Porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades: todo fue creado por él y en él."

Sin embargo, la primera interpretación es más literal, ya que entendemos que Dios creó el cielo y la tierra en el inicio del tiempo; no que los creara en el tiempo, sino en el primer instante del tiempo, que no se puede llamar tiempo en sí mismo, sino solo el principio del tiempo. Así como el principio de una línea no es una línea, el principio del tiempo no es tiempo; así, Dios creó el cielo y la tierra sin ninguna demora temporal, de modo que la creación de las cosas se completó en menos de un momento. Así lo expone San Basilio en su Hexaemeron; San Ambrosio es de la misma opinión en el primer libro del Hexaemeron; es también la interpretación de los hebreos, que afirman que esta palabra debe entenderse de la misma manera que se dice: "En el principio del reinado de Sedecías," "en el principio del reinado de Joaquín," "en el principio del reinado de Joacim." Esto se encuentra en la Glosa de los hebreos, a la que también suscribe Aben Ezra. Según este sentido, se refuta el error de Aristóteles, quien hizo el mundo coeterno con Dios, afirmando que nunca tuvo un principio ni tendrá un fin.

Algunos griegos, entre ellos Teodoreto, lo interpretan de esta manera: "En el principio," es decir, primero, o antes que cualquier otra cosa, Dios creó el cielo, antes de establecer cualquier otra cosa. Este sentido elimina el error de aquellos que impíamente afirman que Dios, con la ayuda de los ángeles y otras criaturas espirituales, creó el cielo, la tierra y todas las cosas materiales. Pues si creó el cielo y la tierra primero, no había ángeles cuyo ministerio pudiera utilizar en la producción de lo corporal; de otro modo, no serían los primeros de todo, ya que las criaturas espirituales habrían sido las primeras y las habrían precedido en el tiempo.

Sin embargo, a esta exposición se opone el Rabino Salomón hebreo, quien dice que בראשית no significa el orden de la creación, diciendo que estas cosas precedieron, porque si hubiera querido significar esto, habría dicho: בראשונה (bereshoná), primero, o en primer lugar; pero él, junto con Aben Ezra, dice que la palabra בראשית está en

construcción genitiva, y así debe entenderse lo que se dice: "en el principio de la creación de Dios del cielo y de la tierra, la tierra era, etc."; de modo que ellos explican בראשית como el inicio del tiempo, tal como se dice en Jeremías: "En el principio del reinado de Joaquín," etc.

Pero si se considera la sabiduría oculta en esta palabra, se verá en esta expresión toda la razón de la creación del mundo y de todas las cosas. Pues de la resolución de este vocablo en sus elementos y de la diversa composición de los mismos entre sí, se forma en hebreo toda esta oración de doce nombres: ברא ראש אש שת רב איש ברית תב אב בבר ראשית שבת, que se traduce: "El Padre en el Hijo, o por el Hijo, o en el Hijo, principio y fin, creó la cabeza, el fuego, el fundamento del gran hombre con una buena alianza." En la última palabra, la letra ט se cambia por ת, lo cual es muy frecuente en hebreo con letras de la misma pronunciación.

Qué maravillosamente se revela aquí la primera interpretación, que Dios Padre creó el mundo en el Hijo, o con el Hijo, o por el Hijo. Y el Hijo es llamado el principio y el fin, o la quietud, según aquello: "Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin." Pero, ¿qué significa este gran hombre? El mundo mismo. Pues así como el hombre es un pequeño mundo, también el mundo es un gran hombre. De aquí se toma la ocasión para figurar tres mundos, a saber, el intelectual, el celestial y el corruptible, por las tres partes del hombre de manera muy adecuada. En el hombre, la primera parte es la cabeza; la segunda va desde el cuello hasta el ombligo; y de allí hasta los pies, la tercera. En la cabeza está el cerebro, fuente del conocimiento; en el pecho está el corazón, fuente del movimiento, de la vida y del calor; y en la tercera parte finalmente están los miembros genitales, principio de la generación. Así también en el mundo, la parte suprema es la intelectual, pues fue creada para entender; la parte siguiente es el cielo, principio del movimiento, la vida y el calor; y la parte sublunar está

manifiestamente sujeta a la generación y corrupción. Moisés llamó a la primera "cabeza," porque es la fuente de todo conocimiento; a la segunda, "fuego," porque el cielo se considera de naturaleza ígnea; y a la tercera, "fundamento del gran hombre," porque sobre ella se funda y sostiene todo el cuerpo del hombre. Y dado que entre estas hay un pacto de paz y amistad perpetua, añadió: "Con un buen pacto," del cual se habla en Jeremías: "Dice el Señor: Si no he establecido mi pacto, es decir, el pacto de paz y amistad, entre el día y la noche, y las leyes del cielo y la tierra," que es un pacto ciertamente bueno, porque se dirige a Dios, que es el mismo bien.

Creó. Hebreo: בָּרָא (Bara). Caldeo: בְּרָא (Bara).

Es opinión común de todos los teólogos que la creación es una acción divina, por la cual algo se produce de la nada. Esta fue también la opinión de algunos de los hebreos, que Aben Ezra relata: "Muchos expositores dicen que la creación es la producción de algo a partir de la nada"; y establecen una diferencia entre בָּרָא (Bara), יָצַר (Yatzar) y עָשָׂה (Asá), crear, formar y hacer; crear, dicen, es hacer algo de la nada; formar, es dar forma a un ente creado; y hacer, es ordenar los miembros individuales. De esta manera, explican lo que dice Isaías: "Y a todo el que invoca mi nombre, en mi gloria lo he creado; lo he formado y lo he hecho," donde en hebreo se encuentran estas tres palabras. Aben Ezra los refuta, diciendo que se olvidan de lo que se dice: "Dios creó los grandes cetáceos," y poco después: "Dios creó al hombre"; e Isaías: "Formando la luz y creando las tinieblas, haciendo la paz y creando los males."

La palabra בָּרָא (Bara), los Setenta tradujeron: Ἐποίησεν, que significa hizo, y así lo leen en griego San Basilio en el Hexaemerón, San Juan Crisóstomo sobre el Génesis, Orígenes, Atanasio y muchos otros; y también en latín San Ambrosio. San Agustín, tratando este lugar de Isaías en el primer libro Contra el Calumniador de las Escrituras, asigna la distinción entre crear y hacer: que crear

propiamente es hacer algo de la nada; hacer es a partir de algo. La palabra griega para crear corresponde a: κτίζω, que también significa fundar, de donde se dice que se crean las ciudades; Marco Tulio Cicerón llama a Rómulo el creador y fundador de la ciudad de Roma, como afirma Agustín en el mencionado libro. La palabra crear también proviene de la voz griega: κρέας, que es carne; por lo tanto, crear es casi como producir, o hacer carne: de ahí que se diga que se procrean los animales; y también de ahí proviene crecer, que se dice no solo de los animales, sino también de las plantas y frutos; de donde Marco Tulio Cicerón en De Finibus dice: "De todas las cosas que la naturaleza crea y protege." En general, pues, esta palabra, tanto en latín como en hebreo, significa la producción de algo nuevo, ya sea de la nada o de algo.

Así, el Rabino David en el libro de las Raíces, asigna la diferencia entre בָּרָא (Bara) y יָצַר (Yatzar), crear y formar, que esto se dice de algo corporal, o de lo que tiene ser en un cuerpo, o es susceptible de poderes sensibles, o se dice de los mismos poderes sensibles; pero el primero se dice de cualquier cosa o de la renovación de cualquier cosa, que pasa de no ser a ser. Nuestro traductor también traduce así en Números: אִם־בְּרִיאָה יִבְרָא: "Si crea una nueva criatura," interpretado como "Si crea algo nuevo."

Aunque en las Escrituras la significación más frecuente de esta palabra se aplica a aquellas cosas que han sido producidas a partir de algo, especialmente cuando algo se saca de otra cosa por orden de Dios, como cuando se dice que creó al hombre, los animales, las plantas y cualquier otra cosa que surgió por su mandato a partir de alguna materia; en este lugar, sin embargo, debemos entender la producción a partir de la nada, ya sea que se llame creación o hecho, ya que esta es la primera producción que no supone ninguna materia. Pues no es una generación física, que se realiza por la potencia natural a través del movimiento en el tiempo y que necesariamente supone un sujeto; sino que es una generación hipernatural, a la que

aquí llamamos creación, la cual, al no hacerse en el tiempo ni intervenir ninguna alteración o transmutación, no requiere ningún sujeto.

Por eso, Juan Filopón interpreta correctamente a Aristóteles, quien, al negar que Dios sea el hacedor del mundo, niega en este sentido que haya sido hecho por modo de mutación, sino que debe decirse más bien productor. Dice en De Generatione 1: "Nunca parece que Aristóteles haya dicho que Dios es la causa efectiva del mundo. Pues afirma que hacer de la nada es otra cosa que traer algo a la luz de algún modo y por modo de generación. Pero Dios ni opera en el tiempo, ni sin una perfección súbita. Por lo tanto, no niega que Dios haya hecho el mundo, sino que más bien debe decirse que lo ha producido". Lo que aquí dice Juan Filopón parece estar de acuerdo con nuestros principios teológicos. Pues nosotros, al decir que la creación del mundo es una producción de la nada, no ponemos ningún sujeto que sea la misma nada de la que se haga algo: esto tiene una contradicción manifiesta; sino que entendemos la expresión "de la nada" de manera negativa, es decir, no a partir de algo, sin ninguna materia preexistente, y lo atribuimos a la infinita potencia de Dios, que supera con su inmensa virtud toda arte y toda naturaleza. No negamos, sin embargo, que pueda considerarse una cierta potencia pasiva en las criaturas antes de que fueran creadas y existieran en sí mismas; pues en Dios existían de algún modo, para que pudieran ser producidas y existir creadas fuera de Él.

Debe advertirse aquí que Moisés, con estas palabras, elimina tres errores de los filósofos paganos al decir que Dios creó, es decir, produjo el mundo de la nada. Primero, el de Platón, quien postuló tres eternos: Dios, las ideas y la ύλη (materia), y decía que Dios hizo el mundo a partir de tal materia eterna. Aristóteles afirmaba que el mundo era coeterno con Dios, pero dependía de Dios, sin principio ni fin. Epicuro y muchos otros postulaban que el vacío y los átomos eran eternos, y que al principio la naturaleza había solidificado

ciertos átomos en tierra, otros en agua, en aire y en fuego. Pues si creó, es decir, produjo de la nada, entonces no lo hizo de materia increada, ni de átomos eternos ni del vacío; y si lo hizo en el principio del tiempo, disuelve la coeternidad del mundo.

Dios. Hebreo: אֱלֹהִים (Elohim). Caldeo: יְיָ (Yeya).

En esta palabra se encierran sacramentos maravillosos y grandes misterios. Aquí, claramente, podemos admirar la inmensa virtud de Dios, la unidad de su esencia y la trinidad de las Personas divinas. Pues al decir que creó el mundo en el principio de los tiempos, se ve que existía eternamente antes de los tiempos, y que quien en el inicio de la creación con tanta rapidez operativa creó de la nada el cielo y la tierra, se manifiesta su omnipotencia, ya que para Él querer hacer es hacer, de modo que por la incomprensible rapidez de la operación se expresa al operador incomprensible, que con tan breve y exiguo momento de operación en el inicio del tiempo, completó su obra y los efectos de su voluntad precedieron al sentido del tiempo.

Además, es necesario saber que el nombre de Dios, אלהים (Elohim), utilizado aquí por Moisés, está en plural, derivado de אל (El), al igual que אדני (Adonai) se deriva de אדן (Adon). Esta palabra no solo significa Dios, sino también ángeles y héroes humanos, así como príncipes o jueces y hombres ilustres, como es evidente incluso para aquellos poco versados en la Sagrada Escritura; sin embargo, nunca usamos ese nombre para denotar a un ángel o humano en particular, sino siempre a muchos a la vez. Algunos hebreos, y también algunos de los nuestros, niegan que esta palabra esté en plural, pero ambos están equivocados; pues en todos los lugares de las Escrituras donde no significa Dios, siempre se entiende en plural, como en el Salmo: "Lo hiciste un poco menor que los ángeles" (Salmo 8:5), donde אלהים (Elohim) se refiere a los ángeles, y el Targum y los Setenta lo tradujeron así. En otro Salmo: "Dios se pone de pie en la

congregación de los dioses; en medio de los dioses juzga" (Salmo 82:1), donde se refiere a los jueces; y en otros lugares: "No denostarás a los dioses" (Éxodo 22:28); y nuevamente: "Yo dije: Vosotros sois dioses" (Salmo 82:6). Pero dicen que cuando se toma por el verdadero Dios, no puede significar pluralmente, de otro modo no se uniría con un verbo en singular, como aquí se dice: אלהים בָּרָא (Elohim bara), "creó", y no "crearon".

Nosotros, en cambio, decimos que en muchos lugares de las Sagradas Escrituras, cuando significa el verdadero Dios, se une con un adjetivo en plural y también con un verbo en plural. Pues en Génesis 20, donde nuestra edición dice: "Después que Dios me sacó de la casa de mi padre", la verdad hebrea dice: "Después que los dioses me sacaron"; en 2 Reyes 7:23, donde se dice: "¿Y quién como tu pueblo Israel, nación única en la tierra, por la cual Dios fue a redimirla para sí?" La verdad hebrea dice: "Por la cual los dioses fueron". No puede decirse esto de Moisés y Aarón, ya que en Crónicas se utiliza el nombre del Señor con las cuatro letras. En el último capítulo de Josué, donde se dice: "No podréis servir al Señor, porque Él es un Dios santo", la verdad hebrea dice: "Porque ellos son dioses santos". Isaías 54:5: "Tu Hacedor será tu esposo; el Señor de los ejércitos es su nombre", en hebreo dice: "Tus Hacedores serán tus esposos"; allí también se usa el nombre de las cuatro letras. Jeremías 23:36: "Pervertisteis las palabras del Dios viviente, el Señor de los ejércitos, nuestro Dios", en hebreo: "De los dioses vivientes"; allí también se usa el nombre de las cuatro letras. De estos lugares se desprende claramente que el nombre אלהים (Elohim), incluso cuando se utiliza para el verdadero Dios, se entiende en plural, ya que se une con un adjetivo y un verbo en plural.

Por estas razones, Aben Ezra admite que el nombre אלהים (Elohim) se entiende en plural cuando se refiere a Dios; pero dice que esto es un modismo de la lengua sagrada, por reverencia y honor, así como

en la lengua ismaelita los menores se dirigen a los mayores en plural. Igualmente, el Rabino David dice lo mismo sobre la palabra אדני (Adonai). En la lengua italiana también es costumbre dirigirse a las personas venerables en plural. Pero esto es un mero invento de la perfidia hebrea. Si esto se dijera por mayor honor a Dios, ciertamente debería observarse siempre, ya que el honor le es debido perpetuamente; y sin embargo, en las Sagradas Escrituras leemos muchas veces que los hombres más santos se dirigieron a Dios en singular y usaron el nombre אל (El) y אלה (Eloah) y שדי (Shaddai) y יה (Yah) y otros nombres en singular. Además, si no hubiera ningún misterio oculto en esta palabra, sino que Moisés la hubiera usado solo por honor, ¿por qué no utilizó más bien el nombre de las cuatro letras, que es mucho más honorable y por lo tanto considerado inefable por ellos?

Aben Ezra inventó otro comentario, diciendo que Dios se nombra en plural debido a la pluralidad de virtudes o ideas que existen en su naturaleza divinísima y simplísima. Pero tampoco puedo aprobar esto, ya que es una cavilación muy irracional. Pues si Dios se nombra en plural por la pluralidad de virtudes, entonces estas virtudes, que él menciona, o son algo creado, o algo increado. No son algo creado, porque entonces alguna criatura habría creado el mundo, o habría cooperado con Dios en la creación del mundo, lo cual los hebreos no admiten; pues afirman que solo Dios creó el mundo, y por eso dicen que los ángeles fueron creados en el segundo día, para que no se piense que cooperaron con Dios en la creación del mundo si se dijera que fueron creados en el primer día. Si son algo increado, entonces o proceden de Dios, o no. Si no, entonces hay muchas cosas increadas totalmente diferentes: por lo tanto, muchos dioses, lo cual es falsísimo. Si proceden de Dios, hemos logrado nuestro propósito.

Además, ningún hombre es llamado correctamente "hombres" debido a la pluralidad de virtudes, porque al decir "hombres" se

entiende la pluralidad de supuestos: por lo tanto, mucho menos Dios mismo; pues así como la identidad es causa de la unidad, la diversidad lo es de la pluralidad y la multitud. Si, por lo tanto, un hombre no puede ser llamado "hombres" debido a la pluralidad de virtudes, aunque sus virtudes sean de una naturaleza diferente a la suya, entonces tampoco Dios, cuyas virtudes son completamente lo mismo que Él, siendo de una naturaleza simplicísima; lo cual es concedido incluso por los hebreos.

Los hebreos también dicen que, como Dios creó el mundo con sabiduría, bondad y poder, que son tres propiedades divinas, por eso se dice: אלהים (Elohim) creó. Pero esto también es una invención; pues así como Dios opera por poder, sabiduría y bondad o amor, como un artesano trabaja por su arte, es decir, por una regla directiva, por el poder de transformar la materia y por el amor del fin pretendido, es decir, el lucro. Ahora bien, si Dios es denominado en plural por la sabiduría, bondad y poder, esto sería más adecuado para un artesano creado, porque estas cosas difieren más en el artesano que en Dios, ya que en el artesano difieren absolutamente en la realidad: lo cual no puede ser en Dios.

Además, considerando que Moisés, al ver al pueblo inclinado a la idolatría y enseñándoles la unidad de Dios, les previno muchas veces para que no adoraran a muchos dioses, como leemos en Deuteronomio: "Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor es uno"; y nuevamente: "Ved ahora que yo soy, y no hay otro Dios fuera de mí", y en otros lugares muchas veces; nunca habría usado el nombre de Dios en plural a menos que hubiera un misterio de pluralidad de Personas divinas en Dios oculto en este nombre. Pues este nombre no significa cualquier pluralidad, sino de Personas, como es evidente en todos los demás lugares de las Escrituras, cuando no se toma por el verdadero Dios.

Por lo tanto, cuando Moisés, inspirado por el Espíritu Santo, dijo: בָּרָא אֱלֹהִים (bara Elohim): "Dioses creó", entendemos sin duda que el sentido de estas palabras es que la pluralidad de Personas divinas se entiende en la palabra אלהים (Elohim), y la unidad de esencia en el verbo singular "creó"; y cómo tres Personas divinas no son tres dioses, sino un solo Dios; por eso el intérprete caldeo tradujo: יְיָ (Yeya); los Setenta: θεὸς (theos), y nuestro traductor: Dios, todos en singular.

Además, decimos que es muy adecuado decirlo. Pues la acción, según el testimonio del Filósofo, es de los supuestos; en las cosas divinas los supuestos son múltiples. Pero la acción de todas las Personas divinas hacia el exterior es una e indivisa. De aquí que por אלהים (Elohim) se demuestran múltiples supuestos, pero por el verbo singular se demuestra una sola acción. Por lo tanto, siempre que en las Sagradas Escrituras אלהים (Elohim) significa al verdadero Dios y se une a un verbo, porque el verbo significa acción, el verbo se pone en singular, para que no parezca que se multiplican la acción y la virtud de los agentes, que es totalmente una. Pero es diferente cuando se une con nombres adjetivos; entonces la Escritura no se preocupa por poner el adjetivo en plural, ya que por ello no se multiplica ni la acción ni la virtud y, por lo tanto, ni su sustancia ni esencia.

Por lo tanto, concedemos tres existentes, tres sabios, tres eternos, tres creadores; pero no decimos tres Dioses o tres creadores, aunque San Atanasio en el Símbolo no concede los anteriores; esto, sin embargo, lo hace sabiamente y por la precaución necesaria, debido al falso sentido que podría tomarse de ello; pues si estas palabras se entendieran sustantivamente, parece que también podría negarse que se diga que las tres Personas divinas son Dioses o Señores. Sin embargo, el Maestro de las Sentencias y casi todos los teólogos parecen admitir esto, y aquí Moisés llama a las Personas divinas "Dioses". Y ciertamente, si este plural "Dioses" no significa otra

cosa que "poseedores de deidad" y se dice verdaderamente de las Personas, que son poseedoras de deidad, ¿por qué, entonces, no puede decirse también que son Dioses?

Sin embargo, si consideramos más detenidamente las palabras de Atanasio, veremos que él no niega que las tres Personas divinas sean Dioses o Señores, sino que sean tres Dioses o tres Señores. Aunque confesamos que hay tres Personas divinas y que ellas son Dioses, no decimos, sin embargo, que son tres Dioses. Es una falacia pasar de lo dividido a lo conjuntado, como lo expone el Filósofo con este ejemplo: si él es un citarista y él es bueno, no se permite inferir: entonces es un buen citarista; la bondad se predica del hombre primero como hombre; y luego, no como hombre, sino como citarista. Así en la cuestión propuesta. Cuando digo de las Personas que son Dioses: digo la verdad, porque tienen deidad y es verdad decir de ellas que son tres, puesto que verdaderamente son tres Personas. Sin embargo, no se admite propiamente decir: por lo tanto, tres Dioses: porque cuando se ha concedido una vez y por separado que son tres, este número se refiere a las Personas; pero si concediéramos conjuntamente: tres son Dioses: entonces el mismo número se referiría a la deidad y así la deidad se multiplicaría. No obstante, se podría decir: tres Dioses, si ese "Dioses" permaneciera en aposición, en este sentido: tres, que son Dioses.

No niego que se pudiera haber dicho: Dioses crearon, como se dice: el Padre y el Hijo son espirantes, o espiran, y como más adelante también se dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y en otros lugares también el nombre אלהים (Elohim) se une a un verbo en plural, mientras significa al verdadero Dios. Pero puesto que de este modo se habría dado realmente ocasión de error a los ignorantes del misterio, por eso Moisés, sabiamente y con gran precaución, lo evitó desde todos los ángulos, diciendo así: בָּרָא אֱלֹהִים (bara Elohim): Dioses creó, para expresar la pluralidad de Personas

en la palabra אלהים (Elohim), y mantener la unidad de esencia y acción en el verbo singular ברא (bara).

Este misterio, si debía indicarse en algún lugar de las Escrituras, era ciertamente más apropiado en este mismo comienzo, donde se narra la obra común de la creación de todas las cosas, que fue realizada por toda la Trinidad en conjunto.

Cielo. Hebreo: הַשָּׁמַיִם (Hashamayim). Caldeo: שְׁמַיָּא (Shmaya). Griego: Οὐρανός (Ouranos), como οράνος (oranos), según dice San Ambrosio en Hexaemeron, de όράω (orao), que significa que es visible y no denso como el agua y la tierra.

Siempre en plural en hebreo, sin embargo, los intérpretes latinos a veces lo traducen como "cielo" en singular y otras veces como "cielos". Esta distinción la interpretan así el Rabino Iosi, hijo de Janina, y el Rabino Yosef: אש מים, como si fuera: שם מים (sham mayim), esto es: allí hay aguas; otros dicen: אש מים: fuego y agua, como si el cielo por su naturaleza estuviera de alguna manera entre el fuego y el agua.

Tierra. Hebreo: הָאָרֶץ (Haaretz). Caldeo: אַרְעָא (Ar'a). Griego: Γῆ (Gē), de γώ (gō), es decir, χωρώ (chorō), como si fuera "la que contiene todas las cosas". En latín, se dice "terra" como "tetra", porque es oscura. Según algunos hebreos, se llama tierra: ארץ (eretz), de la raíz רוץ (rutz), que significa correr, porque sobre ella corre y se mueve constantemente la esfera. Difíere de תבל (tebel): ya que esto es un nombre común que significa tierra habitable e inhabitable, mientras que aquello significa solo tierra habitable.

Pero lo que se debe entender por cielo y tierra no tiene una opinión unánime entre todos. San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio en Hexaemeron y muchos otros, entienden por cielo simplemente la criatura corporal, es decir, el cuerpo celestial; San Agustín y Orígenes entienden la criatura espiritual, es decir, los

ángeles; sin embargo, el Venerable Beda y Strabo entienden por cielo el empíreo, que fue creado inmediatamente lleno de ángeles creados con él. De donde entienden que el nombre cielo abarca ambas naturalezas, la corporal, es decir, el cielo empíreo, y la espiritual, los ángeles, de modo que afirman que al mismo tiempo fueron creados el cielo y los ángeles.

La última interpretación me parece muy satisfactoria. Pues si, según la primera opinión, se entienden aquí los cuerpos celestiales, que es el firmamento, que se dice fue hecho el segundo día, deja la cuestión: ¿por qué no se menciona a las criaturas espirituales, es decir, los ángeles, siendo estos los mayores y más importantes entre las criaturas? No me engaña decir que muchos afirman que Moisés habló al pueblo rústico, incapaz de comprender lo espiritual. Pues es muy evidente que en muchos lugares de la Sagrada Escritura, y en este mismo libro, muchas veces se hace mención de los ángeles; de donde, si no se mencionara en absoluto su creación, podrían haberlos creído increados. Si decimos, con la segunda opinión, que aquí se deben entender los ángeles por cielo, en cambio, alguien podría preguntar: ¿por qué no se menciona al cuerpo más excelente y digno, cuando se mencionan otros mucho más viles? Si aceptamos el sentido de la tercera exposición, que aquí se entiende el cielo empíreo y los ángeles creados simultáneamente en él, todo es claro y desaparece cualquier cuestión. Pues así, en esta enumeración de las criaturas, no se omiten las primeras y principales entre las criaturas, es decir, las sumas criaturas espirituales y corporales, los ángeles y ese primer cielo, que los santos llamaron en griego ἐμπύριον (empíreo), casi ígneo, debido a la eminencia del lugar y al esplendor de la luz; y esta exposición abarca todo lo que falta en las otras. Contiene la exposición de San Agustín, que solo menciona la creación espiritual; contiene también la otra de San Basilio, que solo menciona la corporal; porque esta abarca tanto la espiritual como la corporal.

Esta misma opinión es aprobada en el gran Concilio Lateranense, celebrado bajo Inocencio III, cuando la Santa Iglesia Romana profesa que Dios, desde el principio, creó simultáneamente la criatura corporal, es decir, el mundo, y la espiritual, es decir, los ángeles, desde el inicio del tiempo, ex nihilo. Lo mismo se encuentra en las Decretales De Summa Trinitate et Fide Catholica, cap. Firmiter. A esta verdad también parece adherirse la Verdad Hebraica, que tiene: השמים (Hashamayim), en número dual, como si hubiera dos tipos de cielos, a saber, el espiritual y el corporal.

Además, la palabra "cielos" no solo se aplica a este cuerpo visible, cuya aceptación es la más frecuente en las Sagradas Escrituras, sino también, manifiestamente, a las criaturas espirituales, como en Deuteronomio: "Escucha, oh cielos, y hablaré"; e Isaías: "Escuchad, oh cielos, etc.", donde deben entenderse los habitantes celestiales. Esta creación simultánea de los ángeles en el cielo empíreo junto con él parece ser afirmada por Job: "¿Dónde estabas cuando cantaban juntas las estrellas del alba y todos los hijos de Dios gritaban de alegría?" Estos espíritus felices, los más eminentes de ese excelso y lucido cielo empíreo, son puestos como las estrellas matutinas, alabando a Dios desde el principio de su creación, como explica admirablemente San Gregorio. También lo dice Job, cuando Behemoth, es decir, el diablo, es llamado el principio de los caminos de Dios, quien, mientras Dios creaba todas las cosas, primero creó a este, a quien hizo superior a los demás ángeles, como explica el mismo Doctor. También leemos en Isaías: "¿Cómo caíste del cielo, lucero de la mañana, hijo de la aurora?"

Sin embargo, no ignoro que muchos Santos antiguos sostenían que los ángeles fueron creados antes de este mundo visible. Esta era la opinión de Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Jerónimo sobre la epístola a Tito, también de San Ambrosio en Hexaemeron, y otros antiguos, quienes todos creían que los ángeles fueron creados mucho antes que este mundo visible. Juan Casiano, refiriéndose a las

palabras del abad Sereno, dice que ningún fiel duda de que "antes de la creación de esta criatura visible, Dios hizo las virtudes espirituales y celestiales".

Pero la Santa Iglesia Romana, en el gran Concilio Lateranense, determinó que los ángeles fueron creados simultáneamente con la criatura mundana al inicio del tiempo, ex nihilo; sin embargo, no creo que los mencionados Doctores hayan sentido que fueron creados antes de toda criatura corporal, sino antes de este mundo visible; pues en el principio del tiempo, cuando los ángeles fueron creados, este mundo era completamente invisible. Y así parece haberlo entendido San Gregorio, quien tratando el pasaje de Job: "¿Dónde estabas cuando cantaban juntas las estrellas del alba?" dice así: "Porque se cree que la naturaleza de los espíritus racionales fue creada primero en el tiempo, no sin razón se llaman ángeles las estrellas matutinas. Y si esto es así, mientras la tierra era invisible y sin forma, mientras las tinieblas estaban sobre el abismo, anticiparon el día del mundo venidero por la luz de la sabiduría." Así, podemos decir que los ángeles fueron creados simultáneamente con la criatura mundana y antes del mundo visible. Por lo tanto, volviendo al tema, debemos entender por cielo aquí a los ángeles con el cielo empíreo, o, lo que es lo mismo, el cielo empíreo con los ángeles.

Sin embargo, puesto que afirmamos que esto fue creado en el principio del tiempo, es decir, cuando el tiempo comenzó, y el tiempo no pudo comenzar sin movimiento, siendo medida del movimiento y del primer cuerpo celeste: decimos que, siendo el empíreo completamente inmóvil, fue creado simultáneamente con el primer móvil y con el cielo cristalino, que comenzaron a moverse de oriente a occidente desde el principio, y con su movimiento comenzó el tiempo; y dado que estos dos cuerpos no se perciben por los sentidos, sino por la razón, se enumeran junto con el empíreo, que está remotísimo de nuestros sentidos y solo se percibe por la razón.

Y la tierra. No todos están de acuerdo sobre lo que se entiende por tierra aquí. San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, Tertuliano en Contra Hermógenes sobre la materia, y entre los hebreos Aben Ezra y muchos otros, quieren decir que por tierra se entiende aquí lo que vemos con los ojos. Esta opinión es favorecida por la propia palabra, que con más frecuencia se toma en ese sentido en las Sagradas Escrituras, y dicen que Moisés enumera aquí dos principios del universo: el supremo y el ínfimo, entre los cuales se contienen también los elementos medios de los cuales se generan las demás cosas, y por eso Moisés no menciona su creación. Pero al decir que el cielo y la tierra fueron creados por Dios en el principio, entiende que junto con ellos fueron creadas las cosas intermedias. Pues, al no haber dicho nada sobre la obra de las aguas, dice: "Y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas."

San Gregorio Nacianceno, en su Sermón sobre el Espíritu Santo, Lactancio Firmiano en el libro 2 De Origine Erroris, San Agustín en el libro 12 de las Confesiones, el Venerable Beda, así como Hugo de San Víctor, creen que por la apelación de "tierra" aquí debe entenderse la materia prima, de la cual luego fueron hechas todas las cosas que se contienen bajo el cielo empíreo hasta el centro de la tierra. Esta posición se ve maravillosamente favorecida por lo que sigue:

Versículo 2: "La tierra estaba desordenada y vacía."

Hebreo: וְהָאָרֶץ הָיְתָה תֹהוּ וָבֹהוּ (vehaaretz hayeta tohu vavohu).

El Targum caldeo lo tradujo así: וְאַרְעָא הֲוָת צַדְיָא וְרֵיקָנְיָא, es decir: "Y la tierra estaba devastada, o deformada y vacía."

El Targum de Jerusalén: וְאַרְעָא הֲוָה תַהְיָא וּבַהְיָא, es decir: "Vacía y desordenada."

Los Setenta tradujeron: Ἀόρατος καὶ ἀκατασκεύαστος, es decir: "Invisible e incompleta."

Aquila, el segundo intérprete después de los Setenta, tradujo: Κένωμα καὶ ὀύδεν, es decir, "vanidad y nada"; Símaco, sin embargo: Ἀργόν καί άδιάκριτον, "ocioso e indigestado," como una confusión de inanidad y privación; Teodoción, sin embargo: Κενὸν καὶ οὐδέν, es decir, "vacío y nada"; finalmente, nuestro intérprete: "Desordenada y vacía."

Todas estas traducciones expresan maravillosamente la naturaleza y las condiciones de la materia prima. Esta también parece ser la opinión de los principales hebreos. Pues el Rabino David, explicando en el libro de las Raíces qué es תהו (tohu) y בהו (bohu), dice que significa desolación y vacuidad o vanidad. También aporta que los sabios que investigan las naturalezas de las cosas dicen que תהו (tohu) es una cosa que no tiene semejanza ni figura, pero que está dispuesta y preparada de tal manera que, aunque puede recibir semejanza y forma, lo que los griegos llaman ὕλην (hylēn); además, תהו (tohu) es la forma misma, es decir, una cosa que tiene la potencia de asumir la semejanza y la forma del mismo תהו (tohu), de las cuales, unidas por la voluntad divina, surgió la creación del mundo. Esta opinión es confirmada por el Sabio al hablar a Dios: "Tu mano... creó el orbe de la tierra de materia invisible," o, como se lee en griego y cita San Agustín, "de materia informe": ἐξ ἀμόρφου ὕλης (ex amorphou hylēs).

También parece referirse a lo que los filósofos más antiguos dijeron sobre el caos; ver Lactancio Firmiano en el libro 1 De Falsa Religione y el libro 2 De Origine Erroris, por Hesíodo, el vate más antiguo, Hermes Trismegisto, el teólogo de los paganos, Anaxágoras, Eurípides y muchos otros posteriores, cuya opinión, refiriéndose a Ovidio, dice elegantemente:

"Antes del mar, la tierra y el cielo que cubre todo,

Había en el mundo un solo rostro de la naturaleza,

Al que llamaron caos: una masa informe y desordenada."

¿Qué entendían los antiguos por caos lo aclara también Lactancio, diciendo que Hesíodo, en su libro sobre la Teogonía, es decir, el origen de los dioses, no tomó el comienzo de Dios, el creador, sino del caos, que es una confusa masa de materia ruda e inordenada. Eusebio, en la Preparación Evangélica, también sostiene que la materia de la cual fueron hechas todas las cosas, fue creada desde el principio. Omito el hecho de que esta es la opinión de todos los teólogos escolásticos.

De esto, por lo tanto, queda claro que por la denominación de tierra debe entenderse la materia prima, que se describe como vacía, sin forma, invisible, ociosa, informe y casi nada; no porque sea absolutamente nada, sino porque ocupa el lugar más bajo entre las sustancias, y porque por sí misma no se embellece con ninguna forma o especie; no porque carezca completamente de acto alguno. Pues no puede de ningún modo entenderse que algo que es un ser o sustancia, sea privado de su acto de ser, que llaman entitativo o de esencia; pero debido a que el acto de esta materia es muy imperfecto y está en potencia hacia cualquier acto perfecto, que pertenecen a los seres que existen por sí mismos y a los compuestos, por eso se dice que es deforme, vacía e inane.

No decimos, sin embargo, que haya sido creada completamente sin forma alguna, sino que, según la opinión de San Agustín, decimos que era informe porque no tenía una forma específica determinada, que la llevara a un ser definido, y carecía de cualquier especie determinada; pero estaba revestida de una forma confusa e imperfecta, que tenía un acto muy débil e imperfecto, por el cual podía ser el sujeto común de todas las formas, y en la cual existía el deseo de ser revestida por formas que le proporcionaran un ser perfecto. No negamos tampoco que Dios, con su poder, pudiera

haber creado la materia misma sin forma alguna, ya que la materia precede naturalmente a cualquier forma y tiene su propio acto de ser, que llaman de esencia, que no se encuentra realmente distinta de la existencia, y aunque se distinguiera, no se sigue de ello que la materia no pudiera existir sin forma. Pues si tiene una esencia propia y peculiar, tendrá sin duda también existencia, ya que la existencia es el acto de la esencia. Por lo tanto, Dios pudo con su poder producir y conservar la materia bajo tal existencia sin forma alguna. Entendemos, pues, bajo el nombre de tierra la materia misma, de la cual, con la ayuda de Dios, todo se compone.

Pero aquellas palabras: "La tierra estaba desordenada y vacía", quienes entienden aquí la tierra que está sujeta a nuestra vista, la interpretan así: estaba desordenada, es decir, invisible, ya que estaba cubierta de oscuridad y de agua: y vacía, porque aún no estaba adornada con plantas y hierbas ni enriquecida con minerales. Algunos hebreos, como el Rabino Gaón, según refiere Aben Ezra, "dijeron que תהו (tohu) es lo mismo que תהום (tehom); pero esto no es correcto, porque la letra מ es radical, como en הדום (hadom)". El Rabino Salomón dice que "תהו (tohu) es: תמה ושממון (tamah u-shamamon), admiración y asombro; mientras que בהו (bohu) es: רקות וצדו (reikut u-tsiddu), delgado y desolado". Pero Aben Ezra explica תהו (tohu), según el Targum, "porque no había nada en ella".

Y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.

En hebreo: וְחֹשֶׁךְ עַל־פְּנֵי תְהוֹם (v’choshekh al-p’nei tehom).

En caldeo: וַחֲשׁוֹכָא עַל־אַפֵּי תְהוֹמָא (v’chashoka al-apei tehomá), es decir: Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.

Los Setenta lo tradujeron así: Καὶ σκότος ἐπάνω τῆς ἀβύσσου (Kai skotos epano tes abyssou), es decir: Y las tinieblas estaban sobre el abismo, omitiendo la palabra faz, al igual que nuestro intérprete. Pues es costumbre del idioma hebreo añadir mayormente la palabra

faz a estos adverbios contra y sobre, como también en el siguiente verso: Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas: en hebreo: Sobre la faz de las aguas; así también: Sobre la faz del firmamento; Contra la faz del desierto; Sobre la faz de la tierra, y: Contra la faz de la tierra.

Debemos considerar qué se entiende por tinieblas y qué por abismo. San Basilio y San Ambrosio entienden por tinieblas aquí la sombra del cuerpo, ya que todo cuerpo produce sombra, la cual oscurece a lo que está próximo o inferior. Por lo tanto, aquellas tinieblas que rodeaban el mundo surgieron debido a la sombra de un cuerpo celestial, de modo que tales tinieblas no existían según la sustancia, sino que eran una cierta afección que se producía en el aire por la privación de luz. Creen, además, que los ángeles fueron creados antes de la constitución de este mundo y, sin duda, existían en la luz, la cual el cuerpo celestial, por su sombra, oscurecía. Así San Basilio asigna tres cosas que concurren para que haya sombra, a saber: luz, un cuerpo que se interpone a la luz y un lugar sin luz. Pero San Agustín y San Beda entienden por tinieblas simplemente la carencia de luz, porque aún no había sido hecha la luz, de modo que las tinieblas no son nada, sino la ausencia de luz. Este nombre lo adquiere también la misma ausencia de luz y se llama tiniebla, así como el silencio no es nada, pero donde no hay sonido se llama silencio; y la desnudez no es algo, pero en un cuerpo donde no hay cobertura se llama desnudez; y la vacuidad no es algo, pero donde no hay cuerpo se llama vacuidad. Y esta opinión es más probable.

Por el abismo, sin embargo, el Rabino Salomón entiende las aguas mismas, que estaban sobre la tierra. San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio, piensan en una gran multitud y profundidad de aguas extendiéndose inmensamente, a cuyo fondo no se podría penetrar fácilmente. Lo mismo opina el Rabino David en el libro Radicum; y en este sentido se toma frecuentemente la palabra abismo en la Sagrada Escritura. Según ellos, había

tinieblas... sobre la faz del abismo, porque lo que era el abismo eran las aguas que cubrían la faz de la tierra, veladas por tinieblas.

San Agustín, sin embargo, entiende por abismo aquí la misma materia prima de la cual, habiendo sido creada de la nada, se hicieron todas las cosas, y afirma que se designa con diversos nombres. Dice que se llama cielo y tierra en cuanto de ella se hicieron estos; se llama tierra invisible e incompuesta, porque entre los elementos del mundo la tierra parece menos hermosa que los otros; se llama invisible por la oscuridad, incompuesta por la deformidad y falta de forma. Se llama agua sobre la cual se movía el Espíritu de Dios, como la voluntad del artífice se mueve sobre las cosas que va a fabricar, porque todas las cosas que nacen en la tierra, ya sean animales o plantas y cosas similares, comienzan a formarse y nutrirse de la humedad; y porque era fácil y dúctil al operante, de modo que de ella se formaran todas las cosas. Finalmente se llama abismo tenebroso por la confusión, porque era informe y no podía ser vista ni tratada con ninguna especie. Por lo tanto, todos estos son nombres de esta materia, para que la cosa desconocida fuera insinuada a los ignorantes con términos conocidos, y no con un solo término, sino con muchos, para que si fuera uno solo, no se pensara que era lo que los hombres han entendido con ese término. Esta es la opinión de San Agustín.

Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.

En hebreo: וְרוּחַ אֱלֹהִים מְרַחֶפֶת עַל־פְּנֵי הַמָּיִם (v’ruaj Elohim merahefet al-p’nei hamayim).

En caldeo: וְרוּחָא מִן־קֳדָם יְיָ מְנַשְׁבָא עַל־אַפֵּי מַיָּא (v’ruj min-qodam YY menašba al-apei maya): El espíritu de la presencia de Dios soplaba sobre las aguas, o sobre la faz de las aguas.

En griego: Καὶ πνεῦμα Θεοῦ ἐπεφέρετο ἐπάνω τοῦ ὕδατος (Kai pneuma Theou epefereto epano tou hydatos): Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.

Esto también se expone de diversas maneras. Algunos entienden aquí por espíritu el aire, diciendo que Moisés enumera aquí las partes de todo el mundo; porque רוח (ruaj) en hebreo significa aire, viento, espíritu y voluntad. Teodoreto afirma constantemente que aquí debe entenderse por viento, según aquello: Sopló tu espíritu y fluyeron las aguas. Lo mismo piensa Aben Ezra, quien dice que por eso se dice espíritu de Dios unido en gobierno, "porque fue enviado por la voluntad de Dios para secar las aguas." A esta opinión favorece el Targum caldeo, que traduce la palabra מְנַשְּׁבָא (menashba) como מְרַחֶפֶת (merahefet), es decir, insuflaba, que es propio del viento.

San Juan Crisóstomo aporta una exposición similar, diciendo que había una operación eficaz y vital en las aguas y que no era simplemente agua estancada e inmóvil. Por lo tanto, como esa agua inmensa tenía una cierta vitalidad, dice: Y el espíritu de Dios se movía, etc. San Agustín entiende la voluntad divina, que se movía sobre las aguas, es decir, la materia prima, como la voluntad del artífice se mueve sobre las cosas que va a fabricar. Sin embargo, San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio y Diodoro piensan firmemente que aquí debe entenderse que se refiere al Espíritu Santo. La palabra מרחפת (merahefet), dice San Jerónimo, “podemos llamarla incubaba, o bien, calentaba, a semejanza de un ave que calienta los huevos con su calor.” De lo cual entendemos que no se dice del espíritu del mundo, sino del Espíritu Santo, quien desde el principio es llamado vivificador de todos. Diodoro dice lo mismo: “Así como un ave calienta los huevos con sus alas para animarlos, así el Espíritu Santo se movía sobre las aguas para hacerlas procreativas.” San Basilio dice que esto le fue relatado por un sirio, y San Ambrosio en Hexaemeron también aporta la lengua siria. El Rabino Salomón

parece tener una opinión similar; pues dice que "el trono de la gloria permanecía en el aire y se cernía sobre la faz de las aguas por el espíritu de la boca del Señor y su palabra, como una paloma incuba sobre el nido." En Bereshit Rabba, los hebreos tienen que este espíritu es el Espíritu del Mesías, lo que también decimos que el Espíritu Santo es el espíritu de Cristo, según San Pablo. La voz hebrea, aunque a veces significa incubar, como en Deuteronomio 32: "Como el águila despierta su nido y sobre sus polluelos incuba", donde se usa la palabra רחף (rajaf), más frecuentemente, sin embargo, significa movimiento y agitación, como dice el intérprete de las palabras Rabino David en el libro Radicum.

Aquí, sin embargo, es posible advertir en primer lugar cómo toda la Trinidad junta realizó la constitución universal del mundo. Pues en el nombre de Dios entendemos al Padre, que es el principio de todo, fuente y origen de la divinidad y deidad; en el nombre de principio, al mismo Hijo, que dice de sí mismo: "Yo soy el principio, el que os habla"; y en el nombre del Espíritu de Dios, a la tercera Persona de la Trinidad, es decir, al Espíritu Santo, de donde está escrito: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca".

En segundo lugar, es posible notar que aquí el Espíritu Santo se llama רוח אלהים (Ruaj Elohim), esto es, Espíritu de los Dioses; pues אלהים (Elohim) es plural, como ya se ha probado anteriormente, por lo cual se entiende al Padre y al Hijo. Pues el Padre solo no son varias personas, sino solo una; igualmente el Hijo; pero el Padre y el Hijo son varias personas; por lo que pueden ser llamados Dioses, ya que son varios que tienen la deidad, como ya hemos declarado anteriormente. Por lo tanto, el Espíritu Santo, al ser llamado Espíritu de los Dioses, se declara que procede del Padre y del Hijo, ya que no hay otra relación de origen en lo divino; de lo contrario, no podría llamarse correctamente Espíritu de los Dioses si no procede simultáneamente del Padre y del Hijo. Y no debe sorprenderse nadie

de cómo el Espíritu Santo es llamado Espíritu de los Dioses, pues, aunque procede simultáneamente del Padre y del Hijo, no es sino como de un solo principio, en cuanto el Padre y el Hijo son un único principio espirativo del Espíritu Santo en la fecundidad de la voluntad. Esto lo admitimos completamente; sin embargo, decimos que no es incongruente llamarlo Espíritu de los Dioses: pues el Padre y el Hijo, aunque son un único principio espirativo del Espíritu Santo en la fecundidad de la voluntad y completamente un solo espirador, son sin embargo dos que espiran; pues no es inconveniente decir que tanto el Padre como el Hijo son Personas que espiran.

Versículo 3: Y dijo Dios: Hágase la luz. Y se hizo la luz.

En hebreo: וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי־אוֹר וַיְהִי־אוֹר (Vayomer Elohim yehi-or vayehi-or).

En caldeo: וַאֲמַר יְיָ יְהִי־נְהוֹרָא וַהֲוָה־נְהוֹרָא (Va'amar YY yehi-nehorá va'havá-nehorá): Dijo Dios: Sea la luz. Y fue la luz.

Sin embargo, los Setenta lo tradujeron: Γενηθήτω φῶς (Genetheto phos): Hágase la luz; pues la palabra hebrea אוֹר (or), significa tanto luz como luminaria.

Ahora debemos considerar qué se entiende por el nombre de luz. Algunos piensan que aquí por luz debe entenderse el sol mismo, ya que San Dionisio parece afirmar esto. Pero esta opinión está claramente en contra de la Sagrada Escritura, que dice que el sol mismo fue creado en el cuarto día. La Iglesia también confiesa esto diciendo:

“El cuarto día, que estableció la ardiente rueda del sol."

Pero estos dicen que el sol no se dice allí que fue hecho, sino recordando lo que ya se encontraba hecho en ese cuarto día. Sin embargo, esto tampoco satisface. Pues así como aquí se dice: Hágase la luz, así también se dice allí: Háganse luminarias, y es la

opinión de todos los Doctores, de Basilio, Ambrosio, Juan Crisóstomo, Agustín y todos los escolásticos, que el sol fue creado en el cuarto día: aquí, sin embargo, no se produce el sol, sino el mismo esplendor de la luz, que ilumina todas las cosas.

No obstante, cuando escuchamos que se produjo la luz aquí, no debemos pensar que es una sustancia, como algunos han creído; pues no es una sustancia espiritual, ni corporal, ni forma substancial de algún cuerpo. Pues si fuera una sustancia espiritual, sería completamente invisible para los ojos corporales; sin embargo, la luz y el resplandor se ven; y las sustancias espirituales no se corrompen, como vemos que la misma luz se corrompe.

Tampoco es una sustancia corporal; pues no es posible que dos cuerpos se reciban totalmente en el mismo lugar, como se recibe la luz en el medio transparente; además, no es un cuerpo incorruptible, pues evidentemente se ve que se corrompe; ni es corruptible, pues de su corrupción no se genera nada, lo cual mostraría que es un cuerpo inmenso.

Finalmente, la luz no es la forma substancial de ningún cuerpo; pues tal forma no es percibida por la vista, ni es sustancia en este caso, sino accidente. Sin embargo, la luz misma es percibida por la vista y, manifiestamente, es un accidente en la luna, como se evidencia en un eclipse, cuando la luna se priva de luz, permaneciendo sin embargo como luna. Además, tal forma constituye algún cuerpo y entonces habría dos cuerpos simultáneamente, como se observa en la disposición de los rayos. Por lo tanto, entendemos por luz una cierta cualidad inherente al cuerpo luminoso, según la cual ilumina.

No debe pensarse que la luz y el resplandor difieren en especie, sino en el sujeto, como el calor en el fuego y el calor producido en el medio. En el fuego, el calor está como en la causa y de manera permanente, pues es propio del fuego; en el medio, sin embargo, está como en el efecto y no permanece. Así, la luz en su propio sujeto se

llama luz, a la que los ópticos llaman primaria; en el medio, sin embargo, se llama resplandor y los ópticos la llaman luz secundaria. De igual manera se significan rayo y esplendor; pero el rayo es el mismo resplandor en cuanto procede del cuerpo luminoso en línea recta; el esplendor, sin embargo, es en cuanto se refleja de algún cuerpo.

De aquí se puede advertir que la luz no es una cualidad intencional y una especie de la luz misma, como dicen algunos, sino que debe decirse que es una cualidad real, ya que la luz y el resplandor no difieren en especie, lo cual, sin embargo, es la diferencia entre la especie y aquello de lo cual es la especie. Pues las especies de los objetos no son sensibles, sino aquello por lo cual el objeto es sentido; sin embargo, la luz se ve por sí misma y no necesitaría otra especie para ser vista, si fuera una especie; pero, de hecho, necesita de ella, mientras está en el medio solar, mientras el ojo está en la oscuridad. Además, porque la luz misma produce y corrompe algo; pues calienta y produce sustancia, lo cual las especies mismas no pueden hacer.

Además: las especies mismas son compuestos de formas; no es la especie del color, sino del objeto coloreado; así, la luz, si fuera una especie, no sería de la luz, que es una forma, sino del objeto luminoso, y entonces, por cualquier luz refractada y reflejada se vería el sol como en un espejo, lo cual no ocurre. Por lo tanto, la luz es una cierta cualidad del cuerpo luminoso, según la cual ilumina y produce el resplandor mismo en el medio.

Sin embargo, a veces se suele tomar la luz misma por el cuerpo luminoso, según lo que San Agustín dice: “La luz tiene el primer lugar en los cuerpos”. Y así, según el consenso común de todos los teólogos, se entiende que la luz en el presente lugar fue creada, no como una cierta cualidad distinta del cuerpo luminoso, sino que estaba en el cuerpo luminoso y era como una nube luminosa, no

hecha de la nada, sino de la materia ya preexistente, para que fuera luz y tuviera el poder de iluminar. Pensamos que esta naturaleza no es elemental, sino celestial, muy delgada y sutil, la misma que San Dionisio considera ser la luz solar: no digo solamente, sino la luz solar; pues una cosa es el sol, otra la luz solar, como San Basilio siente perfectamente cuando dice, al hablar del sol, respondiendo a la pregunta: si la creación de la luz precedió al sol, ¿por qué ahora se dice que el sol, al salir, ilumina sobre la tierra? coloca el resplandor y la iluminación no simplemente como una cualidad en sí misma, sino como una sustancia muy sutil que brilla e ilumina, como se manifiesta en el último sujeto. Colocó la luz como resplandor e iluminación. Estas cosas no son contrarias a lo que se ha dicho sobre la luz; pues en ese entonces se produjo la naturaleza misma de la luz, ahora, sin embargo, este cuerpo del sol fue dispuesto para que fuera vehículo de esa luz primogénita. Pues así como son diferentes y diversas cosas, y no las mismas, el fuego y la lámpara, y el fuego en verdad tiene el poder de iluminar, pero la lámpara fue hecha para proporcionar una luz moderada a los necesitados: así también, estos luminarias ahora se han construido como vehículo de esa luz purísima, sincera e inmaterial. Así dice él.

De aquí se desprende, según la opinión de un hombre tan importante, que la luz solar y la luz son cosas distintas. Podemos encontrar prueba de esto en los efectos de la luna, como él mismo dice. Pues al disminuir durante el eclipse y al recibir disminución, no se consume en su totalidad, sino que la luz que había recibido, deposita y vuelve a asumir, mostrándonos la apariencia de crecimiento y disminución; sin embargo, el cuerpo de la luna no se consume cuando está en eclipse, lo cual es una prueba evidente de lo que vemos. Y un poco más abajo dice que el cuerpo de la luna es una cosa, y otra la luz con la que brilla; esto se ve más claramente en el eclipse de la luna, donde la luna se priva de toda la luz que recibe del sol, permaneciendo sin embargo como luna: "Piensa algo similar

sobre el sol, excepto que una vez recibida la luz y atemperada a sí mismo, nunca la deposita", etc. Y creemos que San Dionisio dijo que la luz fue creada el primer día, es decir, la solar, no porque aún no estuviera atemperada y dispuesta al cuerpo solar, y como recibida en el vehículo más conveniente para ella.

Esta es también la opinión de Damasceno, quien dice: "El Creador impuso primero una luz clara a esos luminarios, no porque no pudiera darles otra luz, sino para que no permanecieran vacíos, pues el luminario no es la luz misma, sino el receptáculo de la luz." Esto parece incluso ser la posición de la misma Sagrada Escritura; pues en el Eclesiástico leemos acerca del sol: "Un recipiente maravilloso, obra del Altísimo." Por lo tanto, por luz aquí no entendemos ni el sol, ni tampoco alguna cualidad distinta por sí misma del cuerpo luminoso, ya que la luz es una cualidad del cuerpo luminoso; sino alguna sustancia luminosa, de naturaleza celestial, hecha de la materia preexistente, que tuviera el poder de iluminar y con su resplandor iluminara y embelleciera todas las cosas, la cual se llama luz, así como llamamos luz a la sustancia luminosa de una lámpara. También se dice: luz solar, así como se dice: luz de la lámpara.

Pero sobre cómo esta luz causaba el día con su resplandor y la noche con su ausencia, no todos tienen el mismo parecer. San Basilio dice que "esa luz primigenia, al difundir su resplandor, hacía el día: y al retraerse, hacía la noche, y esto según el mandato de la voluntad divina en la medida definida por Dios." Gregorio de Nisa y Damasceno piensan lo mismo. Leemos algo similar que sucedió cuando Moisés extendió... sus manos al cielo, y hubo densas tinieblas en toda la tierra de Egipto por tres días, mientras el sol aún estaba en nuestro hemisferio, difundiendo su resplandor en la tierra de Gosén y emitiendo sus rayos de luz a otras regiones. Algo similar pudo haber ocurrido también en la pasión del Señor, cuando el sol se oscureció y hubo tinieblas sobre toda la tierra, lo cual no sucedió por naturaleza, sino por mandato divino.

Sin embargo, esta opinión no agrada a San Agustín, porque no habría razón para esa alternancia de emitir y retraer los rayos de luz, ya que no había hombres ni animales para quienes esto sirviera. Además, la naturaleza de la luz no es retraerse a sí misma y su luz, a menos que sea por un milagro; pero en la primera institución de la naturaleza no se busca un milagro, sino lo que la naturaleza de las cosas tiene. Por lo tanto, nosotros con San Agustín creemos que esta luz causaba el día y la noche con su movimiento. Pues ya que esa sustancia luminosa, que entendemos aquí por luz, era de naturaleza celestial, ciertamente adquirió el movimiento que el primer móvil tuvo desde el principio, comenzando a moverse desde su creación de oriente a occidente, movimiento que efectivamente causa el día y la noche, junto con el atardecer y la mañana y el mediodía. Por tal movimiento, esa luz causaba el día con su presencia y la noche con su ausencia, mientras el aire era privado de su luz; también causaba el atardecer, la mañana y el mediodía, como lo hace ahora el sol; excepto que ahora el día resplandece con una luz simple, con el sol actuando en nuestro hemisferio, en lugar de aquella luz.

Versículo 4: Y vio Dios que la luz era buena.

En hebreo: וַיַּרְא אֱלֹהִים אֶת־הָאוֹר כִּי־טוֹב (Vayar Elohim et-ha'or ki-tov).

En caldeo: וַחֲזָא יְיָ יַת־נְהוֹרָא אֲרֵי־טָב (Vechaza YY yat-nehora are-tav): Y vio Dios que la luz era buena.

La palabra טוב (tov) en hebreo significa bueno, hermoso, decoroso, deleitable; de donde el intérprete caldeo a veces la traduce como שפיר (shapir) y שפירא (shapira), que significa hermoso y hermosura. Todas estas cosas convienen de manera maravillosa a la naturaleza de la luz. Pues la luz es buena, no solo en el resplandor, sino en toda la utilidad y beneficio de la luz; ya que contribuye a muchas cosas. Es deleitable, porque al verla agrada y presta un servicio al que la ve y, vista de inmediato, nos libera de la tristeza y consuela el ánimo con una cierta placidez amable. Es decorosa, porque adorna el

mundo mismo con su luz infundida y embellece su apariencia. Finalmente, es hermosa, ya que por su resplandor notable toda su gracia reside en la visión y su esplendor luminoso, infundido en los cuerpos translúcidos, hace visibles a nuestros ojos todas las especies de colores y belleza, que antes, cubiertas de tinieblas, eran invisibles.

Y separó la luz de las tinieblas.

En hebreo: וַיַּבְדֵּל אֱלֹהִים בֵּין הָאוֹר וּבֵין הַחֹשֶׁךְ (Vayavdel Elohim bein ha'or uvein hachoshech).

En caldeo: וְאַפְרֵישׁ יְיָ בֵּין נְהוֹרָא וּבֵין חֲשׁוֹכָא (Veafresh YY bein nehora uvein chashoka): Y separó Dios la luz de las tinieblas.

San Basilio lo explica así: Separó, es decir, hizo que la naturaleza de estas cosas fuera inmezclable, de modo que ninguna de ellas se mezclara con la otra, sino que fueran contrarias y opuestas. San Ambrosio tiene la misma opinión; y ciertamente no hay convención entre la luz y las tinieblas.

Sin embargo, esta distinción presenta otra cosa. Dios distinguió la luz de las tinieblas, no solo porque las hizo de naturaleza inmezclable, sino también, como dice San Juan Crisóstomo, "porque a cada una le asignó un lugar propio y un tiempo conveniente, para que alternativamente, cuando la luz actuara en un hemisferio, las tinieblas se retiraran al otro y la luz se asignara al tiempo diurno y las tinieblas al nocturno; y por esto, en la sustancia luminosa ya hecha, estableció la causa y el poder de iluminar, y en la opacidad de la tierra la causa de las tinieblas."

Versículo 5: Y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche.

En hebreo: וַיִּקְרָ֨א אֱלֹהִ֤ים | לָאוֹר֙ י֔וֹם וְלַחֹ֖שֶׁךְ קָ֣רָא לָ֑יְלָה (Vayikra Elohim la'or yom ve'lachoshech kara layla).

En caldeo: וּקְרָא יְיָ לִנְהוֹרָא יְמָמָא וְלַחֲשׁוֹכָא קְרָא לֵילְיָא (U'kra YY li'nehora yemama ve'lachashoka kara lelya): Y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche.

Cuando la luz emite sus rayos sobre nuestro hemisferio e ilumina lo visible y lo transparente, es de día, y aquí parece que se toma la luz por todo ese tiempo en que brilla sobre el hemisferio; pero cuando la luz se retira de aquí, se producen las tinieblas, que son la ausencia de luz. Por tanto, mientras la luz está ausente, hay tinieblas, y todo ese tiempo de tinieblas se llama noche.

Y fue la tarde y la mañana un día.

En hebreo: וַֽיְהִי־עֶ֥רֶב וַֽיְהִי־בֹ֖קֶר י֥וֹם אֶחָֽד (Vayehi-erev vayehi-boker yom echad).

En caldeo: וַהֲוָה־רְמַשׁ וַהֲוָה־צְפַר יוֹמָא חָד (Vehava-remash vachava-tsafar yoma chad): Y fue la tarde y fue la mañana un día.

La palabra יום (yom) en hebreo a veces significa el tiempo en que la luz solar está sobre la tierra, como se decía anteriormente: "Llamó a la luz día", y esto siempre que se añade לילה (laila) a la noche, como se dice día y noche, más adelante; pero a veces el día y la noche se comprenden juntos, y se llama día natural al espacio de veinticuatro horas, en el que el sol recorre su perímetro según el movimiento del primer móvil, y de esta manera debe entenderse el día cuando se dice: "Y fue la tarde y la mañana un día." Moisés no incluyó ambos en la denominación de día y noche, sino que le dio toda la denominación a la parte más destacada. "Así como la generación de los hombres se cuenta y se entiende incluyendo también a las mujeres, porque lo secundario se une a lo principal, así también se cuentan los días y se consideran las noches adjuntas." Y se puede encontrar esta costumbre observada en toda la Escritura, como: "Días de nuestros años" y "Días de mi vida... cortos y malos", y en otros lugares muchas veces. Además, la tarde, que designa el tiempo

después de la puesta del sol, se llama ערב (erev), que en hebreo significa cierta mezcla, porque en ese momento hay cierta confusión de formas, de modo que una cosa no se puede distinguir fácilmente de otra, como en plena luz. La mañana, sin embargo: בקר (boker), derivada de בָּקַר (bakar), que significa cierta investigación, porque cuando el día ya está amaneciendo, se puede investigar toda cosa; a veces, sin embargo, se toma por luz, como leemos en el libro de Job: בֹּקֶר (boker): "estrellas de la mañana"; como ערב (erev) a veces significa tinieblas.

Por lo tanto, los hebreos interpretan este lugar entendiendo por tarde la noche, es decir, todo el tiempo de tinieblas desde el comienzo del crepúsculo hasta el amanecer; y por mañana el día, es decir, todo el tiempo restante hasta la tarde: y así el tiempo nocturno y diurno consumen todo el día natural. Dicen además que el día natural comienza con el inicio de la primera noche y termina con el comienzo de la noche siguiente; y lo confirman con el hecho de que las tinieblas parecen preceder a la luz aquí, porque primero estaban las tinieblas, que Dios llamó noche, sobre la faz del abismo: luego siguió la luz, al decir Dios: "Hágase la luz." Además, en Levítico se lee: "De tarde a tarde celebraréis vuestros sábados."

Nuestros autores, sin embargo, piensan de otra manera. Por tarde, entienden el final del tiempo diurno, y por mañana el final del nocturno; por lo tanto, primero fue la tarde y luego la mañana, porque el primer día tuvo tarde, pero no tuvo mañana; pues la mañana se llama el final del día precedente y el comienzo del siguiente, que es la aurora, que no tiene plena luz ni tinieblas totales. Por lo tanto, como no hubo un día anterior que terminara con el inicio del siguiente, el primer día no tuvo mañana, especialmente porque, apareciendo la luz, enseguida hubo día pleno y claro sobre la tierra, que no comenzó con la aurora, sino con la plena luz y se completó en la mañana del día siguiente. Así, cuando la luz se puso y, después de un tiempo diurno, descendió gradualmente, se hizo la

tarde, como ahora suele ocurrir con el curso habitual del sol; y se hizo la mañana cuando la luz regresó sobre la tierra e inició otro día, y se completó un día de veinticuatro horas.

Así lo explica el Venerable Beda y San Ambrosio de manera más explícita en Hexaemeron; así también lo expone San Juan Crisóstomo diciendo: "Llamó uno al final del día y al final de la noche para establecer un orden y una secuencia de lo visible y evitar cualquier confusión". San Basilio también tiene la misma opinión en Hexaemeron, exponiendo lo mismo. No es sorprendente que se entienda el día por la tarde y la noche por la mañana; pues cualquier cosa toma su nombre más del final y término que del inicio. Entonces, ya que la tarde es el final del tiempo diurno y la mañana el final del nocturno, aquella pudo denominarse tarde y esta mañana.

Sé que otros modernos lo interpretan de manera diferente. Algunos, entendiendo la tarde como noche, afirman que Moisés puso la noche antes del día porque el sol fue creado en el otro hemisferio, de modo que en el hemisferio de la nación a la que escribía, primero fue noche y luego día, para que mientras la luz hacía el día en uno, las tinieblas de la noche cubrían el otro. Otros dicen que desde el inicio de la primera producción de las criaturas hasta la creación de la luz pasaron doce horas, que aquí deben entenderse por la tarde, y por eso aquí se pone la tarde antes del día, porque en esas doce horas las tinieblas precedieron a la luz. Pero estas posiciones no están sustentadas ni por la razón ni por la autoridad.

Pero, ¿por qué no dijo primer día, sino uno, cuando sería más conveniente llamarlo primer día siguiendo el orden, y segundo día, y tercer día, y cuarto día, llamando al que precedía a todos primer día, no uno? El Rabino Salomón responde que está escrito "porque Dios estaba solo en su mundo, ya que los ángeles fueron creados en el segundo día, como se expone en Bereshit Rabba." Pero esto no viene al caso.

San Basilio y San Ambrosio asignan otra razón, tanto según la letra como según un sentido más profundo. Primero: dijo uno para definir el espacio de día y noche y unir el tiempo de ambos, de modo que el espacio de un día se completara en veinticuatro horas, y así la noche se incluyera bajo la denominación de día: aunque en los solsticios uno supere al otro, sin embargo, en el tiempo definido, todo el espacio de ambos está descrito, como si dijera: el espacio de un día es de veinticuatro horas. También porque el cielo se recorre en un día, de un signo al mismo signo, de modo que, según el circuito del sol, la tarde y la mañana ocupan el mundo, no en un tiempo más largo, sino en el espacio de un día. La segunda razón es "más poderosa, que se entrega en los escritos secretos y místicos. Dios, ciertamente, que creó la naturaleza del tiempo, le añadió medidas y señales, a saber, los espacios de los días y midiendo la semana en un círculo, ordenó que la semana se volviera sobre sí misma, enumerando los movimientos y ciclos del tiempo, y que un día completara la semana, volviendo sobre sí mismo siete veces; eso es el círculo de la serpiente, comenzando y terminando en sí misma, que ahora se sabe que es propio de su edad, volverse sobre sí misma y no terminar jamás. Por tanto, el inicio del tiempo no lo llamó primer día, sino uno, para que también por el nombre tuviera afinidad con la futura eternidad. Pues el que tiene una forma única de principio y es inmutable, se llama con propiedad y adecuadamente uno... Para elevar y dirigir nuestra mente al futuro estado, que se llama un día, según aquello: Grande es el día del Señor y glorioso, Moisés lo llamó uno, que es la imagen del siglo, las primicias de los días, coetáneo con la luz, digo, el santo día del Señor, que la resurrección del Señor honró de manera especial." Esta es la doble razón de estos Doctores. San Juan Crisóstomo también asigna la primera razón.

Sin embargo, me parece que esto debe decirse según la frase hebrea; pues entre los hebreos uno a menudo indica orden; por lo tanto,

primero se dice uno en esa lengua, lo cual también se encuentra en los Evangelios, cuya fraseología es casi totalmente hebrea; uno de los sábados, como también lo expone Teofilacto y muchos otros, suena como primero de los sábados, es decir, el primer día de la semana, y uno del mes significa el primer día del mes.

De lo que se ha dicho, se derivan varias dificultades sobre lo que se dice de Dios: qué significa que Dios diga; pues dice: "Y dijo Dios: Hágase la luz"; luego: qué significa que Dios vea que la luz era buena; tercero: qué significa que Dios llame a la luz día y a las tinieblas noche.

En cuanto a lo primero, San Basilio dice así: “En Dios, cuando afirmamos voz, palabra y mandato, no debes entender ni pensar en ese sonido que se produce a través de los órganos de la voz; ni tampoco el aire articulado e impreso por la lengua: sino que consideramos que ese momento o inclinación de la voluntad divina se figura en la forma de un mandato, por el cual la cosa enseñada se hace manifiesta y clara a los ojos de los que son instruidos.” San Ambrosio tiene exactamente la misma opinión. Dice: “La plena voz de la luz no significa la disposición del aparato, sino que resplandece en el efecto de la operación. El Creador de la naturaleza habló la luz y la creó. La palabra de Dios es su voluntad, la obra de Dios es su naturaleza.” Y poco después: “Y dijo Dios, no para que algún sonido de palabra saliera a través de los órganos de la voz, ni para que el movimiento de la lengua formara el discurso celestial y algún ruido de palabras golpeara el aire: sino para que su voluntad produjera el conocimiento de su obra por el efecto de la operación”.

La misma fue la opinión del Rabino Gaón, quien, según refiere Aben Ezra, lo expone así: “ויאמר כמו וירצה, es decir: Y dijo, es como y quiso y fue, así como fue que la luz misma existiera para ver según su obediencia, según aquello: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, porque él mandó, y fueron creados; y es un pronombre

sobre la obra que no existía, y es a modo de parábola del rey y su siervo; y esta luz fue para adornar el aire." Por lo tanto, este doctor entiende que cuando Dios dice que la luz se haga, no es otra cosa que producirla en el ser según el mandato de su voluntad. Incluso en la lengua hebrea, decir a veces designa el concepto interno del ánimo y la voluntad. En Éxodo, donde leemos: ¿Acaso quieres matarme, como mataste al egipcio ayer?, en hebreo se lee: ¿Acaso dices matarme? אַתָּה אֹמֵר (ata omer), donde nuestra traducción transmite el sentido, pues se pone en lugar de querer.

Sin embargo, San Agustín expone este pasaje de modo que se refiere a la naturaleza del Verbo, "del cual se dice: En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Pues cuando se dice de él: Todas las cosas fueron hechas por él, se muestra claramente que también la luz fue hecha por él, cuando Dios dijo: Hágase la luz. Si es así, es eterno lo que dijo Dios: Hágase la luz, porque el Verbo de Dios, Dios con Dios, el Hijo unigénito de Dios, es coeterno con el Padre, aunque cuando Dios lo dijo en el Verbo eterno, la criatura temporal fue hecha." Entonces, dijo Dios, no temporalmente, no con sonido de voz, sino en el Verbo coeterno consigo mismo, es decir, engendró el Verbo intemporalmente, en el cual estaba y dispuso desde la eternidad que se hiciera en el tiempo y en él se hizo. Así, cuando escuchamos: Y dijo Dios: Hágase, entendemos que está en el Verbo que se haga; cuando añade: Y se hizo así, entendemos que la criatura hecha no excedió en el Verbo los límites de su género." Esta es la opinión de San Agustín. Y para que lo dicho sea más claro y comprensible, no será tedioso presentar algunas cosas según la opinión de los teólogos escolásticos.

Entre los teólogos y santos doctores se encuentra que decir se entiende de tres maneras. A veces esencialmente, y así es lo mismo que entender o declarar, según lo cual San Anselmo en el Monologio dice: "Para el Espíritu Supremo, decir no es otra cosa que contemplar pensando"; y también: cada uno en la Trinidad se dice a

sí mismo, porque cada Persona divina se entiende formalmente a sí misma y así se dice a sí misma formalmente. Así también cada Persona divina dice todas las cosas inteligibles, porque en su propia inteligencia se entiende a sí misma y a todas las cosas.

En segundo lugar, decir se toma puramente de manera notional, o personal, y así no es otra cosa que engendrar el Verbo, y esto solo conviene al Padre, que engendra el Verbo y solo el Verbo dice de esta manera, pues es producir de manera intelectual y esto solo conviene al Padre.

En tercer lugar, suele tomarse no de manera puramente esencial ni puramente personal, sino incluyendo ambos aspectos, y es el conocimiento producido por sí mismo que declara todo lo declarable; según lo que dice San Agustín: "Por tanto, como diciendo a sí mismo, el Padre engendró al Hijo igual a él en todo; pues no se habría dicho a sí mismo completamente y perfectamente si hubiera algo menos o más en su Verbo que en él mismo. Porque el Padre, en el Verbo que engendró, se declara a sí mismo y todas las cosas que están en él." Así, de esta manera, solo el Padre dice, pero no solo el Verbo, sino también todo lo que declara en el Verbo engendrado por él; y así, decir implica dos actos, a saber, engendrar y declarar, de los cuales uno se termina solo en la persona del Verbo, y el otro en todo lo declarable, que brilla en el Verbo. Y de esta manera, dice San Anselmo, "cuando el Espíritu Supremo se dice a sí mismo, dice todas las cosas que fueron hechas"; pues todas las cosas que fueron hechas estaban en el Verbo y brillaban en él.

No debe entenderse que solo el Padre opere solo por el Hijo; pues, como dice San Agustín sobre aquello: "Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y por el espíritu de su boca toda su fuerza", el Padre opera por su Verbo y el Espíritu Santo, y las acciones de las personas divinas hacia el exterior son indivisas y comunes a todas, aunque el Padre opera conjuntamente con el Hijo y el Espíritu Santo,

y nada hace sin ellos. Sin embargo, ya que no es el Padre quien tiene del Hijo, sino el Hijo del Padre, y el Espíritu Santo de ambos, el operar, por lo tanto, se dice que el Padre opera por el Hijo y el Espíritu Santo. Y también porque Dios opera como artífice, como se dice en la Sabiduría de todo artífice: el artífice, de hecho, opera tanto por el intelecto como por la voluntad, pues tanto quiere como entiende; así, Dios se dice que opera por el Hijo, a quien se le atribuye el intelecto, ya que procede del Padre por modo de intelecto, y por el Espíritu Santo, ya que procede del Padre y del Hijo por modo de voluntad. No obstante, la acción es común a los tres y no propia de ninguno: y decir aquí no se toma puramente de manera personal, sino que implica una cierta intelección de las personas divinas según la práctica, con la voluntad divina precediendo y ordenando; y aquí decir de Dios es propiamente hacer, según la disposición eterna de las cosas en el Verbo y el mandato de la voluntad divina. Pues ya en el mismo acto de que la primera persona, entendiendo a sí misma, dice, y diciendo genera al Hijo, y amándose a sí misma y al Hijo, espira al Espíritu Santo; también ve en sí misma y en su Verbo, en el cual se expresa totalmente, todas las ideas de las naturalezas, las cuales ve como creables, para que de algún modo existan fuera de sí. Así, entendiéndolas y conociéndolas de antemano en el Verbo coeterno consigo mismo, y con su voluntad buena y eterna en el Espíritu Santo lleno de bondad y gracia, le agradó que así fueran, es decir, que de él salieran a su propio ser, no produciéndolas por naturaleza ni por necesidad de la naturaleza, sino por beneplácito y mera voluntad. Así, queriendo, ordenó imperiosamente: Hágase, es decir, ordenó que existieran, produciéndolas inefablemente por su dicho.

Explicada en cierta medida la primera parte, pasamos a la segunda, a saber, qué significa que Dios vea que la luz era buena. San Ambrosio lo explica así: “Y vio Dios, etc.; no que ignoraba lo que vio; ni comprobó lo que no sabía antes o no había visto; sino que las buenas

obras no necesitan de un recomendador externo, sino que ellas mismas, cuando se ven, testifican su gracia.” Y poco después: “Así expresó con sus propias palabras la naturaleza de la luz, que al ser vista agrada, porque ella misma suministra la facultad de ver. Vio, por lo tanto, Dios la luz y con su rostro la iluminó y vio que era buena, no desde el punto de vista de Dios, sino según el juicio general.”

San Juan Crisóstomo dice que Moisés habló de manera humana; dice: “¿Acaso antes de que existiera la luz no sabía que era buena, sino que después de que fue producida, la vista mostró al artífice la belleza y bondad de lo producido? ¿Y quién con corazón diría tal cosa? Pues si un hombre, que opera algo por arte, antes de fabricar lo que quiere hacer y antes de formar, sabe el uso de lo que se propone elaborar: ¿cuánto más el artífice de todo, que con su palabra produjo todo lo que existe, sabía antes de hacer la luz, que era buena? ¿Por qué, entonces, usó esta expresión? Se rebaja y habla todas estas cosas según la costumbre humana, dice el bienaventurado profeta. Y así como los hombres, cuando han trabajado con gran esfuerzo en algo, y han puesto fin a sus labores, entonces prueban lo que han hecho, y así alaban la obra: así también la Escritura divina suele hacer y ahora, cuando se adapta a la debilidad de nuestros oídos, dice: Y vio Dios, etc.

San Agustín, en "Génesis contra los Maniqueos", sostiene lo mismo, "que Dios se complació en su obra, como un artesano, y que estas palabras no muestran que le haya surgido a Dios un bien desconocido, sino que le agradó lo que era perfecto." También en su libro "De Génesis ad Litteram Imperfecto", dice: "Y vio Dios la luz, etc. Esta sentencia no debe entenderse como si significara la benevolencia hacia algo insólito, sino la aprobación de la obra. Pues, ¿qué puede decirse más conveniente de Dios, tanto como se puede decir entre los hombres, que cuando se pone así: dijo, se hizo, le agradó? de modo que en lo que dijo se entienda su mandato; en lo

que se hizo, su poder; en lo que le agradó, su benignidad; pues las cosas inefables debieron ser dichas por el hombre para los hombres, de manera que beneficiaran a todos."

Algunos también lo interpretan así: Vio, es decir, hizo que se viera, haciéndonos conocer con los efectos más manifiestos la bondad de la luz; pues es claro que contribuye a muchas cosas, por no decir a todas las corporales. Un modo similar de hablar se encuentra en muchos lugares de la Sagrada Escritura, como: "Ahora conozco que temes al Señor", es decir, hice que se conociera, etc. El Rabino Aben Ezra explica que ver aquí significa en el pensamiento o juicio, es decir, que Dios consideró buena la luz hecha; y es la misma opinión.

Por lo tanto, el sentido de esta expresión es: Vio, etc.: Dios conoció y entendió en la benignidad de su Espíritu, no como si antes desconociera y, después de que la luz fue hecha, le agradara, sino que le agradó con la misma bondad para que permaneciera hecha, con la misma que le agradó que se hiciera: pues lo hecho no excedió ni disminuyó los límites predeterminados en el Verbo de su género; sino que se hizo completamente como Dios había dispuesto en su Verbo que se hiciera. Esto es lo que significa: Y vio Dios que la luz era buena. Así también debe entenderse siempre que en lo sucesivo se dice que Dios vio, etc.

Elucidada la primera y la segunda parte según nuestra capacidad, la tercera se nos ofrece para ser explicada, a saber, qué significa que Dios llamara a la luz día, etc. San Juan Crisóstomo dice que, después de la distinción entre la luz y las tinieblas, Dios les dio los nombres por los cuales se llamarían. San Ambrosio, sin embargo, piensa que esto también pertenece a la distinción, para que incluso por el nombre mismo distinguiera el día y la noche, como se distinguen por la naturaleza y el lugar y la causa.

San Agustín, en "Génesis contra los Maniqueos", aporta esta exposición del lugar, diciendo "que todo esto se dijo para nuestra

comprensión. Pues, ¿en qué lengua llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche? ¿En hebreo, en griego, en latín o en alguna otra? Pero en Dios hay puro entendimiento, sin ruido ni diversidad de lenguas. Se dijo, por tanto, llamó, es decir, hizo que se llamaran, porque así distinguió y ordenó todas las cosas para que pudieran discernirse y recibir nombres."

En su libro "De Génesis ad Litteram Imperfecto", advierte primero que por luz y tinieblas no deben tomarse los nombres mismos, ya que estos, "en cuanto se pronuncian con voz articulada para significar cosas, son nombres"; pues cuando dijo Dios: "Hágase la luz", etc.: dividió entre la luz y las tinieblas, "aún no se trataba de vocablos"; pero debe entenderse que "no se podría enunciar de otra manera la cosa que recibió un nombre, sino con algún nombre". Luego él aporta otra exposición, para que esta vocación se entienda como la misma distinción; pues no toda luz es día y no todas las tinieblas son noche: sino que la luz y las tinieblas, ordenadas y distinguidas en ciertos intervalos, se llaman con los nombres de día y noche. Aún añade otra interpretación, diciendo que estas palabras "quieren significar para nosotros qué luz dijo y qué tinieblas, como si dijera: Dios hizo la luz, y dividió entre la luz y las tinieblas; llamo luz al día y llamo tinieblas a la noche, para que no entiendas alguna otra luz que no sea día, y no entiendas algunas otras tinieblas que no sean noche."

En su primer libro "De Génesis ad Litteram", lo expone de manera más profunda, diciendo que Dios llamó a la luz día y a las tinieblas noche: "Porque con su Verbo coeterno, es decir, con las razones internas y eternas de la sabiduría inmutable, no con el sonido corporal de la voz, llamó Dios a la luz día y a las tinieblas noche." Y esto basta para la elucidación de esta expresión. Ahora pasemos a la obra del segundo día.

Versículo 6: Y dijo Dios: Hágase un firmamento en medio de las aguas.

En hebreo: וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי רָקִיעַ בְּתוֹךְ הַמָּיִם (Vayomer Elohim yehi raqia betoj hamayim).

En caldeo: וַאֲמַר יְיָ יְהִי רְקִעָא בִמְצִיעוּת מַיָּא (Va'amar YY yehi reqia bimtsiut maya): Y dijo Dios: Sea un firmamento en medio de las aguas.

Y separe las aguas de las aguas.

En hebreo: וִיהִי מַבְדִּיל בֵּין מַיִם לָמָיִם (Vihi mavdil bein mayim lamayim).

En caldeo: וִיהִי מַפְרֵישׁ בֵּין מַיָּא לְמַיָּא (Vihi mafreish bein maya lmaya): Y separe las aguas de las aguas.

Lo que los Setenta tradujeron como στερέωμα (stereoma) y nuestro Intérprete tradujo como firmamentum (firmamento), el texto hebreo lo tiene como רקיע (raqia), que significa extensión o expansión, o aquello que está extendido y expandido, derivado del verbo רקע (raqa), que significa extender y expandir; como se lee en Éxodo: וַיְרַקְּעוּ אֶת־פַּחֵי הַזָּהָב (Vayraqqeu et-pachei hazahav): Y extendieron las láminas de oro. El cielo también se llama רקיע (raqia) porque está extendido y expandido sobre la tierra. Así, los hebreos, refiriéndose a esta extensión y expansión o difusión, llamaron cielo a רקיע (raqia). Pero, dado que el cuerpo celestial es sólido y firme, como leemos en el bienaventurado Job: "¿Acaso fuiste tú quien hizo los cielos, que son firmes como un espejo de metal fundido?"; por ello, estimo que los Setenta, lo que los hebreos llaman רקיע (raqia), lo llamaron στερέωμα (stereoma), del verbo στερεόω (stereoo), que significa afirmar, y el Intérprete latino, imitándolos, lo tradujo como firmamentum (firmamento).

Pero sobre qué debe entenderse por la denominación de firmamento, no hay una única opinión. Algunos entendieron por firmamento aquella parte del aire en la cual se condensan las nubes, y creyeron

que una condensación realizada entonces se significaba con el nombre de firmamento. Sin embargo, a esta posición se oponen, entre otras cosas, el hecho de que se dice que los grandes luminarios y las estrellas fueron puestos por Dios en el firmamento del cielo, los cuales sin duda no están en esa parte del aire. Esta posición también es refutada por San Basilio en Hexaemeron. Otros, puesto que la Escritura ya expresó que el cielo fue creado y constituido por Dios, dicen aquí que Moisés prosigue con la exposición de la obra y creación, de manera que allí se comprendió brevemente el resumen de la obra, aquí se expone la calidad de la operación a través de las especies concurrentes. Como un artesano que dice haber construido una casa y luego se menciona que primero puso los cimientos, después levantó las paredes y finalmente colocó el techo; así Moisés propuso primero el resumen de toda la operación divina y creación, diciendo: En el principio creó Dios el cielo y la tierra, abarcando de manera sumaria la existencia total de las dos cosas extremas, como una prolepsis; según el modo frecuentemente en la Sagrada Escritura se toma el cielo y la tierra por toda la constitución de las cosas; y ahora sigue el orden de la operación. Y según la opinión de estos, el cielo es uno y el mismo, y se menciona tanto aquí en medio de las aguas como antes.

Esto parece ser el sentido que profesamente tenía San Juan Crisóstomo, quien también afirmaba con constancia que solo hay un cielo, y no más cuerpos celestes que ese uno. Aunque muchos lo han seguido, guiados más por autoridad que por razón, en esta parte no debe ser seguido, porque se opone tanto a las Escrituras, que frecuentemente mencionan el tercer cielo y los cielos de los cielos, como al sentido común. Por lo tanto, San Ambrosio afirma que este cielo es diferente del que aquí se llama firmamento y del mencionado antes. San Basilio y Damasceno sostienen lo mismo, al igual que Beda y Strabus; pero estos últimos entienden que se refiere al cielo estrellado mencionado antes. Según San Agustín, sin

embargo, se entiende la criatura espiritual, es decir, la naturaleza angélica. Damasceno, en cambio, entiende un cierto cielo esférico sin estrellas, del que hablan los filósofos, diciendo que es la novena esfera y el primer móvil, que se mueve con el movimiento diario.

Nosotros, sin embargo, entendemos todas estas cosas como ya explicamos anteriormente; por firmamento casi todos entienden el cielo estrellado con las órbitas de los siete planetas: Saturno, Júpiter, Marte, Sol, Mercurio, Venus y Luna. Así, establecemos diez cuerpos celestiales: el primero y más alto es el empíreo, en el cual hay descanso y vida eterna, adornado con la máxima luz, que es el lugar más adecuado para los bienaventurados; el segundo es el cielo acuoso o cristalino, que es el primer móvil, que se mueve uniformemente de oriente a occidente en un espacio de un día con movimiento circular; el tercero es el cielo estrellado, adornado con estrellas fijas, que es arrastrado por la virtud del cuerpo superior con movimiento diario —sin embargo, no carece de su propio movimiento— girando en un tiempo determinado. Debajo de este cielo están los siete cielos o esferas, o las órbitas de los planetas, dispuestos en el orden mencionado anteriormente.

Los astrónomos antiguos descubrieron que hay nueve órbitas celestes debajo del primer cielo, que es el primero entre los cuerpos celestes, y que deben moverse, hasta el octavo alcanzándolos con los sentidos; descubrieron el noveno por razón, no por el sentido. Pero, sobre estos nueve orbes celestiales, se cree que hay un décimo cielo, que permanece fijo y quieto, no solo por nosotros, sino también por algunos hebreos. Pues el Rabino Isaac establece diez cielos y entiende que el décimo orbe fue designado por Ezequiel a través del zafiro, en semejanza de un trono: como el color del zafiro denota el brillo de la luz, la semejanza del trono denota su inmovilidad. También entiende que las diez esferas están figuradas por Zacarías, a través del candelabro de oro distinguido por siete lámparas y la lámpara sobre su cabeza; además de las dos olivas sobre la lámpara.

Pues, así como las siete lámparas indican los siete planetas, y la lámpara el octavo círculo resplandeciente con todas esas luces, quiere indicar a través de las dos olivas la novena y décima esfera, porque de las olivas fluye el aceite hacia las lámparas y las luces para el sustento de la luz; y del supremo cielo, que es el principio de toda luz, a través del medio más cercano a él, infunde luz en los demás luminarios.

El Rabino Abraham Aben Ezra sobre el Decálogo, también pone ese décimo cielo. Pues dice que el primer precepto oculto en las tablas, que es: Amarás al Señor tu Dios, etc., como se expresa en Deuteronomio, concuerda con el cielo que llamamos empíreo, oculto para nosotros, que proviene del corazón, oculto para todas las criaturas y conocido solo por Dios. Luego prosigue el orden de la conveniencia entre los demás orbes y los preceptos siguientes. El segundo precepto: No adorarás a dioses ajenos, sino al Señor tu Dios, etc., dice que concuerda con el primer móvil, que arrastra consigo a los demás; así este precepto. El tercero: No tomarás el nombre, etc., concuerda con el cielo estrellado, en el cual están las doce constelaciones; así en este reside la virtud del nombre divino en doce partes. El cuarto: Santificarás el sábado, concuerda con Saturno, que es la séptima estrella en ascender. El quinto: honrar a los padres, concuerda con Júpiter, el padre honorable de la generación, que proporciona honor junto con la vida a quienes favorece. El sexto: No matarás, concuerda con Marte, que preside las guerras. El séptimo: No cometerás adulterio, concuerda con Venus, de donde proviene todo placer. El octavo: No robarás, concuerda con el Sol, que como el ojo de Dios manifiesta todos los robos que se hacen en secreto y, siendo siempre benéfico, es enemigo de los robos y las rapiñas. El noveno: No darás falso testimonio, concuerda con Mercurio, que preside la lengua, a través de la cual se pronuncia la verdad o la falsedad y las blasfemias. El

décimo: No codiciarás, concuerda con la Luna, madre de las estrellas, cuya naturaleza es principalmente codiciar.

Estos, por lo tanto, establecen sobre los nueve cielos un décimo, que los teólogos llaman empíreo. Y de aquí surge una maravillosa proporción hacia lo espiritual. Pues hay nueve coros de ángeles, como cielos móviles; pero hay un coro supremo, que contiene a todos, él mismo inmóvil: Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Volviendo a nuestro propósito, cuando aquí se dice: Hágase un firmamento en medio de las aguas, por firmamento entendemos aquí el cielo estrellado con los otros contenidos en él hasta la luna: pues se dice que Dios colocó los grandes luminarios y las estrellas en el firmamento; por las aguas superiores entendemos el cielo cristalino, que se llama cielo de las aguas debido a cierta semejanza, ya que en transparencia y claridad se asemeja al agua; también se llama cristalino porque es sólido y claro como una piedra de cristal y firme como agua congelada; por las aguas inferiores entendemos los elementos, o más bien la materia de los elementos, que anteriormente se llamó agua: "Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas"; pues todavía estaba confusa debajo del orbe de la luna, y era una mezcla de los elementos hasta el tercer día, en el cual fueron dispuestos y ordenados en su sustancia y lugares según la naturaleza de cada uno. Y de esta manera es el firmamento que divide entre las aguas y las aguas, porque se forma entre el cielo cristalino y los demás elementos.

Versículo 7: E hizo Dios el firmamento y separó las aguas que estaban sobre el firmamento de las aguas que estaban debajo del firmamento. Y así fue.

En hebreo: וַיַּ֣עַשׂ אֱלֹהִים֮ אֶת־הָֽרָקִיעַ֒ וַיַּבְדֵּ֗ל בֵּ֤ין הַמַּ֙יִם֙ אֲשֶׁר֙ מִתַּ֣חַת לָֽרָקִ֔יעַ וּבֵ֣ין הַמַּ֔יִם אֲשֶׁ֖ר מֵעַ֣ל לָֽרָקִ֑יעַ וַֽיְהִי־כֵֽן (Vaya'as Elohim et-haraqia vayavdel bein hamayim asher mitajat laraqia uvein hamayim asher meal laraqia vayehi-ken).

En caldeo: וַעֲבַד יְיָ יַה־רְקִיעָא וְאַפְרֵישׁ בֵּין מַיָּא דִּי מִלְּרַע לִרְקִיעָא וּבֵין מַיָּא דִּי מֵעַל לִרְקִיעָא וַהֲוָה־כֵן (Va'avad YY yah-raqia ve'afresh bein maya di milra lirqia uvein maya di meal lirqia vahava-ken): Y Dios hizo el firmamento, y separó el firmamento entre las aguas que están debajo del firmamento y las aguas que están sobre el firmamento. Y así fue.

Algunos entienden por las aguas sobre el firmamento las criaturas espirituales y las mentes angélicas, porque está escrito: "Y las aguas... que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor." Esta es la opinión de Orígenes.

Esta opinión es rechazada por San Basilio y San Ambrosio por una razón similar, afirmando que no porque se diga que las aguas alaban el nombre del Señor, se deduce que sean criaturas espirituales, sino porque su consideración, contemplada prudentemente más allá del sentido, perfecciona la glorificación del Creador. De lo contrario, según esta forma de interpretación, el rocío, la escarcha, el frío y el calor, que en Daniel son ordenados a alabar al creador con himnos, serían algunas mentes dotadas de entendimiento e invisibles.

El Rabino Salomón entiende por las aguas sobre el firmamento las aguas suspendidas en el aire.

Acerca de la naturaleza del firmamento, diferentes personas dicen diferentes cosas. Aristóteles y todos los peripatéticos sostienen que el cuerpo celeste no es uno de los cuerpos simples, que se llaman elementos, ni está compuesto de ellos, porque a los cuerpos simples les es propio el movimiento recto, los ligeros tienden hacia arriba, los pesados hacia abajo; pero no es lo mismo moverse hacia arriba y hacia abajo que en un periodo circular, que es peculiar del cielo. Por tanto, lo que según la naturaleza tiene movimientos diversos, debe tener una esencia diversa. Además, lo compuesto de elementos corruptibles debe necesariamente disolverse; pero en el cielo, ni en sus partes, se observa cambio, mientras que por el contrario, todos los elementos están sujetos a varios cambios. Por estas necesidades

de la razón, los peripatéticos establecen para la constitución del cielo y de las estrellas una esencia de un cuerpo nuevo, una quinta, que no es ni caliente ni fría, húmeda ni seca; sino que dicen que las cualidades de los elementos deben colocarse allí de manera excelente como causa: pero en las esferas de los elementos bajo la luna, sus naturalezas según la forma; y en los compuestos, por una cierta participación; pero niegan que las mismas naturalezas de los elementos estén en el cielo en absoluto.

Platón y todos los académicos afirman que el cielo está compuesto por los cuatro elementos y que en él residen tanto las virtudes como las naturalezas de los elementos; pero que las virtudes allí están en un género mucho más excelso que aquí, y las naturalezas en su grado más elevado. Y que la naturaleza del fuego proporciona al cielo una luz sensible, un calor vivificante y un movimiento muy rápido. La naturaleza de la tierra proporciona una estabilidad sólida y firme: también da densidad a las estrellas, para que puedan ser vistas, y a la luna, para que pueda reflejar los rayos solares; la naturaleza del aire proporciona la calidad transparente, que se llama translúcida; la naturaleza del agua aporta una suavidad muy delicada y uniforme, y a los bordes de las esferas, donde se tocan, les otorga la virtud del frío y la humedad, por la cual, aunque se toquen muy rápidamente y con gran fuerza debido al rapidísimo movimiento, no se genera calor ni descomposición.

También afirman que el cielo es verdaderamente cálido y frío, húmedo y seco, ya que manifiesta las cualidades de los elementos y que las estrellas, siendo como llamas, brillan y sus rayos llevan una llama, que calienta las cosas mortales bajo el cielo. Y decir que el cielo produce esto a través del movimiento, afirman que contradice la razón y el sentido; el sentido: porque frecuentemente percibimos que los cuerpos que están cerca de nosotros se mueven mucho más rápida y vehementemente, y no por eso calientan otros cuerpos como lo hace el cielo; además, sentimos que los cuerpos se calientan

mucho por el contacto de los rayos del sol en verano, lo cual no ocurriría a menos que el rayo contuviera calor, y esto no sería así a menos que el cielo fuera cálido por sí mismo. También contradice la razón: porque el movimiento, que es un acto de un móvil dependiente del motor, produce por sí mismo solo aquello para lo cual el motor naturalmente busca producir en el móvil. El movimiento local en sí mismo conduce a la adquisición de lugar; pero si de ahí sigue la calefacción o cualquier otra cualidad, es accidental. Pero dado que el calor difundido por el cielo conserva todo, calienta todo, imparte vida a todo, completa las generaciones de todo, purga, conserva y vivifica todo, es contrario a la razón pensar que estas cosas dependen del cielo de manera accidental. Por lo tanto, no se debe negar que el cielo es cálido, pero no que es ardiente; ni se debe decir que la luz del sol calienta solo por repercusión, ni que solo quema por repercusión. Pues los rayos de la luna reflejados no calientan en absoluto, porque en ella predomina la virtud del agua; pero los rayos del sol calientan saludablemente debido a la naturaleza ígnea y vivificante del sol.

Que nadie objete que la razón por la cual los rayos de la luna no calientan se debe a su movimiento más lento. Pues aunque se considere más lento, está mucho más cerca de los hombres que el sol, por lo que debería, si no igualmente, al menos calentar de alguna manera, si el calentamiento se debiera solo a la repercusión de los rayos. Ni debe alguien argumentar que el calor es propio del fuego; cuanto menos se mezcla con materia extraña, menos quema. Pero la luz es propia del fuego; pues cuanto más puro es, más luminoso es, aunque no sea más manifiesto para ciertos ojos, y brilla más lejos de lo que calienta y primero ilumina, y en un momento proporciona luz y calor, y el fuego calentado conserva el calor por un tiempo; pero no proporciona luz a nadie, pues es propia de sí mismo; ya que cuando el fuego se va, también la luz se va con él. Si, por lo tanto, hay luz en el cielo: entonces también hay fuego.

Los platónicos refutan las razones de los peripatéticos, y primero la razón tomada del movimiento, porque dicen que el movimiento natural y simple es solo uno, a saber, el circular; pues el movimiento recto no es simple, ya que se vuelve gradualmente más rápido; ni es según la naturaleza del elemento, pues no le conviene en su lugar propio, sino que es más bien un retorno a su naturaleza; pues no le conviene estar separado de la violencia, sino colocado fuera de su lugar propio por la fuerza. Por lo tanto, no se debe pensar que el cielo no consiste en la naturaleza del fuego solo porque el fuego parece moverse hacia arriba y el cielo circularmente. Pues si alguna porción del cielo se coloca en el medio, ascenderá rápidamente en línea recta, buscando su lugar de origen por el camino más corto. Pero tanto el fuego como el aire se mueven circularmente, como lo muestra el circuito de los cometas.

En respuesta a la segunda razón, dicen que el cielo no se corrompe debido a la pureza de su cuerpo y porque la substancia celestial tiene una virtud tan efectiva para conciliar que las cualidades y movimientos que en nosotros son opuestos, allí no lo son. Además, porque los elementos fueron reducidos a la forma del más excelso, es decir, el fuego, desde la primera creación del mundo; del mismo modo que el movimiento celestial reduce los cuatro elementos en cualquier creación a una forma mixta. Además, porque no tiene nada fuera de sí que pueda dañarlo. Finalmente, porque es la voluntad del artífice, que es un vínculo más fuerte e insoluble que los demás, como dice Platón en el "Timeo".

Esta es la opinión de los platónicos, y los hebreos la aprueban mucho. Pues el Rabino Salomón dice que el cielo está compuesto de agua y fuego. Y exponiendo el presente pasaje sobre la obra del firmamento, dice así: “Hágase el firmamento, endureció el firmamento, porque aunque los cielos fueron creados el primer día, todavía eran húmedos o fluidos; y fueron coagulados o condensados en el segundo día por la increpación de Dios en su palabra: Hágase

el firmamento. Y esto es lo que está escrito: Las columnas del cielo se conmoverán, es decir, todo el primer día y el segundo se asombraron, como un hombre asombrado que se detiene ante la increpación y el terror sobre él". Y este hombre entiende por "Hágase" no la inducción de una forma substancial, sino una cierta cualidad superpuesta, a saber, dureza y densidad o estabilidad, y así "Hizo" significa que lo estabilizó en su estabilidad. Y dice que "hacer" aquí es como aquello: La mujer se hará las uñas, que se entiende sobre la mujer cautiva en el hebreo, a la que él quería tomar por esposa.

San Ambrosio parece sostener esta misma opinión entre los nuestros, afirmando que el cielo está compuesto de agua. San Basilio también se inclina más a esta opinión, afirmando que la opinión de la quinta esencia es ficticia y fue inventada por los mismos filósofos. Beda también habla de esta manera sobre esta cuestión: "En medio, entonces, el firmamento es el cielo estrellado, que puede creerse que fue hecho de aguas; pues la piedra de cristal, que tiene gran firmeza y gran transparencia, fue hecha de aguas". Teodoreto, también entre los griegos, afirma que el cielo estaba constituido por la naturaleza fluida de las aguas y que lo que antes era de naturaleza líquida se volvió muy sólida, y por eso fue llamado firmamento. Gennadio, de manera similar, afirma que Dios llamó al firmamento por el oficio mismo de la cosa, porque siendo antes una naturaleza suave, fluida y soluble, adquirió una solidificación firme y mínimamente móvil. San Agustín también consiente fácilmente con aquellos que afirman que el cielo es de naturaleza ígnea, de donde conjeturan que las estrellas y los luminarios fueron hechos, de esa luz ígnea condensada y dispuesta en las formas que vemos en el cielo. Por tanto, de la opinión de tantos hombres ilustres, parece que debe asentirse más a esta posición, ya que la razón también la favorece y está más de acuerdo con la Sagrada Escritura.

Pero aquello que sigue: Y así fue, el Rabino Aben Ezra dice que se adhiere a lo que sigue después, a saber, que Dios llamó al firmamento cielo.

Versículo 8: Y llamó Dios al firmamento Cielo. Y fue la tarde y la mañana el segundo día.

En hebreo: וַיִּקְרָא אֱלֹהִים לָרָקִיעַ שָׁמָיִם וַיְהִי־עֶרֶב וַיְהִי־בֹקֶר יוֹם שֵׁנִי (Vayiqra Elohim laraqia shamayim vayhi-erev vayhi-voker yom sheni).

En caldeo: וּקְרָא יְיָ לִרְקִיעָא שְׁמַיָּא וַהֲוָה־רְמַשׁ וַהֲוָה־צְפַר יוֹם תִּינְיָין: (Uqra YY liraqia shemaya vahava-ramash vahava-tsfar yom tiniyan): Y llamó Dios al firmamento Cielo. Y fue la tarde y la mañana el segundo día.

El Rabino Salomón da tres interpretaciones de este nombre שמים (shamayim): "שאמים, שם מים, אשמים": "porque, dice, mezcló esto con esto y de ellos, es decir, de agua y fuego, hizo el cielo". De aquí dice que el firmamento se llama cielo porque está hecho de fuego y agua. El Rabino Aben Ezra señala aquí que Dios llamó por nombre a cinco cosas, que son: luz, tinieblas, cielo, tierra y Adán, esto es, hombre: pues hombre se dice אדם (Adam) en hebreo.

San Ambrosio explica este pasaje diciendo que “el nombre de los cielos es común, porque la Escritura testifica que hay muchos cielos; pero el nombre especial es firmamento; de modo que parece haber dicho en general [al principio] que se hizo el cielo, para comprender toda la obra de la creación celestial: pero aquí se refiere a la solidez especial de este firmamento [exterior], que se llama firmamento de los cielos, como leemos en el himno profético: Bendito eres en el firmamento de los cielos”. Cree que este cielo se llama firmamento por su firmeza, porque no es débil ni relajado, sino que está firmemente establecido por el poder divino, como dice la Escritura: Alabadle en el firmamento de su poder.

San Basilio da otra razón, para que esta denominación del cielo se adapte y ajuste, y el firmamento participe de ese nombre por

semejanza; pues la denominación del nombre τοῦ οὐρανοῦ (tou ouranou), es decir, del cielo, se deriva del verbo ὁρᾶσθαι (horasthai), que significa ver; por lo cual también hemos observado que el aire se llama cielo por su claridad, como cuando la Escritura dice: Las aves del cielo, etc. Orígenes dice que Dios llamó al firmamento cielo dándole el nombre del cielo que había creado antes, es decir, lo hizo digno de ese nombre, tanto por su magnitud como porque entre las cosas visibles para nosotros es la más sublime y completamente elevada.

Es de advertir aquí que en el segundo día no se dice: Y vio Dios que era bueno; pues el texto hebreo no lo tiene, como tampoco lo tiene nuestra Vulgata. Creo, sin embargo, que los Setenta lo pusieron, o fue añadido a su traducción por alguien más, ya que San Basilio, San Juan Crisóstomo y San Ambrosio lo explican.

Resta ahora resolver por qué Moisés no dijo en este día: Y vio Dios que era bueno. Algunos dicen que se debe al número dual, que por ello se considera informe porque el primero se aleja del único; por lo cual los animales inmundos se introducen en el arca de dos en dos. San Jerónimo da esta razón en "Contra Joviniano". Sin embargo, esta razón no satisface a algunos, pues es mística y no debería interferir con la verdad del asunto; pues si esto verdaderamente era bueno y perfecto, ¿qué peligro había en testimoniar aquí que Dios vio y aprobó esto?

El Rabino Salomón, preguntando por qué aquí no se dice: Y vio... que... era bueno, responde: "Porque la obra de las aguas no fue completada hasta el tercer día, y en el tercer día se completó la obra de las aguas y otra; por eso, dice, en el tercer día se duplica: Que era bueno; pues se dice dos veces: una por la culminación de la obra del segundo día, y otra por la culminación de la obra del tercer día". Esta razón también la sugiere la Glosa, después de la razón de Jerónimo, diciendo que por esto no se dice bueno aquí, porque en

esta obra la separación de las aguas no fue perfecta, lo cual se hace en lo próximo.

Pero dado que la obra peculiar de este día es el firmamento, me parece más probable que Moisés se abstuviera de decir: Que era bueno, porque el firmamento aún estaba imperfecto, ya que carecía de su ornamentación estelar, en la cual reside su máxima belleza. Esta perfección se logró en el cuarto día, y por eso allí se dice: Y vio Dios que era bueno.

Versículo 9: Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo seco. Y así fue.

En hebreo: וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יִקָּווּ הַמַּיִם מִתַּחַת הַשָּׁמַיִם אֶל־מָקוֹם אֶחָד וְתֵרָאֶה הַיַּבָּשָׁה וַֽיְהִי־כֵן (Vayomer Elohim yiqavu hamayim mitajat hashamaim el-maqom eḥad veteraeh hayabashah vayhi-ken).

En caldeo: וַאֲמַר יְיָ יִתְכַּנְשׁוּן מַיָּא מִתְּחוֹת שְׁמַיָּא לַאֲתַר חָד וְתִתְחֲזֵי יַבֶּשְׁתָּא וַהֲוָה־כֵן: (Va'amar YY yitkanshun maya mitteḥot shemaya la'atar ḥad vetitchazeh yabashta vahava-ken): Y Dios dijo, etc., como arriba.

El Rabino Aben Ezra explica el verbo קוה (qavah) por חבר (javer), en hithpael: que las aguas se reúnan o se acumulen, o se junten.

San Juan Crisóstomo explica esta congregación de las aguas de la siguiente manera: "Porque todo estaba cubierto por las aguas, mandó que la multitud de las aguas se concentrara en una sola reunión, para que apareciera lo seco"; pues la tierra era invisible y desierta, ya que estaba cubierta por las aguas. San Basilio y San Ambrosio dicen lo mismo; pues entienden por aguas y tierra estos elementos que están ante nuestros ojos, y toda la tierra estaba cubierta por agua; por lo cual era invisible y estéril: pero por el mandato divino, el agua se precipitó hacia las partes bajas y cóncavas de la tierra, y así apareció lo seco, que antes estaba cubierto por las aguas.

El Rabino Salomón afirma lo mismo, diciendo que "las aguas estaban extendidas sobre toda la tierra y se reunieron en el océano, que es el mar grande entre todos los mares".

El Rabino Aben Ezra dice que “este verso se une con los anteriores, porque el firmamento no se completó hasta que la tierra se secó. Y el testimonio es: En el día en que el Señor hizo la tierra y el cielo; y he aquí, en un solo día se hicieron; y la visión es una palabra oculta; y las reuniones de una dispersión no es creación. Y así es su sentido: Y ya había dicho Dios: Júntense las aguas. Y esto es similar en la ley en cien lugares; y he aquí, en el principio, בראשית, te daré dos testimonios. Uno es: Y puso allí al hombre que había formado; y después dice: El Señor Dios hizo que brotara; y sin embargo, había hecho brotar estas cosas antes del hombre. Y el segundo testimonio: que mandó al hombre que no comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal, y después está escrito: Y el Señor Dios formó al hombre de la tierra”. Pero su exposición es que ya lo había formado: y por eso, dice, es que: Y vio Dios que era bueno, se une con la creación del segundo día; y: Produzca la tierra, es el principio del tercer día”.

Sin embargo, San Agustín, ya que interpretó las aguas anteriormente como la misma materia, explica esto también en el mismo contexto, diciendo que si llamó confusión de materia por el nombre de agua, esta congregación debe entenderse como la formación misma, para que tal fuera la especie de agua como la que ahora vemos. Y el “Aparezca lo seco” que se menciona puede entenderse como la formación de la tierra, para que tuviera esta apariencia que vemos; se dijo que era invisible e informe, ya que aún carecía de la especie de materia.

Por lo tanto, exponemos conforme a la interpretación de San Agustín. Reúnanse las aguas que están bajo el cielo, es decir, que la materia corporal tome forma, para que esta agua sea la que sentimos.

Pues Dios no hizo que las aguas se reunieran como si existieran previamente, sino que les dio forma y naturaleza, por lo cual están dispuestas a concurrir en un solo lugar. Y aparezca lo seco, es decir, que reciba una forma visible y distinta de la confusión. Pues no se ordena que aparezca como si existiera previamente, sino como tomando forma y naturaleza, por la cual podría aparecer y ser vista. Así que reunir las aguas en uno no es otra cosa que recibir una forma y una inclinación al mismo tiempo hacia el lugar debido y congruente con su especie.

Pero, dado que el lugar propio de las aguas, según su forma y su inclinación a un sitio peculiar, es inmediatamente por encima y alrededor de la tierra, debido a que es un elemento más noble y menos pesado, así como el aire está colocado sobre ambos como más liviano, y sobre el aire el fuego como más liviano aún; sin embargo, dañaría el bien mayor y más universal si las aguas cubrieran la tierra por completo: no podría producir sus frutos, ni podrían mantenerse los animales ni las plantas; por eso Dios hizo que las aguas se reunieran en un solo lugar, recibidas en las concavidades y quebradas de la tierra y como en un odre reunidas, para que no cubrieran la tierra, y en la superficie más alta apareciera lo seco.

No obstante, no se debe decir que las aguas son retenidas allí por fuerza y que se les ha destinado un lugar propio, ya que su lugar propio está sobre la tierra, de modo que, si se les dejara a sí mismas, fluirían sobre la tierra y volverían a cubrirla, como si fueran a alcanzar su lugar peculiar; ya que, como dicen algunos, en medio del océano son mucho más altas que la tierra. Pero eso no es cierto en absoluto. A simple vista vemos que el movimiento del agua siempre es hacia un lugar más bajo; por lo cual, si ese lugar es más bajo, las aguas más altas fluirían hacia la costa. Es natural para las aguas tender equidistantemente hacia el centro en todas partes; los lugares más bajos están más cerca del centro.

Tampoco se diga que las aguas son retenidas por virtud divina para que no fluyan, aunque sean aptas y puedan hacerlo; pues a esto se opone Agustín, diciendo que Dios administra las cosas que ha creado "de modo que les permite realizar sus propios movimientos"; y, como enseña admirablemente el Divino Dionisio, no es propio de Dios violar las naturalezas de las cosas, sino regularlas con su sabiduría. Así, pues, moderó las naturalezas de las aguas, de manera que no permitiera que, dispersas por todas partes, cubrieran toda la tierra y prevalecieran sobre ella; y, sin embargo, no las privó completamente de su lugar propio y natural, para que de algún modo prevalecieran sobre la tierra: sino que, por su mandato de virtud, reuniéndolas y recibiéndolas en las concavidades y profundos senos de la tierra baja, les otorgó su propio lugar sobre la tierra, en la medida en que el seno de todas las aguas está bajo la tierra.

Así, sin embargo, sometió la tierra a las aguas, de modo que lo seco, que ordenó aparecer, sobresaliera de las aguas circundantes, según el versículo del Salmo: "Él fundó la tierra sobre las aguas". Pues la tierra no es llevada por las aguas más ligeras como si fuera más pesada; sino que, como expone admirablemente Agustín, se dice que la tierra está fundada sobre las aguas porque sobresale de las aguas circundantes. Siempre vemos que las costas de los mares y los ríos son más altas que las aguas; y aunque en el medio parezca que las aguas se elevan más alto, no es porque se eleven sobre las costas, sino porque su seno es más profundo y más cercano al centro. Sin embargo, el lugar de las aguas es siempre más bajo que lo seco, y especialmente en el océano mismo, donde todas confluyen. Pues si su lugar no fuera más bajo, ¿por qué los ríos corren más hacia allí que hacia otro lugar, si las aguas siempre fluyen hacia lo bajo? Esto mismo se manifiesta claramente: porque se dice que descienden al mar, como testifica aquí el Rabino Aben Ezra, y en la Escritura lo encontramos muchas veces, como: "Los que descienden al mar en

naves"; y sobre Jonás, cuando huía de la presencia del Señor hacia Tarsis..., "descendió a Joppe y encontró una nave".

Pero aquí surge la duda de cómo se dice que todas las aguas se reúnen en un solo lugar, cuando hay muchos lugares de agua. Porque además del Océano, que es el más grande de todos, están el Tirreno, el Adriático, el Índico, el Egipcio, el Ponto, el Propóntico, el Helesponto, el Euxino, el Egeo, el Jónico, el Atlántico y otros mares interiores; pero por eso se dice que las aguas se reúnen en un solo lugar, porque todas las aguas tienden a un solo lugar, es decir, al mar más grande, al cual todas están unidas; y si algunos lagos parecen estar confinados en sí mismos, sin embargo, a través de conductos ocultos se revierten al mar. Los excavadores de pozos también prueban esto, porque toda la tierra está llena de aguas a través de venas invisibles, cuyo origen es el mar.

Versículo 10: Y Dios llamó tierra a lo seco, y a las reuniones de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno.

En hebreo: וַיִּקְרָ֨א אֱלֹהִ֤ים ׀ לַיַּבָּשָׁה֙ אֶ֔רֶץ וּלְמִקְוֵ֥ה הַמַּ֖יִם קָרָ֣א יַמִּ֑ים וַיַּ֥רְא אֱלֹהִ֖ים כִּי־טֽוֹב׃ (Vayikrá Elohim layabashá eretz ul-mikvé hamayim kará yamim vayáre Elohim ki tov).

En caldeo: וּקְרָא יְיָ לְיַבֶּשְׁתָּא אַרְעָא וּלְבֵית כְּנִישׁוּת מַיָּא קְרָא יַמְמֵי וַחֲזָא יְיָ אֲרֵי טָב׃ (Uqará Yeya leyabeshta ará ul-veit kenishut maya qará yamamei vahazá Yeya aré tov).

San Basilio y San Ambrosio explican este pasaje diciendo que la sequedad, o ciertamente lo seco, es algo propio que define y expresa la naturaleza del sujeto; la tierra es una denominación simple y general de la cosa. Así como la racionalidad es propia del ser humano, la palabra "hombre" significa el animal al que le corresponde esa propiedad; del mismo modo, la sequedad es propia y principal de la tierra. Así que, a lo que se le atribuye sequedad como propio, se le llama tierra; de la misma manera que aquello a lo

que le corresponde relinchar se le llama caballo. Por lo tanto, lo seco es una expresión de la naturaleza; de ahí que lo que es abundante en agua también contiene sequedad. Quitada el agua, empieza a ser seco, como está escrito: "Convirtió los ríos en desierto y las fuentes de agua en sequedad", es decir, de tierra acuosa hizo tierra seca.

No sólo es así en la tierra, sino también en otros elementos. Pues cada uno tiene su propia cualidad, por la cual se distingue de los demás y se conoce lo que es. El agua tiene como cualidad propia la rigidez; el aire, la humedad; el fuego, el calor; estas cualidades son las primeras y peculiares de cada elemento; aunque ninguno de ellos sea absolutamente solitario, puro y simple: la tierra es seca y fría; el agua, fría y húmeda; el aire, húmedo y cálido; el fuego, cálido y seco. Y así, a través de estas cualidades combinadas, los elementos se mezclan; pues la tierra, siendo de cualidad seca y fría, se conecta con el agua por la cualidad común del frío; y el agua con el aire, porque el aire es húmedo. Por lo tanto, el agua, con sus dos cualidades, frío y humedad, parece abrazar a la tierra con el frío y al aire con la humedad. El aire también, siendo intermedio entre dos elementos naturalmente opuestos, es decir, entre el agua y el fuego, concilia ambos elementos consigo, porque se une al agua con la humedad y al fuego con el calor. El fuego, siendo naturalmente cálido y seco, se une al aire por el calor; y por la sequedad se relaciona y se asocia con la tierra; y así, mediante este circuito y coro de concordia y asociación, se unen entre sí. De ahí que en griego se llamen στοιχεῖα (stoicheía), que en latín llamamos elementos, porque se convienen y armonizan entre sí.

Hemos llegado aquí porque la Escritura dice que Dios llamó tierra a lo seco, es decir, porque Dios llamó a la propiedad principal de la tierra su naturaleza. La propiedad natural de la tierra es la sequedad: esta prerrogativa principal le ha sido reservada. Por lo tanto, la sequedad también implica que sea fría: pero las cualidades secundarias no se anteponen a las primarias.

Y a las reuniones de las aguas las llamó mares. Según el idioma hebreo, toda reunión de aguas, sean saladas o dulces, se llama mares y no sólo el océano. De ahí que en el Evangelio frecuentemente leemos: Mar de Galilea y de Tiberíades, aunque en realidad es un lago, al cual Lucas llama estuario de Genesaret.

Esta propiedad del dialecto hebreo la ignoraba Porfirio, quien criticaba a los evangelistas por llamar mar a un lago, diciendo que esto era para hacer creer a los ignorantes que el milagro del Señor fue caminar sobre el mar. ¡Qué necedad! ¿Acaso es menos milagro caminar sobre las aguas fluidas de un estanque que pisar las olas del mar? El milagro consiste en caminar sobre las olas, sean del mar o del lago.

Pero surge la duda, ya que arriba el Señor ordenó que las aguas se reunieran en un solo lugar, ¿qué significa que las reuniones de las aguas se llamen mares? El rabino Abraham Aben Ezra dice: "Se ha dicho así porque no hay un nombre para el mar que rodea toda la tierra". San Ambrosio responde que "es una sola reunión de aguas, ya que hay una onda continua e ininterrumpida desde el mar Índico hasta la costa del Gaditano, y de ahí al mar Rojo, circundando el mundo con el océano: también interiormente, el Tirreno se mezcla con el Adriático, y el Adriático con los demás mares, denominados por nombres distintos, pero no por olas diferentes. ... Así, hay una colección general que se llama mar, y muchas colecciones que se llaman mares según las regiones. Así como hay muchas tierras, como África, España, Tracia, Macedonia, Siria, Egipto, Galia e Italia, que se llaman por los nombres de las regiones, y una sola tierra: así también hay muchos mares que se denominan según las regiones, y un solo mar, como dice el Profeta: 'Tuyos son los cielos y tuya es la tierra, tú fundaste el orbe y su plenitud, tú creaste el norte y el mar'".

Y vio Dios que era bueno. El rabino Aben Ezra dice que esto está relacionado con la creación del segundo día. San Basilio y San Ambrosio interpretan esta expresión refiriéndose al mar, que es la reunión de las aguas, no porque el discurso indique que a Dios le haya parecido placentera la vista del mar; el creador no contempla las bellezas de las criaturas con los ojos, sino que las observa con una sabiduría inefable. "El mar es bueno primero porque sostiene la tierra con su humedad necesaria, suministrándole a través de ciertas venas ocultas un jugo no inútil; el mar es bueno como refugio de los ríos, fuente de lluvias, derivación de aluviones, medio de transporte, que une a los pueblos distantes, aleja los peligros de las guerras y encierra la furia bárbara: es un auxilio en las necesidades, un refugio en los peligros, una gracia en los placeres, una fuente de salud, una conexión de los separados, un atajo en los viajes, un refugio para los trabajadores, un apoyo para los impuestos, un alimento para la esterilidad. De él se transfiere la lluvia a las tierras; ya que del mar el agua es absorbida por los rayos del sol, y lo que es sutil de ella es llevado: luego, cuanto más se eleva, tanto más se enfría por la sombra de las nubes, y se convierte en lluvia, que no solo templa la sequedad de la tierra, sino que también fertiliza los campos áridos".

Sin embargo, Beda, explicando este pasaje, dice: "Aún no había germinado la tierra, ni las aguas habían producido seres vivientes, y sin embargo se dice que Dios vio que era bueno, porque al retirarse las aguas, apareció lo seco, ya que el evaluador del universo, previendo lo que estaba por venir, lo alaba como si ya estuviera perfecto". Esta opinión me parece muy aceptable, que, al separarse las aguas, se diga que lo seco apareció y fue bueno. Pues la utilidad de esta separación es evidente, tanto para la conservación de los animales terrestres como para los frutos y cosechas de la tierra. Después de esto, la tierra no estaba más vacía y desolada, sino que se hizo visible, adornada con hierbas verdes y plantas, decorada también con flores de ríos, para que, fecundada con sus frutos, diera

frutos dulces y alimento agradable a los animales. Por eso, inmediatamente recibió de Dios, el dador de todo, la virtud de germinar por su propia naturaleza, cuando se añade:

Versículo 11: “Produzca la tierra hierba verde que dé semilla y árbol frutal que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en sí misma sobre la tierra.” Y así fue.

En hebreo: וַיֹּ֣אמֶר אֱלֹהִ֗ים תַּֽדְשֵׁ֤א הָאָ֨רֶץ֙ דֶּ֔שֶׁא עֵ֚שֶׂב מַזְרִ֣יעַ זֶ֔רַע עֵ֣ץ פְּרִ֞י עֹ֤שֶׂה פְּרִי֙ לְמִינ֔וֹ אֲשֶׁ֥ר זַרְעוֹ־ב֖וֹ עַל־הָאָ֑רֶץ וַֽיְהִי־כֵֽן׃

En caldeo: וַאֲמַר יְיָ תַּדְאֵית אַרְעָא דִּיתְאָה עִיסְבָּא דְּבַר־זַרְעֵיהּ מִיזְדְּרַע אִילַן פֵּירִין עָבֵיד פֵּירִין לִזְנֵיהּ דִּי בַּר־זַרְעֵיהּ בֵּיהּ עַל־אַרְעָא וַהֲוָה־כֵן׃

Y dijo Dios: "Produzca la tierra vegetación: hierba que dé semilla, árboles frutales que den fruto según su especie, y cuya semilla esté en ellos sobre la tierra." Y fue así.

El rabino David Kimchi señala una diferencia entre דשא (dese) y עשב (esev): que דשא, con seis puntos, significa brote, y se llama así cuando comienza a salir de la tierra; y cuando crece se llama עשב, es decir, hierba, porque דשא es el inicio de la obra en la hierba: por lo tanto, se deriva de este verbo que significa acción, como germinar, y no se forma un verbo a partir de עשב. El rabino Aben Ezra también dice que תדשא aquí es como תצמיח: germinar. El rabino Salomón dice que "דשא y עשב no son lo mismo, ni דשא es עשב, ni la lengua de la Escritura dice: תעשיב הארץ, porque las especies de דשאין divididas cada una en su sustancia se llaman alguna hierba. Y no es apropiado decir germen alguno particular y determinado, porque דשא significa vestidura de la tierra, como la plenitud de los brotes. Por lo tanto, 'produzca la tierra', es decir, que se llene y se cubra con una vestidura de hierbas.” En latín דשא se dice: ערב, hierba; sin embargo, en la Escritura, דשא se toma frecuentemente por עשב y viceversa, ya que son muy similares entre sí.

También en nuestra traducción Vulgata: "Facientem semen" en hebreo es "seminificans semen"; de manera similar, "Producat terra" en hebreo es תוצא, es decir, "haga salir", que, como muchas otras expresiones, nuestro intérprete prudentemente adaptó al estilo latino, como también lo hicieron los Setenta en griego; aunque ellos son más hábiles en inventar y señalar nombres que nosotros, por lo que a menudo se acercan más al hebreo que nosotros.

Ahora debemos aclarar el sentido de estas palabras. Dice entonces: "Produzca la tierra hierba, o germen, etc." Algunos interpretan: "produzca", es decir, que reciba y tenga la fuerza y el poder de generar; lo que parece ser la opinión de San Agustín. San Juan Crisóstomo lo interpreta de otra manera, diciendo: "El Señor ordenó, y de inmediato la tierra, madurando sus brotes, se apresuró a germinar las semillas. Y la tierra produjo hierba verde, etc., observando aquí que todo fue hecho por la palabra del Señor sobre la tierra." Esto parece más probable a otros, tanto porque la significación de las palabras lo confirma más, como porque dicen que Dios quiso mostrar cómo podía producir perfectamente y en un momento todos los efectos de las causas mediatas sin las causas intermediarias, siendo omnipotente y actuando por voluntad, no por necesidad natural: así como quiso formar al hombre por sí mismo y a todos los géneros de animales: esto debía ser perfectamente al principio.

San Basilio explica este pasaje así: "La tierra, dice, después de haber sacudido el peso del agua y haberse liberado y respirado más libremente, recibió el decreto en orden natural de germinar primero la hierba, luego los árboles: lo cual vemos suceder hasta el día de hoy. Esa primera orden dada, como una ley natural impresa en la tierra, le da la capacidad de germinar y producir frutos."

Nosotros, sin embargo, con Basilio entendemos que esta ley de germinar y producir frutos fue impuesta a la tierra por este

mandamiento de Dios, y con Agustín que la tierra recibió la capacidad de germinar, y con Crisóstomo que entonces produjo la tierra germinados, hierbas y frutos por este mandato de Dios, sin ninguna causa intermediaria, no es inadecuado entenderlo en esta palabra. Pues esta ley de germinar y producir frutos, como vemos que ocurre hasta hoy, lo prueba: y que entonces recibió la capacidad de germinar, lo demuestra la razón evidente, porque nos muestra el efecto. Pues de ninguna manera la tierra habría producido sus brotes y germinados si no hubiera recibido la capacidad de Dios, el dador de todo. El texto que sigue también prueba que inmediatamente maduró y produjo sus brotes, hierbas y frutos:

Versículo 12: “Y la tierra produjo hierba verde que daba semilla según su especie, y árbol frutal que daba fruto cuya semilla estaba en él según su especie.”

En hebreo: וַתּוֹצֵ֨א הָאָ֜רֶץ דֶּ֠שֶׁא עֵ֣שֶׂב מַזְרִ֤יעַ זֶ֙רַע֙ לְמִינֵ֔הוּ וְעֵ֧ץ עֹֽשֶׂה־פְּרִ֛י אֲשֶׁ֥ר זַרְעוֹ־בֹ֖ו לְמִינֵ֑הוּ

En caldeo: וְאַפֵּיקַת אַרְעַא דִּיתְאָה עִיסְבָּא דְּבַר־־זַרְעֵיה מִיוְדְּרַע לִזְנוֹהִי וְאִילַן עָבֵיד־פֵּירִין דְּבַר־־זַרְעֵיהּ בֵּיהּ לִזְנוֹהִי

Y la tierra produjo vegetación, hierba que da semilla según su especie, y árbol frutal que da fruto cuya semilla está en él según su especie.

Aben Ezra explica: "Cuyo semen está en él según su especie, porque cada semilla conserva su especie". El rabino Salomón explica "que crezca en ella, es decir, la hierba, su semilla para sembrarla en otro lugar"; y en cuanto a "árbol frutal" (עץ פרי), dice que "es como si el árbol hubiera producido cargado de frutos: porque no es así haciendo esto. La tierra produjo un árbol que daba fruto, y no un árbol de frutos; debe ser explicado que, cuando Adán fue maldecido por su iniquidad, también fue visitada y maldecida la tierra misma". Y respecto a "Cuyo semen está en él", dice que "son granos o

semillas en todos los frutos, de los cuales germina el árbol, como si alguien lo hubiera plantado". El rabino Aben Ezra nota aquí que se dice: "Germinet (תדשא) la tierra, reptilifiquen (ישרצו) y produzca (תוצא), y he aquí que puso la virtud en la tierra y en el agua para hacer según el mandamiento de Dios, y esto es generación".

Versículo 13: "Y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana del tercer día."

En hebreo: וַיַּרְא אֱלֹהִים כִּי־טוֹב וַיְהִי־עֶרֶב וַיְהִי־בֹקֶר יוֹם שְׁלִישִׁי:

En caldeo: וַחֲזָא יְיָ אֲרֵי־טָב וַהֲוָה־רְמַשׁ וַהֲוָה־צְפַר יוֹם תְּלִיתָאֵי:

Aquí se pone la alabanza del tercer día por la utilidad de los nacimientos de la tierra. Sin embargo, muchos se preguntan por qué el Señor quiso que la tierra produjera muchas hierbas nocivas, espinas y cardos, y ciertos arbustos que parecen infructuosos. San Agustín responde que muchas de esas hierbas tienen utilidades, aunque a nosotros nos parezcan inútiles y nocivas porque desconocemos sus naturalezas, y son necesarias para la belleza del universo. A menos que digamos que, después de la caída del hombre, la tierra produjo estas, por mandato de Dios, como castigo por el pecado, cuando el Señor dijo a Adán: "Espinas y cardos te producirá."

Versículos 14-15: "Dijo también Dios: Haya luminarias en el firmamento del cielo, que separen el día de la noche, y sirvan de señales para las estaciones, los días y los años, y que alumbren en el firmamento del cielo para iluminar la tierra." Y así fue.

En hebreo: וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי מְאֹרֹת בִּרְקִיעַ הַשָּׁמַיִם לְהַבְדִּיל בֵּין הַיּוֹם וּבֵין הַלָּיְלָה וְהָיוּ לְאֹתֹת וּלְמוֹעֲדִים וּלְיָמִים וְשָׁנִים: וְהָיוּ לִמְאוֹרֹת בִּרְקִיעַ הַשָּׁמַיִם לְהָאִיר עַל־הָאָרֶץ וַיְהִי־כֵן:

En caldeo: וַאֲמַר יְיָ יְהוֹן נְהוֹרִין בִּרְקִיעָא דִשְׁמַיָּא לְאַפְרָשָׁא בֵּין יְמָמָא וּבֵין לֵילְיָא ויהוֹן לְאָתִין וּלְזִימְנִין וּלְמִינֵי־בְהוֹן יוֹמִין וּשְׁנִין ויהוֹן לִנְהוֹרִין בִּרְקִיעָא דִשְׁמַיָּא לְאַנְהָרָא עַל־אַרְעָא וַהֲוָה־כֵן:

El rabino Aben Ezra dice que la expresión יהי (yehi) es יהיה (yihye), ya que significa plural y también se usa para singular y plural, incluso femenino, como en: "Si fuere niña virgen", etc. El rabino Salomón interpreta este pasaje diciendo que “las luminarias ya fueron creadas el primer día, y el cuarto día se ordenó que se suspendieran en el firmamento; y así, toda la generación del cielo y la tierra fue creada el primer día, pero cada cosa fue establecida en su día, según fue decretado sobre ellas. Y esto es lo que está escrito: את השמים (et hashamayim): para multiplicar sus generaciones, y את הארץ (et haaretz): para multiplicar sus generaciones”. Dice también que “en la palabra: מארת (meorot), falta la letra ו (vav), porque es día de maldición, para que caiga plaga en los niños: por eso ayunan el cuarto día por la plaga, para que no caiga en los niños.”

"Para separar el día de la noche": dice que esto se hizo “para reponer la primera luz; pero en los primeros siete días sirvieron la luz y las tinieblas primeras: esto en el día y esto en la noche. Y sirvan de señales: cuando las luminarias se eclipsan es un mal signo en el mundo, como se dice: 'No teman a las señales del cielo'; y haciendo así la voluntad de Dios no era necesario, pero se debe temer por el castigo. Y para las estaciones establecidas: por el futuro, porque Israel sería quien ordenara las estaciones establecidas, o festividades, y se numeran según el plenilunio. Y días: el sol sirve a la mitad del día, y la luna a la otra mitad: he aquí el día completo. Y años: al final de los trescientos sesenta y cinco días completan su curso o trayectoria en los doce signos de sus planetas, y es el año; y además sirven para iluminar el mundo”.

Hasta aquí la interpretación de estas palabras del rabino Salomón.

Aben Ezra, por su parte, explica este pasaje primero: "En señales de los puntos y en tiempos establecidos de las horas; y se ajusta a que sean señales sobre el eclipse del sol y la luna y la variabilidad de las estrellas, porque estas estrellas son la causa de la similitud o del

signo que se ve"; y sobre la palabra למארת (lmeorot) dice que "ל (l) es una letra añadida y superflua y no dice nada". Explicando sobre el firmamento, menciona la opinión del Rabino Sepharaddi. Dice que "el sabio grande Sepharaddi afirmó que el firmamento se divide en ocho partes: en siete estrellas y la esfera de los signos". Sin embargo, él no aprueba esta opinión; dice que esto no cuadra "porque no hay cuerpo sobre la esfera de los signos. Y he aquí que la Escritura dice: En el firmamento del cielo, para enseñar que hay cielo sobre él; y así: los cielos de los cielos; y: Para cabalgar sobre los cielos de los cielos de oriente; y קדם (kedem) en este lugar no es oriente, es decir, evidente. Y Gaon el Rabino Saadia — memoria del justo en bendición — rechazó esta opinión; y lo recto a mis ojos es que el sol, la luna y todas las estrellas son luminarias en el firmamento, porque allí se ven". Así, Aben Ezra sostiene que el firmamento es el aire, como explicó anteriormente.

Nosotros, sin desviarnos del camino de los Santos, interpretamos este pasaje de la siguiente manera: “Haya luminarias en el firmamento del cielo”, es decir, los cuerpos del sol, la luna y las estrellas, que sean vehículos primarios de aquella luz creada el primer día, pues, como explicamos anteriormente de San Basilio y Damasceno, una luminaria es el vehículo de la luz. Por lo tanto, las luminarias fueron constituidas el cuarto día a partir de esa primera luz que hacía el día y la noche, con partes condensadas en una mayor densidad: pues una estrella es la parte más densa de su esfera. Esto se hizo con la mano divina, es decir, con su poder, en forma de receptáculos de la luz primaria.

Estas luminarias fueron creadas, al igual que todas las cosas, para la máxima gloria de Dios, pues el Señor hizo todo para sí mismo, pero especialmente para la conveniencia y utilidad del hombre; no para que el hombre las adore, sino para que le sirvan y asistan. Por eso la Escritura dice: "No sea que, alzando tus ojos al cielo, veas el sol, la luna y todas las estrellas del cielo, y te extravíes y las adores y

sirvas, las cuales el Señor tu Dios ha creado para servicio de todas las naciones." Por lo tanto, aquí Moisés describe las funciones y servicios de las luminarias. Primero: para dividir el día y la noche. El sol hace el día llevando la luz consigo, y, como dice San Basilio, no se equivocaría quien dijera que el día es el aire iluminado por el sol, o la cantidad de tiempo en que el sol se mueve sobre la tierra en nuestro hemisferio; por eso el sol fue creado para gobernar el día, y la luna y las estrellas para gobernar la noche. Y aquí noche no significa oscuridad o privación de la luz solar, como en el primer día fue la noche: porque esa noche la causaba la privación de la luz solar; pero aquí entendemos algo positivo con la palabra noche, ya que tiene sus luminarias, que fueron hechas para gobernar la noche, por las cuales hay noche: y adquiere ciertas cualidades a través de esas luminarias, para servir a la vida humana. No siempre puede trabajar el hombre, sino que en algún momento debe descansar, y el tiempo en que sus miembros se alivian con un sueño tranquilo y sus sentidos se refrescan, lo proporciona la noche, después de que el día haya dado el tiempo para trabajar. Este es, pues, el primer oficio de las luminarias.

El segundo es: porque a través de ellas muchas veces se significan cosas como lluvias, cielos despejados, calores, vientos y otras cosas de este tipo, que se efectúan por ellas, lo que tanto los agricultores como los marineros y los médicos conocen y experimentan en su mayoría: y esto es lo que se dice: "Y sean en señales". Muchos entienden lo que se dice: "Sean en señales y tiempos" como un hendíadis, es decir, en señales de los tiempos, como refiere San Agustín.

El tercer oficio de las luminarias es la variación de los tiempos, como se menciona: "Y sean para tiempos". Aquí, el tiempo no se entiende como lo definen los físicos, es decir, como el número y la medida del movimiento, sino que algunos dicen que se entiende el tiempo según las variaciones naturales, causadas por la posición e

influencia de los astros. Es diferente el tiempo del día al de la noche; por eso requiere variedad de trabajo, como la mañana y la tarde, así también un día es diferente de otro: un mes es diferente de otro: una luna nueva es diferente de una menguante; y por estas diferencias el año se divide en primavera, verano, otoño e invierno. Esta variación de los tiempos la causan las luminarias mismas por su acercamiento y alejamiento de nuestro hemisferio hacia los solsticios, ya sea de invierno o de verano.

Esta es casi toda la explicación de este pasaje, que no me atrevo a desaprobar, pues se sostiene en la autoridad de hombres muy doctos y santos, cuya habilidad y santidad siempre debemos admirar. Sin embargo, la Verdad Hebrea parece presentar otra comprensión de este pasaje; donde nuestra Lectura dice: "Para tiempos", allí se lee: וּלְמוֹעֲדִים (ulmo'adim). Esa palabra no significa el tiempo mencionado anteriormente, pues esto se entiende mejor en la siguiente parte que dice: "Para días y años"; sino que aquí se refiere a días establecidos y solemnes llamados מועדים (mo'adim), que los hebreos dicen así por la convocatoria y la advertencia, o más bien por la reunión de la congregación para celebrar fiestas divinas, de la palabra יעד (ya'ad), que designa la reunión y la constitución del tiempo para celebrar consejos sagrados. Estos días se mencionan con mucha frecuencia en las Escrituras Sagradas, y el sol y la luna son sus indicadores; pues tales días se celebran y se repiten según el curso del sol y la luna. Por lo tanto, el primer tipo de tiempo en hebreo se llama: עת (et); y el segundo: מועד (mo'ed), o זְמָן (zman), como también lo tiene el texto caldeo. Los Setenta tampoco traducen aquí: χρόνους (chronous), que significa tiempo, sino: καιροὺς (kairous), que es la oportunidad y ocasión para hacer bien las cosas, lo que algunos llaman ἄνθος τοῦ χρόνου (anthos tou chronou), es decir, la flor del tiempo, que es la más selecta y oportuna.

El cuarto oficio de las luminarias es la variedad de los tiempos, por la cual se miden los tiempos temporales y su duración y

permanencia; y esto es lo que se añade: "Y para días y años"; pues los días se forman y se distinguen manifiestamente por la revolución de las luminarias, y se multiplican en números. Pero también para contar los años, el sol y la luna están constituidos como principales. Pues la luna, cuando ha completado su curso doce veces, constituye el año, excepto el mes intercalar, que a menudo parece necesario para un cálculo exacto del tiempo; como los hebreos, en tiempos muy antiguos, y los más antiguos de los griegos, medían el año. Pero el año solar es cuando el sol, con su movimiento, vuelve al mismo punto o signo de donde partió.

Finalmente, el quinto oficio de las luminarias es iluminar sobre la tierra; lo que también contribuye tanto para adquirir conocimiento visual de muchas cosas a través de los ojos como para dirigir las diversas acciones y negocios de los hombres, que sin luz no podrían llevarse a cabo. Esto es lo que se añade: "Para que iluminen sobre la tierra". Y así fue; pues todo, como fue ordenado, nunca dejó de cumplirse.

Vrr. 16-18 Y Dios hizo dos grandes luminarias: la luminaria mayor, para que presidiera el día, y la luminaria menor, para que presidiera la noche, y las estrellas. Y las puso en el firmamento del cielo para que alumbraran sobre la tierra, y presidieran el día y la noche, y dividieran la luz de las tinieblas.

Para que presidieran: לְמֶמְשֶׁלֶת (le-memshelet), en potestad, o dominio.

Los Setenta, queriendo conservar íntegramente el hebreo, tradujeron: Εἰς ἀρχὰς τῆς ἡμέρας (eis archas tēs hēmeras), es decir, en potestades del día; y la luminaria menor: εἰς ἀρχὰς τῆς νυκτός (eis archas tēs nyktos), es decir, en potestades de la noche. Pero dado que ἀρχὴ (archē) en griego no solo significa imperio y dominio, sino también principio del tiempo, la mayoría de los griegos entendieron que las luminarias fueron hechas en el principio del día y de la

noche; pues no tomaron ἀρχὰς como potestad, sino como principio. De donde afirman que la luna, ya que se dice que fue hecha en el principio de la noche, estuvo opuesta diametralmente al sol cuando fue creada. Sin embargo, en el inicio de la noche la luna no sale sino en plenilunio, es decir, luna llena y redonda, la cual nos aparece llena cuando está diametralmente opuesta al sol. Por tanto, como ambas luminarias fueron hechas en la mañana, el sol comenzó a brillar desde el oriente: y cuando llegó al anochecer al signo del occidente, entonces la luna comenzó a aparecer en el oriente al inicio de la noche. Esto pudo ser así y creemos que fue así: pero no se deduce de este pasaje; pues ἀρχὴ aquí no significa principio, sino potestad: esta anfibología no está en el contexto hebreo. De donde nuestra Lectio es mejor: Para que presidiera el día y la noche. [Por eso] San Agustín, en el libro De Genesi ad Litteram Imperfecto, desaprueba esto, porque entonces no sería el primero, sino el decimosexto o decimoquinto día de la luna cuando se tomaría el inicio del cómputo, sino que fue hecho en potestad.

El rabino Aben Ezra expone este pasaje así: "Se llaman dos grandes luminarias respecto a las otras estrellas: y así se llaman los tres hijos de Isaí grandes respecto a los posteriores, y Eliab el primogénito grande sobre todos; y no es que este sea mayor que este. יש לו סוד (yash lo sod): tiene un secreto. En potestad del día: el sol durante el día y no en la noche, pues no tiene, es decir, la noche, luz; también la luz de la luna y las estrellas no se ve durante el día. Y si alguien pregunta: ¿no dijeron los sabios escritores, o astrólogos, que la estrella de Júpiter, צדק (Tzedeq), y todas las estrellas, excepto la estrella llamada מככב (Kokhav), y Venus, son mayores que la luna? ¿Y cómo está escrito grandes, es decir, luminarias? La respuesta es: no es la exposición, grandes por su forma en sus cuerpos, sino por la luz, y la luz de la luna se duplica mucho porque está más cerca de la tierra, y por eso está escrito: luminarias, y las puso, o las dio. No te maravilles por la expresión: ויתן (vayiten), pues así está escrito: Mi

arco he puesto. Y en potestad: el día de la ley es desde la hora de la salida del sol hasta el ocaso: y la noche desde el tiempo en que se ven las estrellas; y bien o justamente dijeron: En boca de tres testigos. Y debes saber que el tiempo de oscurecimiento del sol es desde la tarde hasta una hora y un tercio de hora, pues parece que es como la luz en las nubes; y así en la mañana la primera luz de la salida del sol; y en el orto de la luz del sol durante el día, y la luz de la luna en la noche dividen entre la luz y las tinieblas". Hasta aquí Aben Ezra.

Pero el rabino Salomón piensa así sobre las grandes luminarias: "Las luminarias grandes fueron creadas iguales; pero la luna fue disminuida, porque se quejó, o acusó y dijo que era imposible que dos reyes sirvieran bajo una misma corona; y las estrellas [fueron creadas]: porque disminuyó la luna, multiplicó su ejército para cumplir o llenar su opinión".

Nosotros, sin embargo, exponemos este pasaje de la siguiente manera: que el sol y la luna sean llamados grandes luminarias no solo porque son cuerpos de inmensa magnitud y porque brillan más que las demás estrellas, sino principalmente según la apariencia, porque parecen más grandes que las otras; aunque el cuerpo lunar sea mucho más pequeño que casi todas las demás estrellas; sin embargo, debido a que está más cerca de la tierra, parece más grande e influye más; por eso, después del sol, supera a las demás en influencia. Se dice que están situadas en el firmamento del cielo, ya que estas estrellas son las partes más densas de sus órbitas. No se entiende aquí por firmamento el aire, como lo piensa Aben Ezra, de modo que solo según la apariencia se diga que las luminarias están puestas en el firmamento, es decir, en el aire, porque allí se ven; sino que el firmamento aquí se entiende como el cielo dividido en ocho partes, es decir, la octava esfera con las órbitas de los planetas, como lo entiende el Rabino Sepharaddi. Tampoco aprobamos lo que dice el Rabino Salomón, que el sol y la luna eran iguales en claridad

desde su creación, y que la luna habló con Dios para que disminuyera la luz del sol: y por eso fue disminuida en luz. Porque las estrellas del cielo no son cuerpos dotados de alma racional y viviente, como para que la luna pudiera hablar; ni antes del cuarto día hubo alguna vez noche, sino día continuo si, cuando el sol iluminaba el día y la luna la noche, la claridad y el esplendor de sus luces eran iguales; la noche ciertamente no sería noche si brillara como el día. Pero la luna es llamada gran luminaria, porque después del sol aparece así entre las estrellas; pero es una luminaria menor en comparación con el sol, que la supera y excede en mucho tanto en magnitud de cuerpo como en claridad de luz y en virtud de influencia. Y porque el sol ilumina el día y la luna la noche, y nunca la noche es iluminada por el sol ni el día por la luna, por eso se dice que la luminaria mayor fue hecha para el dominio del día, para que presidiera el día, y la luminaria menor para el dominio de la noche. Muchos piensan que lo que dice el Rabino Salomón pertenece a una teología más secreta, y que no fue así: que por eso se significa parabólicamente algún secreto.

Vr. 19 Y Dios vio que era bueno. Y fue la tarde y la mañana del cuarto día.

Dios vio, dice, "porque lo que le placía hacer, hecho le agradó para que permaneciera." Y vio... que... era bueno, porque es maravillosa la utilidad de las luminarias y las estrellas ya hechas: son para señales, tiempos, días y años; iluminan sobre la tierra, rigen, gobiernan, influyen, producen vida y la proveen a todos los seres vivos y realizan innumerables otros bienes para las utilidades y comodidades de los vivientes.

Vr. 20 También dijo Dios: Produzcan las aguas reptiles de alma viviente, y volátiles sobre la tierra debajo del firmamento del cielo.

En hebreo: יִשְׁרְצוּ (yishretsu)

Apenas hay en latín una palabra que responda a esta palabra hebrea. Pero שרץ (sharatz) es producir en multitud, y se dice de aquellos que provienen en gran cantidad y se mueven. Nuestro intérprete, sin embargo, imitando a los Setenta, que tradujeron: Ἐξαγαγέτω τὰ ὕδατα ἑρπετά (Exagagetō ta hydata herpeta), es decir: Produzcan las aguas reptiles, también tradujo: Produzcan las aguas reptiles. Aunque reptil se refiere a los animales terrestres, que se arrastran, también se llaman reptiles a los peces; pues los peces se mueven por las aguas de un modo similar a como los reptiles se mueven por la tierra.

El Rabino Aben Ezra dice que "שרץ (sharatz) es un verbo transitivo, como lo es: el río hervirá, o producirá ranas, y el sentido de ישרצו (yishretsu) es generación con elevación. Y está escrito: Volátil volando sobre la superficie del firmamento, por: hasta cerca de la determinación del firmamento. Y dice Gaon que על־פני (al-p'nei), es con el rostro; si es así, la superficie del cielo es debajo de él; יעופף (ya'ofef), se duplica, como יכונן (yakonen)".

El Rabino Salomón dice que "alma viviente es en lo que hay vida; y sobre שרץ (sharatz), que todo ser viviente que no está elevado de la tierra, se llama שרץ (sharatz), en volátiles, como las moscas; en reptiles, como las hormigas, gusanos negros, o escarabajos, y lombrices; y en בריות (briyot), como la comadreja y el ratón y el caracol, o tortuga, y lo que sale similar a ellos, y todos los peces".

Nosotros exponemos este pasaje de la siguiente manera. Produzcan las aguas reptiles, o reptilifiquen reptiles, si aplicamos reptar a los animales acuáticos, esto es, produzcan animales acuáticos en gran número y multitud. Sin embargo, es digno de nota que no se ordena a las aguas que produzcan reptiles por sí mismas, sino que recibieron la virtud de esta orden divina para que de ellas se generaran los peces. Y no solo de las aguas; todos los elementos a la vez proveen la naturaleza a los animales, y participan más de la tierra; pero dado

que los peces viven en las aguas y allí están y se contienen, por eso se llaman animales acuáticos, como si tomaran su origen de las aguas. Y pronto, con el mandato divino, las aguas se llenaron de peces y, después de la tierra y el cielo, recibieron su propio y particular adorno.

Sin embargo, nos mueve la cuestión de cómo las aves proceden de las aguas, siendo que no son animales acuáticos, sino aéreos, ya que se observan viviendo en el aire. Esto, según la Edición Vulgata, plantea una duda. Esta duda es resuelta por la Verdad Hebrea, que dice: וְעוֹף יְעוֹפֵף עַל־הָאָרֶץ (ve'of ye'ofef al-ha'aretz): Y el volátil volará sobre la tierra. Por lo tanto, no se mezclan los volátiles entre los que son producidos por las aguas; sino que se relata dónde fueron hechos, a saber, sobre la tierra; pues más adelante se enumeran las aves entre los animales de la tierra. Dice: Formados entonces... de la tierra todos los animales de la tierra y todos los volátiles del cielo, etc.; a menos que tal vez digamos, según nuestra Edición, que las aves se dicen proceder de las aguas, porque en las aguas no solo hay humedad, de donde los peces toman su origen, sino también vapor, que tiene una naturaleza de alguna manera similar a la del aire, y de ese vapor casi aéreo las aves tomaron su origen. Cuando se añade: Bajo el firmamento del cielo, o, según la Lectura Hebrea, sobre la faz del firmamento del cielo: por la faz del firmamento entendemos el aire; pero por firmamento, desde el cielo estrellado todos los orbes hasta el aire; y la faz de este cielo es el aire, que también no rara vez se llama cielo. Así se dice de las aves del cielo. Y así el aire también recibió su propio ornamento de aves.

Vr. 21 Y Dios creó los grandes cetáceos y toda alma viviente y móvil, que las aguas produjeron según sus especies, y todo volátil según su especie.

La letra hebrea tiene: Y Dios creó grandes serpientes y toda alma viviente, reptil, que las aguas produjeron, o reptilificaron según su especie, y toda ave alada según su especie.

Aquella palabra הרמשת (haromeshet), dice el Rabino Aben Ezra, que "su sentido es como הולכ׳ (holech); y hay quienes dicen que ש (sh) está en lugar de ס (s)". El Rabino Salomón dice "que התנינם (hataninim) son grandes peces, que están en el mar. Y en las palabras de la historia está el leviatán y el hijo de su pareja: porque los creó macho y hembra, y mató a la hembra y la guardó para los justos del mundo futuro; porque si hubieran fructificado y se hubieran multiplicado, el mundo no se habría sostenido ante ellos". Alma viviente, explica como alma en la que hay vida.

Nosotros lo exponemos así. Nuestro intérprete tradujo הַתַּנִּינִם (hataninim) como cetáceos, imitando a los Setenta, que tradujeron: Καὶ ἐποίησεν ὁ θεὸς τὰ κήτη τὰ μέγαλα (kai epoiēsen ho theos ta kētē ta megala), es decir: Y Dios hizo grandes cetáceos, traduciendo el sentido más que la palabra. Pues en este lugar esa voz no se toma por serpientes terrestres, sino por marinas y acuáticas; pues los cetáceos y los mayores peces no son otra cosa en las aguas que los dragones en la tierra. Así leemos en otra parte que grandes peces son llamados dragones, como en el Salmo: Dragones y todos los abismos: entendiendo por abismos aguas muy abundantes, y por dragones grandes peces. Tampoco por cetáceos se entiende una especie de peces, sino que todos los peces más grandes son así llamados, como dice Teodoreto. Pero lo que el Rabino Salomón dice de estos peces, es completamente absurdo, si se entiende literalmente; pero los teólogos más secretos dicen que se ha dicho parabólicamente. De lo cual no trataremos ahora.

Vrr. 22-23 Y Dios vio que era bueno y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos y llenad las aguas del mar, y las aves multiplíquense sobre la tierra. Y fue la tarde y la mañana del quinto día.

Nuestro intérprete tradujo: Creced, imitando a los Setenta, que tradujeron αὐξάνεσθε (auxanesthe), creced, en hebreo es: פְּרוּ (peru), es decir, fructificad, del nombre פרי (pri), que significa fruto. El sentido es el mismo; pues lo que es fructificar en los árboles es crecer en los animales. En cuanto a: Llenad las aguas del mar: agua en los mares está en la fuente, como también tradujeron los Setenta: Ὕδατα ἐν ταῖς θαλάσσαις (hydata en tais thalassais), es decir, aguas en los mares; porque aunque el sentido no difiere, nuestro intérprete tradujo aguas del mar.

El Rabino Aben Ezra dice que "creced y multiplicaos, significa: creceréis y os multiplicaréis, como también: Muere en el monte, es decir, morirás, porque esto no está en su poder y mano"; y también dice que "alma viviente es todo lo que germinan el fuego, el agua y la tierra, incluso el hombre; y que los animales de carga son aquellos que están con los hijos de los hombres, para sus necesidades, para montar y comer; y reptiles son los animales pequeños, que caminan sobre la tierra; y las bestias de la tierra son las que están en los campos, donde no hay habitación; y que en la palabra: וחיתו (vehayeto), la última ו (vav) es redundante, como en: למעיינו מים (lema'ayenay mayim), en las fuentes de las aguas". El Rabino Salomón refiere esta bendición a la multiplicación, "porque los hombres los disminuyen, los cazan, o los pescan y los comen; por eso fue necesario que fueran bendecidos. Y también era necesario bendecir a las bestias; pero debido a la serpiente, que iba a ser maldita, por eso no fueron bendecidos los animales, para que ella no estuviera en la colección". También dice que פרו (peru) significa lo mismo que haced frutos y multiplicaos.

Nosotros también entendemos que esta bendición consiste principalmente en la virtud e inclinación que Dios les otorgó para generar, para que conservaran sus especies. Por lo tanto, esta bendición es la dirección hacia la generación y multiplicación establecida por la sabiduría y ordenación de Dios.

Vrr. 24-25 También dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su especie: animales domésticos, reptiles y bestias de la tierra según sus especies. Y así fue. Y Dios hizo las bestias ... según sus especies, y los animales domésticos y todos los reptiles según su especie.

Aquello de "produzca", en hebreo es: תּוֹצֵא (totse), que significa "haga salir"; de donde el Rabino Salomón dice: «Esto es lo que he explicado, que todo fue creado desde el primer día, y solo fue necesario sacarlos, o hacer que salieran». Explica "ser viviente" como: en el que hay vida; y "reptil": רמש (remes), dice que “son los reptiles, que están aplastados y reptan sobre la tierra, y se ven como aquellos que se arrastran, cuya caminata no se reconoce. Todo lo que se significa con רמש (remes), es שרץ (sheretz)".

Nosotros exponemos este pasaje de la siguiente manera. "Produzca", es decir, reciba la virtud de producir, con los demás elementos también concurriendo como principio material. Y enseguida la tierra produjo lo que le fue mandado por Dios, tanto ordenándole como eficientemente ejecutando su virtud, y alcanzó su ornato de animales terrestres, es decir, animales domésticos, reptiles y bestias, que se llaman animales terrestres, aunque no consisten solo de ese elemento, sino también de todos los elementos juntos; pero como de allí toman su origen, allí viven, se alimentan y se contienen, y el elemento tierra predomina en ellos, por eso se llaman terrestres. Así se expresan aquí los géneros de estos animales: animales domésticos, reptiles y bestias de la tierra. Con el nombre de animales domésticos se designan los animales que están en uso de los hombres, así llamados como si ayudasen a los usos humanos. Bajo este nombre también se incluyen los ganados. Con la palabra "reptil" se significan todos los animales que se mueven no por impulso, sino por arrastre, y que están completamente desprovistos de pies, o tienen pies muy cortos, de modo que no pueden elevarse sobre la tierra cuando caminan, sino que su cuerpo está deprimido

hacia el suelo. Finalmente, los animales se expresan con el nombre de bestias, que se mueven por impulso y movimiento progresivo, pero siempre son indomables y feroces, no saben mansuearse por su propia naturaleza, sino que viven y habitan en vastos bosques y atacan con uñas y boca.

Vr. 26 Y Dios vio que era bueno y dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias y toda la tierra, y todo reptil que se arrastra sobre la tierra.

El Texto Hebreo tiene: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.

Los Setenta, sin embargo, cambiaron la preposición, traduciendo como πρός (pros), "a", tal como nuestro intérprete los imitó. Sin embargo, no hace diferencia.

El Rabino Aben Ezra, en su exposición sobre este pasaje, dice que "hay quienes dicen que la palabra נעשה (na'ase), es un nombre adjetival de la conjugación nifal, así como todo lo que se hizo en el primer día; y dicen que: a nuestra imagen y semejanza, son palabras de Moisés". Y su exposición es, que «Dios creó al hombre בצלמו (betsalmo), a su imagen, porque ו (vav) se refiere al hombre; y explican: a imagen de Dios, que Dios se unió cuando lo hizo; como si dijeran que Dios hizo al hombre a su imagen. Y esta es una exposición de los faltos de entendimiento, porque hubiera sido evidente al principio, que sería: y Dios dijo: sea hecho el hombre; y así lo hizo a su imagen. Además, בצלמו (betsalmo), ¿cómo se refiere al hombre? He aquí, tiene una imagen antes de que exista. Y ¿cuál es la razón de que, derramando la sangre del hombre en el hombre, se derrame su sangre, porque el hombre fue creado a imagen? También todas las almas vivientes tienen imagen. Y dice Gaon que la exposición es: a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y su sentido es: a imagen, que se ve en la sabiduría; porque es bueno, y

por el honor del hombre y su unión con Dios. Y así de su tierra salieron, porque del Señor es la tierra y su plenitud. Y dice en la palabra נעשה (na'ase), si es número plural, [esto es] según el modo de hablar de los reyes, y así es: Y también te daremos esta; Diremos delante del rey; Si puedo, lo golpearemos. Y estos testimonios son testimonios falsos, porque ונתנה (venatna), es de la conjugación nifal y es como: Y la ciudad será dada, etc.; y ו (vav) es conversiva del futuro, según la regla de todo verbo pasado; y el sentido es: y te será dado; y eso de: Lo golpearemos: él y su ejército; o es un nombre verbal, como: לא אנקך ונקה (lo anakeh venakeh); y también porque encontramos: לא נכו (lo naku), porque no viene la conjugación, cuyo nombre verbal no se menciona, entonces porque es de la grave", es decir, conjugación. «Y Moisés el sacerdote hispano se equivocó en su libro en la palabra: Diremos delante del rey, que es aramea: y ¿cómo hablará Daniel en la lengua grande delante de Nabucodonosor, que era rey de reyes? Y ahora lo expondré. Sabe que todas las obras del Génesis fueron creadas para el honor del hombre por mandato de Dios, y todos los brotes que la tierra produjo, y las aguas y todas las almas y bestias: y después dijo Dios a los ángeles: ¡Hagamos al hombre! Nosotros daremos las obras en él, y no el agua, o la tierra; y después de saber que la ley habla según la lengua de los hijos de los hombres, porque el hablante es hombre también el oyente, y no puede hablar un hombre palabras superiores a él, o inferiores, sino según la manera de similitud del hombre, y así se dice: la boca de la tierra, las manos del Jordán, y la cabeza del polvo del orbe terrestre. Y, ¡lejos, lejos, que haya semejanza con Dios! Y porque el hombre fue elevado sobre aquello que no es hombre, fue puesto sobre las bestias de la tierra por Dios; y porque no es un cuerpo, sino la plenitud de todo y el cuerpo del hombre es, sea pequeño el mundo - sea Dios bendito - que en lo grande comenzó y en lo pequeño terminó. Y así dice el Profeta, que vio la

gloria de Dios como la visión de un hombre; y Dios es uno y es el formador de todo y es todo». Todo esto es Aben Ezra.

El Rabino Salomón también tiene una interpretación similar, cuyos comentarios son los siguientes. Dice: «Hagamos al hombre: este pasaje nos enseña la humildad de Dios, porque el hombre es a semejanza de los ángeles, y ellos le hubieran tenido envidia; por eso los consultó; y porque es el juicio de los ángeles, él consultó a su familia. Así como encontramos en Acab, cuando Micaías le dijo: Vi al Señor sentado en su trono y todo el ejército del cielo estaba junto a él a su derecha y a su izquierda. ¿Y cómo es que hay derecha e izquierda delante de él? Pero estos están a la derecha, los que son para justificar, y aquellos a la izquierda, los que son para condenar; así como en los juicios de las ciudades hay sentencia y en la conversación de los santos hay súplica. Así tomó licencia en su familia, diciéndoles: Hay una semejanza mía en los superiores: si no la hay en los inferiores, he aquí la envidia en las obras de la creación: Hagamos al hombre. Aunque no le ayudaron en su formación, la Escritura no dejó de enseñar el camino de la tierra y el ejemplo de humildad, que si alguien es grande consulte y pida licencia a uno pequeño. Y si estuviera escrito: Haga yo al hombre: no nos enseñaría que es una palabra con la casa del consejo, sino consigo mismo. Pero escribe después: Y creó al hombre, y no: crearon, בצלמו (betsalmo), a su imagen, es decir, en el ejemplar, tipo o forma, que es para nosotros, según nuestra semejanza, para entender, o con mente e intelecto, y para prever».

Estas son las interpretaciones que los mencionados doctores hebreos ofrecen sobre este pasaje, las cuales es necesario refutar, especialmente las últimas; pues las primeras, como falsas, ya las rechazan y refutan ellos mismos. Examinemos la letra y veremos cómo se derrumban todas las invenciones de los hebreos.

Este es el texto: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, como hemos visto en el Rabino Aben Ezra y el Rabino Salomón; establezcamos ahora algunas cosas, según los hebreos. Primero: los ángeles no son creadores, por lo cual afirman que fueron creados el segundo día, para que no pensáramos que fueron colaboradores de Dios en la creación del mundo. Segundo: la imagen y semejanza no deben entenderse según el cuerpo, sino según el alma, la mente y el intelecto del hombre, como lo afirman aquí el Rabino Salomón y el Rabino Moisés, en su מורה הנבוכים (Moreh Nevujim). Entonces, digo: ¿cómo Dios habla a los ángeles, diciendo: Hagamos, si los ángeles no son colaboradores de Dios en la creación? No dirás según el cuerpo: pues no el cuerpo, sino el alma fue hecha a imagen y semejanza de Dios, que es creada instantáneamente por Dios, según aquello: Formando el espíritu dentro de él. Luego, ¿es una y la misma la imagen y semejanza de Dios y de los ángeles, para que Dios diga: A nuestra imagen y semejanza? Además, ¿acaso el hombre fue creado a imagen y semejanza de los ángeles, y no más bien los ángeles fueron creados a la misma imagen a la que fue creado el hombre? ¿Y por qué no se añadió después: Y crearon los dioses al hombre a su imagen, etc., como: Y creó Dios, si los ángeles junto con Dios crearon al hombre? Porque no es una la operación de Dios y de los ángeles.

Pero dice el Rabino Salomón que los ángeles no cooperaron con Dios en la creación del hombre, por eso se dice: Y creó Dios al hombre; pero sin embargo, con esas palabras: Hagamos, etc., Dios habló a los ángeles, pidiendo su consejo para crear al hombre a su imagen y semejanza; para que así como la semejanza de Dios está en los superiores, también lo esté en los inferiores, para que no envidiaran los inferiores a los superiores. Pero aún digo: ¿por qué dice: A nuestra imagen y semejanza, si el hombre fue creado a semejanza de Dios, y no de los ángeles? Pues, como él mismo dice, la semejanza de Dios ya estaba en los superiores, es decir, en los

ángeles, que tienen la semejanza de Dios. Luego, ¿acaso Dios es insensato para pedir consejo a otro? Pedir consejo no es propio del sumamente sabio y conocedor de todo, sino del que ignora lo que es mejor y más excelente.

Pero dice que hizo esto para enseñarnos humildad. Pero ¿a qué hombre enseñaba si todavía no había sido creado el primer hombre, sino que pensaba en hacerlo Dios? ¿Acaso no habría sido mucho más grande, más claro y más evidente el ejemplo de humildad, si Dios hubiera consultado a los hombres alguna vez, cuando hubiera propuesto hacer algo? Ciertamente, Moisés fue el siervo y amigo más fiel de Dios, quien frecuentísimamente consultaba a Dios en los asuntos. Sin embargo, nunca leemos que Dios mismo le consultara a él para hacer algo.

Tampoco el ejemplo que cita lo prueba. Porque Miqueas vio al Señor en una representación que mostraba a Dios mismo, ya sea exteriormente formada o interiormente en la imaginación del Profeta. Pero los ejércitos de ángeles, a quienes vio de pie alrededor de él, no todos son ángeles buenos; y aquellos que justifican la sentencia de Dios, se dice que están a su derecha, pero los que condenan, a su izquierda. Pero los que están a la derecha son buenos; sin embargo, los que están a la izquierda son malos, que se dice que asisten a Dios porque en muchos casos son ejecutores de la justicia divina. Y en el libro de Job leemos que, cuando ... vinieron los hijos de Dios a estar ante el Señor, Satanás también estaba entre ellos. Y ciertamente aquel espíritu que dijo: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas, cuando justificó la sentencia de Dios, que dijo: ¿Quién engañará a Acab? etc., según él, debió estar a la derecha de Dios, aunque sin embargo fue un espíritu maligno. Pero ¿qué podría ser más absurdo que colocar a los espíritus más malvados a la derecha de Dios? Ni aprobó Dios aquella mentira cuando dijo: Ve y prevalecerás, siendo la primera y suma verdad, sino que ciertamente lo permitió. Porque Dios permite

justamente que los hombres malos sean engañados por los demonios, quienes sin embargo no pueden actuar, a menos que se les permita actuar.

Por lo tanto, queda que traigamos el sentido verdadero y católico de lo que se dice: Hagamos al hombre. Aquí, pues, como lo afirman todos los hombres santísimos y los más doctos intérpretes, se designa la pluralidad de las Personas divinas y es el discurso del Padre al Hijo y al Espíritu Santo; puesto que una es la operación de todas las Personas divinas y es indivisible hacia afuera. Por lo tanto, dice el Padre al Hijo: Hagamos, y no: Hágase, como vimos que se dijo en la producción de las cosas precedentes. Porque todas esas cosas constan de aquella materia primigenia y de ella también se sacan sus formas, de su potencia y virtud, es decir. Pero cuando se llega al hombre, no dice: Produzca la tierra, sino: Hagamos. Pues aunque también el cuerpo del hombre consta de aquella materia primaria, su alma, que es la más noble de las formas, no se saca de allí, sino que es creada por Dios de su propia naturaleza; y porque el hombre es hombre en cuanto está dotado de alma racional, y tiene sentido y razón, por eso se dice: Hagamos al hombre.

El hombre se llama אָדָם (Adam) en hebreo, de אדמה (adama), es decir, tierra, o de אדום (adom), rojo, porque fue hecho de tierra roja, como pensó Josefo: pues afirma que el hombre fue formado en el campo damasceno y que la tierra de la que fue formado era roja. Sin embargo, las Sagradas Escrituras enseñan que Adam se llama así por אדמה (adama). Si el hombre en latín se llama así por humus (tierra), coincide con la etimología hebrea. Por lo tanto, la etimología más verdadera del hombre y la que más se ajusta a su propiedad es que se llame por la tierra. Así como el cuerpo humano fue sacado de la tierra y hecho de ella, así el nombre del hombre debía derivarse de la tierra.

Pero, aunque el hombre según el cuerpo es de la tierra, y por eso fue llamado así, casi terrenal; ya que, sin embargo, según el alma, su origen celestial es de Dios supremo, y el hombre consiste enteramente de alma y cuerpo, unidos juntos; por lo tanto, debido a esta unión de las dos naturalezas, hay dos nombres en los principales idiomas para significarlo. Pues en lengua hebrea no solo se dice אדם (Adam), sino también איש (ish), así como en latín no solo hombre, que corresponde en hebreo a אדם (Adam), sino también varón, que corresponde a איש (ish); varón por la fortaleza del ánimo y el vigor de la razón; aunque también en hebreo después de la caída se le llama אנוש (enosh), que significa deplorado y calamitoso, por la miseria y las penas que sufrió por el pecado. En griego, de manera similar, se le llama βροτός (brotós), es decir, terrígena y mortal, por razón del cuerpo; ἀνήρ (anēr), es decir, varón, por razón de la mente; y por razón de ambos se le llama ἄνθρωπος (ánthrōpos) de ἄνω (ánō) y ρέπων (répōn), casi como si tendiera hacia arriba o mirara hacia arriba, como algo que tiene de la tierra, por lo que está allí, y algo del cielo, hacia lo cual mira y aspira; o se le llama así, como dice Sócrates en el Crátilo de Platón, casi como ἀναθρῶν ἅ ὄπωπε (anathrōn ha opōpe), es decir, considerando lo que ha visto. Pues es propio del hombre considerar lo invisible a partir de lo visible, es decir, recibir de los sentidos, según los cuales es terrenal y ve cosas terrenales, para elevarse de nuevo por el entendimiento a la cognición de lo invisible.

También debemos saber que este nombre: Adam, no es propio del primer hombre, sino que abarca toda la especie humana y ambos sexos; así como en latín hombre, y en griego ἄνθρωπος (ánthrōpos). Porque dice la Escritura que, en el día en que Dios creó al hombre, a imagen de Dios lo hizo; macho y hembra los creó y los bendijo y llamó su nombre Adam. Sin embargo, ese primer hombre fue siempre llamado con ese nombre, por una preeminencia y excelencia particular.

Porque él fue el principio de toda la raza humana, y en él estaba virtualmente contenida toda la naturaleza humana en semilla, y de él se propagó toda la raza humana. Y por eso San Agustín, considerando tal nombre como propio de ese hombre, siguiendo a San Cipriano, dijo que así se le llamó porque esa tierra de la cual fue formado ese hombre fue tomada de las cuatro partes del mundo, que se expresan en las cuatro letras de su nombre en griego: A, Ἀνατολή (Anatolē); oriente; Δ, Δύσις (Dysis); occidente; A, Ἄρκτος (Arktos); norte; M, Μεσημβρία (Mesēmbria); sur. Sin embargo, esto no está suficientemente demostrado en hebreo; pero no puede hacer daño si se cree, aunque no sea verdad.

Pero volviendo a nuestro asunto, decimos que, cuando el Señor dijo: Hagamos al hombre: por hombre entendió a ese primer hombre, y en él toda la naturaleza humana a la vez, como si ya estuviéramos todos contenidos en él, de quien después íbamos a ser propagados. Y no simplemente dijo: Hagamos al hombre, sino que añadió: A nuestra imagen y semejanza. Por lo tanto, debemos considerar cómo se dice que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Algunos han pensado aquí, errando gravemente, que nuestra alma es de la sustancia de Dios, y por eso se dice que fue hecha a imagen y semejanza de Dios, ya que la primera y principal semejanza está en la misma naturaleza. Pero pensar esto es demente. La sustancia de Dios no fue hecha, ni Dios permite tener algo semejante fuera de sí en la misma naturaleza. Porque está escrito: ¿A quién… habéis hecho semejante a él? Y en otro lugar: Señor, ¿quién es semejante a ti? Y: No hay semejante a ti entre los dioses, Señor. Esto no se puede encontrar en absoluto.

Pero vayamos, supongamos que esta semejanza es según la naturaleza. Pregunto: ¿según qué naturaleza? ¿Genérica, específica o individual? Ciertamente, como Dios está fuera y por encima de todo género, siendo una sustancia infinita y totalmente libre de

composición, como el acto más puro y simplicísimo: no hay manera de que seamos semejantes a Él según género, especie o individuo; sino que esta semejanza debe entenderse a través de una cierta analogía.

Pero en contra de este error estaba la locura de los antropomorfitas, quienes creían que Dios tenía cuerpo y alma, como nosotros; y por eso afirmaban que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, no solo según el alma, sino también según el cuerpo. Pero esto también es igualmente absurdo y ridículo según la verdadera teología; porque Dios es Espíritu, y no puede ser circunscrito o definido por ninguna característica o figura corpórea. Todos los Santos Doctores afirman que esta imagen y semejanza de Dios en el hombre debe entenderse según la mente, en la cual el hombre supera por naturaleza a los irracionales. Insinuando esto, la Escritura añade inmediatamente: Y domine sobre los peces del mar, y las aves del cielo y las bestias de toda la tierra.

Los teólogos escolásticos, sin embargo, consideran diligentemente tres cosas acerca de esto: vestigio, semejanza e imagen. En primer lugar, el vestigio: si alguien, por ejemplo, pisara la tierra, dejaría una huella de sí mismo, de modo que de alguna manera se pudiera saber que un hombre pasó por allí y dejó esa huella: pero esa huella de ninguna manera se llamará imagen o semejanza del hombre. Así, todas las criaturas, en cuanto creadas y participantes del ser, son como una cierta huella de Dios en sí mismas: porque indican que Dios las produjo. Y en cuanto todas participan del ser, tienen en sí un vestigio del Padre expresado, que es el principio, fuente y origen de todo ser; así que cualquier cosa que sea una entidad, o persona, es de Él. Además, en cuanto cada criatura muestra su especie y belleza, como si estuviera hecha de antemano, representa un cierto vestigio del Hijo, que es el arte del Sumo Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, y la razón plena de todas las razones vivientes. Además, porque en cada cosa se encuentra una cierta inclinación y

tendencia natural, por la cual se mueve ya sea para adquirir su perfección, o para comunicarse a otra – porque todo bien por su naturaleza es comunicativo y difusivo de sí mismo, – lleva un cierto vestigio del Espíritu Santo, que es el amor común del Padre y del Hijo, procediendo de ellos, por el cual se aman a sí mismos y a las criaturas, y se difunden en las criaturas.

Sin embargo, tales vestigios no llevan en sí la semejanza de la naturaleza divina. Pues siendo las criaturas irracionales carentes de razón e intelecto, aunque signifiquen el intelecto supremo, ya que son dirigidas por un intelecto que no yerra, no pueden representar su semejanza; así como el humo indica el fuego, pero no nos representa la forma del fuego. Solo la naturaleza intelectual tiene de algún modo la semejanza de Dios, en cuanto es intelectual y libre en su arbitrio y tiene poder por sí misma; estas condiciones están en Dios de la manera más alta y eminente por su propia naturaleza.

Por lo tanto, el hombre, en cuanto representa a Dios mismo en el mundo, se dice que fue hecho a semejanza de Dios según el alma. Así como Dios conoce todas las cosas: así el hombre es por su naturaleza conocedor de todas las cosas; así como Dios es libre para actuar: así también el hombre; así como Dios es único en el mundo: así el alma es única en el cuerpo; así como Dios mueve todas las cosas en el mundo, permaneciendo inmóvil en sí mismo: así el alma mueve todo el cuerpo, permaneciendo inmóvil ella misma; así como Dios es inmortal en el mundo: así el alma en el cuerpo; así como Dios no duerme en el mundo: así tampoco el alma en el cuerpo; así como Dios gobierna el mundo: así el alma gobierna el cuerpo; y así como Dios no necesita alimento o bebida en el mundo, ni toma alimento o bebida: así tampoco el alma en el cuerpo; así como Dios está todo en todo el mundo y todo en cada una de sus partes: así el alma en el cuerpo; así como Dios ve todas las cosas, y no se le ve en el mundo: así el alma en el cuerpo; así como Dios, aunque está en todo lugar, no se contamina con las impurezas de los lugares: así el

alma en el cuerpo; así como Dios llena todo el mundo: así el alma llena todo el cuerpo; así como Dios en el mundo, aunque está en todas partes por su poder, esencia y presencia, sin embargo actúa de manera diversa en las diversas partes del mundo: así el alma en el cuerpo; y así como las operaciones de Dios se perciben más perfectamente en el lugar bendito y en el cielo, por lo que allí se dice que Dios está especialmente y habita y reina: así el alma en la cabeza y el corazón; y así como Dios domina todo: así el hombre según la mente y la razón, como se dice aquí: Y domine sobre los peces del mar y las aves del cielo y las bestias de toda la tierra.

Sin embargo, la imagen perfecta de Dios no consiste en estos aspectos; ya que aunque nuestra alma es muy similar a Dios en los predicados mencionados, esta semejanza se considera accidental, ya que reside en los accidentes del alma. En cambio, la imagen se establece en la sustancia misma del alma y en sus potencias naturales: memoria, inteligencia y voluntad. Es en estas potencias donde debe residir la imagen de Dios, a la cual fue hecho el hombre. Así como Dios es uno, pero en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, así nuestra alma, siendo una en sustancia, consiste en estas tres potencias; y en la memoria brilla la imagen del Padre, porque la memoria, fecunda con el acto de decir, produce la palabra; en la inteligencia se expresa la imagen del Hijo, porque el Hijo es generado de manera intelectual y natural, y por eso el Hijo en la divinidad es el conocimiento generado, mediante el cual el Padre se conoce y al conocerse, produce a otro sí mismo, es decir, al Hijo; en la voluntad se insinúa la imagen del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo procede de manera volitiva del Padre y del Hijo, como de un principio único. Por lo tanto, el Espíritu Santo no es más que el amor con el que el Padre y el Hijo se aman mutuamente; y así como el Hijo es generado por el Padre y el Espíritu Santo procede de ambos, de igual manera la inteligencia surge de la memoria, tomando la inteligencia tanto como potencia y acto, y la voluntad

surge de ambas, es decir, de la memoria y la inteligencia, tomando la voluntad tanto como potencia como acto. La imagen de la Santísima Trinidad, como prefieren los teólogos posteriores, no consiste únicamente en los primeros actos del alma, sino en los primeros y segundos actos tomados juntos. Así, no solo brilla la distinción, origen y producción de las Personas divinas, como se ha dicho, sino que también se representa expresamente la identidad de las mismas y la unidad de la esencia divina.

San Agustín, además de esta, asigna otra imagen: en la mente, el conocimiento o la palabra, y el amor; que también, con todo derecho, expresan tanto la producción como la distinción de las Personas divinas. Porque la mente engendra la palabra, y con la palabra produce posteriormente el amor; y así la mente representa al Padre, la palabra al Hijo, y el amor al Espíritu Santo; y la unidad de la esencia, ya que todas estas cosas pertenecen a una misma alma. Aunque estas cosas son muy verdaderas, el intelecto aún no puede descansar, debido a que se dice que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, como si antes hubiera existido alguna imagen a la cual fue formado el hombre. Por lo tanto, dado que la Verdad Hebrea dice así: נַעֲשֶׂה אָדָם בְּצַלְמֵנוּ כִּדְמוּתֵנוּ (Na'aseh Adam b'tsalmenu kid'mutenu): Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza, y el Targum caldeo también lo traduce así: נַעֲבֵיד אֱנָשָׁא בְּצַלְמָנָא כִּדְמוּתָנָא (Na'avid Enasha b'tsalmena kid'mutana), es decir: Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza: nosotros podemos entender lo mismo por imagen y semejanza, de acuerdo con esta escritura, para que el sentido sea: Hagamos al hombre a nuestra imagen, es decir, imprimamos nuestra imagen en la naturaleza humana, de modo que sea una especie de simulacro de la divinidad y represente nuestra naturaleza: así como en una moneda acuñada la imagen del rey o del príncipe, según aquello: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? es la figura y la imagen expresada de César en madera, piedra o bronce, un cierto simulacro

suyo: así en nosotros la imagen de Dios es una cierta semejanza expresada y simulacro de Dios. Y de esta manera, todo lo que se ha dicho anteriormente se expresa en estas palabras; especialmente aquello en lo que representa a Dios presidiendo y dominando sobre todas las cosas; mientras que él mismo es constituido por naturaleza sobre lo inferior a él. Por eso se añade inmediatamente: Y domine sobre los peces del mar, y las aves del cielo y las bestias de toda la tierra. En la fuente dice: וְיִרְדּוּ (v'yir'du), y dominen: incluye ambos sexos, abarca a todos los hombres; porque esta es la dignidad de la naturaleza.

Nota aquí el Rabino Salomón que se dice así, "porque en esta lengua רידוי (ridui), significa descenso, y ירידה (yerida), significa presidencia o dominio: para indicar que si mereciera, o si el mundo fuera digno, dominaría sobre las bestias y los animales de carga; si no lo mereciera, descendería a la aflicción, y las bestias dominarían sobre él."

Sin embargo, nosotros decimos que este tipo de dominio es natural para el hombre. El hombre es por naturaleza más sobresaliente, noble y perfecto. Siempre, las cosas más imperfectas están dirigidas y ordenadas hacia las más perfectas, como hacia su fin, y les sirven: la tierra a las plantas, las plantas a los animales, y todas estas cosas al hombre; cuyo gobierno, adornado con la prudencia de la mente, la perspicacia de la razón y la sacratísima imagen de Dios, puede ejercer de la manera más conveniente y dominar sobre los demás. Y aunque debido a la culpa del primer pecado, de todos los posteriores por origen, el hombre ha sido despojado de la capacidad de dominar sobre muchos animales que lo atacan y ponen en peligro la vida de los hombres, no obstante, nunca ha perdido el derecho de dominar sobre todos ellos. Porque aunque muchos escapan de su dominio de facto, siempre el hombre por naturaleza tiene el derecho sobre ellos, y a veces los somete a su poder; como dice Santiago en su Epístola:

"Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes... se doma y ha sido domada por la naturaleza humana."

Versículo 27: "Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó."

El Rabino Salomón expone el término בצלמו (b'tsalmo) como: "בדפום (b'dafum), en un tipo, o forma lo hizo; porque todas las cosas fueron creadas en el dicho de Dios, y él fue creado con manos, como se dice: Tú me formaste y pusiste tu mano sobre mí." Creo que aquí habla en sentido parabólico, de lo contrario, lo que dice es absurdo y digno de risa. "Fue hecho: בהותם (b'hotam), en un sello, como una moneda, que se hace por impresión, que se llama cuño: קונייו (koniyav); y dijo: 'vuélvete', como la materia del sello. A imagen de Dios lo creó: te explico que lo formó con la imagen preparada para él; lo formó, varón y hembra los creó. Y más allá, o más abajo, dice: Y tomó una de sus costillas, etc. Y en el Midrash Aggada: que lo creó con dos caras en la primera creación, y luego lo dividió y extendió una cubierta, para que no se conociera que fueron creados ambos juntos. Y no te explicaré cómo formó a las criaturas, y lo explicaré en otro lugar." El Rabino Aben Ezra no está de acuerdo con esto; porque dice aquí: "Y no puedo explicar que Adán fue creado al principio con dos caras, y son una, y también es dos; y he aquí que fue creado a imagen de Dios: מלאד (malad), y él fue creado varón y hembra."

Nosotros, sin embargo, exponemos este lugar, sin desviarnos en absoluto de los caminos de los hombres santísimos, de esta manera: A imagen de Dios lo creó. De aquí se desprende que no fueron los ángeles quienes crearon al hombre, sino Dios: "Y creó Dios al hombre, y a imagen de Dios lo creó." Pero si Dios lo creó, ¿a imagen de qué Dios lo creó? San Agustín piensa que esto se dice como si fuera a su propia imagen; Orígenes, San Hilario, Cirilo, Teodoreto y San Jerónimo también, sobre Ezequiel, y también la

Glosa Ordinaria en el mismo lugar, afirman que esto se refiere a Cristo, quien es Dios, a cuya imagen específicamente el hombre fue creado: para que Dios formara al hombre a esa imagen, que el Señor en su predestinación había creado, como está escrito: "Desde el principio y antes de los siglos fui creada", y que el mismo Cristo fuera el arquetipo de la naturaleza humana, que fue descrita a semejanza de esa verdadera imagen de Cristo, que es la imagen del Dios invisible.

Nota aquí, para la comprensión de este pasaje, que Cristo fue predestinado primero en la mente divina, como se dice: "En el rollo del libro está escrito de mí"; por eso se le llama el primogénito de toda creación. Sin embargo, es predestinado, no según la naturaleza divina, sino humana, por lo cual primero de todo en la mente divina fue concebida esa forma que el Verbo encarnado asumiría; y a imagen y semejanza de esa forma Dios creó al primer hombre. Por eso se dice que Dios lo creó a imagen de Dios, es decir, encarnado, es decir, Cristo, que es Dios, lo creó.

Dios creó al hombre a imagen de Cristo: es decir, a esa forma y figura que fue predestinada para Cristo, el Hijo de Dios, antes de la formación de todas las criaturas, quien se llama el primogénito de toda creación, en quien todas las cosas fueron creadas. Según esa especie previamente formada en la mente divina, que sería asumida por el Verbo, el hombre mismo, la criatura más noble del mundo, fue formado y producido. Confieso que esta exposición me parece muy acertada. Pues parece expresar de la manera más adecuada y admirable un sentido completo y perfecto sobre todo el hombre, tanto según el cuerpo como según la mente; de modo que Cristo sea el arquetipo, a quien primeramente debemos conformarnos tanto en cuerpo como en alma y mente, tal como seremos conformados a él en la eterna bienaventuranza. Esto lo expresó claramente el Apóstol, diciendo: "Porque a los que antes conoció y predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo"; y en otro lugar: "Así como

hemos llevado la imagen del terrenal, así también llevaremos la imagen del celestial". Por tanto, el que fue creado a imagen de Cristo, verdaderamente se dice que fue creado a imagen de Dios, porque en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad.

"Varón y hembra los creó." Aquí debe considerarse el modo de hablar. Pues antes había dicho: "Lo creó"; ahora, sin embargo, dice: "Los creó". La fábula que algunos hebreos afirman aquí debe ser completamente rechazada, que el varón y la hembra fueron creados juntos y unidos como uno desde el costado, pero luego separados. Lo cual también rechazan los hebreos más recientes, como ya hemos visto en su exposición. Y si esto es así, ¿qué, entonces, es lo que se dice más adelante: "Tomó una de sus costillas y la edificó... en una mujer... y cerró la carne en su lugar"? Y si dices que debe entenderse según la letra hebrea: "Tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar": ignoro que esa palabra: צלע (tsela), principalmente o al menos significa costilla; ¿cómo construyó entonces ese costado en una mujer, si ya la mujer había sido construida desde el principio en el costado del hombre? ¿O cómo no se encontraba Adán semejante, si la mujer más semejante a él estaba junto a él? ¿O cómo dijo Adán: "Esta vez es hueso de mis huesos y carne de mi carne: y será llamada אִשָּׁה (isha), es decir, varona, porque del varón fue tomada"? No se diría que la mujer fue tomada del costado del hombre, más que el hombre del costado de la mujer. También dejo de lado que Dios no debería haber comenzado la naturaleza humana con una obra monstruosa; pues tales cosas son monstruosidades.

Nosotros, por tanto, exponemos este pasaje de la siguiente manera. "Varón y hembra los creó": porque en Adán también fue creada la mujer; no que ya estuviera realmente formada, sino porque, ya decretada en la mente de Dios, pronto sería creada. Aunque también podemos decir correctamente que la mujer fue verdaderamente creada al mismo tiempo, ya que en el hombre ya creado estaba de

alguna manera contenida, de cuya carne y huesos iba a ser producida. Por tanto, podemos exponerlo con San Basilio, para que lo que se dice, se refiera a la imagen de Dios. Pues cuando dijo: "A imagen de Dios lo creó", para que no pensáramos que solo el varón fue formado a imagen y semejanza de Dios, añadió inmediatamente: "Varón y hembra los creó". Pues también la mujer fue creada a imagen de Dios según la mente, y en Cristo igualmente; porque en él, como dice el Apóstol, no hay ni varón ni hembra, es decir, no existe esta distinción, de modo que se acepte al varón y se rechace a la hembra: pues ella también es a imagen de Dios. Sin embargo, no niego que pueda decirse aquí, que Moisés anticipó la formación de la mujer, exponiendo enseguida la bendición divina para multiplicar y aumentar el género humano; y eso debía hacerse mediante la unión del varón y la hembra; y por eso, anticipando la formación de la mujer, mencionó inmediatamente su futura formación, para luego explicar el orden de la formación.

Versículo 28: "Y los bendijo Dios y les dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sojuzgadla y dominad a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los seres vivientes que se mueven sobre la tierra."

La letra hebrea dice: "Fructificad y multiplicaos"; el sentido es el mismo, como dijimos antes. "Y sojuzgadla": וְכִבְשֻׁהָ (vekhivshuha).

El Rabino Salomón dice que "falta la letra ו (vav), para enseñar que el hombre sujeta a la mujer, y que ella no saldrá adelante; y aún para enseñar que es el hombre quien está dirigido a sojuzgar por el precepto sobre fructificación y multiplicación, y no la mujer".

El Rabino Aben Ezra dice que "la expresión: פרו ורבו (peru u'revu): fructificad y multiplicaos, no puede interpretarse como una bendición en el hombre, como en las criaturas del agua: sino que es un precepto, que los antiguos —zal, bendita sea su memoria—,

trasladaron y colocaron este versículo como un memorial para decirlo".

Nosotros, sin embargo, exponemos este pasaje de la siguiente manera: "Y los bendijo Dios y les dijo: Creced y multiplicaos." Esta bendición consiste principalmente en la recepción de la virtud para propagar, para que la especie humana se multiplique en el número de substancias, para que la primera y más noble de las especies no perezca. Pues, aunque sin el pecado del hombre, la naturaleza humana, sujeta a esas primeras gemelas, podría haberse perpetuado; y Dios los creó eternos, aunque por naturaleza mortales, para que no pudieran morir, y no sería necesaria la virtud para la conservación de la especie a través de la propagación; sin embargo, habría sido para la gloria de Dios, para que esa naturaleza se comunicara a muchos elegidos por Dios para obtener la gracia y la gloria. Por eso los primeros hombres fueron bendecidos por Dios y dotados de una abundancia de dones desde el inicio de su formación, en los mejores bienes, tanto de naturaleza como de gracia: y se propagarían, y aquellos que nacieran de ellos recibirían la bendición de tantos dones y serían partícipes de las mismas bendiciones, ya que ningún pecado lo habría impedido.

En este punto, se debe notar que el matrimonio se convirtió en un sacramento, porque fue bendecido por Dios; para que entendamos consecuentemente que se otorgó la gracia para procrear una descendencia para Dios, para que quienes vinieran de allí salieran santificados. Pero después de la caída del hombre, la virtud de la propagación fue absolutamente necesaria, para que la especie humana no pereciera completamente, ya que por el pecado el hombre incurrió en la necesidad de morir.

No niego que esta bendición también pueda entenderse en la concesión de la justicia original y la gracia y de todas las demás virtudes, tanto morales y cardinales, como también teologales, así

como de todos los dones gratuitos de cualquier tipo, con los cuales los primeros hombres fueron dotados y adornados por el Dios más benigno. Pero, como ya dijimos al principio, se trata principalmente de la concesión de la virtud procreativa, debido a lo que sigue: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sojuzgadla." Pues la tierra debía llenarse con hombres propagados, a quienes se les dice que la sojuzguen cultivándola, y exigiendo de ella sus frutos como si fueran debidos.

Los hebreos, a partir de este pasaje, reprenden a aquellos cristianos que se han castrado a sí mismos por el reino de los cielos llevando una vida célibe, afirmando que violan el mandato divino, ya que estas palabras ordenan el matrimonio al hombre; y los herejes se alegran vehementemente en su perdición, criticando a los monjes. Pero ciertamente objetan este pasaje en vano; porque en estas palabras: "Creced y multiplicaos", o no hay un mandato, sino solo una concesión de facultad y una bendición aprobando esa obra; o si es un mandato, lo cual no niego, es un mandato para ese tiempo, desde el principio, cuando la tierra estaba vacía de hombres; ahora, sin embargo, ya está demasiado llena. Añadiría que este mandato no es para cada individuo, sino para todos en conjunto; lo cual se cumple suficientemente cuando muchos lo observan. Así se dice: "Y sojuzgadla", es decir, cultivando la tierra, y sin embargo, no todos están obligados a esto individualmente.

Versículos 29-30: "Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla que está sobre la faz de toda la tierra, y todo árbol en el cual hay fruto que da semilla; os serán para comer. Y a todo animal de la tierra, y a toda ave del cielo, y a todo lo que se mueve sobre la tierra, en lo cual hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así."

El Rabino Salomón dice aquí que "los igualó a los animales y bestias en cuanto a la comida, y no dio permiso a Adán y a su esposa

para disfrutar de la creación o la abundancia, para comer carne: sino que todos comieron toda planta verde juntos. Y cuando los hijos de Noé descansaron, se les permitió la carne, como se dice: 'Todo lo que se mueve y vive, os será para comer: como las plantas verdes, que hice lícitas para los primeros hombres, os he dado todas las cosas."

El Rabino Aben Ezra también tiene la misma opinión. Dice que "permitió a los hijos del hombre comer de todo en lo que hay vida, toda planta y todo fruto del árbol, y permitió al hombre comer la hierba verde y todo reptil: y hasta aquí no les permitió la carne hasta después del diluvio".

Nosotros lo exponemos así. Después de haber dotado al hombre de la virtud propagativa para la conservación de la especie, ahora proporcionó al género humano, así como a los demás animales, un alimento específico de los frutos de la tierra, para que los comieran y con los cuales mantuvieran la vida. Sin embargo, no debemos pensar que los mismos frutos de la tierra se asignaron al hombre que a los demás animales; sino que se proveyó al hombre con los más nobles, y las hierbas y frutos más viles se dejaron para los animales. Esto parece estar claramente respaldado por la letra hebrea. Porque así dice: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla sobre la faz de toda la tierra y todo árbol en el cual hay fruto que da semilla; os serán para comer. Pero a todo animal de la tierra, y a toda ave del cielo, y a todo reptil de la tierra, en lo cual hay vida, toda planta verde les será para comer." Claramente parece asignar distintos tipos de alimentos a los hombres y a las bestias, con los cuales se alimentaban el hombre y los demás animales. Dios no permitió al hombre el uso de la carne antes del diluvio, como afirman todos los Santos Doctores, y también lo afirman los hebreos. Pero después del diluvio se concedió al hombre el consumo de carne, como dijo el Señor: "Todos los peces del mar han sido entregados en vuestra

mano. Y todo lo que se mueve y vive, os será para comer: como las plantas verdes, os he dado todas las cosas."

Versículo 31: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno. Y fue la tarde y la mañana, el día sexto: יוֹם הַשִּׁשִּׁי (yom hashishi)."

El Rabino Salomón dice que "se añade la letra ה (he) en el sexto día, cuando completó la obra בראשית (bereshit), para decir que pactó con ellos en esta condición, que Israel aceptaría sobre sí las cinco partes de la ley", o Pentateuco. "Otra palabra, o interpretación: יום הששי (yom hashishi): todo depende y espera hasta el sexto día; es ו (vav) para designar el lugar de espera de la ley."

El Rabino Aben Ezra tiene una opinión diferente. Dice: "Hay quienes dicen que יום (yom) está unido, y el sentido o razón es circular הששי (hashishi), seis; y así: יום השביעי (yom hashevi'i), el séptimo día. Y esto no es verdad. Y el sexto día tiene, según la opinión de los hombres, la aprobación de la felicidad." Pero su interpretación es: "El día, que es el sexto [respectivamente] al primer día, y así el séptimo día. Y así también se encuentra: vir הישראלי (ha'Israeli), israelita, y muchas cosas similares; así también: firmamentum השמים (hashamayim), los cielos, es decir, el firmamento, que son los cielos."

Nosotros, dejando de lado estas interpretaciones, exponemos este pasaje de la siguiente manera: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno, o buenísimo, como dice la letra hebrea." Aquí, Dios elogia la totalidad de sus obras más que a cada una individualmente. Porque cada cosa individualmente es buena por naturaleza; pero todas juntas, constituyendo el universo, son en cierto modo una y muy buena, es decir, óptima por el admirable orden del universo. "Y fue la tarde y la mañana, el día sexto": el sexto día desde el primer día, habiéndose el cielo ya girado seis veces en su órbita.

SEGUNDO CAPÍTULO

Versículos 1-3: Así fueron terminados los cielos y la tierra, y todo su ornamento. Y Dios terminó el día séptimo su obra, que había hecho, y descansó el día séptimo de toda la obra que había realizado. Y bendijo el día séptimo y lo santificó, porque en él cesó de toda su obra, que Dios había creado para hacer.

El rabino Aben Ezra dice que "ויכלו" es de la conjugación, que se llama por el nombre puhal, y "ומשקלו", fueron pesados, y "ויכמו", fueron cubiertas todas las montañas; y su sentido es: "נשלמו", completados o perfectos, y el mar en toda la tierra, porque es casi una sola colección. Y Dios completó en el día séptimo. Algunos dicen que los días fueron creados, y en la creación del séptimo día se completó la obra: y esta es una interpretación insípida o insulsa. Y hay quienes dicen que es "ב", porque su sentido es: antes de: como: No pondrás bozal al buey cuando trilla. Sin embargo, se deja el día en el que primero descansó; y ¿cómo formó esto y completó la obra? No es obra, como se ha dicho, no hizo obra. Y así la interpretación es: "ויכל", es decir: "וישבת", y cesó, y el sentido es: de su obra, que hizo en el sexto día, antes del séptimo día. Y el sentido es: y cesó en el séptimo día de toda su obra de todas las criaturas, que creó.

El rabino Salomón sobre esto presenta la interpretación del rabino Simeón, quien dijo que "carne y sangre", es decir, el hombre, no conoce su tiempo y su momento, o punto, es necesario agregar de lo cotidiano sobre el santo de Dios bendito, quien conoce su tiempo y su punto, en el cual entra como hijo de pelo, y parece como estos completos en el día, etc. דא, otra interpretación, que el mundo era deficiente de la futura quietud, el sabbat futuro completa y consuma la obra.

Nosotros, sin embargo, interpretamos este lugar así. Entonces fueron completados los cielos y... todo su ornamento, o, como tiene la Letra Hebrea, y fueron consumados, o completados los cielos y todo su ejército. Epílogo y un resumen de todo, es decir, de todas las cosas ya hechas en los seis días previos, y su ornamento, que se insinúan por los ejércitos. Y Dios completó el día séptimo su obra, que había hecho. Parece ser el sentido de este lugar que en el día séptimo Dios hiciera alguna obra, con la cual, hechas ya todas las obras de la creación, fueran completadas. Así pues, San Jerónimo dice aquí: «Por el día sexto — ש tenía la antigua traducción — tiene el día séptimo en hebreo. Por tanto, arrojaremos a los judíos, que se glorían en el ocio del sabbat, que ya entonces al principio el sabbat fue disuelto, mientras Dios opera en el sabbat, completando sus obras en él». Algunos afirman que la mujer fue formada en el séptimo día a partir de la costilla del hombre, ya que en las obras de los seis días no se describe la serie de su formación; sino después de la llegada del séptimo día mencionado. Otros, sin embargo, entienden que Dios hizo el mismo séptimo día y completó su obra en su fabricación: que, hecho esto, la medida y el número de los días ya fueran completos, en cuyo circuito se desarrollan todos los siglos.

Sin embargo, me parece más probable la opinión de que se diga que Dios completó su obra el séptimo día, porque ya hechas las obras en los días anteriores no añadió nuevas obras, aunque podía haber añadido muchas: sino que completó sus obras porque no añadió nuevas, para que sea lo mismo que sigue: Y descansó el séptimo día de toda su obra, que había hecho. ¿Qué significa: Descansó? ¿Acaso se cansó trabajando? Sino que descansó porque cesó de hacer una nueva criatura. Descansar se dice cesar, como leemos en el Apocalipsis: No tenían descanso diciendo: Santo, Santo, Santo, es decir, no cesaban de decir. Por lo tanto, descansó, porque ya no creó nada nuevo, y no añadió nuevos géneros de criaturas a las ya hechas. Pues todo lo que se hizo después, ya estaba hecho desde el principio

en sus géneros, en los cuales se hicieron. Sin embargo, hasta ahora opera la administración de los mismos géneros, que fueron instituidos entonces. Porque la virtud del Creador es causa de la subsistencia de la criatura. Por lo tanto, el Salvador dice: El Padre... hasta ahora trabaja y yo trabajo, mostrando la continua administración de todas las criaturas. Por lo tanto, descansó en el séptimo día, para no crear una nueva criatura, y hasta ahora opera, para que lo que creó, lo sostenga y gobierne sin cesar.

Y bendijo el día séptimo y lo santificó, porque en él cesó de toda su obra, que Dios había creado para hacer. El rabino Salomón dice: «Lo bendijo con el maná, porque todos los días de la semana les descendía un homer por cada cabeza, y en el sexto día el pan se duplicaba; y lo santificó con el maná, que no descendía en absoluto. Y el verso está escrito sobre el futuro». El rabino Aben Ezra explica: «La bendición añade bondad, y en este día se renovará en los cuerpos la semejanza de la virtud en la generación y en los animales la virtud de gran admiración y entendimiento; y lo santificó, para que no se haga obra en él». Y lo que sigue, lo explica así: «Lo que creó Dios para hacer, raíces en todas las especies, en las cuales puso virtud para hacer similar; y la exposición de לעשות, para hacer, por עשה, hizo, también hizo por creó, no es así, según mi opinión. Y dijo Gaón que la bendición del día y su santificación se refieren a los que lo guardan, que son benditos y santificados». Sin embargo, el rabino Salomón dice que «la obra, que se veía por hacer en el sábado, la duplicó y la hizo en el sexto día, como se explica en Bereshit Rabba».

Nosotros, sin embargo, explicamos este lugar de la siguiente manera. Bendijo Dios y santificó. Alrededor del tiempo, esta bendición y santificación tuvieron lugar y parece tener importancia, para que en ese tiempo, es decir, el séptimo día, que llamamos sábado, Dios quisiera ser especialmente y en gran medida adorado y santificado, y que este séptimo día se aplicara a los servicios

divinos, y ordenó que se considerara santo y totalmente consagrado al culto divino, y alejado de todas las obras profanas o contrarias al culto divino o extrañas, como son todas las obras que se hacen para el placer, la conveniencia y el servicio humano; pero el hombre debía santificar este día adorando a Dios, que es adorado principalmente con fe, esperanza y caridad, y debía realizar en él las obras de Dios, para que finalmente pudiera disfrutar del verdadero sábado.

Pero, ¿qué es eso de: Lo que creó Dios para hacer? Algunos refieren ese para hacer, no a Dios, sino a la obra de Dios, como si Dios hubiera creado su obra y al hombre principalmente para trabajar, como un fin, para que no sea una criatura ociosa. Otros lo refieren a Dios, lo que creó Dios para hacer, porque Dios se complació en su obra; o porque hay dos obras principales de Dios: creación y recreación; eso se coloca para distinguir esta obra de creación de la obra de recreación; y así lo que creó Dios para hacer, es decir, lo que creó haciendo, no rehaciendo. A mí, sin embargo, me parece más probable que, lo que se dice: creó, se refiera al Verbo, en el cual Dios dispuso todas las cosas, en el cual estaban todas las cosas y fueron creadas; y ese para hacer, se refiera a la obra hecha exteriormente en los seis días de la creación.

Versículos 4-5: Estas son las generaciones de los cielos y la tierra, cuando fueron creados, en el día en que el Señor Dios creó el cielo y la tierra y todo arbusto del campo antes de que brotara en la tierra, y toda hierba del campo antes de que germinara.

El rabino Salomón expone este lugar de la siguiente manera: "Estas, es decir, las que se han mencionado anteriormente, son las generaciones de los cielos y la tierra, cuando fueron creados, en el día en que Dios hizo, etc. Te enseña que todo fue creado en el principio. Otra interpretación: cuando fueron creados: בהבראם, esto es: בהי בראם, en הי, los creó, como se dice en יה: ביה ה צור: Dios

formó dos mundos, en estas dos letras del nombre de Dios formó dos mundos; y te enseña que, así como este mundo fue creado en הי, declara que descendió para ver la corrupción, así como esta הא está cerrada por todos los lados y abierta por debajo para descender el camino allí". También explica el término טרם, y dice que «uno de sus significados es: עד לא, antes de que, y no: קדם, porque no suele decirse: הטרים, como: הקדים". Asigna aún otro significado: עדיין לא, todavía no, como en aquello: כי טרם תיראון. Antes de que temieran, es decir: עדין לא תיראון: Todavía no temerán. Y así se expondrá aquí: Todavía no estaba en la tierra, hasta que la creación del mundo se completó en el sexto día, antes de que el hombre fuera creado, y toda hierba del campo aún no había germinado; y lo que está escrito en el tercer día: Produzca la tierra, sobre la aparición de la hierba permaneció hasta el sexto día".

Aben Ezra lo explica así: "Estas son las generaciones: el sentido es: estas son, las que han nacido, cuando fueron creadas, cuando existía el firmamento y se veía la tierra. Y la expresión: En el día en que hizo: ביום עשות, es adaptada, y el testimonio es: וימהר לעשות אותו: Y se apresuró a hacerlo; y así: lo creó, y luego: lo formó, y después: lo hizo. Y todo שיח, es עץ, árbol, y así se llaman entre los brotes; y según mi opinión es un árbol frutal: por eso el hombre tiene preeminencia sobre el árbol; y aquí está שיח, arbusto, o brote; y ניב, hoja, o paja; y סעיף, sarmiento, o vástago; y בד, lino; y אמיר, rama superior; y סעיף, rama común".

Nosotros, sin embargo, lo explicamos así. Estas son las generaciones de los cielos y la tierra. Es un epílogo y un resumen de todo lo que se ha dicho y escrito anteriormente, comprendiendo la generación de los cielos y la tierra, para que se entiendan no solo los extremos, lo supremo y lo ínfimo, sino también todo lo intermedio, y finalmente todo lo que está contenido en el ámbito de los cielos y la tierra. La generación aquí debe entenderse como creación, como se añade nuevamente: Cuando fueron creados, producidos de la nada por la

infinita virtud del artesano: En el día en que creó, o como está en la fuente, hizo el Señor Dios la tierra y el cielo. Es muy común en la Sagrada Escritura que se use una voz singular en lugar de una plural, lo cual también creemos que ha sucedido aquí, para que diga en el día por los días; a menos que alguien diga: en las criaturas primordiales, que recibieron su ser el primer día: porque con una cierta virtud, todo lo que se formó en el transcurso de los días siguientes, fue simultáneamente producido y creado, y comprendido en aquellos, y por eso dice en el día, y no en los días, en que hizo el Señor Dios.

En este lugar, por primera vez, encontramos mencionado el sagrado e inefable nombre de Dios, que en griego se llama τετραγράμματον, y en hebreo יְהוָה, שם מפורש, y nunca antes. Algunos de los hebreos dan la siguiente razón de por qué aquí, y nunca antes, se ha puesto: para que allí donde la obra se exprese completa, el nombre de Dios esté incompleto. Porque este es el nombre más alto y grande de Dios y absolutamente propio, que nunca se ha dado a ninguna criatura. En efecto, explica maravillosamente, con un misterio arcano y secretísimo, la esencia divina y todo lo que compete a la naturaleza divina en su interior, de lo cual, con la gracia de Dios y la vida, ofreceremos algo en el libro del Éxodo.

El cielo y la tierra. La lectura hebrea pone aquí la tierra antes que el cielo, para que no pensemos que, ya que antes el cielo se había puesto antes que la tierra, este fue creado primero y aquella después; sino que ambos fueron creados simultáneamente con una sola y potentísima palabra de Dios, aunque no podamos explicarlos simultáneamente, sino que expresamos uno después del otro; sin embargo, fueron hechos al mismo tiempo, ya que antes se había puesto el cielo antes que la tierra, ahora coloca esta antes, en dicho, no en hecho. Y todo arbusto del campo, antes de que existiera..., y toda hierba de la región, antes de que germinara. Arbusto, en hebreo es: שִׂיחַ, que el Parafrasista Caldeo tradujo אִילָנֵי, árbol. El rabino

Aben Ezra lo interpreta como עץ פרי, árbol frutal; sin embargo, no es inapropiado llamarlo arbusto también, pues también significa hierba con frecuencia. Pero, ¿qué es lo que se dice: Antes de que existiera? ¿Cómo produjo Dios estas cosas antes de que existieran? De tal expresión se pueden asignar dos interpretaciones; primero: que cuando no existían, Dios ya las había producido completamente, y así las produjo antes de que existieran, es decir, cuando no existían; la otra interpretación es: que Dios, con su omnipotencia, hizo el arbusto y toda la hierba antes de que existieran, es decir, antes de sus causas naturales, por las cuales el arbusto y toda la hierba estaban dispuestos a ser, fueron producidos por la virtud divina antes de sus causas naturales, de las cuales debían ser naturalmente producidos. Porque estas cosas comúnmente surgen en el curso de la naturaleza de la humedad acuosa, que se derrama sobre la tierra mediante lluvias, ayudada y dispuesta por la agricultura de los hombres, la industria y el arte de los que prosperan. Sin embargo, cuando estas cosas fueron producidas, todavía no había llovido, ni había hombre que cultivara la tierra. Y este entendimiento parece tener más el sentido de la Escritura; pues se añaden inmediatamente estas causas removidas:

Versículo 6: Porque el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra, y no había hombre que trabajara la tierra; sino que subía un manantial de la tierra y regaba toda la superficie de la tierra.

Lo que nuestra edición tiene como manantial, fue tomado de los Setenta; pues ellos así lo tienen: Πηγὴ δὲ ἀνέβαινεν ἐκ τῆς γῆς: Sin embargo, subía un manantial de la tierra.

Sin embargo, la lectura hebrea tiene וְאֵד, que es vapor o nube.

El intérprete caldeo también lo tradujo עֲנָנָא, es decir, nube.

El rabino Salomón dice aquí por qué razón no había llovido el Señor Dios; «porque no había hombre para cultivar la tierra, y estimara la

bondad de los cuerpos; y cuando llegó el hombre, reconoció que eran necesarias para el mundo, y oró por ellas, y descendieron, y germinaron los árboles y las hierbas. ה אלהים: Señor Dios: ה, es decir, יהוה es su nombre; אלהים es el nombre del poder y juicio sobre todas las cosas; y así esta es la interpretación en todo lugar, según su simplicidad: Señor: יהוה, que es Dios: אלהים». Y subía un vapor. El rabino Salomón dice que “el vapor subía por la creación del hombre; subió el abismo y regó las nubes para infundir el polvo y se creó el hombre, como un panadero que añade agua y luego mezcla los ingredientes; también aquí regó y luego formó”. El rabino Aben Ezra dice que «el vapor subía como humo de la tierra, por la virtud de los astros y regaba la tierra y germinaba. Y Gaón dice que su interpretación es: Y el vapor no subía de la tierra».

Nosotros, sin embargo, lo explicamos de esta manera: Cuando Moisés mencionó la producción primaria de todos los brotes y hierbas, no hecha a partir de causas naturales, sino por la virtud divina que lo ordenaba y lo hacía, dicha posición se prueba en el presente, mostrando que las causas naturales de los brotes y germinaciones faltaban entonces cuando estas fueron hechas por Dios como primer autor. En efecto, la humedad acuosa, principal y necesaria para la tierra, el origen y alimento de las cosas nacientes, no existía cuando estas fueron hechas. Esto se evidencia al afirmar que el Señor Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que cultivara la tierra; pues estas cosas, que surgen de la tierra, son muy ayudadas por la diligencia y trabajo de los agricultores, y no podrían ser ayudadas en absoluto cuando no había hombre.

Sin embargo, lo que sigue: Pero subía un manantial, es muy satisfactorio si se interpreta negativamente; de lo contrario, destruye la razón expuesta por Moisés anteriormente. Porque si subía un

manantial y regaba toda la superficie de la tierra, la tierra estaría habitada con la humedad acuosa, con la cual podría producir y nutrir los brotes; y así no faltaría la causa y el origen natural primario de los brotes. O si, según la Letra Hebrea, entendemos aquí vapor, que subía y regaba toda la superficie de la tierra, ¿cómo es cierto que aún no había llovido el Señor Dios sobre la tierra? Pero si se interpreta negativamente, cesa toda objeción y queda una razón muy sólida, para que sea claro que la primera producción de los brotes fue obra de Dios como autor, ya que no existían en absoluto sus causas naturales. Pues Dios no había llovido, y así la tierra no estaba impregnada de humedad acuosa; ni podía ser ayudada por el trabajo de los agricultores para germinar, ya que no había hombre que la cultivara; y tampoco ascendía de la tierra vapor en forma de nube, que se resolviera en agua y se convirtiera en lluvia para regar la tierra seca; ni subía algún manantial que regara la tierra.

Sin embargo, para no desviarnos demasiado de la exposición común de todos, ni destruir la razón del Santo Profeta, lo exponemos afirmativamente, pero en cuanto al futuro. Pues así lo tiene la Letra Hebrea: Y subirá vapor y regará toda la superficie de la tierra: para que esto no se refiera a la producción de brotes y arbustos, que se hizo el tercer día, sino a lo que posteriormente se hará por la virtud de la naturaleza. Por lo tanto, el sentido de Moisés es: la producción primaria de los arbustos y brotes se hizo por virtud divina; pero lo que se hará después por la virtud de la naturaleza, se hará así: subirá vapor, y resuelto en agua en las nubes del cielo, se convertirá en lluvia y regará toda la superficie de la tierra; impregnando la tierra con humedad acuosa, la fecundará.

Versículo 7: Formó, pues, el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra y sopló en su rostro el aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente.

En hebreo: Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su rostro o narices el espíritu de vidas, y el hombre fue un ser viviente.

El Parafrasista Caldeo traduce: El Señor Dios creó al hombre del polvo de la tierra, y el hombre se convirtió en un espíritu de locución: para mostrar que el hombre fue hecho un ser viviente, con vida racional e intelectual; pues solo a los dotados de intelecto les corresponde hablar.

El rabino Salomón en la palabra: וייצר, dice que «significa dos formaciones: la formación de este mundo y la formación de la resurrección de los muertos; pero en el animal, que no resucita para el juicio, no se escriben dos י en su formación». Polvo de la tierra: dice que «recogió su polvo de toda la tierra, de los cuatro vientos, porque todo lugar donde muere un hombre es su retención para sepultura. Otra exposición: tomó su polvo del lugar, que se dice de él: Harás para mí un altar de tierra; y añadió a él una cubierta, y pudo mantenerse. Y sopló en su rostro; y lo hizo de lo inferior y de lo superior: el cuerpo de lo inferior, y el alma de lo superior. Según lo que en el primer día, fueron creados el cielo y la tierra; en el segundo, creó el firmamento, para los superiores; en el tercero, apareció lo seco, para los inferiores; en el cuarto, creó las luminarias para los superiores; en el quinto, produjeron las aguas, para los inferiores; unió en el sexto las creaciones de lo superior e inferior. Y no hay envidia en las obras de la creación, porque estas muchas estarán sobre aquellas que están en la creación del primer día. En un ser viviente: tanto el animal como la bestia se llaman seres vivientes; sin embargo, esta vida del hombre, que está en todos, añade en él conocimiento y razón».

Aben Ezra dice que “el sentido de: Inspiró en sus narices, es porque en ellas vive el hombre, ya que ellas expulsan el aire caliente del calor del corazón e introducen otro aire; y el sentido de: En un ser

viviente, es que caminó inmediatamente, como las bestias y no como los infantes". Este doctor también dice que el lugar de la tierra de la cual fue creado el hombre, es cercano al jardín del Edén, porque hay quienes dicen que esa tierra era la tierra de Israel; y he aquí que han olvidado: Y sucedió que, cuando salieron de oriente. Algunos de los hebreos ponen esta diferencia entre נשמה, y רוח, y נפש; que la primera, efectivamente, es el alma sensible y racional, y tiene su lugar en מוח, es decir, el cerebro, y también significa soplo; la segunda es el espíritu que tiene su sede en el corazón, que es el origen de la vida, y comprende הכעם, es decir, la fuerza irascible; y la tercera es el alma o fuerza מתאוה, es decir, concupiscible, que tiene su asiento en כבד, es decir, el hígado.

Nosotros, sin embargo, lo explicamos así. Formó, pues, el Señor Dios al hombre del limo de la tierra, o del polvo de la tierra, según lo que se dice más adelante: Polvo eres y al polvo volverás. Aquí entendemos que Dios formó el cuerpo del hombre, o, para decirlo más significativamente, lo modeló; pues, como un alfarero que forma cualquier figura de arcilla, Dios, el artesano de todo, formó el cuerpo humano del limo, una figura singular y noble, modelada por la mano divina. Pues de ninguna otra criatura se expresa que Dios estuviera presente en su formación; en otras se dice: Produzca la tierra, produzcan las aguas, hágase el firmamento, hágase la luz, háganse las luminarias. Pero las Escrituras Divinas testifican que el cuerpo del hombre fue modelado y plasmado por la mano de Dios: Formó, dice, Dios al hombre. De ahí que con razón exclama el bienaventurado Job, diciendo: Tus manos, Señor, me hicieron y me formaron; y el santo David repetidamente afirmaba: Tus manos me hicieron y me formaron.

Sin embargo, no dudaría en absoluto que Dios no formó el cuerpo del hombre por sí mismo, sin ninguna otra causa intermediaria; sino que también usó el ministerio de los ángeles. Pues, ¿qué impide que algunos ángeles operaran con su ministerio en lo que su virtud y

habilidad se extendían? Pues en la última resurrección de los hombres, Dios usará el ministerio de los ángeles para reformar los cuerpos de los hombres; ellos recogerán las cenizas y formarán los cuerpos. No tengo ninguna duda de que los mismos ángeles desearon en gran medida ayudar en la creación del hombre, para que nos amaran más y nos vigilaran más diligentemente, como una obra suya en parte.

E inspiró en su rostro el aliento de vida, o el espíritu de vidas, según la Letra Hebrea. Primero, Dios creó el cuerpo inanimado, y una vez formado, creó el alma del hombre y la infundió en el cuerpo. Pues no se extrae de la potencia de la materia de ninguna manera, ni puede ser extraída; sino que es hecha por Dios inmediatamente mediante la creación e infundida al mismo tiempo, como el acto sustancial del hombre y el acto natural del cuerpo. Sin embargo, al informar el cuerpo, no se extiende a la masa del cuerpo; pues no puede ser medida por la cantidad de masa, ya que es un espíritu; sino que permanece totalmente indivisa e impartible, toda en el todo y toda en cada una de las partes del todo.

Pero, ¿qué es ese espíritu de vidas? Pues el hombre vive, ciertamente, la vida de las plantas, por la cual sus miembros y articulaciones se vegetan; vive la vida del sentido, por la cual percibe todas las cosas sensibles, ya sean externas o internas; también vive la vida motriz y progresiva según el lugar, por la cual busca lo necesario para la vida; finalmente, vive la vida racional y artística, por la cual se distingue de los brutos y prevalece sobre todos. Pero todas estas vidas las efectúa en el hombre un solo espíritu insuflado por Dios; pues no son cuatro almas en el hombre las que ejecutan estos efectos, sino que son virtudes y poderes de una sola alma. Porque lo que en las plantas es alma, en el hombre es poder del alma, no el alma; y lo que en los brutos igualmente es alma, en el hombre es poder y virtud del alma. Por lo tanto, las almas de las plantas y los animales, vegetativa, sensitiva y motriz

según el lugar, se contienen en el alma del hombre con virtud y poder, como el triángulo en el cuadrado; esto es, el alma del hombre tiene el poder y la capacidad de producir y causar en el hombre todos esos efectos que la vegetativa en las plantas, la sensitiva y la motriz según el lugar en los animales, siendo una sola alma que abarca todas estas virtudes de manera más noble y excelente, y por eso se dice: Insufló... el espíritu de vidas.

Pero se dice que Dios insufló este espíritu en su rostro, porque en el rostro se perciben y vigorizan todos los sentidos, y de ahí se percibe la razón y el intelecto, en los cuales también se manifiestan los afectos internos. Sin embargo, ya que una, principal y primera vida del hombre es aquella con la que vive por razón y arte y que es propia del hombre, por eso se añade: Y el hombre se convirtió en un ser viviente, o en un alma de vida, dotado, es decir, de conocimiento, arte y razón. Primero dijo: de vidas; pero ahora de vida; para que se significara solo esa vida que proviene del entendimiento de las cosas; y por eso el Parafrasista Caldeo traduce: En espíritu de locución, o parlante: pues la palabra y el discurso pertenecen propiamente a la criatura racional e intelectual; o: El hombre se convirtió en un ser viviente, es decir, en un animal viviente: pues al recibir el espíritu en el cuerpo inanimado ya formado, el hombre se convirtió en un animal viviente. Pues ni el cuerpo es animal, ni el alma; sino que el hombre, este animal racional, consiste en el alma y el cuerpo al mismo tiempo, como el informante y el informable. Así, pues, el hombre, cuando el alma se infundió en el cuerpo, se convirtió en un ser viviente, es decir, en un animal viviente; pues en la Sagrada Escritura se suele tomar frecuentemente el alma por todo el compuesto.

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del limo de la tierra y sopló en su rostro el aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente. Admirable es la condición de la naturaleza humana que aquí debemos considerar con más atención y discusión, tanto en

cuanto a la formación y estructura del cuerpo, como en cuanto a las múltiples potencias, fuerzas, facultades y funciones de la obra del alma, y en cuanto a la razón del compuesto total de estas partes, para que podamos ver cuán admirable obra de Dios es el hombre. En esto, sin embargo, debemos seguir el orden que pone la letra, para que tengamos una discusión, en primer lugar, sobre la formación del cuerpo humano, en segundo lugar sobre las virtudes del alma, y en tercer lugar sobre la razón de todo el hombre. Pues Moisés nos propone este orden: Formó, dice, el Señor Dios al hombre del limo de la tierra: he aquí el cuerpo; y sopló en su rostro el aliento de vida: he aquí el alma, el acto del cuerpo y su forma vivificante; y el hombre se convirtió en un ser viviente: he aquí el ser compuesto de estos.

El cuerpo humano, pues, debe haberse constituido entonces de aquellos elementos en los que ahora también se disuelve, se separa y se divide. Todo el cuerpo se divide en cabeza, tórax, abdomen y extremidades; estos mismos a su vez en otras partes: la cabeza en calavera, rostro, ojos, frente, nariz, orejas y otros muchos; el tórax en pecho, costados y pulmones; el abdomen en vientre y vísceras subyacentes; las extremidades en piernas y brazos, y estos en hombros, codos y manos; y a su vez, estas partes se subdividen más minuciosamente, como las manos en dedos y palmas, los dedos en otras partes como la piel, las venas, la carne, las arterias, los nervios, los tendones, los ligamentos, los cartílagos, las membranas y los huesos; de igual manera los demás miembros, que al ser observados minuciosamente, cada uno puede ser disuelto en todas estas partes, o al menos en muchas. Estas partes son similares y homogéneas, totalmente similares en sustancia y de una naturaleza uniforme; de las cuales se componen luego las partes que se dicen heterogéneas y disimilares, que están compactadas juntas; aunque estas puedan ser llamadas simples, es evidente que están constituidas por elementos, en los que también se disuelven. Así, cuando todo el cuerpo se

divide en estas partes, es necesario que se haya constituido de todas ellas desde su formación.

Pero, dado que el proceso de composición es opuesto al de resolución, es evidente que primero se constituyó de los elementos en los que finalmente se disuelve, y como finalmente se disuelve en elementos, es claro que primero se constituyó de estos. Pues primero confluyeron los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego; que se acomodan y concurren como primordios y principios para engendrar todas las cosas, y mediante una cierta mezcla compacta, se formó el cuerpo del hombre, así como el de las demás cosas que constan de cuerpo.

Los elementos confluyeron no sin sus fuerzas y cualidades, especialmente las primeras, que son: calor, frío, humedad y sequedad. Estas son las principales, de las cuales surgen otras, que se encuentran en los cuerpos blandos, duros, gruesos, delgados, ligeros y ásperos, que se dicen varias y casi multiformes; aquellas, de las cuales estas surgen, son las primeras y más poderosas de todas. Así, los elementos, de cuya concurrencia se compone y modela el cuerpo, se agitan entre sí con mutaciones y conversiones, de manera que necesariamente deben poseer estas cualidades, y estas mismas cualidades existen en su máxima expresión en cada uno de los cuerpos, como el calor extremo en el fuego, la máxima humedad en el aire, el frío extremo en el agua, y la máxima sequedad en la tierra; de manera que nada es más cálido que el fuego puro, ni más ligero; nada más húmedo que el aire puro, ni siquiera el agua; pues aunque esta humedece más, no debe pensarse que ocurre por una mayor cantidad de humedad, sino porque está en una sustancia más densa y fluida, que al introducirse en las vías y recovecos de los cuerpos, se mantiene y retiene más tiempo, afectándolos de esa manera y humedeciéndolos más, lo cual el aire, por su tenuidad, no puede lograr. Así pues, el agua no es más húmeda que el aire, sino al contrario, el aire tiene el grado máximo de humedad, mientras que el

agua tiene el de frío, de manera que nada es más frío que el agua pura, ni siquiera el hielo. Finalmente, nada es más seco que la tierra, aunque el fuego seca más; pero esto es accidental debido a la intervención del calor, ya que con su calor extrae y disipa la humedad de los cuerpos; pero la tierra seca al absorber la humedad por sí misma. Luego, cada elemento tiene una cualidad secundaria, simple en sí misma, pero que no alcanza el grado máximo de su género: esta es la sequedad en el fuego, acompañando al calor; el calor en el aire; la humedad en el agua; y el frío en la tierra, acompañando a la sequedad.

Así pues, los elementos confluyeron con todas estas fuerzas para la constitución del cuerpo junto con sus sustancias; pues no solo las fuerzas de los elementos, sino también sus sustancias están preservadas en nosotros: tanto las fuerzas como las sustancias permanecen mezcladas; pero las fuerzas se mezclan completamente entre sí y mediante una cierta pugna mutua se moderan mutuamente, y de su confusión surge una cierta temperancia difundida por toda la masa del compuesto. Las sustancias, por otra parte, están conectadas por una cierta continua superposición y se dividen en pequeñas porciones y se disponen en tal orden que cada una se une finalmente a otra de diferente género; nada que no esté compuesto de estos cuatro puede ser percibido por los sentidos. Por lo tanto, las pequeñas partículas de los elementos permanecen en la mezcla y consisten en sus formas íntegras; pero no libres ni en su propio derecho, sino implicadas, atadas y casi interceptadas por la pugna mutua de las cualidades y la presencia de una forma más digna. De ahí que no puedan ejercer las fuerzas que les fueron otorgadas originalmente, ni el fuego quemar, ni el agua refrigerar excesivamente; por lo tanto, solo existen en potencia, de tal manera que, al disolverse la temperancia por la muerte, regresan a su estado y se reivindican en su libertad. La temperancia de los elementos, tanto de las fuerzas como de las sustancias, no es la mezcla misma,

sino la proporción de la mezcla, y en los elementos mezclados es un cierto principio de armonía y concordia de cualidades.

La mezcla produce la temperancia como su descendencia y progenie; y si aquella pertenece principalmente a los elementos, esta a las cualidades, sin embargo, están tan relacionadas y unidas que, así como la mezcla no puede realizarse sin la ayuda de las cualidades eficientes, tampoco la temperancia puede inducirse sin la sustancia de los elementos. Por lo tanto, la temperancia es una cierta armonía de las cuatro cualidades principales a partir de la mezcla de todos los elementos; de ahí que consista en una proporción armoniosa y consonante tanto de los elementos como de las cualidades.

Cuando las fuerzas de las cuatro naturalezas se unen en partes iguales, de modo que las porciones de calor, frío, humedad y sequedad sean iguales, se forma esa temperancia que se llama temperancia justa, la ley y regla de las demás. Pero si uno o dos de estos elementos prevalecen sobre los otros, surge la intemperancia en la misma temperancia: y dado que son cuatro de los que se compone la temperancia absolutamente, por la prevalencia de cada uno surgen cuatro temperancias simples: la cálida, en la que el calor predomina sobre el frío, con la igualdad de humedad y sequedad; la fría, en la que domina el frío; la húmeda, en la que la humedad prevalece; y la seca, en la que la sequedad es más poderosa que la humedad. Existen también cuatro temperancias combinadas, que surgen de la prevalencia de dos simples. Estas son: cálida y húmeda; cálida y seca; fría y húmeda; fría y seca; no pueden existir más, ya que hay dos oposiciones encerradas en cuatro límites y ninguna extremidad puede obtener la primacía sobre ambas.

Entonces, hay ocho temperancias intemperadas y una sola temperancia. Cuando se compone de porciones iguales de todos los extremos, ocupa el medio y es la más temperada, y se llama

temperancia ponderada, en la cual el cuerpo humano está más temperado, como es la opinión de muchos, especialmente del primer hombre. En el hombre se percibe la temperancia más noble y temperada de todas, lo cual se manifiesta principalmente en el sentido del tacto, que es la ley y juicio para discernir la temperancia; y en el sentido del tacto, el hombre supera con creces a cualquier otro animal.

Después de la mezcla de las sustancias y las fuerzas de los elementos, siguen el calor innato, el espíritu y la humedad primigenia, por los cuales el alma está unida al cuerpo como por vínculos, y una vez consumidos, es necesario que emigre del cuerpo. Porque por la fuerza del calor que les ha sido otorgado por la naturaleza, los animales viven, y con su extinción, la muerte sigue inmediatamente. Por lo tanto, no se opone al calor el frío, como su contrario, sino la extinción, que es su privación: así como no hay nada contrario a la luz, pero la oscuridad es su privación, y si un mínimo de luz ilumina el cuerpo, decimos que está iluminado; así, el calor vital, por pequeño que sea, gobierna el cuerpo que posee.

No llamo a este calor puramente elemental, sino que está por encima de la naturaleza de los elementos; pues hay un consenso de todos los filósofos de que la vida se define por el calor, y la muerte por la extinción del calor: por lo cual Aristóteles definió la muerte como la extinción del calor; por lo tanto, un animal muerto está completamente desprovisto de este calor. Si este calor fuera de tipo elemental, puesto que en las partes individuales del cadáver persiste alguna mezcla de los cuatro elementos, el animal muerto tendría todavía calor vital.

Este calor tiene como sede y vehículo el espíritu, que, como una sustancia fluida y etérea, lo contiene y permite que pueda permear todo el cuerpo y ser distribuido por las arterias a todas sus partes. Dado que la sustancia del espíritu es aérea o etérea, corpórea, muy

sutil y rápida en movimiento, puede atravesar todo el cuerpo con velocidad, proporcionando una materia adecuada al calor, ya que también es una sustancia amiga del calor en su mantenimiento. El espíritu, siendo una sustancia sutil y etérea impregnada de calor, no puede existir ni permanecer por mucho tiempo sin la ayuda de la humedad. Por ello, el humor primigenio y vital es el fundamento tanto del espíritu como del calor innato, y la primera sustancia, como el vapor y el aliento exhalado de la sustancia del aceite es el fundamento de la llama de la lámpara; así como el espíritu es al calor; la sustancia húmeda del aceite en la lámpara es tanto el fundamento como el alimento de la llama y del vapor, alimentando y manteniéndolos con su humor nutritivo; así es el humor primigenio respecto al espíritu y al calor. Y como esa llama no puede sostenerse sin vapor o humedad, sin los cuales tampoco el vapor puede existir; así tampoco el calor innato ni el espíritu pueden permanecer sin el humor primigenio. Por lo tanto, el calor innato es un humor impregnado de espíritu y calor, mientras que el espíritu es una sustancia sutil y etérea impregnada de calor.

El humor primigenio y vital es un cierto humor aéreo, grasoso y muy similar al aceite, la sede y sustancia del calor innato, que, al estar mezclado con la sustancia de las partes similares, escapa a la vista. Por lo tanto, no es esa grasa que vemos cubrir muchas partes; sino otra muy diferente; tampoco es el humor alimentario: sino que este, al llegar, es nutrido y restaurado; ni es el humor acuoso, mediante el cual las partes similares del cuerpo se adhieren y permanecen firmes en solidez. Este humor vital no es uno y simple, ni el espíritu ni el calor innato, ya que estos siguen las temperancias que están en las partes similares, y no todas las partes similares están contenidas en una misma temperancia: algunas son frías y secas, como el hueso, el nervio, la membrana; otras están temperadas por otras temperancias; diversas temperancias producen también diversos espíritus, calores innatos y humores vitales.

Además de los espíritus que son estables y están fijados en cada parte según la temperancia de esa parte, se establecen tres espíritus más, errantes y vagos: el natural, el vital y el animal. El espíritu natural, que se difunde desde el hígado a través de las venas hasta las extremidades del cuerpo; el vital, que el corazón emite constantemente a través de las arterias; y el animal, que, partiendo del cerebro a través de los nervios, irriga las partes dotadas de sensación y movimiento. Estos espíritus influyentes se generan a partir del alimento por la fuerza del espíritu innato o insito. La parte más pura y aérea del alimento, mediante la digestión, se transforma en una sustancia más fina de la sangre, que presenta una especie de vapor; sin embargo, al recibir fuerza del espíritu innato del hígado, se convierte en espíritu natural, siendo tanto más superior al resto de la sangre cuanto la fuerza natural inherente al hígado excede a su masa. La cantidad de este espíritu que se lleva al corazón junto con la sangre a través de la vena cava, se atenúa aún más por la fuerza del calor y se transforma en una especie de aire; y desde el ventrículo derecho del corazón, a través de vías comunes y muy estrechas, pasa al ventrículo izquierdo; donde, al absorber el aire templado por el pulmón, se convierte en una materia a la cual se le concede calor y fuerza vital, produciendo el espíritu vital difundido por todo el cuerpo a través de las arterias. Una porción de este espíritu, que es llevada a la base del cerebro a través de las arterias del cuello, se suaviza por el tercer anfractuoso contexto admirable y se lleva a los ventrículos del cerebro a través de otro contexto llamado coroideo (χοροειδῆ); allí, al absorber y elaborar el aire por las narices, recibe alimento y crecimiento y, por la fuerza del espíritu innato en el cerebro, se convierte en espíritu animal, adecuadamente preparado para el movimiento, los sentidos y todas las funciones animales.

Habiendo establecido las partes que se constituyen en cada una de las partes del cuerpo, ahora, para que la admirable estructura del

cuerpo humano, creada por Dios, se vea más claramente, parece valioso mencionar algunas cosas sobre las partes homogéneas y heterogéneas del cuerpo. Primero describiremos las partes secas y óseas; luego, completaremos con los ligamentos, nervios, músculos, venas, arterias, piel y demás partes tanto internas como externas.

La sede y origen de todos los huesos es la columna vertebral, que se compara con la quilla de un barco primero puesta; pues sobre ella se sostiene y se erige la masa del cuerpo, como las partes laterales, proa y popa se apoyan y se adhieren a la quilla. La columna vertebral, por la necesidad de las acciones, ya que el hombre debe doblarse y curvarse, está compuesta por muchos huesos, como nudos, que llamamos vértebras, todas ellas sostenidas por el hueso sacro. Toda la columna vertebral se divide en cuatro partes: el hueso sacro, los lomos, el dorso y el cuello. El hueso sacro consta de seis vértebras; desde su parte más baja se extiende otro hueso colgante, que en griego se llama κόκκυξ, y en latín se llama cola, compuesto por cuatro huesos redondos, delgados y en gran parte cartilaginosos. Sobre el hueso sacro se asientan los lomos, compuestos por cinco vértebras, sobre las cuales se sitúa el dorso, compuesto por doce vértebras; y finalmente, el cuello, con siete vértebras. Así, hay treinta vértebras en la columna, todas unidas por una admirable estructura y de diversas formas; estas son redondas en las partes que miran hacia los intestinos, de donde se llaman σπονδύλαι, mientras que hacia el exterior presentan múltiples protrusiones: algunas prominentes en el centro, otras transversales a ambos lados, y otras extendidas hacia arriba y hacia abajo, mediante las cuales las vértebras están entrelazadas y se adhieren entre sí. Los extremos de las vértebras y de todas las protrusiones están rodeados de cartílago, en el cual se insertan ligamentos gruesos y fuertes, gracias a los cuales los nudos interiores de las vértebras se mantienen unidos.

Luego están los huesos de la cabeza, cuyo vértice está cubierto por un cráneo globoso y redondo, cóncavo hacia adentro; una parte de

este, llamada la coronaria, se extiende desde las sienes a ambos lados hasta el vértice; otra se encuentra en el occipucio, extendiéndose hacia arriba desde la parte inferior y posterior de la cabeza a ambos lados; la tercera se extiende a lo largo de la longitud de la cabeza, formando un ángulo en el centro de la coronaria. Está perforado por un gran agujero, por el cual la médula desciende desde el cerebro hacia el conducto de la columna vertebral. En estos huesos hay conexiones dentadas como las de una sierra, entrelazadas como dientes de un peine; debajo de estos, hay huesos duros en cada oído, que por su apariencia y dureza se llaman petrosos, en cuyos huecos se encuentran dos huesos parecidos a un martillo; de cada uno de estos procesos, como un brote, se inserta en un agujero y conduce los sonidos al cerebro. El sexto hueso es el de la frente, que en la posición de las cejas, donde sobresale, es doble y cierra con una doble cara una cavidad vacía derivada hacia las fosas nasales; la parte superior está rodeada por una sutura coronaria, la inferior se refleja en las cuencas de los ojos, formando la pared superior de estas. Ya en estos y en todo el cerebro, se coloca como una base un cierto hueso, en el cual se observan agujeros a ambos lados, a través de los cuales las prolongaciones de los nervios sensoriales se extienden hacia los sentidos. Debajo de su superficie interna hay dos cavidades ocultas, en las cuales hay una red de admiración llena y otros secretos del cerebro.

Después de esto están los huesos de la cara, que toda ella se divide por la unión que, desde el intervalo de las cejas, atraviesa por el medio de la nariz, entre los dientes medios, y corta el paladar a lo largo. El hueso más grande en ella es el del pómulo, en el cual se fijan las raíces de los dientes superiores; y junto a las raíces de los primeros dientes, que cortan, están situados dos huesos, distintos por líneas, y nuevamente dos muy pequeños, en el lugar donde está el espacio de las fosas nasales, de donde nace el labio superior. Entre el ojo y la oreja está el hueso cigomático, duro y también el músculo

de las sienes. Como una fortaleza, la nariz sostiene dos huesos cuadrangulares, llevados desde el yugo de la nariz a lo largo de su longitud, en cuyos extremos se insertan los cartílagos, llamados alas. A cada lado de las cuencas de los ojos hay tres huesos, aparte de aquellos que son como paredes entre el paladar y la base del cerebro hasta las fosas nasales; a ambos lados hay huesos diversos dispersos, blandos y delgados, que tejidos de diferentes maneras forman la apariencia de una esponja, de donde en griego se llaman σπογγειδείς (spongydeis). Además de esto, otro hueso en la raíz de la nariz está fijado dentro, ancho y delgado, perforado de diversas maneras como un cedazo, y en griego se llama ἠθμοιεδής (ethmoides), del cual se envía hacia el cerebro una especie de verruga muy dura; hacia abajo, una ἔκφυσις (ekphysis), con la forma de una lámina, que es el tabique de las fosas nasales, al cual se une el cartílago en la parte inferior de la nariz. La mandíbula inferior está compuesta de dos huesos estrechamente unidos en el extremo del mentón; cada mandíbula está perforada frecuentemente con ciertos alvéolos, en los cuales se insertan los dientes individuales, que suelen ser dieciséis, rara vez más, a veces menos; de estos, cuatro son los primeros llamados incisivos; después de estos, hay dos caninos a cada lado, más allá de los cuales están cuatro molares a cada lado.

El tórax se apoya en toda la espalda, teniendo doce articulaciones y doce costillas a cada lado, de las cuales las siete superiores, completas y perfectas, se conectan al hueso del pecho en los senos suaves de dicho hueso: por lo cual el mismo hueso del pecho consta de siete huesos que se unen transversalmente, correspondiendo un hueso del pecho a cada costilla completa. Desde el extremo de este hueso cuelga un cartílago oblongo, que se llama cartílago xifoides; las cinco costillas restantes, incompletas y casi mutiladas, terminan en cartílagos; de ahí que se llamen falsas y espurias, ya que se retuercen entre sí hacia arriba, uniéndose como si estuvieran pegadas. Los huesos de las escápulas son dos, con una figura

triquetra; los huesos del brazo son tres: el húmero, el cúbito y la mano; el húmero se sostiene con un solo hueso; el cúbito tiene dos; la mano se divide en la palma y los dedos; la palma consta de doce huesos, mientras que los dedos están compuestos de quince huesos.

Son luego los huesos de las caderas, muy fuertes y sujetos a las prolongaciones que emite el hueso sacro; ambos huesos de la cadera envuelven los huesos del fémur. Después de esto, hay dos huesos en la pierna; siguen la rótula, los maléolos, el astrágalo y los huesos del pie, que son veintitrés o veinticuatro. Alrededor de casi todos los extremos de los huesos están cubiertos por cartílagos: aunque hay también otro tipo de cartílagos solitarios y apenas unidos a algún hueso, como los que están en las pestañas, orejas, fauces, epiglotis, en la laringe, en la tráquea y en la base del corazón, que están formados solo para la solidez y robustez.

Es luego la conexión de los huesos múltiple, una por articulación, otra por contum: por esta, los huesos que no tienen movimiento están unidos con un enlace indisoluble; por la articulación, sin embargo, los huesos móviles están unidos. También hay muchas ligaduras de huesos, que son cuerpos nerviosos y muy duros, sólidos y exangües. Estas son muchas y no de un solo tipo; algunas son como membranas sólidas, otras como nervios cartilaginosos.

Los músculos y tendones son muy numerosos. El músculo está formado así: la carne crece alrededor de las fibras nerviosas adecuadas para el movimiento, sosteniendo la fuerza de estas; venas y arterias están dispersas; todo está cubierto por una fina membrana que envuelve y define el músculo. Por lo tanto, tiene tres partes a lo largo: el origen, el medio y el final; el origen es nervioso; el medio consta de todos los elementos mencionados; el extremo es un tendón compuesto de fibras nerviosas y ligamentosas, que se han unido y mezclado para volverse más duros y robustos para el movimiento,

que el nervio; pero más suave e inferior al ligamento; este, a su vez, supera en agudeza sensorial, pero carece de fuerza.

Plantó el Señor Dios un jardín de delicias al principio, en el que puso al hombre que había formado.

En hebreo es: Plantó el Señor Dios un jardín en Edén al oriente, y puso allí al hombre que había formado.

El intérprete caldeo: Y plantó primero, o desde antiguo.

Los Setenta tradujeron: Καὶ ἐφύτευσεν ὁ θεὸς παράδεισον ἐν Ἐδὲμ κατὰ ἀνατολὰς (Kai ephýteusen ho theós parádeison en Edem kata anatolás): Y plantó Dios un paraíso en Edén al oriente.

Esta gran diversidad de los intérpretes surge porque hay dos palabras ambiguas en el texto hebreo: עֵדֶן (Eden) y קֶדֶם (kedem).

עדן (Eden) con frecuencia significa delicias y placer en la Sagrada Escritura; pero a veces es el nombre de un lugar o provincia; קדם (kedem) también a menudo designa la prioridad en el tiempo en la Escritura, y su significado más común es el oriente. Nuestra edición toma estas dos palabras según las acepciones anteriores, aunque más adelante las toma según el otro significado, cuando se dice de Caín: Y habitó en la región oriental de Edén. Los hebreos interpretan estas palabras según los significados posteriores, como lo testifican aquí el Rabino Aben Ezra y el Rabino Salomón, afirmando que Dios plantó este jardín en un lugar llamado Edén, en la parte oriental de ese lugar, lo cual también indica la preposición ב servil.

La letra hebrea, pues, es esta: Plantó el Señor Dios un jardín en Edén, al oriente, o hacia el lado oriental. Por lo tanto, el lugar donde Dios plantó este jardín, llamado paraíso en persa, o más bien en hebreo, de פרדם (pardes), que significa paraíso, la Sagrada Escritura insinúa que es la región de Edén, que fue llamada así por su amenidad y abundancia de delicias. Luego declara en qué lado de esa región se encuentra situado, a saber, en el lado oriental.

De lo cual se puede advertir que lo que aquí se dice de este paraíso no debe ser entendido de manera tan espiritual que se pierda el sentido histórico, como correctamente advierte San Agustín con estas palabras: "Lo que se puede decir adecuadamente sobre el paraíso entendiendo de manera espiritual, que se diga sin prohibición, pero que también se crea la fidelísima verdad de esa historia según la narración de los hechos". Porque si el paraíso no es sensible y corpóreo, tampoco es una fuente; si no es fuente, no es un río; si no es río, no se divide en cuatro cabezas; no es el Fison, ni el Geón, ni el Tigris, ni el Éufrates; no hay higuera, ni hojas con las que se hicieron taparrabos; ni Eva comió del árbol; ni había allí animales vivos que fueran llevados a Adán, ni Adán les puso nombres; sino que toda la verdad se convierte en fábula.

Dios plantó, pues, un paraíso sensible y corpóreo, un lugar lleno de todas las delicias, repleto de las hierbas, flores y plantas más dulces, donde se encontraban los árboles más agradables cargados de todo tipo de frutos en abundancia, que eran hermosos a la vista y muy placenteros al gusto; y allí puso al hombre que había formado, para que llevara una vida feliz y casi bienaventurada: de modo que así como había formado al hombre perfecto, también le diera un lugar muy adecuado para su primera perfección, una región divina digna de su conversación, hecho a la imagen de Dios.

Y el Señor Dios hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del paraíso y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

En hebreo: Y el Señor Dios hizo crecer de la tierra todo árbol deseable a la vista y bueno para comer y el árbol de las vidas en medio del jardín y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

El intérprete caldeo también tiene: Árbol deseable; pues lo que en hebreo es: כָּל־עֵץ נֶחְמָד (kol-etz nechmad), él tiene: כָּל־אִילָן דִּמְרַגַּג (kol ilan dimrenan), es decir: Todo árbol deseable.

El rabino Salomón dice que estas palabras se refieren al paraíso. También el rabino Aben Ezra, exponiendo יצמח (yitzmach) por הצמיח (hitzmich), hizo crecer, en hiphil, dice que hizo crecer todo árbol en el jardín.

Aquí, pues, Moisés comienza a describir el paraíso, declarando primero: cómo estaba plantado con toda clase de árboles, que el Señor hizo brotar de la tierra, suaves al gusto y deseables a la vista, de los cuales se alimentaría el hombre. Porque era necesario que el hombre se alimentara de ellos incluso antes de que se viera perturbado por la culpa, para mantener la vida y no morir. Porque el hombre fue hecho mortal por naturaleza, ya que estaba compuesto de elementos corruptibles, que actúan y son afectados entre sí; y todo lo que es así debe necesariamente corromperse, pues nada violento puede ser perpetuo. El hombre, pues, al estar constituido por elementos que tienen entre sí contrariedad, era corruptible y mortal por naturaleza: sin embargo, por el don de la gracia, fue hecho inmortal, es decir, que podía no morir; porque Dios había previsto para él remedios contra la fuerza de la muerte, para que, perseverando en el estado en que Dios lo había creado y establecido, no estuviera sujeto a la necesidad de morir.

Sin embargo, el hombre podía entonces sucumbir a la fuerza de la muerte de tres maneras, principalmente: por la contrariedad de los elementos y la intemperie de los humores, de donde ahora se originan las enfermedades y la muerte; por la falta de alimento y nutriente, y la pérdida del humor radical y la disminución de la fuerza; o finalmente, por un daño externo: podía ser consumido por el fuego, ahogado por el agua, aplastado por una gran masa que cayera sobre él, o afectado por las inclemencias del aire; y muchos otros elementos externos que, o bien no podía el hombre evitar, o a los cuales se entregaría por su propia voluntad, podían sin duda traerle la muerte y la destrucción. Contra todos estos peligros, Dios, en su gran bondad, había protegido al hombre, de modo que, si él

hubiera querido, nunca podría haber sido arrancado de la vida por la muerte.

Contra el primer peligro, lo había dotado de justicia original, que siempre habría mantenido las fuerzas de los elementos en la proporción más equilibrada y los humores en la más pacífica templanza, en la cual Dios había creado al hombre: por medio de la cual se eliminaba la primera causa de la muerte. Contra el segundo peligro, para preservar la vida animal que necesita alimentos, le proveyó todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer. Y para que el hombre no envejeciera y terminara su vida por la pérdida del humor radical debido a la acción del calor natural, ya que los alimentos con los que se nutría no podían reponer de manera equilibrada el humor perdido — de ahí surge la vejez y la falta de vida, porque la carne generada por los alimentos siempre es más impura y de menor fuerza, lo que fácilmente se nota en la vejez, en la cual la carne es más impura y más débil, lo cual no sucedería si los alimentos restauraran de manera equilibrada la fuerza perdida por el calor —, por eso, Dios puso el árbol de la vida en medio del paraíso, que mantendría perpetuamente esa fuerza del humor en el hombre: porque con su alimento se añadiría al humor tanta fuerza como el calor natural había consumido. Por eso se llamó árbol de la vida, porque con su alimento preservaría perpetuamente la vida animal del hombre y evitaría la vejez. De ahí que San Agustín diga correctamente: "El alimento estaba disponible para el hombre, para que no tuviera hambre; la bebida, para que no tuviera sed; el árbol de la vida, para que la vejez no lo destruyera". Contra el tercer peligro, finalmente, le había concedido al hombre una prudencia aguda, con la cual pudiera evitar lo que le dañara; y contra lo que su prudencia no pudiera evitar, estaba protegido por la custodia angélica y la providencia divina, que lo asistían y prevenían todo lo corruptor externo, y lo preservaban y protegían de toda violencia; y para que no fuera afectado por las inclemencias del aire, lo colocó

en el paraíso, donde había una temperatura del aire muy suave y un lugar muy agradable.

En este paraíso, pues, Dios hizo crecer todo árbol hermoso a la vista, para el consuelo y deleite del hombre, y bueno para comer, para el placer del gusto, para que nunca sintiera hambre; también el árbol de la vida, para que la vejez no lo abrumara y finalmente lo destruyera. Como testifican Beda y Estrabón, "el árbol de la vida se llamó así porque recibió divinamente la fuerza de que quien comiera de su fruto, su cuerpo se fortalecería con una salud firme y perpetua, y no caería en ninguna enfermedad ni debilidad de la edad, ni en la decadencia".

También el árbol del conocimiento del bien y del mal, para que se ejercitara en la virtud y tuviera mérito, y reconociera a Dios como su señor. Pero ese árbol se llamó del conocimiento del bien y del mal, no por su naturaleza, sino por la ocasión del evento que siguió. Pues el hombre conocía el bien y el mal, incluso antes de tomar de ese árbol: pero conocía el bien por la prudencia y la experiencia, y el mal solo por la prudencia, no por la experiencia; lo conoció por experiencia cuando probó el árbol prohibido: por esa comida conoció también el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, que antes no conocía por experiencia. Por tanto, ese árbol se llama del conocimiento del bien y del mal, no porque en él hubiera alguna fuerza para inducir tales conocimientos, a menos que quizás se hiciera dispositivamente, ya que el alma toma de los órganos del cuerpo las ciencias y conocimientos de las cosas: esto no habría sido sino accidentalmente; sino porque al degustarlo conocerían por experiencia qué era el bien y qué el mal: el bien, que perderían; y el mal, que incurrirían.

Y un río salía del lugar de deleite para regar el paraíso, que luego se dividía en cuatro cabezas.

En hebreo: Y un río sale de Edén para regar el jardín, y de allí se divide y se convierte en cuatro cabezas.

El intérprete caldeo tiene: Y se convirtió en cuatro comienzos de ríos.

El rabino Aben Ezra nota aquí que, antes de que el hombre fuera creado, hubo un río que regaba el jardín desde todas las partes.

Aquí se describe la amenidad del paraíso en cuanto a la irrigación de las aguas: porque del lugar donde Dios plantó el paraíso, que se llama Edén, surge un gran río que riega y fertiliza todo el paraíso; y de allí, saliendo del paraíso, se divide en cuatro ríos principales, que son los principales de los ríos, según la Paráfrasis Caldea.

Nombres de estos son Phison: este rodea toda la tierra de Havilá, donde nace el oro; y el oro de esa tierra es el mejor, y allí se encuentra bdellium y ónix.

Aben Ezra dice aquí que Gaon dice que Phison es el río de Egipto. El rabino Salomón dice que "es el Nilo, el río de Egipto, y porque sus aguas se congregan y crecen y riegan, o inundan la tierra, se llama Phison, como פשו: crecieron"; esa es su explicación. De los nuestros, algunos piensan que este río es el Nilo; otros, sin embargo, el Ganges; y estos dicen que la tierra de Havilá es una región de India, llamada así por Havilá, hijo de Joctán; que también dicen estar llenísima de oro, y por eso dice: Allí nace el oro, y el oro ... es el mejor; allí también se encuentra bdellium, del hebreo: בְּדֹלַח, que los Setenta traducen: ἄνθραξ, es decir, carbunclo: aunque en otro lugar lo interpretan como cristal, que los hebreos ahora comúnmente sostienen; aunque Gaon, según refiere Aben Ezra, dijo que בדלח son piedras pequeñas y redondas, que salen del agua, son finas, y el maná se asemeja a ellas. Porque la Escritura dice que la especie del maná era como la especie de בדלח, el maná era como una perla. Por lo cual creo que esta piedra es una perla.

Allí también se encuentra la piedra ónice: הַשֹּׁהַם, que los Setenta traducen; Καὶ ὁ λίθος ὁ πράσινος, es decir, piedra prasino. Gaon, sin embargo, según Aben Ezra, dice que שהם es una piedra preciosa, blanca y clara; por lo tanto, él también parece pensar que la piedra es ónice. También el intérprete caldeo: אַבְנֵי אוּרְלָא, es decir, piedra ónice. Aben Ezra, sin embargo, dice que no sabe; por lo cual también los hebreos no conocen qué tipo de piedras son estas.

Es de notar aquí, sin embargo, que hubo dos Chavilá: uno de los cuales dio nombre a Getulia, y el otro a una región cercana a Ophir, de donde se traía oro; el primero fue nieto de Cam, el otro, de la línea de Sem, hijo de Heber. Cuando se dice que este río rodea la tierra de Chavilá, creo que debe entenderse del segundo.

Y el nombre del segundo río es Gehon: este rodea toda la tierra de Etiopía. El nombre del tercer río es Tigris: este corre hacia Asiria. El cuarto río es el Éufrates.

También hay una considerable discusión sobre el Gehon. En efecto, Aben Ezra dice que es conocido que este río está cerca de la tierra de Israel, porque así está escrito: Y lo llevarás al Gehon. También dice que viene del lado oriental hacia el sur. El lugar que cita es en la unción de Salomón, hacia donde David ordenó que lo llevaran. Sin embargo, el intérprete caldeo traduce גִּיחוֹן (Nichon) como שִׁילוֹחָא (Shiloah), es decir, Siloé, como también lo explica Nicolás. El rabino Joseph Kimchi cree que es el río de Egipto, es decir, el Nilo, llamado así porque al salir riega la tierra. Casi todos nuestros expertos afirman esto, diciendo que este río es el Nilo; pues se dice que este río riega Etiopía, y de ahí desciende a Egipto. Otros, sin embargo, piensan que es otro río, cercano al Tigris y al Éufrates. Dicen que Cus no siempre significa Etiopía, donde se encuentran las fuentes del Nilo, sino también Arabia, y toda la región que mira al océano. Incluso los madianitas a veces son llamados etíopes, aunque están cerca de Palestina; y Séfora, la esposa de Moisés, se llama

etíope, aunque era de la tierra de Madián. Por lo tanto, aunque se dice que Gehon recorre Etiopía, no están obligados a pensar que se trata del Nilo.

Estos también dicen que Phison no es el Ganges, sino otro río en Mesopotamia, pensando que la tierra de Havilá, que este río recorre, es una región que los historiadores llaman Cabalia o Cabana, que está cerca de Mesopotamia. También dicen que hay una ciudad en Mesopotamia llamada Phison, que tomó su nombre del río. Sin embargo, nosotros no podemos afirmar nada con certeza sobre esto.

Sobre el Tigris y el Éufrates no hay duda; pues el Tigris se dirige hacia el este de Siria; el Éufrates es la frontera de la tierra prometida al este. El Tigris se llama חִדֶּקֶל (Hiddekel) en hebreo, porque, dice el rabino Salomón, "sus aguas son rápidas y ligeras"; el Éufrates: פְּרָת (Perath), "porque sus aguas crecen y se multiplican y hacen crecer al hombre".

Entonces el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el paraíso de deleites, para que lo trabajara y lo cuidara.

En hebreo: El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara, es decir, el jardín.

גַּן (gan) en hebreo es tanto de género masculino como femenino, incluso en plural, como Aben Ezra nota aquí; sin embargo, aquí está con un sufijo femenino: por lo que debe referirse no al hombre, sino al paraíso.

La Sagrada Escritura insinúa que el hombre fue formado fuera del paraíso, y que el Señor lo tomó del lugar donde lo había formado y lo puso en ese paraíso tan agradable para que permaneciera y habitara en él en tranquilidad. Para que lo trabajara, esto es, para que cultivara ese jardín, lo cual entonces habría hecho con una placentera delectación, para el ejercicio de su virtud, sin ningún sudor ni cansancio, sino con alegría del alma y toda facilidad. No

dudo de que Adán, desde el principio, estuviera dotado del conocimiento de las estrellas, ya que fue destinado a cultivar la tierra, de modo que ya tenía una comprensión clara del poder de la tierra y de las variaciones de las estaciones, para producir frutos en su debido tiempo. Y lo cuidara, es decir, el paraíso, dice Aben Ezra, de todas las bestias, para que no se reunieran allí y lo dañaran. Algunos dicen que Dios aquí advertía al hombre para que se cuidara del serpiente tortuoso, Satanás, para que no mereciera ser expulsado del paraíso debido a sus engaños y fraudes, cayendo en culpa.

Y le ordenó diciendo: De todo árbol del paraíso puedes comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que comas de él, ciertamente morirás.

Texto hebreo: Y ordenó el Señor Dios a Adán diciendo: De todo árbol del paraíso comerás; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás de él; porque el día que comas de él, ciertamente morirás.

El intérprete caldeo traduce: Y del árbol, cuyos frutos comiendo se vuelven sabios entre el bien y el mal, no comerás de él.

Según el testimonio de Aben Ezra, en el capítulo 3 del Génesis, "estas palabras: Ciertamente morirás, se interpretan de diversas maneras por muchos; algunos dicen: entonces serás culpable de muerte; otros dicen que la muerte es el castigo, como se dice: Porque el hijo de muerte es el hombre que hace esto; otros dicen que desde entonces enfermarás, lo que significa que morirás". También dice: "יצו (yitzav) es una palabra con un mandato negativo"; y así lo explica: "Aunque te he dejado todos los frutos de los árboles del jardín, no comerás del fruto del árbol del conocimiento. Pero después de decir: Del árbol del conocimiento no comerás, ¿qué necesidad había de la palabra: de él? Sin embargo, añadió esto para aclarar; y así es: Y abrió y vio al niño; o su significado es: ni siquiera un poco de él. Y nota que Adán estaba lleno de conocimiento,

porque Dios no le ordenó a alguien que no tiene conocimiento; ¡pero el conocimiento del bien y del mal en una sola cosa no conocía! ¿No ves que dio nombres a todos los animales y aves, según su generación? Y he aquí que fue un gran sabio”.

Leemos anteriormente que Dios hizo al hombre gobernador de los peces del mar, de las aves del cielo, de todas las bestias, y de toda la tierra; pero ahora, para que el hombre reconociera que estaba sujeto al dominio divino y que quien lo había creado también sería su eterno señor, recibió un mandato de Dios para que, habiéndole dado todos los árboles del paraíso para su sustento, no comiera nunca del árbol del conocimiento del bien y del mal. Y no se debe pensar de ninguna manera que este árbol, prohibido al hombre, fuera malo o nocivo por naturaleza; pues por naturaleza era bueno, hermoso a la vista y agradable para comer. Sin embargo, Dios lo prohibió, tanto para mostrar que con pleno derecho tenía dominio sobre el hombre, como para que el hombre alcanzara continuamente los méritos de la santa obediencia, ya que no debía ser disuadido de tal árbol sino por la consideración de la santa virtud: ya que por naturaleza era una cosa buena, y de la cual no debía retirar la mano, salvo por el mandato y la orden de Dios su señor.

Pero como la culpa de la transgresión es seguida inmediatamente por la pena, de aquí que de inmediato añade: Porque el día que comas de él, ciertamente morirás, o serás mortal. Pues en el momento en que comió del árbol prohibido, murió en la culpa: lo cual fue seguido en su tiempo por la muerte del cuerpo; porque en ese mismo día comenzó a ser mortal y sujeto a la corrupción, y comenzó a avanzar hacia la muerte y el final de la vida.

Además, es de notar aquí que este mandamiento no fue expresado a la mujer, quien fue formada posteriormente, sino solo al hombre, en quien todos estaban comprendidos, como si estuvieran en él, y estaban obligados por el mismo mandamiento. Por lo tanto, la mujer

pecó al comer del árbol prohibido, porque a ella también, a través de Adán, le fue ordenado por Dios no comer; pues el hombre fue constituido cabeza de la mujer, después de que la mujer fue formada de él.

También es de notar aquí que el primer hombre fue creado con libre albedrío, para que pudiera merecer y demerecer. Por lo tanto, en el Eclesiástico se dice verdaderamente: Dios creó al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su consejo, añadió sus mandamientos y preceptos: si deseas guardar los mandamientos, te conservarán, y para siempre conservarán la fe agradable. Te puso delante el agua y el fuego: extiende tu mano hacia lo que desees; ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que le plazca, le será dado; porque la sabiduría de Dios es mucha, y fuerte en poder, viendo a todos sin interrupción.

Y dijo también el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda semejante a él.

Texto hebreo: No es bueno que Adán esté solo; le haré una ayuda frente a él.

Los Setenta, sin embargo, tradujeron como "hagamos", al igual que nuestra edición; pues así dicen: Ποιήσωμεν αὐτῷ βοηθὸν κατ' αὐτόν (Poiesomen autō boēthon kat' auton): es decir: Hagamos una ayudante adecuada para él; quizás lo tomaron de los versículos anteriores, como es: hagamos.

Pero el intérprete caldeo traduce íntegramente el hebreo: Le haré una ayuda, o un apoyo, frente a él.

Aben Ezra explica: “No es bueno para el hombre, según la sentencia: Dos son mejor que uno”.

Nosotros pensamos que se refiere al matrimonio; ya que para procrear y tener hijos, ni el hombre ni la mujer son suficientes por sí solos: sino la unión de ambos. Por lo tanto, Adán solo no era

suficiente para procrear hijos para la gloria de Dios, así que dice: No es bueno que el hombre esté solo; porque se privaría a la naturaleza humana de la propagación y multiplicación, lo cual es un gran bien. Pero para que los hombres crezcan y se multipliquen y llenen la tierra y la sometan, le haré una ayuda para procrear, y para cuidar y nutrir lo procreado. Y correctamente dice: Ayuda; pues el agente principal no es la mujer, sino el hombre y su principal compañera. Entonces, Dios propone hacer al hombre una ayuda semejante, es decir, de la misma naturaleza y forma: semejante, no idéntica; pues toda semejanza necesariamente incluye alguna disimilitud, de lo contrario no sería semejanza, sino identidad; por eso la mujer se llama ayuda semejante al hombre: pues aunque de la misma naturaleza y forma, hay diversidad en el sexo; o porque está frente a él, o enfrente de él, lo cual es singular en la naturaleza humana y no se encuentra en los animales.

Entonces, el Señor Dios formó de la tierra a todas las bestias del campo y a todas las aves del cielo, y las llevó a Adán para ver cómo las llamaría.

Texto hebreo: Y el Señor Dios formó de la tierra a todas las bestias del campo y a todas las aves del cielo y las llevó, o hizo venir, a Adán, etc.

El intérprete caldeo: Y el Señor Dios creó, etc.

Esta formación es la misma mencionada anteriormente, donde se dice: Y Dios hizo a todas las bestias de la tierra, etc.

Aben Ezra, después de explicar que el hombre estaba lleno de conocimiento, porque puso nombres a los animales, dice sobre esto: “Quizás fue así: Dios no llevó a sus criaturas al hombre para ver cómo las llamaría, porque él ya sabía lo que era una bestia o un animal. Dios también le mostró el árbol del conocimiento, porque su

esposa sabía que estaba en medio del paraíso”. Yo, sin embargo, creo según la verdad que fueron llevados, y no solo según la imaginación.

Es de considerar aquí que tanto las bestias de la tierra como las aves del cielo se dicen formadas de la materia terrestre por el Señor, aunque anteriormente parece que ordenó a las aguas producir reptiles de seres vivos y aves que vuelan bajo el firmamento del cielo. Esto, dice Aben Ezra, porque las aves fueron formadas de ambos, del agua y de la tierra.

Y las llevó a Adán. No se debe pensar que el Señor las llevó, como lo haría un hombre, con la mano y por medio de cuerdas, o con el ministerio de ángeles, como algunos dicen; sino que infundió en esas bestias el impulso de ir hacia el hombre, reconociéndolo como su señor y para ser reconocidas por él, y les diera nombres a cada una de las especies, según las propiedades de cada una. Por eso dice: Para ver cómo las llamaría. Esto puede referirse tanto a Dios como a Adán mismo. Si se refiere a Dios, tiene este sentido: Para que Dios viera cómo las llamaría, es decir, Adán: no como si Dios mismo no lo supiera; sino en el modo usual de decir en las Escrituras, donde se significa, para que esto se haga evidente; para que el hombre, con la enseñanza interna de Dios y la iluminación del entendimiento, viendo a los animales que venían a él por guía de Dios, conociera perfectamente sus naturalezas y las diversidades de sus especies y propiedades internas, y después de observar y contemplar sus naturalezas, les diera nombres, según lo exigiera la naturaleza y la propiedad de cada uno. Y así, para que Dios viera, es decir, para que hiciera ver y conocer al mismo hombre cómo los llamaría.

También podemos explicar de otra manera: Para que viera, es decir, el mismo hombre cómo los llamaría, para que teniendo la causa de contemplar sus naturalezas, con el objeto de ver, que le ayudaba mucho a conocer sus naturalezas, introspeccionando las propiedades naturales e internas, las inclinaciones y los usos de ellos, viera no

solo con la vista corporal, sino también con la mirada de la mente, y atendiera diligentemente a cómo los llamaría, para que el nombre de cada uno concordara con su propiedad.

Y todo lo que Adán llamó a cada ser viviente, ese fue su nombre. Y Adán puso nombre a todos los animales, y a todas las aves del cielo, y a todas las bestias del campo.

Texto hebreo: Y todo lo que Adán llamó a cada ser viviente, ese fue su nombre. Y Adán puso nombres a todos los ganados, y a las aves del cielo, y a todas las bestias del campo.

Aquí Moisés muestra maravillosamente que Adán, sin ninguna experiencia previa, tenía conocimiento natural y contemplativo de las cosas, lo que se muestra claramente en los animales, en los cuales se centra principalmente este conocimiento, diciendo: Y todo lo que Adán llamó a cada ser viviente, ese fue su nombre; en lo cual muestra que los nombres dados por Adán a las cosas declaraban perfectamente sus naturalezas y propiedades. Porque imponía a las voces naturales, maravillosamente articuladas, tales significados que los nombres de los animales, a los que se dieron, eran expresivos y significativos y tenían un significado conveniente a las propiedades de los animales; lo cual no se logró por la naturaleza de las voces, sino por el juicio del que las imponía, con el máximo conocimiento, razón y sabiduría.

Y Adán puso nombres, es decir, nombres que expresaban convenientemente las naturalezas, especies y propiedades de todos los animales, es decir, ganados y... aves del cielo y... bestias del campo. Omite los peces porque no fueron llevados a él, aunque sus naturalezas podían ser fácilmente inferidas de otros animales terrestres. Se cree con mucha probabilidad que esta imposición de nombres a todos los animales fue hecha por Adán en lengua hebrea, y que esta lengua, santísima y plenísima, fue inventada y establecida por Adán, y llegó a ser usada hasta la división de las lenguas. Pues

los nombres que leemos en la Sagrada Escritura hasta ese tiempo se ven que son hebreos; de ahí permaneció en la descendencia y familia hebrea, y ha perdurado hasta nuestros días en sus descendientes, que descienden de él a través de Abraham, Isaac y Jacob según la carne.

Pero no se encontraba una ayuda semejante para Adán.

Esto ya lo explicamos anteriormente. Pero como Adán, incluso en ese estado, era un animal sociable por naturaleza, para que no careciera de dulce consuelo y no estuviera privado del queridísimo matrimonio, Moisés comienza a describir claramente cómo Dios proveyó al hombre una ayuda semejante.

Y el Señor Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán; y mientras dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. Y el Señor Dios edificó la costilla que había tomado de Adán en una mujer y la llevó a Adán.

Texto hebreo: Y el Señor Dios hizo caer sobre Adán תַּרְדֵּמָה (tardemá), es decir, un sueño profundo.

Hay en la lengua hebrea tres palabras que significan sueño: תנומה (tnumá), שינה (shina) y תרדמה (tardemá). La primera, שינה (shina), es un sueño sin fortaleza; la segunda significa un sueño más fuerte; y la tercera, un sueño muy profundo. Aben Ezra, en su exposición de este pasaje, dice esto. Este sueño hizo caer el Señor sobre Adán, o sobre Adán, y durmió.

Los Setenta tradujeron esta palabra como ἔκστασιν (ékstasin), es decir, un estado de éxtasis, un retiro y alienación de la mente y una cierta privación de los sentidos.

Sin embargo, el intérprete caldeo traduce: Y el Señor Dios hizo caer, o arrojó, שִׁיתָא (shita), es decir, un sueño sobre Adán: וּדְמוּךְ (udmuch), es decir, y fue oprimido por el sueño, para que de uno surgiera toda la humanidad, quien sería el principio y origen de todo el género humano.

Como Dios quería proporcionar a Adán una ayuda semejante, ya que estaba privado del consuelo del matrimonio, tomó una costilla de su lado y la edificó, para que Adán no sintiera esta pérdida, el Señor hizo caer sobre él un sueño profundo. Este sueño se dice correctamente que fue hecho caer por Dios sobre Adán, ya que no fue generado por la evaporación de los alimentos, o por cualquier otra causa natural: sino que Adán fue oprimido por él con Dios como autor, para que no fuera necesario que viniera de una causa natural. Así que, adormecido y sumido en un sueño profundo, Dios tomó una de sus costillas.

Muchos han dudado sobre este punto: si la costilla de la que fue creada la mujer era una costilla superflua en Adán o si pertenecía a la integridad de su cuerpo. Pues si esa costilla era superflua, entonces el primer hombre creado por Dios habría sido monstruoso, ya que le sobraría una costilla; pero si no era superflua, entonces es consecuente que el primer hombre habría quedado mutilado y lisiado, ya que le faltaría una costilla tomada por Dios. Ambas situaciones son inconvenientes. La respuesta casi universal a esta dificultad ha sido que esa costilla era, de hecho, superflua para ese hombre en cuanto a que era un individuo cierto, existente y subsistente por sí mismo; pero en cuanto que ese hombre era el principio del cual todo el género humano debía tener su origen y propagarse, esa costilla de ninguna manera era superflua, sino necesaria, ya que de ella debía surgir la mujer. Así, esa costilla era superflua para la hipóstasis de ese hombre, pero no era completamente superflua; sino que era similar a la semilla, que en relación al individuo es superflua, pero en relación a la especie es necesaria; pues es el principio para producir algo similar a sí mismo para la perpetuidad de la especie.

Esta respuesta ciertamente no me ha desagradado en algunos momentos; sin embargo, después de considerarlo más maduramente, no me ha parecido completamente consistente ni suficientemente

conforme a la verdad. Pues basta, dice alguien, que en ese primer hombre, en cuanto era hombre, esa costilla fuera superflua, para que se considere absurdo; pues esto llevaría a que ese hombre fuera monstruoso: lo cual no debe decirse de nada en la primera condición de las cosas. Y si esa costilla no pertenecía a ese hombre según la verdad de su naturaleza particular, no podría decirse propiamente que la mujer surgió de ese hombre, ni de sus huesos. Pues ese hueso sobraba en el hombre; y no podría decirse propiamente que la mujer fue hecha de los huesos del hombre y carne de su carne: ni que se tomó una de las costillas del hombre, si esa costilla era superflua; lo cual sería contrario a las Escrituras. Finalmente, ¿por qué habría de haber rellenado Dios la carne en lugar de esa costilla, si era superflua? Ciertamente, si Dios rellenó la carne en su lugar, se debe decir que esa costilla no era superflua, o que la carne que Dios rellenó fue superflua y sobrante y que el hombre permaneció igualmente monstruoso.

Tampoco es muy semejante el caso de la semilla. La semilla es natural para el hombre, es extraída de su sangre y médulas para generar; no hace monstruoso al hombre, sino que lo inclina a generar: lo cual es naturalísimo en los animales. Sin embargo, esto no puede decirse de la costilla. Parece tanto conforme a la verdad como a la razón decir que esa costilla pertenecía a la integridad y verdad de la naturaleza de ese hombre: pues de esto no se sigue ninguna de las inconveniencias mencionadas.

Pero alguien dirá que entonces el hombre habría quedado mutilado, por ejemplo, careciendo de una costilla. Pero esto ciertamente no tiene lugar, ya que el Señor rellenó la carne en lugar de esa costilla; pues no se debe pensar que la carne puesta por Dios estaba sin hueso: como tampoco se puede afirmar que la costilla tomada estaba sin carne, pues está escrito: Este es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; declarando así que no solo el hueso era de sus huesos, sino también la carne de su carne. Si, pues, bajo la

denominación de hueso, se comprende tanto el hueso como la carne de la costilla que fue edificada en la mujer, no hay inconveniente en que, a la inversa, bajo la denominación de carne se comprenda tanto el hueso como la carne, especialmente cuando bajo el nombre de carne la Escritura frecuentemente se refiere a todo el hombre. Por lo tanto, cuando la Escritura dice que Dios reemplazó la carne en lugar de la costilla, debe entenderse así, que Dios reemplazó la carne no sin el hueso, pues la carne sola sin el hueso no habría sido adecuadamente sustituida en lugar del hueso con la carne.

Entonces, Adán, sumido en un profundo sueño, con la costilla tomada de su costado y reemplazada por carne, Dios construyó... una mujer con esa costilla, en la condición de mujer. Moisés usó la palabra "construir" en lugar de "formar" o "crear": Y construyó en mujer: para que entendiéramos que la mujer no fue producida según el modo de la naturaleza, sino por el arte de Dios; por eso no fue propiamente hija de Adán, sino criatura de Dios, hecha directamente por Él.

Cómo se formó el cuerpo de la mujer a partir de esa costilla lo sabe quien la hizo. Sin embargo, se puede decir que o bien añadió otra materia consistente, o creó otra de la nada, o que, por la sola sustancia de la costilla, sin añadir nada externo, por orden de Dios y por su omnipotente poder, esa costilla se multiplicó y aumentó en sí misma, tomando mayores dimensiones y pudiendo formarse de ella el cuerpo de la mujer, mediante un milagro similar al que ocurrió cuando, de cinco panes, por la virtud celestial de Jesucristo, cinco mil hombres fueron saciados. Tampoco dudo que en la formación de la mujer Dios utilizara el ministerio de los ángeles.

La mujer, una vez formada, fue llevada por el Señor a Adán como su compañera y esposa. Por eso la formó de una costilla, no de la cabeza ni del pie: porque Dios dio la mujer al hombre no como una señora o una sierva, sino como una esposa y compañera. Dice que el

Señor llevó a la mujer a Adán, porque Él fue el autor de que la mujer viniera al hombre, quien inspiró en ella ese mismo deseo y le infundió el impulso de acercarse a aquel de quien fue tomada, como a su marido y esposo inseparable. Por lo tanto, Dios, como conciliador del hombre y la mujer y padrino de su matrimonio, llevó a la mujer al hombre; a quien, reconociendo que era de sí mismo, y como esposa gratísima dada por Dios, amó y estimó mucho. De ahí se sigue:

Y dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne: ella será llamada mujer, porque fue tomada del hombre. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y serán una sola carne.

Texto hebreo: Y dijo Adán: esta vez es hueso de mis huesos y carne de mi carne, por eso será llamada אִשָּׁה (ishá), mujer, porque fue tomada del אִישׁ (ish), hombre.

Nuestro intérprete tradujo: Ella será llamada virago, porque fue tomada del hombre, en hebreo se dice para hombre: אִישׁ (ish), y para mujer: אִשָּׁה (ishá); del mismo modo que la mujer fue tomada del hombre, así el nombre de la mujer fue tomado del nombre del hombre. Esto no puede hacerse en ninguna otra lengua, lo que demuestra que ningún intérprete ha traducido adecuadamente este pasaje.

Los Setenta tradujeron este pasaje así: Αυὕτη κληθήσεται γυνή, ὅτι ἐκ τοῦ ἀνδρὸς αὐτῆς ἐλήμφθη: Esta será llamada mujer, porque fue tomada de su hombre; lo cual no parece tener ninguna secuencia.

El intérprete caldeo también tradujo este pasaje: לְדָא יִתְקְרֵי אִתְּתָא אֲרֵי מִבַּעְלָהּ נְסִיבָא דָא:: Esta será llamada mujer, porque fue tomada de su hombre.

Nuestro intérprete derivó virago de hombre.

Esto no se hizo por ignorancia de los intérpretes, sino porque los diferentes idiomas no pueden imitar exactamente este hebreo. Y de aquí el rabino Salomón argumenta que el mundo fue creado en la lengua sagrada. El rabino Aben Ezra interpreta así esto que se dice: Esta vez es hueso de mis huesos: "Entonces dijo: esta vez encontré una ayuda frente a mí, similar a mí, porque es de mí."

Nosotros, sin embargo, lo interpretamos de otra manera. Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne: esto es, que en esta ocasión únicamente se hace, que una ayuda semejante al hombre se edifique del hombre solamente, en lugar de nacer; pues en adelante los cónyuges se unirán mediante la propagación natural de la semilla. A la vez, se debe notar que Adán sobrenaturalmente supo que la mujer fue formada de él. De ahí que habló proféticamente; pues tan pronto como dijo: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne —lo que nos enseña que la mujer fue formada no solo del hueso del hombre, sino también de su carne,— ella será llamada virago, o vira, porque fue tomada del hombre —es congruente que, si la mujer fue edificada de la sustancia y naturaleza del hombre, su nombre también se derive del del hombre; y aquellos cuya naturaleza es la misma, tengan el mismo nombre; y así como son diferentes en sexo, tengan también alguna diferencia en el nombre; —luego añadió la profecía, diciendo: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa.

Estas palabras prescriben y prohíben de parte de Dios el sagrado matrimonio y el sacramento del Matrimonio. Pues Dios es quien pronunció estas palabras por la boca de Adán, como nuestro Señor Cristo expresó en Mateo, diciendo: ¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio, los hizo hombre y mujer, y dijo: Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y los dos serán una sola carne? ... Por tanto, lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe.

Sin embargo, esta separación no debe entenderse en cuanto al amor hacia los padres: pues siempre se debe amar y honrar a los padres; sino que se debe entender en cuanto a la cohabitación. Por lo tanto, el traductor caldeo correctamente tradujo: Por esto dejará el hombre la casa del lecho de su padre y de su madre, y se unirá a su esposa. Pues el hijo, al casarse, ya no está obligado a vivir con sus padres, sino con su esposa, y debe proveer las necesidades de la vida para sí mismo y para su esposa y la familia común; incluso si los padres sufren necesidades y dificultades, está más obligado a su esposa y familia que a sus padres; si no puede asistir a ambos, debe proveer a su esposa y familia antes que a sus padres. Por lo tanto, los deberes debidos a la esposa se consideran prioritarios sobre los deberes hacia los padres, si no se pueden cumplir simultáneamente.

Y serán una sola carne, o según el hebreo: Serán en una carne. Este pasaje ha sido interpretado de diversas maneras por los doctores, tanto hebreos como latinos. Algunos latinos y el rabino Salomón lo han interpretado de tal manera que entienden por esta carne a la prole, para cuya procreación se unen el hombre y la mujer, y en la que su carne se convierte en una. Otros, con los que concuerda Aben Ezra, lo han interpretado de tal manera que cuando el hombre se une y está ligado a la mujer desposada con él en matrimonio según la carne, ambos se convierten en una sola carne, como lo fueron Adán y Eva desde el principio; para que el sentido sea: Se unirá a su esposa legítima mediante la unión carnal, y de esta unión resultará que sean dos en una sola carne, haciendo el matrimonio válido e indisoluble. Pues esta unión tiene por naturaleza, debido al consentimiento al que asiste Dios, hacer de dos personas una sola carne, creando un vínculo indisoluble; de ahí que ese serán es una orden y prohibición de la voluntad divina, de modo que cuando se unan legítimamente por la voluntad de Dios mediante el sacramento del Matrimonio, sean indisolubles como una sola carne, y cada uno tenga derecho sobre esa carne.

Dado que el hombre y la mujer se han convertido en una sola carne, no pueden separarse ni unirse a otra carne; pues es propio de una sola carne que las partes se deben apoyar, nutrir y ayudar mutuamente, y no separarse ni unirse a otra carne; ya que las partes de un individuo deben ser incomunicables a otro individuo. Por lo tanto, está claro que este pasaje no aprueba la pluralidad de esposas por parte de Dios, sino que más bien la prohíbe, y que el divorcio siempre debió ser ilícito, como el Señor dijo: "Lo que Dios ha unido, que el hombre no separe." Sin embargo, estas cosas fueron permitidas en algún momento por Moisés debido a la perversidad de los hombres y la dureza de corazón de los judíos.

Además, es necesario saber que esta unión y adhesión natural del hombre a la mujer lleva consigo esta deuda de ser una sola carne, de manera que no solo en el matrimonio legítimo, sino también en la unión adúltera y meretricia, quien así se une, se convierte también en una sola carne, según lo testifica el Apóstol, quien dice: "¿No sabéis que el que se une a una ramera es un cuerpo con ella? Pues serán, dice, dos en una sola carne." No porque en el lugar que cita se hable del comercio y la adhesión con una ramera, sino porque tal unión por su naturaleza lleva eso consigo; y por tanto, incluso en la ramera se establece esa deuda, de modo que quien se une a ella ya está obligado a no poder ser de otra, ya que se ha convertido en un solo cuerpo con ella; y a su vez, no puede estar con ella, en cuanto al uso se refiere, sin pecado, ya que Dios no aprueba, sino que reprueba tal unión y no la asiste, sino que la opone. Por lo tanto, quien así se une contra la ley de Dios incurre en dos cosas: primero, que se convierten en una sola carne, y así se contrae una afinidad perpetua, que prohíbe a cualquiera de ellos unirse con los parientes del otro, para no cometer incesto; segundo, ya que Dios no asiste a esa unión, tan lejos está de que se contraiga una deuda mutua, el mismo derecho de uno sobre la carne del otro, y por tanto se vean obligados a servirse mutuamente en la obra de la carne, que pecan

cada vez que se unen más allá de ese punto, a menos que con un consentimiento verdadero se unan en el vínculo matrimonial; de lo contrario, no son una sola carne, en cuanto a esta consideración, de manera verdadera y legítima, sino de facto furtivamente y sin la aprobación del Señor. Sin embargo, se consideran una sola carne por derecho, ya que de esa adhesión se contrae una afinidad perpetua; y en realidad, por la fuerza y naturaleza misma de la cosa, deberían perder la capacidad de contraer matrimonio universal. Sin embargo, dado que sería un grave peligro si fueran prohibidos de casarse y forzados a contraer matrimonio con la ramera, se permitió por indulgencia que cualquiera pudiera contraer matrimonio: pero no con los parientes del otro debido a la afinidad contraída, que dura en su odio, como enseñan las leyes canónicas. Gran es la fuerza de esa adhesión en las palabras del Señor: "Se unirá a su esposa y serán dos en una sola carne." Aquí dejo el misterio, que el Bienaventurado Apóstol llama grande en Cristo y... la Iglesia; pues en su lugar adecuado, con la ayuda de Dios, lo examinaremos.

Y estaban ambos desnudos, Adán y su esposa, y no se avergonzaban.

El rabino Salomón dice que “no se avergonzaban porque no conocían el camino de la vergüenza para discernir entre el bien y el mal; y aunque se le dio conocimiento para nombrar a los animales, no se le dio mala concupiscencia, hasta que comieron del árbol y en ellos entró la mala concupiscencia, y conocieron la diferencia entre el bien y el mal”. Josefo cree que esta falta de vergüenza en los primeros padres se debió a la simplicidad y a la falta de conocimiento, como ocurre en los niños, que no se sonrojan por la desnudez debido a la carencia del uso de la razón.

Nosotros, sin embargo, creemos que Adán estaba lleno de todo conocimiento y especialmente de los asuntos naturales, ya que puso nombres a todos los animales; y por lo tanto, esto no ocurrió por simplicidad, sino por la condición del estado de inocencia y por el

excelso don de la justicia original, con el cual los primeros padres fueron dotados por Dios.

Afirmamos que este don se manifestó principalmente en los primeros padres en este pasaje, donde se mencionan dos cosas casi incompatibles: la desnudez y la falta de vergüenza. Pues la desnudez naturalmente causa rubor en el hombre, como ahora experimentamos, privados de esa justicia. Porque en esos miembros se muestra claramente la desorden y la falta de control, que refrenaba la carne y la cohibía para no alzarse contra el espíritu. Sin embargo, el hombre, aunque no enseñado por otro hombre, reconoce por alguna fuerza de la razón innata esta indignidad en sí mismo y se ve obligado a avergonzarse, si acaso se muestran aquellas partes que merecidamente se llaman vergonzosas. Parecería que se revela la torpeza y el pecado latente en ellas; pues el hombre sabe que es así, aunque no sepa por qué. Este conocimiento retiene al hombre de aquellas acciones que de otra manera serían lícitas y sin pecado; pues el oficio del matrimonio no puede ejercerse en público sin la mayor impudencia, sino en secreto, debido a la vergüenza innata de la propia torpeza del asunto; y no se puede encontrar a nadie tan desvergonzado e impúdico que pueda declinar este instinto natural abiertamente.

Por lo tanto, como los primeros padres en ese estado felicísimo no reconocían en su desnudez ninguna causa de vergüenza en ellos mismos, esto se debía ciertamente al don de la justicia original que cubría maravillosamente esa desnudez. Pues no podía suceder de ninguna manera por ignorancia y desconocimiento, ya que eran sapientísimos: sino por la tranquilidad y la purísima integridad e inocencia de la carne, que, mediante esa justicia, estaba de acuerdo con la razón y de ningún modo adversa al espíritu. Así, cuando estaban desnudos - no porque carecieran de vestiduras, sino porque, no necesitando vestiduras de ningún modo, no estaban vestidos - no se avergonzaban; pues estaban espléndidamente vestidos con el

decoro de esa justicia, que si hubieran conservado perpetuamente, nunca habrían necesitado vestiduras ni para cubrir sus partes íntimas, ya que aquellas que ahora son vergonzosas por el pecado, entonces no lo habrían sido: ni para protegerse del frío o de la intemperie, ya que no habrían sufrido ningún daño ni lesión.

Dado que nuestro discurso ha llegado hasta aquí, parece oportuno discutir algo sobre este don de la justicia original, al cual el Sabio llama rectitud, diciendo: Dios creó al hombre recto desde el principio, es decir, dotado de justicia original. Para no prolongar nuestro discurso, debemos considerar tres puntos: qué es la justicia original; en qué parte del alma se encuentra; y cuál es su principal efecto.

Primero, este don de Dios no era una gracia que hace agradable a la persona, es decir, la caridad, sino una gracia gratuitamente dada, separable de la caridad. Esto lo probamos así: cuando la mujer, ya sea por el hombre o directamente por Dios, recibió el mandato de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, como ella misma testifica diciendo: Dios nos mandó no comer del fruto del conocimiento del bien y del mal: ciertamente cuando comió del árbol prohibido, transgredió el mandamiento y se privó de la gracia y la caridad; sin embargo, no perdió el don de la justicia original hasta que después de ello el hombre, al degustar el árbol prohibido, transgredió el mandato divino. Pues el don de la justicia original se manifiesta principalmente en que, aunque estaban desnudos, no se avergonzaban. Por lo tanto, cuando la mujer, habiendo ya degustado el fruto, no reconoció su desnudez ni se avergonzó, claramente había perdido la gracia y la caridad por la transgresión del mandamiento, pero la justicia original, aunque por derecho perdida, de hecho aún permanecía. Pero cuando el hombre también comió el fruto prohibido ofrecido por la mujer, ambos fueron despojados de ese don y se dieron cuenta de que estaban desnudos y se avergonzaron. Y ciertamente, cuando perdieron ese don, ya estaban privados de la

gracia y la caridad; pues lo perdieron por la comida: pero la gracia la perdieron por el acto interior de dar el consentimiento, con la voluntad ya desordenada y apartada de Dios, incluso antes de comer o de extender la mano al fruto prohibido. De esto se deduce claramente que la justicia original no era una gracia que hace agradable a la persona, es decir, la caridad, sino una gracia gratuitamente dada, separable de la caridad y la gracia, ya que se observa claramente que perseveró por un breve tiempo en esos primeros padres, aunque privados de la gracia por el consentimiento malvado y la desordenación de la voluntad, hasta la consumación del pecado ya concebido por el consentimiento.

En segundo lugar, ¿en qué parte del alma se encontraba este don? Algunos creen que este don estaba situado en la parte superior del alma, ya que se llama justicia, de la cual carece la parte inferior; pues la justicia realmente tiene a la voluntad como sujeto. Sin embargo, yo creo que estaba situada en la parte inferior del alma.

Positivo y privativo tienen el mismo sujeto. Pues esa enfermedad y raíz del pecado: esa concupiscencia de la carne contra el espíritu: ese cuerpo de muerte, que aflige y agrava la mente y el hombre interior: esa ley de los miembros que lucha contra la ley de la mente, están ciertamente en la parte inferior del alma. Por lo tanto, también el freno de esa concupiscencia, la tranquilidad de la carne, la ley santa de los miembros, la paz de la carne con el espíritu y la obediencia de los sentidos y del hombre exterior al interior y a la mente, deben situarse en esa parte.

Y esto me convence especialmente porque, cuando Adán fue dotado por Dios con este don, lo recibió para sí y para toda su posteridad. Por lo tanto, si hubiera conservado ese excelentísimo don, que perdió con grave perjuicio suyo y de todos nosotros, todos sus descendientes habrían sido dotados con ese don por una especie de sucesión natural y hereditaria, recibiéndolo de los padres de quienes

se propagaban y recibían la existencia de la naturaleza. Pero las cosas situadas en la parte superior del alma no se reciben por naturaleza ni por sucesión hereditaria de los padres y progenitores, sino que emanan e infunden directamente por creación de Dios a la mente y la razón.

La justicia, con toda razón, se llama así porque era una ley y regla muy recta y equitativa de los miembros y de las fuerzas inferiores del alma, mediante la cual los sentidos y todas las fuerzas inferiores se regulaban para no levantarse, luchar contra la razón ni actuar o desear algo contra el juicio de la mente y la razón; de modo que la mente y la razón podían gobernar felizmente esas fuerzas, no solo sin oposición ni rebelión, sino también obedeciendo fácil y placenteramente, y deleitarse con su obediencia gratísima. Así como ahora, por su rebelión, siente una gran pérdida y molestias y una gran tristeza, porque esas fuerzas se han liberado de ese freno, desprovistas de una ley y regla tan recta y equitativa; por lo tanto, como indómitas y desenfrenadas, se rebelan contra el espíritu y la mente, se levantan y luchan contra él, y con continuas guerras y toda clase de pasiones malvadas, se envalentonan contra él: y nosotros, desdichados, si no fuera por la gracia de Dios a través de Jesucristo, estaríamos liberados de este cuerpo de muerte.

Tercero, debemos considerar el efecto de esta justicia. El efecto principal y más importante de esta justicia original, según la opinión de muchos, fue la ordenación de la voluntad hacia Dios. Esto no me parece suficientemente convincente: creemos que esta ordenación de la voluntad hacia Dios fue un don de la gracia que hace agradable a la persona y de la caridad, como lo es ahora. Pues, como se ha visto anteriormente, dado el consentimiento de la mujer para comer el fruto prohibido, su voluntad, sin duda alguna, ya estaba desordenada y apartada de Dios; sin embargo, no perdió la justicia original de facto, aunque de iure, hasta que el hombre también comió y se dieron cuenta de que estaban desnudos y se avergonzaron. Por lo

tanto, antes de perder la justicia original, ya habían perdido la gracia y tenían la voluntad desordenada y apartada de Dios, infectada y corrompida por la gravísima mancha del pecado.

Sin embargo, no se debe decir que la justicia original pudiera perdurar algún tiempo sin este efecto principal; pues así como ahora la gracia, cuya propiedad es mantener la voluntad ordenada y agradable a Dios, no puede coexistir ni por un momento con el pecado y la desordenación de la voluntad, tampoco la justicia original podía hacerlo.

Dado que la ordenación de la mente y la voluntad hacia Dios es un don superior y más excelente, es decir, de la gracia y la caridad, que hacía al alma querida, agradable y amiga de Dios; afirmamos que el principal don de la justicia original era rendir perfecta tranquilidad y armonía entre el sentido y la razón, frenando y controlando esa ley que en nuestros miembros se opone a la ley de nuestra mente, no para eliminar por completo las pasiones del alma según la parte sensitiva, sino para evitar que se levantaran o lucharan contra la razón. En ese estado no habrían existido la ira y el dolor, la vergüenza y el miedo, el tedio con pavor, y cualquier cosa que causara aflicción.

Por lo tanto, la perfecta tranquilidad en el alma con respecto a todas sus facultades fue el principal efecto de la justicia original: de tal manera que los sentidos y las fuerzas inferiores no se inclinarían hacia sus placeres en contra o por encima del juicio de la parte superior y la ley de la razón recta y los límites preestablecidos; o si el apetito se inclinaba hacia algo placentero, en lo cual era natural deleitarse, podría ser placenteramente retraído por la mente y la razón, sin ninguna dificultad por parte de la superior ni tristeza de la inferior; porque el sentido mismo y las fuerzas inferiores, debido a este don de la justicia original, obedecerían placenteramente a la

mente y la razón, y se deleitarían en la ley de Dios según el hombre interior.

Hay otro efecto de la justicia original, también principal y particular; a saber, la inmortalidad del cuerpo, por la cual el hombre hubiera poseído el don de no experimentar nunca la muerte, a pesar de su naturaleza mortal. No es que le concediera la imposibilidad de morir, sino la potestad de no morir; esto revestía al hombre de una solidez perpetua, de modo que nunca sería fatigado por ninguna enfermedad, ansiedad, debilidad o el cansancio de la vejez. Pues preservaba el cuerpo de la intemperie de los humores, que siempre y junto con ellos, las virtudes de los elementos y sus acciones mutuas, se templaban con una proporción maravillosa y una templanza muy equitativa y pacífica. Por lo tanto, todas las enfermedades se alejaban, y mediante los alimentos del árbol de la vida, las virtudes naturales del humor radical, consumidas y perdidas por la virtud del calor natural, se restauraban, de modo que nunca se disminuiría el vigor de sus fuerzas, ni sería afectado por el hambre o la sed, ni fatigado por la debilidad del cuerpo, ni agobiado por el cansancio de la vejez. Por esta justicia también, siempre habría gozado del lugar más ameno del paraíso terrenal y de toda su abundancia de delicias; y tanto por la providencia vigilante de Dios, como por la cuidadosa y prudente custodia de los ángeles, siempre habría sido seguro en todos sus caminos para que no le sobreviniera la muerte de ninguna manera por cualquier daño externo. Por lo tanto, con el don de la inmortalidad, habría vivido siempre feliz y gozoso, nunca sujeto a ninguna miseria o calamidad, lleno de toda felicidad. Esto sobre la justicia original sea suficiente.

TERCER CAPÍTULO

Vr. 1 Pero la serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra que el Señor Dios había hecho.

Nuestro traductor vertió: "Más astuta", los Setenta tradujeron: Ὁ δὲ ὄφις (ἦν) φρονιμώτατος (Ho dè òphis (ēn) phronimótatos). "La serpiente era la más prudente"; Teodoción y Áquila, sin embargo: "engañoso". La voz hebrea: ערום (arum), significa astuto y sagaz, e inteligente.

El traductor caldeo puso la misma voz: עָרום (arum); aunque algunos códices tienen חכים (jakím), que significa sabio.

Según la opinión de todos los expositores, incluso los hebreos, por la serpiente aquí no debe entenderse sólo el animal o sólo Satanás; sino a Satanás hablando en la serpiente animal. No sólo el animal, porque hablaba con la mujer, lo cual es propio de naturalezas racionales e intelectuales, no de brutos. Aquellos que sostienen que sólo era Satanás, así los refuta Aben Ezra, diciendo que "no prestaron atención al final del capítulo; porque ¿cómo se arrastra Satanás sobre su pecho? ¿Y cómo comerá polvo? ¿Y qué sentido tiene maldecir: Ella o él te aplastará la cabeza?". Por lo tanto, él, según la opinión de los Rabinos Saadia Gaon y Rabino Samuel ben Hofni y del Rabino Salomón español, sostiene que no fue la serpiente la que habló, ni el asno, sino el ángel que habló a través de ellos.

Nosotros, para una comprensión más clara de este lugar, hemos considerado oportuno redactar algunas cosas sobre la naturaleza de este tentador, según la cual es un ángel; y sobre la caída, según la cual es llamado serpiente astuta y tentador engañoso. Ya que no negamos que frecuentemente en la Sagrada Escritura se nos presentan ciertas sustancias espirituales, a las que llamamos ángeles

con frecuencia, es necesario mantener constantemente que fueron creadas desde el principio por el Creador de todo.

El ángel, según la opinión de Damasceno, es una sustancia incorpórea, intelectual, siempre móvil, libre albedrío, sirviendo a Dios, recibiendo la inmortalidad por gracia, no por naturaleza. En estas palabras se puede ver la sustancia de los ángeles como exenta de cuerpo, su poder en el entendimiento, operando y mandando, su oficio en el ministerio de Dios, y finalmente su permanencia interminable por el don gratuito de Dios.

San Dionisio Areopagita, hablando del ángel, nos describe así su naturaleza: “El ángel es imagen de Dios y declaración de la luz oculta, y espejo puro, nítido, incontaminado, inmaculado, que recibe en sí, si es lícito decirlo, la belleza de la especie y de la figura divina, y en sí mismo declara sinceramente, en la medida de lo posible, la bondad secreta de aquel silencio”.

En estas palabras, se declara maravillosamente que la naturaleza angélica, es decir, intelectual en su pureza, es como un esplendor circundante de la luz divina, declarando inteligiblemente a las mentes intelectuales los secretos de esa luz, y reflejando de manera expresiva el sol divino en el ángel como en un espejo purísimo, siendo en el primer, pleno y perfectísimo grado, sin ningún defecto en absoluto, una participación de la luz divina, la bondad y la belleza; de modo que es un esplendor translúcido de la gloria divina y una imagen perfecta y semejanza de Dios; cuanto más bello y excelso es el carácter de la bondad, especie, figura y belleza divina en él, más sutil es su naturaleza.

Todas estas numerosas multitudes de sustancias espirituales e intelectuales recibieron generosamente desde el principio de su creación del Creador de todos: a quienes Dios creó desde el principio en el cielo empíreo, en el lugar más eminente y digno de todos, junto con él, como las estrellas más resplandecientes y

transparentes de ese cielo supremo. Así fueron llamados por Dios, como leemos: ¿Dónde estabas cuando... me alababan las estrellas matutinas y todos los hijos de Dios celebraban con júbilo? Se les llama estrellas por la excelencia de su naturaleza incorruptible, por la eminencia de su lugar, y por el resplandor de la luz intelectual más clara, con la cual purifican, iluminan y perfeccionan a aquellos que están debajo de ellos; matutinas, porque fueron creadas desde el principio; alabando a Dios, porque conocían a su Creador, aunque no aún, como también eran conocidos, cara a cara; pues a esto tendían los hijos de Dios por los dones sobrenaturales con los que estaban maravillosamente adornados. Tenían una fe clarísima, ya que se les había prometido el reino de los cielos si permanecían firmes en la justicia y la verdad; esperanza, para aspirar a las promesas fieles y benditas; caridad, para amar con toda su fuerza y esfuerzo mental el sumo bien sobre todas las cosas. Y se regocijaban, porque aunque desde el principio no fueron bienaventurados, aspiraban a la bienaventuranza, que consiste en la clara visión de Dios cara a cara, de donde proviene el gozo para el cual fueron creados, sin embargo, eran felices y bienaventurados con una cierta bienaventuranza natural. Poseían un estado perfecto, inocente e impasible, en el cual no había daño de pena ni mal de culpa: lleno y rebosante de toda clase de delicias espirituales, aunque sin la bienaventuranza, decorado con muchos y grandes dones sobrenaturales para conocer y entender todo pronta y claramente.

Entre estos espíritus felices estaba aquel Lucifer, principio de los caminos de Dios, como el sol entre las estrellas, que había obtenido el primer y más alto lugar sobre todos, en el cual brillaban más perfecta y claramente todos los dones de Dios. De quien se dice a través de Ezequiel en la persona del rey de Tiro: Tú, sello de la semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura, estuviste en las delicias del paraíso de Dios, cada piedra preciosa era tu vestidura: sardio, topacio... jaspe, crisolito, ónice y berilo, zafiro,

carbunclo y esmeralda; el oro, obra de tu adorno, y tus engastes preparados el día en que fuiste creado. Tú, querubín extendido y protector,... en el monte santo de Dios, en medio de las piedras de fuego caminaste perfecto.

En este lugar, es notable que por antonomasia se haya llamado a Lucifer el sello de la semejanza divina, porque en él resplandecía más clara y perfectamente la imagen divina. Luego mencionó nueve tipos de piedras; porque sin duda hay nueve órdenes de ángeles, que Lucifer tenía como vestidura para su adorno, cuya claridad sobrepasaba, siendo más brillante en comparación con ellos. Por lo tanto, en otro lugar, insinuando su excelencia sobre todos los demás, el mismo profeta dijo de él en la persona del faraón, rey de Egipto: Los cedros no eran más altos que él en el paraíso de Dios, los abetos no igualaron su altura, y los plátanos no fueron comparables a sus frondas, ningún árbol del paraíso de Dios fue semejante a él y a su hermosura. Porque lo hice hermoso con muchas y densas frondas, y lo envidiaron todos los árboles de delicias que estaban en el paraíso de Dios.

Así pues, todos los ángeles en ese ameno paraíso, que está arriba, en el cielo empíreo, poseían de manera muy deliciosa, sin la bienaventuranza sobrenatural, esa felicidad y bienaventuranza natural y aspiraban a la sobrenatural. Es completamente razonable y adecuado que hayan recibido algún mandato para merecer la bienaventuranza sobrenatural. No parece conveniente en modo alguno que, sin alguna ley y sin el cumplimiento de ningún mandato, les haya sido propuesta esa bienaventuranza, que es la máxima recompensa y premio; sino que así como el hombre recibió un mandato de Dios por su beneplácito, para que por su observancia alcanzara la felicidad y la bienaventuranza a la que fue destinado y ordenado, que está por encima de las fuerzas de la naturaleza, así también debe pensarse de los ángeles; para que así también conocieran que estaban sujetos a Dios. Es completamente creíble

que, además de lo que dictaba la naturaleza, tuvieran algún mandato que excediera los límites de la ley natural: pero que consistiera en el beneplácito de Dios, para que adquirieran de manera adecuada la felicidad sobrenatural, que igualmente se obtiene por el beneplácito de Dios.

Sin embargo, ningún ser humano es capaz de indagar cuál o cómo fue este mandamiento, ya que está por encima de la naturaleza y es por mero beneplácito de Dios. Sin embargo, es muy probable que yo crea que fue la adoración de la naturaleza humana en Cristo, que Dios les reveló que quería comunicarse inmensamente con la criatura humana según su omnipotencia y asumirla, para que esa naturaleza fuera elevada en Dios y, como en una maravillosa injertación en el Verbo, esa naturaleza subsistiera como Dios, y les mostró a su Hijo Jesucristo en la apariencia y figura de un hombre; y entonces les ordenó y promulgó la ley para que adoraran a aquel en quien siempre se complació sobre todos, aunque estaba destinado a ser hombre, pero que lo adoraran como a Dios, por la hipóstasis del Verbo, y le rindieran obediencia y honores como a Dios. Cualquiera que obedeciera este mandato, siempre sería feliz y alcanzaría la eterna bienaventuranza sobrenatural; pero aquellos que no aceptaran este mandato de Dios, serían expulsados de ese lugar supremo a las tinieblas eternas y arrojados a ellas.

Que nadie piense que lo que hemos dicho ahora se dijo sin testimonio de las Escrituras. Pues David, hablando del reino de Cristo, dice con la voz de Dios: Y lo adoren todos sus ángeles; y como dice el Apóstol: Y cuando nuevamente introduce a su Primogénito en el mundo, dice: Y lo adoren todos los ángeles de Dios. Y quizás esta es la vida eterna, que el Apóstol dice que fue prometida antes de los tiempos seculares, o eternos, escribiendo a Tito. Pues antes de los tiempos seculares, no había a quién Dios pudiera prometer la vida eterna, que es por medio de Cristo, excepto a los ángeles, quienes, habiendo sido creados en el primer momento

del tiempo, se dice que están, como si fuera, antes de los tiempos seculares.

Por lo tanto, los ángeles oyeron este decreto, que antes de los tiempos seculares solo se encontraban como capaces y aceptadores de la promesa, que la salvación y la vida eterna les estaban destinadas por medio de Jesucristo, si quisieran recibirlo voluntariamente y con obediencia como a Dios que debía ser adorado. Y el santísimo Miguel, sin cuestionar absolutamente nada, aceptó de inmediato, como era correcto, el mandato de Dios; de manera similar Gabriel, Rafael y Uriel y muchos de los mayores, a quienes siguieron innumerables ejércitos de ángeles.

Pero Lucifer, asombrado por este asunto, comenzó a pensar para sí mismo que esto era muy difícil, no suficientemente justo, sino indigno e injusto este consejo de Dios, que más bien debería darse tal dignidad a un ángel, cuya naturaleza en toda la extensión de su género es mucho más sublime que la del hombre, y mucho más la de la primera especie de ángeles, que es la más excelente de todas. Entonces, mirando hacia sí mismo y contemplando su belleza, su apariencia y esplendor, los dones excelsos, la virtud y la excelencia de las fuerzas con las que superaba a todos los demás como el sol entre las estrellas, comenzó a desear para sí que Dios se uniera a su hipóstasis, la cual veía como la más excelente de todos los ángeles; y comenzó a desear vehementemente para sí la semejanza de Dios y el asiento en el trono a la derecha de Dios y la exaltación del trono sobre todas las estrellas del cielo, que en su eternidad Dios había decretado otorgar a Jesucristo. De ahí que Isaías, revelando este pensamiento suyo, pronunció estas palabras de Satanás: Subiré al cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; me sentaré en el monte del testimonio, en los lados del norte; subiré sobre la altura de las nubes, seré semejante al Altísimo. Pues veía que era posible llegar a ser Dios de esta manera, si la naturaleza divina se uniera a su hipóstasis.

Así pues, mientras Lucifer pensaba en estas cosas, su intelecto se fue oscureciendo gradualmente y su voluntad, junto con la ira y la indignación, se corrompió, y comenzó a envidiar esta dignidad al hombre y a odiar vehementemente a Cristo, a quien deseaba completamente matar y destruir. Por eso el Señor dijo, hablando a los judíos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fue homicida desde el principio y no permaneció en la verdad. Vosotros buscáis matarme." De ahí surgió, con discusión y predicación con una fuerza espiritual, aquella gran batalla en el cielo, cuando Miguel, quien defendía la causa de Dios, y sus ángeles luchaban contra el dragón, y Lucifer, transformado de un bellísimo ángel en un horrible dragón por su pecado, peleaba junto a sus ángeles, quienes nunca quisieron aceptar el mandato de Dios ni considerarlo justo; sino que blasfemaban e imputaban iniquidad a Dios. Pero no prevalecieron, ni se halló más su lugar en el cielo; y fue arrojado aquel gran dragón, la antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás.

Lucifer, por lo tanto, habiendo abusado en exceso de las riquezas de la bondad y paciencia de Dios, fue expulsado del paraíso de Dios, agitado por los estímulos de la envidia más virulenta y del odio mortal hacia el hombre, siendo el más sabio y prudente para hacer el mal, astuto, taimado, camaleónico y malvado enemigo del género humano, comenzó a esforzarse grandemente para traer la muerte al hombre con su veneno letal y pestífero, y para reducirlo a su dominio, expulsado de las delicias del paraíso.

Moisés nos declara esto con estas palabras: "Pero la serpiente era más astuta que todos los animales de la tierra." Quien antes fue un bellísimo ángel creado por Dios, se convirtió por su delito en la más horrible y virulenta serpiente: viniendo a tentar al hombre, ingresó en una de las serpientes de la tierra, en la que Dios le permitió entrar para que ejerciera en ella sus engaños, con la cual tenía alguna conveniencia y analogía.

Esta serpiente se llama en hebreo נחש (najash), voz que no solo significa el animal serpiente, sino también augurador, ominoso, prestidigitador, tentador e investigador de secretos. Y quizás por esta razón Moisés usó esa palabra, para mostrarnos sabiamente en una sola palabra tanto a Satanás el tentador como también al animal serpiente, en el cual, hablando engañosamente, ejercía sus insidias. Esta serpiente es llamada astuta en hebreo con la voz ערום (arum), derivada del verbo ערם (aram), que significa pensar algo ingeniosamente con astucia, maquinar malos consejos, actuar astuta y astutamente y tratar algo maliciosamente. Además, esta voz también significa desnudez; lo cual nos da a entender cómo esta antigua serpiente y tentador prestidigitador, ya desnudo y despojado de todos los dones celestiales, lleno de envidia, armado con toda astucia y malicia y con pensamientos inicuos, atacó al hombre, para derribarlo de aquella felicidad y despojarlo de todo bien celestial. También, dado que la serpiente posee una cierta prudencia y astucia natural, pues el Señor dijo: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas"; por lo tanto, para que la analogía entre el demonio tentador y el instrumento que debía usar para tentar fuera adecuada, entró en la serpiente, llenando a la serpiente con su espíritu.

Sin embargo, no se debe pensar que el diablo eligió por su propia voluntad a la serpiente a través de la cual tentaría; sino que, deseando engañar, no pudo hacerlo, excepto por el medio del animal al que se le permitió. Aunque tiene en sí mismo la voluntad de hacer daño, la potestad proviene de Dios: ni estaba permitido a la serpiente en ese estado tocar al hombre de ninguna manera, ni dañarlo, ya sea interiormente en el alma o exteriormente en el cuerpo. Aunque, debido a su naturaleza superior y mucho más poderosa, tendría una fuerza mucho más potente, a la cual el cuerpo del hombre no podría resistir, por lo que podría haberlo herido y atormentado gravemente, como ahora se ve en aquellos a quienes oprime y tortura de maneras

miserables y asombrosas, incluso cuando Dios no permite que dañe a su arbitrio y rabia; sin embargo, el diablo estaba restringido para no ejercer contra ellos el poder que por naturaleza tenía. Por lo tanto, no ataca al hombre para engañarlo mediante la fuerza, para que él consienta, ni mueve las fuerzas inferiores intrínsecamente, ya sea excitando ilícitamente el apetito sensible, ya sea proponiendo al intelecto algo ilícito mediante la fuerza de las fantasías; pues nada desordenado podía suceder a las fuerzas inferiores del hombre, a menos que la razón primero se desordenara. Pero presentando exteriormente al sentido la especie sensible de la serpiente, el astuto embaucador atacó al hombre, diciendo así a la mujer:

"Y dijo a la mujer: ¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todo árbol del paraíso?" En hebreo: "¿Acaso dijo Dios: No comáis de todo árbol del jardín?" El Parafrasista Caldeo dice: "En verdad dijo, etc." Los Setenta tradujeron: "¿Qué es lo que dijo Dios?" Algunos interpretan esa expresión: אַף כִּי, como כל־שכן, "cuánto más". El Rabino Salomón la interpreta como: שמא, "¿acaso?, ¿por qué dijo?". Sin embargo, Aben Ezra dice que "esto enseña que él pronunció otras palabras, y dijo al final: קל וחומר, leve y grave, porque os dijo: No comáis, etc.; y la serpiente no menciona el nombre glorioso y terrible," es decir, el tetragramatón, "porque no lo conocía". Esta interpretación ha sido aceptada por muchos hebreos.

Nosotros, sin embargo, la interpretamos de esta manera: "Y dijo a la mujer," Satanás habló con la mujer con voz articulada y palabras hebreas, moviendo la lengua de esa serpiente animal, tal como ahora también habla a través de fanáticos y endemoniados. Así se dirigió a la mujer: "¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todo árbol del paraíso?" Muchos hebreos y el Rabino Salomón dicen que "la serpiente los vio comiendo de los demás frutos y magnificó las palabras, para que ella le respondiera y comenzara a hablar sobre ese árbol, como surgió de la respuesta de la mujer."

¡Qué veneno letal inyectó esta serpiente virulenta con estas palabras en la mente de la mujer! Pues a estas palabras, la mujer comenzó a preguntarse en silencio sobre ese mandato, a pensar en la razón, buscando por qué Dios les había prohibido comer de los frutos de ese árbol. Esto era algo muy peligroso y fácilmente conducía al pecado. Porque el espíritu, naturalmente ansioso de libertad, al considerar que está sujeto a un mandato, se resiste; y así, al buscar la razón del mandato y no encontrándola, la mujer no podía dar una razón al serpiente, ya que ese mandato era de tal naturaleza que no tenía ninguna razón o utilidad aparente, sino solo el beneplácito del que mandaba: comenzó a pensar que ese mandato no era ni justo ni razonable, y le disgustaba el mandato, del cual ni encontraba la razón ni percibía la utilidad, resistiéndose también su deseo de libertad. Verdaderamente la serpiente, que con su boca inyectó tal veneno: "¿Por qué os ha mandado Dios?" Y para persuadir más fácilmente la transgresión de ese mandato, eligió primero atacar solo a la mujer, de quien esperaba con más certeza la victoria al ser menos firme y robusta: luego usaría a ella, una vez vencida, para superar más fácilmente al hombre. Pero como él mismo es un mentiroso y padre de la mentira, comenzó su obra con una mentira, diciendo: "¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis de todo árbol del paraíso?" Pues Dios había dicho: "De todo árbol del paraíso comerás; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás."

Pero veamos la letra hebrea y examinémosla con más detalle: pues podría demostrarnos algo más secreto. Así tiene, como dijimos: "¿Acaso dijo Dios: No comáis de todo árbol del jardín?" Sin embargo, esta letra manifiestamente parece enseñar que la serpiente había dicho algo antes: pues no es razonable de ningún modo que esas fueran las primeras palabras; la palabra (כי), "porque", da la razón de lo que se ha dicho antes. Por lo tanto, la Escritura demuestra que la serpiente había hablado previamente a la mujer con

estas o similares palabras: "Dios no os ama ni os tiene en gran estima: sino que os odia y os desprecia, aunque sois más nobles que todas las demás criaturas, pues no os ha colocado en el grado más amplio de dignidad, como corresponde y es conveniente a la excelencia y dignidad de vuestra naturaleza." Cuando la mujer se asombró de estas palabras y no las aceptó en absoluto, entonces él, dando la razón de lo dicho, dijo: "¿Acaso dijo Dios que no comáis de todo árbol del paraíso? Ciertamente comprendo que es verdad lo que ya te dije." O, como tiene el Parafrasista Caldeo: "En verdad así es, porque os prohibió comer de todo árbol del paraíso, arrebatándoos la libertad que por naturaleza os corresponde, aunque estáis dotados de un espíritu noble y excelente."

“Esta adición no debe parecer extraña o menos conveniente a nadie, tanto porque la palabra אף siempre añade algo sobre lo que se dice, como porque es costumbre de la Sagrada Escritura hacer entender el principio de las palabras a partir del final; como también se puede ver con los exploradores que Josué envió, quienes dijeron a aquella mujer: ‘Porque el Señor ha dado en nuestra mano toda la tierra, y también todos los habitantes de la tierra se han deshecho ante nosotros.’ Pues no es correcto que esto fuera el inicio de las palabras que le dijeron, ya que la palabra כי da la razón de lo que dijeron antes; y verdaderamente la Escritura hace conocido el principio a partir del final.”

También, astutamente, este serpiente taimado y muy sagaz atenuó la fuerza del mandamiento; pues no dijo: “Porque Dios mandó,” sino: “Porque dijo.” Dijo que Dios había hablado, no que había mandado. También omitió ese nombre glorioso y temible, el tetragrammatón; pues no dijo: “Señor Dios,” sino dijo: “Dios,” para no infundir en sus pensamientos el debido temor con la pronunciación de ese santísimo nombre, y también para que no pareciera que él mismo traía a colación la razón de lo que buscaba. Pues, si Dios es nuestro Señor, podrían haber respondido, ciertamente puede ordenarnos eso,

para mostrar su dominio y exigir nuestra sumisión: pues es totalmente conveniente que lo adoremos como Señor y cumplamos sus mandatos, ya que es nuestro Señor y puede justamente prohibirnos eso con su voluntad, y prohibiéndonoslo con su mandato, hacerlo malo para nosotros, aunque por naturaleza sea bueno; no porque sea malo por naturaleza, sino porque está prohibido. ¡Ojalá la mujer hubiera respondido así, pero siendo simple y poco instruida, imprudentemente fue engañada por sus palabras y respondió!

Versículos 2-3: "A lo que la mujer respondió: De los frutos de los árboles que están en el paraíso comemos; pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, Dios nos ha ordenado no comer y no tocarlo, para que no muramos."

Texto Hebreo: "Y dijo la mujer a la serpiente: De los frutos de los árboles del jardín comemos, pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, dijo Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, para que no muráis."

El Intérprete Caldeo tiene esto casi igual; sin embargo, traduce “ni lo toquéis” como: “Y no os acerquéis a él, para que no muráis.”

La mujer verdaderamente mostró con su respuesta que había prestado oído y asentimiento a las engañosas palabras de la serpiente astuta y taimada. Movida por una cierta elevación de la mente a partir de las palabras de la serpiente mortal, le disgustó estar sujeta al mandato de no comer del árbol prohibido por Dios, aunque su naturaleza era más excelsa que la de todos los demás árboles del jardín. Por lo tanto, olvidando casi la potestad y dominio divino, al responder a la serpiente, a la que debería haber despreciado, ni reconoció a Dios como su Señor, ni que todo lo que él mandara le fuera justamente impuesto. Dijo “Dios”, no “Señor Dios”; tampoco dijo “mandato de Dios”, que le fue impuesto, sino “dicho”, siguiendo la persuasión de la serpiente. Pues dijo, según la Verdad

Hebrea: “Dios dijo”, no “mandó”. Luego, mostrando que le desagradaba como algo muy duro y no justamente mandado, lo agravó; pues dijo: “Y que no lo toquemos”, lo cual ciertamente Dios no mandó; prohibió comer, no tocar; pero la mujer añadió por su desagrado hacia el mandamiento. Pues quien refiere algo impuesto que no le agrada mucho, de lo cual se horroriza más, siempre busca agravarlo para mostrar que no es justo ni equitativo. A menos que digamos que al prohibir Dios que comieran, por el peligro podría parecer que prohibió que tocaran, como algo que conducía a la transgresión de su mandamiento. Sin embargo, esto no parece explícito en el mandamiento que Dios les prohibió; sino que la mujer lo agravó como indebido e injusto; lo cual también se puede ver porque dudó de la pena de su transgresión, pues dijo: “para que no muramos”; lo cual ciertamente Dios dijo de manera absoluta y no bajo duda: “En cualquier momento que comieres de él, morirás.” Pero ella, porque el mandamiento recibido de Dios, por la sugerencia del diablo, le desagradaba, lo consideró indebido e injusto; y, ya engañada, dudó también de la pena de su transgresión. Viendo esto la serpiente, entonces añadió:

Versículos 4-5: "Dijo la serpiente a la mujer: No moriréis en absoluto. Pues sabe Dios que en el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal."

Texto Hebreo: "Y dijo la serpiente a la mujer: No moriréis, porque sabe Dios que en el día en que comáis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal."

Esto, “como dioses”, puede traducirse: “como Dios”; pues es la misma palabra que se dijo antes: “sabe Dios”: אלהים (Elohim); aunque la palabra misma por la fuerza del idioma hebreo es una palabra plural.

El Parafrasista Caldeo lo traduce: “Aparece ante el Señor que en el día en que comáis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como grandes sabios entre el bien y el mal.”

Aben Ezra lo interpreta: “Seréis como ángeles.” El Rabino Salomón interpreta este pasaje así: “Rechaza hasta: Y no lo toquéis; y le dijo: así como no hay muerte en tocarlo, tampoco hay muerte en comerlo. Pues sabe Dios, etc.: todo artífice odia a los hijos de su arte. Comió del árbol y creó el mundo. Y vosotros seréis como dioses creadores de mundos.”

Sin embargo, nosotros interpretamos este pasaje de la siguiente manera. "De ninguna manera moriréis." Este mentiroso y padre de la mentira, quien cuando habla mentira, habla de lo suyo propio, procede con las armas de la mentira, tal como comenzó, y hace a Dios, quien es la verdad suprema y primera, y el autor y origen de toda verdad, parecer un mentiroso. Pues Dios, si el hombre comiera del árbol prohibido, le amenazó con la muerte de manera certísima, diciendo: "El día que comieres de él, ciertamente morirás." Pero este mentiroso dijo falsamente: "De ninguna manera moriréis." Pues cuando vio que la mujer, a partir de su respuesta, dudaba de la muerte subsiguiente, inmediatamente afirmó que de ninguna manera sucedería. Además, le atribuyó a Dios, el sumo e infinito bien, malicia y envidia, diciendo: "Pues sabe Dios que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal." Este malvado tentador dijo: "Dios os envidia para que no sepáis las cosas que son más dignas de ser conocidas, como él las conoce, y para que no seáis como dioses en conocimiento y sabiduría."

Estas palabras merecen una consideración más profunda para que podamos entender más claramente cuán mentirosa y engañosamente habló este viejo y malvado serpiente. Primero, parece que debemos advertir que el árbol, llamado del conocimiento del bien y del mal,

no fue llamado así antes del evento, como muchos creen, sino después del evento. Pues aunque cuando Dios prohibió ese árbol al hombre, leemos: "Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás," sin embargo, creo que Dios no usó estas mismas palabras al dar el mandato, sino que designó ese árbol con alguna otra marca. Pues cuando la mujer respondió a la serpiente, no dijo: "Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal," sino: "Del fruto del árbol que está en medio del paraíso, Dios nos mandó no comer." Pero el profeta, al narrar el hecho ya consumado, usó esta designación de su propia autoridad. Pues si Dios hubiera usado esa designación al señalar el árbol, sin duda habría ayudado a la tentación y mentira de la serpiente.

Tampoco había en ese árbol algún poder para entender por el cual se pudiera conocer el bien y el mal, de modo que realmente pudiera ser llamado árbol del conocimiento del bien y del mal: pues era completamente corporal y no podía actuar sobre el entendimiento espiritual. Pero la mujer, engañada por las mentirosas palabras del tentador, que le prometía conocimiento por comer del árbol prohibido, creyó que ese árbol tenía algún poder para entender. Pues cuando la serpiente dijo: "Se abrirán vuestros ojos," no se refería ciertamente a los ojos corporales, pues ya los tenían abiertos mientras vigilaban; sino a los ojos del corazón, que no estaban abiertos para entender el bien y el mal, según lo indicaban esas palabras. "Se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses": no les promete igualdad divina con estas palabras; no dice: "Seréis dioses": eso habría aparecido manifiestamente falso e increíble, ya que es imposible; sino que afirma que por comer del árbol alcanzarían una cierta semejanza con Dios en conocimiento y sabiduría. "Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal": no porque ellos no fueran sabios y enseñados por Dios, por la ley tanto de la naturaleza como de la gracia, en el conocimiento del bien y del mal; sino porque este conocimiento es mucho más perfecto en los ángeles y

perfecto en grado sumo en Dios, quien es la verdad suprema; y por esto el diablo se preocupó de excitar en ellos un apetito desordenado por el conocimiento de aquellos que sabían más profundamente y entendían y penetraban todas las cosas más perspicaz y agudamente, incluso las más ocultas: "Seréis," dice, "como dioses, conocedores del bien y del mal."

La palabra usada es ambigua: אלהים (Elohim), que puede referirse tanto a Dios mismo como a los ángeles; y así: "Seréis conocedores del bien y del mal, como Dios, o como ángeles," o ciertamente, como lo tradujo muy correctamente el Intérprete Caldeo: "Seréis grandes sabios entre el bien y el mal, buscando sabiamente todas las cosas tanto buenas como malas." Dice: "Estáis contentos con vuestra suerte y con los bienes y dones recibidos: aunque hay muchas cosas mucho más valiosas, amplias y excelentes, que no tenéis ni deseáis, porque no las conocéis, ni los ojos de vuestra mente están abiertos para verlas y entenderlas; ni conocéis tampoco el mal, pues no lo percibís, ya que Dios os envidia, ni os ama ni os aprecia mucho; pues podría haberos dado cosas mucho mayores, más valiosas y amplias, y no quiso. Envidia porque no quiso que conocierais aquellas cosas que son más dignas de ser conocidas, del modo en que él y los ángeles las conocen; ni quiso compartir lo que no le interesaba en absoluto retener; y para que no podáis conocer ni aquellos bienes más amplios que os negó y retuvo, ni aquellos males, debido a los cuales os los negó, - es decir, por teneros envidia y malicia y una mala disposición hacia vosotros - prohibió que comierais del fruto de este árbol, que tiene gran poder para entender el bien y el mal, tal como yo también conozco, ya que comí de él y ahora os cuento lo que aprendí comiéndolo. Además, de manera maliciosa y falsa, os amenazó con la muerte si comíais de él, para asustaros; lo cual hizo por envidia, pues sabe que el día que comáis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como ángeles y naturalezas intelectuales, quienes conocen todas las cosas con gran perspicacia,

como yo, conociendo el bien y el mal. Y no es verdad en absoluto que si coméis de él moriréis: pues yo, que subí a este árbol, muchas veces comí de él, como ahora como - según la opinión de los hebreos, - y no he muerto; sino que por comer de este árbol adquirí gran conocimiento del bien y del mal, como podéis ver que tengo. Así, no moriréis por comer de él, sino que adquiriréis el conocimiento del bien y del mal."

Estas son las palabras que aquel tentador malvado y serpiente astuta, siempre mentirosa, dijo a la mujer; con las cuales encendió grandemente el ánimo de la mujer para desear ese tipo de conocimiento más elevado. Pues ella creyó en las palabras de la serpiente, de donde sigue:

Versículo 6: "Vio entonces la mujer que el árbol era bueno para comer y agradable a los ojos y deseable para adquirir sabiduría, y tomó de su fruto y comió, y también dio a su marido, quien comió."

Texto Hebreo: "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer y que era deseable a los ojos y codiciable para obtener sabiduría, y tomó de su fruto y comió, y también dio a su marido con ella, y él comió."

El Intérprete Caldeo lo tiene de esta manera: "Y codiciable para obtener sabiduría, y también dio a su marido con ella."

Los Setenta también: Καὶ ὡραῖὸν ἐστι τοῦ κατανοῆσαι: "Y que era hermoso el árbol para entender, o para sabiduría."

El Rabino Salomón interpreta este pasaje así: "Y vio la mujer: vio las palabras de la serpiente y le gustaron y le creyó, que era bueno ser como dioses, y que era deseable a los ojos, como él le había dicho: Y se abrirán vuestros ojos; y codiciable para entender, como él le había dicho: Conociendo el bien y el mal."

Aben Ezra dice: "Y vio la mujer en su corazón y el árbol era codiciable por la inteligencia y la revelación de los ojos. El sentido

de: con ella, es que comieron juntos y él le reveló el secreto de la serpiente. Y he aquí, Adán no era ignorante, y por eso fue condenado. Y muchos dicen que el árbol del conocimiento era una higuera, por eso encontraron: Y cosieron hojas de higuera: y si fuera así, la Escritura habría dicho: Y cosieron hojas del árbol del conocimiento. También muchos dicen que era trigo. Y es correcto en mis ojos, que los dos árboles en medio del jardín del Edén no están en otro lugar sobre toda la tierra, y uno de los árboles del conocimiento generaba el deseo de coito; por eso Adán y su esposa se cubrieron."

Nosotros lo explicamos así. Vio entonces la mujer, no solo con los ojos corporales, sino también con un cierto instinto natural, por el cual deducimos que los alimentos que salen de la tierra son adecuados a nuestra naturaleza y complexión, como sabemos que se ha dado también a los demás animales, que el árbol era bueno para comer; pues la naturaleza de ese árbol no era mala, sino ciertamente buena: era malo para el hombre en la medida en que fue prohibido por Dios, no porque Dios lo hubiera privado de su bondad y suavidad natural. Pues verdaderamente era agradable para comer, del cual el hombre no debería abstenerse, excepto por reconocer el dominio y la potestad de Dios sobre él, y por la mera voluntad de Dios; de la cual si no se abstenía, ese árbol, que era naturalmente bueno, se convertiría en malo para el hombre por su culpa. Además, el árbol era hermoso a los ojos: pues en la comida y la bebida, el hombre se deleita no solo por la suavidad del gusto, sino también por la belleza de la vista. Pero además de ser agradable a la vista, o según la Verdad Hebrea, deseable para entender; esto no es verdaderamente, sino según la opinión de la mujer, que engañada por las palabras de la serpiente, lo pensaba del árbol y se lo imaginaba como verdadero. A partir de la suavidad del fruto y la belleza de la apariencia de ese árbol, ella se convenció de que lo que la serpiente le había dicho era verdad.

Tal es la fuerza y energía de la concupiscencia, que apartada y seducida más allá de los límites de la razón, la mujer se imaginó vanas apariencias, se las predicó a sí misma y las creyó, y aquello que Dios le había mandado no tocar del fruto de ese árbol, no solo lo tocó, sino que lo tomó, es decir, lo arrancó del árbol, y comió, transgrediendo el mandamiento de Dios, e indujo a su marido a comer: "Y dio también a su marido con ella, y él comió"; pues ella le persuadió y lo incitó a comer. Quien comió, no porque creyera en las palabras del tentador y pensara que decía la verdad, ni porque fuera engañado por el demonio: pues según el testimonio del Apóstol, no fue el hombre quien fue engañado, sino la mujer; sino que, al no poder resistir el amor excesivo por su mujer que le persuadía e instigaba a comer, para no contristarla y dejar que se alejara de él sin conseguir su deseo, también él comió.

Versículo 7: "Y se abrieron los ojos de ambos. Y conociendo que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera y se hicieron cinturones."

Texto Hebreo: "Y se abrieron los ojos de ambos, y supieron que estaban desnudos, y cosieron hojas de higuera y se hicieron cinturones."

El Rabino Abraham Aben Ezra dice que "la exposición de יתפרו (y cosieron) es conocida, y es así: Cosí saco sobre mi piel; buscando cinturones de cosas inútiles, pues hicieron lo necesario para ellos con la madera delgada. Y después de que Adán comió del árbol del conocimiento, conoció a su esposa; y este conocimiento es un eufemismo para coito, y por eso se llama árbol del conocimiento. Así también el joven, después de conocer el bien y el mal, comienza a desear el coito. El árbol de la vida, porque añade vida, y Adán vivió muchos años. Y la palabra עולם (olam) no es la misma que: עד־עולם ועד (por siempre y para siempre); y así: Y servirán לעולם (para siempre), en el siglo. Y habitó allí por siempre: y muchas otras. Y

los expositores dicen en el verso: Porque el día que comieres de él, ciertamente morirás: que no fue creado con la disposición de morir; pero cuando pecó, la sentencia de muerte cayó sobre él. Y muchos preguntan qué pecó su semilla. Y estas son palabras vanas, pues el espíritu es uno para el hombre y para el animal, que vive y ruge en este mundo; y así como es la muerte de este, así también es la muerte de aquel; excepto la parte superior, que está en el hombre, por la cual supera a los animales. Y ya vino un médico que despertó razones o demostraciones a priori, que no es conveniente que Adán no terminara su vida."

El Rabino Salomón dice: "Y se abrieron sus ojos: la Escritura habla de sabiduría y no propiamente de la vista; y el final del capítulo lo prueba. Y conocieron que estaban desnudos: incluso un ciego sabe cómo está desnudo. Pero, ¿qué significa: Y conocieron que estaban desnudos? Tenían un solo mandamiento en su mano, y fueron despojados de la fe o fidelidad."

Nosotros lo explicamos así. "Y se abrieron sus ojos": esto no debe entenderse de los ojos corporales, sino de los ojos de la mente, que estaban cerrados para que no conocieran los dones de Dios, y especialmente aquel don excelente de la justicia original, por el cual, aunque estaban desnudos, no se avergonzaban, adornados con esa justicia. Sin embargo, al ser suprimida esta por la transgresión del mandato divino, inmediatamente conocieron que estaban desnudos y se avergonzaron intensamente. Pues entonces estaban desnudos, pero no se reconocían como tales; ya que quien está desnudo y se reconoce como tal, se avergüenza. Por lo tanto, aunque no se avergonzaban, estaban desnudos, pero no lo reconocían: estaban desnudos en cuerpo, pero no en cuanto a la vergüenza; pues esa desnudez, debido a esa justicia, no producía su efecto, mostrando un espectáculo indecoroso, ya que por esa justicia la petulancia de la carne era contenida, y la libido desenfrenada no predominaba en los miembros. Pero perdido ese don, inmediatamente la carne comenzó

a rebelarse contra el espíritu y a desear contra él, y la ley de los miembros a oponerse a la ley de la mente, y comenzó la concupiscencia depravada a prevalecer en los miembros y a agitar vehementemente movimientos ilícitos y perniciosos; por lo que fueron llenos de gran rubor y confusión, y para cubrir sus miembros vergonzosos, que antes no lo eran, cosieron hojas de higuera y se hicieron cinturones, es decir, taparrabos. Pues comenzaron a experimentar intensamente la vergüenza de esa desnudez que antes no experimentaban ni conocían qué era el rubor y la vergüenza; y cuando lo conocieron por el pecado, cosieron hojas de higuera, quizás con alguna enredadera o algo similar, para cubrir sus partes vergonzosas. ¡Qué remedio tan inapropiado aplicaron a sí mismos los miserables! Pero lo hicieron por mera necesidad en el momento, ya que entonces no había otra cosa disponible.

Para entender mejor lo que se dice aquí, debemos aclarar algunas cosas. Primero: esa justicia original no era natural al hombre, ni los dones que la acompañaban y que se perdieron con ella. Pues no pueden llamarse naturales las cosas que no vienen de los principios de la naturaleza, sino del beneficio gratuito de Dios y su provisión externa. Por lo tanto, de algún modo eran sobrenaturales respecto al cuerpo, aunque respecto al alma inocente e intachable, a la cual no se debía infligir injustamente ningún castigo, de algún modo eran requeridos por la excelencia y dignidad de la naturaleza, que compondría bien esta unión desigual del cuerpo con tal alma, para que no se encontrara una miseria y desgracia tan grande en una criatura tan grande debido a estas dos naturalezas opuestas entre sí, a saber, el cuerpo mortal y el alma inmortal; para que el cuerpo corruptible no agravara el alma, y por esos dones el cuerpo estuviera sujeto al alma y las fuerzas inferiores a la razón. Por lo tanto, de algún modo se debían esos dones a la naturaleza: principalmente, sin embargo, y principalmente en aquel primer padre, quien fue el primer receptor y propagador de esta naturaleza; a nosotros, en

cambio, secundariamente y en él y por él, de quien todos derivamos. Así que la justicia original y los dones que la acompañaban de algún modo se debían a la naturaleza humana en aquel primer hombre. Y como todos los descendientes habrían de recibir la naturaleza de ese hombre, fue completamente adecuado que también recibieran esos bienes, que de algún modo acompañaban a la naturaleza para hacerla perfecta e íntegra, por medio de ese hombre. Por lo tanto, el primer hombre fue adornado con estos dones, y los recibió de Dios por toda su posteridad, para que todos los propagados de él por naturaleza, como por una sucesión hereditaria, poseyeran esos dones.

En segundo lugar, hay que considerar que, puesto que los dones antes mencionados no eran naturales, como aquellos que provienen de los principios de la naturaleza, sino que eran otorgados generosamente por el beneficio gratuito de Dios como convenientes a la naturaleza, cuyos trabajos son perfectos y quien sobre todas las cosas es piadoso, misericordioso y bueno, ciertamente no era justo que se nos otorgaran sin algún mérito de gratitud. Por lo tanto, estableció un pacto con el primer hombre, para que mediante la obediencia a algún precepto divino procedente de la libre voluntad de Dios, y exigiendo la sujeción al reconocimiento del poder y dominio divinos, ese hombre guardara esos dones para él y para nosotros. Sin embargo, Dios estableció tal pacto con el hombre cuando le dio ese mandato, diciendo: "De ligno... scientiae boni et mali ne comedas; in quocumque enim die comederis ex eo morte morieris" ("Del árbol... del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás").

La expresión de esta ley y pacto debe considerarse rigurosamente y de acuerdo con el tenor de las palabras, ya que tales pactos y estatutos son, por su propia naturaleza, de derecho estricto. En primer lugar: puesto que esos dones se mantenían principalmente en el primer hombre para la naturaleza humana en su descendencia, por eso el pacto se estableció principalmente con ese hombre y se le dio

el mandato principalmente a él, diciéndole: "No comas". Aunque a través de él también se dio este mandato a la mujer, sin embargo, como fue establecido principalmente con el hombre, de ahí que, si solo la mujer hubiera roto ese pacto y transgredido el precepto, esos dones no habrían sido retirados de ella ni de la naturaleza humana; sino que solo ella habría perdido la gracia, es decir, ese don celestial que hace que el alma sea grata y amiga de Dios y que no puede coexistir con el crimen. Por el contrario, si solo Adán hubiera pecado, esa transgresión habría perjudicado también a Eva y a toda su descendencia, porque habrían perdido todos los dones; como en verdad perdimos por el solo pecado de Adán.

No obstante, no se debe pensar que por cualquier pecado de Adán el género humano hubiera sido sometido a perder esos dones, sino solo por esa desobediencia al comer. Porque pecó antes de comer con un acto interior al dar su consentimiento para transgredir el precepto: también con el pecado de arrogancia y soberbia; y, sin embargo, no reconoció que estaba desnudo, porque no fue despojado de esa justicia original, sino después de haber comido, conforme a la palabra del Señor Dios: "En quocumque die comederis" ("El día que de él comieres"). Porque no dijo: "El día que peques ciertamente morirás"; sino: "El día que comieres"; y ciertamente no sintieron vergüenza, sino después de que ambos comieron.

En tercer lugar: se debe considerar especialmente el efecto de aquella transgresión primordial, a saber, el despojo de la justicia original y de los dones consiguientes y la consiguiente vergüenza, no por la fuerza o naturaleza de esa comida o el acto de comer; de lo contrario, la mujer, que comió primero, habría sentido esa vergüenza y se habría reconocido desnuda; pero no lo sintió sino después de la comida de Adán. Por lo tanto, no sucedió debido a la naturaleza del fruto; sino por la fuerza de aquel pacto, que el Señor Dios había establecido con el hombre, para que tan pronto como rompiera ese

pacto y transgrediera el precepto, él y toda su descendencia perdieran todos esos dones.

De esa ley y pacto, que intercedió entre Dios y Adán, surgió que por ese delito y prevaricación todo el género humano fuera perturbado. Porque esos dones los recibió mediante ese pacto de Dios, de modo que mediante la observancia de ese precepto él los conservaría perpetuamente para sí mismo y para nosotros; pero por la transgresión, tanto él como nosotros los perderíamos irremediablemente, con el mayor daño para él y para nosotros, con la culpa también para la pena eterna de la pérdida, a la cual todo el género humano ha estado siempre sujeto por la fuerza de la propagación y la generación. Y no de otro modo sino de esa ley nos vino la culpa a nosotros, hijos de Adán; así como el que nace de adulterio es irregular desde su nacimiento, no viene de otro lugar sino de la ley que lo establece. Sin embargo, fue muy conveniente que así como por el primer hombre hubiéramos recibido esos dones, en cierto modo debidos a la naturaleza, si hubiera observado el precepto, así también por él los perdiéramos, ya que lo transgredió; y así como por él naceríamos hijos de gracia y adornados con todo don y favor divino, así también ahora por él naceríamos hijos de la ira y despojados de todo bien.

Del mismo modo que el don de la justicia original se manifestaba principalmente en el hecho de que, aunque estaban desnudos, no se avergonzaban; así también ahora se conoce claramente que fue quitado por la transgresión del precepto; porque cuando comieron de ese árbol, inmediatamente se abrieron sus ojos y conocieron que estaban desnudos, lo que antes no conocían, o más bien no conocían la confusión y la vergüenza de la desnudez: y sus ojos se abrieron para reconocer esto, porque antes reconocían que estaban desnudos, pero no se avergonzaban; ahora, sin embargo, se avergonzaron y cosieron hojas de higuera para cubrir sus partes íntimas, para no ser cubiertos de tanta confusión y vergüenza.

Versículo 8: Y cuando oyeron la voz del Señor Dios paseando en el paraíso al aire de la tarde, Adán y su esposa se escondieron de la presencia del Señor Dios entre los árboles del paraíso.

Texto hebreo: Y oyeron la voz del Señor Dios caminando en el jardín al viento del día, y Adán y su esposa se escondieron de la presencia del Señor Dios entre los árboles del jardín.

El Targum caldeo traduce: Al descanso del día; la Septuaginta: Cerca del atardecer; algunos hebreos: Al respiro del día.

Los doctores hebreos interpretan este lugar de diversas maneras. Aben Ezra atribuye este paseo a la voz de Dios, como se dice: "Su voz caminará como una serpiente"; y: "La voz de la trompeta caminando", etc. También relata que el Rabino Jonás dijo que Adán mismo caminaba por el jardín. El Rabino Salomón, sin embargo, lo refiere a Dios, que caminaba en el jardín. También explica "al viento del día" como si fuera el viento, porque el sol se había puesto. El Rabino Jonás: "Al respiro del día", es decir, en el tiempo de la respiración y refrigerio del día, es decir, el refrigerio del aire. El Rabino David Kimchi dice que también puede explicarse: al viento soplando, es decir, en el tiempo en que declina el día, cuando sopla el viento.

Nosotros, sin embargo, lo exponemos así. Y cuando oyeron la voz del Señor Dios. No se debe pensar que lo que se dice aquí del Señor Dios debe entenderse según la Divinidad. Porque Dios no tiene cuerpo, de modo que a través de órganos e instrumentos emita un sonido articulado de la voz, para que lo que dice pueda ser entendido por nosotros; ni tampoco tiene pies, para que camine y mueva un cuerpo de un lugar a otro; ni está contenido en un lugar, para que, al caminar, esté ahora donde no estaba antes, ya que abarca y llena todo lugar, para que en ninguna parte falte su presencia. Por lo tanto, esa locución y paseo de Dios no deben entenderse según la forma de la deidad, sino que es completamente creíble que se hizo en alguna

similitud creada representando a Dios y que en ella Dios habló al hombre por medio de un ángel; así como leemos que apareció y habló a Abraham y a Moisés y a muchos otros. Así, en esa forma y similitud, Dios caminando por el paraíso al aire de la tarde, habló al hombre por medio de un ángel, con voz articulada y externamente perceptible en cuerpo asumido; pero por sí mismo habló interiormente en la mente a través de la inspiración interna.

Vino Dios a ellos al aire de la tarde, lo cual significa un viento suave que, al inclinarse el sol, suele soplar dulcemente para recrear del calor; por lo que correctamente se tiene en hebreo: "Al viento del día", o "al respiro del día", que, porque ya suele ocurrir al inclinarse el día, por eso el Intérprete Caldeo lo traduce como "al descanso del día", y la Septuaginta, "al atardecer" o "cerca del atardecer". Pues algunos creen que Adán cometió el pecado alrededor del mediodía, a la misma hora en que Cristo fue levantado en la cruz para eliminarlo. Por tanto, Dios vino a ellos cerca del atardecer y la inclinación del día, cuando ya el sol de la gracia y la luz divina se habían puesto, y ya estaban en las tinieblas del pecado y la miserable confusión. Pero vino con un viento apacible, no con furia y venganza, sino pensando pensamientos de paz, para liberarlos de las tinieblas del pecado y devolverles la luz divina y la gracia perdida.

Pero dado que la conciencia herida hace al hombre tímido, al sentir Adán la llegada de aquel a quien sabía que había ofendido gravemente, Adán y su esposa se escondieron de la presencia del Señor Dios entre los árboles del paraíso; lo cual no debe entenderse de la verdadera presencia de Dios, porque nadie puede esconderse de él: sino ciertamente de esa presencia de la semejanza en la que Dios solía aparecerle y hablarle a través de un ángel. Porque huían y se escondían de aquel cuya llegada sentían. Sin embargo, es muy probable que yo crea que en esa forma apareció al hombre, con aquel viento suave y apacible, en el cual, misericordioso y clementísimo, venía para redimir y salvar al hombre. Ellos mismos

oían la voz de Dios desde fuera, llamándolos, y también sentían a Dios internamente en su conciencia, reprendiéndolos y mostrándoles el castigo merecido ante sus ojos, provocándolos al arrepentimiento saludable, para que implorando misericordia de él la obtuvieran. Se escondieron entre los árboles, es decir, entre las frondosas arboledas del paraíso, buscando huir de aquel que venía a ellos sensiblemente. Pero el clementísimo Dios los siguió, movido por misericordia hacia ellos:

Versículos 9 - 10: Y llamó el Señor Dios a Adán y le dijo: ¿Dónde estás? Y él respondió: Oí tu voz en el paraíso y tuve miedo, porque estaba desnudo y me escondí.

Texto hebreo: Y llamó el Señor Dios a Adán y le dijo: ¿Dónde estás tú? etc.

Viendo el clementísimo Dios que el hombre había caído precipitadamente en el pecado, y deseando sacarlo de su pecado, lo llama, diciendo: Adán, ¿dónde estás? No lo pregunta Dios por ignorancia, como si no supiera dónde estaba, quien tiene todas las cosas presentes; sino para que Adán mismo considerara dónde estaba, en qué estado se había puesto y en qué miserable condición se había precipitado junto con toda su familia y posteridad, y así se provocara al arrepentimiento, reconociera y confesara humildemente su culpa, y para que, a partir de su respuesta, Dios lo acusara de su pecado. Adán, ¿dónde estás? ¿Dónde estás tú, de quien yo, en mi infinita bondad, creé una naturaleza tan excelente y casi divina? A quien visitando enriquecí y adorné con los más grandes dones y gracias: a quien yo disminuí un poco menos que a los ángeles, y ¿qué digo menos que a los ángeles? –pues te hice su compañero y conciudadano–, disminuí un poco menos que a Dios y te establecí sobre todas las obras de mis manos: a cuyos pies sometí todas las cosas, todas las ovejas y bueyes, y además las bestias del campo, las aves del cielo y los peces del mar, que recorren las sendas del mar: a

quien coroné de gloria y honor y a nadie más sometí a tu dominio que a mí. Adán, ¿dónde tú? ¿Cómo es que estando en honor no lo entendiste, sino que te sometiste al dominio de la antigua serpiente, Lucifer? ¿Dónde están los grandes dones con los que te adorné? ¿Quién te despojó de todos esos bienes que yo, en mi bondad, te había dado? ¿Cómo te comparaste a los animales y te hiciste semejante a ellos? Adán, ¿dónde estás?

Me parece que con estas palabras Dios llama al hombre para que se presente y dé razón de su acto, de modo que se recuerde el principio del juicio, que no debe emitir sentencia sobre el culpable sin haber sido antes legalmente citado, interrogado y convicto. Pero el hombre, no pudiendo dar razón de su acto, se alejó y se escondió, y obligado a responder, sin saber a dónde dirigirse, dijo: "Oí tu voz, Señor, en el paraíso... y tuve miedo, porque estaba desnudo". No percibió correctamente el sentido de las palabras del Señor. Dios le preguntó dónde estaba, no porque no lo supiera, sino para que a través de esto el hombre reconociera su estado y confesara humildemente su error y pidiera perdón. Pero él creyó que se le preguntaba por su lugar y respondió que se escondía entre los árboles, entre los cuales intentaba de alguna manera cubrir su desnudez, para no estar ante Dios con el máximo rubor de su desnudez.

Versículo 11: Entonces el Señor le dijo: ¿Quién te ha indicado que estabas desnudo, sino que has comido del árbol del cual te mandé que no comieses?

Texto hebreo: ¿Quién te ha indicado que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del cual te mandé que no comieras?

Todavía parece que Dios exige al hombre que confiese su pecado, para que mereciera recibir perdón. ¿Quién, dijo, te ha anunciado que estabas desnudo? Pues antes también estabas desnudo y no te avergonzabas. ¿Qué es ahora lo que te cubre con tanta confusión y

vergüenza por tu desnudez? ¿Qué ha abierto tus ojos para que te reconozcas desnudo con vergüenza y confusión máxima? ¿Acaso has comido del árbol del cual te mandé que no comieras? Porque de otro modo no podría haberte sucedido esto. ¿Acaso has transgredido mi precepto?

Esta parece ser la interpretación del texto hebreo, ya que Dios quería, con sus palabras, extraer de Adán una humilde confesión de su delito; pues no le acusa de su acto como si lo desconociera, aunque bien conoce el hecho; sino que le pregunta si lo ha hecho. No dice, dando la causa de su desnudez: "Porque has comido del árbol del cual te mandé que no comieras"; sino: "¿Acaso has comido del árbol del cual te mandé que no comieras?" No afirma, sino que pregunta, para que el hombre confesara con su propia boca su pecado; por medio de esa confesión merecería recibir el perdón, y reconociendo su culpa, aceptaría humildemente la penitencia impuesta por Dios y se sometería a Él. ¡Cuán insistentemente desde el principio Dios exigió la humilde confesión de los pecados del hombre, y cuán maravillosamente Dios se complace en ese género de humillación! El hombre responde a la interrogación divina, percibiendo lo que Dios exigía.

Versículo 12: Y Adán dijo: La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí.

Texto hebreo: La mujer que diste conmigo.

Adán percibe lo que Dios exige de él; sin embargo, no confiesa ingenuamente su pecado, sino que también ofrece una defensa para sí mismo, excusándose y en cierto modo, volviendo su culpa hacia Dios. Dice: "La mujer que me diste por compañera, me dio..., y comí." Primero ofrece una excusa y una defensa al confesar su culpa. Tú, Dios, dices, me diste la mujer, que estuviera conmigo, para que fuera mi consuelo, de quien tú mismo dijiste: "Haré una ayuda idónea para él." Sin embargo, ella se ha convertido en la causa

de mi ruina; porque si ella no hubiera estado, ciertamente no habría pecado: ya que del fruto del árbol, del cual me habías ordenado que no comiera, comí y pequé y reconozco que pequé. Sin embargo, no tomé del fruto del árbol por mí mismo, sino que ella tomó del fruto y comió y me dio para que comiera, y persuadido y obligado por ella, comí. Sin embargo, tú me la diste, porque dijiste que no era bueno que yo estuviera solo y sin ella; y he aquí, ahora se ha convertido en el mayor mal y daño para mí.

He aquí cómo, antes de confesar ingenuamente su culpa, ofrece una excusa y una defensa y, de cualquier manera que puede, vuelve la culpa hacia Dios, y no teme ahora culpar a aquella por cuyo amor antes, para no contristarla, se atrevió a transgredir el precepto de Dios.

Pero ciertamente carece de toda excusa; porque debía obedecer a Dios y guardar su precepto, y no a la mujer: porque no la recibió de Dios como señora, sino como compañera, esposa y sujeta a su señor. Ahora bien, se debe obedecer a los señores, no a los compañeros o súbditos, a quienes más bien se debe mandar; y si fue persuadido por ella para comer, ese pecado también recae sobre él, quien permitió ser persuadido por ella, cuando pudo y debió actuar de otro modo y más bien corregirla y reprenderla, en lugar de escucharla. Ciertamente no debía nunca, para no contristar a la mujer, contristar al Espíritu Santo; y si ahora la acusa como criminal, debió primero corregirla y, cuando pecara, reprenderla: de hecho, debería haberla contenido para que no comiera. Porque no debía serle tan querida y amada que, para no contristarla, permitiera que pecara contra el Señor Dios y, por su causa, él mismo también cometiera el mismo crimen. Por lo tanto, es partícipe de ese crimen, no solo no prohibiéndolo, sino también siguiéndolo mucho más gravemente; por lo cual, excusándose a sí mismo del pecado, más bien cubre sus pecados y acumula pecado sobre pecado.

Dios pudo reprocharle todas estas cosas al miserable, y especialmente porque había deseado la semejanza con Dios, elevado por la arrogancia luciferina. Sin embargo, Dios, misericordioso y clemente, contenido por el gran espíritu de su misericordia, se abstuvo de hacer algo que podría haber llevado a la desesperación a quien ya estaba bastante agitado por la conciencia de su crimen y la vergüenza de su desnudez y el miedo al castigo, si algo más terrible se añadiera con la voz de Dios, y hubiera dicho: "¡Mi iniquidad es mayor de lo que puedo merecer el perdón!" Además, aunque no confesó completamente su pecado como debía, sin embargo, en parte, su verdadera respuesta aliviaba la culpa: aunque no la borraba, pero era una razón para seguir con las objeciones; por eso hasta ahora tuvo suficiente de él y volvió su discurso a la mujer.

Versículo 13: Y dijo el Señor Dios a la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Y ella respondió: La serpiente me engañó, y comí.

Texto hebreo: Y la mujer dijo: La serpiente me sedujo, o me apartó.

Intérprete Caldeo: Me hizo errar.

Septuaginta: Ὁ ὄφις ἠπάτησέ με: es decir: La serpiente me engañó, como nuestra edición tiene.

Dios no pregunta si el hecho ocurrió, pues está claro; sino por qué ocurrió: ¿Por qué has hecho esto? Oíste, dijo, al hombre transferir la culpa a ti y atribuirte todo a ti, que fuiste dada como su compañera y creada de su carne y huesos, para que con tus consuelos lo sostuvieras: sin embargo, te has convertido para él, por tu delito, en el mayor mal y una pérdida lamentable de bienes. ¿Por qué has hecho esto? ¿Y por qué te has convertido en autora de tanta ignominia para ti y para tu esposo? Pero ella, aterrorizada, defiende su pecado y vuelve la culpa hacia la serpiente: La serpiente, dijo, me engañó. Así como el hombre echó la culpa sobre la mujer, diciendo: La mujer me dio y comí; así también la mujer, no encontrando

escapatoria, admite el hecho, pero lo transfiere a la serpiente: Esa mala bestia nos trajo esta caída, su pernicioso consejo nos llevó a esta confusión: ella me engañó, y comí; no me obligó, sino que me engañó. Tampoco el hombre dice que fue obligado, sino: La mujer me dio y comí; solo dio, no obligó, no hizo violencia; pero ella dice: Me engañó, no me obligó; en ninguna parte hubo necesidad y violencia, sino voluntad y elección. El enemigo de nuestra salvación usó a esta mala bestia, dio el consejo y engañó, no hizo violencia ni obligó, sino que hizo que su fraude se cumpliera con su pernicioso consejo.

Sin embargo, Dios, aunque podría haber reprobado y reprochado severamente a la mujer por su respuesta, contento con sus palabras, no la obligó a decir más. Después de identificar al autor de ese mal, se dirige a la serpiente y le anuncia su castigo.

Versículos 14-15: Y el Señor Dios dijo a la serpiente: Porque has hecho esto, maldita serás entre todos los animales y todas las bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; ella herirá tu cabeza, y tú herirás su talón.

Texto hebreo: Maldita serás entre todo el ganado y todas las bestias del campo; sobre tu vientre caminarás y polvo comerás todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; él te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón.

Así también la Lectura Caldea lo tiene por completo, excepto por: Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu hijo y su hijo; él recordará lo que le hiciste desde el principio, y tú le acecharás hasta el final.

El Targum Jerusalén se refiere a este lugar en los días del rey Mesías.

Para una comprensión más clara de este pasaje, debemos notar lo que advertimos al comienzo del capítulo, a saber, que por la serpiente no debemos entender solo el animal o el demonio, sino ambos, el demonio que hablaba a través de la serpiente y usaba su ministerio para tentar; y la serpiente como su instrumento, a través del cual perpetró su maldad. Por lo tanto, cuando leemos aquí que Dios impuso estos castigos a la serpiente, debemos entender que el castigo se impuso a ambos. Y así como por el animal serpiente entendemos al demonio, debido a cierta proporción y analogía que existe entre ambos; así también debemos examinar las penas sensoriales infligidas a la serpiente sensible, así como las infligidas de igual manera a la serpiente intelectual, el diablo; y más aún porque lo que aquí parece ser infligido por Dios a la serpiente animal según la letra, aunque verdadero, no está principalmente dirigido al animal, sino a la serpiente diablo.

Y dijo el Señor Dios a la serpiente, es decir, al diablo: Maldito seas. El Señor Dios comenzó la investigación de este crimen interrogando al hombre y del mismo modo pasó a la mujer, para que ellos, reconociendo su pecado y dando respuestas a Dios, confesaran su culpa y recibieran perdón; ya que ciertamente ese pecado era remisible y podía ser expiado mediante el arrepentimiento y la humilde confesión, la cual debían hacer según su capacidad; ya que se les concedió un tiempo aceptable y un día de salvación para que produjeran frutos dignos de arrepentimiento. Pero después de que Dios supo por la mujer quién había sido el autor principal de su mal, cuando se llegó a la serpiente, ya no se digna a escuchar una respuesta de ella, sino que le anuncia el castigo. La serpiente no viene a juicio como acusada, capaz de defenderse; pues ya estaba confirmada irremisiblemente en el pecado, ya condenada y

declarada como enemiga eterna, sobre la cual no se piensa otra cosa que afligirla por sus méritos.

Por eso, inmediatamente se dice: Porque has hecho esto, serás maldita entre todos los animales y bestias de la tierra. Y aunque estas cosas se dirijan e inflijan también a la serpiente sensible, no debe parecer extraño que el Señor dirija su discurso a un bruto, como si no entendiera lo que se dice; pues en otros lugares leemos que Dios habló al pez, en el libro de Jonás: sin embargo, la locución de este tipo significa la expresión de la voluntad divina mediante efectos exteriores. O: Maldita serás entre todo el ganado y todas las bestias del campo. La serpiente animal, de la cual debemos tomar alegoría al demonio, se ve manifiestamente en esta suerte, maldita, es decir, execrable y detestable y horrible como insidiosa para el hombre, y venenosa entre todos los ganados y bestias del campo. Y aunque la serpiente por su propia naturaleza sea execrable, debemos considerar que esta maldición y execración creció en ella después de que el diablo usó su lengua para cometer tan gran atrocidad. No solo solemos odiar a quienes nos hacen daño, sino también a los instrumentos con los que nos dañan. Pues cuando el diablo, usando la obra de este animal, trajo ese mal consejo, por eso Dios le impuso este castigo; como el padre más enloquecido que, castigando al asesino de su hijo predilecto, también destruye y rompe en muchos pedazos la espada o el arma con la que fue asesinado; por eso, maldita serás... entre todas las bestias del campo.

De esto podemos advertir que antes del pecado los animales no eran malditos; pues si la serpiente fue maldita después del pecado, y no solo maldita, sino maldita más que todas las bestias del campo y ganados, estos ciertamente no eran malditos antes del pecado; después del pecado fueron malditos, ya que casi no hay animal, ganado o bestia que no pueda causar algún daño al hombre, por lo que están sujetos a esta maldición, siendo temidos por el hombre,

siendo malditos y execrables, y entre todos, especialmente la serpiente.

Pero si aquel, que sirvió como instrumento, experimentó tanta indignación, ¿qué castigo se le dio al diablo? De él se dice con mucha más verdad: Porque hiciste esto, maldito eres entre todos los animales domésticos y bestias del campo. Sin embargo, no se dice que esta sea la condena del diablo que está reservada para el último juicio, sobre la cual el Señor dice: Id ... al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles: sino que se habla de ese castigo que hace que debamos tener cuidado con él: Maldito eres entre todos los animales y bestias de la tierra, más que todos ellos. Muchos animales, dice, son feroces, indomables y extremadamente salvajes, y bestias crueles y atroces que son enemigas del hombre y lo atacan: aspides, basiliscos, dragones, tigres, osos, lobos rapaces, leones y muchos otros son malditos para el hombre y deben ser para él execrables, horribles, temibles y evitados a toda costa, ya que pueden traerle la destrucción de su vida mortal. Pero tú, entre todos estos, eres maldito para el hombre, mucho más execrable, detestable, horrible, temible, y debe tener cuidado contigo y evitarte mucho más, ya que con tus palabras venenosas y tu mortal pócima, no sólo trajiste la destrucción de la vida corporal, por la cual la muerte entró en toda la raza humana, sino que también lo convertiste en reo de muerte eterna y esclavo del pecado y proporcionaste la destrucción de la vida espiritual, que consiste en la gracia y la caridad, con tu veneno mortal. Por lo tanto, debe execrarte, detestarte, horrorizarse y evitarte mucho más que la cara de cualquier serpiente venenosa, o el aliento de un dragón pestilente, o la mirada de un basilisco. Pues estos, con su veneno, hacen que el hombre pierda su vida temporal: pero tú, verdaderamente, lo haces perder su vida espiritual, que consiste en la gracia y la caridad, y su vida eterna, que consiste en la gloria bendita, en la visión y el disfrute del sumo bien; y si se te permitiera a tu antojo, también proporcionarías penas, aflicciones y

tormentos mucho más crueles y atroces a la vida temporal, y proporcionarías una destrucción mucho más terrible y salvaje, como se ve claramente cuando se te permite hacerlo a tu antojo, más de lo que cualquier bestia feroz y descomunal podría alguna vez infligirle. Por eso eres maldito para él, quien como un león rugiente y bestia extremadamente cruel siempre rondas, buscando devorarlo: entre todos los animales y bestias, aunque sean los más sangrientos, a los cuales, aunque son de una naturaleza mucho inferior, declaro que se les ha dado preeminencia sobre ti por esta sentencia pronunciada, ya que ellos hacen lo que les corresponde por naturaleza, no por vicio, sino por la condición de su naturaleza, y mantienen infaliblemente el estado en el que los puse. Pero tú, hagas lo que hagas, lo haces por tu vicio: desde aquella posición sublime de gloria incorruptible en la que te puse, caíste por tu vicio y pecado, y no mantuviste tu principado; por eso ahora te pongo por debajo de ellos: Maldito eres entre todos los animales y bestias de la tierra.

Luego sigue: Sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los días de tu vida. El animal serpentino, que el diablo usó, manifiestamente es de esta suerte y condición por su propia naturaleza. Sin embargo, si antes de recibir la maldición su naturaleza era como la vemos ahora, no es del todo evidente y constante. Los doctores hebreos, como se lee en Ialkut y también dice el Rabino Salomón, afirman que la serpiente tenía antes patas; pero por esta sentencia del Señor fueron cortadas, para que no anduviera más sobre sus patas, sino sobre su pecho. El Divino Juan Crisóstomo también parece aseverar que la serpiente tenía otra figura de formación después de esta maldición. Lo mismo también Jerónimo en las Cuestiones Hebraicas. Sin embargo, otros piensan de manera diferente, ya que la serpiente no pecó: ¿por qué entonces se le inflige este castigo? Y consideran ridículo pensar que el modo de andar de la serpiente era diferente antes de recibir la maldición, ya que Moisés dijo claramente que Dios creó a los reptiles desde el principio.

A mí, en verdad, la opinión de los anteriores me parece mucho más probable, que, aunque la serpiente no haya pecado en nada, sino que solo el diablo a través de ella perpetró esa execrable fechoría, también la serpiente, usada como instrumento por Satanás, haya experimentado tanta indignación, como una forma de detestar y execrar ese crimen; de la misma manera en que el Señor ordenó con respecto al animal con el cual alguien haya cometido ese horrendo e innombrable pecado contra las leyes de la naturaleza, que sea quemado junto con él; de la misma forma en que también en el Deuteronomio, con respecto a la ciudad apartada del culto a Dios, se ordena no solo que los hombres paguen la pena de muerte, sino también que los animales sean matados y los muebles quemados. De manera similar, en 1 Samuel, con respecto a los amalecitas, por el pecado cometido por sus padres mucho antes, se ordena no solo matar a los hombres, sino también a las mujeres, los niños, los lactantes, los bueyes y las ovejas y todo lo que les pertenecía. Todo esto fue ordenado para la detestación, execración y horror del pecado, para que junto con los pecadores también fueran exterminados aquellos objetos que se usaron como instrumentos para perpetrar los pecados. ¿Qué tiene de sorprendente, entonces, que a la serpiente también se le inflijan aquí castigos de este tipo, cuando el diablo cometió a través de ella tan horrenda y execrable fechoría? Esta alteración en la naturaleza de la serpiente fue hecha por Dios, quien le impuso tal castigo que dura para siempre; para que sea un ejemplo para todos los que vendrán después, y para que nunca más se escuche ese pernicioso consejo ni se dé lugar a las engañosas insidias de él: y para que, viendo la gran indignación experimentada por la serpiente, usada como instrumento por el diablo, entendamos los castigos que Dios ha infligido al diablo, el principal autor de ese crimen. Por eso creemos que se ha dicho muy verdaderamente de él: Sobre tu pecho andarás y polvo comerás todos los días de tu vida.

Para revelar la astucia y la malicia de sus pensamientos, que todos sus pasos sean de iniquidad y engaño, dice: Sobre tu pecho, o vientre, andarás: por el cual se entiende el corazón del diablo, en el que alberga los pensamientos más perversos con toda astucia y malicia y alimenta sus más depravados deseos de las cosas mundanas: a las cuales querría atraer a todos, convirtiéndolos en su alimento, que se convierte en sustancia del que come. Por eso se añade: Y polvo comerás todos los días de tu vida, es decir, hombres terrenales que desean, aman y siguen las cosas terrenas más que las celestiales, sobre los cuales tú mismo te arrastrarás con tu vientre o pecho, mediante la inserción de pensamientos inicuos y la excitación de la concupiscencia obscena por el movimiento ilícito del apetito sensible.

Para una mejor comprensión de este pasaje, es necesario prestar atención a ciertas observaciones. En primer lugar, la palabra que en hebreo se lee y que nuestro traductor ha convertido en pecho, significa tanto pecho como vientre; por eso los Setenta tradujeron ambas, pecho y vientre, queriendo expresar con dos palabras lo que el hebreo expresaba con una, porque pensaron que Moisés había usado esa palabra para ambos. Y puesto que en ese animal sensible, en el que pecho y vientre están tan unidos, que casi no hay distinción entre ellos, esta expresión se figura para nuestro enemigo invisible; así, por pecho se entienden los impulsos y pensamientos del alma, que allí tienen su sede; y por vientre se entienden los apetitos carnales y los movimientos de la concupiscencia obscena, que allí se sienten, se alimentan y de allí tienen su origen. Y como nuestro enemigo serpentea con estas cosas hacia aquellos que quiere engañar, por eso se dice: arrastrándose con el pecho o el vientre.

Segundo, es importante advertir que, cuando los primeros hombres aún eran inocentes, nunca se le dio al diablo la facultad de agredir a los hombres mediante tentaciones internas, ya sea proponiendo fantasmas ilícitos y obscenos, o insertando pensamientos inicuos, o

incluso excitando el deseo de la carne con movimientos ilícitos; sino solo proponiendo objetos deleitables a los sentidos externos. Por lo tanto, cuando primero se lanzó a tentarlos, apareció en una forma sensible; pero después de vencerlos y hacerlos, por derecho de guerra y duelo, sujetos a su poder, —pues de quien uno es vencido, de ese es siervo,— tuvo el poder no solo de agredirlos con tentaciones externas, sino también internas, proponiendo fantasmas obscenos a los sentidos internos e insertando pensamientos inicuos y sensaciones perversas, y también excitando el deseo carnal con movimientos ilícitos y encendiendo el fuego de la lujuria obscena. Y esto es lo que aquí se dice: Sobre tu pecho y vientre andarás: este poder se le concede.

Y además: para que coma de esa tierra sobre la cual se ha arrastrado con su pecho y vientre, es decir, para que devore y se incorpore a esos hombres terrenales, amantes de las cosas terrenas, sobre los cuales se ha arrastrado con su pecho, es decir, con pensamientos inicuos y el ímpetu del alma, y con su vientre, es decir, con las tentaciones de la lujuria, haciéndolos sus miembros.

Y este es su castigo, que tendrá en su poder a aquellos que desprecian los mandamientos de Dios; y habiendo vencido a todos en el primer hombre, no ejercerá su poder sobre todos, sino solo sobre la tierra. Porque la tierra cede a la serpiente y recibe la huella de su paso, no resiste como la piedra, sobre la cual, aunque la serpiente se deslice, no deja ninguna señal, porque no cede ante ella, sino que resiste; así también los hombres perversos e inicuos, que desprecian los mandamientos de Dios, son tierra, porque permiten que el diablo se arrastre sobre ellos y le ceden, ya que consienten en sus tentaciones y ejecutan todo el mal que les propone. No así los justos, que guardan los mandamientos de Dios, sino como piedras firmes, con las que se construye el edificio celestial, sobreedificadas sobre la primera piedra angular que es Cristo, aunque el diablo se deslice sobre ellos con su pecho y vientre según el poder concedido

que los justos no pueden evitar, es decir, que insertan tentaciones de pensamientos inicuos y lanzan los dardos de la lujuria, sin embargo, resisten con la fuerza del alma y no ceden ante las tentaciones, sino que las repelen; y no se deja ninguna huella del paso diabólico, porque en nada consienten con él. Por eso el diablo no devora a estos, sino a la tierra, que le cede.

Pero este poder no lo ejerce siempre: sino todos los días de su vida. Por lo cual no se debe pensar de ninguna manera que alguna vez vaya a morir, ya que no consta de naturaleza corpórea y ya está destinado a los eternos tormentos del fuego sempiterno, que está preparado para él y sus ángeles; sino que dice: Todos los días de tu vida: porque se dice que vive todo el tiempo que se le permite morar y rondar bajo este aire nebuloso y buscar a quien devorar, lo cual es hasta el fin del mundo, antes de aquella última pena del juicio, cuando será recluido en la cárcel eterna, casi como en una tumba, y no se le permitirá ya más moverse y devorar; por lo cual, con razón se dice que su vida terminará.

Antes de llegar a eso, se le inflige otro castigo, diciendo: Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; ella te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón. Dado que, según el Targum Jerusalén, este pasaje se refiere a los días del Mesías, nos ha parecido muy conveniente interpretar este pasaje como referente a Cristo. Y primero, esa mujer que aquí se menciona es aquella que fue elegida desde los siglos eternos como la restauradora de los padres, la vivificadora de los descendientes, la dignísima madre del Hijo de Dios; preconocida por el Padre supremo y altísimo, preparada por el Hijo; presignificada por los Padres, predicha por los Profetas, preservada por los ángeles; mujer admirable y dignísima de todo honor, Virgen, a quien fue enviado el ángel: virgen en carne, virgen en mente, virgen por profesión, virgen en cuerpo y mente; santísima mujer, singularmente admirable y más admirable que todas las mujeres, bendita de manera milagrosa, que

rodeó a un hombre en su vientre, permaneciendo virgen, una novedad que el Señor prometió hacer.

Ahora, sin embargo, dice que pondrá enemistades entre la serpiente y esta mujer: Pondré enemistades entre ti y la mujer. Has vencido, dice, a una mujer, y a través de ella también al hombre con tu fraudulento engaño; ahora establezco otro duelo, en el cual debes vencer a otra, si deseas poseer tu presa con seguridad y extender tu tiranía obtenida con tus engaños. Porque ella está completamente preparada para arrebatarte la presa y dispuesta a luchar con valentía, ya que en este primer duelo no cayó, ni yació bajo este pecado común, ni se encontró alguna vez bajo tu poder. Por eso, la elijo en este segundo duelo como libre y señora del campo, para que pueda luchar contigo. Con esta nueva mujer, preservada de toda mancha de pecado, quiero que emprendas un nuevo combate, para que experimentes si también puedes vencerla a ella.

Sin embargo, tal duelo no termina en ella; así como el primer duelo no terminó en la primera mujer, sino que lo concluiste en el hombre vencido: así también este duelo debe terminar en el hombre, la descendencia de esta mujer. Y entre tu descendencia y su descendencia; ella te aplastará la cabeza, o, como dice la Lectura Hebrea, él, es decir, la descendencia, te aplastará la cabeza. Y ambas interpretaciones son correctas; porque esta santísima mujer aplastó la cabeza de la serpiente, destruyendo toda sugerencia maligna, tanto de la lujuria de la carne como del orgullo de la mente; y Cristo, que se dice descendencia de esta mujer y hijo de la sierva del Señor, ya que nació de una virgen, no de semilla viril, sino concebido por la virtud del Espíritu Santo y formado a partir de su purísima sangre virginal, aplastó la cabeza de esta serpiente tortuosa; quien le arrebató su principado y dominio sobre los hombres en el mundo y lo expulsó del mundo, sometiéndolo al poder de los hombres, a quienes les dio poder sobre los demonios, para que pisaran

serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo. ¿Qué es, entonces, pisar sobre la serpiente, sino aplastar su cabeza?

Sin embargo, la serpiente no puede erigirse hacia la cabeza, sino que acecha el talón: Y tú, dice, acecharás su talón, o, según el hebreo: Aplastarás su talón, o lo morderás en el talón. Esta serpiente no pudo aplastar la cabeza de la descendencia de esta mujer, sino el talón. Porque esta descendencia es Cristo, y la cabeza de Cristo es Dios: contra Dios no hay poder, no hay consejo, no hay sabiduría. Sin embargo, pudo aplastar su talón, es decir, su carne, en su pasión, con la cruz y los azotes, o más bien morderlo, que aplastarlo; pues está escrito: No quebrantaréis hueso suyo; sino que lo mordió cuando, azotado, lo entregó a los judíos a través de su miembro Pilato para ser crucificado.

El Hijo de esta mujer en la cruz recordó a Satanás lo que le hizo desde el principio, porque lo venció en la cruz, y le quitó todas sus armas con las que antes venció, y le arrebató la presa que él primero obtuvo fraudulentamente, y el que venció en un madero, también fue vencido en un madero. Por lo tanto, parece muy acertado que el Parafrasista Caldeo haya traducido este pasaje: Él, dice, es decir, el hijo de la mujer, recordará, o te recordará lo que le hiciste desde el principio, y tú le acecharás hasta el final. Ya que el diablo observó a Cristo en el fin de sus días, como dice el Targum Jerusalén, cuando lo condenó a una muerte ignominiosa a través de sus ministros; Cristo, por su parte, le recordó lo que le hizo desde el principio, quitando el pecado cometido por los primeros padres engañados por el fraude del diablo, y quien primero en el madero venció al hombre y sometió a toda la raza humana a su poder, fue vencido en el madero de la cruz por el hombre y sometido al poder de los hombres; porque Dios vino al campamento por el hombre, revestido de despojos humanos; por lo cual todos los demonios, aterrorizados y temblando, gemían diciendo: ¡Ay de nosotros! No hubo tal exultación ayer y anteayer: ¡ay de nosotros! ¿Quién nos librará de la

mano de estos dioses supremos? Estos son los que hirieron a Egipto con toda plaga. Por lo tanto, en la cruz se hizo el juicio del mundo y el príncipe de este mundo fue expulsado afuera; y el fuerte armado que guardaba su atrio y en paz estaban todas las cosas que poseía, Cristo, el hijo de la mujer, más fuerte que él, lo venció y le arrebató todas sus armas en las que confiaba, y le quitó y distribuyó los despojos que había adquirido en su primera victoria con fraude y engaño.

Versículo 16: También dijo a la mujer: Multiplicaré tus sufrimientos y tus embarazos; con dolor parirás hijos, y estarás bajo el poder de tu marido, y él te dominará.

La verdad hebrea dice: A la mujer dijo: Multiplicando multiplicaré tu dolor y tu embarazo; con dolor parirás hijos y tu deseo será hacia tu marido, y él te dominará, o sobre ti.

Los doctores hebreos, como refiere el Rabino Abravanel, entienden por sufrimientos la ansiedad en el embarazo; y por embarazo, la ansiedad del parto. Él mismo explica esta multiplicación de esta manera: que antes del pecado, es decir, si no hubiera pecado, habría tenido solo un embarazo, es decir, habría concebido una sola vez. Y da razón de esto, porque los hombres siempre habrían vivido; y si todos los días hubieran engendrado hijos e hijas, la tierra no podría haberlos sostenido. Pero después del pecado, como el hombre se hizo corruptible y mortal, la sabiduría divina determinó que engendraran en varias ocasiones, para que, si murieran, no se extinguieran por completo.

El Intérprete Caldeo lo traduce así: Y hacia tu marido será tu apetito y él te dominará.

Algunos códices tienen: Hacia tu marido será tu conversión.

Los Setenta tradujeron: Multiplicaré tus dolores y tus gemidos, y hacia tu marido será tu conversión.

En hebreo, תְּשׁוּקָתֵךְ (teshuqatêk) significa tu apetito o deseo. Así lo interpretan el Rabino Salomón y David Kimchi. El Rabino Abraham Aben Ezra interpreta משמעתך (mishma`atêk) como “obediencia”, para que el sentido sea: y hacia tu marido será tu obediencia, y tú obedecerás todo lo que te ordene, porque estás bajo su poder para hacer su voluntad.

Nosotros exponemos este pasaje de la siguiente manera. Multiplicaré tus sufrimientos. Nuestros primeros padres llevaban una vida feliz y casi bienaventurada en aquel muy agradable paraíso de la delicia: no sentían nada molesto, ningún inconveniente, ningún castigo o dolor o carga. Pero debido al pecado fueron privados de esa felicidad, de manera que no, como antes, eran felices en todos los aspectos, sino que eran miserables y dignos de lástima por los castigos que Dios les infligió debido al crimen cometido. Y como la mujer pecó primero, a ella se le infligen primero los castigos por parte de Dios, quien dice: Multiplicando multiplicaré, es decir, ciertamente e infaliblemente multiplicaré, y nunca me arrepentiré de ello, tus sufrimientos. En hebreo es: עצבון ('itstsavon), una palabra que significa dolor, tristeza, aflicción y esfuerzo; de donde nuestro traductor ha expresado correctamente el significado de esa palabra por sufrimientos, diciendo: Multiplicaré tus sufrimientos; porque sufrimiento significa miseria y calamidad, debilidad y dolorosa enfermedad, así como trabajo oneroso e ineludible.

Y tus embarazos. En hebreo es: הרון (herayon), una palabra que significa concepción y el doloroso embarazo y el gemido y angustia que la mujer soporta desde la concepción hasta el parto; por lo cual los Setenta tradujeron gemido.

Con dolor darás a luz hijos. Claramente, todas estas cosas las experimentan las mujeres como castigo por ese pecado; porque si no hubiera mediado ese pecado, habrían concebido hijos sin ninguna torpeza y fealdad y sin ninguna deleite obsceno y habrían llevado y

dado a luz a los fetos sin ninguna pesadez, esfuerzo y sufrimiento. Pues así como para concebir no habría sido necesario el apetito de la lujuria, sino que el uso voluntario de la naturaleza uniría a ambos, así como el placer no corrompería la carne, sino que la voluntad la relajaría: de la misma manera, para dar a luz no habría sido necesario el gemido del dolor, sino que el impulso de tal naturaleza relajaría los órganos femeninos de manera placentera, y esa alegría que en este estado las mujeres sienten cuando han dado a luz a sus hijos, por lo cual ya no recuerdan la presión y los sufrimientos que han pasado en el peligro, porque les ha nacido un hombre en el mundo, esa misma alegría la habrían sentido al dar a luz, incluso sin el pecado intermedio, cuando ya estuvieran emitiendo al feto.

Y estarás bajo el poder del hombre, o tu deseo será hacia tu marido: y él te dominará. Primero, la mujer fue dada al hombre como consuelo y delicia, como compañera y ayuda semejante a él, libre de servidumbre: pero ahora se establece bajo el poder del hombre, para que él la domine y la someta a su poder. Y dado que quien está bajo el dominio de otro, debe ejecutar sus órdenes, guardar sus mandamientos y adaptarse a su voluntad, de modo que no haga lo que quiera, sino lo que aquel desee, explore su voluntad, le obedezca y conforme su voluntad a la de él; por eso se dice: Y hacia tu marido será tu deseo, para que no hagas lo que quieras o desees, sino que refieras tus votos y deseos a tu marido y hagas lo que él quiera, le obedezcas; porque él te dominará, es decir, yo lo constituyo como señor sobre ti y quiero que reconozcas siempre el dominio de él sobre ti, y consideres siempre que el hombre te ha sido dado como señor; él te regirá, te gobernará, te reprenderá, te corregirá y te amonestará cuando sea necesario, para que no viviendo sin su dominio, te precipites imprudentemente.

Ese pasaje también podría entenderse de manera natural, que la mujer desea al hombre para sustento, defensa, protección, compañía, seguridad y delicias, de las cuales carece y necesita, como lo

imperfecto siempre tiende a desear lo perfecto, de quien puede obtener su perfección y satisfacer sus defectos. No obstante, la primera interpretación es más acorde con la letra; aunque esta también es muy verdadera.

Sin embargo, es de notar lo que se dice: hacia tu marido, no hacia los maridos; porque siempre ha sido muy deshonroso y nunca ha sido permitido que una mujer esté casada con varios hombres a la vez: sino que debe tener un solo y propio marido, no varios, en contra de esos obscenos y estúpidos herejes, que quisieron que las mujeres fueran comunes, lo cual es propio de las bestias, no de los hombres.

No obstante, es necesario entender cómo esta sentencia es general, abarcando a todo el sexo femenino. Pues muchas mujeres parecen estar exentas de estos sufrimientos, tales como las solteras, las vírgenes y las estériles, que de ninguna manera pueden concebir. Pues muchas se encuentran estériles: algunas por naturaleza, otras por obra de Dios; y de estas, algunas para la gloria de Dios, y otras como castigo por algún pecado; y algunas son estériles para siempre, y otras solo por un tiempo. También muchas son estériles no por naturaleza, sino por gracia, que no conocen a los hombres en ningún sentido, ni quieren conocerlos nunca: sino que dedican su virginidad al Señor y la conservan intacta; por lo cual no están sujetas a los sufrimientos expresados en esta sentencia del Señor. Pero se debe entender que siempre que Dios decreta o decide algo de manera general, se debe entender que el decreto o estatuto se aplica a aquellos que son capaces de lo que se decreta.

Por tanto, cuando el Señor dice a la mujer: Multiplicaré tus sufrimientos y tus embarazos; con dolor parirás hijos: esto no puede aplicarse a aquellas a quienes la naturaleza les ha negado la capacidad de concebir; ni a las jóvenes que aún son solteras; ni a aquellas que no conocen varón, ni se han hecho una sola carne con

ningún hombre: sino que se han adherido a Jesucristo y se han hecho un solo espíritu con Él; y no se preocupan por lo que es del hombre, cómo agradar al hombre: sino que están solícitas por lo que es del Señor, cómo agradar a Dios y al verdadero y eterno esposo Jesucristo.

No obstante, todas las mencionadas no están completamente exentas de los sufrimientos femeninos; porque las estériles por naturaleza sufren grandemente precisamente por ser estériles. Pues la esterilidad es un mal mayor en la naturaleza que ser fecunda con todos esos sufrimientos; por lo cual en la ley, que seguía la naturaleza de las cosas, la esterilidad era abominable y bajo maldición: como si la mujer estéril estuviera señalada y maldita por Dios. De ahí que entre las bendiciones del pueblo, también se incluía esto: No habrá infecunda, ni abortiva, ni estéril en tu tierra.

Por tanto, la esterilidad, siendo un gran mal, proviene del pecado en las mujeres y muchas veces también es infligida como castigo por el pecado; por lo cual en el estado primigenio no habría habido esterilidad en ninguna parte: sin embargo, el Señor no quiso recordar que fue infligida por el pecado, porque no es una condición universal de la naturaleza, sino particular. Así que las estériles se consideran en peor condición sin dolores de parto, que las fecundas con todos esos sufrimientos; pues la mujer, cuando da a luz, tiene tristeza..., pero cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de la angustia por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo: de esta alegría las estériles están privadas y llevan un oprobio perpetuo.

Por lo tanto, leemos en las Sagradas Escrituras que muchas mujeres naturalmente fecundas se hicieron estériles como castigo por algún pecado: como Mical, esposa de David, quien por haber despreciado a su marido mientras este danzaba delante del Arca de Dios, se hizo estéril; y el Señor también, por el pecado de Abimelec, cerró todas las matrices de su casa. Así como, por otro lado, muchas

naturalmente estériles fueron hechas fecundas por sus sobresalientes méritos de virtud: como leemos de Lía, que al ser despreciada por su marido y por su hermana, viendo el Señor su humillación, la escuchó y la consoló, y abrió su matriz, mientras su hermana permanecía estéril; por lo cual, debido al inmenso gozo y grandes consuelos que sentía al dar a luz a sus hijos, su hermana infecunda la envidió; hasta que el Señor se acordó de ella y la escuchó y abrió su matriz: lo cual, viendo ella, llena de gozo y alegría, dijo: "El Señor ha quitado mi oprobio". De manera similar, Sara, esposa de Abraham, Rebeca, esposa de Isaac, Ana, madre de Samuel, Isabel, esposa de Zacarías, merecieron por sus virtudes la gracia de concebir y dar a luz por parte del Señor, para que les quitara su oprobio. Sin embargo, todas estas, que recibieron esta gracia del Señor, no fueron exentas de este decreto del Señor, sino que ciertamente dieron a luz con dolor: como la Escritura lo declara claramente en Raquel, quien cuando estaba dando a luz a su segundo hijo, comenzó a peligrar debido a la dificultad del parto, por lo cual, ya saliendo su alma por el dolor y cercana a la muerte, llamó a su hijo Benoni, es decir, hijo de mi dolor.

Las vírgenes también, aunque no están completamente contenidas en ese decreto, ya que el Señor las ha elevado a una mejor condición, no obstante, no están completamente liberadas de todos los sufrimientos femeninos. Su espíritu ciertamente es dispuesto, pero la carne es débil y muy frágil; por lo tanto, precisamente por ser vírgenes, deben soportar muchas y graves pasiones. Pues la posesión de la virginidad es pesada, es una gran carga refrenar el cuerpo, contener la incontinencia de la carne, oponerse a los placeres, tener una guerra diaria muy difícil de apaciguar, llevar siempre consigo al enemigo, a donde quiera que vaya, listo para la batalla, quien no permite respirar ni por la tarde, ni por la noche, ni al amanecer, ni al mediodía: sino que siempre combate y suprime los placeres, trayendo a la memoria el matrimonio, para excluir la virtud e

introducir la fornicación; por lo cual cada día y cada hora se consume, como si estuviera en un horno encendido. Por lo tanto, en esto también se cumple verdaderamente esa guerra de enemistad: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; ella te aplastará la cabeza y tú le acecharás el talón"; lo cual, como hemos expuesto sobre la Virgen gloriosa, madre de las vírgenes, así también debe entenderse de aquellos que siguen sus huellas.

Realmente, la virginidad es una obra muy laboriosa y gravísima; y tal es la virginidad que ninguno de los antiguos pudo conservarla: incluso para los profetas era tremenda. Por lo tanto, si las mujeres sufren graves aflicciones, trabajos y dolores en el parto de los hijos, estas sufren mucho más graves para conservar la castidad virginal. Una sola mujer fue exenta de este decreto, la Santísima Virgen María, madre del esposo de las vírgenes, Jesucristo. Ella fue completamente inmune a todos los males de este decreto, no por naturaleza, sino por una gracia especial y singular; pues siempre fue la virgen más purísima, virgen de mente, virgen por profesión, virgen de carne, virgen santísima de mente y cuerpo. Sin embargo, no le fueron multiplicadas esas aflicciones por mantener la virginidad, que las demás vírgenes experimentan, pues nunca le sobrevino ni el más mínimo pensamiento obsceno o impuro, ni algún pensamiento que de alguna manera violara su pureza virginal, ni nunca sintió ningún movimiento, ni el más mínimo, de concupiscencia obscena. Porque su carne era purísima y santísima, formada por la mano de Dios mucho más pura y excelentemente que la primera mujer en aquel estado primigenio de nitidísima inocencia, donde no experimentaba nada de esto.

Además, no solo fue una virgen purísima, sino que con la pureza de la virginidad fue una mujer fecundísima, no en número de hijos, sino en excelencia; pues no tuvo múltiples concepciones, sino una sola, en la cual habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, en

quien todas las naciones fueron bendecidas. No concibió por lujuria: sino que, llena de la gracia del Espíritu Santo, también concibió por la virtud del Espíritu Santo, quien la santificó en mente y cuerpo y, de su purísima sangre virginal, tomó de su vientre virginal y allí, por la obra del Espíritu Santo y la virtud del Dios altísimo, la Palabra del eterno Padre se hizo carne de manera inefable.

Además, no dio a luz a su Hijo con dolor, sino con un gozo sumo e inefable, como es la fe más firme de la Iglesia universal. Pues la Palabra eterna del Dios Padre, Jesucristo, hecho carne en el vientre de la Virgen, salió de sus entrañas maternas con las puertas de la virginidad cerradas e intactas, sin dejar señal alguna de su salida; por lo cual, su salida es llamada en los Proverbios de Salomón como el camino del hombre en la virgen, ya que él mismo, debido a la profundidad del misterio, dijo que completamente ignoraba. La Virgen María, por lo tanto, dio a luz a su Hijo, sin sentir dolor, permaneciendo siempre virgen antes del parto, en el parto y después del parto.

Tampoco estuvo bajo el poder de un hombre, ni nadie la dominó; pues su santísimo esposo José, no fue dado a ella como un señor, sino como un siervo, para servir a la gloriosa Virgen como a su señora. Pues ese santísimo matrimonio no fue consagrado para que esa santísima Virgen y mujer singular estuviera sujeta a un hombre en cuerpo o mente; ni para que fuera una ayuda para él, quien no tuvo ninguna parte en la concepción: sino que, por el contrario, fue hecho esposo para ayudar a la Virgen en el parto, para que ella usara su apoyo. Es evidente, por lo tanto, que la gloriosísima Virgen no estaba de ninguna manera comprendida en esta sentencia del decreto.

Versículos 17-19: "Al hombre dijo: Porque escuchaste la voz de tu esposa y comiste del árbol del cual te ordené que no comieras, maldita será la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos

los días de tu vida. Espinas y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste tomado; porque polvo eres y al polvo volverás."

El texto hebreo difiere en pocos puntos, como donde dice: "Maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella y con el trabajo de tu rostro comerás pan; hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado."

El intérprete caldeo traduce: "Porque escuchaste la voz de tu esposa, maldita será la tierra por tu causa, con trabajo comerás de ella."

Los Setenta tradujeron: "Maldita será la tierra en tus obras"; de donde nuestro traductor, imitándolos, también tradujo así.

La causa de esta diversidad es que en hebreo hay dos palabras muy similares: עבור, con la última letra ר, y עבוד, con la última letra ד; y la primera, si tiene la letra ב prefijada, significa "por causa de"; la segunda, si tiene la misma letra prefijada, es un infinitivo, del verbo עבד, que significa "trabajar"; y así parecen haber leído los Setenta y nuestro traductor: בעבודך: "En tu obra"; pero en hebreo es בַּעֲבוּרֶךָ, es decir, "por causa de ti". Pues la letra es ר, y no ד, como también traduce el intérprete caldeo: "Maldita será la tierra por tu causa."

Ahora acerquémonos a la exposición de este pasaje. Porque escuchaste la voz de tu esposa. Después de maldecir a la serpiente, que fue el principal autor de este crimen, y a la mujer, que fue la causa intermedia, ahora Dios maldice al hombre mismo, en quien el pecado se consumó completamente, y le lanza cinco maldiciones, como ha señalado el rabino Abrabanel. La primera es: Maldita será la tierra por tu causa; la segunda: Con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; la tercera: Espinas y cardos te producirá y comerás plantas del campo; la cuarta: Con el sudor de tu rostro comerás el pan; la quinta: Hasta que vuelvas a la tierra, porque de

ella fuiste tomado, pues polvo eres y al polvo volverás. Estas maldiciones deben ser explicadas una por una.

Pero antes de infligirle estas maldiciones, propone la causa por la cual las inflige: Porque, dice, escuchaste la voz de tu esposa, o, según el hebreo, porque obedeciste a la voz de tu esposa. Formé a la mujer, dice, como una ayuda semejante a ti y te la di como compañera y esposa, y te constituí su marido y cabeza, para que no tú a ella, sino ella a ti, te obedeciera siempre, y no te mandara nunca: sino que tú debías mandarle a ella; pues no la puse por encima de ti ni la hice tu señora, sino que te puse a ti por encima de ella. Pero ahora has pervertido todo este orden, porque obedeciste a la voz de tu esposa. ¿En qué obedeciste? Comiste, dice, del árbol del cual te ordené que no comieras. Yo, dice, soy tu Dios y Señor: debías obedecerme a mí y observar mi mandamiento. Pero ahora, desatendiéndome y despreciando mi mandamiento, obedeciste a la voz de tu esposa, a quien de ninguna manera debías obedecer, sino que debías más bien contenerla de lo que te persuadía y reprenderla y corregirla. Yo te ordené que no comieras de este árbol: ella te lo sugirió; y tú obedeciste a su sugerencia y despreciaste mi mandamiento, que soy tu Dios y Señor; por eso sufrirás los merecidos castigos y penas por tan gran crimen.

Maldita será la tierra por tu causa, o en tu obra. Después de formar a Dios al hombre adornado con el decoro de la justicia original y la blancura de la inocencia, lo colocó en el paraíso de la delicia, para que allí se deleitara. Pero ahora, debido al pecado, lo condenó a ser expulsado de allí, como de hecho fue, y la tierra sobre la que habitaría fue maldecida: Maldita será la tierra por tu causa: no por la labor del campo, sino en la obra del pecado, la tierra es maldecida, como correctamente se dice en hebreo: Maldita será la tierra por tu causa, es decir, por tu pecado.

Dios había dado al principio a la tierra una virtud fecundísima, para que fuera fertilísima y uberrima, como se dice en el primer capítulo: Produzca la tierra hierba verde que dé semilla, árbol frutal...; y así fue; y la tierra produjo hierba verde... y árbol que da fruto; lo cual se hizo sin el trabajo y cultivo del hombre, pues el hombre aún no existía. De modo que lo que recibió al principio lo habría mantenido siempre y habría producido frutos uberrimos, suavísimos y hermosísimos, sin el peso oneroso y el mínimo trabajo del hombre, salvo para su deleite y delicias, como se dice: Dios puso al hombre en el paraíso de la delicia, para que lo trabajara y lo guardara: lo cual se hizo para la recreación del alma. Pero ahora, como castigo del pecado, la tierra es maldecida, para que no produzca esas hierbas óptimas y frutos suaves sin la máxima industria de los hombres, un pesado gravamen, un laborioso cultivo y también un doloroso trabajo; sino que inculta y no trabajada por los hombres, no producirá de sí misma frutos suaves y buenos, ni hierbas agradables y adecuadas para el alimento del hombre; sino que en lugar de ellas, producirá espinas y cardos, zarzas y abrojos.

La primera pena infligida al hombre es esta: que por su pecado la tierra es maldecida, es decir, se le quita esa primera virtud fecundísima y fertilidad y se vuelve estéril, desierta e infecunda, y todos sus frutos, los cuales produce por sí misma, son maldecidos, es decir, execrables y detestables para el hombre, no como ayuda o sustento, sino como pena y castigo.

En trabajos comerás de ella todos los días de tu vida. Esta es la segunda pena infligida, por la cual el hombre es sometido y condenado a trabajos para obtener de la tierra el sustento necesario; mientras que, en el paraíso, hubiera llevado siempre una vida feliz y casi bienaventurada, completamente exenta de todo trabajo, tristeza y dolor, pero llena de todas las delicias y placeres. Dios había puesto al hombre en el paraíso de la delicia, para que lo trabajara y lo guardara; pero esto fue dado para su deleite y placer, no para trabajo

y aflicción; por lo tanto, no se menciona allí el dolor o el trabajo, sino las delicias y los placeres. Aquí, sin embargo: En trabajos comerás de ella. La palabra hebrea עצבון ('itsavon) significa trabajo, fatiga, tristeza y dolor, porque este trabajo que el hombre debe soportar para obtener el sustento necesario, no es ligero, ni deleitable y agradable, sino oneroso, pesado y molesto, con fatiga, tristeza y dolor; ni es breve o muy pequeño, sino duradero y perpetuo: Todos los días de tu vida, dice, mientras vivas, hasta la muerte, nunca escaparás de estos trabajos.

Espinas y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Esta es la tercera pena de la maldición infligida, que la tierra, no solo por el pecado, ha sido despojada de esa primera virtud fecundísima y fertilísima de frutos uberrimos, para que solo produzca por sí misma frutos detestables y execrables para castigo más que para sustento del hombre, y solo los frutos necesarios para la vida humana se obtendrán con grandes trabajos de los hombres; sino que, con todos estos trabajos y cargas, todavía producirá espinas y cardos, zarzas y abrojos para la aflicción del hombre: Espinas y cardos te producirá, es decir, para tu aflicción, molestia, trabajo y fatiga, para tu inconveniencia y detrimento. Pues aunque en el estado de los primeros padres la tierra produjera espinas y cardos, zarzas y abrojos, bardanas y cardos, frutos rugosos y todo lo que trae consigo aspereza y que es sólido y pica mucho, no lo haría en perjuicio y ofensa del hombre. Pero el pecado que intercedió fue la causa de que la tierra germinara de esta manera para el inconveniente y detrimento del hombre. Por eso se dice: Espinas y cardos te producirá, y comerás plantas del campo; porque, como dice el Profeta, el hombre, cuando estaba en honor, no entendió: fue comparado con los animales insensatos y se hizo semejante a ellos. Al hombre, asimilado a los animales por el pecado, como castigo de su pecado, se le da ahora como alimento las hierbas del campo, que primero fueron creadas como pasto para los animales, para indicar lo

que era digno del hombre pecador, que se hizo semejante a los animales insensatos: Y comerás plantas del campo.

Sin embargo, alguien podría preguntar: ¿qué es lo que aquí se inflige como castigo por el pecado? ¿Acaso no se dijo antes, cuando el hombre estaba en su estado primigenio, que las hierbas le fueron dadas como alimento? Porque así se dice: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla sobre la tierra y todo árbol que tiene fruto y da semilla; esto os servirá de alimento, y a todos los animales de la tierra." Es verdad que las hierbas fueron dadas al hombre como alimento desde el principio; pero no cualquiera, sino las mejores: y no las que fueron dadas como alimento a los animales, como hemos señalado antes según la verdad hebrea, en la cual se distingue claramente entre el alimento de los animales y el de los hombres. Así se dice, como ya anotamos antes: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla sobre la superficie de toda la tierra y todo árbol frutal que da semilla; esto os servirá de alimento; pero a toda bestia de la tierra y a toda ave del cielo y a todo reptil de la tierra, en el cual hay vida, toda planta verde les servirá de alimento." He aquí cuán claramente se distinguen los géneros de alimentos para hombres y bestias. Ahora, sin embargo, el castigo infligido al hombre es tal que la tierra, aunque trabajada y cultivada, no producirá aquellas hierbas agradables y frutos suaves que antes produciría incluso sin trabajo y cultivo: sino hierbas casi agrestes, desagradables e insípidas, tales como aquellas que antes germinaban para el pasto de los animales; y por eso se dice: "Comerás las hierbas del campo," es decir, las que fueron creadas como pasto para los animales insensatos.

No obstante, no creo que deba entenderse con tanto rigor que se prohíba a la raza humana las hierbas y frutos de los árboles que le fueron dados desde el principio, sino, como ya hemos dicho, para indicar lo que era digno del hombre pecador, y también porque esas hierbas y frutos que ahora consumen los hombres no tienen la

misma perfección, placer y deleite que los que fueron dados originalmente: sino que son mucho inferiores, de modo que aquellos eran tan superiores y excelentes comparados con estos, como lo son las hierbas dadas como pasto a los animales en comparación con aquellas. Porque aquellas hierbas eran deliciosas al gusto y muy agradables: y los frutos eran hermosísimos y suavísimos; pero ahora las hierbas que consumimos son insípidas y desagradables, tanto que necesitan muchos condimentos para no provocarnos náuseas y, con su insipidez, hacer que el gusto sea completamente insípido y molesto.

Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, o en el trabajo de tu rostro comerás pan. En aquel ameno y deliciosísimo paraíso, el hombre habría comido de todo árbol, excepto de uno, sin ningún trabajo ni aflicción, sino con todo deleite en una tranquila y agradable quietud, disfrutando de todos esos bienes. Pero después del pecado, tan merecidamente se le impone el trabajo, que si no trabaja, no come: "Con el sudor," dice, "de tu rostro comerás tu pan." Bajo el término "pan" no debemos entender solo ese alimento al que primero se refiere la palabra, sino todo alimento y toda comida; pues así es la palabra hebrea en este pasaje: לֶחֶם (lejem), que no solo significa pan, aunque lo signifique primero como el principal y más importante alimento del hombre, sino también todo alimento y cualquier cosa que pueda comerse; de modo que, como sin la intervención del pecado, habría disfrutado y participado de todo alimento y comida sin ningún trabajo en absoluto, sino con el mayor deleite y placer; así, después de cometido el pecado, nada se le daría para su sustento sin dolor y tristeza, trabajo y sudor.

Sin embargo, esta ley no ha sido impuesta al hombre de tal manera que cada individuo sea obligado por su precepto, sino que ha sido dada al hombre, es decir, al género humano y a la totalidad de los hombres, no a los individuos. Pues muchos entre los hombres son débiles, ya sea por edad o por enfermedad, y no pueden soportar las

cargas del ejercicio corporal ni trabajar con las manos; a estos de ningún modo se les debe decir que están sujetos a este precepto, ya que no hay obligación de hacer lo imposible. Por lo tanto, debemos considerar que este precepto ha sido dado no a los individuos, sino a la colectividad; y lo que se ordena a la comunidad, no necesariamente recae en cada individuo, sino que es suficiente si muchos lo cumplen como corresponde. Por eso, este precepto dado al género humano es suficiente si lo cumplen aquellos que pueden hacerlo y a quienes ninguna razón justa excusa del trabajo manual, siempre y cuando no se dediquen a estudios mejores. Así, entre los diferentes estados y condiciones de los hombres debe mantenerse una distinción. No es conveniente que los príncipes, las autoridades del siglo y los gobernantes trabajen con las manos, sino que son dignos de ser sostenidos por los súbditos, en cuya gracia asumen su cuidado; por eso el Apóstol ordenó que se les diera honor, tributos y tasas, como si sirvieran a Dios en ese ministerio; y si ejercen dignamente su oficio y ministerio y lo cumplen como es justo, son dignos también de la recompensa eterna.

Los que también se dedican a estudios mejores, como los que se ocupan en ejercicios espirituales día y noche, en la lectura, la meditación, la oración, la contemplación, los salmos, los himnos y los cánticos espirituales, que meditan en la ley del Señor día y noche y en su ley está su voluntad, si no trabajan con las manos, no podrían ser justamente reprendidos por ello, porque hacen lo que es mejor y, como María, han elegido la mejor parte. Por eso deben ser más bien reprendidos como Marta los que los critican y murmuran contra ellos y los desacreditan con ladridos caninos.

Pues entre los gentiles y entre los hebreos fue costumbre que los que meditaban en la ley de Dios día y noche y no tenían parte en la tierra, excepto solo Dios, fueran sostenidos por los ministerios de otros hombres. Entre los sacerdotes de Egipto la ley había sido establecida por el rey para que se les proporcionaran alimentos,

como leemos en el Génesis; y a los levitas el Señor les proveyó de los diezmos, porque servían al Señor en el ministerio del Arca y del Tabernáculo. Y el Apóstol siempre tuvo un cuidado muy diligente de que se enviaran bendiciones a Jerusalén, es decir, limosnas para el uso y ayuda de los santos; porque los fieles que habitaban allí, habiendo vendido todo, ponían el precio a los pies de los Apóstoles para que se dividiera a cada uno según su necesidad: y ellos guardaban una altísima pobreza, que abundaba en las riquezas de su simplicidad, siempre dedicados a ejercicios espirituales, ocupándose en la oración y sirviendo al Señor en himnos y salmos y cánticos espirituales. Por eso el Apóstol exhortaba y rogaba a todas las demás iglesias de los fieles que asistieran a su pobreza en las cosas temporales, y que ellos fueran ayudados en las cosas espirituales. Así escribe a los Corintios: "Vuestra abundancia supla su necesidad, y su abundancia, en las cosas espirituales, supla vuestra necesidad, para que haya igualdad, como está escrito: El que mucho no tuvo más, y el que poco no tuvo menos."

Por lo tanto, los que se dedican a ejercicios mejores, es decir, espirituales y divinos, no están obligados a ejercicios corporales y trabajos humanos: tales son los monjes y todos los que en el lenguaje común llamamos religiosos, porque en el ministerio eclesiástico y en ejercicios espirituales sirven a Dios en la santa lectura, la contemplación, los himnos y los salmos. Y si a esto se añade la exhortación y la predicación, el cuidado y la supervisión en el gobierno, es mucho más justo que se les provea de sustento, para que no estén obligados a trabajar con las manos, como dijo el Apóstol: "Los presbíteros que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en la palabra y en la doctrina; porque la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla; y: El Señor ordenó que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio, y los que sirven al altar participen del altar."

Por lo tanto, en vano charlan los herejes, que con virulento odio atacan a los Regulares, acusándolos de ociosos y vituperando a todos los que no trabajan con sus propias manos para ganarse el sustento, sacando a colación este pasaje y citando al apóstol Pablo, quien elogió mucho el trabajo manual y lo mostró con su propio ejemplo, diciendo de sí mismo: "Trabajamos, obrando con nuestras propias manos"; y en los Hechos de los Apóstoles: "A lo que necesitaba... sirvieron estas manos"; y en esto se presentó como ejemplo, como él mismo dijo: "No comimos de balde el pan de nadie, sino con trabajo... y fatiga, noche y día trabajando... para daros un modelo a imitar." Por eso instruyó a los Tesalonicenses con este tipo de trabajo, diciendo: "Os rogamos... que trabajéis con vuestras manos, como os hemos mandado"; y en otra epístola: "Si alguno no quiere trabajar, que no coma."

Pero ellos confunden todo y abusan de lo que citan de San Pablo, más de lo que entienden. Pues, aunque San Pablo no quiso hacer uso de ese poder de comer y beber y no trabajar, para no poner obstáculo al Evangelio de Cristo, no por eso censuró a los que lo usaban; sino que podría haberlo usado, sin perjuicio de la gracia de Cristo. En la primera epístola a los Corintios lo declara claramente, siendo apóstol y doctor de los gentiles, y en casi todas sus epístolas, como San Jerónimo lo declara contra Vigilancio, manda que todos deben contribuir el primer día de la semana para el alivio de los santos.

Ni en todos esos lugares, que ellos citan, el apóstol manda el trabajo manual a todos, sino a aquellos a quienes no se les ha impuesto el cuidado y el oficio de ocuparse en estudios mejores; sin embargo, aconseja a todos que no se embotan en la ociosidad. No podemos negar que hay muchos que, aunque abundan y no padecen ninguna necesidad, llevan una vida curiosa, sin ningún trabajo, siendo curiosos, voluptuosos, sin hacer absolutamente nada ni espiritual, ni liberal, ni mecánico: sino que se dedican a juegos, a músicas, o a cualquier otra vanidad y emplean todo su esfuerzo en estudios que

más bien se refieren al placer y a las delicias. Pero volvamos al Profeta.

Hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste tomado; porque polvo eres y al polvo volverás. El Señor muestra que el hombre está sujeto a trabajos perpetuos hasta la muerte: Hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste tomado, o, según el hebreo, porque de la tierra fuiste tomado.

El rabino Abrabanel refiere este pasaje a la maldición de la tierra según la opinión de otros, es decir, que la tierra fue maldecida mientras Adán vivió; pero después de su muerte, ya no fue maldita, como lo fue en su vida; como se dice de Noé: "Este nos consolará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos en la tierra que el Señor maldijo." Y después del diluvio dijo: "No volveré a maldecir más la tierra por causa del hombre." Y Aben Ezra dice sobre la maldición, que "la tierra fue maldita por el primer hombre - y así fue que después de su muerte los hombres comieron de los frutos de los árboles y se prosperaron y fortalecieron en virtud, - debido al agotamiento de las maldiciones, que él recibió más que los que vinieron después de él, porque él mismo pecó y transgredió el precepto de Dios y por eso fue conveniente que él fuera castigado más que sus hijos y su descendencia". Pero él sostiene que estas palabras declaran el término del tiempo de dolor y trabajo del hombre, y que es la quinta maldición, es decir, la muerte.

El hombre, por naturaleza, es deudor de la disolución de la muerte y de la pesada carne corporal. Pues aunque, sin la intervención de ese pecado, nunca habría muerto, ello hubiera sido por un don de la gracia, no por una condición de la naturaleza; ya que estaba compuesto de elementos contrarios, que actúan y padecen entre sí: por lo tanto, por sí mismos pueden corromperse. De ahí que, por la condición de la naturaleza, nada de estos componentes puede ser perpetuo e inmortal; por eso se dice: Porque eres polvo y al polvo

volverás, es decir, has sido formado del polvo limoso y según la carne consistes en él, y no según el alma, cuya origen celestial es de Dios, y por tanto, siendo según la carne compuesta de polvo, necesariamente debes volver al polvo. Así pues, la muerte es natural para el hombre según la carne, y aunque no pecando no habría muerto, por el beneficio gratuito de Dios, esta estructura terrenal nuestra habría sido preservada de toda corrupción por la parte superior del hombre, que viene del cielo, y habría vivido perpetuamente. Pero después del pecado se estableció que todo hombre debe morir una vez: pues por el pecado entró la muerte en el mundo y en todos los hombres, de manera que ni uno solo puede evitar este castigo de la muerte impuesto por el pecado.

Sin embargo, es muy importante considerar que en todos estos males infligidos al hombre por el pecado, que parecen ser privaciones y pérdidas de bienes temporales y corporales que habría poseído en el paraíso terrenal, debemos entender principalmente la pérdida de bienes espirituales y celestiales; así como en los bienes temporales, que Dios prometía en el Antiguo Testamento como recompensa por las virtudes y buenas obras a los justos, entendemos los bienes espirituales de la gracia y la gloria; y en los males, que amenazaba a los impíos y pecadores como venganza por los vicios y malas obras, las penas eternas: ya que las buenas obras hechas por caridad no pueden ser debidamente recompensadas con bienes temporales, que son mucho inferiores: ni los pecados pueden ser castigados debidamente con males temporales, ya que merecen penas eternas. Así pues, en la pérdida de esos bienes debemos entender primero la pérdida de los bienes espirituales de la gracia y la gloria: y en la imposición de estos males, el ataque e imposición de males espirituales, es decir, del pecado y la culpa de la pena eterna, de la cual todos somos culpables, mientras no seamos limpiados de la suciedad de ese pecado, que traemos con nuestra naturaleza desde el vientre materno desde la concepción, por la gracia de Cristo.

Por lo tanto, me parece muy probable y razonable decir que tal culpa fue impuesta primero, principalmente y propiamente como pena de aquel pecado original, que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, vendría a borrar junto con el mismo pecado; todos esos males que ahora leemos y experimentamos no son propiamente penas de aquel pecado, sino condiciones de un nuevo pacto, que Dios estableció con el hombre después de aquel pecado, que provienen del pecado y fueron engendrados por él, y de ahí tomaron su origen; de tal manera que si aquel pecado no hubiera intervenido, estos males nunca habrían existido de ningún modo, y el Señor no nos habría colocado en este nuevo estado de miseria y exilio: sino que habríamos permanecido completamente felices en el estado anterior.

Y esto me lo confirma aún más, que cuando nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero Dios de Dios verdadero, vino a borrar la pena de aquel primer pecado junto con el mismo pecado, por su gracia recibida en el sacramento del Bautismo se elimina toda la culpa del pecado original de aquel primer pecado. Pero aunque por la gracia de Cristo hemos sido liberados tanto del pecado como de su culpa, todavía somos afligidos por estas penas, a saber, trabajo, sudor, fatiga, hambre, sed y otros innumerables inconvenientes y finalmente la muerte. Por lo tanto, todos estos males no son penas propias del pecado original, sino condiciones del nuevo pacto, que Dios estableció con el hombre después del pecado. Pues así como en el estado original había establecido un pacto con él para que, si no gustaba del fruto de aquel árbol, poseería la inmortalidad perpetuamente y todos los demás bienes de ese paradisíaco jardín, de manera que, por más que pecara, nunca perdería esos bienes mientras no comiera del fruto de ese árbol; así de igual manera, después de pecar y comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, este pacto se estableció con él para que, no queriendo estar contento con su suerte anterior, perpetuamente estaría sujeto a las leyes del segundo pacto, es decir, que llevaría una vida con dolor y trabajo y

estaría sujeto a la muerte y finalmente moriría: y por más que en este estado Dios le otorgara gracia haciéndolo agradable a Él, nunca estaría exento de las leyes y condiciones de este segundo pacto ni las evitaría; sino que permanecería perpetuamente sujeto y sometido a ellas.

Vr. 20: Y Adán llamó el nombre de su esposa Eva, porque ella era la madre de todos los vivientes.

Texto hebreo: Y Adán llamó el nombre de su esposa Chava, porque ella fue la madre de todo lo viviente.

Paráfrasis caldea: Porque fue la madre de todos los hijos de los hombres.

Septuaginta: Y Adán llamó el nombre de su esposa Vida.

Cuando en el estado primigenio el primer hombre estaba sin ayuda semejante a él, el Señor Dios formó y construyó a la mujer de la costilla tomada del costado del hombre dormido y la llevó a Adán, para que viera cómo la llamaría. Cuando la vio y reconoció que había sido tomada de él, la amó muchísimo y le dio un nombre propio, diciendo: Esta será llamada varona, o vira, porque fue tomada del varón. Pero después del pecado le dio otro nombre y, habiendo recibido ya la sentencia de muerte, la llamó Eva, o Chava, es decir, vida, porque ella sería la madre de todos los vivientes. Ciertamente, este lugar no parece del todo claro y consistente: más bien debería haberse dicho madre de los muertos y de los moribundos, que de los vivientes, ya que la sentencia de muerte había sido pronunciada sobre todo el género humano y ella, de algún modo, fue la principal causa de esta culpa mortal. Luego, ¿por qué se le da este nombre nuevo cuando el primero era el más adecuado?

Muchos sabios hebreos, como el rabino Abrabanel refiere aquí, ofrecen esta explicación: "Dijeron que, cuando la mujer fue llevada por primera vez al hombre y dada a él, Adán pensó que era para su

compañía y ayuda, no para el matrimonio y la procreación de hijos. Sin embargo, cuando se le dijo a la mujer en su maldición: Multiplicaré en gran manera tu dolor y tu concepción: entonces Adán comprendió que ella le había sido dada para el matrimonio y la generación de hijos, y por eso después de la maldición la llamó Chava, para que fuera la madre de todos los vivientes, como si se declarara que este era su propósito, es decir, que engendraría y sería madre de todos los vivientes, es decir, de todos los hijos del mundo, y sería la madre de todo lo viviente según el camino que sigue toda carne viviente. Y la carne en estos versículos se refiere a la especie humana, no a las especies de los demás animales: y por eso al principio la llamó varona, o vira, como para expresar su composición y formación; pero ahora, después del pecado, la llama por su generación.

Pero esto no agrada. Pues Adán fue un gran sabio y conocedor, y nada de lo natural le era desconocido, ni le era oculto que la virtud y naturaleza de la mujer era engendrar hijos y que su mujer era para la generación, así como las hembras de los otros animales; ya que él impuso nombres a todos los seres vivientes según las verdades de sus naturalezas."

No satisface por tanto esta explicación, ofrezcamos otra: Y Adán llamó el nombre de su esposa Eva, es decir, vida, o viviente, con esta vida miserable y mortal, porque ella sería la madre de todos los vivientes, ya que nadie después de ella ha nacido o ha sido creado sin mujer. Pues antes de ella Adán fue formado por Dios sin mujer; y ella misma fue edificada por Dios de la costilla del hombre igualmente sin mujer; pero después de ella no ha habido ni habrá hombre alguno sin mujer. Porque todos los hombres que nacen en este mundo según el curso habitual de la naturaleza, son de hombre y mujer, excepto nuestro Señor Jesucristo, quien sin hombre fue hecho solo de mujer por la virtud divina y la operación del Espíritu Santo. Por eso se dice muy convenientemente que Eva es la madre

de todos los vivientes, más que si Adán fuera llamado el padre de todos los vivientes. Pues aunque todos los hombres nacen de padre y madre, según los términos definidos de la ley natural y las leyes establecidas, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero y perfecto hombre, nació solo de mujer y no de hombre; por lo que en la tierra tuvo madre, pero no tuvo padre terrenal, sino celestial según la naturaleza divina, no según la humana. Por lo tanto, como la mujer no solo fue madre de todos los demás hombres, de los cuales el primer hombre fue padre, sino también madre de aquel único y singularísimo hombre, quien dio a luz y parió, se la llama con todo mérito madre de todos los vivientes.

Sin embargo, no se debe pensar que el nombre secundario dado a la mujer destruya el primero: ambos le convienen. El primero, por la construcción de su condición; así se dijo: Esta será llamada varona, o vira, porque fue tomada del varón; y el segundo, en cuanto todos los hijos de los hombres, es decir, todos los hombres, descenderían de ella. Por lo tanto, al imponerle este nombre, se da inmediatamente la razón; pues dice: Y llamó el nombre de su esposa Eva, es decir, vida, porque ella era la madre de todos los vivientes, es decir, de todos los hijos de los hombres.

Según el Tárgum, esta es la exposición más verdadera y muy acorde a la letra, que también el Parafrasista caldeo aprueba y todos los Doctores Santos abrazan.

No obstante, no omitiré una cierta exposición de este pasaje, que leí en el rabino Abrabanel. Pues así interpreta este pasaje: Y llamó Adán el nombre de su esposa חוה, porque ella era la madre de כל־חי. Pero antes de presentar su exposición, consideré valioso explicar estas dos palabras. Primero, el nombre de la mujer. Este nombre, según la opinión común, se deriva de la raíz חיה, que significa vida; sin embargo, la raíz propia de la palabra es חוה, y significa anunciar, manifestar, indicar. La otra palabra, es decir, חי, significa un ser

viviente, pero vida sensitiva, no racional; por lo cual frecuentemente en la Sagrada Escritura esa palabra se refiere a animales y bestias. Así, este doctor, tomando estas palabras en su segundo significado, expone este pasaje de la siguiente manera: "Adán vio todo el mal que lo acosaba por las palabras de la mujer y por su persuasión, y se arrepintió de haberla llamado אשה, es decir, varona, o vira, porque vio que era semejante a él, que era varón, y él como ella; y por eso, después de ser maldecido por ella, la llamó חוה, es decir, hablante, de la lengua de quien indica o manifiesta, o anuncia el conocimiento. Espera un poco y te lo mostraré. Y dijo: dado que en su naturaleza existe la voluntad de asemejarse a los animales, como hizo en la impostura de la serpiente, que quiso comer del árbol, como ella misma comió, y fue la madre de todos los animales que aman a los animales, a los cuales sus hijos son semejantes, y por eso engrandeció el entendimiento en sus obras. Como si dijera, del mismo modo que el animal está en el rango del conocimiento, esta en verdad o medida de la formación o expresión de los animales; pero siendo de la especie humana, es más gloriosa o honorable que ellos, y es justo que estos le sirvan como si ella fuera la madre de todos los animales. Incluye todas las especies de animales, y es posible exponer: que ella es la madre de todo animal por la razón; como si dijera que Eva fue en tanto que hablante, o racional, lo cual en esto era la madre de todos los animales, siendo más excelente".

Por lo tanto, la exposición de este doctor es que para oprobio y confusión perpetua de la mujer, este nombre le fue impuesto por el hombre, porque habló según el juicio del diablo, quien le indicó y anunció el conocimiento del bien y del mal, y porque sus hijos, que nacerían de ella, serían como bestias, ya que ella deseó asemejarse a los animales.

Vr. 21: Y el Señor Dios hizo para Adán y su esposa túnicas de pieles y los vistió.

Texto hebreo: Y el Señor Dios hizo para Adán y su esposa túnicas de piel, o cuero, y los vistió.

Paráfrasis caldea: Y Dios hizo para Adán y su esposa vestiduras de honor sobre la piel, o la carne, de ellos y los vistió.

La Septuaginta tradujo túnicas de cuero.

Este pasaje es interpretado de diversas maneras por los doctores hebreos. El rabino Isaac, en Bereshit Rabba, lo expone así: que Dios les hizo túnicas de lino para cubrir su piel, o carne, y sus miembros. El rabino Samuel dice que su vestimenta fue de lana de liebres y lana de camellos, y se llaman vestiduras de pieles porque vienen de las pieles de los animales; de modo que sus túnicas no fueron de lino, sino de lana de animales. Estos son citados por el rabino Abrabanel; él, sin embargo, opina de otra manera.

Nosotros, sin embargo, lo exponemos así, según la opinión de los Doctores Santos y también de muchos hebreos. Cuando Dios iba a expulsar al hombre del paraíso de delicias como castigo por su pecado, un lugar donde el aire era el más equilibrado y temperado, a un lugar donde sufriría las inclemencias del clima, consideró necesario no expulsarlo desnudo, sino vestido, para que de algún modo pudiera protegerse de las inclemencias del aire. Vio que los taparrabos que ellos se habían hecho para evitar la vergüenza y la confusión de su desnudez eran fútiles e inadecuados tanto para cubrir su desnudez como para protegerlos del frío y de las inclemencias del lugar al que pensaba expulsarlos. Por eso, hizo para vestirlos túnicas de piel; no les hizo taparrabos, como ellos se habían hecho, sino túnicas que no solo cubrieran las partes pudendas del cuerpo, sino todo el cuerpo; y estas no fueron hechas de hojas de higuera cosidas, sino de cuero y pieles de animales: y los vistió de tal manera que ellos no habrían sabido vestirse por sí mismos.

Y aún estas vestiduras fueron hechas sin instrumentos y sin que alguien las confeccionara, por lo cual fue una obra divina; y fueron hechas por la voluntad de Dios simplemente, como las cosas que fueron hechas al principio de la creación y fueron traídas a él, como se dice bien en este pasaje: Y el Señor Dios hizo para Adán y su esposa túnicas de piel y los vistió: porque fueron hechas por la palabra y voluntad de Dios. A menos que digamos que Dios hizo vestiduras de pieles para esos primeros hombres, porque cuando ellos cosieron taparrabos de hojas de higuera para sí mismos, que no eran adecuadas para proteger el cuerpo de las inclemencias y de la vergüenza, él les mostró y enseñó internamente a matar animales y a hacerse vestiduras más adecuadas con sus pieles; de modo que se dice que Dios las hizo porque enseñó a los primeros hombres cómo hacerlas y de qué hacerlas, y les advirtió que debían hacerlas, ya que absolutamente necesitaban vestiduras tanto para mantener la decencia como para proteger el cuerpo de las inclemencias.

No podría, al contrario que otros animales, permanecer desnudo sin perder su decencia; pues se dice que en este aspecto los animales superan al hombre en cierto modo, porque la naturaleza les ha provisto adecuadamente y no necesitan otras vestiduras para proteger su cuerpo, sino que les basta con las que la naturaleza les ha dado. Sin embargo, el hombre necesita vestiduras tanto para la decencia como para la protección del cuerpo. Por lo tanto, esta necesidad de vestiduras no habría existido de ninguna manera en la integridad del estado primigenio si Adán hubiera permanecido en su justicia y ese pecado no hubiera intervenido; de lo contrario, el hombre habría estado en una condición peor que los demás animales; pero la justicia, digo la original, de la cual hemos hablado antes, le habría servido de vestidura y la asistencia divina le habría protegido de todo mal. Por lo tanto, la necesidad de vestiduras y la significación de esta obra de Dios fueron establecidas.

Y los vistió con pieles de animales muertos, no sin razón, sino con gran propósito. Primero: para que el hombre reconociera cómo se había vuelto a causa del pecado. Pues al usar lo que vestía a las bestias irracionales para vestir al hombre, ciertamente mostró que, por el pecado, el hombre se había convertido en una bestia en una detestable metamorfosis. Pues el hombre, cuando estaba en honor, no lo comprendió, fue comparado con los animales insensatos y se hizo semejante a ellos; por eso, después del pecado, le dio las hierbas de la tierra, que son el alimento de los animales, como alimento, y ahora lo viste también con su vestidura. Segundo: como las pieles eran de animales muertos, con este hecho instruyó al hombre y a nosotros con él y en él, que somos mortales y destinados a la muerte por el pecado; y para que siempre recordáramos que también nosotros moriríamos algún día, como esos animales de cuyas pieles se hicieron las vestiduras. Tercero: en esta obra, Dios mostró que todo lo que en las vestiduras se busca fuera de la necesidad y la decencia del estado, por magnificencia, esplendor y vanidad, no carece de pecado. Finalmente: para que se prefigurara a Cristo, quien les fue prometido como redentor a través del linaje de la mujer, quien siempre fue prefigurado en los sacrificios de animales, por cuya muerte los hombres debían ser vestidos con la gracia divina, que habían perdido, y finalmente revestidos de gloria.

Creo, sin embargo, que Dios, cuando enseñó a esos primeros hombres a matar animales y vestirse con sus pieles, también les enseñó a sacrificar esos animales en honor divino; ya que está clarísimamente demostrado en la Sagrada Escritura que el sacrificio de animales existía entre esos primeros hombres, quienes lo ofrecían como un aroma agradable al Señor, como se ve en el sacrificio de Noé y también en la ofrenda del primer justo, Abel, quien ofreció sacrificio al Señor de los primogénitos y de las mejores partes de su rebaño. En esos sacrificios, Cristo fue principalmente significando, prefigurado e inmolado para la redención del pecado del primer

hombre. También creo que ese tipo de sacrificio fue un holocausto, de modo que todas las carnes eran quemadas y consumidas en honor divino, ya que el consumo de carne aún no estaba permitido para esos hombres hasta Noé.

Vr. 22 Y dijo: He aquí, el hombre es como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal; ahora, pues, no sea que extienda su mano y tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre.

Texto hebreo: Y dijo el Señor Dios: He aquí, el hombre fue como uno de nosotros en conocer el bien y el mal; ahora, pues, etc. y viva para siempre.

Paráfrasis caldea: He aquí, el hombre fue mi único, o mi unigénito en el mundo, o eternamente de mí mismo en conocer el bien y el mal y viva para siempre.

Targum Jerusalén: He aquí, el hombre es el único racional en medio del mundo, así como yo soy el único en el cielo arriba; muchos pueblos han de surgir de él; de él surgirá un pueblo que sabrá discernir entre el bien y el mal; y por eso es bueno que sea expulsado del jardín del Edén, antes de que extienda su mano y tome del fruto del árbol de la vida y viva para siempre.

Nosotros interpretamos este pasaje así, aunque los hebreos lo interpreten de diversas maneras. He aquí, el hombre es como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal. Es una ironía aludiendo a lo que la serpiente había dicho: Seréis como dioses conociendo el bien y el mal. Por lo tanto, como dijimos antes que allí: Seréis como dioses, puede referirse a Dios mismo, o a las Personas divinas, y también a los ángeles y grandes sabios, o espíritus superiores; así ahora también en lo que se dice: Como uno de nosotros: puede referirse a las Personas divinas, o a los ángeles y espíritus superiores, como muchos hebreos también lo exponen. Esta ironía,

sin embargo, fue muy amarga, ya que cuando lo vistió con las pieles de los animales muertos para mostrar que el hombre por el pecado se había hecho semejante a las bestias, entonces burlándose le objeta que se había hecho como uno de los dioses: He aquí, dice, Adán, quien por la persuasión de la serpiente deseó asemejarse a los dioses y por eso transgredió mi mandamiento, ¡qué glorioso dios se ha hecho, qué sabio y conocedor del bien y del mal! De hecho, quien era el dios de este mundo y mi representante en el mundo, se ha hecho semejante a las bestias.

Ciertamente esta palabra de Dios es una grave reprimenda. Ahora, sin embargo, se ha convertido en un gran gozo y consuelo para nosotros, ya que el hombre verdaderamente se ha hecho como uno de los dioses, es decir, de las Personas divinas en Cristo, en quien el hombre se ha hecho Dios, una persona con el Verbo de Dios, con el Hijo de Dios, con el verdadero Dios. Esto no fue desconocido para el primer hombre, sino que esta alegría futura le fue prometida; por lo tanto, soportó pacientemente esa reprimenda, aunque grave, por la esperanza del futuro gozo.

Pero, como aún no era digno de tal gozo, primero debía ser expulsado de ese amabilísimo paraíso como castigo por su pecado: Ahora, pues, no sea que extienda su mano y tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre. Este discurso está incompleto y debe entenderse, como lo suple el Targum de Jerusalén: Ahora pues, es bueno, o conveniente, que sea expulsado del paraíso de las delicias, no sea que extienda su mano; lo cual es muy coherente con lo que sigue: Y lo expulsó del paraíso y puso guardias en el camino del árbol de la vida. Creo que en estas palabras se debe entender el juicio divino sobre la expulsión del hombre del paraíso junto con la ironía y la grave recriminación: Ahora pues, no sea que extienda su mano, etc. ¿Qué miedo podría haber tenido Dios de que el hombre comiera de ese árbol del paraíso y viviera para siempre, para preocuparse de expulsarlo por ello? ¿No podría haber provisto otro

remedio que no fuera la expulsión? Sin embargo, como el hombre era indigno de disfrutar de esas delicias y de una vida más prolongada, Dios ordenó su expulsión con un juicio decretado, y lo golpea con grave ironía: Ahora pues, no sea que tome del árbol de la vida; porque, dice, Adán se ha hecho como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal, incluso en contra de nuestra voluntad y envidiándonos, ahora se debe cuidar con diligencia que tanta dignidad y majestad no dure para siempre. Así que expulsemoslo del paraíso no sea que con la misma audacia con que ya extendió su mano y tomó del árbol del conocimiento, en secreto tome también del árbol de la vida y coma y viva para siempre. Así, aunque este juicio fue pronunciado muy verdadera y severamente sobre el hombre, sin embargo, las palabras deben tomarse como dichas irónicamente.

Pero alguien podría decir: si el hombre hubiera comido de ese árbol de la vida, ¿habría vivido para siempre? Pues estas palabras parecen pretender eso: No sea que tome del árbol de la vida y coma y viva para siempre. Ciertamente, yo creería que ese árbol tenía tal virtud por naturaleza, sin embargo, por el beneficio de Dios, para preservar la vida humana en buen estado. Por lo tanto, mientras que otros árboles les fueron dados como alimento para reparar la humedad primigenia perdida por la acción del calor, este fue creado más bien como remedio que como alimento, para que al consumir su fruto la fuerza de la especie se confirmara y se preservara de toda deficiencia; de modo que por la acción del calor y la pérdida de humedad y la llegada de humedad externa, no se disminuyera la bondad de la humedad primigenia, ni se debilitara el calor por la falta de alimento, y mediante la virtud de este fruto, la buena humedad perdida se restaurara adecuadamente. Así pues, era como un remedio contra la debilidad que ahora se produce por la nutrición, y así el hombre habría disfrutado de una vida prolongada, no en contra de la sentencia de Dios.

Pero después del pecado, decimos sin ninguna duda que, estando decretado que el hombre debía morir una vez, y con la sentencia de Dios sobre él de que volvería a la tierra de donde fue tomado, porque era polvo y al polvo volvería: por mucho que comiera de ese árbol de la vida, nunca podría haber logrado con su nutrición vivir perpetuamente y nunca morir; ya que con la conversión de la nutrición de ese árbol a la sustancia del hombre por la fuerza del calor, ciertamente no se habría hecho sin alguna pérdida de calor; pues toda acción por su naturaleza sufre; especialmente porque aunque ese alimento fuera muy favorable a la naturaleza, sin embargo, era disímil en el principio de la nutrición y por la acción del calor debía asimilarse completamente a la sustancia nutrida; en esa acción, sin embargo, algo de calor se habría perdido, aunque fuera muy poco, y aunque fuera continuo, se habría debilitado. Sin embargo, con la nutrición de ese árbol, por su perfección, su vida podría haberse prolongado y haberse hecho más duradera, y eso es lo que aquí se significa con la palabra eterno; de donde en hebreo se dice: Y vivirá לְעֹלָם, por un tiempo indefinido. Pues esa palabra no significa propiamente eternidad, como notamos antes de Aben Ezra, sino una duración prolongada con un término.

Vr. 23 Y el Señor lo expulsó del paraíso de las delicias, para que trabajara la tierra de la cual fue tomado.

Adán no se marchó, no emigró de ese paraíso, sino que fue expulsado: Y lo expulsó, es decir, lo echó del paraíso, de ese lugar amabilísimo y repleto de toda clase de delicias, a una tierra estéril e infecunda y muy laboriosa, en la que no se deleitaría como allí, sino que sería agobiado por trabajos gravísimos: Para que trabajara la tierra de la cual fue tomado. De aquí se desprende que el hombre fue formado fuera del paraíso, como también se dice más arriba: Formó ... el Señor Dios al hombre del limo de la tierra ... y lo puso en el paraíso de las delicias, para que supiera que el habitante y señor de ese lugar amabilísimo no fue constituido por naturaleza, sino por

gracia; por lo tanto, perdida la gracia, con razón es expulsado de allí y enviado a su lugar natural, para que cultivara la tierra de donde fue formado, y siempre tuviera ante los ojos la tierra a la que nuevamente sería reducido.

Vr. 24 Y expulsó a Adán, y colocó ante el paraíso de las delicias a los querubines y una espada flameante y giratoria para custodiar el camino del árbol de la vida.

Texto hebreo: Y expulsé a Adán y coloqué al oriente del jardín de Edén a los querubines y las láminas de una espada giratoria para custodiar el camino del árbol de la vida.

Así exactamente lo traduce el intérprete caldeo, excepto que aquel מִקֶּדֶם, del oriente, lo traduce: מִלְּקֳדָמִין, que significa antes, previamente, antiguamente.

La Septuaginta, sin embargo, atribuye lo que se dice de los querubines al propio Adán, de manera que dicen que él fue colocado por Dios en esa parte del paraíso. Pues dicen: Y lo colocó en la parte opuesta del paraíso de las delicias, y colocó a los querubines para custodiar el lugar. Sin embargo, la verdad hebraica lo tiene como hemos puesto arriba, es decir, que los querubines fueron colocados en la parte oriental del paraíso, y no Adán.

Las exposiciones de este pasaje son múltiples y muy diversas. El rabino Abrabanel expone así que estos querubines “son, según el Targum [caldeo], כְּרוּבַיָּא, es decir, como un niño, o niños; y ya ha explicado el gran doctor rabino More que los querubines son niños de días de los hijos de los hombres; y según esto, dice la Escritura que, cuando Dios expulsó a Adán del paraíso del Edén, colocó ante el paraíso, es decir, en el lugar de su habitación, a los querubines; como diciendo que se fatigaron con los hijos que les nacieron, Caín y Abel: porque ellos son los querubines, que colocó en su morada ante el paraíso, y las angustias que vio en su vida por sus hijos, y la

muerte y la errancia en sus hijos y la lámina de la espada giratoria; porque he aquí un gran dolor o aflicción cayó sobre él, y la lámina de la espada giratoria de un lado a otro; de un lado mató a Abel y del otro mató a Caín. Todo esto vino sobre él para custodiar el camino del árbol de la vida; como diciendo para expulsarlo de la tierra de los vivos y conducirlo a la muerte". Esta es la exposición de este doctor sobre este pasaje.

Algunos otros exponen de manera diferente. Pero primero establecen ciertos puntos sobre la ubicación del paraíso. Primero, que este paraíso no puede estar entre los dos trópicos bajo la línea ecuatorial en el ecuador, ya que dicen que esa región es extremadamente calurosa porque el sol pasa por ella dos veces al año, por lo que también tiene verano e invierno dos veces al año, razón por la cual se llama zona tórrida y es inhabitable debido a su excesivo calor. Por lo tanto, afirman que el paraíso debe estar fuera de los trópicos; y como esa tierra donde el paraíso fue plantado por Dios era la más óptima y fértil, que producía frutos por sí misma, dicen que debe estar situada bajo la parte más noble del cielo, ya que la nobleza y fertilidad de la tierra vienen de la noble influencia de los astros y del aspecto del cielo. Y ya que la parte sur del cielo es más noble que la parte norte, porque el hemisferio sur es el vértice y la cabeza del mundo, mientras que el hemisferio norte es inferior, y en consecuencia las estrellas australes son más grandes y más brillantes, más nobles y perfectas y de mayor virtud que las estrellas boreales, por lo cual el polo sur también es mayor y más brillante que nuestro ártico, según los filósofos que especulan de este modo; por eso establecen que el paraíso estaba situado fuera del trópico sur, que se llama de Capricornio, hacia la parte oriental, que es más noble; ya que el oriente es la parte derecha del mundo, y el occidente la parte izquierda: y la derecha es más noble que la izquierda.

Por lo tanto, establecen que el paraíso estaba situado más allá del ecuador y del trópico de Capricornio en el hemisferio sur; lo cual

también intentan probar con ese pasaje del Génesis: Cuando Adán oyó la voz del Señor Dios caminando ... a la brisa del día: pues interpretan por meridiano el ecuador y la zona tórrida, ya que toda esa parte de la tierra se llama meridional, o mediodía; y por brisa entienden el aire de ese lugar, que, por su bondad y luz suavísima, templada y agradable, se llama brisa. Y establecen esta diferencia entre la brisa y el mediodía: pues el mediodía es el aire iluminado por una luz intensísima con un calor excesivo, como es entre los trópicos; la brisa, en cambio, es un aire suavísimo y vital, templadamente luminoso y cálido, como es en el hemisferio sur debido al favor de las estrellas. Así pues, cuando por mediodía se entiende el ecuador, y por brisa el aire de ese paraíso: ya que tal brisa se dice después del mediodía, es consecuente entender la región austral, que es después del mediodía; y esa fue dada a los primeros padres como habitación y herencia, de la cual, por el pecado, fueron expulsados a este valle de miseria, a este lado del trópico de Capricornio, por el cual estaba cercado y vallado ese paraíso. Dicen que ese trópico debe ser entendido por la espada flameante y giratoria; ya que cuando el sol está en los signos australes, al acercarse al opuesto de la serpiente, se genera fuego en ese trópico.

También dicen que, si no hubiera intervenido el pecado, los hombres no solo habrían ocupado esa región, sino todo el hemisferio austral, ya que la gente se habría multiplicado inmensamente, pues ninguno de ellos habría muerto, sino que alimentados por el árbol de la vida habrían prolongado su vida feliz por un tiempo muy largo, hasta que fueran trasladados a una vida mejor sin la intervención de la muerte; de modo que muy multiplicados, habrían ocupado todo ese hemisferio. Y ninguna parte de ese hemisferio habría sido inhabitable; pues dicen que en esa región no hay precipicios montañosos, ni abismos, ni mares, ni pantanos, sino que esos cuatro ríos con un curso lentísimo y un flujo suavísimo habrían regado toda

esa región y el jardín de las delicias. Esos ríos al final del hemisferio se sumergen cerca del trópico, y por conductos subterráneos brotan y emanan por un cierto equilibrio en nuestra parte boreal; pues el Tigris y el Éufrates nacen de las montañas de Armenia; y el Physon, que se llama Ganges, de las montañas de los indios; y el Gehon, que se llama Nilo, de las montañas de Etiopía. Esta es la fiel posición de aquellos que sitúan el paraíso en la región austral más allá del trópico de Capricornio.

Lo que me dicen no me satisface en absoluto. Primero: se dice que aquella región más allá del trópico de Capricornio es muy templada. Sin embargo, es evidente que el sol, en su movimiento propio, se mueve de un trópico al otro siempre de manera equitativa, y su influencia es igual en ambos. Por lo tanto, así como al acercarse a nosotros causa un verano intenso y un calor vehemente, y al alejarse, un invierno y un frío intenso en el hemisferio norte; de la misma manera, por la razón opuesta, al acercarse al trópico de Capricornio causará un calor intenso y vehemente, y al alejarse, frío e invierno intensos; lo cual es contrario a la templanza del aire y del lugar.

Luego: como los planetas se mueven igualmente entre estos dos hemisferios, causarán los mismos efectos en sus conjunciones entre sí y con otras estrellas y signos en aquel hemisferio, como en este; y dado que en este los planetas malignos causan esterilidad, pestilencias y otras enfermedades, así será también en aquel.

Además: lo que se dice de que los hombres habitaron todo aquel hemisferio parece inapropiado. Pues así como la tierra, que bajo el polo ártico no tiene más que un día y una noche en todo el año, ya que durante seis meses, mientras el sol está en los signos australes, siempre es noche bajo el polo ártico, y en consecuencia siempre es día en el antártico; de la misma manera, por los otros seis meses, mientras el sol está en los signos boreales, siempre es día en este

polo y noche en aquel; por lo tanto, no puede haber ese encanto y deleite para los habitantes, que se dice que hay.

Luego: lo que dicen del lugar del Génesis, no es relevante. Pues, como explicamos allí, la Verdad Hebrea tiene: "Cuando oyeron la voz del Señor Dios caminando al viento del día"; por lo que esas palabras no significan un lugar, sino un tiempo, es decir, después del mediodía, esto es, al atardecer. Lo que además dicen de la espada flameante y giratoria, que es el trópico ígneo, no tiene validez. Pues esa generación de fuego es natural, si es que existe: ya que creo que no es verdad, pues con el acercamiento del sol al trópico de Cáncer no se genera tal fuego alrededor del trópico. Así, cuando la Escritura dice que esa espada fue colocada ante el paraíso después del pecado de Adán y después de ser expulsado de allí, indica que no estaba allí por naturaleza del lugar, sino por la voluntad de Dios.

Por último: lo que dicen de los ríos que salen del lugar de la delicia, que riegan la región más allá del trópico de Capricornio y luego se sumergen cerca del trópico y emergen por conductos subterráneos y brotan y emanan por cierto equilibrio en nuestro hemisferio, no veo cómo eso puede ser verdad. ¿Cómo pueden atravesar tantas tierras, tantas montañas, para fluir a través de inmensos tramos de tierra, y luego parecer tener orígenes diversos, y lo que es más difícil, cómo pueden cruzar la vasta extensión del océano, el mar más profundo y grande de todos, para irrumpir en estas latitudes septentrionales? Pues ese mar vastísimo y profundísimo se interpone. Por lo tanto, al no poder ser estas cosas verdad, debe buscarse otra explicación de este lugar.

Hubo otros, pues, que sitúan ese paraíso bajo la línea ecuatorial. Dicen que esa región es muy templada; pues como allí siempre es equinoccio, es decir, siempre durante todo el año la noche es igual al día, por lo que la presencia y ausencia del sol es igual, por esta igualdad de vicisitudes se produce la mayor templanza de las

regiones y la mejor disposición del lugar. Por lo cual Ptolomeo y otros geógrafos asignan muchas regiones habitables en esta zona; y la experiencia hace percibir que esas regiones son muy templadas y sumamente adecuadas para la habitación. Pues los barcos que navegaron desde el reino de Portugal a esas latitudes, pasando bajo la línea ecuatorial, encontraron tierras óptimas y fertilísimas, fluyendo de leche y miel.

Aquellos que dicen que esa región es inhabitable debido al calor extremadamente intenso responden que eso es cierto cerca de los trópicos; ya que las personas que habitan la tierra cerca de los trópicos son muy negras y de vida corta debido al exceso de calor, que consume la humedad vital; pero bajo el ecuador no es así. Por lo tanto, estos entienden por la espada flameante y giratoria la zona tórrida entre nuestra morada y la línea ecuatorial, y dicen que se llama giratoria porque el sol, por el cual se causa allí cerca del trópico un calor insoportable, se acerca a nosotros en el verano y se aleja en el invierno.

Pero ciertamente, esta posición tampoco me satisface del todo. Pues, dado que esa zona tórrida es por la naturaleza del lugar, que siempre hubiera existido incluso si el hombre hubiera permanecido en el paraíso, no hay razón para decir que es esa espada flameante y giratoria que Dios colocó para la custodia de ese lugar, no producida por la naturaleza.

Otros han situado este paraíso al inicio de Cáncer; y dicen que la espada flameante y giratoria es una especie de abismo abierto en la tierra en una montaña, de donde siempre sale fuego, que parece una espada. Pero entonces sería necesario suponer que las partes de esa tierra son sulfurosas, de donde se generaría ese fuego y sería fuego generado naturalmente, como en el monte Vulcano y el monte Etna, donde el fuego se genera a partir de partes sulfurosas de la tierra.

Por lo tanto, tengo otra opinión sobre este asunto. Pero primero, el ánimo debe ser advertido sobre la ubicación del paraíso, como explicamos anteriormente en su lugar: "Plantó el Señor Dios un paraíso de delicias desde el principio". En efecto, la Verdad Hebrea allí, como hemos advertido antes, dice así: "Y plantó el Señor Dios un jardín en Edén hacia el oriente", o "en la región oriental". Ciertamente, la Escritura habla muy claramente y muestra la condición de ese lugar. Pues llama a ese paraíso un jardín, y no pensaríamos que se extiende a través de inmensas extensiones de tierra y que es de inmensa magnitud en longitud y latitud. Luego, declara el nombre de la región en la que se encontraba ese paraíso o jardín, diciendo: "En Edén", una región que recibió este nombre por su amenidad, delicias y placer, porque esa región era muy amena y deliciosísima, muy templada y muy adecuada para la habitación. Tercero, muestra a qué parte del mundo se refiere ese paraíso y de qué parte de esa región fue plantado por Dios, diciendo: "Hacia el oriente", o "en la región oriental". Por lo tanto, tenemos el lugar en el que se estableció ese paraíso.

No debe pensarse que esta región llamada Edén esté fuera de nuestro mundo; ni que llegue a las estrellas, como algunos han opinado; ni más allá del trópico de Capricornio, una región que siempre ha sido desconocida; ni bajo el ecuador: sino que está situada bajo esa posición del cielo que puede ser habitada y que fue habitada y frecuentada por los primeros hombres y sus descendientes. Pues Adán, expulsado del paraíso, no cruzó el mar, ni fue expulsado a través de larguísimas extensiones de tierra y mar: sino que fue colocado frente a las puertas del paraíso, no lejos de ese lugar, frente al paraíso, para habitar esa tierra, como lo tradujeron los Setenta y lo sostienen todos los Doctores Griegos, especialmente Crisóstomo en este lugar. Esto también es corroborado por el testimonio de las Escrituras. En efecto, Caín, al salir de la presencia del Señor, habitó vagabundo y fugitivo... en la región oriental de Edén con su

descendencia y allí edificó una ciudad. Adán y Set, sin embargo, no se cree que habitaran lejos de allí, sino cerca; de lo contrario, ¿cómo podrían los hijos de Dios, es decir, los descendientes de Adán a través de Set, que se llamaban así por el culto a Dios, ver a las hijas de los hombres, es decir, descendientes de Caín, que eran hermosas, para tomarlas como esposas y provocar grandemente a Dios para que destruyera toda carne? Si Caín habitó en la región oriental de Edén, que era la región donde se plantó el paraíso, ni Adán, Set ni todos sus descendientes habitaron lejos de esa región. Además, Adán no habitó lejos de la tierra prometida; pues se cree que fue sepultado en Hebrón en la cueva de Macpela, como se dice en el libro de Josué; en la cual también fueron sepultados Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob y Lea.

Por lo tanto, considero que también ahora aquella región de Edén está habitada y es la que leemos en Ezequiel, quien, lamentándose sobre Tiro, dice esto entre otras cosas: "Harán y Cané y Edén fueron tus comerciantes," nombrando las regiones de donde venían los mercaderes a Tiro. Si, por tanto, desde Edén, es decir, el lugar del paraíso, los comerciantes iban a Tiro, que está cerca de la tierra de Israel, es claro que ese lugar estuvo habitado y no estaba muy lejos de la tierra de Israel. Nadie duda que Harán no dista mucho de la tierra de Israel; pues Harán es la región cerca de la tierra de Israel que se llama Mesopotamia, y allí se encuentran los ríos que se dice salen del paraíso. Harán, en efecto, está entre dos ríos, el Tigris y el Éufrates; por lo cual se llama en griego Μεσοποταμία, región entre dos ríos. Sobre Fisón y Geón, consúltese lo que dijimos anteriormente.

Por lo tanto, todo esto me da la certísima convicción de que el famoso paraíso estaba plantado en la región de Edén, que no está lejos de la tierra de Israel, en la parte oriental de esta, y que esa región ahora está habitada por humanos; ya que el paraíso fue destruido por las aguas del diluvio y así ese lugar ameno y

deliciosísimo cayó. Pues las aguas del diluvio inundaron toda la tierra... y prevalecieron sobre todos los montes que están bajo todo el cielo; las cuales ocuparon también ese lugar y arrancaron aquellos árboles tan amenos.

Mientras ese lugar perduró, no dudamos en absoluto que los Querubines, espíritus celestiales, fueron puestos allí para la custodia de ese lugar, con la espada flameante y giratoria, o con la hoja de la espada, es decir, colocó allí una espada ardiente y expuesta, que parecía vomitar llamas: ¡tan grande era su resplandor! y con esa visión aterrorizaba a los que se acercaban y les infundía un miedo horrible; y se dice giratoria porque cerraba con su terror todo camino que conducía al árbol de la vida. Quizás los Querubines estaban allí puestos como el ángel del Señor que, con la espada desenvainada en la mano, custodiaba el camino, cerrándoselo a Balaam, para que no se acercara a maldecir a los hijos de Israel, llamado por Balac. O ciertamente, por esta espada se entiende la amenaza de la pena de muerte, al estilo de la Escritura, que se infligía por ministerio angélico a quienes presumían acercarse a ese lugar; como el Señor advirtió que ninguno de los hijos de Israel debía tocar los vasos sagrados del ministerio, ni el arca, ni entrar en el santuario o en el Santo de los Santos, excepto aquellos a quienes correspondía por oficio: y estos debían estar puros y santificados, bajo la amenaza de pena de muerte, que se infligía por ministerio angélico.

Podría haber sido que allí, para custodiar el camino del árbol de la vida, centellearan lámparas y relámpagos por ministerio angelical, los cuales amenazarían con la muerte a los que se acercaran. Pues la palabra להט, que dijimos que significaba "lámina," también significa relámpago y lámpara, ya que podría haber allí un resplandor como el de una espada. Pero después de que aquel paraíso fue devastado, toda esa custodia cesó; así como después de que el Arca del pacto y el Santo de los Santos fueron destruidos, toda custodia, observancia y ministerios que allí se realizaban, cesaron.

Algunos, sin embargo, piensan que aquel lugar todavía permanece intacto y que allí Enoc, Elías y el apóstol Juan viven una vida feliz hasta el juicio. Pero en verdad, no está constatado en ningún lugar que hayan sido trasladados a ese paraíso; pues Enoc, según atestigua la Escritura, fue tomado: pero la Escritura no dice a qué lugar; Elías igualmente fue trasladado: pero la Escritura no revela a qué lugar; sobre Juan, además, es completamente incierto si aún vive en la carne. Y lo que leemos sobre Elías en el Eclesiástico, que fue tomado o trasladado al paraíso, decimos que se designa un lugar eminente y excelso preparado por Dios con el nombre de paraíso. Pues es posible para Dios conservarlo donde más le plazca, sin necesidad de suponer ese paraíso. Lo mismo debe decirse de Enoc y de Juan, si aún vive.

Sobre los Querubines, podría haber una cuestión sobre cómo Dios los asignó, siendo espíritus tan excelsos, para custodiar el camino del árbol de la vida. Pues los Querubines son espíritus del segundo coro de la más alta jerarquía sagrada, o jerarquía suprema; pero según el Divino Dionisio, no suelen ser enviados, sino solamente los ángeles de la jerarquía más baja y de los coros último y penúltimo. Pero se puede responder a esto que a veces todos los ángeles son entendidos bajo el nombre de Querubines, e incluso los ángeles de la jerarquía más baja y del último coro. En segundo lugar, si quizás esa tarea fue dada a los espíritus celestiales de ese coro específico que se llama Querubines, se puede suponer que ellos ejecutaron esa custodia a través de ángeles inferiores, como también el Serafín que fue enviado a purificar los labios de Isaías. Pues, como enseña el Divino Dionisio, ese Serafín no ejecutó esa tarea por sí mismo, sino a través de algún ángel inferior.

La razón por la cual el Señor Dios asignó a esos ángeles para esta custodia, ya fue claramente dicha anteriormente: para que los hombres no tomaran del árbol de la vida y vivieran eternamente, es decir, prolongaran su vida, la cual los hombres pecadores habrían

usado de la peor manera, pecando con más frecuencia y permaneciendo más tiempo en sus pecados. Por lo tanto, fue mejor que los hombres fueran prohibidos de comer de ese árbol, para que, aunque prolongara la vida, no multiplicaran sus pecados. Ahora, pasemos al cuarto capítulo.

CUARTO CAPÍTULO

Vr. 1 Adán conoció a su esposa Eva, quien concibió y dio a luz a Caín, diciendo: He adquirido un hombre con la ayuda de Dios.

Texto Hebreo: He adquirido, o poseído, un hombre con la ayuda de Dios, o por Dios, o para Dios.

Texto Caldeo: He adquirido un hombre de la presencia del Señor.

Adán conoció a Eva, su esposa. La Escritura siempre habla de manera honesta y decente; lo que es vergonzoso no lo expresa con palabras obscenas, sino con tanta decencia y honestidad como sea posible; la unión de los esposos y la adhesión del hombre a la mujer en el acto matrimonial, lo llama conocimiento: Adán, dice, conoció a su esposa. Se unieron en un acto legítimo de matrimonio, después de cometer el pecado y con la esperanza de recuperar la bendición perdida en la semilla de la mujer. Se unieron para procrear hijos y propagar la raza humana, para que, al morir ellos, no pereciera también toda la naturaleza humana, lo cual no era la voluntad de Dios: sino que permaneciera para siempre. Por lo tanto, se unieron también para obedecer a Dios.

Finalmente, como remedio para la lujuria; porque el matrimonio, después del pecado, se concede como remedio para la lujuria: sin embargo, el primer y principal fin del matrimonio, que es la generación, no debe ser omitido. De lo contrario, si la unión se realiza solo para satisfacer la lujuria, de manera que no desean la generación, es un grave pecado y ese matrimonio es reprobado por Dios; por esta razón, Her y Onán, hijos de Judá, fueron castigados por Dios, porque se unieron con Tamar no para la generación, sino solo para satisfacer su lujuria. Sin embargo, los primeros padres no se unieron así, sino para procrear descendencia; por lo cual sigue: Eva concibió y dio a luz a Caín, es decir, un hijo, a quien se le dio

este nombre, como sigue: Diciendo: He adquirido un hombre con la ayuda de Dios; porque Caín significa posesión y adquisición.

Antes de ascender a una especulación más profunda de este lugar, presentaremos algunos puntos sobre la formación del cuerpo humano en el vientre materno. Y primero sobre la naturaleza, la excelencia y las fuerzas del semen, por el cual la mujer concibe.

El semen en verdad tiene su origen en la tercera digestión y cocción del alimento, siendo de naturaleza aérea, caliente y húmeda, lleno de espíritu y ese espíritu ciertamente caliente; que, estimulado por el calor de los testículos, se convierte en espuma, se solidifica y blanquea.

Sus admirables fuerzas son tales, que de tan poco semen surge una disposición tan bella de los miembros, un orden tan conveniente, una composición tan eficaz, una conexión tan excelente de las partes individuales, una diversidad y armonía tan espectaculares de los órganos, tantas causas de operaciones y facultades, tantos espíritus; cómo toda la forma y especie, tanto del cuerpo entero como de sus partes individuales, precede y se contiene en el semen y cómo se esboza toda la futura obra; cómo en el semen, aunque mixto y confuso, hay tal distinción de formas y especies, tanto del cuerpo entero como de sus partes individuales.

Porque todo lo que se procrea y surge del semen, primero debe contenerse en el semen en virtud y poder, y poseer todo el poder del alma y estar dotado de sus fuerzas y facultades, pues estas aparecerán y se despertarán de allí. Porque contiene en sí el alma natural y nutricia, ya que el semen concebido en el útero disfruta de la vida no menos que la planta; también aquella que es partícipe de los sentidos, de la cual el ser vivo toma su nombre, se agrega con el progreso del tiempo; finalmente, la fuerza de la razón, por la cual se dice hombre, se infunde y sobreviene. Y el alma vegetal y sensitiva ciertamente están contenidas en virtud y poder en el semen y de allí

provienen y ejercen la función de sus facultades, hasta que, con la llegada del alma racional, cesan.

La primera constitución del ser humano a partir del semen comienza de esta manera. Cuando los fértiles semenes del hombre y la mujer, en una adecuada moderación, se encuentran oportunamente, se unen en un abrazo tan estrecho por una mutua amistad que realmente se mezclan, formando una única fuerza y una misma naturaleza. Ambos deben unirse, no solo el del hombre, aunque es más poderoso y fecundo, sino también el de la mujer; que se deduce que su semen es fecundo y tiene fuerza procreadora y formativa, pues no recibe un origen diferente al del hombre, tanto en los testículos como en los vasos; también, porque la mujer que sufre de epilepsia, cálculos o gota, engendra una descendencia que hereda estos males; y finalmente, porque el parto a menudo se parece a la madre. Todo esto no lo causa la sangre materna, sino el semen que emana de ella.

El semen que proviene de las partes semejantes de la mujer tiene una fuerza particular para la formación y creación de partes semejantes. La naturaleza y magnitud de su fuerza se demuestran por los huevos llamados subventáneos y por los molares que algunas mujeres conciben solo con la fuerza de su propio semen, sin la unión con el hombre. En estos casos hay una cierta sombra de procreación y una concreción de materia rudimentaria, que si hubiera sido fortalecida por el semen del hombre con sus fuerzas, la habría completado con todos sus números y ornamentos. Sin embargo, no lo hace por sí solo, sino que se mezcla solo con el femenino para lograr algo.

Así, cuando los semenes fecundos se mezclan en uno, la fuerza latente en el semen se despierta inmediatamente, distribuyendo su materia de diversas maneras y separando sus partes, pues no es uniformemente homogéneo. Así, en uno o dos días, las partes más tenues, cálidas y llenas de espíritu del semen se recogen en el centro de la masa total; mientras que las partes más gruesas y terrenales las

rodean y envuelven; de estas partes más duras y compactas, debido al contacto y al calor del útero, se forman las membranas que envuelven el feto.

La primera y más externa se llama ἀλλάντοειδής, delgada, débil y más estrecha que para envolver todo el concepto, pero con largos y estrechos procesos extendidos a cada extremo; esta membrana, llamada χορίον, se conecta con los extremos del útero; bajo esta, toda la parte exterior y más terrenal del semen —porque el semen siempre se recoge en una masa compacta y en su parte media contiene la mayor fuerza—, que toca el útero, se condensa en otra membrana, que los latinos llaman secundas. Porque el semen, siendo viscoso y cohesivo por todas partes, se vuelve más denso y compacto por el calor, y por ello, su superficie externa se convierte en la sustancia de la membrana; y siendo liviana, se adhiere al útero por los vasos, que terminan en el útero: estos se llaman acetábula, a través de los cuales el semen toma el alimento; la membrana se perfora cuando aún está suave y recién compactada.

Además de estas, una tercera membrana, llamada ἀμνίον, se forma, envolviendo y rodeando todo el concepto, fuerte y destinada a ser el receptáculo del sudor; el resto del semen, que está encerrado dentro, es mucho más tenue y más difundido por el calor. Así, el espíritu concepcional se expande y en ese momento, cualquier cosa sutil en el semen se convierte en espíritu: no es un espíritu lleno de aire o viento, pues el útero no se infla por el viento ni se distiende por su expansión, ni estalla con fuerza a través del cuello uterino; más bien, se convierte en un espíritu, donde este espíritu, el moderador del calor y todas las facultades, el primer creador de la procreación, se coloca en el centro del semen. No se desvanece ni se evapora del semen; sino que persiste en él como el formador y artesano de todas las partes, adheriéndose radical y profundamente, se convierte en la naturaleza primaria de todas las partes, y una vez formadas

inicialmente, permanece siempre asistiendo, conservándolas en la vida lo más larga y saludablemente posible.

Así, este espíritu es el primer vehículo e instrumento de la facultad procreadora —pues en él reside la suprema y divina fuerza formadora—, y todas las demás facultades naturales, que transforman y aumentan el concepto, junto con sus auxiliares, están todas contenidas y comprendidas en este único espíritu; de lo cual se desprende claramente que el espíritu y toda clase de facultades provienen del semen. De esta manera, lo que recientemente era un simple semen emitido por los padres, toma la naturaleza de la razón, o, para explicarlo más claramente, la fuerza de la naturaleza que antes estaba latente en el semen se despierta para actuar cuando realiza por primera vez la función innata a sí misma; lo que llamamos y denominamos concepción.

Así, este espíritu, teniendo facultades y siendo el instrumento de la naturaleza, establece tres burbujas en medio del semen, como gotas transparentes, que exhiben de inmediato los rudimentos y principios de tres elementos: el corazón, el hígado y el cerebro; y aunque muchos opinan que el corazón es lo primero que se forma, la observación y la experiencia han demostrado que de la porción más pura y vigorosa del semen, que se asienta en el centro del útero, las tres porciones que fluyeron de los tres principios de los padres aparecen inicialmente en el semen central divididas en tres burbujas, llenas de espíritu y facultad, y que estos son los rudimentos del hígado, el corazón y el cerebro.

Entonces, la facultad generadora transforma la materia del semen y la hace apta para la formación; y por ello, otras porciones algo más gruesas aparecen, que formarán los huesos; otras, más delgadas y líquidas, formarán los nervios, las venas y las membranas: así se establece una preparación general para la futura conformación de esta obra. Algo ya puede verse en el séptimo día y mucho más

claramente en el decimoquinto, cuando en el semen ya son visibles las partes y las sustancias y están diferenciadas en su disposición.

Después de este tiempo, la facultad conformadora aborda la obra, primero separando los rudimentos y principios iniciales del hígado, el corazón y el cerebro, ubicándolos en sus lugares propios y adornándolos con su figura y especie propia; al mismo tiempo, las membranas que envuelven el feto adquieren firmeza. Pronto en estas se configuran las venas y arterias, todas dirigidas al ombligo del feto y cuyas aberturas se adhieren al útero a modo de polipos con ventosas. En ese momento, del hígado se dispersa tanto la vena porta como la vena cava con múltiples ramificaciones, del corazón la arteria, y del cerebro la médula espinal en forma de tronco, de la cual emergen los nervios más delgados que los hilos de una araña: el estómago, los intestinos, la vejiga, el pericardio, la membrana ὑπεξωκὼν y el peritoneo, la doble meninges, y todas las membranas finalmente se fortifican con firmeza; la piel se condensa cubriéndolo todo.

También del propio semen, no como algunos han dicho, hecho de carne más seca, los huesos adquieren gradualmente su forma y dureza de semen compactado y verdaderamente solidificado. De los huesos, cualquier sustancia que emana debido al calor como espuma, se deposita en parte cerca de los extremos de los huesos para formar los ligamentos: en parte se extiende alrededor y a lo largo para formar una membrana, llamada en griego περιόστεον. En el vigésimo séptimo día, todas las partes ya aparecen de algún modo dispuestas y conformadas: pero perfectamente en los varones en el día trigésimo, y en las mujeres en el trigésimo sexto.

Hasta ahora solo existe la conformación de las partes sólidas a partir del semen, el cual, por muy poco que sea al ser concebido por los padres, sin aumentar ni amplificar nada, es suficiente para conformar todas las partes. Luego, la sangre es atraída del útero, la

cual primero se condensa alrededor de las fibras espermáticas del hígado en formación, constituyendo toda su masa y sustancia. Así, a menudo se ha observado un feto expulsado al cuadragésimo día con el tamaño de medio dedo, verdaderamente y completamente formado, cuyas partes todas, excepto el hígado, eran visibles como blancas y espermáticas: la cabeza del tamaño de una avellana y más grande en proporción al resto del cuerpo; ojos prominentes como los de un cangrejo; nariz, orejas, brazos, manos, piernas, pies, y dedos ya formados; pene visible, debajo del cual un escroto del tamaño de un grano de mijo. Las partes superiores eran más grandes que las inferiores, sin la dureza de los huesos, pero flexibles en cualquier dirección, todas cubiertas por una piel muy delgada y translúcida, a través de la cual se podían ver los órganos internos, todos blancos, fibrosos y semejantes al semen, sin ningún enrojecimiento de carne o sangre. Solo el hígado era rojo, amplio y similar a sangre recién coagula, hacia el cual se dirigían las venas llenas de sangre desde las secundinas a través del ombligo, que nutrirían al feto posteriormente. Desde el trigésimo sexto o cuadragésimo día, las partes sólidas formadas comienzan a nutrirse y a ser sostenidas por la carne, gracias al hígado, que prepara y suministra alimento para todas ellas.

Así, adornado en apariencia y forma, el feto es completamente tierno y en todas partes, debido a la excesiva humedad, blando y lleno de mucosidad, por lo cual es menos adecuado para todas las acciones; en el tiempo siguiente, mientras con la fuerza del calor se seca y endurece continuamente, todas las partes se fortalecen: las membranas, los nervios y la piel, las uñas en los extremos de los dedos y el cabello en la cabeza echan raíces. El feto se dota de la facultad sensorial alrededor del día trigésimo sexto. Y cuando el varón alcanza el tercer mes, y la hembra el cuarto, con los huesos fortalecidos y algo más duros, comienza a moverse y a dar patadas.

Todos los espíritus, fuerzas y facultades que el feto posee hasta este momento provienen del semen de los padres, en el cual estaban contenidos en potencia y virtud. Sin embargo, el alma principal, que se llama mente y sobresale por su capacidad racional, siendo separable del cuerpo, de ninguna manera estaba contenida en la materia en potencia, para emerger luego con el progreso del tiempo; de lo contrario, sería inmensa, necesitando continuamente del cuerpo, y no podría razonar, ni entender, ni hacer nada sin un órgano corporal. Pero creada por el supremo Creador de todas las cosas, en el momento preparado y estructurado, el alma se traslada al cuerpo del niño en un instante de tiempo: y se ha dicho que esto ocurre alrededor del cuarto mes, cuando el corazón y el cerebro ya están formados; sin embargo, debido a la abundancia de humor, como si estuviera embriagada o en letargo, aún no puede realizar sus funciones propias. En este momento, aunque cada parte aparece conformada, aún no está completamente perfeccionada ni firme; por lo tanto, desde aquí hasta el noveno mes, cuando el feto suele ver la luz y nacer, todas las partes se perfeccionan, se nutren y crecen.

Luego, cuando el feto ha alcanzado una magnitud y fuerza suficientes para gobernarse a sí mismo y procesar el alimento tomado por la boca, habiéndose hecho más grande y exigiendo más alimento y aire más amplio, que enfríe el calor nativo de los espíritus, él mismo se abre camino. Dentro del útero, completamente encorvado y contraído, aplica los talones a las nalgas, agarra las rodillas con las manos, baja la cabeza hacia ellas de modo que los ojos se fijan, como adheridos, en los pulgares de las manos, y la nariz descansa entre las rodillas; la parte delantera del cuerpo se orienta hacia el abdomen de la madre, la parte trasera hacia la espalda, si es un varón: porque las hembras se colocan en una posición opuesta.

Mientras está en el útero, se alimenta de esta manera: a cada ventosa se le adhieren otros vasos, tanto venosos como arteriales, sostenidos

por carne, dispersos por las regiones centrales de las secundinas; finalmente, se unen en el ombligo, de los cuales el feto toma sangre y espíritu constantemente. De hecho, se distinguen dos arterias en el ombligo, insertadas en las ramas de la arteria mayor debajo de las lumbares; y el mismo número de venas que se unen en una sola vena que se dirige hacia la cava del hígado, para que la sangre, que es tomada de las venas de las secundinas, como de las raíces, sea perfeccionada nuevamente en el hígado del feto y, por así decirlo, se convierta en alimento familiar para él mediante una nueva transformación; desde allí, derivada por la vena cava en todas direcciones, lleva alimento a cada parte; pues todas toman su alimento de allí, y así se alimenta, crece y se perfecciona el feto.

Sin embargo, alrededor del noveno mes, habiéndose hecho más grande y necesitando más alimento y espíritu, no se deja encerrar por más tiempo. Por lo tanto, primero se enrolla, inclinando la cabeza hacia la pelvis y estirando los demás miembros hacia arriba —esto a veces lo hace un mes antes del parto— y, al girarse así, no rompe nada, porque el cordón umbilical, generalmente de dos codos de largo, rodea al feto de muchas maneras y con envolturas. Cuando el parto es inminente, él patea, primero rompiendo la membrana ἀμνίον con los impulsos frecuentes de manos y pies; luego, al enrollarse con mayor fuerza, disuelve muchas ventosas; en ese momento, la madre experimenta dolores más fuertes del vientre. Después, las secundinas se separan de las ventosas y las restantes membranas se desgarran y fluyen fuera del útero; y cuando ya no está adherido a nada más, el feto cae como una manzana madura de un árbol al soltarse espontáneamente del pedúnculo, y así la mujer da a luz al feto concebido.

He aquí cuán maravillosas son las cosas contenidas en estas palabras de la Sagrada Escritura: "Conoció Adán a su esposa, y ella concibió y dio a luz."

Ahora debemos examinar con una investigación diligente las palabras que la mujer pronunció cuando dio a luz, diciendo: "He adquirido un hombre con la ayuda de Dios."

La letra hebrea dice así: "He adquirido, o poseído, un hombre אֶת־יְהוָה (et-YHWH)."

El rabino Salomón explica este pasaje de la siguiente manera: "Cuando, dice, Dios creó a mí y a mi esposo, Él solo nos creó. Sin embargo, en este caso, yo he participado con Él"; de modo que el sentido sea: "He adquirido un hombre con Dios, porque no fue Él solo quien lo creó, como a nosotros: sino que yo concurrí con Él." Otros lo explican así: "Este hijo será posesión de Dios, y cuando nosotros muramos, él permanecerá en nuestro lugar para servirle a Él." Otros, como el rabino Abrabanel, dicen que esto se dijo "por gloria; porque si la primera vez la mujer fue adquirida y hecha del hombre, hueso de sus huesos y carne de su carne, ahora Caín, el hombre, ha sido hecho de la mujer Eva, su madre, con la ayuda o asistencia de Dios; y no se menciona anteriormente en el discurso de la mujer que la mujer salió del hombre; y he aquí, ahora también el hombre sale de la mujer; y esto es lo que dice: 'He adquirido un hombre', porque se lo apropia a sí misma y no a su padre."

Sin embargo, si se examina correctamente, este pasaje parece mostrar algo diferente. Pues dice: "He adquirido un hombre, o un varón, את־יהוה", es decir, el Señor tetragrammaton; de modo que el sentido es: he adquirido un varón, que es el Señor tetragrammaton. Para que esto sea más claro, es necesario recordar lo que el Señor dijo anteriormente a la serpiente, cuando dijo: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; él te aplastará la cabeza." De estas palabras, la mujer entendió que el Mesías, el redentor que aplastaría la cabeza del diablo y liberaría al hombre de su cautiverio y tiranía cruel, vendría. También entendió que este Mesías redentor no sería un simple hombre, ya que vendría

a vencer y superar al diablo, un enemigo fuerte y armado, y a despojarlo de sus armas: sin embargo, todo hombre es por naturaleza y fuerza mucho más débil que el diablo; además, todo hombre ya había sido reducido al poder del diablo y constituido su siervo. Pero el Mesías sería verdadero Dios de verdadero Dios y hombre perfecto, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y hecho superior a los cielos; quien, no obstante, nacería de su descendencia y sería su semilla, es decir, de la mujer; y según sería hombre, se le llama varón perfecto: y según sería Dios, יהוה, el nombre inefable que solo corresponde a Dios.

Por lo tanto, Eva, creyendo que su primogénito sería este, llena de inmensa alegría, cuando dio a luz a su primogénito, dijo: "He adquirido un varón, Dios tetragrammaton." Correctamente llama al Mesías tanto varón como Dios tetragrammaton; porque Cristo es conocido por ambos nombres a través de Jeremías. Se le llama varón cuando dice: "El Señor ha creado algo nuevo en la tierra, la mujer rodeará al varón"; y en otro lugar lo llama Señor tetragrammaton, diciendo: "Y este es el nombre que se le dará: el Señor tetragrammaton, nuestra justicia." Aunque esto sería verdaderamente en el futuro, la mujer no se engañó en la interpretación de las palabras; pero se equivocó al pensar que este hijo suyo primogénito, Caín, sería ese.

Cuando los padres reconocieron que él, contrario a sus esperanzas, tenía malos modales, comenzaron una nueva generación y engendraron a Abel. Esto es lo que sigue:

"Y dio a luz a su hermano Abel."

¡Qué fácil es que el juicio humano se equivoque, aquí se muestra claramente!

Es de notar que Abel no se escribe con א en hebreo, sino con ה: por lo tanto, significa vanidad, no dolor, como muchos falsamente dicen;

pues significaría dolor si se escribiera con אבל :א; pero no se escribe así, sino ה: הבל, vanidad, según aquello: "Vanidad de vanidades", donde está: הבל. Porque los primeros padres llamaron a su primogénito Caín, es decir, adquisición o posesión; y al segundo Abel, es decir, vanidad. Aunque esto fue así para los hombres — porque Caín permaneció en la tierra, tuvo hijos y adquirió bienes de la tierra, mientras que Abel, asesinado por su hermano, desapareció de la vista de los hombres—, para Dios fue completamente diferente. Porque Abel sería la posesión de Dios debido a su inocencia, justicia, fe y caridad; mientras que Caín sería vanidad y nada ante Dios, quien no miró a él ni a sus ofrendas: y finalmente fue condenado por sus crímenes. En estos dos hermanos se pueden contemplar a los justos y a los impíos, como en una imagen evidente.

A partir de que aquí no se añade "concibió" sino solo "y dio a luz de nuevo", algunos hebreos piensan que Caín y Abel fueron hermanos gemelos; pero eso es de poca importancia. Otros dicen que siempre nacían gemelos, un varón y una mujer, tanto en el primer como en el segundo parto, ya que la Escritura dice que Caín conoció a su esposa, sin mencionar su nacimiento; y que su hermana, nacida con él, fue su esposa; lo cual no me desagrada. Sin embargo, algunos de ellos dicen que estos hermanos nacieron en el Paraíso, no después de ser expulsados de allí, lo cual no es aceptado por los Santos Doctores y tampoco lo apruebo, así como no es aprobado por muchos de ellos, aunque casi todos los hebreos están de acuerdo en que Adán conoció a su esposa inmediatamente después de comer del árbol prohibido, cuando se escondieron entre los árboles. Pero, ¿cómo podrían haber hecho eso con tanto temor? Por lo tanto, creo que las cosas aquí mencionadas ocurrieron en el orden en que se relatan; y así como se dice que sucedieron después de ser expulsados del Paraíso, también estas cosas ocurrieron después de la expulsión.

Vr. 2 Abel fue pastor de ovejas y Caín labrador.

Texto Hebreo: Y Abel fue pastor de ovejas y Caín fue cultivador de la tierra.

Caldeo: Hombre que cultiva la tierra.

Dado que, según el mandato del Señor, todo el género humano debía comer su pan con el sudor de su frente, cuando los hijos nacieron de los primeros padres, la Escritura inmediatamente narra cuáles fueron sus ocupaciones, por las cuales ganaban su sustento para vivir: "Abel fue pastor de ovejas"; inocente, sencillo y humilde, que también fue la vida de los patriarcas, quienes se llamaron a sí mismos pastores de ovejas. Caín, sin embargo, era un hombre que cultivaba la tierra. El rabino Abrabanel nota aquí que Caín tomó para sí el oficio de cultivar la tierra, porque no temía a Dios y no se preocupaba por la maldición de la tierra: "Maldita será la tierra por tu causa", que se dijo a su padre Adán.

Uno podría preguntarse: dado que no se permitía comer carne, ¿para qué pastoreaba Abel ovejas? Pero las ovejas no son solo para el consumo de carne, sino para el uso de la leche, que no estaba prohibida; por la lana y las pieles, con las que se vestían; y finalmente para el sacrificio, como leemos más adelante que Abel ofreció al Señor de los primogénitos de su rebaño y de su grasa.

Vr. 3-5 Sucedió al cabo de muchos días que Caín ofreció al Señor un sacrificio de los frutos de la tierra; Abel, por su parte, ofreció de los primogénitos de su rebaño y de su grasa, y el Señor miró con agrado a Abel y su ofrenda; pero a Caín y a su ofrenda no miró con agrado; y Caín se enfureció mucho y su semblante se descompuso.

Texto Hebreo: Y al cabo de los días, Caín ofreció del fruto de la tierra una ofrenda al Señor; y Abel también ofreció de los primogénitos de su rebaño y de su grasa, etc. Y su semblante se descompuso.

El Parafrasista Caldeo dice prácticamente lo mismo, excepto esto: Y fue voluntad, o favor, de la presencia del Señor en Abel y su ofrenda; en Caín y su ofrenda no hubo favor, ni elección, ni corazón; y la ira de Caín se encendió mucho y su semblante se descompuso.

Theodotion tradujo: Y el Señor se inflamó sobre Abel, etc.

Algunos hebreos, entre los cuales está el Rabino Abrabanel, explican este pasaje de la siguiente manera: "Cuando la Escritura menciona las ocupaciones de estos hermanos, surgió una disputa entre ellos sobre cuál obra y arte era mejor y más aceptable para Dios. Caín decía que era mejor ser agricultor, ya que proveía alimento para toda carne, porque todo lo demás dependía de él, mientras que él no dependía de nada; lo cual es un gran honor; y porque en su trabajo había muchas especies de plantas y frutos y muchas otras cosas. Abel, por otro lado, decía que su arte era más honorable que la de Caín, porque el trabajo de Caín solo involucraba vida vegetal, como brotes, plantas y frutos: pero su propio trabajo implicaba vida y sensibilidad, y era superior, más aún porque la tierra en el trabajo de Caín estaba maldita para el hombre y producía espinas y cardos. Sin embargo, el pastoreo de ovejas no fue maldecido, y por eso ofreció los primogénitos de su rebaño y su grasa para mostrar sus perfecciones y bendiciones, porque en ellos había cosas que podían ser consumidas, además de la carne, como la mantequilla y la leche con sus productos lácteos. Además, es una ocupación y un gobierno y honor buenos en sí mismos, tanto que Dios es llamado pastor de Israel, y los Santos Padres y el rey David serán pastores y ninguno de ellos será agricultor. Por lo tanto, cuando hubo esta disputa entre ellos, dijeron: 'Que Dios lo vea y juzgue.' Y por eso ambos ofrecieron sacrificios y ofrendas al Señor de los frutos de su arte: Y el Señor miró a Abel y su ofrenda, enviando fuego del cielo sobre ella, y no sobre Caín y su ofrenda"; o, según el Rabino Levi ben Gherson, bendiciendo a Abel y no a Caín y sus obras. Esta es la explicación de los hebreos.

Nosotros, sin embargo, lo explicamos así. Cuando el primer hombre, iluminado por Dios, conoció que debía ser reconocido como el Supremo Señor y Sumo Dominador por todos los hombres y que debía ser adorado con culto sagrado y suprema reverencia, con los más altos honores, y también se reconoció no solo como el padre de toda la posteridad humana, de la cual toda persona derivaría su origen, sino también como el príncipe y jerarca de todo el género humano, a quienes debía proporcionar las normas de vida, el modo de vivir, las buenas costumbres y la sagrada religión y piedad hacia Dios y las cosas que son de derecho divino: no solo enseñó a sus primeros hijos las artes mediante las cuales ganarían el sustento para la vida corporal —porque Caín se convirtió en agricultor, y Abel en pastor de ovejas—, sino que también los instruyó en las leyes y normas de la sagrada religión, el culto divino y la piedad hacia Dios; primero, para que reconocieran al Dios Supremo y lo adoraran con mente y corazón, en espíritu y en verdad, y lo veneraran con los más altos honores y ofrecieran todos los dones que recibieran de su mano generosa, como a su benefactor, sacrificando víctimas y ofreciendo holocaustos para propiciar sus votos y obtener su favor. Así, estos hermanos, no olvidando las enseñanzas de su padre, ni siendo oyentes sordos, sino hacedores de las obras, ofrecieron dones al Señor y sus ofrendas como sacerdotes del Dios Altísimo y adoradores de la religión divina, santificándolas.

Para una comprensión más clara de este pasaje, primero debemos notar que estas ofrendas son llamadas δώρα por los Setenta, es decir, dones, y también θυσία, es decir, sacrificios. Por lo tanto, debemos considerar por qué se instituyeron estos sacrificios y qué es propiamente un sacrificio y cuántos tipos hay. Debemos establecer al principio que hay dos tipos de sacrificios: uno interno y otro externo. El sacrificio interno no es otra cosa que una cierta devoción mental y una ofrenda de uno mismo hecha a Dios en reconocimiento de su supremo dominio. El sacrificio externo es cuando aquello que

hacemos con la mente también lo expresamos externamente y lo mostramos: ya sea con la voz, y esto es la oración; o nos afligimos con abstinencias y mortificaciones; o finalmente con el martirio, que es el más alto sacrificio; o cuando ofrecemos una parte de nuestros bienes externos a Dios como signo de confesión y alabanza y en reconocimiento y agradecimiento por sus beneficios hacia nosotros, ya que de Él proviene todo lo que tenemos y poseemos.

Sin embargo, estos bienes externos que ofrecemos no son propiamente un sacrificio, a menos que se haga algo con ellos que los haga sagrados; pues las cosas externas son profanas; de ahí que sea necesario primero hacerlas sagradas antes de ofrecerlas en sacrificio. Porque el sacrificio es algo hecho sagrado; y sacrificar, según la etimología de la palabra, significa hacer algo sagrado. Por eso, en latín, en lugar de sacrificar, se dice hacer algo divino. Por lo tanto, para ofrecer dignamente estas cosas a Dios, se han instituido ritos sagrados, oraciones santas y ceremonias sacramentales por Dios y por la Iglesia, tal como se hacía también en la Ley Antigua.

En los sacrificios internos no es necesario hacer nada para que se vuelvan sagrados; pues nuestra mente ya es sagrada por la gracia recibida y la santificamos y la ofrecemos cuando la elevamos a Dios: incluso nuestros cuerpos se santifican por la gracia —pues, según el Apóstol, nuestros miembros son miembros de Cristo y nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo—, y lo mismo se aplica a lo que se hace con nuestros cuerpos.

Además, es importante notar que no hay un solo propósito para los sacrificios. Hay un sacrificio de mera alabanza y confesión y acción de gracias, cuando por él profesamos estar sujetos a Dios, como en la Ley Antigua había el sacrificio תודה תרומה, es decir, de alabanza y elevación. También hay un sacrificio de expiación y propiciación, por el cual la ira de Dios y su indignación hacia nosotros por nuestros pecados y la venganza de la ofensa divina se aplacan; y este

sacrificio se llama sacrificio por el pecado y presupone el pecado. De hecho, el pecado fue principalmente la causa de la institución de estos sacrificios. Porque, ya que todo nuestro género estaba bajo el pecado y era enemigo de Dios, era necesario instituir ciertos sacrificios para expiar los pecados.

Pero, dado que todos éramos enemigos de Dios, ¿quién entre los hombres podía alguna vez ser agradable a Dios y encontrar su favor, para poder estar ante Él y ejercer el sacerdocio y ser capaz de sacrificar, lo cual es hacer algo sagrado, y tener con razón esta potestad, ya que cada uno era odioso a Dios, concebido y nacido en pecado? ¿O quién podía ofrecer algo aceptable a Dios, que pudiera complacer y propiciar a Dios, ya que no solo nosotros mismos, sino también todas nuestras cosas eran profanas y estaban bajo maldición?

Solo uno fue encontrado inmune por naturaleza al merecido maleficio, quien por eso fue designado como víctima y sacrificio y sacerdote por nosotros, quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca, y fue ofrecido porque Él lo quiso y cargó con nuestros pecados. Así, se encontró un único sacrificio perfecto para eliminar y abolir el pecado de todo el mundo, a saber, la santísima e inocentísima carne de Cristo, ofrecida a Dios en el altar de la cruz mediante la pasión y la muerte sangrienta, para que Cristo se ofreciera a sí mismo como víctima inmaculada a Dios por el pecado, en redención de todo el género humano: tal como lo hizo en la cruz, cuyo poder sacrificial se extendería por todo el mundo y por todos los tiempos.

Porque aunque ese sacrificio duró un corto tiempo, su poder es perpetuo e infinito, no puede ser agotado y se extiende a todo tiempo. Por eso se dice: Cristo Jesús, ayer y hoy... y por los siglos; porque el poder de su sacrificio no solo se extiende al presente y al futuro, sino que también se proyecta hacia tiempos pasados en la

presciencia y previsión de Dios y en la fe de los Santos Padres, y tuvo poder sobre todos los sacrificios de los antiguos padres, ya sea los que estaban en la ley o los que fueron antes de la ley, representando como tipos y figuras ese sacrificio.

Ni para la limpieza y expiación del pecado ante Dios valían nada por mérito propio y virtud; pues era imposible, según el testimonio del Apóstol, que la sangre de los animales quitara los pecados, aunque limpiaran las irregularidades y las inmundicias contraídas por la transgresión de la ley, ante los hombres: sin embargo, por el poder de esta víctima, que representaban, podían sin duda expiar los pecados. De aquí que, según el testimonio del Arciprofeta, Cristo Jesús, el cordero inocente e inmaculado, se dice que ha padecido desde el origen del mundo; porque por la fe en el Salvador venidero, por el mérito de su futura pasión prevista por Dios y representada en esos sacrificios sangrientos, los Santos Padres, instruidos por Dios para creer y esperar en ello, recibían la gracia en esos signos sensibles de los sacrificios y eran expiados de sus pecados.

De esta manera, la Sabiduría divina liberó a aquel que fue formado primero... de su pecado. Adán, al recibir la promesa del Redentor y Salvador de Dios en las palabras de Dios a la serpiente, como explicamos anteriormente, se cree que ofreció un sacrificio a Dios para la expiación de su pecado. Pues además de lo que dijimos antes, que él sacrificó a Dios las carnes de aquellos animales de cuyas pieles el Señor hizo túnicas para él y su esposa, la tradición cabalística sostiene que, después de recibir consuelo angélico y la esperanza de futura liberación y salvación, levantó un altar en acción de gracias y sacrificó un becerro a Dios; y aunque esto no esté consignado en las Escrituras Sagradas, sin embargo, lo considero muy cierto.

¿Por qué no se menciona en las Escrituras el sacrificio que Adán ofreció primero? Creo que la razón fue para que, así como él fue

señalado como la raíz y origen del pecado en todos, no se designara también como la raíz y origen de la santidad en todos, lo cual correspondía a Cristo. Pues en la Escritura, Adán casi siempre representaba la persona de todos; pero al nacer el pecado y establecerse una nueva condición, él fue considerado como una persona privada, y por lo tanto sacrificó por sí mismo y por su esposa, como cualquier sacerdote, no como cabeza y origen de todos; y por ese sacrificio, él y su esposa fueron limpiados del pecado.

El sacrificio fue instituido para la expiación del pecado, así como para el honor divino; y de esta manera enseñó a sus hijos a sacrificar y ofrecer dones a Dios. Por eso, los hijos, instruidos por el padre, ofrecieron dones y sacrificios al Señor: y Caín, ya que era agricultor, ofreció dones de los frutos de la tierra; y Abel, pastor de ovejas, ofreció de los primogénitos de su rebaño y de su grasa; y el Señor miró con agrado a Abel y a sus dones; pero no miró con agrado a Caín ni a sus dones. Dios no hace acepción de personas, sino que juzga a cada uno según su mérito.

¿Por qué agradó a Dios Abel y sus dones, y a Caín no? Aquí debemos recordar lo que dijimos antes, que el sacrificio es doble: interno y externo; y Dios exige de nosotros primero y principalmente el sacrificio interno, antes que el externo; y este último nunca le agradará sin el primero; y si el interno no agrada, tampoco el externo lo hará jamás. Por lo tanto, Abel se ofreció a sí mismo primero a Dios con toda devoción de mente y su persona fue aceptada por Dios, por eso Dios miró a él y a sus dones, enviando fuego sobre él y sus dones, lo cual es un claro signo de aceptación divina; como se cree que ocurrió con el sacrificio de Noé, y el sacrificio de Gedeón en el libro de los Jueces, y de Salomón en el libro de las Crónicas, y de Elías; lo mismo aparece claramente en el holocausto de Aarón. Pero como Caín no agradó a Dios, tampoco sus dones agradaron.

¿Por qué agradó a Dios la persona de Abel, pero no la de Caín? San Juan responde en su Primera Epístola, diciendo que Caín era del maligno... y sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran buenas, porque era de Dios. Ser del maligno no parece significar otra cosa que ser del diablo, según lo dicho por el Señor: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre." Ser del diablo no debe entenderse según la naturaleza, cuyo autor es Dios, sino según las malas costumbres y obras, de las cuales el diablo es el inventor; y por eso se le llama padre de los pecadores; porque de él toda iniquidad ha tomado su origen. Abel, por su fe y caridad, era hijo de Dios.

El Apóstol en la Epístola a los Hebreos parece asignar otra razón, diciendo: "Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín, por la cual recibió testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y por ella, estando muerto, aún habla." Habla de la fe en Cristo, que Abel creyó en el Cristo venidero y por eso ofreció los primogénitos de su rebaño a Dios en sacrificio de corderos inmaculados, en cuyo sacrificio reconocía, veneraba y adoraba a Cristo y su pasión. Caín, sin embargo, era incrédulo y no tenía fe en la Redención; por eso no podía agradar a Dios y, aunque creía y veneraba a Dios como Creador, lo cual era casi seguro en ese origen del mundo, no creía en el Redentor ni lo esperaba; por eso ofreció de los frutos de la tierra, en los cuales se manifiesta la creación, no la redención.

En cuanto a la naturaleza de la ofrenda, la Escritura dice que ofreció de los frutos de la tierra; no de las primicias de los frutos, no de los escogidos y mejores, que se deben a Dios, sino de los frutos comunes y quizás incluso dañados o viles; de ahí que los frutos de la tierra se consideren viles. Abel, sin embargo, ofreció de los primogénitos de su rebaño y de su grasa: וּמֵחֶלְבֵהֶן, es decir, de sus adiposidades; חלב significa grasa: o de los escogidos y mejores de ellos; esa palabra también significa escogido y mejor. Con razón,

entonces, el Señor miró a Abel y a sus ofrendas, pero no miró a Caín ni a sus ofrendas. Caín, envidiando la gracia de su hermano inocente, se enojó mucho y su semblante cayó. Pues la envidia suele engendrar tristeza; por eso se dice que su semblante cayó por la tristeza y el dolor.

Vr. 6-7 Y el Señor dijo a Caín: ¿Por qué estás enojado? ¿Y por qué ha decaído tu semblante? Si haces lo bueno, ¿no serás aceptado? Pero si no haces lo bueno, el pecado está a la puerta. Su deseo será para ti, y tú lo dominarás.

Texto Hebreo: ¿Por qué estás enojado? ¿Y por qué ha decaído tu semblante? Si haces lo bueno, ¿no serás aceptado? Pero si no haces lo bueno, el pecado está a la puerta; y su deseo será para ti, y tú lo dominarás.

Traductor Caldeo: Si haces lo bueno, ¿no serás perdonado, o dejado? Pero si no haces lo bueno, el pecado vigilará en el día del juicio en el tiempo señalado para vengarse de ti, a menos que te conviertas. Si te conviertes, serás perdonado.

El Targum Jerusalén también traduce este pasaje en el mismo sentido; así dice: Si haces lo bueno en este mundo, se te dejará para el mundo venidero; pero si no haces lo bueno en este mundo, el pecado vigilará hasta el día del gran juicio y se acostará en la puerta de tu corazón. Sin embargo, en tu mano está la facultad de su mala concupiscencia, y tú serás su amo entre el mérito, o la justicia, y el pecado.

La traducción de los Setenta parece desviarse completamente de la verdad hebrea aquí.

Ahora vayamos a la explicación. ¿Por qué estás enojado? ¿Y por qué ha decaído tu semblante? No pregunta ignorando o desconociendo, sino más bien para incitar a Caín a que reconozca su pecado y advierta que está encendido de ira de manera irracional y sin justa

causa y que está afligido porque se entristece del bien de su hermano. ¿Por qué te entristeces, dice, del bien de tu hermano que recibió de mí, como si tú no pudieras obtener la misma gracia? ¿No es cierto que, si haces lo bueno, serás aceptado? es decir, ¿conseguirás la recompensa de las buenas obras? La Verdad Hebrea dice: Habrá elevación; de donde parece que este sentido prevalece: tu semblante ha decaído porque yo he mirado a tu hermano Abel y a sus ofrendas; pero no a ti y a tus ofrendas. Y esto lo hice porque las obras de tu hermano son buenas. Por tanto, no te enojes ni te entristezcas porque he preferido a tu hermano sobre ti y lo ves elevado por encima de ti. Porque si tú también, como él, haces buenas obras, habrá elevación, es decir, exaltación y preferencia: así como eres mayor que tu hermano por nacimiento y lo superas por naturaleza, también lo superarás en honor y dignidad, y entonces te alegrarás y exultarás, de modo que tu semblante, que ahora decae por la tristeza y el dolor, se elevará con alegría y exultación.

Pero puede tener otro sentido aún. Pues esa palabra [שאת] también significa remisión, de modo que el sentido sería: he mirado a tu hermano y sus ofrendas por sus buenas obras; pero no a ti y tus ofrendas, porque tus obras son malas. Pero ¿no es cierto que si te conviertes de tu mal camino y haces frutos dignos de arrepentimiento y obras buenas, habrá remisión, es decir, se te perdonarán tus pecados, y entonces miraré a ti y a tus ofrendas?

Este pasaje demuestra de manera clarísima y sin ninguna evasión la libertad del albedrío y la contingencia de la predestinación y la reprobación. Pues Caín ciertamente no fue predestinado; sin embargo, el Señor dijo que si hubiera hecho el bien, habría recibido la recompensa y habría evitado la condenación eterna, que es para los reprobados. Por eso, el Rabino Moisés Haddarshan explica este pasaje así: ¿No es cierto que si haces el bien, recibirás bendición; pero si no haces el bien, recibirás maldición? Pero si haces el mal, el

pecado estará inmediatamente a la puerta. ¡Ciertamente una sentencia difícil de explicar!

Para entender este pasaje, debemos ver qué se entiende por el término pecado y qué por la palabra puerta. Pecado es propiamente un acto perverso e inordinado, que cometemos por nuestra propia voluntad contra el precepto y la voluntad de Dios. Este acto, aunque pasa rápidamente, permanece sin embargo la mancha infectando el alma, permanece la culpa, permanece la conciencia del pecado, permanece finalmente la pena a pagar, en cuyos efectos, dado que el pecado de algún modo vive, también a menudo se designan con la palabra pecado. A veces, sin embargo, se llama pecado a la misma concupiscencia, que no se extingue con el acto del pecado, sino que crece; que siempre yace en la puerta de la voluntad, llamando siempre, es decir, pidiendo siempre el mal, atrayendo e inclinando propensamente. Por puerta a veces se designa algo conocido y evidentemente manifiesto, como se suele decir: "¿Quién errará en las puertas?" A veces, sin embargo, en las Sagradas Escrituras, la puerta significa el juicio, tanto temporal como final; pues en la antigüedad los juicios solían celebrarse en las puertas de la ciudad.

Así pues, se expone el primer lugar: Si haces el mal. Estos son los pecados, actos malos cometidos contra los mandamientos de Dios: Tu pecado estará a la puerta, es decir, la conciencia de tu pecado estará vigilando a las puertas, es decir, las reflexiones de tu corazón siempre te acusarán. Porque, manchados por crímenes y flagelos, somos atormentados por la conciencia, que siempre vigila a las puertas de nuestro corazón, y todo lo que hacemos o intentamos, inmediatamente se nos presenta y nunca nos permite estar felices; nunca se aplaca con el tiempo: sino que, después de mucho tiempo, vuelve para castigar y desgarrar el alma. Por eso también los hermanos de José, después de muchos años, recordaron el crimen cometido y sintieron miedo de muchas calamidades. Este sentido es

muy verdadero; pero, en mi opinión, no está muy enfocado en la letra.

Se expone de otra manera: Si haces el mal, tu pecado estará a la puerta, es decir, me será muy conocido, como las cosas que están a la vista, ante las puertas.

En tercer lugar, se expone: Si haces el mal, tu pecado vigilará en la puerta, es decir, la conciencia y la culpa de tu pecado vigilarán para la pena y el juicio, para exigir de ti las penas merecidas y tu propia conciencia te acusará y condenará en el juicio, de modo que tendrás que pagar perpetuamente por todos los crímenes cometidos. Escucha, dice, Caín: si haces el bien, recibirás la recompensa y los grandes y máximos premios; pero si haces el mal, pagarás las penas de tus crímenes, con tu conciencia acusándote y la culpa de tu pecado exigiendo las penas merecidas, serás juzgado por mí, condenado, castigado y pagarás penas tanto temporales como eternas.

Este sentido es muy verdadero y muy acorde con la letra: pues también conserva la antítesis y la proporción debida entre lo opuesto y lo propuesto; y la Parafrasis Caldea lo apoya mucho.

Sin embargo, podría exponerse de otra manera debido a lo que sigue: Pero su deseo será para ti, y tú lo dominarás: para que el pecado se entienda como la profana concupiscencia, que yace a las puertas de la voluntad, llamando, pidiendo el consentimiento de la voluntad y siempre atrayendo al mal, para que se cumpla; pero como no puede forzar a la razón y la voluntad, por eso se dice: Su deseo será para ti, y tú lo dominarás: es decir, debes y puedes dominarlo: puede atraer, pero no puede obligar. La primera explicación es más clara, y las palabras se exponen así: Si haces el bien, recibirás las recompensas; si haces el mal, serás juzgado y condenado, para que pagues las penas de tus crímenes. En ti hay una inclinación al mal; pues estás enojado con tu hermano y quieres matarlo, afectado por la

tristeza y el dolor por su bien y gracia. Pero puedes dominar esta inclinación, porque está bajo tu control; este deseo puede acechar e incitar, pidiendo ser satisfecho, para que se cometa el mal; pero no puede forzar: tú, como su dueño, puedes reprimirlo y controlarlo, para que no hagas el mal, sino el bien.

Sin embargo, este pasaje requiere una declaración más completa para una comprensión más profunda de estas palabras; pues parece que Dios aquí atribuye más al libre albedrío del hombre de lo que le corresponde por naturaleza y de lo que muchos otros pasajes de las Escrituras le permiten. Pues de Caín, que era del maligno y sin duda desprovisto de la gracia de Dios, ya que sus obras eran malas, por lo que Dios no miró a él ni a sus ofrendas, aquí se dice que su concupiscencia estaba bajo su albedrío, y que podía dominar el pecado y reprimirlo y controlarlo, como si estuviera bajo su poder. Sin embargo, muchos otros lugares de las Escrituras Divinas afirman claramente que el hombre no puede hacer nada, ni siquiera lo más mínimo, sin la gracia de Dios. En Juan leemos: Sin mí nada podéis hacer, como el sarmiento... si no permanece en la vid. San Pablo dice: No somos competentes por nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios. El beato Santiago dice que todo buen don y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces. Por lo tanto, para que este pasaje sea más claro, debemos considerar algunos puntos.

Y primero: el libre albedrío recibe su nombre de la deliberación racional, o discernimiento para elegir o rechazar algo, de modo que se llama libre albedrío, como si fuera un juicio libre de la razón. Se llama libre porque está bajo su propia potestad, teniendo la capacidad libre de elegir cualquier cosa que desee. Aunque el libre albedrío, según el significado propio de la palabra, denota un acto, es decir, un juicio libre de la razón, por consenso general, derivado del uso común del lenguaje, llamamos e interpretamos libre albedrío

como el principio de ese acto, por el cual el hombre juzga y elige libremente.

Este principio es una cierta facultad y poder del alma para elegir libremente cualquier cosa que conduzca a un fin, o cualquier cosa que desee; por lo tanto, el libre albedrío propiamente no es un hábito o poder del alma, sino una facultad. No es un hábito, porque si fuera un hábito, sería un hábito natural; pues es natural para el hombre tener libre albedrío. Sin embargo, no puede ser un hábito natural; los hábitos naturales son aquellos hacia los cuales nos inclinamos naturalmente, como los principios del entendimiento: pero aquellas cosas hacia las cuales nos inclinamos naturalmente no están sujetas al libre albedrío; sino que la voluntad las desea necesariamente, como el deseo de la felicidad. Así como el entendimiento se adhiere necesariamente a los primeros principios, así la voluntad al fin último; deseamos ser felices por necesidad, no por una necesidad de coacción, sino natural: porque la necesidad de coacción es contraria a la voluntad. Así como es imposible que algo sea natural y violento, ya que lo violento es lo que está en contra de la inclinación de la naturaleza, así es imposible que algo sea voluntario y forzado; lo voluntario es lo que está de acuerdo con la inclinación de la voluntad: lo forzado es lo que está en contra de la inclinación de la voluntad. Sin embargo, la necesidad natural no es contraria a la voluntad, como tampoco lo es la necesidad del fin; el fin impone la necesidad del medio; pues queriendo cruzar el mar, necesariamente se quiere un barco. La voluntad desea el fin último por necesidad natural, es decir, la eterna felicidad, así como el entendimiento asiente a los primeros principios; pero no desea todo lo demás necesariamente, porque no está naturalmente inclinada a todo lo demás. Así como el entendimiento se comporta respecto a los inteligibles, así la voluntad respecto a lo deseable.

Hay ciertos inteligibles que no tienen una conexión necesaria con los primeros principios: como son las proposiciones contingentes, cuya

remoción no implica la remoción de los principios; y el entendimiento no asiente a ellas necesariamente. Sin embargo, hay ciertos inteligibles que tienen una conexión necesaria con los primeros principios: como son las proposiciones necesarias, cuya remoción implica la remoción de los primeros principios y las conclusiones demostrables, a las que el entendimiento asiente necesariamente, al conocer mediante demostración la conexión necesaria con los principios; pero no asiente a ellas antes de conocer esta conexión necesaria.

Así, la voluntad se adhiere necesariamente a la suprema felicidad por sí misma; en segundo lugar, a aquellas cosas que tienen una conexión necesaria con la verdadera felicidad, mediante las cuales el hombre se adhiere a Dios, en quien está la verdadera felicidad. Sin embargo, antes de que se demuestre con certeza la necesidad de esta conexión, la voluntad no se adhiere necesariamente a Dios, ni a las cosas de Dios: pero la voluntad, teniendo por la visión divina la certeza de esta conexión necesaria, se adhiere necesariamente a Dios, así como nosotros deseamos necesariamente ser felices. Sin embargo, la voluntad no desea necesariamente los bienes particulares que no tienen una conexión necesaria con la felicidad, sin los cuales uno puede ser feliz; y estos están sujetos al libre albedrío junto con aquellos que tienen una conexión necesaria con la felicidad, antes de la certeza de esta conexión necesaria: ya que la voluntad no se inclina naturalmente a estas cosas. Por lo tanto, el libre albedrío no puede ser un hábito natural.

Tampoco puede ser un hábito no natural, ya que es natural para el hombre tener libre albedrío; por lo tanto, sería contrario a su naturaleza ser un hábito no natural, y contrario a su propia razón ser un hábito natural; porque su propia razón es tener dominio sobre sus actos y estar orientado hacia cualquiera de las dos opciones: lo cual no corresponde a un hábito natural. Por lo tanto, no es un hábito.

Tampoco es propiamente una potencia; pues si fuera una potencia del alma, siendo esta racional, sería o intelecto, o voluntad: porque las potencias racionales se dividen suficientemente en intelectiva y afectiva. Pero no puede ser el intelecto; el intelecto no es una potencia libre, sino natural, y opera meramente de manera natural; por lo tanto, no tiene dominio sobre sus actos, así como el sol no tiene dominio sobre su calefacción o iluminación. Tampoco puede ser la voluntad; la voluntad no puede tener arbitraje, es decir, juicio, así como el intelecto no puede tener libertad. Por lo tanto, ya que el libre albedrío implica juicio y libertad según su nombre, por razón de la libertad no puede ser intelecto, y por razón del juicio no puede ser voluntad.

Dado que la elección es propia del libre albedrío, pues por esto se dice que tenemos libre albedrío, porque podemos elegir una cosa, rechazando otra, la naturaleza del libre albedrío debe considerarse a partir de la elección. En la elección, se perciben claramente dos elementos que siempre concurren: el intelecto y el afecto; el intelecto deliberando y juzgando qué debe preferirse a otra cosa; y la voluntad deseando y aceptando lo que ha sido juzgado por la deliberación. Por lo tanto, se dice que la elección es intelecto apetitivo, o más bien apetito intelectivo; porque el objeto propio de la elección es lo que es para el fin, en cuanto tiene razón de bien útil; por eso, el Filósofo dijo que la elección es un deseo deliberado.

Aunque tanto la voluntad como el intelecto concurren en la elección, esta, sin embargo, es principalmente un acto de la voluntad, ya que su objeto es el bien útil, que es el objeto de la virtud apetitiva. Pero porque la voluntad no se dirige a tal objeto a menos que esté previamente conocido y comprendido, en la elección el intelecto actúa como consejero y mostrador del objeto elegible.

Con lo dicho, queda clara la naturaleza del libre albedrío. Dado que el libre albedrío sigue como acto propio de la elección, y la elección

consiste tanto en la voluntad como en el intelecto, es evidente que el libre albedrío consiste también en estas mismas potencias, abarcando tanto la razón como la voluntad. Como no es ni hábito ni potencia, como se ha deducido antes, será una cierta facultad de la razón y la voluntad para elegir libremente cualquier cosa que se desee; pues el intelecto no puede hacerlo por sí solo, ya que es una potencia natural y no libre; ni la voluntad por sí misma, ya que no puede deliberar y juzgar. Por lo tanto, la facultad del libre albedrío se causa por la concurrencia de la razón y la voluntad: así como la facultad y el poder de arrastrar un barco se causan por la concurrencia de la fuerza de dos hombres, para lo cual ninguno de ellos sería suficiente por sí solo; y de la concurrencia de la fuerza de la mano y el ojo resulta el poder de escribir, para lo cual ninguno de ellos sería suficiente por separado.

De la conjunción del intelecto y la voluntad resulta la facultad del libre albedrío y, con ella, la capacidad de elegir; por lo tanto, se le llama con el mejor nombre doble, de modo que uno se refiere a la voluntad, y el otro a la razón. "Libre" expresa la voluntad, y "albedrío" la razón. Sin embargo, la razón del libre albedrío reside principalmente en la voluntad más que en el intelecto. Pues no es a través del intelecto que el hombre es dueño de sus actos, ya que esa potencia no es libre, sino que actúa meramente de manera natural, sino a través de la voluntad, que es libre, y que también opera meramente de manera contingente y orientada a cualquiera de las dos opciones, y por ella merecemos y demerecemos: en la cual está la caridad. Y ella es la que, con su imperio, mueve todas las fuerzas del alma, incluido el intelecto; pues ella contempla el bien universal y el fin como objeto: y la potencia que contempla el fin universal mueve a las potencias que contemplan fines particulares. Así como el rey, que pretende el bien universal de todo el reino, con su imperio mueve a los gobernadores que se encargan del gobierno en cada ciudad o provincia: así la voluntad mueve a las demás fuerzas

del alma que están subordinadas al libre albedrío —pues no todas están subordinadas al libre albedrío, como son las fuerzas naturales vegetativas— a sus actos y operaciones; y también al intelecto mismo a la cognición de la verdad, o de cualquier otra cosa. Y por eso, en los malos pensamientos a veces se acusa de pecado, porque la voluntad los ordena o los acepta.

Por lo tanto, cuando decimos que el libre albedrío es la facultad de la voluntad y la razón para elegir, la voluntad se considera como principal, y el intelecto como concomitante. Pues la razón dicta lo que se debe hacer, y la voluntad manda; por eso el intelecto es como el consejero, y la voluntad como el comandante. Aunque la recta razón es la regla y la norma del libre albedrío y de la voluntad para actuar correctamente, de modo que un acto desviado de la recta razón se llama malo, toda la razón del dominio y del poder reside en la voluntad; porque la razón es consejera de la voluntad. Así como el rey actúa mal si no sigue el buen y recto consejo de su consejero, o actúa en contra de él, todo el dominio sobre este asunto reside en el rey; lo mismo sucede con la razón y la voluntad. Tan grande es la libertad de la voluntad, que a menudo actúa incluso contra el juicio de la recta razón: aunque esto sea más un defecto de la libertad que libertad. De aquí que leemos en Lucas sobre el siervo que conoció la voluntad de su señor... y no la hizo, sino que hace cosas dignas de azotes. De aquí proviene el pecado de malicia deliberada, distinto del pecado de ignorancia. De aquí también que leemos en la Epístola de San Pedro sobre aquellos para quienes lo último ha sido peor que lo primero: "Mejor les hubiera sido no conocer el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado." Por lo tanto, el libre albedrío reside principalmente en la voluntad. Así pues, es una cierta facultad libre de la voluntad y la razón para elegir libremente lo que desea.

Sin embargo, su libertad no consiste propiamente en que quiera esto tanto como quiera lo contrario; es decir, tanto quiera el bien y lo

elija, como pueda querer y elegir el mal. Pues en Dios, los ángeles y los bienaventurados hay libre albedrío, que no pueden querer y elegir el mal; y, como ya se ha dicho, el querer el mal es un abuso y un defecto de la libertad. Pero consiste propiamente en que todo lo que quiere, lo desea bajo su propio imperio, porque así quiere, que desea querer y complacer, y se mueve a sí mismo en el acto de querer y domina sus actos. Por lo tanto, aunque los bienaventurados necesariamente aman a Dios y no pueden dejar de amarlo, y odian tanto el pecado que no pueden ni siquiera desearlo: sin embargo, hacen todo esto libremente, porque así quieren querer y no querer.

Así, el libre albedrío también se aplica a lo necesario; sin embargo, en cuanto a la deliberación, no se refiere más que a lo contingente. Nadie delibera sobre lo necesario o lo imposible de ser de otra manera: pero se delibera sobre las cosas que pueden ser de otra manera; y así, no se refiere al presente o al pasado, sino siempre al futuro, que es contingente. Pues lo que es presente, está determinado, y no está en nuestro poder que sea o no sea, cuando es; puede no ser, o ser diferente después: pero no puede no ser mientras es, ni ser otra cosa mientras es lo que es; pero en el futuro, si esto o aquello sucederá, eso pertenece al poder del libre albedrío. Sin embargo, no todas las cosas futuras están bajo el poder del libre albedrío: sino solo aquellas que pueden hacerse o no hacerse mediante el libre albedrío; pues si alguien quiere y planea hacer algo que de ninguna manera está en su poder, se le consideraría insensato.

Habiendo visto la naturaleza del libre albedrío, ahora debemos considerar su poder, lo que puede y cuánto puede. La primera potestad del libre albedrío es que no puede ser forzado por ningún agente, ya sea creado o increado, en cuanto a su propio acto, que es un acto interior. Pues en cuanto al acto exterior, puede ser forzado, como doblar las rodillas ante un ídolo y encender incienso con sus propias manos; pero en cuanto al acto interior, que es querer y elegir, puede ser inducido, movido, impedido: pero no forzado; puede ser

inducido por penas, persuasiones eficaces, promesas, terrores, amenazas, inclinaciones a cosas tristes, o halagos de cosas deleitables, que pueden inclinar el libre albedrío hacia algo; y así puede ser inducido tanto por la criatura como por Dios.

En segundo lugar: puede ser movido o cambiado por Dios, cuando se dirige con su poder hacia una cosa; sin embargo, Dios puede insertar en él una afección hacia otra cosa, o incluso lo contrario, que acepta: así, Dios hace que un hombre, que ama excesivamente las cosas temporales, se convierta en despreciador de ellas y amante de las cosas celestiales.

Puede ser impedido por una lesión corporal debido a la conexión e inclinación que tiene hacia la naturaleza corporal; pues muchos se vuelven locos por una lesión corporal y se ven impedidos de actuar con libre albedrío. Aunque las fuerzas racionales, ya que vienen de lo externo y no se derivan de una potencia material, no están mezcladas con el cuerpo, ni usan un órgano corporal para ejercer sus actos; sin embargo, dado que el alma racional se une al cuerpo para constituir un tercer ente, que es uno en esencia y al cual se le debe propiamente la operación, porque es uno, y esta operación no es solo vivir o sentir, o moverse, sino también razonar e inteligir: por eso el alma, mientras está en el cuerpo, no entiende completamente sin el cuerpo, aunque no a través del cuerpo, como ejerce las operaciones anteriores. Pues dado que dos cosas concurren al acto de entender: la recepción de las especies y el juicio: y la recepción de las especies proviene del cuerpo; pues recibidas a través de los sentidos corporales, llegan al intelecto agente, por el cual se vuelven intelectuales, y al posible, por el cual se entienden, y que también juzga. Para que esto pueda suceder, se requiere la disposición adecuada del cuerpo. Así como, aunque el alma no dependa del cuerpo, para que esté en el cuerpo, es necesario que el cuerpo esté debidamente dispuesto, y por la corrupción de esta disposición puede suceder que el alma ya no esté en el cuerpo; así, para que el

alma entienda en el cuerpo, es necesaria la disposición óptima de los sentidos corporales; y cuando esta disposición se daña, el intelecto no puede entender ni juzgar; y así se impide el acto del libre albedrío, conservando su naturaleza y razón propia.

Así pues, el libre albedrío puede ser impedido, pero no puede ser forzado en absoluto; porque forzarlo sería mover y compelir con una fuerza externa y ajena a la voluntad deliberativa, que actúa contra su inclinación, hacia algo que no desea. Esto es imposible. Así como es imposible que algo sea natural, es decir, según la inclinación de la naturaleza, y violento, es decir, contra la inclinación de la naturaleza, así es imposible que algo sea voluntario y libre, es decir, según la inclinación de la voluntad, y forzado, es decir, contra la inclinación de la voluntad. Por lo tanto, como esto es absolutamente imposible, ni ninguna criatura ni Dios pueden forzar el libre albedrío. No digo que Dios no pueda quitarle su libertad: esto, por supuesto, puede hacerlo debido a su inmenso poder; pero si le quitara su libertad, también destruiría su naturaleza. Pero digo que, conservando su naturaleza y la propiedad de su libertad, es imposible e incomprensible que el libre albedrío pueda ser forzado.

En cuanto a su poder en las operaciones, el libre albedrío puede considerarse de tres maneras: o en un estado puramente natural, con la influencia general y la ayuda de la gracia de Dios. Porque Dios es también la causa de todos los efectos positivos de las causas particulares: no solo el fuego quema, sino Dios con el fuego: y cada cosa opera, pero concurriendo Dios a tal operación; así concurre Dios, de modo que opera junto con aquella cosa según su modo: así "administra las cosas que ha creado, de modo que permite que actúen según sus propios movimientos"; por lo tanto, opera necesariamente con causas necesarias según su orden, con causas contingentes contingentemente, con causas naturales naturalmente, y con causas libres libremente; y así, Dios concurre con la operación del libre albedrío del hombre con una influencia general.

En segundo lugar: puede considerarse con el don especial y la influencia de la gracia gratificante, en cuanto es libre de culpa; y finalmente, de miseria, y es la libertad de la gloria, que nos espera en la patria celestial, y está en todos los bienaventurados. El libre albedrío tomado de esta tercera manera, siendo el más perfecto, el más unido al sumo bien, el fin último y la verdadera felicidad, y sus obras son completamente perfectas, de modo que solo puede hacer el bien; no solo no puede hacer el mal, sino que, por la gracia perfecta y consumada, no puede hacerlo en absoluto. Por lo tanto, es el más libre y mucho más libre de lo que fue en los primeros padres, porque está totalmente libre de aquella servidumbre de la que se dice: "El que comete pecado es esclavo del pecado"; y cuanto más lejos está de esa servidumbre, más libre es su juicio en la elección del bien.

Pero en cuanto se le da el don especial de la gracia en el presente, en los primeros padres antes de la caída, podían hacer el bien con gran perfección y facilidad: podían no hacer el mal, pero no podían no tener la capacidad de hacerlo; eran ciertamente muy libres, porque no solo sin coacción y necesidad, sino también sin culpa y miseria, podían con toda facilidad desear y elegir el bien que habían decidido por la razón. Sin embargo, no estaban completamente libres de la capacidad de pecar: podían no pecar, pero tenían la capacidad de pecar. En nosotros, el libre albedrío con el don de la gracia es más imperfecto; pues puede pecar, pero no puede no pecar, al menos venialmente, según aquello: "Siete veces al día cae el justo"; y en Juan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros"; y en las ocasiones que se presentan sin plena deliberación, se incurre en pecado venial: y de tales ocasiones el hombre en esta vida no puede estar completamente libre de todas, aunque puede evitar cada una individualmente, y porque no las evita, incurre en pecado.

Sin embargo, en cuanto a la realización del bien, puede merecer el aumento de la gracia y la caridad a través de actos elicitados con el hábito de la gracia, y finalmente alcanzar la gloria; como dice San Pablo a Timoteo: "Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día...; no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida". Pues aquello que se da a alguien según la justicia, se merece de manera adecuada. Esto, sin embargo, no es según la naturaleza en sí misma y en cuanto tales obras proceden simplemente del libre albedrío; pues de esta manera no pueden ser meritorias de la vida bienaventurada: ya que los sufrimientos de este siglo no son dignos de la futura gloria que se revelará en nosotros; pero, sin embargo, por institución del legislador: así como podría el rey instituir que se diera tanto por una moneda de poco valor como por el oro; también por el don de la gracia. Y porque tales obras proceden del Espíritu Santo habitando en el hombre justificado por la gracia y moviendo su libre albedrío a la obra meritoria, y en cuanto tal obra procede del Espíritu Santo, que es de valor infinito, merece de manera adecuada un bien infinito, es decir, la vida eterna. De aquí que San Pablo dice a los Romanos: "La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no confunde, porque el amor de Dios ha sido derramado... por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". Luego añadió: "Pero Dios muestra su amor hacia nosotros, porque si siendo aún pecadores..., Cristo murió por nosotros: mucho más, ahora justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por medio de él". Mucho más, dice; porque el libre albedrío merece de manera congruente la justificación: y mediante la justificación, la gloria de manera adecuada.

Si, sin embargo, consideramos finalmente el libre albedrío despojado de tal don de la gracia, pero en puras naturales únicamente, con la ayuda general y el influjo de la gracia, es muy imperfecto. Primero, estando despojado de la gracia en este estado.

Puesto que en este estado necesariamente está bajo algún pecado, ya sea original o actual, o bajo ambos, no puede por sí mismo levantarse del pecado con su propia fuerza; es necesario que Dios le perdone la culpa y le otorgue la gracia: esto, sin embargo, no puede merecerlo de manera adecuada; porque si la gracia fuese por mérito, ya la gracia, como dice el Apóstol, no sería gracia.

En segundo lugar, no puede evitar meritoriamente el pecado mortal, tal cual: en efecto, puede evitar simplemente el acto de pecado; ya que para que el pecado ocurra se requiere plena deliberación: y para deliberar no está obligado por ninguna virtud, ni puede ser obligado, ya que por el pecado no pierde la libertad en cuanto a su esencia. Por lo tanto, como el pecado es voluntario, tanto que si no es voluntario, no es pecado, y la voluntad en ello todavía es libre para cualquiera de las dos opciones, puede cometer y evitar el pecado. Pero digo que no puede evitarlo meritoriamente; porque el principio del mérito es la gracia y la caridad, que no tiene.

En tercer lugar, el libre albedrío, tal cual, puede de hecho elicitar un acto meritorio en general movido sin gracia, pero no meritoriamente. Los filósofos que no tenían gracia tanto postularon como tuvieron actos de virtudes morales; sin embargo, no merecieron nada, ya que el principio del mérito es la gracia, que no tenían; y los hebreos aún también tienen celo de Dios y realizan muchas buenas obras de la ley, aunque estén despojados de gracia; y muchos pecadores llevan a cabo muchas obras de fe y misericordia, estando sin embargo en pecado.

Cuarto: no puede elicitar un acto meritorio condigno de la vida eterna. Porque de los puros naturales nadie puede ser digno de la vida eterna; así, el Señor, según San Mateo, cuando hablaba sobre conseguir la vida eterna, dijo: "Para los hombres esto es imposible; pero para Dios todo es posible"; y así deben entenderse esas palabras: "Sin mí no podéis hacer nada"; y: "No somos suficientes

para pensar algo por nosotros mismos, como si fuera de nosotros"; y todas las demás similares, que no podemos hacer ni obrar nada digno de la vida eterna sin gracia.

Quinto: aunque el libre albedrío no puede levantarse del pecado y merecer la gracia condignamente, sin embargo, puede hacerlo congruamente y decentemente; pues la atrición y la contrición del pecado son actos congruamente dignos de gracia. Por medio de la contrición, o al menos de la atrición, puede disponerse a recibir la gracia en cualquier momento; sin ningún influjo especial, sino por los puros naturales y el influjo general, puede ser afectado por la displacencia, el dolor y el arrepentimiento del crimen cometido, y así prepararse para recibir la gracia. Pero Dios, que quiere que todos los hombres se salven y no quiere que nadie perezca, siempre les ofrece la gracia liberalmente; esto es: "Yo estoy a la puerta y llamo: si alguno... abre la puerta..., entraré... y cenaré con él"; de hecho, el libre albedrío lo previene con su misericordia gratuita, como dice el salmista: "Su misericordia me precederá"; y en otro lugar: "Tu misericordia nos anticipe pronto, Señor". Por lo tanto, si el libre albedrío, afectado por el arrepentimiento del crimen cometido y mediante la contrición o atrición consiente a la gracia liberalmente ofrecida por Dios, sin duda obtendrá la gracia santificante y se hará digno de la vida eterna; pero si resiste a Dios y rechaza y reniega la gracia ofrecida, se constituirá en reo del fuego del infierno y de la muerte eterna: porque si no cumple con todos los mandamientos divinos, que tampoco puede cumplir sin el don de la gracia, para poder dignamente conseguir la vida eterna, está establecido: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos"; ciertamente no puede excusarse ni defenderse diciendo que se le manda lo imposible, que no puede cumplir dignamente por su propia virtud sin el don de la gracia. Pues Dios continuamente presta y ofrece la ayuda de la gracia siempre; y si no la tiene para que pueda cumplir dignamente aquello que de otra manera no puede guardar, es por su

culpa, porque no quiere tenerla y disponerse a recibir la gracia ofrecida, para ser justificado. Por lo tanto, puesto que la gracia de Dios siempre nos asiste presente cuando queremos, y se aleja cuando no queremos, es casi como si estuviera en nuestro poder guardar dignamente los mandamientos: porque siempre está en nuestro poder disponernos a la gracia y prestarle digno asentimiento a la gracia ofrecida; cuando hacemos esto, siempre obtenemos la gracia. Por eso el Señor decía en Mateo: "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo". Hacemos ciertamente el árbol bueno, que produce buenos frutos y no puede producir frutos malos, cuando abrimos el corazón al Dios que llama a través de la contrición y le consentimos, para que entre y cene con nosotros, consintiendo a la gracia ofrecida y recibiéndola con la debida disposición, una vez quitado el obstáculo, mediante la justificación.

Estas cosas vistas así, la comprensión del presente lugar será clara y evidente. Pues cuando el Señor dice a Caín: "El deseo de él estará bajo ti y tú lo dominarás", aunque Caín tuviera libre albedrío, y aunque careciera de gracia, estaba en su libre poder frenar el deseo del pecado para que no se convirtiera en acción; lo cual, como se ha visto, puede hacer sin el don de la gracia. Sin embargo, es cierto que no podía hacerlo dignamente y con mérito para la vida eterna sin el don de la gracia santificante; y si el Señor lo entendió así, le dijo que podía frenar y vencer el pecado, en cuanto que le ofrecía libremente su gracia y estaba en el poder de Caín darle un asentimiento digno a la gracia ofrecida, con la cual podría meritoriamente frenar el deseo del pecado y evitar completamente el pecado. Así también debe entenderse lo que dijo antes: "¿No serás enaltecido si obras bien?", es decir, la recompensa. No que Caín pudiera merecer dignamente sin gracia; sino que, porque podía asentir a la gracia que el Señor le ofrecía y recibir la gracia disponiéndose, con la cual podría obrar bien dignamente y merecer la vida eterna.

Muchas otras cosas podrían señalarse en este lugar, especialmente sobre la contingencia de la predestinación y la reprobación; ya que Caín no fue predestinado, sino reprobado, sin embargo, el Señor le dice: "Si obras bien, serás enaltecido"; porque el Señor no deja completamente a los reprobados, sino que los exhorta al bien, para que reciban la recompensa; y muchas otras cosas, que dejamos para otro momento más oportuno y serio de tratar.

Versículo 8: "Y Caín dijo a Abel...: Salgamos al campo. Y cuando estaban en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató".

Texto hebreo: "Y Caín dijo a Abel su hermano... Y cuando estaban en el campo, Caín se levantó, etc."

Así exactamente lo traduce el intérprete caldeo.

El Targum de Jerusalén tradujo este lugar de forma paráfrastica así: "Y Caín dijo a Abel su hermano: Ven y salgamos a la superficie del campo. Y cuando ambos salieron a la superficie del campo, Caín respondió y dijo a Abel su hermano: No hay juicio y no hay juez, y no hay otro mundo, y no hay recompensa buena por la justicia, ni venganza por la iniquidad: y el mundo no fue creado en misericordia, ni el rector o gobernante es misericordioso. ¿Por qué, entonces, fue aceptada tu ofrenda de ti según su voluntad, y de mí no fue aceptada en su beneplácito? Respondió Abel y dijo a Caín: Hay juicio y hay juez y hay otro mundo, y hay expectativa de una buena recompensa por la justicia y venganza por la iniquidad: y el mundo fue creado en misericordia y el regente o príncipe es misericordioso. Sin embargo, en los frutos de las obras buenas aceptó mis obras rectas más que las tuyas; mi ofrenda fue aceptada de mí en su beneplácito o voluntad, y de ti no fue aceptada en la voluntad. Y ambos estaban en el campo discutiendo. Y Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató." Todo esto está en el Targum de Jerusalén; es una paráfrasis muy hermosa.

Sin embargo, la edición Vulgata griega concuerda con la nuestra; pues tiene: Καὶ εἶπε Κάιν πρὸς Ἄβελ τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ· Διέλθωμεν εἰς τὸ πεδίον: es decir: "Y Caín dijo a Abel su hermano: Salgamos al campo".

Ahora abordemos la exposición de este pasaje. Y Caín dijo a Abel. En hebreo hay una elipsis o aposiopesis aquí; pues no se expresa lo que Caín dijo a su hermano. Algo similar leemos en 2 Reyes: "Y David dijo en aquel día: Quienquiera que hiera al jebuseo...", lo que nuestra traducción dice: "David propuso... un premio a quien hiriera al jebuseo". Algunos hebreos dicen que lo insultó, lo ultrajó y lo llenó de palabras injuriosas; después de lo cual, aún hirviendo de ira, lo mató. Nuestra traducción, junto con la griega, tiene que le dijo: "Salgamos afuera"; esta paráfrasis no es desdeñable.

A mí, en verdad, después de estas, la Paráfrasis Caldea me gusta mucho. Sin embargo, el texto del discurso, según la Verdad Hebrea, parece expresar que Caín dijo a su hermano todo lo que el Señor le había dicho reprendiéndolo, y él repitió todas esas palabras a su hermano, como si Abel hubiera sido la causa de esa reprensión; por lo cual, encendido en un furor extremo contra él, se levantó y lo mató. Una idea completamente tonta e insana y venenosa se había apoderado de la mente de Caín. Pues pensaba que su hermano Abel había sido la causa de que el Señor no mirara hacia él y sus ofrendas: no obstante, sus ofrendas eran completamente indignas de ser miradas y aceptadas como gratas por Dios. Por eso dijo en su corazón: eliminaré a mi hermano del medio, y entonces Dios mirará hacia mí y hacia mis ofrendas y me bendecirá Dios, como bendijo a mi hermano. Pero su pensamiento lo engañó por completo; de ahí que sigue:

Versículos 9 – 12: "Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Y el Señor le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre

de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te dará sus frutos; serás errante y fugitivo en la tierra".

Texto hebreo: "Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel, tu hermano? Y él dijo: No sé. ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Y el Señor dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo. Y ahora maldito seas tú más que la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano. Cuando cultives la tierra, no añadirá dar su fuerza a ti; serás errante y fugitivo en la tierra".

Intérprete Caldeo: "La voz de la sangre de los descendientes, o hijos, que habrían de salir de tu hermano, clama ante mí desde la tierra".

Targum de Jerusalén tiene de manera similar: "La voz de las sangres de las multitudes de justos, que habrían de surgir de Abel, tu hermano, clama".

La edición Vulgata griega concuerda casi totalmente con la nuestra. Pues dice: "Y ahora maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano; cuando labres la tierra, no añadirá dar su fuerza a ti: στένων καὶ τρέμων ἔσῃ, es decir, suspirante y tembloroso serás en la tierra".

Ahora abordemos la exposición. ¿Dónde está Abel, tu hermano? La Sagrada Escritura narra que Dios, santo y bendito, siempre justísimo y severísimo vengador de todo pecado, reprendió a Caín por el crimen cometido al derramar la sangre de su hermano y lo castigó con justas penas, para que el mal no quedara impune y no fuera la culpa una deshonra sin el decoro de la justicia. Junto con esto, muestra que él es consciente y conocedor de todos los actos y de los pensamientos que habitan en lo más íntimo de los corazones; pues, aunque el corazón del hombre es perverso e inescrutable, él

escudriña los corazones y examina los riñones. De ahí que, al percibir los pensamientos más ocultos del corazón perversísimo de Caín, le pregunta dónde está su hermano. Pues el insensato Caín pensaba que, como había matado a su hermano sin que nadie lo viera o presenciara, también quedaría oculto para Dios; por eso, respondiendo, dice: No sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?

Entre los hebreos, en el Bereshit Rabba, según el testimonio del Rabino Abrabanel, se dice que Caín cometió tres pecados en ese día; el primero es: que no creyó en las palabras de Dios, que le había dicho al reprenderlo; el segundo es: que mató a su hermano Abel; y el tercero es: que mintió y engañó diciendo: "No lo sé; ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?". Aquí se muestra tanto la mentira como la arrogancia de Caín: "¿Por qué, dice, me preguntas por mi hermano, dónde está? ¿Acaso me lo confiaste a mí para que cuidara de él? ¿Qué me importa saber dónde está?". Dios esperaba que Caín produjera buenos frutos, pero hizo el mal; como una viña que se esperaba diera uvas, pero produjo agrazones. Dios interrogó a Caín sobre su hermano para, mediante esa investigación, confrontarlo con el crimen y la crueldad cometida, para que Caín se arrepintiera del grave delito, reconociera su culpa y, arrepentido, pidiera humildemente perdón a Dios. Pero él, haciéndose más duro y obstinado, no solo no reconoció su culpa, sino que con frente descarada y ceño indomable respondió con arrogancia e insensatez, considerando que Dios desconocía el hecho, ya que con ojos de carne, cuando mató a su hermano, no lo había visto presente; pero con los ojos de la mente, con los que se ve a Dios, estaba completamente ciego.

El Señor, al ver tanto su insensatez como su maldad, dijo: "¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. ¿Piensas, dijo, que me ocultas lo que has hecho a tu hermano; y qué

es esa voz que clama en mis oídos, la voz de la sangre de tu hermano, a quien has matado, que clama a mí desde la tierra?"

En hebreo se tiene: קֹול דְּמֵי אָחִיךָ צֹעֲקִים אֵלַי מִן־הָאֲדָמָה: es decir: "La voz de las sangres de tu hermano claman a mí desde la tierra"; o: "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra"; donde דְּמֵי, es לשן רבים, un plural.

Los maestros hebreos dicen que "sangre" en plural se usa para significar tanto la sangre de Abel como la de sus hijos, que habría engendrado si hubiera permanecido en el mundo; y por eso Dios dijo a Caín que no solo había derramado la sangre de un hombre, sino también casi la de una generación de hombres que habrían descendido de Abel. Los hebreos creen que por medio de estos dos hijos de Adán se propagaba todo el género humano, y que Adán ya había dejado de engendrar. Esta opinión la confirman ambas Paráfrasis Caldeas.

El Rabino Salomón dice que es porque Caín infligió muchas heridas a su hermano Abel, ya que no sabía de dónde saldría su alma, y por eso se dice: "La voz de las sangres", debido a la sangre que fluía por todas partes.

Algunos de los nuestros interpretan este pasaje de manera que Dios quería demostrar a Caín que su pecado era tan evidente y manifiesto para Él, como si la sangre misma de Abel clamase en voz alta al cielo.

Nosotros, sin embargo, creemos que este pasaje debe ser interpretado de otra manera. Por "sangre" entendemos propiamente el alma de Abel. Pues el hombre, compuesto de cuerpo y alma, con el cuerpo visible y el alma oculta, es llamado por los hebreos בשר ודם, es decir, carne y sangre; así entendemos en el Evangelio de Mateo, cuya fraseología es completamente hebrea, como fue escrito en hebreo, cuando el Señor dijo a Pedro, al dar testimonio de su

divinidad: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos". Carne, dijo, y sangre, es decir, hombre, para que entendamos por carne el cuerpo que se ve externamente, y por sangre el alma que se oculta internamente. Así también entendemos lo que el Señor dijo a Noé, cuando le dio a él y a todos sus hijos todos los peces del mar... y todo lo que se mueve y vive en la tierra, como las hierbas verdes para alimento, excepto, dijo, que no comerán carne con sangre, es decir, hombre. Pues enseguida sigue: "Porque el derramamiento de sangre de vuestras almas lo demandaré de mano de todas las bestias; y de mano del hombre, de mano del hermano de cada uno demandaré la vida del hombre. Quien derrame sangre humana en la tierra, su sangre será derramada; porque a imagen de Dios fue hecho el hombre". Donde claramente se ve que por sangre entiende el alma. Por eso Moisés en Deuteronomio advirtió mucho que no comieran carne con sangre, incluso de animales, diciendo: "Solo ten cuidado de no comer sangre; porque la sangre es la vida, y por tanto no debes comer el alma con la carne".

Por sangre, pues, aquí entendemos el alma de Abel que clama a Dios, no con voz, sino con razón, pidiendo ser vengada de su hermano inicuo y perseverante en la iniquidad y la maldad. Así como leemos en el Apocalipsis: "Vi bajo el altar las almas de los que habían sido asesinados por la palabra de Dios y por el testimonio que tenían; y clamaban en alta voz diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra?" Así ciertamente Abel clama en alta voz al Señor: y así, aunque muerto, según el testimonio del Apóstol, aún habla, manifestando ante Dios la maldad de su hermano. "Mira", dice, "tú, Señor, que eres justo y verdadero, lo que ha hecho conmigo mi hermano: qué acto tan vil, qué obra tan abominable, una nueva y rara matanza traída por primera vez a la vida de los hombres por su mano. Pues me ha matado cruelmente, siendo yo un hombre

simple, justo e inocente, su hermano, que nunca le hice ningún mal, ni siquiera le dije una palabra que pudiera herirlo. Me mató únicamente por hacer el bien, porque te complacía, porque ofrecía ofrendas gratas a ti, porque vivía piadosa e inocentemente, porque le daba testimonio de la verdad. Me mató a mí, digo, y no solo a mí, sino también a todos los que, por tu gracia, habrían salido de mí: una nación piadosa, santa y justa, dedicada a tu culto, que merecerían ser llamados hijos tuyos. Mira, pues, Señor, la locura intolerable, el crimen vil, el acto inexpiable, la culpa intolerable. Venga, pues, Señor, mi sangre, o mejor dicho, mis sangres; pues él ha destruido tanto a mí como a mis futuros hijos."

Creo que el Señor respondió: "Descansa un poco, oh Abel justo e inocente, hasta que se complete el número de tus consiervos y hermanos, que serán asesinados como tú, por la justicia y el testimonio de la verdad: porque junto con ellos te vestirás de la justa estola blanca de la inmortalidad por tu muerte injusta, y disfrutarás de gozos eternos por la violencia injusta que tu hermano te infligió, como el verdadero protomártir y primer testigo de la verdad. En cuanto a tus hijos, que contigo fueron asesinados, plantaré otra descendencia para tu padre en lugar de ti". Así está escrito: "Dios me ha dado otra descendencia en lugar de Abel, a quien mató Caín"; de la cual descendió aquella santa nación, que primero comenzó a invocar el nombre del Señor, por lo que merecieron ser llamados hijos de Dios.

Por lo tanto, este pasaje, cuidadosamente considerado, muestra a Abel ciertamente muerto en el cuerpo, pero aún vivo en espíritu y hablando; pues su cuerpo fue asesinado por la nefanda matanza de Caín: pero su alma no pudo ser asesinada; sino que aún vive inmortalmente, nunca perecerá. Por tanto, con razón debemos traer a colación algunas cosas sobre la inmortalidad del alma en este lugar.

Muchos hoy en día niegan que el alma sea inmortal, afirmando que muere junto con el cuerpo, basándose en que en Eclesiastés leen: "El destino del hombre y el destino de los animales es el mismo...; el hombre no tiene ventaja sobre el animal"; y el Apóstol también dice que solo Dios tiene inmortalidad. Además, algunos, alucinados por las apariencias de las razones naturales, argumentan que el alma depende de las imágenes sensoriales en su funcionamiento y necesita de ellas, y puesto que las imágenes sensoriales, sin las cuales creen que nada se puede entender, no existen sin el cuerpo, concluyen que el alma no puede permanecer después de la destrucción del cuerpo. Además, argumentan que todo lo que ha sido engendrado y ha comenzado a existir, necesariamente debe corromperse y dejar de existir: y el alma misma comenzó a existir; por lo tanto, postulan que el alma perecerá completamente junto con el cuerpo, al igual que las almas de los animales.

Pero la sabiduría de estos es insensatez e insania de hombres carnales, que no entienden las cosas de Dios y, por lo tanto, viven como animales brutos y piensan que su alma también morirá con el cuerpo, como la de los animales.

Sin embargo, la verdad católica y la fe han determinado que el alma comenzó junto con el cuerpo, no creada de otra manera que por Dios y infundida en el cuerpo, como su forma esencial y vida, vivificándolo y moviéndolo: pero que después de la muerte del cuerpo, permanecerá inmortal por sí misma, hasta que nuevamente se una al cuerpo en la resurrección universal, como la Santa Iglesia, columna de la verdad, lo determinó bajo anatema en el Concilio de Viena y en el de Letrán celebrado bajo León X. También se encuentra en la Clementina, De la Suma Trinidad y la Fe Católica, en el único capítulo.

Esta verdad, además de ser confirmada por la autoridad de la Iglesia universal, está apoyada por la autoridad de la Sagrada Escritura, los

doctores sagrados y la escuela universal de teólogos con razones y autoridades firmísimas como baluartes; también fue la opinión de los filósofos paganos verdaderamente sabios; y finalmente, se sostiene con monumentos de razones teológicas, morales y naturales.

En primer lugar, que el alma racional es la forma del cuerpo, además de lo que se ha determinado en los lugares mencionados, es evidente también según la opinión de los filósofos, que la definieron como el acto del cuerpo físico, orgánico, que tiene potencialmente vida; y porque si no fuera la forma que informa el cuerpo, el hombre verdaderamente no sería hombre; pues la forma es la que da el ser a la cosa. - Nota que fue la opinión de San Gregorio de Nisa que el alma no es la forma del cuerpo; pero esta no se sostiene.

Que el alma es inmortal y permanece después del cuerpo, Cristo lo probó primero contra los saduceos, que negaban la resurrección, el espíritu y el ángel, diciendo: "¿No habéis leído: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos". Puesto que el Señor dijo estas palabras en el Éxodo, esos padres ya estaban muertos, y no existían: si, por lo tanto, nada de ellos vivía, Dios sería llamado Dios de nada. Pero la relación de la criatura con Dios es real: por lo tanto, de una cosa existente: algo de ellos existía, no compuesto, no cuerpo; ya que no era cuerpo, sino cadáveres corruptos: por lo tanto, las almas vivían. Además, en Mateo el Señor dice: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno". Pero sería demasiado traer todos los testimonios del Nuevo Testamento aquí.

Esto también es evidente en el Antiguo Testamento. Pues Salomón, hablando de la muerte del hombre en Eclesiastés, dice: "Y el polvo vuelva a la tierra como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio". En cuanto a lo que Salomón dice en otro lugar: "El destino del

hombre y de los animales es el mismo, etc." Lo dijo desde la perspectiva de los insensatos, que en Sabiduría hablan así: "Corto y triste es el tiempo de nuestra vida, y no hay alivio en el fin del hombre; y nadie que sea conocido ha vuelto del inframundo. Porque nacimos de la nada y después seremos como si no hubiéramos sido; porque el humo es un soplo en nuestras narices". A esto en Sabiduría se responde: "Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará tormento alguno de muerte. A los ojos de los insensatos parecían morir... pero ellos están en paz".

Todos los doctores hebreos aseguran que Salomón habló allí desde la perspectiva de los insensatos, como él mismo dijo: "Dije en mi corazón respecto a los hijos de los hombres". Por lo cual el Rabino Abraham Aben Ezra, sobre ese pasaje, dice: “Este verso es según los pensamientos de los hijos de los hombres, que no tienen sabiduría ni entendimiento; quienes, al ver que el destino del hombre y del animal es el mismo, piensan que tienen el mismo espíritu, y que el hombre no es superior a los demás seres animados”. La glosa de los hebreos sobre el pasaje: "¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba y el espíritu de los animales baja abajo?" lo toma como "porque", ya que la palabra hebrea significa ambas cosas, y así expone el pasaje: "¿Quién reconoce, es decir, quién pone su corazón en pensar que el espíritu del hombre sube arriba al juicio divino, para rendir cuentas?" La firme opinión y fe de todos los hebreos es que el alma racional es inmortal, y la resurrección universal es para ellos un artículo de fe, como lo es para nosotros.

Esta misma verdad es manifiesta y clara según la opinión común de todos los católicos. San Dionisio Areopagita, cumbre y cúspide de la disciplina teológica, en el cuarto capítulo de "De los Nombres Divinos", entre muchas dotes que el alma ha recibido del Sumo Bien, enumera la inmortalidad, ya que posee la virtud intelectual, y de ahí una vida esencial e inmortal. San Agustín, en su libro "De la Inmortalidad del Alma", afirma y prueba seriamente lo mismo

extensamente. Omito la opinión verísima común a todos los teólogos que lo prueban ampliamente.

En cuanto a los filósofos paganos, Platón, príncipe de los académicos, en el "Timeo" enseña expresamente la inmortalidad del alma. Lo mismo opinaron la mayoría de los estoicos y Pitágoras, según refiere Plutarco. Aristóteles también en su obra "Sobre el Alma" parece expresar claramente esta opinión. En el libro 2 dice: "Respecto al intelecto y la capacidad especulativa, aún no hay nada claro: pero parece ser de otro tipo de alma y solo este puede separarse, como lo perpetuo del corruptible". En el libro 3 dice, hablando del intelecto: "Separado, esto es lo único que es, y esto es lo único inmortal y perpetuo". En el libro 12 de la "Metafísica", después de haber dicho que el alma, o la forma que mueve el cuerpo, no existe antes del cuerpo, sino con el cuerpo, como la salud está presente cuando el hombre está sano, y la forma de la esfera de bronce está presente cuando la esfera de bronce existe: añade que no toda el alma, sino el intelecto, permanece después, y nada lo impide. Muchos de los intérpretes de Aristóteles sostienen la misma opinión, y sería demasiado largo mencionarlos a todos.

Pasemos a las razones, presentando primero un cierto axioma universal basado en la concepción común de la mente, del cual podremos extraer conclusiones. Y es que todas las cosas se conocen por sus operaciones, y estas indican su naturaleza más cercana. Pues así como es la operación de una cosa, tal debe ser también su naturaleza, ya que la operación proviene de la naturaleza; y si las operaciones son del mismo tipo, deducimos que las cosas son del mismo tipo; y si tienen diferentes operaciones, son diferentes en tipo. Además, las operaciones muestran las potencias y su virtud de donde proceden, así como su propia naturaleza; si hay operación, procede de algún principio y cada uno de su propio. Y así, de los actos investigamos y deducimos las potencias y de las potencias la naturaleza de la cosa, incluso demostramos; como las cosas

naturales se conocen por el movimiento, y se demuestran por el movimiento.

Ahora bien, si esto es así, el alma deberá conocerse por sus obras y actos; y su inmortalidad y existencia separada del cuerpo también deberán conocerse. Pues si tiene algunas operaciones que no dependen del cuerpo, ni se llevan a cabo mediante un órgano corporal, será un argumento cierto y evidente de que puede separarse del cuerpo y es espiritual, puesto que tiene operaciones inmateriales y espirituales separadas del cuerpo; en cambio, si no hubiera tales operaciones, no podría separarse del cuerpo de ninguna manera y permanecer. Así también Aristóteles, en el libro 1 de "Sobre el Alma", al conjeturar sobre la naturaleza del alma, dice: "Si, por lo tanto, hay alguna operación del alma propia o de las pasiones, ciertamente podría separarse; pero si no hay ninguna propia de ella, no podría separarse". Pero ciertamente hay muchas operaciones propias del alma racional que no dependen del cuerpo en absoluto, ni de las imágenes sensoriales.

Primero: en cuanto a las operaciones del intelecto. Pues la mente misma, cuando entiende a Dios, las inteligencias o ángeles, las cosas invisibles y eternas, a sí misma y sus propios actos, estas intelecciones están ciertamente separadas del cuerpo, ya que no dependen de las imágenes sensoriales; pues las cosas espirituales no están sujetas a las imágenes sensoriales.

Además: la fe y los actos de fe, no solo con los que creemos en lo divino, sino también con los que aceptamos lo humano por la autoridad de alguien, son actos separados y superiores al sentido. Pues el intelecto no se convence para creer ni por los sentidos ni por las razones; no por las razones: porque entonces sería ciencia o opinión, no fe; ni por los sentidos: ya que, dados todos los actos sensoriales y toda la acción del agente racional, el intelecto no se verá obligado a creer; creemos porque queremos y porque el

intelecto quiere asentir a la autoridad de alguien. Por lo tanto, la fe es un acto separado.

Además: hay muchas otras operaciones del intelecto que el sentido no puede realizar, como razonar, elaborar silogismos, dividir, definir, ordenar, numerar, componer e incluso formar proposiciones, conocer universales, y muchas otras cosas que el sentido no puede realizar; pero estas las realiza otra potencia, es decir, el intelecto espiritual, y por lo tanto una esencia espiritual, de la cual es una potencia espiritual: pues así como es la operación, tal es la potencia, y como es la potencia, tal es la esencia. Aunque estas cosas el intelecto no puede realizarlas sin la ayuda de los sentidos y sin las imágenes presentadas: sin embargo, una vez dadas estas, el intelecto mismo las realiza por sí mismo; pues él ilumina las imágenes y extrae las especies inteligibles de las imágenes. Las especies inteligibles recibidas por el intelecto se contemplan sin ninguna ayuda; por lo tanto, ese acto es separado.

Además: entiende muchas cosas que no tienen imágenes que puedan mover el intelecto, sino solo terminar en él; como son todas las relaciones, que se entienden aunque no tengan especie. Por lo tanto, ese acto no depende del cuerpo, ya que no se recibe de las imágenes.

Más aún: el alma, además del modo natural de entender que, en su mayor parte, se realiza mediante las imágenes recibidas de los sentidos, puede entender muchas cosas por el influjo y movimiento de una causa superior: por Dios, mediante la revelación y la infusión de conocimiento y de especies inteligibles; de la misma manera que las inteligencias separadas del cuerpo. Pero ciertamente este modo de entender estará sin duda separado del cuerpo y de los sentidos, ya que no es mediante las imágenes, sino por Dios y la luz divina. Por lo tanto, esta operación del intelecto estará separada del cuerpo. Así que, si el alma tiene esta operación propia, ciertamente será separable del cuerpo, para que permanezca.

Además, muchas de las operaciones de la voluntad están separadas. En la voluntad, querer y no querer están por encima de todo sentido y de todo apetito sensitivo; pues la voluntad manda y domina sobre el sentido y el apetito sensitivo, y desea muchas cosas contra el apetito sensitivo, como se ve en la persona continente, que refrena y controla sus deseos para que no se desborden libremente.

Además: hay muchas virtudes que residen en la voluntad y que de ninguna manera pueden estar en el sentido, como el amor de Dios, el temor y la reverencia a Dios, la piedad hacia Dios y la devoción, la esperanza en Dios, etc. A estas cosas el sentido no puede elevarse ni desearlas. Por lo tanto, esos actos de la voluntad hacia Dios y lo divino no dependen del cuerpo: son, pues, propios.

Además: la voluntad es libre y dueña de sus acciones; pues se mueve a sí misma en primer lugar para actuar. Pero cualquier cosa que se mueve a sí misma en primer lugar y no puede ser movida naturalmente por otra criatura mediante un movimiento natural, es eterna y no puede perecer. Pues si tuviera que perecer, ciertamente sería por algún agente natural que la moviera naturalmente, eficazmente y violentamente. Sin embargo, la voluntad no puede ser movida así para su acción, porque es libre; por lo tanto, tampoco puede ser movida hacia la corrupción de su esencia o existencia; de manera que así como no se puede impedir su operación, tampoco se puede impedir su esencia o la existencia de su esencia. Y así como ninguna necesidad o fuerza puede ser impuesta a la voluntad por ninguna criatura, tampoco puede serlo a su esencia; pues, como hemos dicho, tal como es la operación y la potencia de una cosa, tal es su esencia, naturaleza y existencia.

Además: la virtud del alma racional es tal que, junto con sus potencias, se refleja sobre sí misma. Pues el alma quiere entenderse a sí misma, y entiende que quiere, y recuerda que quiso e entendió, y entiende y quiere recordarse. Así, el intelecto se refleja sobre la

voluntad, y la voluntad sobre el intelecto, y ambos sobre la memoria, y viceversa. De hecho, el intelecto se convierte y se refleja sobre sí mismo: pues entiende que entiende; y la voluntad igualmente quiere querer; y la memoria recuerda haber recordado. Pero ciertamente, todas estas cosas se realizan sin la ayuda de los sentidos y sin las imágenes sensoriales: pues no hay imágenes sensoriales para estos actos. Esto también demuestra que el alma es inmaterial, ya que el cuerpo no puede reflejarse sobre sí mismo, es decir, superponerse a sí mismo; por lo tanto, cuando el alma se convierte sobre sí misma, queda claro que es incorpórea, inmaterial y espiritual y, por lo tanto, incorruptible e inmortal: pues lo espiritual y lo inmaterial son inmortales.

Que sea espiritual también se refuerza por el hecho de que cada potencia se refleja sobre las demás, abarcando todas ellas y todos sus objetos y operaciones. Pues el intelecto entiende tanto la memoria como la voluntad y el bien, que es el objeto de la voluntad, y todas las operaciones de la voluntad. De manera similar, la voluntad ama la verdad o lo verdadero, que es el objeto del intelecto: y puede mandar y desear todas las verdades, el propio intelecto y todas sus operaciones. Y en la memoria se almacenan de manera similar todos los conocimientos de las cosas, incluso del propio intelecto y la voluntad y sus operaciones. Por lo tanto, es necesario que estas potencias sean espirituales, puesto que ninguna cosa corpórea puede comportarse de esta manera, que cada una de las tres pueda abarcar todas las demás por igual; ni se encuentran nunca tres medidas corpóreas tales, que cada una abarque todas las demás y cuanto abarcan las tres juntas. Por lo tanto, son potencias espirituales. Por lo tanto, el alma es inmaterial e inmortal.

Además: la inmortalidad del alma se comprueba a partir de la capacidad infinita tanto del intelecto como de la voluntad. Pues el intelecto tiene una capacidad infinita, y lo mismo la voluntad; ya que la voluntad puede amar el bien de un grado, y de dos grados, y de

cuatro, y de diez, y de mil grados, y así hasta el infinito. De igual manera, su apetito es infinito, que nada bajo el sol puede satisfacer plenamente, sino solo en parte; pues después de conseguir cualquier bien, la voluntad desea otro. Y el intelecto puede entender no solo este universo, sino también dos y tres, etc., sin límite; y puede entender la perfección de un grado, y de dos, y de tres, y de diez, y de mil, y así sin fin; y en la progresión de los números, puede, dado cualquier número, añadirle otro; de manera similar, en el progreso de las figuras, añadir sin fin. Por lo tanto, tiene una capacidad infinita. Y su duración será, por tanto, perpetua; pues así como es la propiedad de una cosa, así es también su esencia y existencia. Sin embargo, no puede abarcar lo infinito en acto, sino en progreso; así que no es una esencia infinita en acto, sino en duración.

Además, la inmortalidad del alma se prueba por su propia naturaleza. Pues aquello de lo que la vida se separa muere. Pero es imposible que la vida se separe del alma, porque ella es formalmente y según su razón vida; así como es imposible que la blancura se separe de sí misma, para no ser blanca: así la vida del alma.

Pero alguien podría decir que la blancura no puede separarse de sí misma, pero puede cesar y destruirse; y lo mismo del alma. Digo que si la blancura se destruye, es solo por algún agente que la destruye; y así también el alma, si se destruye, será destruida por algún agente. Pero todo agente es o creado o increado; y sobre el agente increado no hay duda de que puede destruirla, así como pudo crearla: pues, como cualquier otra cosa creada, depende inmediatamente de Dios en cuanto a su ser, quien influyó y operó externamente de manera contingente, pura y libre; por lo tanto, si Dios cesara en su obra, el alma tendería a la nada. Pero digo que el alma es inmortal, porque no puede ser destruida por la causalidad de ninguna cosa respecto de Dios. Pues toda corrupción surge de la dependencia del efecto de alguna causa. Ahora bien, algunos efectos dependen de cuatro causas: materia, forma, eficiente y fin, como

cualquier sustancia corpórea, especialmente la mixta; otros dependen solo de tres, como cualquier forma material: pues dependen de la materia, del agente eficiente y del fin, pero no de la forma, porque ya es forma, ni puede depender de sí misma; otros dependen solo de dos: del agente eficiente y del fin último, como las inteligencias, que no consisten en materia y forma, sino que son actos puros. Un efecto que dependa solo de una causa, verdaderamente no se da; aunque, según los filósofos, se da la inteligencia, que solo depende de Dios en el género de causa final.

Sin embargo, nuestra alma depende necesariamente del agente eficiente y del fin, como las inteligencias: por lo tanto, así como ellas, también ella es inmortal. No depende de la forma, porque ella es forma y acto; ni depende totalmente de la materia en su ser; pues así como en su operar no depende totalmente de la materia, sino que tiene algunas operaciones separadas, como se ha demostrado anteriormente: así tampoco depende de la materia en cuanto a su ser. Por lo tanto, separada no se corrompe.

Además, si el alma racional y el intelecto dependieran totalmente del cuerpo, de modo que, al faltar este, desaparecieran y dejaran de existir, entonces decaerían y declinarían cada vez más a medida que el cuerpo también declina y se debilita. Pues las facultades vegetativas y sensitivas, la fuerza, la forma y la belleza, y muchas otras cosas que dependen de la materia, se debilitan con la vejez y la enfermedad, y finalmente perecen junto con el cuerpo. Pero ciertamente el intelecto prospera en los ancianos, quienes, aunque su cuerpo esté debilitado y casi agotado, sobresalen cada vez más en juicio e ingenio, ciencia y prudencia. Por lo tanto, el intelecto no depende de la materia, ya que no envejece ni se debilita. Sería diferente si fuera una facultad orgánica, como lo son los otros sentidos y facultades, que se debilitan y envejecen por los objetos excesivos; pues, siendo orgánicas, se corrompen y dañan por el objeto excesivo e intenso que desarmoniza su funcionamiento

orgánico; pero el intelecto no se corrompe por el objeto excelente, sino que se perfecciona.

Además, si el alma fuera mortal y corruptible, se corrompería por sí misma, o por accidente, es decir, al corromperse el cuerpo, como se corrompen los accidentes. Pero no puede corromperse por accidente; pues la generación y la corrupción competen a la cosa como su ser: el ser se adquiere por generación y se pierde por corrupción. Por lo tanto, lo que es por sí mismo, se genera y se corrompe por sí mismo. Y es imposible que se corrompa por accidente a causa de la corrupción de otra cosa: pues entonces no sería un ser por sí mismo. Pero el alma existe por sí misma y puede existir por sí misma; pues lo que puede operar y opera por sí mismo, también puede existir por sí mismo y existe; pues operar no es sino del ser en acto y la operación demuestra la naturaleza de la cosa; pero nuestra alma puede operar y opera por sí misma sin órgano corporal, como se ha demostrado anteriormente: por lo tanto, puede existir por sí misma sin el cuerpo. Si, por lo tanto, es un ser que existe por sí mismo, no puede corromperse por accidente a causa de la corrupción del cuerpo; pues corromperse por accidente no es propio de los seres que existen por sí mismos, sino de los accidentes y de aquellos que dependen totalmente de la materia para su existencia.

Tampoco puede corromperse por sí misma; pues lo que se corrompe por sí mismo, se corrompe por lo contrario y en lo contrario: pero el alma no tiene contrario; pues nada es contrario a una substancia: y el alma misma es una substancia. Ni es una substancia compuesta de contrarios, ni mezclada de elementos, ni unida a cualidades contrarias, que disienten entre sí y se oponen mutuamente, y le preparan y maquinan su destrucción y disolución; sino que es una forma y un acto simple. Por lo tanto, siendo una forma simple que no depende de la materia, sino que existe por sí misma, será ciertamente inmortal e incorruptible, como las inteligencias, ya que son formas y actos simples que no dependen de la materia.

Finalmente, si el alma fuera mortal, se seguirían muchas e insostenibles incongruencias. Pues la razón de la verdadera bienaventuranza, que no puede estar en la vida presente, desaparecería completamente si no hubiera otra vida. Muchas virtudes también perecerían, ya que en esta vida no reciben recompensa, como la templanza, la sobriedad, la virginidad, la penitencia, la pobreza, la religión, etc.; pues estas virtudes privan y despojan de los mayores placeres de esta vida. Si en la otra vida no hubiera recompensa alguna para ellas, perecerían completamente, ya que tendrían poca o ninguna utilidad y placer: pero sí mucho mal y aflicción.

La justicia de Dios también sería totalmente injusta, pues en esta vida muchas virtudes y sus actos y obras no son recompensados; es más, los hombres santos y laudables, que continuamente se ejercitan en actos de virtud, frenando el placer y no satisfaciendo los deseos de la carne, sino castigando su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre, podrían decir muy verdaderamente lo que dijo el Apóstol: "Si los que duermen en Cristo perecen, si en esta vida solamente hemos esperado en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres". Pues ¿qué recompensa obtuvo Abel en esta vida por su justicia y verdad? ¿Qué recompensa obtuvieron las miles de mártires que lucharon por la justicia y la verdad hasta la sangre y la muerte? ¿Qué beneficio obtuvieron aquellos que, para preservar y defender los actos de virtud, por las leyes santas, por la gente, la patria y la república, sufrieron la muerte?

Finalmente, si no hubiera otra vida aparte de esta, podríamos acusar a Dios de injusticia y decirle, como Jeremías: "Justo eres tú, oh Señor, cuando presento mi causa ante ti; sin embargo, hablaré contigo de tus juicios: ¿Por qué prospera el camino de los impíos? ¿Por qué tienen bienestar todos los que tratan deslealmente y obran con iniquidad?" Por otro lado, los justos son mortificados todo el día, y son contados como ovejas para el matadero. Aquel hombre

rico, el gran epulón, era muy rico, se vestía de púrpura y lino fino y hacía banquetes espléndidos todos los días: pero actuaba con iniquidad; sin embargo, el justo Lázaro era muy pobre y un mendigo miserable, yacía en la puerta del rico, lleno de llagas, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico, y nadie le daba nada. ¿Dónde está, entonces, la recompensa de las virtudes y el castigo del pecado? ¿Dónde está la equidad de la justicia, que no deja ningún mal impune y ninguna buena acción sin recompensa? Vive, vive ciertamente el alma después de la muerte, y así murió... el rico y fue sepultado en el infierno, donde permanece en tormentos perpetuos por la gravedad de sus culpas: mientras que el justo Lázaro fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, donde ahora... es consolado en recompensa de sus virtudes. Así, ciertamente, Abel fue asesinado por su injusto hermano; muerto por su justicia, aún habla y clama a Dios para que vengue su sangre de la mano de su injusto hermano. Movido por su clamor, Dios inflige a Caín terribles penas por su crimen, diciendo:

"Maldicto seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano."

אָרוּר אָתָּה מִן־הָאֲדָמָה: Maldito seas de la tierra, o más que la tierra, o sobre la tierra.

מן (min) es una preposición en hebreo que a veces significa "de" o "desde", pero también puede ser una expresión hebrea para una comparación y significa "más", "mayor", "sobre".

El rabino Salomón interpreta esa expresión en el segundo significado: יותר, es decir, "más", de modo que el sentido sería: maldito seas tú más que la tierra, que fue maldita por el pecado de Adán, cuando se dijo: "Maldita será la tierra por tu causa". Sin embargo, el rabino Abraham Aben Ezra y el rabino Moisés ben Nachmán, según refiere el rabino Abrabanel, lo interpretaron de otra manera: que ciertamente lo maldijo para que siempre sufriera

escasez, indigencia y pobreza de la tierra que labraría; porque no le daría su fruto y producción como era debido; y también que si la cultivaba para sembrar, no prosperaría, ni le daría su fuerza, es decir, sus frutos, como antes lo hacía hasta el momento de esta maldición. Luego dice: "Que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano de tu mano", para mostrar que derramó su sangre y la escondió en la tierra.

Nosotros, sin embargo, lo interpretamos de modo que el justísimo Dios infligió a Caín penas por el crimen cometido. Se dan tres penas a sufrir. La primera es: "Maldito serás sobre la tierra"; la segunda: "Cuando la cultives, no te dará sus frutos"; la tercera: "Errante y fugitivo serás sobre la tierra".

Primero: Dios maldice a Caín diciendo: "Maldito seas sobre la tierra". Has cometido un gran crimen, has perpetrado un acto horrendo, has traído la muerte cruel por primera vez a un hombre con tu propia mano: una muerte tan terrible, tan espantosa para los hombres. Ahora, por tanto, los hombres, a causa del horror de tu maleficio, ciertamente te maldecirán: serás odioso, detestable y execrable para todos; y si la tierra fue maldita por el pecado de tu padre, con su aspecto inculto y horrible, estéril e infructuosa, cubierta de espinas y cardos, haciéndose execrable y detestable para los hombres, tú serás más maldito que la tierra, más detestable y execrable para los hombres.

Pues aunque la tierra, laboriosa y afligida con muchos trabajos, penas y dolores de los hombres, cultivada y trabajada, da frutos abundantes y agradables, y el pan, el más deseable de todos para el hombre, tú serás siempre odioso para los hombres, siempre malvado, llenando el mundo solo con malos frutos, nunca buenos, nunca agradables: de ti emanará toda iniquidad, todo fraude, todo engaño, opresión, violencia, robos, hurtos, avaricia, lujuria, amor desordenado de las cosas terrenales, costumbres perversas,

detestables y pestilentes. De ahí que tú serás más maldito, detestable y execrable que la tierra, pues estos frutos tuyos, espinas y cardos, son más odiosos, horribles y execrables.

Por lo tanto, serás maldito sobre la tierra. Maldito, digo, más que la tierra, porque aunque la tierra por su naturaleza germina espinas y cardos, cultivada produce buenos frutos, dulces y agradables: de ti, sin embargo, no saldrá sino maldad. Pues además de que nunca realizarás sino obras malas, injustas e iniquas, también nacerán de ti hijos imitadores de las obras de su padre, hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, malvados, sin afecto, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin bondad, traidores, temerarios, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán su poder.

Por lo tanto, tú serás maldito sobre la tierra y más que la tierra. Tú, digo, maldito, no la tierra por ti, sino a ti mismo te maldigo, y endureceré tu corazón, para que así como tú te privaste de mi gracia y te hiciste totalmente indigno de recibirla nuevamente, y rechazaste la gracia que te ofrecí con suma benignidad, resistiéndola con corazón duro e incircunciso, y preferiste lanzarte a la gran y terrible precipitación del crimen y a la ruina irreparable: también yo, en castigo merecidísimo por tu crimen y cruel pecado, te dejaré caer irreparablemente en toda otra maldad.

Esta es la primera y más lamentable pena que Dios infligió a Caín para que la sufriera.

Versículo 12: La segunda pena: "Cuando trabajes la tierra, no te dará sus frutos". Por el pecado del primer hombre, Dios maldijo la tierra, diciendo: "Maldita será la tierra por tu causa: espinas y cardos te producirá, y con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida. Con el sudor de tu rostro comerás tu pan". Dios no maldijo al hombre, sino a la tierra por el hombre. Pues Dios iba a sacar a Adán

del delito suyo por el don de su gracia, para colocarlo entre los elegidos, que iban a recibir la eterna bendición de Dios, a la derecha con los corderos, para que junto con todos los elegidos recibiera la eterna bendición. Pero maldijo la tierra, para que con los trabajos y sudores de la tierra expiara su pecado y, mediante la aflicción de la penitencia, mereciera recibir el perdón.

Sin embargo, en la pena de Caín, se maldicen tanto la tierra como él mismo, y primero él que la tierra. Caín es maldecido porque ya estaba contado entre los réprobos y condenados, nunca para ser dotado de la bienaventuranza eterna, sino para ser torturado con penas eternas por el mérito de sus crímenes y maldades. Luego, la tierra de Caín también es maldecida, y de hecho, es mucho más gravemente maldecida. Pues dice: "Con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida"; pero a Caín: "Cuando trabajes la tierra, no te dará sus frutos": la tierra ciertamente fue maldita para Adán; de sí misma no produciría más que espinas y cardos, abrojos, zarzas y hierbas insulsas e inapropiadas para la alimentación humana; pero trabajada, daría frutos y ofrecería su virtud. Sin embargo, a ti, dice, se te maldice de tal manera que ni siquiera con grandes, continuos y máximos trabajos, cultivada, trabajada y con toda diligencia e industria, no añadirá su virtud: no dará, digo, sus frutos para ti, excepto de manera muy avara y mezquina: de modo que, continuamente, sufrirá hambre, penuria y escasez, y se consumirá en una plaga constante de hambre extrema. Haré el cielo de bronce sobre tu tierra, de modo que ni el rocío ni la lluvia caigan sobre ella, para que se te vuelva muy pobre, estéril y infructuosa, porque tú la contaminaste y mancillaste con sangre humana; pues abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano de tu mano.

Dicen los hebreos que Caín escondió a su hermano asesinado en una fosa en el polvo de la tierra, como Moisés escondió al egipcio asesinado en la arena; pues insensatamente pensaba Caín que así el hermano asesinado podría ocultarse tanto de su padre como de Dios,

proponiendo no expiar la gravísima culpa del fratricidio con penitencia y confesión humilde, sino hacerla aún más grave con la falsedad del más vil engaño, negando con impudencia y procacidad haber hecho nada, o saber dónde estaba. Dijo, pues: "Antes de matar a mi hermano, miré alrededor y no vi a nadie presente; mi padre está lejos: no veo a Dios presente; así que esconderé el cadáver asesinado, ocultaré la sangre en la tierra. Cuando mi hermano ya no aparezca, si alguien me pregunta dónde está, responderé que no lo sé: ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Y así mi crimen quedará oculto; pues nadie podrá probarme que hice algo a mi hermano o que lo maté; nadie me vio, nadie podrá acusarme ante mi padre: la cosa está a salvo".

Pero ciertamente pensaba insensatamente. No podía ocultarse de Dios, aunque tal vez de los hombres, pues dijo: "La voz de tu hermano clama a mí desde la tierra". Me es conocido, dijo, está claro y manifiesto ante mis ojos que mataste a tu hermano. Vi tu impiedad, el vil crimen y la cruel maldad; y aunque ningún hombre te vio, yo estaba presente: no podía ocultarse de mí. Sé que escondiste a tu hermano asesinado en la tierra; por eso estás maldito por tu maldad e iniquidad: y también la tierra está maldita por tu causa, que abrió su boca y recibió la sangre de tu hermano de tu mano. Cuando la trabajes, no te dará sus frutos, y sufrirás hambre, penuria, escasez y hambre.

Esta fue la segunda pena infligida a Caín.

Pero tercero: Serás un vagabundo y errante sobre la tierra. El castigo particular de los homicidas es emigrar de sus propios lugares y de la casa paterna y exiliarse de la tierra natal. Este castigo lo infligió Dios a Caín en tercer lugar; por lo cual fue obligado a dejar las moradas nativas y las posesiones trabajadas y cultivadas, de donde esperaba frutos abundantes, y partir al exilio: pues salió de la

presencia del Señor y habitó como un fugitivo en la tierra al este de Edén.

Luego, ya que estaba maldito por Dios, era odiado y execrado por todos, no se asentaba en ningún lugar, no estaba seguro en ningún lado, buscaba lugares solitarios y poco habitados por hombres, siempre temiendo y temblando que cualquiera que lo encontrara lo matara. La vista de cualquier hombre le infundía el temor de la muerte y de la violencia de un asesinato que su nefasta mano había cometido primero en un hombre. ¡Miserable calamidad! De un lugar a otro siempre emigraba buscando una habitación segura, desconocida e inaccesible para los hombres, para que, si acaso los hombres supieran dónde estaba su morada firme y su habitación continua y perpetua, lo atacaran para matarlo como a un ser sumamente odiado y execrable por todos debido al horror de su crimen.

Pero ciertamente la continua vagancia y falta de residencia fija, siempre inestable, también podría deberse a lo que se le infligió como castigo: "Cuando trabajes la tierra, no te dará sus frutos". Así, Caín vagaba de aquí para allá, errante, buscando tierras fértiles y bastante buenas que le dieran frutos abundantes, para no desfallecer por la carestía y la debilidad, y para satisfacer el insaciable apetito y la avidez voraz que nunca se sacia. De allí, saliendo de la presencia del Señor, fue a habitar al este de Edén, cerca del lugar donde el paraíso terrenal había sido plantado por la mano de Dios y cultivado con cuidado divino. Pues esa tierra era muy fértil y bastante buena; pero cuanto mejor era por naturaleza, más desierta, árida y estéril era para Caín, a quien en todas partes seguía la sentencia divina, y solo le daba frutos amargos, salvajes, secos y casi quemados, y muy escasos. Así, en esa tierra también, el hombre miserable y oprimido por desdichas dignas de lástima, habitaba de manera móvil y errante.

Pero escuchemos qué responde Caín al Señor tras recibir estos castigos.

Versículos 13-14: Y dijo Caín al Señor: "Mi iniquidad es mayor de lo que merezco para obtener perdón. He aquí que hoy me echas de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré un vagabundo y errante en la tierra: cualquiera, por tanto, que me encuentre, me matará".

Texto hebreo: Y dijo Caín al Señor: "Grande es mi maldad, más que para perdonarla o soportarla. He aquí que hoy me echas de la superficie de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré móvil y errante en la tierra: y será que cualquiera que me encuentre me matará".

Intérprete caldeo: "Grande es mi iniquidad más que para ser perdonada. He aquí que me echas de esto y no podré esconderme de tu vista", etc.

Targum de Jerusalén: Y dijo Caín ante el Señor: "Muchas son mis iniquidades para soportarlas. Sin embargo, es posible que ante tu vista sea dejado y perdonado".

La edición griega de la Vulgata dice: "Mi delito es mayor que para ser perdonado; si hoy me echas de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré gemidor y tembloroso sobre la tierra".

En el texto hebreo hay dos palabras ambiguas, que han sido la causa de gran diversidad entre los intérpretes. Estas son: עוני (avoní) y נשא (nashá); la primera palabra עון (avón) significa iniquidad, es decir, culpa, y también pena y aflicción infligida por la culpa; así como entre nosotros pecado significa culpa y también reato de pena y sacrificio y aflicción por el pecado, como leemos en el Apóstol: "Aquel que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos justicia de Dios en él". Dijo, hizo pecado, es

decir, ofrenda por el pecado en pena del pecado. Así, en efecto, esa palabra frecuentemente significa culpa; más a menudo, sin embargo, significa pena por culpa y castigo. De manera similar, la segunda palabra muy a menudo significa indulgencia y perdón; pero más a menudo significa soportar, aguantar y elevar.

De acuerdo con esta ambigüedad de las palabras, este pasaje se expone de manera diferente, especialmente por los hebreos. El Rabino Salomón, a partir de las palabras de antiguas tradiciones, expone según los significados anteriores de las palabras: "Grande es mi iniquidad, es decir, mi pecado es tan grande que no podrá ser soportado para ser perdonado, o sea, para ser indulgente con él"; y de acuerdo con esta interpretación, su מנשא (min-nasó) es superfluo. Lee este pasaje con admiración: "¿Acaso es mayor mi iniquidad, que no pueda ser soportada? Tú sostienes lo superior y lo inferior, ¿y no podrás soportar mi pecado?" es decir, perdonarlo y ser propicio.

Sin embargo, el Rabino Abraham [Aben Ezra] tiene una opinión diferente. Aunque "la opinión de casi todos los expositores es que Caín confiesa su pecado y que נשא (nashá) significa סל וח (saláh), es decir, perdonar", él toma esas palabras en otro significado, "para que se entienda que la iniquidad se pone por el castigo y la recompensa del mal que viene por la iniquidad y el pecado; como leemos en Génesis: Porque aún no se ha completado עָוֹן (avón) la iniquidad, es decir, el castigo de los amorreos; y en 1 Samuel: Si te ocurre una iniquidad, es decir, un castigo": son palabras de Saúl a la mujer pitonisa. Así, dice que este es el significado de esas palabras: "Mayor es mi iniquidad, es decir, mi castigo, que no puedo soportar y aguantar". Ciertamente lo que sigue, según el contexto del discurso, parece más acorde con esta interpretación. He aquí, dice, me echas hoy de la faz de la tierra, etc.

Sin embargo, el Rabino Abrabanel suscribe más a la interpretación anterior y, junto con el Rabino Moisés ben Nahmán, expone así, que

efectivamente Caín confiesa y se duele verdaderamente por su gran pecado, que cometió: grande, dice, y grandísima es mi iniquidad, que cometí al matar a mi hermano Abel, más de lo que puedo soportar, es decir, más de lo que puedes perdonarme: porque eres justo, Señor, y justo es tu juicio. Y así, el Rabino Abrabanel expone toda la letra: "He aquí, me echas... de la faz de la tierra, es decir, soy digno de la pena de muerte, no solo de que la tierra me dé un rendimiento escaso: y me esconderé de tu presencia, es decir, no proveerás para mí con providencia especial: o no podré estar en tu presencia para orar y ofrecer oblación y ofrenda, porque me avergonzaré y me sonrojaré, porque arrebaté el tiempo de mi juventud. Y seré vagabundo y errante. Este tercer castigo le fue infligido y quiere decir que su iniquidad es mayor que este castigo incluso. Y finalmente, en forma de oración dice: Ahora, pues, cualquiera que me encuentre, me matará, es decir, que sea tu voluntad que el que me encuentre me mate, y esto será misericordia y expiación de mi iniquidad, porque sin esto no estoy suficientemente castigado".

Esta es la exposición de estos pasajes. Sin embargo, la opinión común de los nuestros es que Caín se lanzó de mal en peor, y añadió pecado a pecado: mató a su hermano, y ahora desespera de la misericordia del misericordiosísimo Dios: dice, mayor es mi iniquidad que pueda ser perdonada, es decir, que Dios no pueda perdonármela con su misericordia.

Nosotros, por lo tanto, exponemos este pasaje de la siguiente manera. Ciertamente, Caín podría, como debería, reconocer el peso de su gravísima culpa a partir de la gravedad y calamidad de los castigos que el justísimo Dios le había impuesto por su pecado, y claramente habría visto que estaba siendo castigado de manera justa y digna. Pues si hubiera ponderado en la balanza de la razón recta la calamidad y el suplicio que sufría, y la culpa por la cual le fueron infligidos, sin duda alguna, esta le habría parecido más grave que los

granos de arena del mar. Pero el miserable, por el contrario, lo que es propio de los inicuos que tienen los ojos apartados de Dios, la justicia y la piedad, dirigió toda su atención a la gravedad de los castigos, sin considerar el peso mucho mayor de su culpa. Por ello, acusó a Dios con insolencia y con una frente desvergonzada de injusticia y excesiva crueldad, porque lo había oprimido con la gravedad de los castigos más de lo que era justo y digno, y le había impuesto aflicciones y penas más de lo que podía soportar.

Ciertamente, según el contexto hebreo, este parece ser el sentido genuino del pasaje; y entonces comienza a suplicar por la gravedad del castigo: "He aquí que me echas... de la faz de la tierra: he aquí", dice, "me castigas con un duro exilio; me ordenas salir de la tierra natal y patria conocida, trabajada y muy cultivada; me mandas abandonar la casa del suelo paterno; exiliarme errante y fugitivo por tierras extranjeras. ¿Qué inconvenientes no me seguirán? Pobreza y extrema necesidad, ignominia y desprecio. No solo me privas de la tierra patria o ciertamente me relegas a alguna isla o lugar seguro y fijo: sino que me condenas a una fuga amplia, a un continuo errar, a una peregrinación perpetua, a la privación de residencias fijas y estables. Y este exilio no es temporal, sino eterno, mientras me prive de la luz común. Luego, has ordenado a la tierra que no me dé, aunque cultivada y trabajada en extremo, sus frutos, para que me marchite y consuma en extrema indigencia, pobreza extrema y escasez, hasta desfallecer. Además, me esconderé de tu presencia, es decir, nunca podré presentarme ante tu vista, para ser digno de tu gracia y para suplicarte por mi salvación y ofrecerte oblación y don. Así lo expone el Rabino Moisés ben Nahmán. Otros hebreos dicen: No proveerás para mí con una providencia especial".

Observa, finalmente, que este pasaje puede tener otra interpretación. Pues echar a alguien de la superficie de la tierra es entregarlo a la muerte, según la frase del idioma hebreo: "He aquí", dice, "me entregas a la muerte y por ti me esconderé". Porque la voz hebrea

que hemos traducido como "a tu presencia" también significa "por ti"; y así será el sentido: "He aquí, me entregas a la muerte y por ti", es decir, por tu severo juicio, "me esconderé de la faz de la tierra", es decir, seré entregado al suelo, seré enterrado: pues eso se hace con los cadáveres de los muertos, como él mismo había escondido a su hermano asesinado en una fosa. Además, dice, me haces exiliado de tu presencia también, despojado y desprovisto de tu gracia, siempre me aborrecerás, execrarás y detestarás, de manera que nunca merezca tu gracia ni favor, como aquellos que están despojados de la gracia de algún gran rey, a quienes el rey siempre aborrece y expulsa de sí, para que nunca vean su rostro; sino que los ordena exiliarse lejos de su presencia por tierras extranjeras, siempre condenados a la pena capital y a la muerte. Pues a mí me has maldecido y has ordenado que sea un vagabundo y errante en la tierra; y no solo eso: sino que, señalado con tan gran crimen y fechoría, me has hecho exiliado, odiado por todos, detestable y execrable. Ahora, pues, cualquiera que me encuentre, me matará".

Yo presento esta interpretación no despreciando en lo más mínimo las exposiciones verídicas de otros intérpretes, especialmente las de nuestros más serios expositores; tanto es así que los considero dignos de gran alabanza y honor. Y ciertamente, si la letra de nuestra edición, que siempre venero, se entiende tal como está, sin duda alguna constará que Caín se precipitó en el abismo más profundo de la desesperación. A menos que se exponga interrogativamente, como muchos leen, para que diga: "¿Es tan grande mi iniquidad, que no merezca perdón?" Y así podría coincidir este sentido con el que nosotros hemos presentado, como diciendo: "¿Es tan grande mi culpa, que no pueda merecer perdón, porque me persigues con tan grandes castigos?" Como si dijera: "Ciertamente no me afliges injustamente y más allá de lo que es digno por la culpa perpetrada: ves que incluso me haces señalado por tu crimen, de modo que cualquiera que me encuentre no temerá ponerme la mano encima y

matarme, como enemigo tuyo, a quien tú rechazas; al contrario, pensarán que hacen algo grato para ti, porque si me matan, matarán a tu enemigo".

V. 15 Y el Señor le dijo: "De ninguna manera será así, sino que todo el que mate a Caín será castigado siete veces." Y el Señor puso una señal a Caín, para que no lo matara quienquiera que lo encontrara.

Texto hebreo: Y el Señor le dijo: "Por eso, todo el que mate a Caín será vengado siete veces." Y el Señor puso una señal a Caín, para que no lo golpeara quienquiera que lo encontrara.

Intérprete caldeo: "Por eso, todo el que mate a Caín será vengado en la séptima generación por mí." Y el Señor puso una señal a Caín, por lo que no lo mataría quienquiera que lo encontrara.

Texto griego: "No así, todo el que mate a Caín pagará siete venganzas." Y el Señor Dios puso una señal a Caín, etc.

Palabra hebrea: לכן, por eso, propterea, ob id sonat; los Setenta, a quienes siguió nuestro Intérprete, οὐχ οὕτως lo tradujeron, como si fuera: לא כן, es decir, no así, de ninguna manera así.

Este lugar se expone de diversas maneras tanto por nuestros autores como por los doctores hebreos. Muchos piensan que este lugar debe leerse con una elipsis, de modo que sea: "Todo el que mate a Caín:" y aquí termine la sentencia; debe entenderse: su castigo será así y así; sin embargo, la Escritura no expone el castigo.

Así interpreta este lugar el Rabino Salomón, diciendo que es una escritura abreviada: "No quiero, dice Dios, vengarme de Caín, sino al final de siete generaciones"; por eso entiende por: שבעתים, siete generaciones; pues creen que Lamec, que fue el séptimo desde Caín, mató al mismo Caín, debido a las palabras que Lamec dijo a sus esposas. Un modo de hablar similar por elipsis se lee en 2 Samuel: "Todo el que golpee al jebuseo, etc.:" la Escritura no expuso allí lo

que le haría; pero en las Crónicas expresa que lo haría líder y príncipe.

El Rabino Abraham [Aben Ezra] lo expone de manera similar: "Hasta la séptima generación será vengado; es decir, se tomará venganza de él; porque el Señor prolongó su ira contra Caín hasta la séptima generación." También dice que es correcto que bajo el nombre de Caín se entienda su descendencia, como Israel; pero la Escritura trazó la genealogía de Caín hasta la séptima generación, que luego pereció en el diluvio.

El Targum parece favorecer maravillosamente esta exposición, ya que tiene que en la séptima generación Caín será vengado.

Pero el Rabino Abrabanel, porque anteriormente expuso que Caín esperaba y deseaba la muerte, cuando dijo: "Todo el que me encuentre, me matará:" es decir: "¿Quién me dará que, encontrándome, me mate?" expone este lugar de esta manera: "El que mate a Caín será vengado siete veces; dado que Caín desea morir, por eso yo decreto que no morirá ahora, sino que vivirá para recibir su castigo; y por eso, el que lo mate, clamará y contra la intención divina, la sangre de Caín será vengada siete veces. Y por eso le puso una señal, para que no lo matara quien lo encontrara. Y esta señal es el miedo y el terror de él sobre todos los seres vivos, para que no lo tocaran ni le hicieran daño." En Bereshit Rabba, los hebreos tienen que esta señal es un perro, que guardaba las ovejas de Abel, y que Dios dio para cuidar el cuerpo de Caín.

Sin embargo, nuestras exposiciones son las mismas; esta señal es puesta por nuestros como un temblor de los miembros.

Así pues, nosotros exponemos este lugar de la siguiente manera: Y Dios le dijo: "De ninguna manera será así, sino que todo el que mate a Caín, será castigado siete veces." En hebreo es: "Por eso, o más bien, el que mate a Caín;" pero el sentido es el mismo. Porque Caín

dijo: "Ahora, cualquiera que me encuentre, me matará." Dios, sin embargo, respondió: "Porque tú piensas y temes eso, te digo que no será así; más bien, porque temes eso, te digo y decreto, que todo el que mate a Caín será castigado siete veces."

Es costumbre de la Sagrada Escritura usar a menudo un número determinado por uno indeterminado, como es el caso de: "El justo cae siete veces al día," es decir, muchas veces; y: "Siete veces al día te alabaré," es decir, muchas veces; y es muy frecuente en la Sagrada Escritura usar un número determinado para significar un número indeterminado e indefinido. Así leemos claramente en 1 Samuel que Ana cantó: "Hasta que la estéril dio a luz muchos;" en hebreo es: שבעה, siete, aunque, según relata la Historia Sagrada, solo tuvo tres hijos y dos hijas; pero el número siete se usa para indicar una pluralidad indefinida. Así también está aquello de: "Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos y sin agua buscando descanso, etc. Entonces va y toma otros siete espíritus... peores que él," es decir, muchos más espíritus; y la mujer, de la cual echó siete demonios, es decir, muchos.

El número siete, por lo tanto, no raro se usa para indicar un número indeterminado, pero es muy usual en la Escritura usar un número determinado por uno indeterminado. Así creo claramente que debe entenderse este lugar: "Todo el que mate a Caín, será vengado siete veces," es decir, pagará muchas y diversas penas y las exigiré de él. Por lo tanto, no debe considerarse una elipsis o aposiopesis, sino una expresión propia.

Para una explicación más clara de este pasaje, es necesario considerar que, aunque Caín, según la ley del talión, en la que se debe pagar ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, herida por herida, alma por alma, habría merecido muy justamente la pena de muerte - pues quien derrama sangre humana, su sangre será derramada; ya que el hombre fue hecho a imagen de Dios; - él

mismo fue el primero en perpetrar este crimen cruel contra su hermano, un hombre justo e inocente, con un alma agradable a Dios; sin embargo, esta pena, aunque muy merecida, solo debía ser infligida por Dios, o por un juez designado por Dios; pues Él dice: "Mía es la venganza y yo pagaré." Por lo tanto, cualquiera que con su propia mano hubiera infligido esta pena a Caín, no lo habría hecho con justicia, sino erróneamente y habría pecado gravemente; por lo cual, con razón habría pagado graves penas por su grave crimen y Dios habría demandado estas de él.

Sin embargo, no debe entenderse que quien mate a Caín deba ser castigado siete veces más que Caín; pues esto no sería razonable, ya que las penas deben corresponder justamente a las culpas, y es mucho más grave matar a un hombre justo y santo, que a un hombre injusto e impío, a quien justamente se le puede imponer la pena de muerte; sino que, aunque Caín por el mérito de su crimen merecía muchas y muy graves penas, estas debían serle infligidas por Dios o por un juez designado. Cualquiera que, sin recibir la potestad de Dios para juzgar, hubiera infligido estas penas merecidas a Caín, también se habría hecho reo de muchas penas. Así pues, dice: "De ninguna manera será así": no es, dice, de mi voluntad o de mi juicio, que seas matado por cualquiera, como piensas y temes; aunque muy justamente esta pena te debería ser infligida: conoce sin embargo que no has sido castigado adecuadamente por tu crimen: y de tal manera no es mi voluntad o juicio que seas matado por cualquiera, que quienquiera que te imponga manos violentas, sepa que actuará contra mi voluntad y juicio y que caerá en mi ira, en la cual es horrendo caer, de tal manera que exigiré de él muchas penas y venganzas. Por tanto, cualquiera que intente matarte, se hará reo de una pena séptupla, es decir, múltiple. Por eso pongo una señal en ti, para que cualquiera conozca que no es de mi voluntad o juicio que seas matado por alguien, y para que nadie, ignorando esto, se haga reo de tantas penas al matarte. Por lo tanto, no pienses que es de mi

voluntad que cualquiera que te encuentre te mate, recibe esta señal de mi voluntad.

En cuanto a cuál fue esta señal, la Escritura no lo revela; sin embargo, por opinión común se ha aceptado que se trató de un temblor terrible y temible de los miembros, de modo que siempre gimiendo y temblando, llevaba sus miembros debilitados y flácidos, siempre temeroso y temblando, presentándose como un espectáculo miserable y espantoso, pagando continuamente por el crimen perpetrado. Con esto mostraba cuán detestable y execrable era el homicidio, y con ese gemido y temblor clamaba como heraldo de Dios, para que nadie jamás se atreviera a perpetrar tales crímenes como los que él había cometido, para no caer en el mismo castigo y grave pena al cometer el crimen.

V. 16 Y Caín salió de la presencia del Señor y habitó como fugitivo en la tierra al oriente del Edén.

Texto hebreo: Y Caín salió de la presencia del Señor y habitó en la tierra de Nod, al oriente del Edén.

Intérprete caldeo: Y Caín salió de la presencia del Señor y habitó como vagabundo y errante en la tierra, trabajando sobre ella, al oriente del jardín del Edén.

De manera similar, el Targum de Jerusalén traduce; pero añade, en forma de paráfrasis, que antes de que Caín matara a su hermano Abel, la tierra le producía frutos como los frutos del jardín del Edén; pero después de que pecó y mató a su hermano Abel, la tierra le produjo, o le devolvió para recoger, espinas y cardos.

Texto griego: Y Caín salió de la presencia de Dios y habitó en la tierra de Naid, frente al Edén.

Para aclarar claramente este lugar, se requiere un discurso un poco más extenso de nuestra parte. Si Dios está en todas partes, ¿cómo es que Caín salió de su presencia? Y si Dios es espíritu, ¿cómo se dice

que tiene un rostro, de cuya presencia salió? Y finalmente, si Edén es ese lugar deliciosísimo del paraíso de las delicias, de donde Adán fue expulsado por su pecado, ¿cómo es que Caín, el más inicuo, habitó ese lugar después de haber cometido tantos crímenes?

Y ciertamente, que Dios está en todas partes y llena todos los lugares, que está presente en todas partes, debe establecerse y sostenerse firmemente, independientemente de lo que algunos hombres impíos, que no entienden las Sagradas Escrituras ni tienen un conocimiento razonable de lo que debe pensarse acerca de Dios, se atrevan a negar, cegados por las tinieblas de la ignorancia y la impiedad. La presencia de Dios en todas partes se prueba con la más firme autoridad de las Sagradas Escrituras. David dice: "Si subo al cielo, allí estás tú; si desciendo al infierno, allí estás; si tomo las alas del alba y habito en los confines del mar, allí tu mano me guiará, y tu diestra me sostendrá." El Señor también dice por Jeremías: "Yo lleno el cielo y la tierra;" y por Isaías: "El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies." Esto mismo dice Salomón en las Crónicas: "Grande es nuestro Dios sobre todos los dioses. Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contenerlo, ¿cómo podré yo edificarle una casa?" Lo mismo leemos en el libro de Job: "Es más alto que el cielo, ¿qué puedes hacer? Más profundo que el infierno, ¿cómo lo conocerás? Su medida es más larga que la tierra y más ancha que el mar."

Esto mismo está confirmado por la autoridad de todos los sabios rectos. Primero: todos los Doctores de la Iglesia, y la firmísima opinión de la Iglesia y de todos los teólogos.

Y los principales filósofos paganos también lo afirmaron. Se dice ampliamente que esta fue la opinión de Hermes Trismegisto, ya que su Pimandro está principalmente lleno de que el mundo es un recipiente lleno de Dios y que el espíritu de Dios lo contiene todo. Empédocles decía que todo está lleno de Dios, como se refiere de él

en el libro De Mundo, que se atribuye dignamente a Aristóteles, donde también se trata ampliamente de lo mismo. Iámblico, en De Mysteriis Aegyptiorum, prueba extensamente que Dios está en todas partes. De ahí la frase de Virgilio: "Todo está lleno de Júpiter."

Themistius, en su Paráfrasis sobre el Lugar de Dios, dice que Dios reviste todas las cosas, no como una vestidura que solo toca exteriormente, sino internamente, de modo que todo toca todo. Alejandro de Afrodisia, en su obra 2 De Anima, afirma que Dios está en todas partes; lo mismo le atribuye Filopón, en 1 De Anima, diciendo que Alejandro y sus seguidores dicen que Dios está en todas partes. Simplício, en su lúcida disertación sobre el Lugar de Dios, según la opinión de Alejandro, concluye: "Como Dios es indivisible y separado, siendo perfecto por sí mismo, del cuerpo mundano, es correcto decir que Él está en todas partes y en ninguna parte." Y aunque Aristóteles parece decir que Dios está en el primer cielo, debe entenderse de manera más eminente: ya que el primer móvil es lo que primero participa del movimiento del hacedor. Dice también, según la opinión de Aristóteles y Platón, que Dios contiene todas las cosas con el vínculo de su voluntad, vínculo más firme que la naturaleza de esas mismas cosas. Finalmente, Filopón, en 1 Meteororum, después del principio, citando a Plotino, da la razón de por qué el cielo se mueve por revolución, diciendo que "el cielo quiere imitar a Dios; ya que, como la mente y el intelecto divino, creador y arquitecto de todas las cosas, no tiene un lugar establecido para su sustancia: pero en todas partes del mundo se encuentra el poder de su luz y su acción suprema y eterna; así, el cielo, aunque es un cuerpo, no puede estar en todas partes a la vez, intenta, según sus partes, estar en todos los lugares."

Finalmente, esa verdad, aunque se sustenta en las razones más probables, no carece de fundamentos. Es muy persuasivo y sancionado por el sentido común del alma que Dios es una sustancia, no corporal, sino incorpórea, inmaterial, espiritual, el acto más

simple y puro, no mezclado y completamente indivisible, cuya vida es la mejor y eterna. Esa sustancia, que es Dios, debe ser infinita. En primer lugar, en duración, que llamamos eternidad, de modo que nunca comenzó, ni alguna vez dejará de ser. Pues Él es la causa primera, de quien depende el cielo y toda la naturaleza, antes de quien no hay nada. Porque si Él no existiera desde la eternidad, ciertamente nada habría existido desde la eternidad: por lo tanto, tampoco habría existido después; pues nada puede hacer nada, ni a sí mismo; y ya sea que el mundo se considere producido desde la eternidad o no, es necesario que Dios sea eterno, ya que es el primer motor y la primera causa de las causas. Por lo tanto, si el movimiento existió desde la eternidad, también el motor del cual proviene el movimiento; si el movimiento comenzó, como verdaderamente comenzó en el tiempo, no habría comenzado, a menos que una causa preexistiera antes del tiempo y el movimiento. Por lo tanto, es necesario que Él haya existido desde la eternidad antes de todo tiempo y movimiento. Así, la sustancia divina es infinita en duración, es decir, en eternidad.

En segundo lugar: es necesario que la fuerza y vigor divinos sean infinitos, para que tenga el poder inmenso e infinito de operar. Observa que, aunque Dios tiene una virtud infinita, sin embargo, mueve y opera en el tiempo y no en el instante, o no fuera del tiempo, - aunque lo pueda, - ya que su virtud es libre de la materia; pues una virtud infinita, si estuviera en la materia o en un cuerpo, operaría en no tiempo, ya que actuaría según todo su poder, y necesariamente. Pero Dios tiene una fuerza inmaterial y es un agente libre y opera por conocimiento y voluntad tanto como quiere y no según el máximo de su poder, sino por elección según lo que ve conveniente para el móvil.

Esto se demuestra y esclarece por el hecho de que puede mover y girar la máquina del mundo y la inmensa masa de los cielos por un tiempo eterno; pues si puede mover por un tiempo infinito,

ciertamente es de una virtud infinita. En efecto, si algo que tiene de sí mismo la fuerza de mover puede hacerlo durante algún tiempo de cierta virtud, por ejemplo, si durante un día; entonces si puede mover durante dos días, tendrá una fuerza doblemente mayor; y cuanto más crece el tiempo, mayor debe ser la virtud. Por lo tanto, si Dios puede mover por un tiempo infinito, será de una virtud infinita.

Pero dirás: lo mismo será de las inteligencias, que mueven por tiempo infinito. Ciertamente sería lo mismo si las inteligencias fueran por sí mismas y tuvieran su poder por sí mismas. Pero en realidad todo lo que tienen es de Dios, y no por su propia virtud, sino por la virtud de Dios es que mueven por tiempo infinito, de quien tienen todo su ser y poder. Dios, sin embargo, no es de otro ni tiene poder de otro, sino que es por sí mismo y de sí mismo tiene todo su poder.

Además: el mismo hecho de que las inteligencias son de Dios y dependen de Él muestra claramente el vigor infinito de la virtud divina. Pues si dependen de Dios y han sido producidas por Él, han sido hechas de la nada, ya que no constan de ninguna materia. Producir algo de la nada es de una virtud infinita; pues si el agente que produce algo de un sujeto dispuesto es de alguna virtud, aquel que produce de lo no dispuesto es de mayor virtud, y cuanto más indispuesto esté el sujeto, mayor es la virtud del agente. Por lo tanto, aquel que produce de un sujeto de ninguna manera dispuesto y de lo que de ninguna manera es, ciertamente será de una virtud infinita, y más aún cuanto más excelente y noble sea lo así producido.

Lo mismo se aplica a la creación del universo, ya sea por emanación o por creación; de cualquier manera que se diga que fue producido, ya sea desde la eternidad o en el tiempo, argumentará una virtud infinita, ya que solo pudo ser producido de la nada.

En tercer lugar: es necesario decir que la sustancia divina es infinita en entidad, por así decirlo, es decir, que tiene una perfección

ilimitada en sí misma y en su ser y comprende la perfección de todo ser. Pues si la esencia de Dios no fuera infinita, que es la raíz de la virtud y el vigor infinitos y de la eternidad, Dios no podría ser eterno ni tener un vigor y una fuerza infinitos. Es imposible que una virtud infinita consista en una sustancia finita y limitada; pues la virtud acompaña a la sustancia y proviene de la sustancia.

Además: si el ser divino fuera limitado o de alguna manera coartado, ciertamente esta limitación sería por algún agente o recipiente. Pues cualquier cosa encerrada en límites, o está limitada por el productor, de quien tiene su ser, o por el recipiente en el que es recibido y al que inhiere; pues todo lo que es recibido e inhiere, es necesario que sea recibido según el modo del recipiente. Pero Dios no tiene un productor del cual sea, ya que es la causa primera; ni es recibido en algo, ni inhiere, ya que no puede, siendo completamente inmaterial, como el acto más puro. Por lo tanto, Dios es infinito e inmenso, al igual que es eterno. Si, por lo tanto, es infinito e inmenso, entonces está en todas partes, es decir, coexiste en todo lugar; de lo contrario, si está en algún lugar y no en todas partes, será localmente limitado y determinado. Toda limitación es un argumento de finitud e imperfección en cuanto a la sustancia, al igual que coexistir con un tiempo y no con todos, y existir en un momento y no en otro, implica una duración limitada y circunscrita. Pero si Dios coexiste con todos los tiempos en su eternidad, entonces también coexiste con todos los lugares en su inmensidad.

Pero alguien podría decir: entonces Dios estará en infinitos lugares y se encontrarán infinitos lugares. Digo que no habría inconveniente alguno, si pudieran darse, que Dios los llenara todos; llenaría ciertamente la infinitud de lugares. Pero como la naturaleza, aparte de Dios, no soporta una capacidad infinita de lugar, por eso no se dan ni pueden darse lugares infinitos, que serían necesarios para contener la inmensidad de Dios. Porque Dios, cuya naturaleza es la suma y completamente inagotable perfección, no necesita de ningún

lugar en el que sea recibido de ninguna manera. Dios, en sí mismo, sumamente perfecto, no necesita nada fuera de sí mismo, se sostiene a sí mismo y es suficiente por sí mismo, permaneciendo con eterna estabilidad en sí mismo. Pues antes de la constitución del mundo, cuando aún no había ni lugar ni tiempo alguno, Dios era eterno e inmenso, como lo es ahora, sin coexistir con ningún tiempo o lugar. Pero dado el tiempo y el lugar, así como es imposible que, siendo eterno, no coexista con algún tiempo, también es imposible que haya algún lugar que no llene, existiendo inmenso e infinito. Pues así como existe en todo tiempo, no es medido por el tiempo; de la misma manera, coexistiendo en todo lugar, no es circunscrito o definido por ningún lugar, sino que permanece siempre inmenso. De ahí que se diga que no está encerrado en el mundo, ya que ni el cielo ni los cielos de los cielos pueden contenerlo; no porque esté presente realmente fuera del mundo, sino porque, al igual que se dice que su poder es infinito, y no limitado en la creación del universo, ya que podría crear muchos otros mundos casi infinitos, así también su inmensidad no está limitada; sino que cuantos mundos pueda crear con su poder infinito, tantos puede llenar con su inmensidad.

Por lo tanto, la virtud de Dios no está contenida en el mundo entero, porque puede llenar muchos más mundos; así como el alma racional llena todo el cuerpo de un niño, coexiste con cada parte del cuerpo como forma y acto, y no está fuera de su cuerpo: sin embargo, no se dice que esté contenida al máximo en virtud. Pues ciertamente puede llenar un cuerpo más grande, y el mismo del niño cuando se convierte en un hombre perfecto, sin crecer en sí misma o disminuir en lo más mínimo, sino permaneciendo siempre igual; así también Dios en el mundo. Y así como el alma, porque es inmaterial, no depende totalmente del cuerpo, sino que es espiritual, incorpórea e indivisible, está totalmente en todo el cuerpo y totalmente en cada una de las partes y miembros más pequeños; así también Dios está presente totalmente en todas las cosas y totalmente en cada una:

totalmente en todas, porque es inmenso; totalmente en cada una, porque, siendo espiritual y el acto más puro, es indivisible y completamente indivisible; y no se impide, estando totalmente aquí, estar también totalmente allí y en cualquier lugar.

Porque vemos algo similar en el tiempo. Pues el espacio de tiempo en el que el cielo se mueve en una revolución de oriente a occidente, es decir, veinticuatro horas, que comprenden el día natural con tiempo nocturno y diurno, ciertamente es común a todos. Pues todo ese tiempo del día natural, en el que se realiza la circulación, lo tienen los orientales y los occidentales, los meridionales y los septentrionales, y los que habitan en el Ártico y en el Antártico, y los que están en Roma, en Venecia o en París: y todos tienen las veinticuatro horas completas; y al tener todo el tiempo completo, no impiden que otros también lo tengan completo; sino que ese tiempo total es todo para todos y cada uno, pero no es total para cada uno. Así también Dios está totalmente presente en todas las cosas y totalmente en cada una, pero no totalmente en cada una. Pues si estuviera totalmente aquí, ciertamente no podría estar en ningún otro lugar más que aquí: pero está en todas partes total potencial, presencial y esencialmente. Como el alma está en todas y cada una de las partes del cuerpo total potencial, presencial y esencialmente: potencialmente, porque actúa en todo el cuerpo y todas las partes del cuerpo están sujetas a su poder, potestad y fuerzas; presencialmente, porque toca todas las partes del cuerpo totalmente, no está distante de ninguna, sino que todas las partes le son presentes; esencialmente finalmente, porque en su sustancia y esencia el alma está en el cuerpo y en sus partes, informa, actúa y da ser; así Dios está potencialmente en todo lugar, porque obra en todas partes y todas las cosas están sujetas a su potestad; está presencialmente en todas partes, porque toca todas las cosas y de alguna manera las reviste íntimamente, no está distante de ninguna y todas las cosas le son presentes; pues todas las cosas, aunque las más ocultas, están

desnudas y abiertas ante sus ojos, y no hay criatura invisible en su presencia; en tercer lugar, esencialmente, porque su sustancia y esencia llenan todo lugar y es más íntimo a cualquier cosa que la cosa a sí misma: da ser a cada cosa y conserva cada cosa en su ser; pues toda criatura es vanidad en sí misma y necesita apoyarse continuamente en la virtud divina, de lo contrario, si se retirara la mano divina, que sostiene todas las cosas con la palabra de su poder, todo volvería a la nada y perecería completamente.

Pero aunque Dios esté en todas partes y llene, como hemos dicho, todo lugar, sin embargo, se dice que está más en un lugar que en otro, no porque esté más allí, sino porque allí muestra más su virtud y opera cosas más nobles. Y para no desviarnos del tema - a imagen y semejanza de Dios está el alma del hombre en esto, - aunque esté totalmente en todo el cuerpo y totalmente en cada parte del todo, se dice que está más en el cerebro, o en la cabeza, y en el corazón, porque allí las operaciones de su virtud y potestad brillan más. Así también se dice que Dios está más en el cielo que en la tierra, porque allí resplandece más su poder, sabiduría y bondad, y opera allí de manera más excelente que en la tierra. Del mismo modo digo de otros lugares, como los lugares sagrados, y luego en los justos, los ángeles y los bienaventurados, por la gracia aquí y la gloria en el cielo y por la unión en Cristo. Así se decía que Dios estaba más en aquel templo de los judíos, en el arca y en el propiciatorio. Así el patriarca Jacob, cuando Dios se le apareció en sueños, al despertar dijo: "Ciertamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía"; y temiendo, dijo: "¡Cuán terrible es este lugar: no es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo!"

Por lo tanto, visto todo esto, está claro que, aunque Dios está en todas partes, cuando la Escritura dice que Caín salió de la presencia del Señor, no debe entenderse que él huyó de Dios y se trasladó a un lugar donde Dios no estuviera; sino que salió de ese lugar donde Dios se le había aparecido, lo había reprendido y corregido por su

delito. Así como Jacob dijo: "Ciertamente el Señor está en este lugar," porque se le había aparecido allí y no en otro lugar; así también Caín salió de la presencia del Señor, es decir, del lugar donde el Señor se le había aparecido, quien no se le había aparecido en otro lugar.

Pero, ¿cómo salió de la presencia del Señor si, siendo Dios un espíritu, no tiene rostro? Pues un espíritu no tiene carne ni huesos. Esta es una expresión figurada. Por eso, hay que tener en cuenta que a veces en la Sagrada Escritura se dice que Dios se apareció o habló a alguien, como leemos muy frecuentemente que Dios se apareció a los patriarcas y se vio a Moisés, y cuando leemos en el Éxodo que Moisés, Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel subieron y vieron al Dios de Israel; y cuando también leemos que el Señor habló a Moisés cara a cara, como un hombre habla a su amigo; de manera similar cuando se vio a Jacob apoyado en la escalera y le habló. Ciertamente, ni el Señor hablaba ni se veía. Pues nadie ha visto jamás a Dios, ni puede verlo; por eso le dijo a Moisés: "No podrás ver mi rostro, porque nadie puede verme y vivir:" pero los ángeles aparecían y hablaban en nombre de Dios.

Así, en Génesis leemos que el Señor apareció a Abraham en el valle de Mamré, y enseguida se añade que eran tres ángeles. Y más claramente, cuando en Éxodo leemos que el Señor apareció primero a Moisés en la llama de la zarza y le dijo: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob," la verdad hebrea dice que allí apareció el ángel del Señor a Moisés y así habló. Como también dijo el protomártir Esteban en su discurso al consejo, como se refiere en los Hechos de los Apóstoles: "Cumplidos cuarenta años, le apareció en el desierto del monte Sinaí un ángel en la llama de fuego de una zarza;" por eso dice lo mismo a los judíos: "Que recibisteis la ley por disposición de ángeles."

Siempre que en el Antiguo Testamento leemos que Dios habló a alguien o se le apareció, entendemos que un ángel hablaba y aparecía en nombre de Dios. Pero como los ángeles, siendo espíritus incorpóreos e inmateriales, no pueden ser vistos con ojos corporales, ni pronunciar palabras sensibles, asumen cuerpos en los cuales pueden ser vistos y hablar; por eso a veces se les vio en forma de fuego, aunque más frecuentemente en forma de hombre. Así leemos que aparecieron muchas veces en la Sagrada Escritura: a Abraham, a Lot, a Jacob, a Moisés, a Josué, a los padres de Sansón, Manó y su esposa, a David, a Daniel y a muchos otros; como también se vio a Balaam con una espada en la mano en el ángulo del camino. Esas especies y similitudes en las que los ángeles aparecen y hablan en nombre de Dios no están en todas partes, sino en un lugar determinado, donde está la persona a quien aparecen y hablan.

Dicho esto, cuando la Escritura dice que Caín salió de la presencia del Señor, entendemos que el ángel del Señor se le apareció en forma y semejanza corporal y le habló todas aquellas palabras que se dijeron a Caín en nombre de Dios; y habiendo dicho esto, Caín salió de la presencia de esa similitud o imagen en la que el ángel, en nombre de Dios, le había hablado a Caín. Entonces, habiendo salido de ese lugar determinado donde el ángel se le había aparecido y hablado, se fue a habitar en la región oriental del Edén. Porque, dijo, "mi tierra Dios ha maldecido para que no me dé sus frutos, buscaré la mejor región para habitar y trabajar, para no sufrir tantas calamidades y miserias extremas."

Pero, ¿cómo pudo alguna vez un hombre tan malvado, nacido y concebido en pecado, cuya maldad creció con él hasta alcanzar el crimen supremo, llegar a habitar ese lugar delicioso del que sus padres fueron expulsados por su pecado, y en cuya custodia fueron colocados los espíritus celestiales, los querubines, por Dios? ¿Podría haber engañado a los ángeles con su maldad, o podría haber entrado secretamente en ese lugar mientras ellos estaban descuidados o

dormidos, y habitar allí sin que ellos lo supieran? Pero ciertamente estas ideas son absurdas e inaceptables. Por lo tanto, decimos que Caín no habitó en la región donde estaba ese jardín deliciosísimo, lleno de todas las delicias, plantado y establecido por la mano de Dios, sino que habitó no lejos de ese lugar, en la región oriental cerca de ese lugar.

Así, habitó en una región cercana a ese lugar ameno, y no estuvo lejos del paraíso terrenal, lo cual resultaba para él en un gran castigo. Pues, siendo muy avaricioso y deseoso de riquezas terrenales, y al contrario, siendo oprimido por la máxima escasez y penuria, y torturado por la más extrema pobreza, sabiendo que ese lugar del que no estaba lejos era el más ameno, deliciosísimo, fértil y abundante en los mejores frutos, no podía evitar sentir el mayor dolor y sufrimiento al estar cerca de ese lugar y no poder acceder a sus frutos. Como dicen las antiguas fábulas sobre Tántalo, quien, habiendo sido arrojado al inframundo por los dioses por el cruel crimen de haber cocido a su hijo asesinado, fue torturado perpetuamente por la mayor hambre y sed, y no podía alcanzar las aguas del río Erídano que huían de sus labios ni los hermosos y deliciosos frutos que pendían sobre su cabeza, para poder disfrutarlos: se volvió más infeliz al tener los bienes de la felicidad tan cerca; de ahí que Tántalo sea llamado, como si dijéramos, el más infeliz; así claramente Caín. Así es cómo incluso los bienes se vuelven un castigo y una pérdida para los impíos: como todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios, incluso los males.

Se dice que habitó en la tierra de Nod, lo cual puede entenderse de dos maneras: primero, que habitó en la tierra como vagabundo y fugitivo, como se le dijo anteriormente, y así lo interpreta el Paráfrasis Caldeo; o que habitó en la tierra que se llama Nod, como parece tener el Texto Griego. Pero tal vez esa región en la que habitó

se llamó así por el evento, porque Caín habitó allí como vagabundo y fugitivo; pues נוד (Nod) significa movilidad.

V. 17 Y Caín conoció a su esposa, y ella concibió y dio a luz a Enoc; y edificó una ciudad, y llamó su nombre Enoc, según el nombre de su hijo.

Texto hebreo: Y Caín conoció a su esposa, y ella concibió y dio a luz a Janoc; y estaba edificando una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad según el nombre de su hijo Janoc.

Así lo interpreta el Paráfrasis Caldeo.

El Texto Griego tiene: Ella concibió y dio a luz, y llamó la ciudad con el nombre de su hijo Enoc.

Literalmente difieren, pero en realidad no hay diferencia.

La opinión común de los hebreos es que Eva concebía y daba a luz gemelos en cada concepción. Caín, ya hecho hombre, eligió como esposa a una mujer nacida con él y hermana suya por derecho de hermandad, y, como dice aquí el Rabino Abrabanel, viendo que estaba Caín desamparado y solo, privado de toda compañía humana por el asesinato de su hermano, y más aún por haber sido expulsado de la tierra de la morada de su padre Adán, procuró tener hijos para tener compañía, y engendró a Janoc. Pero si Eva dio a luz gemelos en cada parto, no importa, aunque no difiere de lo verdadero o verosímil: pues pudo haber concebido y dado a luz más hijos de los que la Escritura ha mencionado hasta ahora. Pues la Escritura posteriormente menciona que engendró hijos e hijas, aunque sin considerar los partos individuales de las hijas o de los demás nacidos. Es más, es muy verosímil que Adán engendró muchos hijos de Eva cuando aún vivía Abel; pues él era un hombre perfecto en fuerzas naturales y facultades para engendrar: y Eva era muy fecunda para concebir cada año. Pero la Escritura menciona primero

a estos dos hijos por su sucesión. Ciertamente debe ser que Caín no tomó otra esposa que una hermana suya, de la cual engendró a Enoc.

Por lo tanto, no se debe culpar a Caín por el hecho de haber tomado a su hermana como esposa, ya que no era posible que alguien se acercara a su hermana de manera legítima, dado que está escrito: "Ningún hombre se acercará a una pariente cercana para descubrir su desnudez." La necesidad obligaba a que la raza humana, que en esos pocos individuos, los descendientes de Adán, estaba limitada a una línea recta, se expandiera y creciera en innumerables ramificaciones, como había ordenado el Señor: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla." Por esta necesidad, Caín podía legítimamente tomar como esposa a una mujer que estaba unida a él por derecho de hermandad. Una vez desaparecida esa necesidad, quedó prescrito por ley celestial que no se toquen las relaciones de matrimonio en los límites del primer y segundo grado de consanguinidad. Y por consulta del senado, se eliminó como incestuosa la proximidad de tercer y cuarto grado de consanguinidad, prohibiendo que hasta el cuarto grado de parentesco se celebren matrimonios legítimamente; pues todos hasta ese límite están unidos por el vínculo de consanguinidad, ya que descienden del mismo tronco y origen original por propagación natural.

Pero, ¿por qué, pregunto, no pueden casarse entre sí y contraer matrimonio aquellos que están unidos por un estrecho vínculo de consanguinidad? ¿Y qué es propiamente el matrimonio? ¿Y puede considerarse el matrimonio de Caín un sacramento legítimo?

El matrimonio, si comenzamos por la etimología del nombre, se llama "matrimonio" como el deber y oficio de la madre, obteniendo su nombre más bien de la madre que del padre; no porque las mujeres se conviertan en madres por eso y una mujer deba casarse para convertirse en madre: pues esto también es común a los hombres, convertirse en padres; sino principalmente porque, aunque

en el matrimonio el principal autor de la generación es el padre, en la generación se manifiesta mucho más el deber y el trabajo de la mujer que del hombre. Pues la madre se muestra mucho más diligente que el padre tanto en procrear como en alimentar y criar a la descendencia. Porque el hijo, después de ser concebido, es una carga para ella mientras está en su vientre, mucho más dolorosa al parirlo y traerlo a la luz, y muy laboriosa al criarlo. Por eso, aunque el matrimonio sea un yugo común de ambos, recibe su nombre más de la mujer que del hombre, porque su deber recae más en la mujer. Así como, por el contrario, la posesión externa y la sustancia se llaman más propiamente "patrimonio," ya que el hombre, más que la mujer, se somete a los trabajos para adquirir esos bienes y acumularlos para los hijos.

El matrimonio es la legítima sociedad marital de personas legítimas, hombre y mujer, y un vínculo indisoluble, en el que cada uno debe entregarse al otro por mutuo consentimiento para procrear y educar a la descendencia, como es debido. Estos dos elementos son necesariamente requeridos por el derecho matrimonial: que los contrayentes no sean ilegítimos, y que haya consentimiento legítimo y mutuo; si falta alguno de estos, se rompe la naturaleza del matrimonio.

Este matrimonio, que hemos mencionado, es tanto un deber natural como un sacramento. Y en cuanto es un deber natural y oficio, no es más que una alianza marital de la sociedad humana; y esta es común a toda la humanidad y también la contraen los infieles. Es un verdadero y legítimo matrimonio si se realiza legítimamente, como es costumbre: pues la ley natural se encuentra entre los infieles; es legítimo, ya que no está prohibido por la ley divina ni natural, ni por la constitución de la Iglesia: pues la Iglesia no juzga a los que están fuera de ella; pero no es un matrimonio ratificado, porque no es un sacramento y puede disolverse.

Si esta alianza de la sociedad humana entre hombre y mujer se hace legítimamente en Cristo y la Iglesia, es un sacramento instituido por Dios. Por eso el Apóstol dice a los Efesios, citando Génesis: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer; y los dos serán una sola carne: Este es un gran sacramento, pero yo digo, en Cristo y en la Iglesia." Pues es un signo de la cosa más sagrada, del matrimonio perpetuo e indisoluble y la unión de Cristo con la Iglesia, cuando el Verbo, asumiendo nuestra naturaleza, se hizo carne, unido a ella con el mayor amor.

Por tanto, para que este matrimonio sea legítimo, ratificado e indisoluble, es necesario que se celebre entre personas legítimas, de lo contrario, su naturaleza se disuelve. Las personas ilegítimas son principalmente afines y consanguíneas. Se dice que son afines aquellos que contraen parentesco por copula carnal, en la cual, puesto que el hombre y la mujer se convierten en una sola carne, todos los consanguíneos de la mujer se vuelven afines con el hombre. El Señor prohibió en Levítico que los afines celebren matrimonios, para que el hijo no contraiga matrimonio con la esposa de su padre, ni el padre con la esposa de su hijo, ni el nieto con la esposa de su tío. Finalmente, el senado prescribió que los afines no se casen dentro del cuarto grado de parentesco.

Además, se considera ilegítimos a los consanguíneos que descienden del mismo tronco, ya sea los que extienden la línea genealógica en línea recta, ascendente o descendente, o los que expanden la línea de la primera ascendencia en amplitud. Y en línea recta, ya sea ascendiendo o descendiendo, nunca ha sido permitido contraer matrimonio, para que el hijo no tome por esposa a su madre, abuela, bisabuela o tatarabuela; ni que la hija se case con su padre, abuelo, bisabuelo o tatarabuelo; ni de manera similar que el padre tome por esposa a su hija, nieta, bisnieta o tataranieta; ni que la madre tome por esposo a su hijo, nieto, bisnieto o tataranieto; pues esto es contrario a la razón y el derecho natural no permite tales

matrimonios. En línea colateral, los hermanos, los hijos de los hermanos, sobrinos y bisobrinos, hermanas, hijas de las hermanas, sobrinas y bisobrinas. Por derecho divino se ha prescrito que el hermano no tome por esposa a su hermana; y por consulta del senado, se ha prohibido el matrimonio hasta el cuarto grado de parentesco.

Así que, a la cuestión planteada anteriormente, respondemos ahora, habiendo visto qué es el matrimonio y por qué no puede contraerse entre parientes y consanguíneos, ya que la consanguinidad no elimina ni disuelve los bienes del matrimonio. Ciertamente, si los matrimonios se celebraran entre consanguíneos, el bien de la amistad, que es lo que más conviene a los hombres, sufriría un gran detrimento. Pues entre aquellos que descienden del mismo tronco original, estando unidos por el vínculo de sangre, suele prevalecer el amor de amistad, que no se extiende fácilmente a los extraños. Por lo tanto, ya que los matrimonios traen afinidad y generan amor, para aumentar la razón de la amistad y el amor, deben contraerse con extraños más que con parientes, y, dado que el vínculo de parentesco natural se extiende hasta el cuarto grado y a partir de ahí comienza a desvanecerse, se ha establecido que después del cuarto grado los matrimonios libres y mixtos puedan realizarse, para recuperar la amistad que se desvanece y restaurar el amor que se disipa.

Sin embargo, la razón principal de esto, creo, es que a la naturaleza se le debe honor y reverencia junto con una cierta honestidad natural; y la honestidad natural rechaza con justo derecho natural revelar la ignominia y deshonra de la propia carne y sangre, como sucede en la unión del hombre y la mujer. De ahí que en Levítico, cuando se promulgan las leyes para evitar esto, se dice: "No descubras la desnudez... y la ignominia;" y cosas similares: "No te acerques a una pariente cercana para descubrir su desnudez."

Y ciertamente, ya que el matrimonio es un vínculo de honestidad por la justicia pública, de ninguna manera puede mantenerse en una acción deshonesta, de la cual incluso los animales brutos parecen huir. Leemos en Aristóteles dos ejemplos de esto: uno de un camello, que, habiéndose apareado con su madre, al reconocerla después, atacó y mató a quien había descubierto el hecho; el otro de un caballo, que, habiéndose apareado de manera similar con su madre, al descubrir que era su madre, huyó y se precipitó. Por lo tanto, la ley natural dicta que los matrimonios entre consanguíneos son ilegítimos debido a la honestidad natural, para que no se revele la deshonra y la ignominia de la propia carne y sangre.

Esta razón es aún más apremiante y vigorosa cuanto más estrecho es el vínculo de sangre y carne, y cuando el vínculo de sangre se desvanece y la amistad natural desaparece. Por esto, el matrimonio en primer grado de parentesco es completamente horrendo y prohibido por todo derecho; y el segundo grado también está prescrito por la ley celestial: pues en estos grados el vínculo natural es muy estrecho y más aún en el primero, por lo que es más execrable y nunca permitido. Sin embargo, el segundo grado fue permitido inicialmente por la necesidad que mencionamos anteriormente; luego fue prohibido por derecho divino, ya que la honestidad natural no permite con igual justicia que se toque a una hermana y a una esposa del marido, o a una hermana como esposa. Los matrimonios en tercer y cuarto grado fueron prohibidos por consulta del senado, pues en estos grados el vínculo de sangre aún es estrecho.

Por lo tanto, la honestidad natural y el honor que se debe a la naturaleza son la causa de que no se permitan matrimonios entre consanguíneos por derecho. Pero cuando la raza humana comenzaba y estaba aún en la primera generación, la naturaleza misma estaba en una situación de extremo peligro, y debía elegir entre dos opciones: sufrir algún detrimento en la honestidad natural en el segundo grado

de descendientes del mismo tronco, o que la naturaleza entera sufriera el máximo detrimento y pereciera en la completa destrucción. Pues, aunque Adán hubiera engendrado quinientos o mil hijos con Eva su esposa, todos ellos morirían inevitablemente. Si los hijos no hubieran tomado a sus hermanas como esposas, o mejor dicho, si Adán no hubiera dado en matrimonio a sus hijos e hijas, aunque todos fueran hermanos y hermanas, ciertamente la descendencia humana y la naturaleza entera habrían perecido junto con ellos. Pero entre dos males, la naturaleza, con la ayuda de Dios, eligió el menor y prefirió considerar a la naturaleza por ese tiempo más que a la honestidad; pues la virtud no fue creada para destruir la naturaleza, sino para preservarla íntegra, segura y llena de todo bien.

Así, Caín se unió en matrimonio con su hermana. Pero la Escritura, siempre honestísima, para no presentarnos algo que pudiera parecer deshonesto por su propia naturaleza, solo menciona lo que por su propia naturaleza es justo y honesto. No dice que Caín se unió a su hermana o que tomó a su hermana como esposa; sino que conoció a su esposa, omitiendo cuidadosamente el hecho de que su esposa era su hermana, para que no pensemos que lo que entonces se hizo por necesidad, ahora también pueda hacerse legítimamente y sin culpa por placer.

Finalmente, cuando el Sagrado Texto dice que Caín conoció a su esposa, creo que no sin sacramento celebró Caín su matrimonio, para que ese matrimonio no solo fuera un deber natural, sino también un sacramento matrimonial. Pues la Escritura proclama con voz libre y honesta que la esposa unida a él era su esposa; por lo que me inclino a pensar que Adán, viendo que sus primeros hijos habían crecido, les celebró el matrimonio y unió en matrimonio al hijo con la hija, como era debido, por dictado de la razón y quizás también por mandato o instrucción de Dios.

Sin embargo, creo que este primer matrimonio se celebró antes de que Caín perpetrara ese horrendo y execrable crimen. Pues, ¿quién podría creer que, después de haber cometido tal crimen nefando y horrendo, Adán quisiera o pudiera dar en matrimonio a su hija a un hijo tan malvado para procrear descendencia, quien había matado tan cruelmente con su propia mano a su hermano adulto? Por lo tanto, este matrimonio se contrajo antes, aunque la Escritura lo mencione después en el orden de la narración, cuando se dispone a relatar la descendencia de Caín.

Al primer hijo que su esposa le dio, Caín le puso el nombre de Enoc, que significa instruido, instituido o dedicado, quizás porque lo había instruido en sus artes y dedicado a los cultos terrenales; pues solo se dedicaba a ejercicios terrenales y artes mecánicas. De ahí sigue: "Y edificó una ciudad, y llamó su nombre Enoc, según el nombre de su hijo."

Los santísimos Patriarcas, que agradaron a Dios por su fe, esperando las promesas sin recibirlas, pero viéndolas de lejos y saludándolas, anhelando en espíritu y deseando unirse a los ciudadanos celestiales, nunca construyeron ciudades terrenales; sino que moraban en la tierra como en tierra ajena; habitando en chozas y tiendas, confesaban que eran extranjeros y peregrinos en la tierra, significando que buscaban una patria mejor, es decir, celestial; esperaban la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios; pues Dios les había preparado una ciudad y no se avergüenza de ser llamado su Dios.

Por lo tanto, Caín, castigado con la condena por los méritos de sus crímenes y maldades, nunca ingresaría a esa ciudad celestial para ser dotado de felicidad eterna, ni sería partícipe de ningún bien eterno. Eligió la tierra más vil como su herencia y, sin considerar la ciudad celestial ni a los ciudadanos celestiales, construyó una ciudad terrenal y quiso ser ciudadano terrenal. Y puesto que no edificó esa

ciudad para la honra y gloria de Dios ni para su culto, ni en el nombre de Dios, no le dio ningún nombre divino o relacionado con cosas divinas; sino que la llamó con el nombre de su hijo, porque la edificó no por Dios, sino por su hijo.

El Rabino Abrabanel dice que Caín abandonó la labor de cultivar la tierra debido a la maldición y se dedicó a la obra de la construcción. El texto hebreo dice que "estaba edificando," tal vez porque debido a su movilidad no podía continuar la construcción continuamente, sino que, siendo siempre vagabundo y fugitivo, iba y venía construyendo, y la obra estaba interrumpida.

Versículos 18-19: Enoch engendró a Irad, e Irad engendró a Maviael, y Maviael engendró a Mathusael, y Mathusael engendró a Lamec. Y Lamec tomó dos esposas: el nombre de una era Ada y el nombre de la otra Sella.

Texto hebreo: Y nació para Janoc Hirad, y Hirad engendró a Mahuiael, y Mahuiael engendró a Mathusael, y Mathusael engendró a Lamec. Y Lamec tomó dos esposas: el nombre de una era Hada y el nombre de la segunda era Tsilla.

La edición griega varía mucho en los nombres: dice: Nació Enoch y engendró a Gaidad, y Gaidad engendró a Maleleel, y Maleleel engendró a Mathusala.

La razón de esta diversidad proviene de la transliteración de las letras hebreas y la diferente pronunciación. El hijo de Enoch se llama עירד en hebreo, donde la primera letra es ע, que es una aspiración muy fuerte, y no se puede expresar por escrito, sino solo con la voz viva. Se forma con la ayuda de la nariz en la parte posterior de la garganta y se aproxima al sonido de nuestra "g," pronunciada en lo más profundo de la garganta. Es una letra gutural y no se puede designar más adecuadamente que con una "g" gutural, acercándose un poco a la pronunciación de una "n" oscura. Por eso,

esa letra, siendo una aspiración muy fuerte, a veces se expresa por "h," como en "hebreo," donde en hebreo es ע; a veces por "g," como en Gomorra, Segor, etc.; y algunas veces por una "n" oscura, como en el antiguo uso de הושע נא, hosan na. Algunos finalmente consideran la letra como muda, de modo que apenas presenta nada al oído más que la vocal que la acompaña. Por eso nuestro intérprete la tradujo como Irad, como si la letra fuera completamente muda; pero los griegos la expresaron por "γ," traduciéndola como Gidad; pero en la segunda letra se engañaron por la similitud y símbolo de las letras, tomando ר por ד, ya que esas letras son muy similares; de ahí que dijeran Gidad, en lugar de Girad. En lo que dicen: Gaidad engendró a Malaleel: no expresaron correctamente ese nombre. En hebreo es: מחויאל, Machuiael; de manera similar Mathusala, en hebreo מתושאל, es decir, Mathusael. Los hebreos suelen burlarse mucho de nosotros en la pronunciación de algunos nombres, especialmente en las aspiraciones y algunas letras que se pronuncian en lo más profundo de la garganta; sin embargo, esta deficiencia a veces surge de la falta de letras, ya que nosotros tenemos solo una aspiración "h," mientras que los hebreos tienen tres: א ,ה ,ח; y tienen la letra ע, para la cual ni nosotros ni los griegos tenemos equivalente; además tienen una "s" doble: ס y ש: mientras que nosotros y los griegos tenemos solo una; y una "z" doble: ז y צ: mientras que nosotros tenemos solo una; de ahí que ni nosotros ni los griegos podamos pronunciar adecuadamente sus nombres ni transliterarlos con nuestras letras. A veces esto ocurre también por defecto y error de los intérpretes.

Esta genealogía de Caín se traza, como sostiene la opinión de muchos tanto de nuestros estudiosos como de los hebreos, para llegar hasta Lamec, quien se cree que mató a Caín, por su propia confesión. Cómo fueron los hombres descendientes de Caín, cuyos hechos no se registran, se puede deducir de los nombres mismos de cada uno de ellos.

Versículos 20 – 22: Y Ada dio a luz a Jabal, quien fue el padre de los que habitan en tiendas y crían ganado. Y el nombre de su hermano fue Jubal: él fue el padre de todos los que tocan la cítara y el órgano. Sila también dio a luz a Tubal-caín, quien fue herrero y artífice en toda obra de bronce y hierro. Y la hermana de Tubal-caín fue Noema.

Texto Hebreo: Y Ada dio a luz a Jabal, quien fue el padre de los que habitan en tiendas y crían ganado. Y el nombre de su hermano fue Jubal: él fue el padre de todos los que tocan la cítara y el órgano. Y Tsila también dio a luz a Tubal-caín, quien trabajaba en toda obra de bronce y hierro, o quien afilaba todo artífice de bronce y hierro. Y la hermana de Tubal-caín fue Naamá.

El intérprete Caldeo dice: Y Ada dio a luz a Jabal: él fue el príncipe de los que habitan en tiendas y amos de ganado. Y el nombre de su hermano fue Jubal: él fue el príncipe de los que tocan sobre la boca del laúd y de los que saben cantar con cítara y flauta. Y Tsila también dio a luz a Tubal-caín, príncipe de todos los que conocen la obra de bronce y hierro, etc.

El texto griego dice: Y Ada dio a luz a Jabel: él fue el padre de los que habitan en tiendas de pastores. Y el nombre de su hermano fue Jubal: él fue quien mostró el salterio y la cítara. Sela también dio a luz a Thobel; y él fue herrero, artífice de bronce y hierro.

Cuán acertadamente maldijo el Señor a Caín anteriormente! Pues esa maldición no solo fue una imposición de castigo, sino también una predicción de cosas futuras, porque de él y de toda su posteridad no emanó nada bueno, nada santo, ni nada que tuviera el sabor de la sabiduría divina y celestial; sino solo obras terrenales, que apartan la mente y el corazón humanos de Dios y de lo divino; obras vanas, que solo exudan sabiduría terrenal, carnal y vana; obras perversas e iniquidades, todas las acciones crueles, los crímenes abominables y los vicios y pecados más oscuros y vergonzosos. Pues he aquí que él

fue el primero en construir una ciudad, mostrando con todo su ser una ansia por lo terrenal, siendo llevado por su deseo hacia lo corruptible, despreciando por completo lo celestial y eterno, queriendo tener una ciudad firme, permanente y eterna en la tierra y no buscando en modo alguno el futuro; ni ser peregrino del Señor en la tierra, sino ser un ciudadano de la tierra [y] exiliado totalmente del cielo, y nunca ser recibido allí.

Los hijos de Enoch, Irad, Maviael, Mathusael, Lamec y los descendientes de ellos, fueron imitadores de la mente y afectos paternos y ejecutores de sus obras: una nación miserable, un pueblo pecador, una semilla malvada, hijos malvados. A todos ellos Lamec superó y excedió ampliamente en la perversidad de la mente, la depravación de los afectos, la iniquidad de las obras, la enormidad de los crímenes y la obscenidad más vergonzosa de una lujuria insaciable. Pues, para poder lujuriar más descaradamente y para entregarse más y más a los placeres de Venus con la más repugnante lascivia y lujuria, tomó dos esposas y fue el primero en introducir la bigamia, en contra de los preceptos tanto de la naturaleza como de Dios.

Porque la ley del matrimonio promulgada tanto por Dios como por la naturaleza era: "El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su esposa y serán los dos una sola carne"; y este es un gran misterio en Cristo y en la Iglesia. Pues Cristo es el único esposo y la Iglesia es su única esposa; ni Cristo conoció nunca otra esposa, ni la Iglesia otro esposo. Por lo tanto, la bigamia, que es el matrimonio doble, ya sea con dos esposas o con una mujer corrupta y conocida por otro, es contraria a esta única unión de Cristo y la Iglesia. Por lo cual, con razón, los bigamos son excluidos y reprimidos de las Sagradas Órdenes por decreto del sagrado senado, como irregulares, para que no tengan nada contrario y adverso a Cristo en comparación con la Iglesia, como símbolo y analogía, representando a Cristo en la Iglesia como sus vicarios.

Lamec, entonces, para entregarse a la lujuria y a la obscena voluptuosidad y el placer de Venus más allá de lo debido y con mayor propensión, se dio al matrimonio doble y fue el primero en tomar dos esposas. De la primera esposa tuvo dos hijos, el primero de los cuales fue llamado Jabal, quien fue el padre de los que habitan en tiendas y pastores, es decir, el primero que inventó el arte de la tienda para tejer tiendas y hacer casas portátiles, como las de los soldados y pastores; también fue el primero en enseñar el arte de la ganadería, por lo cual también se le llama padre de los pastores. Es costumbre de la lengua santa llamar padre al inventor o principal autor de alguna cosa. Así que este, como dicen los hebreos, se dedicó al arte del ganado y enseñó a los pastores a separar las ovejas de las cabras y los corderos de los carneros y a agruparlos en rebaños separados según la naturaleza de los animales. También dicen que Jabal fue llamado así y que recibió ese nombre por su similitud con Abel, porque Abel se dedicó y enseñó el arte de la ganadería.

El otro hijo de Lamec de su primera esposa fue llamado Jubal, quien fue el padre de los que tocan la cítara y el órgano, es decir, fue el inventor de la música y diseñó la cítara y el órgano o el salterio u otros instrumentos musicales que mucho contribuyen a la vanidad, delicias y placeres, y con estos sonidos y melodías los hombres terrenales se deleitan grandemente. Por eso el bienaventurado Job, hablando de los impíos que prosperan, dice: "Tocan el pandero y la cítara y se alegran al son del órgano; pasan sus días en el bien, y en un instante descienden al sepulcro."

El hijo que tuvo de su segunda esposa fue mucho más malvado; pues fue herrero y artífice en toda obra de bronce y hierro, es decir, inventó el arte de la herrería, descubrió y extrajo minerales de la tierra, trabajó el hierro y el bronce y enseñó a otros a trabajar, para fabricar armas y otros instrumentos bélicos, con los cuales se ejercita la crueldad inhumana para llevar a cabo la violencia, el robo

y el homicidio. Quiso imitar y perfeccionar de manera mucho más cruel las obras de su tatarabuelo Caín, que mató a su hermano: inventó armas de hierro para asesinatos y homicidios; por eso, creo, lleva el nombre de aquel cuya obra imitó.

La Escritura también menciona a su hermana, que se llamaba Noema. Dicen que esta inventó el arte del tejido de lana para confeccionar atuendos y vestimentas más adornados y nobles y preciosos. El rabino Abravanel dice que esta inventó canciones y melodías de voces y cantos y salmos, y por eso se la llama con ese nombre: נעמה (Noema), que significa deleite, agrado y suavidad; y por eso se la menciona aquí, porque antes se hizo mención de su hermano por parte de padre, que inventó los instrumentos musicales. Los hebreos tienen en Bereshit Rabba, como refiere el mismo rabino, que esta fue la esposa de Noé; él mismo sostiene que fue una mujer justa y la esposa de Noé: pero no la madre de los hijos de Noé, sino otra; y que ella murió antes del diluvio.

Versículos 23-24: Y dijo Lamec a sus esposas Ada y Sila: "Escuchad mi voz, esposas de Lamec; prestad atención a mis palabras; porque he matado a un hombre por herirme y a un joven por golpearme: si Caín será vengado siete veces, Lamec lo será setenta y siete veces".

Texto Hebreo: Y dijo Lamec a sus esposas Hada y Tsila: "Escuchad mi voz, esposas de Lamec; prestad atención a mis palabras; si he matado a un hombre por herirme y a un joven por golpearme: si Caín será vengado siete veces, Lamec lo será setenta y siete veces".

Texto Caldeo: No he matado a un hombre para que por él yo acumule pecados hasta la muerte; ni tampoco he matado a un joven para que por él se consuma mi descendencia; Caín fue suspendido o dilatado hasta siete generaciones; ¿no será Lamec, su hijo, hasta setenta y siete?

Texto Griego: Porque he matado a un hombre por herirme y a un joven por golpearme; porque siete veces será juzgado Caín; pero Lamec setenta y siete veces.

Este pasaje tiene diversas y muy distantes exposiciones tanto de los hebreos como de los nuestros.

Josefo, en sus Antigüedades, relata que este Lamec fue un hombre cazador, que cazaba bestias salvajes con arco y flechas para confeccionar pieles de vestir; y como ya estaba envejeciendo y su vista se debilitaba por la intemperancia y la naturaleza envejecida, llevó consigo a un joven a la caza para que le guiara, dirigiera sus pasos y le mostrara los animales salvajes vistos a lo lejos; pues él ya empezaba a perder la vista. Sucedió que un día, cuando había salido a cazar, el joven que lo guiaba vio a Caín escondido en una densa cueva entre los arbustos; pues Caín se había refugiado en cuevas densas y bosques oscuros y escondidos por temor. El joven, pensando que era una bestia, dijo a Lamec que dirigiera su flecha contra él; la flecha, dirigida y lanzada rectamente al lugar señalado, golpeó y mató a Caín. Al darse cuenta de lo ocurrido, Lamec, sintiendo un gran dolor porque el Señor había amenazado con muchas calamidades a quien matara a Caín, encendido por una furia inmensa de ira, golpeó con el arco que tenía en la mano la cabeza del joven y lo mató.

Algunos hebreos dicen que este joven era Tubal-caín, hijo de Lamec, y por eso sus esposas estaban más horrorizadas por el hecho. Cuando las esposas de Lamec oyeron de este horrendo acto, se apartaron de su lecho, para no ser afectadas por las miserables calamidades decretadas por Dios, ni sufrir las deplorables penas junto con él. Lamec, no soportando esto con ánimo tranquilo, las exhortaba a que volvieran a él y no temieran el castigo que vendría mucho después. Excusándose ante ellas, dijo: "He matado a un hombre por herirme, no deliberadamente, ni lo hice queriendo, sino

que lo golpeé sin querer ni saberlo; y maté al joven por la contusión que sufrí a causa del dolor vehemente por la muerte anterior, no por malicia ni odio, sino inmediatamente encendido por la ira del dolor intenso; pero Caín mató a su hermano deliberadamente, con insidia, odio y malicia. Por lo tanto, si la muerte de Caín se retrasó hasta la séptima generación por su gravísima culpa, mucho más se retrasará el castigo de mi crimen; si él fue castigado en la séptima generación, yo no seré castigado hasta la septuagésima séptima. No temáis, pues, el castigo que vendrá tanto tiempo después".

Muchos siguen esta exposición, tanto hebreos como nuestros, aunque ciertamente supone muchas cosas fuera de la letra.

Nosotros, por lo tanto, consideramos que debe interpretarse de otra manera. Hay una palabra en el texto: כִּי, que entre muchos otros significados, también tiene los de "porque", "si" y "cuando". Según el primer significado, lo tiene la edición Vulgata. Sin embargo, también puede entenderse en los otros sentidos, para que signifique "si" o "cuando": de modo que el contexto del texto sea: "Escuchad mi voz, esposas de Lamec; prestad atención a mi palabra. Si, o cuando maté a un hombre en mi herida, etc." Ciertamente, esta palabra repetida parece traer consigo un énfasis y ser una exclamación de alegría y esperanza por la expectativa de algún gran bien, para animar y elevar los espíritus deprimidos a una gran esperanza de alegría, exultación y futura felicidad. Dice: "Escuchad mi voz, esposas mías; percibid con vuestros oídos mis palabras, y no os asustéis, ni os aterroricéis por el temor de alguna desgracia lamentable o calamidad deplorable. Porque cuando yo maté a un hombre en mi herida, o cuando perdí a algún joven en mi contusión, ¿como hizo Caín, que mató a su hermano, un joven en edad pero un hombre en virtud perfecta e íntegra? Si Caín, que mató a su hermano por envidia e ira en su propia herida, vivió tanto tiempo y vio a sus hijos hasta la séptima generación sin ser castigado con la muerte, ¿no veré yo, Lamec, que no he perpetrado estos males, a mi

descendencia hasta la septuagésima séptima generación viviendo mucho tiempo? Es decir, ¿no viviré yo mucho más tiempo y veré a muchos más hijos y generaciones de hijos, extendiendo una genealogía mucho más larga? Por lo tanto, debéis alegraros, esposas mías, y regocijaros cada vez más, no solo porque habéis engendrado hijos que por naturaleza, ingenio, arte y conocimiento son nobles, sobresalientes y muy prudentes, sino porque tendréis muchos más; de donde todas las generaciones os llamarán bienaventuradas!"

A esta nuestra interpretación no solo no se opone nada de la letra hebrea, sino que también la paráfrasis caldea la favorece maravillosamente.

Pero si queremos exponer este texto simplemente, como está en nuestra edición, diremos así: "No os aterroricéis, esposas mías, ni me rechacéis, porque he matado a un hombre en mi herida y a un joven en mi contusión; no dejéis que el horror del crimen os aleje de mi matrimonio; pues he aquí, Caín también mató a su hermano. Si Caín será vengado siete veces, es decir, cualquiera que mate a Caín pagará muchas penas, pues Dios ha amenazado con muchas calamidades a quien mate a Caín, mucho más penas sufrirá y muchas más calamidades enfrentará quien se atreva a matarme. Porque yo no maté a un hombre deliberadamente, ni con malicia premeditada, ni con insidias, como lo hizo Caín; sino simplemente en mi herida, y al joven en mi contusión por la ira que surgió inmediatamente. Fue un caso puro y simple, no premeditado ni deliberado. Si entonces cualquiera teme matar a Caín, un hombre tan malvado, por las tantas penas amenazadas; mucho más temerán matarme, porque pagarán mayores penas. Esto es lo que dice: 'Siete veces se vengará de Caín', es decir, quien mate a Caín pagará muchas penas; pero de Lamec, setenta y siete veces, es decir, quien mate a Lamec pagará muchas más y mayores penas."

Versículo 25: Y conoció de nuevo Adán a su esposa, y ella dio a luz un hijo y llamó su nombre Set, diciendo: "Porque Dios me ha concedido otro descendiente en lugar de Abel, a quien mató Caín."

Texto Hebreo: Y Adán conoció de nuevo a su esposa, y ella dio a luz un hijo y llamó su nombre Set: "Porque Dios me ha concedido otro descendiente en lugar de Abel, a quien mató Caín."

Texto Caldeo: Porque el Señor me dio otro hijo.

Texto Griego: Porque el Señor me ha suscitado otra descendencia.

Después de que la Escritura Divina trazó la genealogía de Caín y la llevó hasta Lamec, ya que su intención no era otra que la de trazar la genealogía de Cristo, quien descendió de Adán según la carne, como el Beato Lucas expone en su Evangelio, detallando la genealogía de Cristo desde Él hasta Adán, vuelve a Adán y su esposa, diciendo: "Y conoció de nuevo Adán a su esposa."

Algunos hebreos explican este contexto de la siguiente manera, diciendo que, cuando las esposas de Lamec se alejaron de su lecho debido al horror de su crimen, él las hizo convocar ante Adán, quien era el juez en ese momento. Y cuando Adán les ordenó que volvieran a Lamec, ellas respondieron: "¿Y por qué tú no vuelves a tu esposa, de la cual te has alejado desde la muerte de Abel?" Por lo tanto, Adán, para no ser un obstáculo al crecimiento y multiplicación de la descendencia humana con su ejemplo, volvió a su esposa y, conociéndola de nuevo, engendró a Set. La razón por la cual Adán se había alejado de su esposa, dicen, es porque por su causa fue expulsado del paraíso de delicias y arrojado a este lugar de miserias; y porque el fruto que la mujer le dio a comer infundió en sus miembros la concupiscencia mala y la lujuria del coito.

Nosotros, sin embargo, decimos que la razón de este contexto es otra. Adán ya había comprendido, por revelación divina, que la Palabra de Dios vendría en la carne para levantar al hombre caído

del pecado y redimirlo y salvarlo del poder tiránico del diablo. Y habiendo sabido, por el espíritu de Dios, que toda la generación y descendencia de Caín sería completamente destruida no mucho después por las aguas del diluvio, antes de que viniera el Mesías salvador, comprendió que no nacería de su posteridad. Pues no convenía que aquella descendencia santísima, en la cual serían benditas todas las generaciones y todas las naciones, germinara de aquella raíz pésima y maldita de Caín; porque fue maldito especialmente por esta razón: que ninguna descendencia fiel, santa o justa germinaría de su raíz. Por lo tanto, se propuso dedicarse a una nueva generación de la cual Cristo nacería según la carne, y volvió a unirse a su esposa.

Adán tenía ciento treinta años cuando se dedicó a esta nueva generación; de donde se evidencia que esto no pudo haber sucedido después del mencionado crimen de Lamec, aunque en el contexto del discurso se coloque posteriormente. Porque no podrían haberse completado dentro de ese tiempo las siete generaciones de Caín, especialmente cuando en esos tiempos no se casaban y engendraban hijos prematuramente, como sucede ahora; y además, porque los hebreos mismos dicen que Lamec tenía la vista debilitada y era de edad avanzada. ¿Cómo, entonces, pudieron haber transcurrido siete generaciones de hombres dentro del límite de ciento treinta años, y que Lamec, quien está en la séptima generación, ya estuviera envejeciendo y con la vista debilitada?

La Sagrada Escritura, pues, despreció continuar con las generaciones de Caín, ya que de él, como de una fuente de iniquidad y raíz de todo pecado, no emanaban sino hombres inicuos y malvados; por lo cual esa maldita descendencia debía ser completamente exterminada. Moisés vio cómo la maldad de esa generación iba creciendo gradualmente, como un mal humor que se extendía por todo el cuerpo; detiene el ímpetu de la maldad y ni siquiera considera dignas de memoria las generaciones siguientes de la

descendencia de Caín. Pero queriendo mostrarnos cómo Dios consoló a Adán y Eva y alivió su dolor, al que habían sido arrojados por la mano fratricida que se levantó contra Abel, y con la descendencia de Caín borrada del catálogo de las generaciones del mundo, regresa a los primeros progenitores de la naturaleza humana, Adán y Eva, para comenzar a trazar con seriedad la genealogía elegida y permanente, aquella que sería la portadora de Cristo, que era su intención primera. Así pues, dice: "Adán conoció de nuevo a su esposa, por la razón que hemos mencionado, y ella dio a luz a un hijo, que habría de ser santo y justo, cuya descendencia sería elegida por Dios, de la cual surgiría la estirpe elegida, el reino sacerdotal y el sacerdocio real: gente santa, pueblo adquirido; de la cual finalmente nacería el Redentor y Salvador del mundo, Jesucristo, en quien serían bendecidas todas las naciones de la tierra."

Por lo tanto, la piadosa madre Eva se regocija por el nacimiento de una nueva descendencia y, alegre por el parto de un hijo tan grande, emite toda una voz de alegría y exultación, llena de alabanzas y gracias: "Dios me ha concedido otra descendencia en lugar de Abel, a quien mató Caín." ¡Cuántos dolores, cuántas perturbaciones del ánimo y cuántas angustias del corazón debió sentir la piadosa madre Eva por la muerte de su hijo! ¡Qué grave tristeza y dolor oprimieron su mente y su espíritu, y la sumieron en un sopor como el más profundo sueño! Pues lo amaba intensamente y más de lo que se puede creer; los hijos menores son más queridos para las madres. Y cuanto más amado era para ella, tanto más, porque por naturaleza era notable, de hermosa apariencia, adornado con buenas costumbres, serio y modesto, sencillo y humilde, inocente y honesto y casto: de tal modo que nunca veía en él nada vicioso y desde temprana edad no veía en él sino virtud, tanto en sus pensamientos como en sus palabras y acciones. Por lo tanto, al ver la piadosa y dulcísima madre en su hijo una naturaleza admirable en todos los aspectos, la belleza del cuerpo, la gracia de la apariencia, la suavidad

del elocuente discurso, la elegancia de los modales, la afabilidad de la conversación, la prudente sencillez del espíritu puro, la inocencia y santidad de vida, no podía sino amarlo con suma vehemencia, llevada por el mayor amor hacia él.

Cuando, pues, sintió que un hijo tan bueno y tan grande había sido asesinado cruelmente; cuando vio por primera vez el amargo y cruel espectáculo del hijo asesinado, la horrenda primera visión de la muerte fatal; cuando, digo, vio el cuerpo exánime de su hijo queridísimo, ensangrentado, abierto por heridas por todas partes, lacerado y despedazado, ¿quién podría imaginar el vehemente dolor que la invadió, el agudo espada que atravesó su alma, el cruel y acerbo filo que perforó sus entrañas maternales, la voz miserable y doliente que emitió? ¡Ay de mí, hijo mío, hijo mío, Abel! ¡Abel, hijo mío! ¿Quién te ha matado, hijo mío? ¿Quién te ha causado estas heridas? ¿Quién te ha destruido, esperanza de mi vida? ¿Quién te ha roto así, bastón de mi vejez? ¿Quién te ha perdido, luz de mis ojos? ¿Quién te ha privado tan cruelmente de la vida, consuelo de mi existencia? ¡Ay de mí, hijo mío! ¿Quién me dará morir contigo? ¿Quién me permitirá descender al infierno y ver a ti, mi hijo queridísimo, hijo mío, hijo mío, Abel, hijo mío? ¿Qué fiera malvada ha lacerado así tu cuerpo? ¿Qué bestia cruel y atroz ha desgarrado así tu carne? ¡Ay de mí, mujer infeliz! ¡Ay de mí, madre miserable y deplorable, que primero he visto el triunfo de la muerte fatal en mi hijo queridísimo, que tengo ante mis ojos un funeral tan lúgubre, que veo un espectáculo tan miserable! Me llamo Eva, madre de los vivientes: y he aquí, primero veo muerto a mi hijo, asesinado con una muerte tan cruel. Antes sufría, lloraba con luto gravísimo por mi transgresión, por la cual, además de otras calamidades y desgracias miserables, la sentencia de muerte también fue dictada sobre mí. Pero aún no conocía la apariencia de la muerte, aún no la había visto. Ahora, sin embargo, ¡ay, hijo mío, cuánto lamento, cuánta razón para llorar se me ha añadido! ¡He aquí, pobre de mí! veo por

primera vez la apariencia de la muerte introducida en la vida: una muerte violenta, inhumana y crudísima: una muerte perpetrada por un hijo flagitioso contra su hermano, nacido del mismo padre y de la misma madre: que no había hecho ningún daño, que nunca había causado mal a nadie: en ti, mi hijo queridísimo, en ti, luz de mis ojos, en ti, consuelo de mi vida, en ti, esperanza de mi salvación. ¡Ay de mí, hijo mío, hijo mío, Abel! ¡Abel, hijo mío! ¡Oh madre miserable! ¡Oh suerte deplorable llena de tantas amarguras! ¿Quién me consolará, hijo mío? más bien, ¿quién podrá jamás consolarme? Mi alma se negará a ser consolada, nunca recibiré consuelo, siempre lloraré por ti, mi hijo, mis lágrimas serán mi pan día y noche, mi bebida sin medida, hasta que Dios mire mi aflicción y Él mismo me consuele.

Así durante muchos tiempos la piadosa madre lloró a su hijo; hasta que Dios le dio otro descendiente en lugar de Abel, a quien Caín mató. Entonces le pareció que una nueva luz había surgido para ella, alegría, honor y júbilo; y exultante dijo: "Dios me ha concedido otro descendiente en lugar de Abel, a quien mató Caín." Después de la muerte de Abel, dijo, hasta este día siempre he estado doliente y lamentándome por la muerte de tan gran hijo; ahora que se aleje todo dolor, porque Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel, semejante a él, en nada diferente de él: y puesto que Dios me ha dado este hijo, Él mismo ha puesto esta descendencia en mi vientre, para que nadie jamás me quite a este hijo, por eso lo llamaré Set. Set significa "puesto".

Versículo 26: Pero a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Este comenzó a invocar el nombre del Señor.

Texto Hebreo: También a Set le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Entonces se comenzó a invocar el nombre del Señor יְהוָה.

Texto Caldeo: Entonces en sus días comenzaron los hijos de los hombres a invocar, o a orar, en el nombre del Señor.

Texto Griego: Comenzó a invocar el nombre del Señor Dios.

Los griegos tomaron la palabra: הוחל, comenzó, o se comenzó, por: יחל, que es esperó.

Este pasaje no se explica de manera simple. Algunos hebreos, especialmente el rabino Levi hijo de Gersón, lo interpretan de la siguiente manera, según lo refiere el rabino Abrabanel: Antes de Enós, los hombres no conocían la pronunciación del nombre tetragrámaton יהוה, sino que pronunciaban el nombre האל en las alabanzas divinas. Pero en los días de Enós comenzaron a invocar a Dios con el nombre tetragrámaton. Sin embargo, la mayoría de los hebreos refieren esto a la idolatría, diciendo que en el tiempo de Enós los hombres comenzaron a adorar ídolos y a atribuir el nombre divino a las obras de sus manos, ofreciendo oraciones a estatuas y simulacros.

Pero yo nunca pude aceptar esto; pues no creo que en toda la Sagrada Escritura se encuentre que la invocación del nombre del Señor tetragrámaton se entienda como el culto a ídolos y su invocación. Pues ese nombre inefable y reverendísimo no se atribuye en la Escritura sino al Dios verdadero, y nada, aunque sea santísimo y venerabilísimo, se digna de ese nombre fuera de Dios.

Tampoco creo verosímil que en ese tiempo comenzara el culto a ídolos, cuando la creación del mundo y la fe en el único Dios creador aún eran recientes, cuando aún vivían el primer hombre y la primera mujer formados por Dios, y no se lee en ninguna parte que antes del diluvio hubiera superstición de idolatría. Además, si aquí se debe entender el pésimo culto a ídolos, ciertamente este culto blasfemo y pésimo no habría emanado sino de esa pésima descendencia de Caín, de algún miembro de su generación que quizá fue contemporáneo de Enós. Pero, ¿por qué no se pone como autor de esta maldad a alguno de los hijos de Caín, que fueron

enumerados, y que también habría sido contemporáneo de ese malvado?

Sé lo que muchos de ellos dicen: Que Jabal hizo tiendas para poner ídolos; y que Jubal tocaba instrumentos musicales, la cítara y el órgano, ante los ídolos en honor a ellos. Pero ciertamente la Escritura no menciona esto; y si hubiera sido así, ciertamente no habría pasado por alto tal crimen, como tampoco calló el crimen de su padre.

Nosotros, pues, interpretamos este pasaje de la siguiente manera. A Set le nació un hijo, al que llamó Enós: אֱנוֹשׁ, que se interpreta como hombre: y se dice de una voz que significa dolor, aflicción y debilidad. Así leemos en el Salmo: "Que las naciones sepan que son אֱנוֹשׁ, hombres"; y también: "¿Qué es el אֱנוֹשׁ, hombre, para que te acuerdes de él?" como si dijera: una cosa de ningún valor y casi nada. Quizá por esta razón Set llamó así a su hijo, porque en ese tiempo los hombres lo consideraban vil, despreciable y casi sin valor, y muy débil. Pero, porque Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte, y lo innoble y despreciable del mundo, y lo que no es, para destruir lo que es; para que ninguna carne se gloríe en su presencia: le agradó a Dios elegir a este hombre débil, enfermo y despreciable, para restaurar su culto, la piedad y la religión de Dios en el mundo, y para convocar y reunir congregaciones y asambleas de fieles para alabar a Dios e invocar su santísimo nombre y suplicar su ayuda con oraciones santas.

Esto es lo que se dice: "Entonces se comenzó a invocar el nombre del Señor": que nuestra Edición traduce con una hermosa paráfrasis: "Este comenzó a invocar el nombre del Señor". Porque por sus obras se hizo que el nombre del Señor fuera invocado en las iglesias, es decir, en las congregaciones y asambleas de los fieles, y que se celebraran alabanzas divinas en asamblea ante Él. De ahí que todos

los descendientes de él merecieran ser llamados hijos de Dios, debido al culto divino que celebraban solemnemente.

QUINTO CAPÍTULO

Versículos 1-2: Este es el libro de la generación de Adán: el día en que Dios creó al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, el día en que fueron creados.

Texto Hebreo: Este es el libro, o esta es la narración de las generaciones de Adán: el día, o desde el día en que Dios creó al hombre, a imagen de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, es decir, hombre, el día de su creación.

Interprete Caldeo: Este es el libro de las generaciones de Adán: el día en que el Señor creó a Adán, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, el día en que fueron creados.

Texto Griego: Este es el libro de la generación de los hombres, el día en que Dios hizo a Adán, a imagen de Dios lo hizo. Varón y hembra los hizo, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, el día en que los hizo.

Algunos de nuestros autores consideran estas palabras como un epílogo o una conclusión de lo que se ha escrito antes. Nosotros, sin embargo, creemos que es más bien el comienzo de las generaciones siguientes. Queriendo Moisés trazar el catálogo de las generaciones humanas, cómo la descendencia de la naturaleza humana creció y se extendió por el mundo, establece a Adán como la raíz principal y el primer principio original en primer lugar. Dice: Deseo enumerar el catálogo de las generaciones humanas, para encontrar al pueblo elegido de Dios, del cual nacerá Cristo, el Rey y Salvador del mundo, que es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. Por lo tanto, no establezco el comienzo de alguna generación humana en

particular, ni quiero comenzar desde algún progenitor de una familia específica, sino desde el primer padre de todos los hombres, desde el día en que la naturaleza humana fue creada por Dios, y de ahí empiezo mi narración: Este es el libro de las generaciones de Adán: es decir, esta es la narración de las generaciones humanas. Pues ספר no solo significa escribir, de donde también se llama libro, sino también narrar y narración; y אדם no es solo el nombre del primer hombre y padre de los hombres, sino de toda la especie humana; de ahí se dice: Y llamó su nombre Adán. Dice: Comienzo la narración de la genealogía de los hombres, no de algunos hombres, sino de todos en conjunto, desde el principio, desde el día en que el Señor Dios creó al hombre, es decir, estableció la naturaleza humana; pues sigue: A semejanza de Dios lo hizo; varón y hembra los creó: pues la naturaleza humana consiste en varón y hembra, perfecta para la procreación.

Ambos fueron hechos a semejanza de Dios, llevando la imagen de Dios en el alma según la razón y el dominio. Según la razón, en la mente, el conocimiento o inteligencia y el amor, con los cuales se dirige a Dios y se conforma a Él; y por eso Dios, así como tiene dominio sobre todas las cosas visibles e invisibles, siendo el creador y artífice de todo, quiso que este animal racional, formado a su imagen y semejanza, disfrutara del gobierno de todas las cosas visibles y fuera notable como semejante a Dios y casi un semidiós.

Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra... y dominad a los peces del mar y a las aves del cielo... y a las bestias y a toda la tierra. Es una bendición doble, así como son dobles las partes del hombre y cada una corresponde a una de ellas. Creced y multiplicaos. La primera bendición es la virtud fecundísima para generar hijos y procrear en el cuerpo; dominar sobre todos los animales es una bendición para el alma, que prevalece sobre todas las cosas visibles. De ahí que David decía: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él? o el hijo del hombre, para que lo visites? Lo

has hecho un poco menor que los ángeles, o que Dios, según la verdad hebrea. Pues según la mente y la razón, el hombre solo está sujeto a Dios; por eso sigue: Lo coronaste de gloria y honra y lo pusiste sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies.

Luego la Escritura añade: "Y llamó su nombre Adán el día en que fueron creados". Así como "hombre" en latín es de género común y abarca ambos sexos, y como en griego: ὁ καὶ ἡ ἄνθρωπος, así en hebreo אדם es de ambos géneros, abarcando toda la especie humana. Sin embargo, este nombre se le atribuye especialmente al hombre que fue formado primero y que fue el primer creador de los hombres; por eso, no rara vez, el primer hombre se distingue con este nombre, como se menciona a continuación.

Versículos 3-5: Adán vivió ciento treinta años y engendró un hijo a su semejanza, a su imagen, y llamó su nombre Set. Y fueron los días de Adán, después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años, y murió.

Texto Hebreo: Y vivió Adán ciento treinta años y engendró a su semejanza, como su imagen, y llamó su nombre Set. Y fueron los días de Adán, después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron todos los días de Adán, en los que vivió, novecientos años y treinta años, y murió.

Así lo tiene también el Caldeo.

El Griego, sin embargo, varía; pues dice: Y vivió Adán doscientos treinta años y engendró a su figura y a su imagen y llamó su nombre Set. Y fueron los días de Adán, que vivió, después que engendró a Set, setecientos años.

Ahora Moisés comienza a enumerar el catálogo de las generaciones y a trazar las genealogías de los hombres desde el principio. Comenzando desde Adán, el primer hombre, dice: "Adán vivió

ciento treinta años"; "treinta y ciento años" está en hebreo; pues así es la frase hebrea que el número menor se pone siempre antes del mayor

Los intérpretes de los Setenta, no sé por qué razón, duplicaron siempre los años centésimos antes de la generación. Por eso dicen que vivió doscientos treinta años; pero luego disminuyen ese número en las generaciones siguientes; donde nuestro texto, que es conforme a la Verdad Hebrea, dice que Adán vivió ochocientos años después de engendrar a Set, ellos dicen setecientos años.

Se ha discutido, sin embargo, como suele ocurrir en muchas otras cosas, si estos años enumerados en estas generaciones son años solares como los nuestros ahora, ya que se dice que este nuestro año fue ordenado por Eudoxo de Cnido, el astrólogo, como escribe Lucano: "Ni mi año cede al calendario de Eudoxo"; luego fue corregido por Hiparco, después por Ptolomeo, y finalmente por César, quien lo redujo a su mejor forma. Por eso muchos creen que los años enumerados son lunares.

Un año lunar es el período de tiempo en el que la luna completa su órbita zodiacal; así como se dice que el año de Saturno es de treinta años solares, porque en ese tiempo el planeta recorre la zona del firmamento; el de Júpiter es de doce años; el de Marte, dos; el del Sol, uno; el de Venus y Mercurio casi coincide con el del Sol. Pero el año lunar se completa en veintinueve días y casi doce horas; pues en ese tiempo completa la circulación del círculo oblicuo. Por lo tanto, el año lunar apenas es un mes solar; pues doce meses exceden en once días los doce años lunares, es decir, doce lunaciones.

Lo que estos creen, ciertamente no puede ser verdad de ninguna manera. En esta serie de generaciones, Malaeliel se dice que engendró a Jared a los sesenta y cinco años; si estos años fueran lunares, habría sido un niño de cinco años solares cuando engendró a su hijo. De igual manera, Enoc se dice que tenía sesenta y cinco

años cuando engendró a Matusalén; y él apenas habría tenido cinco años solares y medio. En las generaciones de Sem, se dice que Sala tenía treinta años cuando engendró a Heber; ciertamente, si estos años fueran lunares, apenas habría tenido dos años y medio solares. ¿Qué puede ser más absurdo que un niño de dos años engendrando un hijo? Lo mismo sucede en las demás generaciones, lo cual es imposible. Finalmente, se dice de Abraham: "Fueron los días de la vida de Abraham ciento setenta y cinco años: y desfalleciendo, murió en buena vejez, lleno de días, y fue reunido a su pueblo". Pero ciento setenta y cinco años lunares apenas constituyen quince años solares. ¿Puede ser un anciano y de edad avanzada a los quince años? Moisés también habría tenido diez años cuando murió, pues se dice que murió a la edad de ciento veinte años, si tomamos los años como lunares.

Tampoco debemos entender aquí los años lunares como el espacio de doce lunaciones en un año solar, que faltan once días para completar un año solar. Así lo interpretan muchos, pensando que debe entenderse así porque Moisés escribía para los hebreos, quienes usan ese año lunar. Pero los judíos no usan el año lunar; de lo contrario, la Pascua ya habría recorrido todo el año; pues según el mandato de la ley, están obligados a celebrar la Pascua en la luna catorce del primer mes. Si computaran los tiempos por años lunares, después de un año celebrarían la Pascua once días antes de la solemnidad pascual del año anterior; y así sucesivamente, recorriendo todo el año.

Por lo tanto, los hebreos usan años solares y se dice que usan años lunares en la medida en que comienzan el año desde la primera luna después del equinoccio vernal. Pues tienen el mandato en la ley: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, será el primero en los meses del año". Además, los mismos hebreos entienden y explican este pasaje con años solares, como lo expone extensamente el rabino Abravanel. Además, si aquí debiéramos

entender los años lunares, ciertamente coincidirían con el mismo tiempo; pues los años lunares, por embolismos hechos cada tres años, donde a las doce lunaciones se añade una decimotercera lunación, se igualan con los solares. Así, el tiempo será el mismo.

Por lo tanto, debemos entender años solares cuando se dice: "Adán vivió ciento treinta años", y en todos los demás pasajes y en todo el curso de la Escritura. Pues el año solar es antiquísimo, no descubierto después de mucho tiempo. De hecho, los egipcios, los astrólogos más antiguos y sabios, antes de que se descubrieran las letras, lo designaban en jeroglíficos por una serpiente mordiendo su propia cola, dibujada en forma de círculo; pues el año es como un anillo, que vuelve sobre sí mismo como un anillo, y el principio del año siguiente denota el final del anterior. Finalmente, las luminarias fueron hechas para los días y los años.

Y engendró un hijo a su semejanza y a su imagen.

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza; el hombre también engendra un hijo a su imagen y semejanza. Sin embargo, esa imagen divina en la que fue hecho el hombre, aunque de alguna manera pueda decirse natural, ya que está incrustada en su naturaleza y consiste en su razón, merece ser llamada más propiamente artificial, ya que es un molde de la divina arte. Pues, siendo Dios el artífice de todo, al formar la naturaleza humana, le imprimió su imagen y semejanza, y lo hizo como un artífice que crea una especie de simulacro divino que representa la naturaleza divina con la mayor exactitud posible, como una estatua de Hércules o la imagen de César en una moneda.

Estas representaciones e imitaciones tienen naturalezas completamente diferentes. Dios es una cosa por naturaleza, y el hombre es otra, aunque el hombre sea a imagen y semejanza de Dios; así como Hércules es una cosa y su estatua otra, aunque esta lo imite. Pero la imagen y semejanza cuando el hombre engendra un

hijo es tanto natural como connatural, ya que el padre y el hijo son de la misma naturaleza y comparten la misma esencia humana, aunque cada uno sea una hipóstasis y persona diferente.

El sentido de la Escritura, entonces, es que Adán engendró un hijo a su imagen y semejanza, es decir, connatural a él, similar en naturaleza, compartiendo la misma naturaleza, y teniendo la misma esencia tanto en el alma como en el cuerpo, así como en las capacidades y poderes de ambos. Esto debe entenderse de todos los hombres en general; pues todos los hombres descendientes de Adán comparten la misma naturaleza y la esencia humana que el primer hombre recibió.

Pero lo que se dice más de este hijo podría deberse a que imitó más la naturaleza de su padre desde el nacimiento, en la estructura del cuerpo, forma, figura, rasgos, color, complexión, y finalmente estatura y tamaño, ya siendo un hombre en la plenitud de su edad; y sobre todo porque imitó la piedad de la mente y el espíritu de su padre, la religión del culto divino, la fe, el propósito, la instrucción, la doctrina, las costumbres y el modo de vivir correctamente. Por eso, su padre, exultante por el nacimiento de tal hijo, lo llamó Set, es decir, puesto, o fundamento establecido, firme, suscitado. Sabía que Abel había desaparecido del mundo sin dejar descendencia; que la generación de Caín sería destruida por las aguas del diluvio, de modo que no quedaría ni un solo sobreviviente; pero este hijo le fue suscitado y dado por Dios, firmemente establecido y asegurado por la eterna elección y predestinación, para que su sucesión permaneciera en el mundo para siempre y él fuera como un fundamento de una descendencia y generación perdurable y elegida.

Después de haber engendrado a este hijo elegido, y gozando de su presencia y de la feliz continuidad de su linaje, vivió ochocientos años más. Y fueron todos los días de su vida novecientos treinta años solares, y murió: después de tantos años, finalmente terminó su vida

con la muerte; pues está establecido que todo hombre debe morir una vez como castigo por el pecado. Antes del pecado, no podía morir si hubiera guardado el mandamiento; pero después de haber cometido la transgresión, fue sometido a la sentencia de muerte para morir algún día. Y no mucho después, vio la apariencia de la muerte, muy terrible, introducida en la vida en su queridísimo hijo; ahora, sin embargo, él mismo ha cumplido la misma sentencia y ha terminado su vida con la muerte.

Pero no tiene poca dificultad entender cuál es la causa de que el hombre esté sujeto a la muerte y muera. En efecto, si cada cosa consiste en su forma y en su acto, dado que el alma misma del hombre, que es el acto del cuerpo, es incorruptible e inmortal, como hemos demostrado anteriormente: ¿de dónde viene que el hombre muere si su forma nunca se corrompe? Ciertamente, es necesario admitir que cuando el hombre muere, también el alma misma perece; o que ella no es la forma esencial del cuerpo, sino que asiste a él; pero la forma que es esencial al hombre, al perecer éste, muere con él: porque lo que informa depende de las disposiciones sensibles de la materia, y al ser eliminadas, muere. Por lo tanto, si el alma es la forma del cuerpo, depende de sus disposiciones, y al ser éstas corrompidas, perecerá; y si no perece, entonces no informa; esto se demostrará por el siguiente dilema: ya que si informa y se une sustancialmente al cuerpo, ciertamente se une por alguna disposición: esto es seguro.

Sin embargo, se pregunta sobre esa unión: ¿es sustancial para el alma, o accidental? Si es sustancial, entonces al perecer ésta, cuando el hombre muere, también el alma perecerá; pues no puede permanecer sin aquello que es esencial para ella. Pero si es accidental, ¿es un accidente propio o común? Si es propio, al ser destruido, el alma será destruida; pues no puede existir sin aquello que le es propio. Pero si es común, entonces sin esa unión el alma

podría unirse al cuerpo y estaría unida sin unión, lo cual es imposible.

Por lo tanto, es necesario admitir que o el alma muere, o no informa, o el hombre no muere.

Pero como la muerte del hombre se manifiesta claramente ante nuestros ojos todos los días, a partir de estas razones, algunos han afirmado que el alma es mortal y corruptible; otros, sin embargo, que no informa al cuerpo, sino que lo asiste, como el marinero al barco y la inteligencia al mundo.

Así pensó Platón, creyendo que el hombre es solo el alma; y que el cuerpo no es parte del hombre, sino un instrumento y móvil del alma.

Themistius también consideró que el alma asistía y era una sustancia incorpórea, inmortal y sempiterna, única en número en todos los hombres, y pensó que el hombre consistía sustancialmente en tal forma, y no era otra cosa que esa forma que se llama intelecto.

Finalmente, el cordobés Averroes, el más impío de los mahometanos, imaginó dos almas en el hombre: una esencial para él, por la cual se distingue de los demás animales; ésta, junto con sus fuerzas y facultades sensitivas, decía que era toda orgánica y extraída del poder de la materia, múltiple según la multitud de hombres y perecedera con los mismos al morir; la otra, sin embargo, la consideraba intelectual, no informante, sino asistente, por la cual el hombre no se distingue de los demás, ni toma su propia especie. Decía que ésta era incorpórea y sempiterna en todos los hombres, una antes de cada individuo y sobreviviente después de cada uno; sin embargo, se unía a cada individuo por los fantasmas, para que cada uno entendiera a través de ella. Decía que este intelecto es sustancialmente uno, pero múltiple con respecto a los fantasmas de los diferentes hombres, en los cuales opera.

Pero en verdad estas delirantes afirmaciones son las más absurdas. Por lo tanto, nosotros, habiendo avanzado hasta aquí, primero argumentaremos: que es imposible que en todos haya una sola alma racional; segundo: una vez probado que en cada ser humano individual hay almas racionales propias, que estas informan sus cuerpos propios; tercero: finalmente discutiremos la causa por la cual el hombre muere, si su forma es inmortal e incorruptible.

Al principio, entonces, de la unidad del intelecto en todos los hombres se siguen tantas imposibilidades, que nada más; es decir, tantas ridiculeces, que apenas puede uno contener la risa. Se sigue, en efecto, que ese único intelecto en uno sería sabio, en otro ignorante; en uno torpe y errante, en otro sagaz y rectamente conocedor; en uno bueno y justo, en otro injusto y malvado; en uno feliz, en otro miserable; de tal manera que en un único intelecto en número existirían innumerables hábitos contrarios: y también actos contrarios y contradictorios al mismo tiempo. Pero, ¿quién, aunque soñando, puede entender esto?

Además, se sigue otra absurda consecuencia: lo más malvado del hombre, lo más arrogante y torpe, tendría el intelecto más recto, sabio y bueno; y, por el contrario, el hombre más prudente y bueno tendría el intelecto más malvado y sumamente perverso; ciertamente, así es si el intelecto es uno y el mismo en ambos, llevando consigo tanto lo malo como lo bueno.

En tercer lugar: una misma cosa existiría naturalmente en múltiples y casi infinitos lugares al mismo tiempo. ¿No es cierto que hay hombres en muchos y casi innumerables lugares distintos y distantes entre sí? Si se concede esto, entonces cualquier otra cosa podrá existir en muchos lugares al mismo tiempo por virtud de la naturaleza; la misma dificultad existe en ambos casos, el mismo inconveniente.

Pero dime, oh Averroes, y todos aquellos que enloquecen con esta necedad: ¿cómo este único intelecto asiste a todos los hombres y se une a ellos? Dado que los hombres están dispersos aquí y allá, ¿acaso también asiste en los intersticios intermedios? Si lo admites: ¿qué operación tiene ese intelecto en esos intersticios? ¿O por qué no entienden también los caballos y cualquier otro animal, ya que también ellos tienen la capacidad de pensar y las fantasías son comunes a nosotros y a ellos? Ciertamente, si esa inteligencia se une a los fantasmas en los intermedios, también los caballos entenderán. Pero si no lo admites: ¿cómo puede esa forma intelectual asistente unirse a múltiples y casi innumerables hombres, dispersos y difundidos por todo el mundo, sin asistir también en los intersticios intermedios, siendo uno en número, completamente indivisible e imparcial? Claramente, estas cosas son imposibles.

Luego: si hay solo un intelecto en número por el cual todos entienden, te pregunto: ¿cómo los hombres se diferencian entre sí y de las bestias? Dirás que por la capacidad de pensar. Pero dime: ¿es esta capacidad de pensar que imaginas, un alma racional o no? Si admites que lo es: entonces discurre, por lo tanto, entiende sin ese intelecto; porque no puede haber discurso sin intelecto; en el discurso siempre hay universales, que solo son conocidos por el intelecto; el sentido siempre se refiere a lo particular. Por lo tanto, habrá intelecto y razón en todos los hombres sin ese intelecto que imaginas. Pero si no es racional, sino según su esencia carece de razón: entonces el hombre será, según su ser, un animal bruto, ni libre, sino carente de libertad; donde no hay razón, no hay libertad. Ciertamente, el hombre será un animal encantador y un gran milagro de la naturaleza, si es un animal bruto sin razón y sin libertad.

Además: ¿cómo entiende el hombre si el intelecto está separado de él? Dirás que a través de las fantasías, porque ese intelecto separado se une a las fantasías: por lo tanto, sin la fantasía el hombre no entiende: entonces no podrá entender a Dios, a las inteligencias y a

todo lo espiritual, sino solo a lo sensible; pues las fantasías son de estos, y no de las sustancias intelectuales o incluso de los accidentes espirituales. ¿Pero quién admitiría esto?

Finalmente: ¿esa forma asistente da al hombre una constitución esencial, o no? Si dices que no, como admite Averroes, sino que la capacidad de pensar orgánica extraída del poder de la materia constituye al hombre en su ser: entonces el alma del hombre es una forma mortal y corruptible; lo cual es absurdísimo, y tú mismo lo rechazas y proclamas en contra de Alejandro. Entonces estás delirando y no eres coherente contigo mismo. Pues tú dices que el alma es inmortal, como realmente es; pero con esta posición tuya socavas su inmortalidad y afirmas que es mortal, y con esta posición tuya se siguen todas las absurdidades e inconvenientes que acompañan a la mortalidad del alma sin ninguna tergiversación.

Pero si proporciona al hombre una constitución esencial, como tú admites, Themisti: entonces esa tu alma, siendo una en número en todos e inmortal persiste después de la muerte, será a la vez sabia e ignorante; y siendo el primer sujeto de los hábitos de las virtudes y de los vicios, será a la vez adornada con todos los hábitos de las virtudes y la sentina más fétida de todos los vicios; y siendo también el origen de las obras buenas y malas y el agente principal, será a la vez la más merecedora de alabanzas y riquezas por las obras buenas y justas, y la más perdida por los deméritos de los crímenes más perversos. Por lo tanto, será a la vez la más estudiosa y la más vil, la más justa y la más injusta, incluso la más feliz y la más miserable. Pero, ¿quién soportará estos horribles monstruos?

Claramente, esta sentencia extirpa y depravará todas las buenas costumbres, todas las leyes, derribará todas las repúblicas, confundirá toda la naturaleza, destruirá toda ciencia y verdadera filosofía, y vaciará completamente la teología. Porque, ¿cuál sería la diferencia entre los justos y los injustos, entre los predestinados y los

reprobados, entre los que se salvarán y los que se condenarán? ¿Cuál sería la recompensa de las virtudes y las buenas obras y el castigo de los vicios y los crímenes? Ciertamente, si alguien pudiera decir algo probable, sería que la misma alma de Cristo y de cualquier hombre justísimo y la de Judas y de cualquier otro hombre más malvado serían la misma, y que la misma alma sería bendecida en el reino celestial y condenada a los fuegos del Tártaro para ser torturada miserablemente, ¿quién en su sano juicio admitiría esto?

Por lo tanto, es absurdísimo y claramente imposible que haya una sola alma racional e intelectual en todos los hombres; sino que en cada uno hay una propia y particular, en cada ser humano una individual; de aquí no se sigue ningún inconveniente, ninguna incomodidad, ni hay nada inconveniente en lo que ellos aducen.

Ellos dicen que, si el intelecto fuera singular, ciertamente estaría en la materia, y no podría entender los universales, ya que lo singular no puede recibir la especie universal. Pero este argumento es vano y se vuelve contra ellos mismos. Pues el intelecto que ellos proponen, o es universal, o consiste en una naturaleza singular. Si es universal: entonces será alguna idea platónica, las cuales Aristóteles y ellos mismos tanto combaten y consideran tan inconvenientes e imposibles. Pero si es de naturaleza singular: entonces será material, y no podrá recibir las especies de los universales ni entenderlas. Entonces no son coherentes consigo mismos. Entiendan entonces que la naturaleza singular no es un impedimento para la cognición universal. Pues la especie misma representativa es claramente singular, recibiendo la singularidad de su sujeto, y es un accidente particular: pero es el órgano el que ofrece impedimento a esa cognición; pues la especie recibida en el órgano es un accidente corpóreo y divisible: nada de tal naturaleza puede representar lo universal, que es inmaterial. Pero nosotros no afirmamos que el intelecto singular esté fijado al órgano, para que sea una virtud

orgánica, por lo tanto, la especie recibida en el intelecto es un accidente espiritual, capaz de representar lo universal en sí misma.

Dejando a un lado, entonces, sus otros delirios, ahora abordemos el segundo propósito, probando que el alma racional es la forma esencial del hombre. Esta verdad ha sido claramente establecida y afirmada por el consejo sagrado, primero, en el Concilio de Vienne, bajo Clemente V; también se encuentra en las Clementinas, en "De Summa Trinitate et Fide Catholica", cap. único; y posteriormente en el Concilio de Letrán, bajo León X, sesión 8. Por lo tanto, debe sostenerse firmemente. No obstante, no estará de más aquí aportar algunas razones de acuerdo con la razón natural y la verdadera filosofía.

Primero: Aristóteles definió al alma de tal manera que es el acto primero del cuerpo físico, orgánico, que tiene potencialmente vida. Ἐντελέχεια (entelejeia) sin embargo, que se usa aquí, significa aquello que perfecciona, consuma y completa: que propiamente es el acto del informante. Pero el marinero no puede llamarse ἐντελέχεια (entelejeia) del barco.

En segundo lugar, si es el primer acto: entonces no se une al cuerpo solo según la operación, como el marinero al barco; la operación es el segundo acto: el primer acto es la forma, de la cual emana la operación.

Además, en el hombre no hay más que un alma, y esa alma racional contiene en virtud la sensitiva y la vegetativa, como el tetrágono contiene al triángulo. Esto se evidencia, pues las acciones del alma se impiden mutuamente: la contemplación impide la sensación e incluso la nutrición, y la sensación impide la contemplación. Si estas acciones provinieran de múltiples almas, no necesariamente se impedirían entre sí, sino que cada una cumpliría su función sin el impedimento de la otra. Por lo tanto, hay una sola alma, de la cual provienen estas acciones.

Además, si se postularan tres almas distintas en el hombre, como lo hizo Platón; la intelectiva en el cerebro, la sensitiva en el corazón y la vegetativa en el hígado, entonces estas tres almas particulares y distintas constituirían un triple individuo en el hombre, es decir, cada una su propio individuo, y así el hombre sería un triple individuo en una triple especie; y de esta manera el hombre no sería una especie distinta, sino una totalidad compuesta por la agregación de lo que constituyen esas tres almas.

Si dices que esas tres hacen una: ¿cómo, pregunto, se unen esas múltiples almas distintas para formar una y componer una unidad? Si, por lo tanto, hay solo una alma en el hombre: no será entonces como un motor, sino como una forma; el motor está solo en una parte móvil: el alma está en todo el cuerpo y en cada una de sus partes; ya que las operaciones del alma se perciben en todo el cuerpo y en cada una de sus partes, ciertamente las fuerzas y poderes del alma estarán en todo el cuerpo. Si sus potencias están en todo el cuerpo: entonces también el alma; si la potencia y la operación están allí sin el alma, que es su principio, ciertamente estarían con otra forma y violentamente, como el calor en el agua; pero es absurdísimo que las fuerzas y operaciones naturales sean violentas; más bien, es imposible: lo natural y lo violento son contrarios entre sí.

Además: la operación propia de cualquier cosa emana de su propia forma. Pero el entendimiento, aunque sea por discurso, es la operación propia del hombre: será, por lo tanto, de su propia forma; no entendemos sino por el alma intelectiva.

Además: lo que hay en nosotros, o es materia, o forma, o compuesto de ambas. Pero ciertamente el alma está en nosotros; experimentamos que entendemos: del mismo modo que experimentamos que vemos el sol, sabemos que la tierra es mayor. Esta experiencia es intelectiva, ya que no puede ser hecha por el

sentido. Esta intelección, siendo un acto inmanente, estará formalmente en nosotros: por lo tanto, también la potencia intelectiva, de la cual y en la cual está; por lo tanto, también habrá alma, que es el principio de esa potencia. Dado que, por lo tanto, el alma está en nosotros, y no es materia ni compuesto, ciertamente será la forma de nuestra materia, es decir, del cuerpo.

Pero decía Platón que el hombre es solo el alma; el cuerpo, sin embargo, es móvil y su instrumento. Pero esto no puede sostenerse de ninguna manera. Pues el hombre es un animal racional: por lo tanto, es una sustancia corpórea, animada, sensible y racional. Y si el hombre, según su esencia, es una sustancia corpórea, no puede ser solo el alma, que es una forma simple, no un cuerpo. Por lo tanto, el alma no es el hombre, sino que es una parte del hombre que lo constituye esencialmente, lo integra y lo perfecciona. El alma, por lo tanto, es singular y propia en cada hombre singular, informando al cuerpo y constituyéndolo en su ser.

Ahora debemos abordar el tercer punto que propusimos: ¿por qué, si esta forma del hombre es inmortal e incorruptible, él mismo muere? No es tan fácil responder a esta pregunta; sin embargo, con la guía de Dios y algunos fundamentos previamente establecidos, resolveremos fácilmente este nudo gordiano.

Se debe advertir primero que la naturaleza del alma racional es tal que no es ni una sustancia puramente intelectual, ni una forma puramente sensitiva; sino una sustancia intermedia que abarca ambas. Es tan intelectual que también es el principio de sentir, lo que la diferencia de las inteligencias; y es tan sensitiva que también es el principio de entender, lo que la diferencia de las formas puras. Sin embargo, abarca ambos en una sustancia única y simple, por lo que suele llamarse ὁρίζων (horizón) de las formas espirituales y corporales. De aquí proviene que el alma racional, según su ser, es un acto informante: de otra manera, no abarcaría la naturaleza

sensitiva; sin embargo, es una forma que no depende completamente de la materia que actúa, sino que puede existir por sí misma separada en cuanto incluye la naturaleza del entendimiento. Por lo tanto, del alma emanan dos poderes y fuerzas: algunas en cuanto es el principio de sentir y una forma; y estas son sensoriales, fijadas a los órganos, comunes al alma y al cuerpo, ya que proceden de ella en cuanto es la forma del cuerpo; algunas son fuerzas intelectuales y propias de ella que emanan de ella en cuanto está destinada a existir por sí misma. Lo mismo debe entenderse de las operaciones, que se ejercen mediante las potencias. El alma, por lo tanto, en la parte en que es sensitiva, informa al cuerpo; pero en la parte en que es intelectiva, no lo informa; y aquello es llamado lo inferior del alma, y esto lo superior, lo cual no usa órganos corporales. De aquí que el intelecto a veces se diga separado; no porque realmente esté separado y subsista por sí mismo separado del alma, o que sea más abstracto que ella; sino porque la virtud del alma no es orgánica, ni se adhiere al cuerpo de manera que no pueda separarse de él: pues es inextensa e inmaterial.

Por lo tanto, el alma racional, según el intelecto, puede existir y operar por sí misma; pero según el sentido, necesita órganos corporales bien dispuestos. Entonces, cuando se une al cuerpo según su porción inferior, en cuanto posee las fuerzas y poderes de vivificar, vegetar y sentir, para poder vivificar, vegetar y dar sensación al cuerpo, requiere una disposición en el cuerpo: pues el sentido consiste en una cierta armonía, - por lo tanto, una proporción de la mezcla de los elementos y de las cualidades primarias, una igualdad de temperamento y complexión, una multiplicidad de órganos en la mejor disposición posible, una agilidad de los espíritus sutiles, tanto naturales como vitales y animales, una abundancia del humor vital y una proporción suficiente del calor vivificante. Estas disposiciones del cuerpo se requieren para que el alma permanezca unida al cuerpo; si alguna de ellas falta o decae más de lo debido,

esa unión del alma y el cuerpo se disolverá y se corromperá por completo al corromperse estas disposiciones. Pues se pierde la armonía de los órganos, sin la cual, dado que no puede consistir el sentido, el alma, al ser el principio del sentir que informa al cuerpo, se separa del cuerpo.

La muerte, por lo tanto, le ocurre al hombre, aunque su forma sea inmortal, porque el alma se separa del cuerpo; y la causa de esta separación es que la unión del alma con el cuerpo depende de las disposiciones del cuerpo: cuando estas se corrompen, la unión se disuelve, los vínculos de la conexión se deshacen. Por lo tanto, esas disposiciones no afectan en absoluto al alma; pues el alma puede existir por sí misma sin ellas, ya que no depende completamente de las mismas; pero sí son necesarias para la unión; por lo tanto, cuando estas disposiciones existen, existe la unión, y cuando se corrompen, se corrompe la unión.

El dilema planteado al principio es claramente vano. Pues, ¿cómo se sigue que si la unión del alma es sustancial o propia, al corromperse esta también se corromperá el alma? Y si es completamente accidental, ¿cómo puede estar unida sin la unión? Ciertamente, yo argumentaré así: es claro que la materia misma se une a la forma del fuego: si esa unión es esencial para la materia, al destruirse esta, la materia se corromperá; de manera similar, si es accidental propia; pero si es común: entonces se unirá a la materia sin unión. Ve cuán vano es ese dilema, qué bella inferencia: si la unión del alma es accidental: entonces estará unida sin unión; entonces, si la blancura es accidental para el hombre, será blanco sin blancura. Por lo tanto, digo que no el alma, sino la unión del alma, depende de las disposiciones del cuerpo; y esa unión es separable del alma, pero no para que permanezca unida; así como la blancura es separable del hombre, pero no para que permanezca el hombre.

Ahora bien, habiendo visto esto, volviendo al propósito del cual nos desviamos, decimos que Adán ciertamente murió, no por la corrupción del alma, sino por su separación del cuerpo. El alma se separó debido a la corrupción de las disposiciones naturales, de las cuales depende la unión, especialmente debido a la falta de humedad vital, que fue restaurada diariamente por la humedad nutricional de manera cada vez más deficiente hasta que finalmente falló, y el calor vivificante y los espíritus fueron debilitados y disueltos mucho más de lo que podían sostener los órganos de los sentidos y todo el cuerpo. Entonces, con la humedad y el calor consumidos junto con los espíritus y con la armonía destruida por el excesivo frío y sequedad, murió.

Vrr. 6-8 Seth vivió ciento cinco años, y engendró a Enós. Y vivió Seth, después de engendrar a Enós, ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Seth fueron novecientos doce años, y murió.

Texto hebreo: Y Seth vivió cinco años y cien años, y engendró a Enós. Y Seth vivió, después de engendrar a Enós, siete años y ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Seth fueron doce años y novecientos años, y murió.

La frase hebrea, como dijimos anteriormente, pone los números menores antes de los mayores, quizás por la razón de que, según la naturaleza, el número menor precede al mayor, ya que está más cerca de la unidad, de la cual emanan todas las especies de números. Sin embargo, eso no afecta la comprensión de la Escritura. Pues el intérprete caldeo invierte esa frase; porque tiene:

Y Seth vivió ciento cinco años y engendró a Enós. Y Seth vivió, después de engendrar a Enós, ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Seth fueron novecientos doce años, y murió.

Los griegos, según su costumbre, quitan uno de los siguientes centenarios de años y lo añaden al anterior y hacen doscientos cinco años cuando Seth engendró.

Algunos hebreos, especialmente el Rabino Abravanel, dicen que como Adán vivió dominado por su espíritu y separado de su esposa durante ciento treinta años, sus días se prolongaron tanto que vivió novecientos treinta años. Pero como Seth contrajo matrimonio y unión con su esposa antes que su padre, a los veinticinco años — pues tenía ciento cinco años cuando engendró a Enós, mientras que Adán tenía ciento treinta—, por eso, después de engendrar a su hijo, vivió ochocientos siete años, nunca más separado de su esposa, y engendró hijos e hijas; y del mismo modo que aceleró su matrimonio en veinticinco años respecto a su padre, así sus días de vida fueron acortados dieciocho años respecto a los días de su padre; pues Adán vivió novecientos treinta años, y él novecientos doce.

Vrr. 9-11 Vivió, pues, Enós noventa años y engendró a Cainán. Después del nacimiento de éste, vivió ochocientos quince años y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Enós fueron novecientos cinco años, y murió.

Texto Hebreo: Y vivió Enós noventa años y engendró a Quenán. Y vivió Enós, después de engendrar a Quenán, quince años y ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Enós fueron cinco años y novecientos años, y murió.

Los Griegos tienen: Vivió Enós ciento noventa años, y engendró, etc. Este Enós adelantó el matrimonio cuarenta años antes que Adán. Pues cuando tenía noventa años, engendró un hijo, después de lo cual sobrevivió ochocientos quince años, engendrando muchos hijos e hijas. Por esto, todos los días de su vida fueron novecientos cinco años: vivió veinticinco años menos que Adán, porque contrajo matrimonio cuarenta años antes que él.

Vrr. 12-14 Vivió también Cainán setenta años y engendró a Malaleel. Y vivió Cainán, después de engendrar a Malaleel, ochocientos cuarenta años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Cainán fueron novecientos diez años, y murió.

Texto Hebreo: Y vivió Quenán setenta años y engendró a Mahalalel. Y vivió Quenán, después de engendrar a Mahalalel, cuarenta años y ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Quenán fueron diez años y novecientos años, y murió.

Los Griegos dicen que vivió ciento setenta años antes de engendrar un hijo. Este Cainán adelantó el matrimonio sesenta años antes que Adán; pues cuando tenía setenta años, engendró un hijo; después de lo cual, sobrevivió ochocientos cuarenta años, engendrando muchos hijos e hijas, y así todos los días de su vida fueron novecientos diez años: veinte años menos que Adán. Y aunque adelantó el matrimonio veinte años antes que su padre Enós, vivió cinco años más que él: tal vez porque tenía una naturaleza más robusta y un temperamento más equilibrado, que contribuyen mucho a una larga vida.

Vrr. 15-17 Pero Malaleel vivió sesenta y cinco años y engendró a Jared. Y vivió Malaleel, después de engendrar a Jared, ochocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Malaleel fueron ochocientos noventa y cinco años, y murió.

Texto Hebreo: Y vivió Mahalalel cinco años y sesenta años, y engendró a Iered. Y vivió Mahalalel, después de engendrar a Iered, treinta años y ochocientos años, y murió.

Los Griegos tienen: Vivió Maleleel ciento sesenta y cinco años y engendró a Jared.

Este Malaleel adelantó el matrimonio sesenta y cinco años antes que Adán; pues cuando tenía sesenta y cinco años, engendró un hijo y, después de su nacimiento, sobrevivió ochocientos treinta años, engendrando muchos hijos e hijas. Y el período total de su vida fue

de ochocientos noventa y cinco años: treinta y cinco años más corto que el de Adán; y aunque adelantó el matrimonio de su padre sólo cinco años, o si prefiero decirlo mejor, contrajo matrimonio con una mujer cinco años antes, sin embargo, terminó su vida quince años antes que su padre por muerte natural.

Vrr. 18-20 Pero Jared vivió ciento sesenta y dos años y engendró a Enoc. Y vivió Jared, después de engendrar a Enoc, ochocientos años y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Jared fueron novecientos sesenta y dos años, y murió.

Texto Hebreo: Y vivió Jared sesenta y dos y cien años, y engendró a Janoch. Y vivió Jared, después de engendrar a Janoch, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Jared fueron sesenta y dos años y novecientos años, y murió.

Aquí los Griegos dicen correctamente: Jared vivió ciento sesenta y dos años, etc.

Este Jared fue un hombre de gran virtud y admirable continencia. Pues, aunque todos, desde Adán hasta él, adelantaron mucho el matrimonio en muchos años, él no sólo retrasó el conocer a su esposa hasta el tiempo de Adán, sino que lo superó en treinta y dos años; pues conoció a su esposa y engendró un hijo a los ciento sesenta y dos años. Pero recibió una recompensa por esta laudable continencia, y cuanto mayor fue, tanto mayores fueron los premios que consiguió. Pues, mientras todos, desde Adán hasta él, cerraron su vida con un período más corto que Adán, él superó el tiempo de vida de Adán en treinta y dos años, ya que cultivó la continencia del matrimonio durante treinta y dos años más que él. Porque aquel vivió novecientos treinta años; éste, novecientos sesenta y dos; pues aquél engendró un hijo a los ciento treinta años de su vida: éste, a los ciento sesenta y dos; por lo tanto, cuanto más continencia, más larga fue su vida. Porque Dios siempre ha colmado la virtud con

honores, premios y dones, y cuanto mayores son las virtudes, tanto mayores son los premios con los que se remuneran.

Vrr. 21-24 Enoc vivió sesenta y cinco años y engendró a Matusalén. Y Enoc caminó con Dios, y vivió Enoc, después de engendrar a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Enoc fueron trescientos sesenta y cinco años. Y Enoc caminó con Dios, y no apareció, porque Dios se lo llevó.

Texto Hebreo: Y vivió Janoch cinco y sesenta años, y engendró a Matusalá. Y Janoch caminó con Dios, después de engendrar a Matusalá, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Janoch fueron cinco y sesenta años y trescientos años. Y Janoch caminó con Dios, y no está, porque Dios se lo llevó, o lo tomó.

Texto Caldeo: Y Janoch caminó בְּדְחַלְתָא דַיְיָ (en temor de YHWH), porque Dios no quiso que muriera.

Tárgum de Jerusalén: Y Janoch sirvió al Señor en verdad; y he aquí que no está, porque fue arrebatado por la palabra, o el sermón del Señor.

Los Griegos dicen: Y vivió Enoc ciento sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. Y a Enoc le agradó Dios y no fue encontrado, porque Dios lo trasladó.

Los Hebreos interpretan este pasaje de manera diferente a los doctores católicos. Pues dicen que Enoc, antes de engendrar a Matusalén, era muy propenso y atraído por los placeres del matrimonio. Pero después de engendrar a su hijo, caminó más moderadamente y siguió a Dios en santidad y justicia. Cuando Dios vio esto, con su suprema sabiduría, para que no se apartara de Dios y la justicia por causa de su esposa e hijos, ya que la maldad podría cambiar su sentido y pervertir su entendimiento, hizo que muriera antes de su tiempo. Por eso se dice que no está, porque murió: pero que Dios lo llevó, porque murió por una disposición especial de

Dios, según aquello de Jonás: "Toma... mi vida"; como también dijo Elías: "Toma, Señor, mi vida de mí, porque no soy mejor que mis padres."

Nuestros antepasados dicen que Enoc fue llevado por Dios debido a la excelencia de su virtud, al igual que Elías, y trasladado al paraíso terrenal, donde vive hasta el día de hoy. Por eso en el Texto Sagrado no se dice que murió, sino que no apareció, o no está, porque Dios lo tomó. Así también se dice en el Eclesiástico: Enoc agradó a Dios y fue trasladado al paraíso, para impartir sabiduría a las naciones.

En cuanto a mí, no tengo certeza absoluta sobre qué interpretación seguir; sin embargo, lejos de reprobar la opinión de nuestros antepasados, más bien la respeto; no obstante, diré lo que pienso, dejando todo al juicio de los más sabios. Yo siempre he considerado que Enoc fue un hombre santísimo y justísimo. Aunque todos, desde Adán hasta Noé, fueron hombres justos y perfectamente íntegros, se dice que Enoc caminó con Dios con una excelencia y prerrogativa singular de virtud y perfección, es decir, llevó una vida célibe y completamente divina en la tierra, en todo íntegra. De ahí que estuviera abundantemente lleno de sabiduría divina más que los demás y maravillosamente inspirado.

Profetizó, como lo testifica el apóstol B. Judas, siendo Enoc el séptimo desde Adán, diciendo: He aquí que el Señor viene con miles de sus santos para hacer juicio contra todos y reprender a todos los impíos por todas las obras de impiedad que han cometido impíamente, y por todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra Dios. Y, por lo tanto, resplandeció admirablemente por la santidad e inocencia de su vida, y por la clarísima luz de sus obras, y por el resplandor transparente de su sabiduría.

El hecho de que todavía esté vivo no es tan cierto, firme y constante como para que no se permita a alguien pensar de otra manera; pues

no se sigue inmediatamente que fue trasladado en cuerpo viviente cuando se dice: Y no está, porque Dios lo tomó. La frase de la Sagrada Escritura en muchos lugares significa muerte prematura, por la cual Dios recibe a sus santos consigo. Así oró Elías al Señor, pidiendo que muriera, y dijo: Basta ya, oh Señor, toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres. Así también Jonás: Y ahora, oh Señor, te ruego, toma mi vida de mí, porque mejor me es la muerte que la vida. Sin embargo, el lugar más claro está en Sabiduría: El justo..., si es arrebatado prematuramente, estará en refrigerio; pues la vejez honorable no se mide por la duración de años, ni se computa por el número de años; canas son el juicio del hombre, y la edad de la vejez es una vida sin mancha. Agradando a Dios, fue amado y, viviendo entre pecadores, fue trasladado; fue arrebatado para que la maldad no cambiara su entendimiento, o para que el engaño no sedujera su alma. Poco después: Porque su alma era agradable a Dios, por eso se apresuró a sacarlo de en medio de las iniquidades.

Esto claramente se refiere a la muerte prematura de los justos, por la cual Dios dice que los traslada y se apresura a recibirlos consigo. Así, cuando se dice aquí: Porque Dios lo tomó, eso es segurísimo; si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no es constante.

Lo que está aceptado casi por todos nuestros antepasados, tanto griegos como latinos, que Enoc fue trasladado, proviene de los Setenta Intérpretes, que interpretaron la palabra hebrea לקח (laqach), que significa "tomar", con la palabra de traslado; y esa איננו (enennu), es decir, "no está", como "no se encontraba"; así lo tradujeron, como se tiene ahora en la Edición Griega de la Vulgata: Καὶ οὐχ εὑρίσκετο, ὅτι μετέθηκεν αὐτὸν ὁ Θεός (Kai ouch heurisketo, hoti metetheken auton ho Theos), es decir: No se encontraba, porque Dios lo trasladó.

Sin embargo, la Verdad Hebrea tiene: וְאֵינֶנּוּ כִּי־לָקַח אֹתוֹ אֱלֹהִים (Ve'enennu ki-laqach oto Elohim), es decir: Y no está, porque Dios lo tomó.

Aquello del Eclesiástico, sin desviarnos de lo antes dicho, lo entendemos así: Enoc agradó a Dios, es decir, caminó con Dios; así lo tradujeron los Setenta: Y fue trasladado, según aquello: Agradando a Dios, fue amado y, viviendo entre pecadores, fue trasladado; lo cual, sin embargo, se entiende de la muerte; entendemos aquello del paraíso como el seno de Abraham, donde se consolaban las almas de los Padres santos, como se dice del mendigo Lázaro; aquello finalmente: Para dar sabiduría a las naciones: lo entendemos por las buenas obras; pues el justo muerto condena a los impíos vivos por sus buenas obras: así como Abel muerto aún clama, según el testimonio del Apóstol, y eso no es sino por sus buenas obras.

Pues no estamos obligados a entender por paraíso aquel lugar en el que fue puesto el primer hombre; es completamente incierto si ese jardín, plantado con árboles, aún se encuentra y no se sabe más si existe o no, pues, según la Verdad Hebrea, ese jardín fue plantado por Dios en Edén; ahora bien, se sabe que Edén está habitado por las naciones no lejos de la tierra prometida, en las fronteras de Jarán y Chennam. Así lo leemos en Ezequiel: Jarán y Chennam y Edén, tus mercaderes.

Luego, según el testimonio del Sagrado Texto, sabemos que Caín habitó al este de Edén cerca del lugar de ese paraíso, no lejos de donde habitaban su padre Adán y su hermano Set. Pues los hijos de Set, que se llaman hijos de Dios, pudieron ver a las hijas de Caín y tomar para sí de todas las que eligieron. Sin embargo, la opinión común es que Adán habitó no lejos de la tierra prometida después de ser expulsado del paraíso, y fue sepultado en Hebrón en la cueva doble, donde también fueron sepultados Abraham, Isaac y Jacob.

Cerca de esas regiones, y no muy lejos, se puede ver algún vestigio de ese célebre paraíso; de hecho, los ríos Tigris y Éufrates, que salen de allí, se encuentran cerca de esas regiones.

Pero nos hemos alejado demasiado del tema. Esto es lo que nos parecía decir sobre este asunto, pero dejamos a cada uno sus propias opiniones y dejamos estos asuntos también al juicio de los más sabios.

Sin embargo, hay un pasaje en San Pablo que nos obliga a decir que Enoc no murió. Así dice el Apóstol sobre él: Por la fe, Enoc fue trasladado para no ver la muerte, y no fue hallado, porque Dios lo trasladó; pues antes de su traslado tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Pero claramente esto puede entenderse del diluvio, para que no viera la muerte miserable de los hombres en el diluvio y pereciera sumergido con ellos en aquellas aguas; por eso dice: Para no ver la muerte: no dice: para no morir.

También puede entenderse de otra manera, según aquello de la Sabiduría: Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte; parecen a los ojos de los insensatos haber muerto... pero ellos están en paz. De cualquier manera que se entienda, nuestra interpretación se mantiene. La razón por la que no se dice en el texto que murió es porque la separación de su alma de su cuerpo fue hecha divinamente y su alma fue trasladada inmediatamente a una vida mejor y a un lugar de descanso y consolación.

Vrr. 25-27 Vivió también Matusalén ciento ochenta y siete años y engendró a Lamec. Y vivió Matusalén, después de engendrar a Lamec, setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Matusalén fueron novecientos sesenta y nueve años, y murió.

Texto Hebreo: Y vivió Matusalá setenta y ocho años y cien años, y engendró a Lamec. Y vivió Matusalá, después de engendrar a Lamec, ochenta y dos años y setecientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Matusalá fueron noventa y nueve años y novecientos años, y murió.

El justo Enoc engendró un hijo justo y muy continente, que superó a todos sus antecesores en la continencia de su vida; pues retrasó el matrimonio hasta el año ciento ochenta y siete de su vida, llevando una vida célibe y continente cincuenta y nueve años más que Adán. Sin embargo, no le faltaron mayores premios y dones más abundantes por su mayor virtud: vivió treinta y nueve años más de vida; pues murió a los novecientos ochenta y nueve años, el mismo año en que las aguas del diluvio inundaron toda la tierra: ya que, a los ciento ochenta y siete años de su vida, engendró a Lamec, quien, a los ciento ochenta y dos años, engendró a Noé, en cuyo sexcentésimo año de vida ocurrió el diluvio. Si estos años se suman, resultan novecientos sesenta y nueve años; y ese es el período de vida de Matusalén. Para que no viera aquella muerte miserable de los impíos, y para que el justísimo hombre no pereciera en las aguas del diluvio junto con los impíos y malvados, Dios se apresuró a llevarlo de entre los inicuos, recibiéndolo a sí mismo por la muerte de los justos.

Vrr. 28-31 Lamec vivió ciento ochenta y dos años y engendró un hijo, y llamó su nombre Noé, diciendo: Este nos consolará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos en la tierra que el Señor ha maldecido. Y vivió Lamec, después de engendrar a Noé, quinientos noventa y cinco años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Lamec fueron setecientos setenta y siete años.

Texto Hebreo: Y vivió Lamec dos y ochenta años y cien años, y engendró un hijo y llamó su nombre Noé, diciendo: Este nos hará descansar de nuestra obra y del trabajo, o dolor, de nuestras manos

en la tierra que Dios ha maldecido. Y vivió Lamec, después de engendrar a Noé, cinco y noventa años y quinientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Lamec fueron siete y setenta años y setecientos años.

Los Griegos tienen este pasaje muy diferente. El Texto Griego dice que Lamec vivió ciento ochenta y ocho años antes de engendrar un hijo; y después de haber engendrado, vivió quinientos sesenta y cinco años, y todos los días de Lamec fueron setecientos cincuenta y tres años. Sin embargo, la Verdad Hebrea y el Traductor Caldeo tienen lo que está en nuestra Edición.

De esta permutación de años en esta genealogía hecha por los Setenta Intérpretes, se han seguido algunos inconvenientes de importancia. Pues, según el verdadero cómputo de años, que se encuentra en estas generaciones tal como en la Verdad Hebrea y nuestra Vulgata, sólo se cuentan mil seiscientos cincuenta y seis años; si se cuentan según la Traducción de los Setenta, serán dos mil doscientos cuarenta y dos años. Para verlo claramente, no estará de más enumerar aquí los años de cada generación, tanto según la Verdad Hebrea y nuestra Edición, como según la Traducción de los Setenta.

Años desde la creación de Adán hasta el diluvio:

Según la Verdad Hebrea y Nuestra Edición:		Según la Traducción de los Setenta:	
Adán vivió años y engendró	130	Adam vivió años y engendró	230
Set: vivió años y engendró	105	Set: vivió años y engendró	205
Enós: vivió años y engendró	90	Enós: vivió años y engendró	190
Cainan: vivió años y engendró	70	Cainan: vivió años y engendró	170
Malaleel: vivió años y engendró	65	Malaleel: vivió años y engendró	165
Jared: vivió años y engendró	162	Jared: vivió años y engendró	162
Enoch: vivió años y engendró	65	Enoch: vivió años y engendró	165
Matusalén: vivió años y engendró	187	Matusalén: vivió años y engendró	167
Lamec: vivió años y engendró	182	Lamec: vivió años y engendró	188
Noe: vivió años y vino el diluvio en el año sexcentésimo de la vida de Noe.	600	Noe: vivió años y vino el diluvio en el año sexcentésimo de la vida de Noe.	600
Suma Total	1656	Suma Total	2242

En el cómputo de los años del siglo, se encuentran muchos más según la Traducción de los Setenta, que de acuerdo con la Verdad (Hebrea).

Lamec vivió ciento ochenta y dos años, y engendró un hijo, Noé, el justo. Pues también él era muy justo e íntegro, y un hombre perfecto, de vida singularmente contenida: ya que durante cincuenta y dos

años más que Adán llevó una vida célibe, contenida e incorrupta. Por lo cual, con un mérito singular en virtud de sus obras, rebosando de sabiduría celestial, inspirado por el Santo Espíritu y el Divino Espíritu, al engendrar un hijo, profetizó diciendo:

"Este nos consolará de nuestros trabajos y del esfuerzo de nuestras manos en la tierra que el Señor maldijo." Pues más arriba, debido a la transgresión del primer hombre, se dijo en la sentencia divina: "Maldita será la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida." A esto alude este santo hombre, diciendo que este hijo los consolará de esos trabajos y dolores, haciéndolos descansar de esas cargas laborales.

Algunos refieren esta predicción de Lamec a la reparación del mundo. Sin embargo, muchos de los hebreos dicen que Noé inventó el arado, para que los animales araran la tierra y los hombres descansaran de las dolorosas cargas laborales, ya que antes solo cultivaban la tierra con las manos. ¿Pero cómo pudo Lamec saber esto cuando el niño apenas había nacido? Seguramente, solo a través de una revelación. Pero, ¿era tan digna la cosa como para que Dios revelara el arte de arar?

El Rabino Abrabanel expone este pasaje así: "Ya que a Adán se le dijo: 'Maldita será la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella, hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado': y Adán vivió novecientos treinta años; por lo tanto, cuando nació Lamec, padre de Noé, Adán aún vivía: ya que desde la creación de Adán hasta el nacimiento de Lamec solo transcurrieron ochocientos setenta y cuatro años. Por lo tanto, dado que Adán vivió novecientos treinta años, es evidente que vivió hasta el quincuagésimo sexto año de la vida de Lamec. Todos, pues, los que se mencionan en esta genealogía desde Adán hasta Noé, nacieron antes de la muerte de Adán; solo Noé nació después de su muerte. Observando esto, Lamec, al nacerle este hijo, dijo: 'Si Dios maldijo la tierra por causa

de Adán, para que solo produjera fruto si se trabajaba y cultivaba hasta su muerte, ciertamente, dado que este hijo es el primero en nacer después de su muerte, él nos consolará, nos hará descansar de estos trabajos.'"

Por lo tanto, creo que estas palabras deben entenderse así: toda la esperanza de vida, toda nuestra consolación está puesta en este único hijo; él sobrevivirá a todos nuestros trabajos, que hemos soportado tanto en el engendramiento, como en la crianza y educación de los hijos, y a todas nuestras obras, que hemos realizado; todas las demás serán destruidas por la maldición con la que Dios maldecirá toda la tierra, devastándola con las aguas del diluvio; él solo quedará y sobrevivirá: él solo será salvado y por él toda la humanidad será restaurada. Estas palabras, si se entienden así, ciertamente fueron dignas de ser reveladas por Dios.

Después de engendrar a este hijo, del cual se habló tanto, Lamec vivió quinientos noventa y cinco años más, y cerró su último día, habiendo vivido setecientos setenta y siete años. Murió cinco años antes del diluvio y en el mismo número de años murió antes de que su padre Matusalén cerrara los ojos; pues Matusalén murió en el año del diluvio.

Dicen los hebreos que Lamec murió antes de su tiempo, por obra de Dios; pues la muerte le convenía más que la vida, para no ver aquella extrema y miserable perdición y destrucción de todos los hombres en las amarguísimas aguas del diluvio. Y quizás, habiendo recibido una revelación especial de Dios acerca de esto, este piadosísimo hombre imploraba a Dios con gemidos inenarrables, pidiendo cerrar su último día antes de que sobreviniera esa severísima pero no menos justísima plaga. Y fue escuchado por su reverencia y cerró los ojos, antes de ver tan gran mal.

Noé, cuando tenía quinientos años, engendró a Sem, Cam y Jafet.

Texto Hebreo: Y Noé tenía quinientos años, y engendró Noé a Sem, Ham y Jafet.

Noé, el décimo desde Adán, nació siendo un hombre íntegro y perfecto, así como el número diez es el número más perfecto. Fue un hombre de gran y admirable virtud, continencia y humildad; pues hasta el año quinientos de su vida permaneció en la casa de su padre como un hijo humilde, sumiso y sujeto a su padre. Se dice: "Noé tenía quinientos años, y engendró Noé". Observa la excelencia admirable de su virtud y continencia, en la que superó con creces a todos sus padres. De hecho, todos los que lo precedieron en edad, aproximadamente al año cien más o menos, todos antes del año doscientos contrajeron matrimonio con mujeres; pero él, hasta el año quinientos, postergó, llevando una vida completamente célibe y celestial entre los hombres, y estos eran muy malvados y criminales, conduciéndose santamente.

Y no creo que se casara sino por indicación de Dios, ya que Dios le reveló que a través de él salvaría a la raza humana. Pues al ver Dios la maldad, dijo: "No permanecerá mi espíritu en el hombre... porque es carne; y sus días serán ciento veinte años." Entonces ordenó a Noé que construyera el arca. En ese momento, aún célibe, llevaba una vida libre de la corrupción de la carne, y entonces pienso que fue avisado por Dios para que tomara esposa y procreara hijos, a partir de los cuales la raza humana se difundiría ampliamente; y nunca quiso casarse antes de la indicación de Dios.

Sabía, pues, que si él tomaba esposa alrededor del año cien, habría muchos años hasta el diluvio; y entonces podría haber visto a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación; de entre los cuales muchos, fuertes por la fortuna, impíos y criminales, como eran los hombres de aquella generación, existirían, los cuales no eran dignos de ser salvados de las aguas inundantes del diluvio. ¿Y si iban a perecer? ¿Para qué, decía él, engendrar hijos

que morirían de una muerte tan miserable ante sus ojos? Además, si hubiera engendrado al tiempo acostumbrado de los padres anteriores, sin duda habría engendrado muchos hijos e hijas, y no podría haberse conservado tanta multitud durante el tiempo que duró el diluvio, junto con tantas especies de animales. Por lo tanto, la providencia de Dios cuidó de que Noé postergara el matrimonio hasta el año quinientos.

En ese año se dice que engendró tres hijos: Sem, Cam y Jafet. Quizás estos hijos no nacieron en el orden en que se sitúan en la Sagrada Historia. Pues si Sem fue el primogénito, debía tener cien años cuando el diluvio llegó: ya que en el año seiscientos de Noé vino el diluvio, y en el año quinientos de su vida engendró. Pero cuando engendró a su hijo Arfaxad tenía cien años, dos años después del diluvio. Por lo tanto, Sem no nació en el año quinientos de la vida de Noé, sino dos años después. Pero como dice la Escritura que Noé tenía quinientos años cuando engendró a sus hijos, queda claro que hubo alguien mayor que él y que no era el primogénito.

Algunos de los hebreos dicen que fue puesto en primer lugar porque nació circuncidado. Pero eso es ficticio. Decimos entonces que debido a su virtud eminente y la excelencia de sus méritos, se le otorgó el primer lugar en la Sagrada Escritura. Pues él fue Melquisedec, rey de Salem..., sacerdote del Dios altísimo; de él descendieron los patriarcas más santos; de él provino el pueblo elegido, y finalmente Cristo Jesús, sumo sacerdote según el orden de Melquisedec, nacería. Esto es similar a lo que sucedió con los dos hijos de José, Manasés y Efraín; pues el menor, Efraín, fue puesto por encima del mayor y se le dio la primogenitura, porque se convertiría en una gran nación.

No estará de más investigar en este momento la razón por la cual los hombres de esta primera generación, desde Adán hasta Noé, vivían tanto tiempo, casi mil años. Algunos desprecian completamente

cualquier razón para esto, pensando que en esta genealogía no se trata de años solares, sino lunares. Pues dicen que Moisés, quien fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, tomó los años según la costumbre de esa nación, que determinaba el año por el curso de la luna, entre los cuales se dice que algunos vivieron mil años. Pero de hecho, los egipcios usaban el año solar incluso antes de los tiempos de Moisés. Pues los astrónomos más sabios de Egipto, antes de la invención de la escritura, designaban el año con sus jeroglíficos por un dragón devorando su propia cola, dibujado en forma de círculo, porque

"el año se desliza por sus propias huellas":

de donde el año es llamado anillo, como si regresara sobre sí mismo; pues se enrolla en los meses que corren hacia sí y se conduce y renueva a sí mismo.

Otros soñaron con años trimestrales de los arcadios, para disminuir la vida de esos antiguos padres longevos. Pero ciertamente, de esto también se derivan muchos inconvenientes y no escapan por completo. Pues se dice que Jared vivió novecientos sesenta y dos años. Si estos son años trimestrales, es evidente que vivió doscientos cuarenta años y seis meses, que se completan en los circuitos del sol. Similarmente, Matusalén vivió novecientos sesenta y nueve años, que, si son años trimestrales, se convierten en doscientos cuarenta y dos años solares y tres meses. Esta edad [no] está muy lejos de nuestros tiempos.

De los sueños de aquellos que sostienen esta opinión también se derivan muchos inconvenientes. Claramente, cuando Sale se describe engendrando a Heber, tenía treinta años; lo cual, si son años trimestrales, solo habría tenido siete años solares y seis meses. Sin embargo, la naturaleza no otorga a un hombre la capacidad de engendrar antes del decimocuarto año. Luego, cuando se anunció el nacimiento de Isaac a Abraham y Sara, Sara rió... diciendo:

"¿Después de haber envejecido, y mi señor es viejo, tendré placer?"... Pues ambos eran viejos, de avanzada edad, y Sara ya no tenía el ciclo de las mujeres. Pero ciertamente, cuando al año siguiente nació Isaac, Abraham tenía cien años y Sara noventa; lo cual, si no fueran años solares comunes, sino años trimestrales, Sara habría tenido veintidós años y seis meses, y Abraham veinticinco años. ¿Pueden llamarse viejos y de avanzada edad a personas que apenas tienen treinta años?

Asimismo, cuando murió en buena vejez, avanzado en años y lleno de días, tenía ciento setenta y cinco años, que, si hubieran sido años trimestrales, habrían sido solo cuarenta y tres años y nueve meses. Por lo tanto, todos los días de la vida de Abraham habrían sido cuarenta y cuatro años en total. ¡Una vejez realmente admirable! Pues David dice: "Los días de nuestros años... setenta años, y si en los más robustos, ochenta años; y su fortaleza es molestia y trabajo." Entonces, Abraham no alcanzó la vejez si se dice que murió en buena vejez; a menos que digas que David también se refería a años trimestrales: pero entonces la larga vida de los hombres se cerraría alrededor del vigésimo año.

Por lo tanto, esta ficción no puede sostenerse a menos que queramos derribar toda la serie de la Escritura y confundir todos los tiempos. Pues, cuando se cuenta desde la creación del mundo hasta el diluvio, mil seiscientos cincuenta y seis años según la Verdad Hebrea, si estos fueran años trimestrales, solo habrían sido cuatrocientos catorce años solares, y así, desde el comienzo del mundo hasta los tiempos de Cristo, apenas habrían transcurrido mil años. Por lo tanto, no deben contarse como años trimestrales o lunares los que se enumeran en esta genealogía y las siguientes, sino solares, que constan de doce meses, cincuenta y dos semanas más un día, y trescientos sesenta y cinco días y un cuarto: al completarse, el sol vuelve a los mismos lugares de las estrellas.

Muchos otros creen, o más bien sueñan, en otros años, diciendo que diez de esos años que se cuentan en esta genealogía hacen uno de los nuestros. Y por esta razón, dicen que los Setenta añadieron cien años antes de la generación: por ejemplo, cuando se dice que Adán vivió ciento treinta años, ellos tradujeron doscientos treinta; pues ciento treinta años de ese tipo no constituyen más que trece de los nuestros. Sin embargo, un hombre de trece años no es apto para engendrar; y en la generación de Matusalén, quien se dice que vivió ciento ochenta y siete años antes de la generación, no añadieron cien años, porque un hombre de dieciocho años es capaz de engendrar. Pero la Escritura no conoce este tipo de años, ni debe de ninguna manera aprobarse esta opinión.

Por lo tanto, dado que aquellos años que se dice que vivieron esos antiguos patriarcas fueron solares, o años completos, es justo investigar la razón por la cual llevaron una vida tan longeva en la tierra. Algunos de los hebreos, como refiere el Rabino Abrabanel, proponen dos causas para este asunto: una natural y otra mística y divina. La primera causa natural, dicen, fue una buena dieta, ya que comían alimentos simples, frutas, y bebían agua pura, no vino, ni comían carne; además, los alimentos más simples, como dicen los médicos, contribuyen a una vida más larga; los alimentos más compuestos disminuyen la vida. La segunda razón es que practicaban el coito con mujeres de manera muy moderada y contenida: ya que todos celebraban matrimonios alrededor del centésimo año; y la continencia favorece mucho la longevidad. La razón mística asigna la voluntad divina, que dispuso y quiso que vivieran tanto tiempo, tanto para que la raza humana se difundiera más rápidamente como para que pudieran descubrir y ejercer ciencias y artes y enseñarlas a la posteridad.

Algunos de los nuestros proponen dos causas más numerosas para este asunto. Nosotros, habiendo expuesto las causas de la longevidad en general, responderemos a la pregunta planteada.

La causa original de la longevidad de los seres vivos es una constitución óptima, que surge de la mezcla de los cuatro cuerpos simples junto con la proporción y armonía de sus fuerzas primarias, es decir, las cualidades del calor, el frío, la humedad y la sequedad. Entonces, la constitución es óptima cuando la combinación y la proporción de los elementos están equilibradas; pues no hay ninguna combinación inconveniente en la mezcla proporcionada de las cualidades primarias.

No hablo en términos generales de las cualidades primarias y las motivas, como son el peso y la levedad, y las alterativas, que son las que mencioné anteriormente; pues es imposible que esto se dé, ya que repugna a la razón: un grado tan alto de frío produce más gravedad que una cantidad equivalente de calor produce levedad; de hecho, menos frío produce más gravedad que una mayor cantidad de calor produce levedad. Para que haya igualdad en las motivas, debe haber un exceso en las alterativas, y si hay igualdad en estas, habrá exceso en aquellas. No hablo de las cualidades motivas. Aunque en estas pueda darse una igualdad en cuanto a peso, ya que pueden intensificarse o disminuirse sin que en cada lugar el compuesto se mantenga - pues si se colocara en el lugar del fuego, descendería, porque el agua, el aire y la tierra prevalecerían, sin que nada en toda su esfera se opusiera al fuego: y si se pusiera en el aire, la tierra y el agua prevalecerían, ya que solo el fuego resistiría, sin que nada en su esfera se opusiera al aire: dos iguales vencerían a uno igual a cada uno de ellos y el compuesto descendería; de igual manera, si se pusiera en la tierra, ascendería por el agua, ya que solo la tierra resistiría, mientras que el aire y el fuego prevalecerían, sin que nada en su esfera se opusiera al agua: si se pusiera en la frontera de ambos, es decir, del agua y el aire, resistiría: entonces, las resistencias de ambos serían iguales - en los animales no puede haber tal mezcla; pues el alma no podría dominar tal masa, ni sería adecuada esa mezcla para las operaciones vitales y animales.

Hablo, sin embargo, de la mezcla de las cualidades primarias, que se llaman alterativas; y esta puede ser en cuanto a peso: si en una mezcla desigual puede exhibirse alguna cualidad intensificadora, o disminuir cualidades que son intensificables y remisas, y mediante esa acción reducirse a una igualdad de peso. De hecho, es necesario que en alguna parte del animal se dé esta igualdad debido al sentido del tacto. Si alguna cualidad excediera en el tacto, no podría sentir todas las cualidades tangibles de los objetos; pues solo siente las cualidades excedentes de los objetos: si se toca algo, solo se siente la cualidad que excede. Si el tacto no tiene esa igualdad, no sentiría el exceso. Muchos establecen esta igualdad de peso en la piel humana, para que pueda sentir todas las cualidades.

Sin embargo, se debe considerar que en cualquier animal es necesario que haya al menos una doble complexión: una innata y otra influyente. La innata es la disposición próxima a la forma de las cualidades, y se llama la primera complexión; la influyente conserva la forma y hace que la materia sea más apta para sus operaciones. Y la primera es más fría y seca; la segunda es caliente y húmeda. Cuando las cualidades influyentes se unen a las innatas naturales con la proporción y analogía óptima, se obtiene el mejor temperamento, cuando estas dos complexiones se reducen a una cierta igualdad y así se logra una temperie equilibrada; lo caliente y lo frío, lo húmedo y lo seco se miden en grados iguales. Sin embargo, nunca cesa la acción y reacción mutua; aunque sean iguales en grados, no lo son en potencia; siempre lo caliente, aunque sea igual a lo frío, es más potente para actuar. De hecho, aunque se midieran con una balanza igual en potencia, aún habría entre ellas una lucha recíproca, aunque no una victoria: sino que se reducirían a un medio; pues lo caliente actúa sobre lo frío en igual medida, ya que esto es caliente en potencia: de igual manera, lo frío actúa sobre lo caliente; sin embargo, no pueden consumirse entre sí, sino que producen un medio temperadísimo.

Y en este equilibrio de las cualidades, la salud y la vida de todo el animal permanecen indemnes; pues la mejor temperie es la que más se aleja de los extremos de las cualidades: en los extremos, de hecho, reside la corrupción. Sin embargo, no se requiere que ese equilibrio ocurra en cada parte individual del animal en términos de peso; ya que no puede ser; muchas de las funciones de las partes se verían obstaculizadas por ese equilibrio: el corazón debe ser muy caliente, los huesos y los nervios secos, el cerebro frío, la pupila húmeda; si estos fueran reducidos a ese equilibrio, sus funciones y operaciones se perderían por completo. Pero es posible que la complexión total de todas las partes del animal en conjunto sea equilibrada en términos de peso: que en el animal haya tanto calor como frío, y tanto de húmedo como de seco, aunque algunas partes sean más calientes y otras más frías.

Sin embargo, no siempre, sino muy raramente, se da tal temperie tan equilibrada. Más frecuentemente, esas cualidades se exceden mutuamente, de donde surgen muchas complexiones: a veces caliente, cuando el calor excede al resto en equilibrio, a veces fría, a veces húmeda, a veces seca, cuando una cualidad excede a las demás, que permanecen iguales. Luego, dos cualidades pueden exceder; y entonces, si el calor excede junto con la sequedad, se forma una complexión ígnea, que en los animales se llama colérica; si el calor y la humedad, se forma una complexión aérea, que se llama sanguínea; si la frialdad excede junto con la humedad, se forma una complexión acuosa, que en los animales se llama flemática; finalmente, si la frialdad excede junto con la sequedad, surge una complexión terrestre, que en los animales se llama melancólica. Cada una se distribuye en modos innumerables y casi infinitos según el mayor o menor exceso de una o dos cualidades sobre las otras; de donde surgen innumerables temperamentos según las diversas formas tanto de especies como de individuos.

Sin embargo, la mejor de estas temperies es aquella en la que el calor y la humedad proporcionados predominan más; ya que el calor y la humedad favorecen más la vida, y si faltan, esta también debe perecer. La mejor complexión es, por tanto, aquella en la que dominan el calor y la humedad, ya que estas cualidades son necesarias para los seres vivos y son las más adecuadas para la sustancia del animal; pero el calor debe ocupar el primer lugar, seguido por la humedad. La frialdad y la sequedad, por otro lado, son los principios de la muerte, cuando prevalecen; de ahí que veamos que los ancianos, cuanto más se acercan a la muerte, más secos y fríos se vuelven: y los cuerpos muertos son inmediatamente ocupados por la frialdad y la sequedad, mientras todo calor y humedad huyen. La frialdad y la sequedad son, por tanto, los principios de la muerte: de ahí que la complexión en la que estas cualidades predominan tenga la vida más corta; mientras que la humedad y el calor fomentan la vida. Estas cualidades se añaden al temperamento para evitar que los miembros se aflojen y fluyan por un exceso de humedad, o que se consuman rápidamente por un exceso de calor, sin que la frialdad y la sequedad se opongan; al estar equilibradas, por naturaleza, hacen que la vida sea más larga. Pero, dado que toda complexión está situada en contrarios, que siempre se resisten más o menos según la variedad de las complexiones, es necesario que en algún momento los más débiles sean gradualmente vencidos, de cuya victoria se deriva la corrupción y la vida decae y se cierra el ciclo.

La segunda causa de la longevidad, aunque la más importante, es el calor vital natural, similar a la naturaleza del fuego: no es elemental, pues este es destructivo, sino celestial y por lo tanto vivificante, y proporciona vida con su presencia, de modo que, mientras esté en el animal, siempre le da vida; pero una vez extinguido, necesariamente perece; por lo tanto, correctamente se dice del Filósofo que la muerte es la extinción de este calor vivificante. Para que no se

extinga demasiado pronto, es necesario que se nutra y se alimente continuamente en el cuerpo, como vemos que la llama de una lámpara se nutre en el candelabro y así, necesariamente, cuando se consume el alimento, la llama se apaga de inmediato. De este modo, para que este calor permanezca por mucho tiempo, debe proporcionarse algún alimento que lo sustente y conserve. Y como no puede mantenerse ni un momento sin alimento, la naturaleza ha provisto desde el inicio de la generación un humor primordial y vital que, junto con el calor natural innato, establece una base donde puede nutrirse continuamente, mediando el espíritu. Pero como este humor natural se consume continuamente al alimentar al calor, debe ser reparado y restaurado continuamente a intervalos regulares mediante la ingesta de alimentos y bebidas.

Así, para que un animal viva, son necesarias estas cosas: calor natural y vivificante; espíritu, que se establece como base del calor; humor primordial y vital; y el suministro de humor alimenticio y nutritivo proporcionado por alimentos y bebidas amigables a la naturaleza; así como para que una lámpara brille se requiere la llama; a esta se le proporciona un soplo de aire levantado de la sustancia del aceite: pues la llama ardiente es humo, y la sustancia grasa y húmeda del aceite en el candelabro es tanto el fundamento como el alimento de la llama y del humo, alimentando y sustentando a ambos: pero no por mucho tiempo, a menos que el humor alimenticio del aceite, que se infunde a intervalos regulares en la lámpara, los sostenga.

Por lo tanto, se requieren principalmente calor y humedad para la vida; sin embargo, la naturaleza proporciona primero la humedad: por lo tanto, aquellos cuerpos que en el principio tienen la mayor humedad, pero proporcionada, están muy dispuestos para una vida más larga, ya que están tan húmedos que parece que el calor se esconde bajo tanta humedad y no puede dominarla rápidamente y obtener un dominio manifiesto; siempre que no sea tanta que ahogue

y extinga el calor. Aquellos que al principio de su origen tienen muy poca humedad, de modo que el calor puede predominar y aparecer superior de inmediato, tienen una vida más corta.

Este hecho puede observarse en los fuegos. Generalmente, el fuego sujeto a maderas verdes aún muy húmedas permanece oculto por más tiempo antes de poder dominar el combustible adyacente; y a veces parece casi extinguido y oprimido, pero en algún momento, retomando vigor, resistiendo con fuerza y actuando poderosamente, aún brilla espléndidamente y levanta llamas altas como un signo de victoria. Sin embargo, ese fuego es claramente más duradero y fuerte que el que se enciende en paja, heno y otras maderas muy secas y se apaga rápidamente por falta de humedad.

De aquí que no es raro que aquellos que en su infancia y niñez han estado gravemente en peligro de vida y continuamente atormentados por la debilidad, vivan una vida muy larga y se vean saludables en la edad avanzada, después de que esa humedad, bajo la cual el calor parecía oprimido y oculto, haya sido superada y el calor haya obtenido el dominio. De aquí también ocurre que a veces aquellos que parecen languidecer toda su vida, llevan una vida larga; pues esto es una señal de que no hay suficiente calor para predominar poderosamente sobre la humedad, ni tanta humedad para extinguir completamente el calor; así que el calor, siendo moderado, no puede consumir mucha humedad, y por lo tanto la humedad se mezcla menos con elementos externos y permanece más pura y más eficaz para nutrir el calor.

Pero, debido a que el calor es lo suficientemente fuerte como para defenderse, aunque menos poderosamente, contra la humedad y consumir un poco de ella para su propio sustento, el animal permanece vivo por más tiempo, aunque languideciendo por la falta de un calor suficiente y potente, ya que no domina lo necesario para las operaciones adecuadas a las fuerzas naturales del animal. Por lo

tanto, la humedad templada con el calor en igual medida o al menos en alguna proporción es otra causa y razón de la vida larga y duradera del animal.

La tercera causa son los alimentos, es decir, la humedad alimentaria y nutritiva, que sigue a la anterior. Pues el animal está destinado a permanecer vivo tanto tiempo como el calor natural no le falte; ya que el calor es el principio de la vida, y la muerte no es sino la extinción de ese calor. Para evitar que se extinga, debe nutrirse continuamente con el alimento de la humedad primordial; sin embargo, esta humedad primordial y vital, al tener que alimentar continuamente el calor voraz y mantenerlo en el cuerpo, se consumiría muy rápidamente si no se reparara y restaurara continuamente; al igual que el aceite que nutre la llama de una lámpara se agotaría rápidamente sin la ayuda del aceite adicional infundido a intervalos regulares.

Por lo tanto, es necesario reparar y restaurar la humedad primordial mediante la intervención de la humedad alimentaria y nutritiva; y por lo tanto, la ingestión de alimentos y bebidas es necesaria para la vida, de modo que la humedad extraída de los alimentos, a través de las fuerzas naturales y las muchas digestiones, se separe de las excreciones y repare y mantenga la humedad primordial: y lo seco del alimento, una vez disuelto y consumido, restaure lo seco de la carne; ya que el calor no solo consume la humedad, sino también la carne, en la que hay mucha sequedad. Por lo tanto, el animal necesita alimentos que sean principalmente calientes y secos, y bebidas frías y húmedas.

Sin embargo, la humedad primordial y vital no es esa humedad acuosa mediante la cual las partes similares del cuerpo se adhieren entre sí y consisten en solidez, ni es de naturaleza acuosa en absoluto, sino más bien aérea; pues se considera una cierta humedad aérea o etérea, grasosa y oleosa, muy similar al aceite. Sin embargo,

no es la grasa que vemos cubrir muchas partes; pues esta, convertida en la sustancia de las partes similares, escapa a toda percepción visual, y se dispersa por todo el cuerpo y todas las partes, así como el calor está en todas las partes del cuerpo; por lo tanto, el alimento o nutriente debe distribuirse por todo el cuerpo a través de las venas y arterias.

Dado que la humedad vital es así, el nutriente que la repara y restaura debe ser similar; por lo tanto, no debe ser puramente acuoso, sino grasoso, dulce y como viscoso. De ahí que, para la reparación de la humedad primordial, la bebida simple por sí sola no puede ser suficiente: ya que no se puede extraer suficiente grasa solo de ella: sino que la digestión de los alimentos y la mezcla hecha de la sustancia más sólida del alimento agrega a esa humedad una especie de refuerzo de su propia naturaleza, una grasa viscosa; y cuanto más grasosa sea la humedad reparada a partir de los alimentos, mejor y más duradera será; sin embargo, siempre será más imperfecta a medida que se pierda y consuma: en mayor o menor medida, según la virtud del alimento. Pues cuanto más perfecto es el alimento, más contribuye a la restauración de la humedad; y cuanto más deficiente es en virtud, menos suficiente es para la reparación de la humedad perdida.

Sin embargo, aunque los alimentos fueran perfectísimos, nunca podrían restaurar una humedad igual de perfecta y comparable a la que se pierde; pues el alimento, siendo diferente y contrario en el inicio de la nutrición y de cualidad adversa, necesariamente debilita la virtud del animal en esa acción, ya que todo agente sufre al actuar. Por lo tanto, cada día más y más se debilita la virtud del animal y disminuye la fuerza de la humedad innata; si su fuerza se reparara igualmente, el hombre no envejecería ni moriría: pero como la acción del calor en él disminuye continuamente desde el principio, es necesario que finalmente falle, ya que no tiene una reparación igualmente perfecta.

En efecto, la humedad nutritiva siempre, aunque sea afín, es de naturaleza diferente; la humedad primordial, en cambio, la convierte en su propia naturaleza; así como el vino convierte en su naturaleza el agua infundida moderadamente, sin que la fuerza del vino se pierda de inmediato, sino que todavía es capaz de convertir el agua infundida en su sustancia; cuanto más agua infundes, más se debilita la fuerza del vino y menos puede convertir en sí una sustancia extraña y ajena; si se infunde agua continuamente, finalmente la fuerza del vino se debilitará tanto que será completamente superada por el agua y perecerá vencida por ella. Así, la humedad primordial se pierde, y el animal no puede vivir perpetuamente, ya que llegará un momento en que perderá la humedad necesaria.

Por esta razón, la glotonería excesiva y la insaciable voracidad son grandes obstáculos para prolongar la vida. A través de ellas, se produce una excesiva mezcla de lo extraño con la humedad primordial y vital, y la fuerza del calor también se reduce y se apaga como si fuera sofocada por una infusión excesiva y sobreabundante. Esto, aunque al principio parezca pertenecer a la hipóstasis y el detrimento de los individuos, en realidad se traduce, a través de ellos, en un daño para la especie y es una pérdida para ambos. Pues, ya que la generación se produce a través de los individuos, la debilidad de estos conlleva claramente la debilidad de la generación: vemos, por tanto, que, en igualdad de condiciones, aquellos que son más fuertes y de mejor complexión engendran descendencia más fuerte y duradera, en comparación con aquellos que son débiles y enfermizos.

El lujo y el coito excesivo e inmoderado también aportan un gran inconveniente a la longevidad. Muchos se agotan con un exceso de actividad sexual; pues este lujo obsceno y la emisión excesiva de semen aceleran la muerte, ya que agotan, secan y consumen mucho la humedad primordial y vital. Por eso vemos que los animales lujuriosos y con mucho semen, que se dedican mucho al acto sexual,

se consumen más rápidamente con la muerte; Aristóteles ofreció como ejemplo a los gorriones machos, que viven menos que las hembras, porque siguen mucho la actividad sexual.

Aunque esto parece pertenecer al individuo, ya que es él quien utiliza el acto sexual, sin duda se traduce en un inconveniente para la especie. Pues quien se entrega inmoderadamente al acto sexual y lo hace con más frecuencia de lo que la naturaleza y la razón requieren, no puede sino engendrar una descendencia débil, ya que el semen no puede tener tanta perfección y fuerza como tendría si fuera más moderado en este asunto. Pues dado que el semen está lleno de gran virtud y perfección por naturaleza, no es suficiente un tiempo mínimo para que adquiera su perfección y fuerza completas para realizar plenamente y eficazmente sus funciones y operaciones. Por lo tanto, el coito excesivamente frecuente, dirigido a la vana delectación y los placeres obscenos y no ordenado según la naturaleza para la conservación de la especie de manera sobria, es la causa de que el semen, por el cual se conserva la generación, no tenga tanta fuerza para la reparación de la especie como tendría si se administrara de manera sobria y más moderada según el orden de la naturaleza.

Esto conlleva un gran inconveniente y detrimento para la especie, principalmente porque, debido a este vicio, los humanos contraen matrimonios de manera prematura y a destiempo, antes de la madurez y perfección natural suficiente y potente para una generación vigorosa. Pues, en esta nuestra lamentable época, vemos ante nuestros ojos a niños y niñas todavía jóvenes unirse en matrimonio, entregarse a abrazos y dedicarse a la procreación, cuyos años, si se suman, apenas alcanzarían la edad adulta; de modo que con razón se ha convertido en un proverbio que los niños engendran niños. ¿Cómo podría no debilitarse notablemente la progenie humana de esta manera? Así como un grano inmaduro o una semilla no completamente madura no puede producir un fruto fuerte,

adecuado y duradero, así se debe decir claramente en los humanos: aquellos que se dedican a la generación antes de alcanzar su propia perfección y fuerza completas, no pueden lograr eficazmente la conservación de su especie; cada cosa es capaz de generar con fuerza cuando ha alcanzado su propia perfección y toda su virtud adecuada dentro de su especie.

Entonces, aquellos que aún están lejos de su término de perfección, ¿cómo podrán generar una prole con éxito? Y aunque es cierto que los hombres, cuando alcanzan los catorce años, y las mujeres, alrededor de los doce, generalmente son capaces de procrear, es evidente que no pueden tener en ese momento una virtud generativa tan perfecta como después, cuando han alcanzado la madurez viril. Pues, mientras la naturaleza y el poder vegetativo están principalmente enfocados en el aumento del individuo, no se preocupan tanto por la especie y la perfección del semen generativo; pero después de haber elevado al individuo a la cantidad debida por la naturaleza, entonces se enfoca más libremente en la multiplicación de la especie y produce un semen, que, al ser resuelto del alimento superfluo, es más potente para generar un ser similar a sí mismo. Y dado que la complexión, de la que depende en gran medida la longevidad, depende principalmente de la buena y óptima unión de los semenes tanto del hombre como de la mujer, la complexión perfecta o imperfecta de la prole se determina y produce, en gran medida, a partir de la perfección o imperfección de estos semenes.

Sin embargo, aunque esa unión siempre fuera la mejor posible según la naturaleza, necesariamente siempre habría algún defecto en las edades, siendo siempre las posteriores deficientes respecto a las primeras. Pues, así como la nutrición está ordenada por la naturaleza para la restauración del individuo, así la generación está ordenada para la reparación de la especie; y así como la nutrición no puede conservar al individuo perpetuo e inmortal sin corrupción, sino que

necesariamente debe fallar finalmente, ya que la humedad primordial no se repara suficientemente a la perfección a través de la nutrición, y así el sustento del calor vivificante y por ende el vigor decae continuamente —por lo cual finalmente es necesario que llegue a la muerte, faltando completamente el calor vital y su sustento—; así también la generación, que no repara suficientemente la virtud de la especie para propagar una especie igualmente fuerte y vigorosa como al principio, y cuanto más se propaga la especie a través de generaciones, más y más se debilita continuamente la virtud de la complexión primaria que estaba en los individuos primitivos: y así la virtud de la complexión humana se debilita poco a poco cada día. Pues la especie misma depende de la propagación: esta, a su vez, depende de la generación: la generación del semen: y el semen finalmente de la humedad primordial, que siempre se debilita cada vez más y en cada generación su virtud es más débil e inferior. Por lo tanto, dado que su virtud se debilita continuamente y no se restaura suficientemente, es necesario que las generaciones se debiliten continuamente y que cada día sean menos vigorosas y que la virtud de la especie sea cada vez más débil y frágil.

Y esto no solo es cierto para los humanos, sino también indudablemente para los animales, plantas, hierbas, árboles y sus frutos, como se demuestra por la misma razón. Y esta razón natural nos muestra que no es posible que todas las especies de seres vivos existan perpetuamente y sean eternas: sino que finalmente deben decaer y cesar necesariamente. Pues la virtud de una especie es finita; y como su virtud disminuye con cada generación, es necesario que eventualmente se consuma: ya que lo finito debe desaparecer a través de la sustracción de lo finito.

Existe también otra causa de la longevidad, a saber, la influencia celestial del sol y de otros planetas y estrellas. Pues tienen poder sobre los elementos y los compuestos: sobre los elementos, como cuando el sol, sin fuego, genera fuego con sus rayos, y calienta el

agua, disolviéndola en vapor y aire; luego también mezcla los elementos, los une y los aplica para la lucha, de modo que ellos mismos posteriormente produzcan efectos por sí mismos: pues el sol atrae exhalaciones de la tierra y vapores del agua hacia el fuego y el aire, que al combinarse se transforman.

También son causa de los compuestos, ya que reúnen los elementos para la mezcla y les infunden una virtud productiva más allá de la forma. Pues la producción de la forma del compuesto no proviene de los elementos, sino de la virtud del cielo: sin embargo, no lo hace sin las fuerzas y virtudes de los elementos. Luego también son causa de los seres vivos, ya que reúnen los elementos y les infunden la virtud productora de la forma; o, si no imprimen toda la virtud en general, al menos coadyuvan a otra virtud, como la del semen, y consolidan el calor natural.

De hecho, este calor no es elemental, sino celestial; es, digo, de una virtud celestial, no de los elementos. Y como este calor es el principio de la vida y la virtud celestial de los astros lo imparte, está claramente demostrado que el cielo y las estrellas, con sus influencias, son causa de la longevidad; pues siendo causa del ser de una cosa, también lo son de su vida y duración.

Finalmente, la duración de la vida de cualquier ser depende de la voluntad más libre de Dios; de ahí que el bendito Job diga: "Cortos son los días del hombre; el número de sus meses está contigo: tú has establecido sus límites, que no pueden ser superados."

Con estas consideraciones establecidas, ahora debemos responder a la cuestión planteada. Decimos, pues, que esos primeros padres vivieron tanto tiempo en la tierra porque todas las razones para vivir, que acabamos de mencionar, estaban presentes en ellos en mayor medida y eran las más adecuadas para una vida prolongada. Pues si consideramos la primera razón, tenían una complexión óptima y fortísima. Los primeros padres de la naturaleza humana, plasmados

por Dios, formados por la mano de Dios, obtuvieron una complexión perfectísima y una temperie óptima. Pues las obras de Dios son perfectas y especialmente porque Él los creó con la intención de que llevaran una vida inmortal perpetuamente y no probaran la muerte en la tierra. Con este fin, Dios les prohibió el árbol de la vida, el cual tenía la capacidad natural de fortalecer y robustecer la virtud de la especie y reparar la humedad primordial perdida por la acción del calor, de modo que el hombre hubiera obtenido la inmortalidad gracias a los beneficios de ese árbol. Pues así leemos: "Ahora, no sea que extienda su mano y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre." Después del pecado, sin el beneficio de ese árbol, debido a la fortaleza de su complexión y vigor de sus fuerzas, Adán vivió novecientos treinta años; y la virtud de esa complexión primaria en esos primeros hombres, aunque mínimamente debilitada, duró muy bien.

Entonces, la segunda razón para una vida larga también fue perfecta en ellos. Dado que Dios había creado al hombre para vivir perpetuamente, ciertamente lo ajustó con el calor vital más perfecto y vivaz, así como con la humedad primordial más abundante y la más adecuada al calor: esta proporción proporciona una vida más larga, y estos factores son los que hacen la vida. Dado que tanto la complexión como la virtud de estos factores se transfieren a la descendencia a través de la generación, una generación más vigorosa hace que la virtud de estos factores sea más efectiva y poderosa para preservar perfectamente la virtud de la especie. En la edad adulta, la generación es la más vigorosa; en ese momento, el poder nutritivo, una vez que el individuo ha alcanzado la perfección requerida, se preocupa más por la conservación de la especie, y la naturaleza se ocupa de hacer el semen más potente y abundante en virtud para generar seres similares a sí mismos. Los primeros hombres no se dedicaron a la generación antes de alcanzar la madurez viril; no se lee que antes del diluvio alguien hubiera engendrado antes de los

sesenta años, y algunos retrasaron la generación hasta después de los ciento ochenta y siete años.

Por lo tanto, dado que los primeros padres eran perfectos en cuanto a la humedad vital y primordial y el calor, también transfirieron a sus hijos la virtud de la especie casi intacta a través de la generación. Además, los hombres de esa época, que se dice fueron perfectamente engendrados, tampoco se dedicaron a la procreación de hijos antes de alcanzar la madurez natural y la perfección necesaria para una generación eficaz: la virtud de la especie, en aquel entonces, se preservaba perfectamente a través de una generación vigorosa durante más tiempo en los individuos, gracias a la perfección de la humedad primordial y el calor vital, casi sin alteración desde el principio.

La tercera razón también contribuyó significativamente a la prolongación de la vida. Cuanto más perfecta es la virtud de los alimentos y de la humedad nutritiva, más perfectamente se restaura la humedad primordial. En aquella época, los productos de la tierra que los humanos consumían eran, sin duda, de una virtud mucho más perfecta y mejor que los actuales, debido a que la virtud productiva de la tierra se vio muy deteriorada por las aguas salinas del diluvio: se rompieron las fuentes del abismo, que es el océano, el más grande de todos; y la salinidad afectó mucho a la tierra; por lo tanto, después del diluvio, Dios permitió a los hijos de Noé consumir carne, después de las hierbas, los frutos de las plantas y las semillas.

Además, a través de las múltiples generaciones, la virtud de los alimentos humanos disminuye, ya que incluso su generación no restaura perfectamente la virtud de la especie, sino que su virtud disminuye continuamente: así como la humedad primordial no se restaura completamente por la alimentación, de lo contrario, nunca se corrompería, salvo por causas externas; y esta debilidad de los

alimentos afecta al ser humano, ya que el hombre se alimenta de ellos. Cuanto más deficiente es la virtud del alimento, menos eficaz es para la restauración del cuerpo humano, y se vuelve cada vez más inadecuado. Por lo tanto, dado que los alimentos y la comida de los humanos eran mucho más perfectos y efectivos entonces que ahora, ciertamente contribuían más a una vida prolongada y eran más adecuados para restaurar el cuerpo.

Además, aquellos hombres no se entregaban demasiado a la gula, sino que vivían frugalmente y utilizaban alimentos adecuados y moderados para su sustento, y empleaban alimentos simples en su dieta, que, como dicen los médicos, son más beneficiosos para conservar la vida que los más compuestos. Sin duda, consumían los frutos de la tierra, y los mejores, según lo que Adán, quien conocía las virtudes de todas las hierbas y frutos de la tierra a través de la ciencia infundida o innata, identificó como los más conducentes a la vida, y los introdujo para el uso de su posteridad en esa época. Para beber tenían agua, no vino; la moderación y la sobriedad en el sustento contribuyen en gran medida a una vida más larga, ya que mezclan menos humedad externa con la primordial; el exceso de humedad nutritiva debilita mucho la virtud de la humedad primordial, al ser de naturaleza extraña.

Además, aquellos primeros hombres llevaban una vida muy contenida; hasta aproximadamente el centésimo año, más o menos, vivían una vida contenida e incorrupta; posteriormente, cuando celebraban matrimonios, no lo hacían por vana delectación o para satisfacer obscenas voluptuosidades, sino que practicaban el coito de manera sobria y moderada según el orden natural, administrándolo para la conservación de la especie, para procrear hijos e hijas. La continencia contribuye mucho a la longevidad, al igual que el coito excesivo la perjudica y causa un gran daño, como vemos en los animales lujuriosos y de mucho semen, que se dedican mucho al acto sexual y se consumen más rápidamente. El lujo obsceno y la

emisión excesiva de semen secan mucho la humedad primordial, cuya falta hace que el animal necesariamente muera; la castidad y la continencia, en cambio, contribuyen mucho a la longevidad. Por eso señalamos anteriormente, en la exposición, que después de Adán, todos los que apresuraron el matrimonio también fueron consumidos más rápidamente; mientras que aquellos que llevaron una vida más larga de continencia y castidad vivieron más tiempo: como fue el caso de Jared, que vivió treinta y dos años más que Adán, porque vivió una vida de continencia durante ese mismo tiempo; y Matusalén, que vivió treinta y nueve años más que el primer padre en esta vida, porque llevó una vida castidad durante muchos más años que él.

También, la buena posición de los astros les ayudaba mucho a vivir más tiempo. Pues aquellos primeros hombres vivieron en la parte oriental del mundo, donde, siendo el lado derecho del orbe, la posición de los astros es óptima, de donde proviene el viento ἀπηλιώτης (apeliotes), que en latín se llama subsolano, naciendo en el este bajo los rayos del sol, favorece y fomenta la vida cuando sopla; y la duración de la vida depende en gran medida de la influencia y la virtud de los astros, como dijimos anteriormente.

Finalmente, atribuimos la disposición divina como causa de esa gran longevidad, pues todo está dispuesto en orden, peso y medida, dulcemente y suavemente; así dispuso que los hombres de ese tiempo vivieran una larga vida para que la propagación humana pudiera crecer y difundirse mejor; y también para que los hombres adquirieran experiencias, encontraran artes conducentes y adecuadas para la vida, investigaran las causas de las cosas y buscaran el conocimiento a través de la contemplación de las cosas. Por la voluntad y el poder de Dios, permanecieron en la vida por tanto tiempo.

No digo que vivieran por un milagro, es decir, más allá de las fuerzas de la naturaleza, o que Dios quisiera que vivieran por su omnipotente poder sin el favor y las obras de la naturaleza; esto sería falso: ya que el alma ejercía sus funciones y obras en el cuerpo; pero así como la multiplicación de los hijos de Israel en Egipto se atribuye al poder omnipotente de Dios, como Él mismo dijo: "Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena del mar", lo cual la naturaleza no habría podido lograr tan rápidamente sin la ayuda y el apoyo del poder principal de Dios, para que crecieran en tal multitud y se difundieran en tantas ramas desde una sola raíz; así también decimos que aquellos primeros hombres prolongaron ese largo período de vida, con Dios suministrando la virtud de la naturaleza para que no fallaran antes; pero su vida debe considerarse natural, no sobrenatural, al igual que la generación de los hebreos fue natural.

SEXTO CAPÍTULO

Vv. 1-2 Y cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la tierra y engendraron hijas, al ver los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres de entre todas las que escogieron.

Texto Hebreo: Y sucedió que cuando el hombre comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y nacieron hijas para ellos; y vieron los hijos de Dios a las hijas de los hombres que eran hermosas, y tomaron para sí mujeres de entre todas las que escogieron.

Intérprete Caldeo: Y fue cuando comenzaron los hijos de los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra y nacieron hijas para ellos, y vieron los hijos de los príncipes a las hijas de los hombres que eran hermosas, etc.

Texto Griego: Y sucedió que cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la tierra y nacieron hijas para ellos, viendo los hijos de Dios a las hijas de los hombres, etc.

Hubo una interpretación de algunos hebreos en la Guemará de este pasaje, que entendieron que los hijos de Dios eran ángeles, que se unieron a las mujeres como íncubos y de esos matrimonios nacieron gigantes. Pero si los ángeles pecaron, ellos, no los hombres, debieron pagar las penas de tales crímenes. Sin embargo, la Sagrada Escritura relata los crímenes de los hombres, no de los ángeles, como la causa de la invasión del diluvio: Dice, pues, Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo pensamiento del corazón humano estaba constantemente inclinado al mal, y le pesó haber hecho al hombre en la tierra. Pero el Rabino Abrabanel dice que esa interpretación es mística y secreta.

Otros entienden por hijos de Dios a los jueces nobles y a los magnates de los pueblos, que viendo que las hijas de los hombres del pueblo común y sus súbditos eran hermosas y adornadas, cautivados por su belleza, las raptaban de sus casas contra la voluntad de sus padres y las tomaban por esposas. Pero si todos esos crímenes eran de los jueces y los poderosos, ¿por qué no sólo ellos, sino todos los hombres en general perecieron sumergidos en las aguas del diluvio como castigo de sus crímenes?

Otros interpretaron a los hijos de los dioses, entendiendo por dioses a esos hombres justos y virtuosos, que parecían ser divinos de algún modo, tanto porque vivían mucho tiempo como porque su vida prolongada brillaba con todas las virtudes; estos son los que hasta ahora quedan. Sin embargo, sus hijos, no emulando la justicia de sus padres, sino desviándose de la justicia y piedad de sus progenitores hacia toda injusticia e impiedad, fueron la causa de la tan lamentable calamidad del diluvio. Pero si ellos pecaron, sólo ellos debieron ser castigados.

Otros entienden por hijos de Dios a los descendientes de Seth y Enós, que por el culto a Dios que mantenían, se les llamaba hijos de Dios; de hecho, en tiempos de Enós comenzó a invocarse el nombre de Dios. Así, emulando la piedad y la religión de sus padres, adoraban a Dios; mientras que los descendientes de Caín, reflejando la impiedad de su padre, se habían apartado completamente de Dios. Pero cuando incluso los hijos de Dios se desviaron de la justicia y la piedad para cometer maldades, cuando todos se habían desviado y se habían vuelto inútiles, y no se encontraba ni uno solo que hiciera el bien: viendo... Dios... y dolido en su corazón, dijo: borraré al hombre que he creado. Esta posición ciertamente resulta plausible. Sin embargo, no entendemos que todos los hijos de Seth sean así en general, sino que se refiere a los probos y justos que hacían la voluntad de Dios y ejecutaban sus mandamientos y órdenes, a quienes Dios amaba como hijos.

Por lo tanto, explicamos este pasaje así, sin nada en contra. Y cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la tierra. El nombre común de la especie es hombre, abarcando ambos sexos: de ahí que en hebreo es: Y cuando comenzó אָדָם a multiplicarse: según lo que se dijo anteriormente: Y llamó su nombre Adán. Entonces, cuando la descendencia humana creció demasiado y se difundió ampliamente a través de generaciones continuas, aún había entre los hombres muchos justos y temerosos, reconociendo y amando a Dios, que actuaban con justicia y rectitud ante Dios y mostraban ejemplos de luz a sus prójimos. Sin embargo, el número de necios e impíos era mucho mayor y casi infinito, que no temían a Dios ni respetaban al hombre: hombres inicuos, impíos, malvados, criminales, sin afecto, sin paz: hombres amándose a sí mismos y siguiendo cualquier tentación carnal obscena con todas sus fuerzas.

Por lo tanto, esos hombres eran justos y piadosos: aquellos eran injustos e impíos; esos eran guiados por el espíritu de Dios y eran espirituales: aquellos eran arrastrados y seducidos por las concupiscencias, obedeciéndolas completamente y eran carnales; esos eran hijos de Dios, como corresponde a los justos: aquellos hijos del diablo y querían cumplir las obras de su padre. Aquellos engendraron hijas vanas, impúdicas, lascivas y descaradísimas, que con rostro y semblante descarado, caminaban con cuello erguido, con paso compuesto y con movimientos de ojos iban y aplaudían en sus cabellos rizados y trenzados, en sus vestidos lujosamente adornados y fajas pectorales, en collares, brazaletes, mitras y adornos de cabello, en perfumes, pendientes, anillos y gemas, seduciendo y atrayendo los ojos de los hombres hacia la concupiscencia, la lujuria y la lascivia, y se convirtieron en una trampa y un engaño para los justos. Pues dice: Viendo los hijos de Dios a las hijas de los hombres que eran hermosas, tomaron para sí mujeres de entre todas las que eligieron.

Así como Eva, cuando vio aquel árbol prohibido que era bueno para comer y hermoso a la vista y agradable al mirar..., tomó y comió: así estos, viendo a las hijas de los hombres que eran hermosas, las tomaron como esposas, no contrayendo matrimonio con ellas por el deseo de engendrar hijos, sino vencidos por la pasión debido al placer y la intemperancia. Estos son los que convirtieron la gracia de Dios en lujuria; pues la belleza de la vista y la concupiscencia que de ella siguió los atrajo y los condujo a la ruina de la intemperancia y la fornicación. La vista proporcionó la ocasión; al mirar fueron capturados por una vehemente concupiscencia; y no poniendo freno a las concupiscencias desordenadas, ni queriendo controlarlas, fueron sumergidos en las aguas de los crímenes más obscenos. Primero miraron con una simple mirada; pero esa simple mirada fue la causa de su ruina, porque cautivados por el espectáculo de la belleza, luego miraron para desearlas; y habiéndolas adulterado en su corazón a través del concepto de la concupiscencia, luego, entregándose demasiado a las concupiscencias desordenadas y soltando las riendas permisivamente, finalmente se unieron a ellas, no por la ley del matrimonio, ni por el deseo de procrear hijos, sino para satisfacer las concupiscencias venéreas.

Así pues, al enamorarse de mujeres extranjeras a la religión de Dios y unirse a ellas con un amor ardentísimo, aquellas atrayendo mucho sus ánimos, igualmente desviaron sus corazones de Dios y de la justicia, de toda piedad y religión, de modo que ya no pensaban en las cosas de Dios, cómo agradar a Dios, sino en las cosas de la carne, cómo agradar a sus esposas. Por lo tanto, cuando por causa de las mujeres se desviaron de la justicia y la piedad hacia toda obra obscena, impía e inicua, aquellos pocos que aún mantenían la justicia entre esos hombres malvados, habiendo caído, sin esperanza alguna de reparación o salvación - pues es imposible, como dice el Apóstol, que aquellos que una vez fueron iluminados, probaron también el don celestial y participaron del Espíritu Santo, probaron...

no obstante la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y cayeron, ser renovados de nuevo para arrepentimiento - Dios dispuso perder a los hombres de la tierra y lavar el mundo con las aguas del diluvio de tantas y tantas inmundicias. Por lo tanto, sigue:

Vr. 3 Y dijo el Señor: No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque él es carne; y sus días serán ciento veinte años.

Texto Hebreo: Y dijo el Señor: No juzgará mi espíritu en el hombre para siempre, porque él también es carne; y sus días serán ciento veinte años.

El alma del hombre, según el Beato Job, se llama espíritu de Dios: Mientras haya aliento en mí y el espíritu de Dios en mis narices.

Parafrasista Caldeo: Y dijo el Señor: Esta generación mala no permanecerá en mi presencia para siempre, porque ellos son carne y sus obras son malas; se les dará un plazo de ciento veinte años para que quizás se conviertan o se arrepientan.

El Tárgum de Jerusalén tradujo este pasaje así: Y la palabra del Señor dijo: Las generaciones que surjan después de esta generación del diluvio no serán juzgadas para que perezcan, sean destruidas y exterminadas. ¿Acaso no he dado mi espíritu en los hombres, porque ellos son carne? Y sus obras son buenas, y sus obras son malas. He aquí que les he dado un plazo de ciento veinte años, para que quizás se arrepientan, o no se arrepientan.

El Texto Griego concuerda con el nuestro.

Diversos expositores, tanto nuestros como hebreos, han explicado este pasaje. Sin embargo, en el Texto Hebreo hay una palabra ambigua, de donde proviene toda la diversidad. Pues יָדוֹן, esa voz puede provenir de la raíz דון y tener dos sentidos: No juzgará, o luchará, o reñirá mi espíritu: דון significa juzgar, reñir, luchar y contender; pero puede no obstante derivarse de נֶדֶן, que significa

vaina, y ser יָדוֹן en lugar de יְדּוֹן, y el hannach en lugar de daghes, como es יְגַּשׁ, de נגשׁ.

El Rabino Salomón, según el primer significado de la palabra, explica el pasaje así: “No luchará ni se agitará mi espíritu dentro de mí para siempre por causa del hombre, para que no lo destruya, sino que tenga misericordia”. Pero el Rabino José Kimchi: “No luchará ni contenderá mi espíritu superior, que insuflé en el hombre, para siempre con el cuerpo, que sigue los placeres animales y brutales, que aquel de ninguna manera sigue”. Otros lo interpretan de diferentes maneras, de las cuales no vale la pena detallar cada una de las exposiciones.

Nos, por tanto, explicamos este pasaje de la siguiente manera: No permanecerá mi espíritu, según el segundo significado de la palabra: no se alojará; pues por espíritu entendemos el alma racional, que Dios insufló en el hombre formado... y el hombre se convirtió en un ser viviente. Se dice: Mi espíritu, por la creación especial: pues no todas las almas fueron creadas juntas desde el principio, ni emanan de la primera [alma] por transmisión, como todos los cuerpos humanos se derivan del primer cuerpo del hombre a través de la generación; sino que, al ser formado el cuerpo humano en el útero de la madre a partir de la semilla del hombre y la mujer, y dispuesto con una organización adecuada, el alma es creada e infundida por Dios sin intermediario, y se convierte en hombre, y el cuerpo es como la vaina del espíritu humano, que en él está contenido como una espada en su vaina. Sin embargo, nuestro Intérprete ha expresado esto de manera más concisa y con un estilo más libre, diciendo: No permanecerá mi espíritu en el hombre. Pero aquí se debe entender hombre como allí: Y formó el Señor Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente. Para siempre, dice, es decir, por un tiempo muy largo, ya que hasta este momento los hombres vivían poco menos de mil años. Porque es carne: es decir, porque

abusan de ese espíritu celestial que yo insuflé y consumen su vida como si estuvieran rodeados solo de carne y carecieran de alma, dedicándose completamente a las obras carnales; porque son hombres carnales, que no comprenden las cosas de Dios: aunque yo creé un alma racional para que me reconociera y entendiera como el bien supremo: para que al entenderme, me amara y me poseyera, y finalmente pudiera disfrutarme. Sin embargo, ellos, ni reconociéndome a mí, ni a cualquier cosa mía, ni queriendo reconocerlas, sino blasfemando más bien, corrompiéndose en todo lo que conocen como animales brutos: guiados y dirigidos por afecciones carnales y sentidos, viven como bestias. Por lo tanto, al abusar tanto de ese espíritu celestial, parece que recibieron el alma racional en vano, contentos solo con lo brutal y siempre ocupados y dedicados a sus obras, no permanecerá ese espíritu mío en el hombre para siempre.

Pero dado que la salvación aún no está completamente desesperada - pues son hombres y aún pueden arrepentirse como deben - para que, dejando la impiedad y su mal camino, se conviertan a mí y hagan justicia y rectitud y no perezcan, sus días serán ciento veinte años, en los cuales podrán arrepentirse de sus pecados si lo desean. Pues pueden, ya que tienen razón, con la cual pueden discernir lo que es bueno y debe hacerse y lo que es malo y no debe hacerse: y voluntad, con la cual pueden lamentar los males cometidos y evitar cometerlos nuevamente. Pues ese espíritu mío que está en ellos aún permanece como juez en ellos, capaz de juzgar lo que es recto en el tribunal de la conciencia: aún esa chispa de συντήρησις de la conciencia lucha y combate contra los males, siempre deseando y esforzándose por mantenerse inmune e inmaculada del pecado, y nunca puede extinguirse, siempre murmura contra el mal; pues los violadores y corruptores de almas, los demonios, no pueden corromperla. De aquí proviene la disputa desgarradora y torturadora, más amarga de lo que se puede imaginar, del alma pecadora infeliz y

miserable, como un gusano muy doloroso que siempre pica, muerde y roe continuamente y nunca muere; pues ese instinto natural, esa chispa de razón, ese ápice de la mente, siempre aborrece y detesta el mal, y siempre συντήρησις empuja hacia el amor de Dios y el bien; sin embargo, la voluntad reprobada, depravada y corrupta por los placeres perversos, resiste con todo el esfuerzo de su odio. Depende de su propia deliberación si desean alejarse del mal y arrepentirse de sus pecados y hacer el bien; yo les doy un período de ciento veinte años; si durante ese tiempo no se arrepienten de sus males, perecerán en el diluvio.

Vr. 4 Gigantes había sobre la tierra en aquellos días. Pues después que los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y ellas engendraron: estos son los poderosos de la antigüedad, hombres famosos.

Texto Hebreo: Gigantes hubo en la tierra en aquellos días, y también después que los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y engendraron para ellos: estos son los fuertes, que desde la antigüedad fueron hombres de renombre.

Intérprete Caldeo: Fueron fuertes, o poderosos en la tierra en aquellos días, y también después que los hijos de los príncipes se unieron a las hijas de los hombres, y engendraron de ellas, ellos fueron los poderosos, que desde la antigüedad fueron hombres de renombre.

Los griegos tienen: Estos fueron gigantes desde la antigüedad hombres de renombre.

La insensata antigüedad creía que los gigantes eran hombres de una estatura altísima y con pies de dragón, procreados por una tierra iracunda para la ruina de los dioses, para que, evidentemente, llevaran la guerra a los dioses y derrocaran a Júpiter de la posesión del cielo. Pero estos son cuentos y fábulas ignorantes de los poetas.

Nosotros ciertamente, cuando oímos o leemos gigantes, entendemos hombres altos de gran estatura, fuertes y poderosos en fuerza, como se dice del rey de Basán, Og, que era el único sobreviviente de la raza de los gigantes y se mostraba su cama de hierro... en Rabat de los hijos de Amón, teniendo nueve codos de largo y cuatro codos de ancho según la medida... de la mano del hombre. También de Goliat, que tenía una altura de seis codos y un palmo. Así también los doce exploradores de las tribus informaron a Moisés y al pueblo sobre las gentes de la tierra: El pueblo que vimos es de gran estatura; allí vimos algunos monstruos de los hijos de Enac de la raza gigante, comparados con los cuales nos veíamos como langostas.

Los gigantes, por tanto, son hombres de cuerpo alto y vasto, fuertes y robustos en fuerza, pero nacidos de hombres. Cuanto más altos y vastos eran en cuerpo y más poderosos en fuerza, más corruptos y malvados eran en costumbres y espíritu: orgullosos, arrogantes, lujuriosos, raptores, malvados y criminales; por lo tanto, correctamente, tal vez según la alegoría, fueron llamados por los poetas como aquellos que llevan la guerra contra los dioses con pies de serpiente. Pues una cierta raza de hombres impíos que negaban a Dios fue considerada como si hubieran querido expulsar a Dios de su sede celestial; y con pies enroscados de dragón fueron designados porque no pensaban en nada recto, y todo el curso y progreso de su vida se dirigía hacia el infierno. Por lo tanto, al mencionar a estos gigantes, inmediatamente se añade: Pero viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo pensamiento del corazón humano estaba constantemente inclinado al mal.

De dónde provienen se manifiesta, diciendo: Pues después que los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y ellas engendraron, estos son los poderosos de la antigüedad, hombres famosos; de hombres, dice, nacieron, cuando los hijos de Dios, es decir, aquellos hombres justos e hijos de justos, se unieron a las hijas de los hombres. Estos, siendo altos en estatura y fuertes en fuerza, se

les llama hombres poderosos desde la antigüedad y famosos, cuya fama se difundió en aquellos siglos por su grandeza y fortaleza; o tal vez mejor, se les llama hombres famosos porque, siendo fuertes y poderosos en fuerza, ejercían el poder sobre sus súbditos de manera vil y cruel como tiranos inmensos y feroces. Fueron llamados gigantes, en hebreo: הנפלים, cuya etimología se deriva de la palabra: נפל, que significa caer.

Los hebreos en Bereshit Rabba, como el Rabino Abrabanel refiere, dicen que fueron llamados así porque los hijos de Dios no tomaron a las hijas de los hombres en matrimonio público, sino en secreto; y cuando ellas dieron a luz de ellos, el pecado de ellos se hizo conocido: por lo cual sus hijos fueron considerados ilegítimos y bastardos y por eso fueron llamados así.

El mismo Rabino Abrabanel ofrece otra razón para este nombre, ya que los hijos de Dios, que eran de gran estatura, altos y vastos —y por lo tanto quizás así se llamaban, como montes de Dios y cedros de Dios, es decir, montes altísimos y grandísimos— se unieron a las hijas de hombres pequeños, es decir, de menor estatura. Cuando ellas concibieron de ellos, no pudieron llevar a término los fetos concebidos hasta el noveno mes debido a su gran tamaño; por lo tanto, sufrieron abortos y dieron a luz antes del noveno mes, y por eso se les llamó hijos caídos; נפל significa aborto en lengua hebrea.

Otros piensan que se les llamó así porque, siendo de cuerpo grande y vasto, los demás hombres caían ante ellos por miedo, así como algunos pueblos aterradores son llamados אמים, de aterrorizar. Otros creen que los gigantes se llamaron así porque se desviaron de la corpulencia común y excedieron a sus padres en estatura y poder.

Yo, sin embargo, creo que se les llamó así porque con sus crímenes y obras impías postraban a los hombres y los hacían caer ante ellos con muerte cruel y violencia inmensa, infligiendo la muerte con sus manos malvadas debido a su crueldad de espíritu; por lo cual

cayeron en toda clase de crímenes execrables y hechos detestables, precipitándose de manera más criminal e impía. Así, debido a sus crímenes nequísimos y malvados, y sus impiedades inmensas, eran muy famosos, ya que llenaron toda la tierra de violencia, impiedad y crueldad. Por lo tanto, sigue:

Vv. 5-7 Pero viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo pensamiento del corazón humano estaba constantemente inclinado al mal, le pesó haber hecho al hombre en la tierra. Y previendo el futuro y sintiendo dolor en su corazón, dijo: Borraré al hombre que he creado de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; pues me pesa haberlos hecho.

Texto Hebreo: Y vio el Señor que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y todo designio de los pensamientos de su corazón era solo mal todo el día; y se arrepintió el Señor de haber hecho al hombre en la tierra. Y se afligió en su corazón y dijo el Señor: Borraré al hombre que he creado de la faz de la tierra, desde el hombre hasta el ganado, hasta el reptil y hasta el ave del cielo; porque me pesa haberlos hecho.

Parafrasista Caldeo: Y se hizo saber ante el Señor que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y todo designio de los pensamientos de su corazón era solo mal todos los días, y le pesó al Señor en su palabra, o verbo, haber hecho al hombre en la tierra, y dijo en su palabra que traerá su furia según su voluntad. Y dijo el Señor: Borraré al hombre que he creado de la faz de la tierra, desde el hombre hasta el ganado, hasta el reptil y hasta el ave del cielo, porque me pesa en mi palabra haberlos hecho.

El Texto Griego tiene: Y consideró Dios que había hecho al hombre en la tierra, o lo reconsideró.

La Sagrada Escritura usa aquí una prosopopeya maravillosa para representar a Dios bajo la apariencia de los hombres; lo que aquí se dice, se debe entender según la ἀνθρωποπάθεια. Pero viendo Dios, dice, que la maldad de los hombres era mucha en la tierra. Esto significa que Dios ve algo que le llega a conocer; pues no tiene ojos para ver ya que es espíritu, no cuerpo: sin embargo, a la inteligencia divina todo, incluso lo más oculto, le es tan claro y manifiesto como si alguien con ojos clarividentes lo viera en la luz más brillante. Así que: Vio Dios la mucha maldad de los hombres: lo cual le llegó a conocer claramente, incluso lo que estaba oculto en los recovecos más profundos e insondables de los corazones. Pues Él examina los corazones y prueba los riñones de todos; no solo ve claramente lo que es visible externamente, como los hombres, sino que contempla lo más íntimo del corazón. Pues dice: Y todo pensamiento del corazón: nada le era desconocido, sino que en todo lugar y tiempo todo le es claro.

Pues está presente en todas partes en todo momento, de modo que ni los escondrijos de los lugares, ni las oscuridades, aunque sean máximas, pueden ocultar ni esconder algo de Él. De aquí que David diga: ¿A dónde iré de tu espíritu y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si desciendo al infierno, allí estás tú. Si tomo las alas del alba y habito en los extremos del mar, aun allí me guiará tu mano y me sostendrá tu diestra. Y dije: Quizás las tinieblas me cubrirán, y la noche será luz en torno a mí; incluso las tinieblas no son oscuras para ti y la noche brilla como el día; las tinieblas son como la luz. Qué claro y poderoso es este ojo de Dios, que no necesita la luz del sol o de la luna, sino que Él mismo es luz clarísima, brillando para nosotros incluso en las tinieblas más densas, aunque invisible, que con su mirada sencillísima examina todos los lugares más ocultos.

Por lo tanto, Dios vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra; maldad, es decir, la perversidad e iniquidad de las obras y

afecciones; mucha, dice, maldad: tanto porque la multitud de pecadores era muy grande; toda la humanidad entonces se precipitaba en la ejecución de malas acciones, toda esa gente y nación nacida para el mal, a la que le habría sido mejor no haber nacido, era pecadora, todos hijos malvados y criminales y apenas se encontraba uno justo. Además, la iniquidad de todos ellos era mucha, porque no estaban contaminados solo con uno o dos tipos de pecados, sino que se habían manchado de múltiples maneras con toda clase de pecado: un pueblo de iniquidad muy grave. Y no solo pecaban llevados por la pasión de las tentaciones carnales y las afecciones perversas, como les sucede a la mayoría, sino que deliberadamente, con todo el esfuerzo de sus fuerzas y pensamientos malignos, cada uno se dedicaba a las obras iniquas: Y toda, dice, la intención de los pensamientos de su corazón era solo para el mal: esto es, como los griegos lo han traducido libremente, cada uno pensaba en su corazón diligentemente en la perpetración de males. Y sin cesar nunca de tales y tantos crímenes, y de ejecutar fechorías y afecciones muy corruptas y depravadas, cada día avanzaban a peor: Toda, dice, la intención, o el designio de los pensamientos era solo maldad, porque no hacían nada bueno, ni siquiera lo pensaban, en todo momento. Cuando Dios vio esto, se indignó justamente; por lo cual sigue:

Le pesó haber hecho al hombre en la tierra. ¿Qué significa: Le pesó? ¿Acaso es un hombre para que pueda arrepentirse? He aquí que sobre Él dice el Profeta Samuel: El triunfador de Israel no mentirá ni se arrepentirá; porque Él no es hombre para que se arrepienta. Y por otro profeta Él mismo dice: Yo... soy Dios y no cambio. El bendito Jacob también llama a Dios Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación. Sin embargo, esto debe entenderse según la ἀνθρωποπάθεια, que se dice aquí que a Dios le pesó y que fue tocado por el dolor del corazón; pues el hombre, cuando destruye algo que hizo antes, muestra que se arrepiente de la obra

hecha. Sin embargo, Dios no sufrió ninguna pena o dolor en sí mismo, ningún cambio; pues su naturaleza es impasible. Estas cosas se dicen para que comprendamos la gravedad y amargura de los pecados, "que merecieron ofender a Dios hasta tal punto que incluso Dios, que por naturaleza no se mueve ni por ira, ni por pasión, ni por odio, parece ser provocado a la ira". El arrepentimiento de haber hecho al hombre expresa esta divina voluntad de Dios, que justamente exige las penas de los pecados del hombre y desea borrarlo de la tierra de los vivos; aquel dolor del corazón es la ira y la indignación de la voluntad divina, es decir, expresa la voluntad divina que, con el juicio más justo de su justicia, desea castigar al hombre por sus pecados.

La ira es, de hecho, el deseo de venganza y la pasión de castigar: y esto en Dios está sin ninguna pasión ni perturbación. Porque la vía del Señor es la más justa, y su voluntad es la más recta y justa, que recompensa todo bien con premios buenos y abundantes más allá de lo que los méritos dignos requieren, y también quiere que todo mal no quede impune.

Por lo tanto, viendo Dios tantos y tan grandes males detestables y execrables, crímenes y fechorías de los hombres, sin estar movido por ninguna pasión de ira, odio o indignación, con el juicio más justo y equitativo de su voluntad, exige la venganza y las penas más merecidas y justas de los pecados; pues el rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria. Por lo tanto, dice:

Borraré... al hombre que he creado de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; pues me pesa haberlos hecho. He aquí, dice, al hombre que yo mismo he formado y creado con mi mano; a quien, aunque revestido de carne, he puesto en la región de la tierra, en un lugar de tentación – pues la carne es corrupción, una tentación – sin embargo, nunca

me he olvidado de él, nunca le he faltado con mi ayuda: pero visitándole continuamente, siempre he estado presente con mi gracia. Lo hice un poco menor que los ángeles o, si prefieres, menor que Dios; pues le di una mente capaz de razón y una virtud del alma infundida en el cuerpo: lo coroné con gloria y honor, sometiéndole todas las cosas bajo sus pies: lo establecí como gobernador sobre las obras de mis manos, diciéndole que dominara sobre los peces del mar y las aves del cielo y las bestias y toda la tierra; lo constituí como un segundo dios después de mí, marcado con mi imagen y semejanza, para que con todo esto, tanto por deuda natural como por el honor de mi deidad, me adorara grandemente, me reconociera y comprendiera con mente e intelecto, me amara sobre todo y en todo con el más grande afecto y corazón pleno: para que trabajara con todas sus fuerzas para mi gloria y honor en todas las cosas buenas: y para que después yo lo coronara con una corona de gloria imperecedera de oro, gemas y toda piedra preciosa, y lo recompensara con los más altos honores y mayores premios, dones y regalos misericordiosos y justos. Este era mi propósito, para esto lo formé y creé; mi consejo y propósito son la justicia, la equidad y la rectitud inquebrantable e inflexible.

Pero el hombre mismo, en verdad no hombre, sino polvo, totalmente terrenal, habiendo abandonado y dejado atrás el sumo bien que soy yo, despreciando mi gloria y honor, y considerando en nada todo lo que he preparado para los que me adoran y me aman con fe y caridad, despreciándome a mí y teniendo en poco todos mis bienes, se apegó a los bienes corruptibles; encantado y deleitado con ellos, despreciando todo lo que es de Dios, solo desea lo que es de la carne y del mundo, despreciando toda virtud, abandonando la justicia y transgrediendo mis mandamientos, elige vivir de manera más brutal que racional. Por lo tanto, completamente animal, hecho semejante a las bestias insensatas que no tienen entendimiento, totalmente carnal y hecho carne, se ha hecho indigno no solo de mí y de mis bienes

que había preparado para él, sino también de esta misma vida, de modo que ese espíritu celestial mío, que soplé en su rostro desde la creación, no habitaría más en el hombre para vivir una vida brutal: pues es carne.

Pero verdaderamente, como la naturaleza es voluble y podría convertirse de su mal camino hacia mí para obrar justicia, dejando la impiedad, y así no morir, sino vivir, le concedí tiempo para el arrepentimiento, dándole ciento veinte años de vida, esperando su arrepentimiento para ver si acaso se convertían de su mal camino. Ellos, sin embargo, durante ese tiempo, sirviendo más a la impiedad tras impiedad y a la inmundicia tras inmundicia, añadieron iniquidades a iniquidades y pecados a pecados. Por lo tanto, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente, acumularon para sí más y más ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, ignorando que mi benignidad los conducía al arrepentimiento; pero despreciando las riquezas de mi bondad, paciencia y longanimidad. ¿Qué se debe hacer ahora, cuando la situación empeora cada día? Conservando mi consejo y el propósito inmutable de mi voluntad de justicia y juicio rectísimo, es necesario cambiar la sentencia para la que creé al hombre; pues sé cambiar la sentencia, aunque no sé cambiar el consejo.

Y este cambio de sentencia en las Sagradas Escrituras se llama arrepentimiento; y esto es: Me pesa haberlos hecho: porque los había destinado a la vida eterna y la gloria celestial; ahora, condenados a la muerte eterna, también es necesario privarlos de la vida temporal por el juicio más justo de mi justicia. Pero como también creé todos los animales para su uso, una vez destruido aquel para quien los hice, ¿para qué vivirán ellos? Por lo tanto, los destruiré junto con él, desde el hombre hasta el ganado, hasta el reptil y las aves del cielo.

Puestas estas cosas en la exposición del texto, valdrá la pena considerar, para una elucidación más clara, si la voluntad de Dios es

totalmente inmutable o si de algún modo puede cambiar. Porque hay muchas cosas en la Sagrada Escritura que aparentemente muestran la voluntad de Dios como mutable, como aquí se dice: Me pesa haber hecho al hombre; y en 1 Samuel: Me pesa, dice, haber hecho a Saúl rey. David también dice: Se arrepintió según la multitud de su misericordia; y a través de Jeremías, el Señor dice: No retires la palabra, si acaso escuchan y cada uno se convierte de su mal camino, y me pesa del mal que pensaba hacerles por la malicia de sus obras. El mismo profeta también dice: Ahora, pues, mejoren sus caminos y sus obras y escuchen la voz del Señor su Dios, y al Señor le pesará del mal que ha hablado contra ustedes; y en otro lugar dice: Si esta nación se arrepiente... también yo me arrepentiré; y hay muchos otros ejemplos similares. Además, siendo Dios de voluntad libérrima y teniendo libre albedrío, que por su propia naturaleza es hacia lo opuesto, ¿por qué no puede cambiar, para querer lo que antes no quería, o no querer lo que antes quería?

Nosotros ciertamente decimos que en Dios hay voluntad y esta es libérrima, y que Dios tiene libre albedrío, puesto que tiene entendimiento: pues la voluntad sigue al entendimiento, así como el apetito sensible sigue al sentido; y así como en dondequiera que se encuentra sentido, también hay apetito: así, con el entendimiento, siempre se encuentra la voluntad en cada uno, que busca lo conocido por el entendimiento, deseando lo que no se tiene, o descansa en lo poseído, amando y deleitándose. Por lo tanto, en Dios hay voluntad así como entendimiento; y así como su entender es su ser, así también su querer; y así como el objeto primario y principal del entendimiento divino es aquella verdad que es la esencia divina, en la que brilla claramente toda otra cosa que participa de la razón de verdad, y en la que y por la que entiende todas las cosas siempre – por lo cual el conocimiento de Dios es invariable e inmutable en todo momento – así también el objeto y fin de la voluntad divina es aquel sumo bien, la misma esencia divina.

Ni por ningún objeto o fin externo es movida la voluntad de Dios, sino por el bien que es su propia esencia. Por lo tanto, el primer motor que se mueve a sí mismo, como decía Platón, de la misma manera que el entender y el querer son considerados movimientos. Así, la voluntad divina no se mueve por otro fin u objeto diferente de sí misma, sino solo por la esencia divina, que es el sumo bien y en la que se encuentra eminente y amado todo otro bien: dado que la esencia divina es completamente inmutable, la voluntad divina también debe ser inmutable. Porque la voluntad divina no es una fuerza apetitiva o afectiva, como en nosotros, que busca y desea un bien que no posee; sino que descansa y se deleita en el sumo bien, amando, y el amor es el primer acto de la voluntad.

En segundo lugar: decimos que esta voluntad divina es libérrima y tiene libre albedrío. Porque el Apóstol dice: "El Espíritu Santo distribuye a cada uno según quiere", es decir, por el libre albedrío de la voluntad y no por la obediencia de la necesidad. También dice a los Efesios: "Predestinados según el propósito de aquel que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad". Digo que es de voluntad libérrima y de libre albedrío, porque no ama ni quiere todo lo que ama y quiere por necesidad; pues Dios ama tanto su propia esencia como otras cosas fuera de sí mismo: ama todas las cosas que ha hecho, y sin embargo, principalmente la criatura racional, el hombre, y la criatura intelectual, el ángel, y no odia nada de lo que ha hecho, sino que desea comunicar sus bienes y a sí mismo a todas ellas, en la medida en que es posible. Así como cada cosa natural, en la medida en que es buena y perfecta, desea comunicar su propio bien – de aquí que la generación sea la obra más natural de la naturaleza – así Dios ciertamente desea comunicar sus propios bienes a los demás, en la medida en que la posibilidad lo permite y la naturaleza de las cosas es capaz de recibir abundantemente la bondad divina.

Puesto que Dios desea comunicar también sus bienes a otros fuera de sí, y esto es amar, desear el bien a otro, ciertamente ama a otros fuera de sí; pero se ama a sí mismo como fin, y a los otros [como medios] para el fin y por el fin, es decir, por su inmensa bondad; y a sí mismo, es decir, su propia bondad, que es su esencia, la ama necesariamente – así como nuestra voluntad necesariamente desea la beatitud, y como cualquier otra potencia natural necesariamente tiende a su propio y primer objeto – pues Dios no puede dejar de amarse a sí mismo: libremente, sin embargo, se dice que se ama a sí mismo en cuanto desea amarse a sí mismo y desea querer. En esto principalmente consiste la razón de la libertad, en que cualquiera quiera lo que hace y quiera querer. Ama, sin embargo, a otros fuera de sí, pero solo como medios para el fin, es decir, por su bondad; pues esta es el objeto plenamente suficiente de la voluntad divina y la satisface completamente y con sumo gozo. Por lo tanto, Dios no ama en las cosas más que su propia bondad.

Y no ama algo en ellas por sí mismo: como el que toma una poción amarga no ama nada en ella más que la salud, que es su fin; pues no hay en ella nada que pueda deleitar, como si la poción fuera dulce: entonces, no solo por la salud, sino también por la dulzura, querría tomarla. Pero como Dios no encuentra nada en las cosas más que su propia bondad con la cual pueda deleitarse, no ama nada en ellas más que su propia bondad. Sin embargo, el que ama la poción, aunque no por sí misma, sino por la salud, necesariamente la ama, queriendo el fin, es decir, la salud – sin ella, no puede conseguir la salud, – pues queriendo el fin, necesariamente queremos los medios para el fin, ya que sin ellos no podemos obtener el fin; como necesita un barco quien desea cruzar el mar, y comida para conservar la vida. Pero es diferente si los medios para el fin no son necesarios, sino que el fin puede obtenerse sin ellos.

Por lo tanto, como Dios no ama todas las demás cosas fuera de sí mismo, sino por el fin, es decir, por su suma bondad, y estas cosas

no son necesarias para Dios para alcanzar, aumentar o conservar su bondad, siendo Él el sumo bien y sumamente perfecto, y no puede añadírsele ninguna perfección; ciertamente no necesita en absoluto nuestros bienes. Así, está claro que Él desea y ama estas cosas no necesariamente, sino meramente libremente, así como también actúa libremente. Pues siendo libre, también actúa libremente, no necesariamente: por eso se dice que hace todas las cosas según el consejo de su voluntad.

En tercer lugar: decimos que esta misma voluntad divina es necesaria y completamente inmutable. Es necesaria, pues la esencia divina es necesaria, y la voluntad misma en Dios es esencia; y el querer también de la voluntad divina es necesario, así como el conocer del entendimiento; pues tanto el querer como el conocer no se separan de la esencia. Pero el conocer tiene una relación necesaria con lo conocido, no así el querer con lo querido: porque el conocer se refiere a las cosas tal como están en el que conoce, pero el querer se compara con lo querido tal como está en sí mismo; de ahí que se diga: la verdad está en el entendimiento, la bondad en las cosas. Así pues, dado que todas las demás cosas fuera de Dios, en la medida en que están en Dios, tienen un ser necesario, pero en sí mismas no lo tienen; por lo tanto, el conocimiento de Dios tiene una relación necesaria con lo conocido, porque están en Él: pero el querer no, porque ama las cosas tal como están en sí mismas, por lo que no es por necesidad.

Que la voluntad divina y el querer sean necesarios en sí mismos y no tengan una relación necesaria con lo querido fuera de sí mismos, no se debe a Él, sino a la deficiencia de las cosas. Pues que Dios no quiera necesariamente otras cosas fuera de sí mismo, no se debe a una deficiencia de la voluntad divina, sino a la naturaleza de las cosas, que son tales que sin ellas la bondad sumamente perfecta y perfectamente suprema de Dios puede existir, y no pueden añadirle nada de virtud y perfección.

Así, la voluntad divina y el querer son totalmente necesarios, también es necesario que sean completamente inmutables; digo que son inmutables, pero no que Él quiera la inmutabilidad. Porque el inmutable quiere el cambio de ciertas cosas: pues Él, gobernando el mundo con razón perpetua y ordenando que el tiempo avance desde la eternidad, permite que todo se mueva, mueve todas las cosas, cambia los tiempos, transfiere los reinos, a veces con castigos, a veces con recompensas, permaneciendo siempre estable e inmutable, y queriendo todos los cambios de las naturalezas, Él mismo no cambia, ni puede cambiar en su voluntad. Pues se dice que la voluntad cambia cuando empieza a querer lo que antes no quería, o deja de querer lo que quería.

Y eso solo ocurre por algún cambio previo, ya sea de la disposición de la sustancia o del conocimiento. Pues ya que la voluntad solo se dirige al bien y conveniente para sí misma, de estas maneras puede alguien desear algo recientemente: o bien reconoce ahora que es bueno para sí mismo lo que antes ignoraba, para esto es que tomamos consejos para saber qué nos es bueno; o porque algo comienza a ser conveniente para nosotros: como vestirse con ropa gruesa cuando hace mucho frío en invierno, lo cual no era bueno cuando hacía calor en verano. Y esto no ocurre sin un cambio de la sustancia, ya que ahora comienza a ser afectado y quemado por las injurias del frío, mientras que antes lo era por el calor.

Pero, en verdad, tanto la sustancia de Dios como su conocimiento y ciencia son completamente inmutables e invariables. La sustancia de Dios no puede cambiar de ningún modo, ni de no ser a ser, ni de ser a no ser, porque es acto purísimo. Lo que es mutable está en potencia, y no puede ser puro acto; y la sustancia más simple, libre de toda composición, no puede mezclarse con ninguna composición. Lo que es mutable puede recibir un límite y una composición; pero lo sumamente simple no puede componerse con nada. Además, dado que es el ser más perfecto, no puede cambiar ni para mejor ni para

peor, ni puede disminuirse o aumentarse su perfección. También porque debe ser un ser necesario e infinito; lo que es necesario, no puede tener algo distinto de lo que tiene: lo que cambia puede tener algo distinto y ser, y eso ciertamente es contingente, ya que antes no era. Como también debe ser infinito, no puede cambiar, ya que si cambiara, se compondría con el límite del cambio y aquello sería parte de él: pero toda parte puede ser superada; y eso es contrario a lo infinito. Finalmente: cualquier cosa que esté en Dios es Dios y Él mismo es todo lo que tiene, porque es simplicísimo. Si, por lo tanto, cambiara, tendría ciertamente el límite del cambio: y este límite del cambio sería, ciertamente, Dios. Así que si cambia recientemente, un nuevo y reciente Dios comenzaría a ser. Por lo tanto, la sustancia de Dios es completamente inmutable.

Su conocimiento también es invariable. Porque el conocimiento de Dios es su sustancia; y así como su sustancia es completamente inmutable, también lo es su conocimiento. Pues no varía con las variaciones de las criaturas, ya que conoce algunas cosas que pueden ser y no son, y otras que pueden no ser y son; pues Él conoce tanto las cosas como el hecho de que son variables y mutables, y conoce profundamente sus movimientos y variaciones, que se llevan a cabo en todo el flujo del tiempo, permaneciendo siempre inmutable. Pues todas las cosas que en el tiempo se hacen o se pueden hacer de algún modo, Él las conoció en su eternidad, que coexiste con todo el tiempo, como el centro indivisible de toda la circunferencia, y como si un ojo se elevara lo suficiente para ver todo el río desde su fuente hasta el mar, asistiendo a todas las aguas del río y a cada una de sus partes y a todo lo que en él sucede, viendo todo el flujo y cambio sin sufrir ningún cambio. Así, claramente, Dios ve todo el flujo del tiempo con una mirada simple y única, y todas las mutaciones de las cosas que en él ocurren; y así como ese ojo vería infaliblemente e inmutablemente todas las cosas, sin imponer necesidad a lo que ve: así también Dios.

Por lo tanto, siendo Dios inmutable tanto en sustancia como en conocimiento, es necesario que también sea completamente inmutable en voluntad. Por eso, correctamente leemos en Números: "Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta"; y en 1 Samuel: "El triunfador de Israel no mentirá ni se arrepentirá; porque Él no es hombre para que se arrepienta". Entonces, cuando aquí se dice que a Dios le pesó haber hecho al hombre, debe entenderse metafóricamente, por ἀνθρωπος-πάθος, es decir, a la manera de los hombres; y cuando se dice que: "Viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra y que toda intención del corazón humano estaba siempre inclinada al mal", y: "Le pesó": no debe entenderse que lo vio entonces, como si lo hubiera conocido recientemente y se arrepintiera de un nuevo conocimiento: pues lo conoció desde la eternidad; sino que entonces los méritos de los hombres por su mucha maldad exigían que Dios los destruyera, como si lo hubiera visto entonces.

Se dice también que a Dios le pesó por otra razón: porque no había creado al hombre con la intención de destruirlo, sino más bien para beatificarlo, si hacía buenas obras; por lo tanto, esta no era una voluntad absoluta o simplemente de beneplácito: sino bajo la condición de buenas obras. Pero cuando destruyó al hombre, cambió esa sentencia inicial en la que lo había creado, ya que a aquel que había creado para la beatitud primero, lo entregó a la perdición y condenación.

Y se dice que le pesó en la medida en que este arrepentimiento significa el cambio de sentencia, pero no de consejo; porque su consejo de voluntad nunca cambió, ya que era y fue desde la eternidad, que si el hombre actuaba justamente, sería beatificado: si actuaba inicuamente, sería destruido; por lo tanto, cuando el hombre mereció la perdición por su iniquidad, Dios lo destruyó y lo borró. Pues Noé, porque fue justo y actuó justamente,

Vr. 8 encontró gracia a los ojos del Señor, como se dice en el texto, es decir, agradó a Dios y por su justicia mereció vivir y alcanzar el fin último para el que Dios lo había creado inicialmente, por la gracia y el beneficio de Dios.

Vv. 9 – 10 Estas son las generaciones de Noé: Noé fue un hombre justo y perfecto en sus generaciones, caminó con Dios, y engendró tres hijos, Sem, Cam y Jafet.

Texto Hebreo: Estas son las generaciones de Noé: Noé fue un hombre justo, íntegro en sus generaciones: Noé caminó con Dios; y Noé engendró tres hijos, Sem, Cam y Jafet.

Así también lo tiene el Parafrasista Caldeo: Noé fue un hombre inocente, perfecto en sus generaciones: Noé caminó en el temor del Señor.

La Sagrada Escritura habló en el contexto de la genealogía de las generaciones de Noé, que cuando tenía quinientos años, engendró a Sem, Cam y Jafet; aquí nuevamente las trae a colación, diciendo: Estas son las generaciones de Noé. No sin razón ni motivo; porque en el primer orden y serie genealógica de Génesis, desde Adán hasta Noé, se enumeran las generaciones de Noé, así como las de los otros padres; pero ahora, dado que solo él y sus hijos fueron salvados del diluvio, por eso se enumeran nuevamente sus generaciones, ya que él quedó como el segundo tronco de la generación humana y como un nuevo principio del que todos los hombres futuros derivarían su origen. También insinúa que no engendró más hijos e hijas, como todos sus padres, sino que, contento solo con esos tres, fue salvado con todos sus hijos debido a su justicia.

Noé, dice, fue un hombre justo y perfecto en sus generaciones: justo, es decir, un hombre bueno y excelente; justo, porque daba a cada uno lo suyo: devolviendo a Dios lo que es de Dios y a los hombres lo que es de los hombres. Pues adoraba a Dios con fe y caridad,

tributaba el mayor honor y gloria solo a Dios, amaba a Dios en todas las cosas y sobre todas las cosas con un corazón perfecto y excelente, con toda su mente, alma y fuerzas; también amaba a su prójimo como a sí mismo, les mostraba ejemplos de luz, les aconsejaba hacer el bien y abstenerse del mal; por eso fue llamado pregonero de justicia. Así que era justo, porque daba a cada uno lo que era suyo.

Pero no sólo se le llama justo, sino también perfecto y completo; ya que, cuando toda carne había corrompido su camino, él de ninguna manera siguió las seducciones de la carne, sino que fue guiado por el espíritu de Dios, castigaba su cuerpo y lo sometía a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, él mismo se volviera reprobado. Despreciando, por lo tanto, la carne, se adhería al Señor para que se convirtiera en un solo espíritu con Él; esto es lo que se dice: Noé caminó con Dios, según aquello: Camina delante de mí y sé perfecto; y aquello: Camina tras el Señor tu Dios y témele. Caminó con Dios porque procuró agradar a Dios, temió a Dios y lo amó; y es tanto más digno de alabanza y admiración cuanto que fue el único encontrado entre todos los hombres que seguía a Dios; esto es: En sus generaciones: ya que toda carne había corrompido su camino: él, sin embargo, guardando toda justicia, fue encontrado único, perfecto y completo. Por lo tanto, habiendo sido encontrado perfecto y justo entre hombres muy perversos, en el tiempo de la ira fue hecho reconciliación, ya que halló gracia ante los ojos del Señor y se convirtió en el único superviviente de todos los hombres, siendo como un segundo principio y tronco de la especie humana.

Versículos 11-13 Pero la tierra estaba corrompida ante el Señor y llena de iniquidad. Y viendo Dios que la tierra estaba corrompida (pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra), dijo a Noé: El fin de toda carne ha venido ante mí; la tierra está llena de iniquidad a causa de ellos, y los destruiré con la tierra.

Texto Hebreo: Y vio Dios la tierra y he aquí estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha venido ante mí, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos, y he aquí que los destruiré con la tierra.

Paráfrasis Caldea: Y vio Dios la tierra y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne humana había corrompido su camino. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha venido ante mi presencia, porque la tierra está llena de violencias, o robos a causa de sus malas obras, y he aquí que los destruiré con la tierra.

Los Griegos tienen: El tiempo de todo hombre ha venido ante mí.

El Targum Jerusalemitano tiene: La tierra está llena de חוֹמָסִין וְגוֹזָלִין, es decir, de ladrones y raptores.

Pero la tierra estaba corrompida ante el Señor: o: Y vio Dios la tierra y he aquí estaba corrompida: como se dijo arriba: Viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, porque toda su perversidad tanto de mente y corazón en pensamiento, como de hechos en obra: esto es, que la tierra estaba corrompida. Pero bajo el nombre de tierra no entendemos aquella que pisamos con los pies, sino los hombres que están en la tierra, como leemos en el Evangelio: Vosotros sois la sal de la tierra; porque a los hombres de aquella perversa generación, corrompidos y pervertidos por todos los géneros de pecados, no les correspondía otro nombre: como se dijo a Adán después del pecado: Tierra eres y a la tierra volverás. Pues los pecadores verdaderamente se dice que van a la tierra, porque sus cuerpos, siendo tomados de la tierra, también se convierten en tierra, y nunca se les dará un lugar más digno; y sus almas, aunque tienen un origen celestial, llevadas y deprimidas por el peso excesivo y gravísimo de los pecados, tan pronto como se liberan del cuerpo, descienden al infierno, a aquella tierra tenebrosa y cubierta de la oscuridad de la muerte, tierra de miseria y tinieblas,

donde habita la sombra de la muerte y no hay orden, sino un horror eterno.

Entonces Dios vio la tierra, es decir, a los hombres terrenales, y vio que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino. También entendemos por carne aquí al hombre, no a los animales brutos, que son guiados hacia su fin sin error por su inteligencia, y nunca se desvían ni se equivocan, sino que, sin romper en absoluto las leyes de la naturaleza, siempre avanzan rectamente hacia su fin. Por lo tanto, toda esta carne que corrompió su camino es el hombre, de quien se dijo antes: Mi espíritu no permanecerá en el hombre para siempre, porque es carne. Esta carne corrompió su camino con una lascivia muy vil y obscena; sin tener en cuenta la multiplicación de la especie, sin considerar la honestidad, encontraron modos indebidos y uniones que la naturaleza aborrece. Pues sus mujeres cambiaron el uso natural por aquel uso que es contra la naturaleza; y de igual manera también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en deseos entre sí, hombres con hombres cometiendo actos vergonzosos. Por lo tanto, conmovido, Dios dijo a Noé:

El fin de toda carne ha venido ante mí: ha llegado, dice, a mi conocimiento la maldad de esta generación perversa desde el principio, y entonces justamente merecía que la borrara de la tierra; pero como no deseo la muerte del pecador, sino más bien que se convierta y viva, les concedí misericordiosa y benignamente un tiempo de ciento veinte años para que se arrepintieran, si acaso se apartaran de su mal camino y enmendaran sus caminos y propósitos, y me arrepintiera del mal que había hablado contra esta gente. Sin embargo, ya se ha cumplido y terminado este tiempo de arrepentimiento; añadiendo iniquidades a las iniquidades, están completamente llenos de toda maldad. Pues la tierra está llena de iniquidad a causa de sus malas obras: ellos ya estaban llenos de maldad antes, ahora están completamente llenos de toda iniquidad,

malicia, fornicación, avaricia, perversidad, llenos de envidia, homicidios, contienda, engaño, malignidad, robos y latrocinios; murmuradores, detractores, odiados por Dios, insolentes, arrogantes, soberbios, inventores de males, desobedientes a los padres, insensatos, desordenados, sin afecto, sin pacto, sin misericordia: no reconocen ni entienden mi justicia. Veo que los que hacen tales cosas son dignos de muerte: ¿qué, pues, es necesario hacer? Los destruiré junto con la tierra. Tú, pues, Noé, hombre justo y perfecto, ya que has hallado gracia ante mis ojos, no perecerás con los impíos.

Versículos 14-16 Hazte un arca de madera resinosa; harás habitaciones en el arca y la calafatearás con betún por dentro y por fuera. Y la harás así: de trescientos codos de longitud, cincuenta codos de anchura y treinta codos de altura. Harás una ventana en el arca y la terminarás a un codo por arriba; y pondrás la puerta del arca en un lado; harás un primer, segundo y tercer piso en ella.

Texto Hebreo: Hazte un arca de madera de pino; harás nidos en el arca y la calafatearás por dentro y por fuera con betún. Y la harás así: de trescientos codos de longitud, cincuenta codos de anchura y treinta codos de altura. Harás una ventana en el arca y la terminarás a un codo por arriba; y pondrás la puerta del arca en un lado; harás un primer, segundo y tercer piso.

Paráfrasis Caldea: Hazte un arca de madera de cedro; harás habitaciones en el arca y la cubrirás por dentro y por fuera con betún.

El Targum Jerusalemitano también tiene: de madera de דְקָֽדְרִינִֹין, es decir, de cedro.

Los Griegos tienen: De madera cuadrada.

Además, גֹּפֶר, que está en el Texto Hebreo, es una madera ligera y muy apta para flotar sobre la superficie del agua, como es el pino: de ahí que muchos piensen que con esa palabra se entiende

propiamente el pino. Otros, sin embargo, consideran que es cedro, de acuerdo con la Paráfrasis Caldea. Los talmudistas hebreos también dicen que hay cuatro tipos de [cedro], a saber:

ארז, קדרום, עץ־שמן, זברוש

Por lo tanto, dice: Haz para ti, es decir, para tu salvación, para que te salves del diluvio, un arca, como una gran nave; de maderas levigadas, es decir, muy ligeras, como las de pino y cedro; harás en ella mansiones, es decir, habitáculos como si fueran para animales; y la cubrirás con betún por dentro y por fuera, para cerrar todas las grietas y uniones, para que ni desde arriba reciba la lluvia enemiga, ni desde abajo ofrezca acceso a las aguas, no siendo tan firmes o laxas las juntas de los lados, para que tampoco la inundación de las aguas pudra y corroa la madera, creando grietas. Además, por גֹּפֶר en el Texto Hebreo, muchos entienden חומר, es decir, cemento, otros זפת, es decir, brea.

Y así la harás. Primero designó la causa y el fin del arca junto con el tipo de material, cuando dijo: Hazte un arca de maderas levigadas; ahora prescribe la forma en que debe construirse el arca: La longitud del arca será de trescientos codos, la anchura de cincuenta codos y la altura de treinta codos.

Muchos aquí entienden que se trataba de codos geométricos, con los cuales se mide el arca: pero este codo es de seis pies. Sin embargo, hay otra cosa; de lo contrario, aquel arca no habría sido capaz de contener todas las especies de animales, tantas y tan numerosas, ni todos los alimentos necesarios para un año entero. Pero los hebreos no conocen tales codos geométricos; para ellos, el codo se llama ulna, medida del codo de la mano viril: y en ninguna parte de la Sagrada Escritura se usa manifiestamente ese codo, sino el usual o común, que consta de seis palmos y mide un pie y medio o dos. En aquellos tiempos, sin embargo, los codos eran mucho mayores de lo que son ahora, ya que los hombres eran de una estatura mucho más

alta y corpulenta; y el codo es una medida en relación con el codo del hombre; así como leemos en el Deuteronomio que el lecho de hierro de Og, rey de Basán, tenía una longitud de nueve codos y cuatro de ancho, según la medida del codo de un hombre.

Así, la longitud del arca era de trescientos codos comunes, es decir, de ulnas; la anchura de cincuenta, de lado a lado; y la altura de treinta, desde el suelo hasta el techo; luego, los lados del arca se estrechaban hacia la cima del arca, de manera que los lados del arca en la cima solo distaban un codo. Sin embargo, me parece muy probable que los lados del arca en la cima formaban un cuadrado con una parte más larga, de modo que los dos lados que se extendían hacia los lados medían un codo; y los que se extendían en longitud, seis codos; ya que en esa proporción estaba construida toda el arca en longitud y ancho, siendo la diferencia de uno y seis [codos]. Esta disposición se hizo para que las aguas no permanecieran demasiado tiempo sobre el techo del arca, sino que pudieran fluir más rápidamente y para que pudiera resistir más firmemente los embates de los vientos y las tempestades de las olas: no sufría tanta fuerza de los vientos.

También se le ordenó hacer una ventana en el arca para recibir luz: Harás una ventana en el arca, dijo. Es una sinécdoque; pues una sola ventana no podría proporcionar suficiente luz a toda la morada, ya que estaba dividida en tantas mansiones: pero se deben entender varias ventanas, aunque una más grande. Muchos piensan que estas ventanas estaban hechas de cristal, pues así podían proporcionar luz y al mismo tiempo impedir la entrada de la lluvia y los vientos.

Se le ordenó colocar la puerta del arca en el costado, para que él y los animales pudieran entrar y salir: Pondrás la puerta del arca en el costado; harás habitaciones inferiores, segundas y terceras en ella.

Nuestra edición aquí difiere mucho de la Verdad Hebrea; pues dice: Y pondrás la puerta del arca en el costado; harás habitaciones inferiores, segundas y terceras en ella.

Así también lo tiene el Intérprete Caldeo.

Los Setenta dicen: Harás la puerta, o entrada, en el costado; harás habitaciones inferiores bicameradas y tricameradas.

Por lo tanto, la puerta estaba en el costado, no en la parte inferior, ya que no podía estar allí, dado que la parte inferior del arca estaba sumergida en las aguas en gran profundidad; cuando el arca reposó en el séptimo mes sobre los montes de Armenia, las aguas aún iban y decrecían hasta el décimo mes; en el décimo mes... aparecieron las cimas de los montes. Por lo tanto, la sentencia debe completarse así: Pondrás la puerta del arca en el costado: y entonces el siguiente versículo comienza: Harás habitaciones inferiores, segundas y terceras: es decir, inferior, media y superior; se le ordena hacer el arca dividida en tres niveles, de modo que tuviera una habitación inferior, una media y una superior. Quizás por esta razón nuestro Intérprete usó la palabra tristega, es decir, tableros triples: tristega son construcciones de tres pisos. Muchos creen que la habitación inferior era simple, la segunda bicamerada y la tercera tricamerada, según la Traducción de los Setenta.

Versículo 17: He aquí que yo traeré aguas del diluvio sobre la tierra, y destruiré toda carne en la que haya espíritu de vida bajo el cielo: y todo lo que hay en la tierra perecerá.

Texto Hebreo: Y yo, he aquí que traigo un diluvio de aguas sobre la tierra para destruir toda carne en la que haya espíritu de vida bajo el cielo: y todo lo que hay en la tierra perecerá.

Así también lo tiene el Intérprete Caldeo.

Diluvio en hebreo se dice מַבּוּל, que algunos derivan de בלה, con el prefijo מ, que significa mezclar y confundir; otros, sin embargo,

creen que se deriva de נבל, que significa fluir, corromperse y marchitarse, ya que en el diluvio todo fluyó y se pudrió, y todo lo que vivía bajo el cielo fue consumido.

Dice entonces: He aquí que traigo aguas del diluvio. Te ordené, dice, que hicieras un arca, porque yo, yo, digo, traeré las aguas del diluvio. Pues no es mi voluntad destruir al justo con el impío: porque yo, que juzgo toda la tierra, no hago este juicio para que el justo sea como el impío: sino que destruiré a los impíos. Pero como te he visto justo ante mí, quiero salvarte de las aguas del diluvio; y si hubiera encontrado cincuenta justos en la tierra, perdonaría todo el lugar: incluso si fueran cuarenta y cinco, no los destruiría: y si fueran cuarenta, no lo haría; si encontrara treinta, no golpearía: incluso si fueran veinte, no mataría: ni siquiera, si encontrara diez, destruiría a los hombres impíos: sino que los salvaría por causa de los justos. Pero porque sólo te he visto justo ante mí, te salvaré a ti, y destruiré a los demás, y destruiré toda carne en la que haya espíritu de vida bajo el cielo; todo perecerá, porque lo creé todo por causa del hombre: por lo tanto, siendo destruido aquel por quien todo esto fue hecho, es consecuente que también ellos sean destruidos.

Versículos 18-20: Y estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todos los animales de toda carne llevarás dos de cada especie al arca, para que vivan contigo, macho y hembra. De las aves según su especie y de los animales según su especie, y de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada uno entrarán contigo, para que puedan vivir.

Texto Hebreo: Y estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todos los animales, de toda carne, llevarás dos de cada especie al arca, para que vivan contigo, serán macho y hembra. De las aves según su

especie y de los animales según su especie, de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada uno vendrán a ti, para que vivan.

Así también lo tiene el Intérprete Caldeo.

Dios estableció un pacto desde el principio, puso un acuerdo entre el día y la noche, estableció leyes para el cielo y la tierra, de modo que estos se sucedieran mutuamente: pues hizo la luz, y fue el día, y las tinieblas, y fue la noche; también puso luminarias como señales para tiempos, días y años; el sol para gobernar el día, la luna y las estrellas para gobernar la noche. También estableció leyes para el cielo y la tierra, de modo que el cielo, con sus movimientos perpetuos, influyera luz y poder fecundante sobre la tierra, y esta, en tiempos determinados, produjera brotes, hierbas, semillas y frutos. También hizo un pacto entre el agua y la tierra, al ordenar que las aguas se reunieran en un solo lugar y apareciera lo seco; pues el lugar que naturalmente corresponde al agua es rodear la tierra, como las esferas celestes, siempre más elevadas y superiores por naturaleza y lugar, rodean la inferior, y el fuego rodea al aire, y el aire, por naturaleza, al agua; así también el agua debía rodear la tierra, y debía ser, según la proporción de los cuerpos simples, diez veces mayor que toda la tierra. Pero no vemos eso; pues la tierra no está rodeada por el agua en todas partes: sino que hay muchos y vastísimos espacios de tierra libres de agua, incluso en lugares elevados; por eso dice el Profeta: Quien fundó la tierra sobre las aguas.

Esto se hizo por la ley de Dios, quien puso un pacto entre la tierra y el agua, de modo que la tierra ofreciera lugares sinuosos, abruptos y abismos para contener las aguas dentro de sí: y las aguas, condensadas más allá de su simple naturaleza, se mantuvieran dentro de esas cavernas y no se volvieran para cubrir la tierra; por lo cual el Dios omnipotente las encerró con ciertos límites por su mandato y su poder omnipotente. Por eso dice el Profeta: Pusiste un límite que

no traspasarán, ni se volverán para cubrir la tierra; y nuevamente dice: Junta como en un odre las aguas del mar, pone en tesoros los abismos. Así también dice el Sabio: Cuando trazaba un límite al mar y ponía una ley a las aguas para que no traspasaran sus límites; y nuevamente: ¿Quién encerró las aguas como en una vestidura? También dice Job: Quién hizo peso al viento y midió las aguas; cuando ponía ley a la lluvia y camino a los truenos. Finalmente, dice Jeremías: Quien puso la arena como límite al mar, un mandato perpetuo que no traspasará; y se agitarán y no podrán, y se hincharán sus olas y no lo traspasarán. Todo esto muestra que las aguas no ocupan su lugar propio por su naturaleza, sino que por el mandato de Dios están confinadas dentro de las cavernas de la tierra y, como unidas e interrelacionadas con ella, forman un solo mundo.

Esto se hizo al principio por el hombre, para que pudiera ocupar el lugar de la tierra que le correspondía por naturaleza, y también los demás animales, que fueron hechos por él. Pero cuando el hombre, por quien fueron hechas todas estas cosas, rompió y pasó por alto tanto los pactos de Dios como las leyes de la naturaleza, y toda carne corrompió su camino sobre la tierra, viendo Dios que la maldad de los hombres era mucha, y que todo pensamiento de los designios de su corazón era sólo mal continuamente, y que toda la tierra estaba corrompida, como si se arrepintiera del pacto que había establecido entre el cielo, la tierra y el agua, rompió ese pacto y ordenó a las aguas que retornaran a su lugar, fluyendo de todas partes, para la extrema perdición y exterminio de los hombres.

Pero como vio a Noé, un hombre justo y perfecto en la tierra, quiso salvarlo del diluvio de aguas y del gran cataclismo, y le ordenó que entrara en el arca, hasta que todo ser vivo expirara bajo el cielo y ese mundo impío fuera destruido; y entonces nuevamente establecería misericordiosamente ese pacto, que antes había roto debido a su justicia. Esto es lo que dice:

Estableceré mi pacto contigo, o restableceré mi pacto contigo. Te dije, dice, que traeré un diluvio de aguas sobre toda la tierra para destruir toda carne por causa de los impíos: por lo tanto, romperé el pacto que había establecido entre las aguas y la tierra al principio, cuando ordené que las aguas se reunieran en un solo lugar y apareciera lo seco, porque ahora las aguas inundarán con un gran diluvio y un inmenso cataclismo, de modo que prevalecerán quince codos sobre todos los montes que están bajo todo el cielo: pero ese pacto roto por los impíos, lo restableceré contigo, es decir, por ti. Mientras tanto, hasta que este mundo impío perezca inundado por el agua, entra en el arca tú y tus hijos: porque por ti y por ellos, aunque no sean tan justos, quiero salvar; no sólo ellos, sino también tu mujer y las mujeres de tus hijos: porque quiero dejar alguna semilla y raíz para la constitución de la posteridad: no sólo de los hombres, sino también de algunos animales, bestias, aves y reptiles. Por lo tanto, llevarás al arca dos de cada especie; dos, es decir, parejas, macho y hembra, para las futuras generaciones. Y para que puedan vivir durante el tiempo que dure este cataclismo, tomarás provisiones contigo.

Versículos 21-22: Tomarás contigo de todos los alimentos que se pueden comer, y los almacenarás contigo; y serán para ti y para ellos como alimento. Noé hizo todo lo que Dios le mandó.

Texto Hebreo: Y tú toma contigo de todo alimento que se puede comer, y guárdalo contigo, y será para ti y para ellos como alimento. Noé hizo conforme a todo lo que Dios le mandó, así lo hizo.

Así también lo tiene el Intérprete Caldeo: Tomarás, dice, alimentos que sean adecuados para comer tanto por los hombres como por los animales. Y Noé hizo conforme a todo lo que Dios le mandó, no omitió nada.

Su obediencia es muy encomendada; pues todo lo que le fue mandado, lo ejecutó; no hizo esto y omitió aquello: sino que

cumplió todo con la mejor diligencia y como Dios le mandó, así lo hizo; no según su propio juicio, sino que hizo todo según la voluntad divina.

SÉPTIMO CAPÍTULO

Versículos 1-3: Y el Señor le dijo: Entra en el arca tú y toda tu casa; porque te he visto justo delante de mí en esta generación. De todos los animales limpios toma siete pares, macho y hembra... También de las aves del cielo siete pares, macho y hembra, para preservar la especie sobre la faz de toda la tierra.

Texto Hebreo: Y el Señor dijo a Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca, porque te he visto justo delante de mí en esta generación. De todo animal limpio tomarás para ti siete y siete, macho y su hembra; y de los animales que no son limpios, dos, macho y su hembra; también de las aves del cielo siete y siete, macho y su hembra, para mantener viva la especie sobre la faz de toda la tierra.

Paráfrasis Caldea: Entra tú y todos los hombres de tu casa en el arca.

Muchos hebreos opinan que las instrucciones para la construcción del arca y la orden del diluvio fueron dadas en el año 480 de la vida de Noé, cuando el Señor dijo: "Serán los días de ellos ciento veinte años": y después de cumplirse ese tiempo y construida el arca dentro de ese período, el Señor dijo a Noé: Entra en el arca tú y toda tu casa: esto es, todos los hombres de tu casa.

Además, explicó la razón por la cual él debía ser salvado mientras todos los demás perecerían en la inundación del diluvio, diciendo: Porque te he visto justo delante de mí en esta gran generación: de hecho, la virtud de la justicia es tan apreciada por Dios que, por sus méritos, no sólo el justo se salva de la destrucción y la perdición, sino también toda su casa. Si esa virtud no se hubiera encontrado en ese único hombre, sin duda todo el mundo habría perecido en la inundación sin ningún superviviente, no habría quedado ninguna semilla de hombres, y toda la especie habría sido destruida irremediablemente, como Sodoma y las ciudades vecinas. Por los

méritos de esta virtud se dejó una semilla y el mundo entero se renovó y existe; por eso se ordena a Noé y a toda su casa entrar en el arca, así como a todos los animales de cada especie, para preservar la semilla sobre la faz de toda la tierra.

Y de los hombres fueron salvadas ocho almas, mientras que de los animales limpios fueron siete pares. No es que se tomaran catorce de cada especie; porque el arca habría estado excesivamente ocupada por tal multitud de animales y sus alimentos. Además, no era necesario; pues para preservar la semilla sobre la tierra fueron salvados: pero de los hombres, que son la especie principal, sólo se salvaron ocho almas: ¿por qué entonces catorce de los animales? Los animales, por tanto, eran siete pares, es decir, siete de cada especie: seis para la propagación de la especie, y el séptimo se salvó para el sacrificio, que Noé ofreció a Dios como aroma agradable después del diluvio de todos los animales limpios. De los animales impuros sólo se salvaron dos, macho y hembra, para la propagación de la especie.

¿Pero cómo supo Noé cuáles eran los animales limpios o impuros? Aún no se había dado la ley de los animales limpios e impuros, que se sancionó en tiempos de Moisés. Ciertamente se puede decir que Dios, que todo lo sabe, quien le dio estas órdenes, le enseñó cuáles eran los animales limpios y cuáles no, además del conocimiento de las cosas naturales que tenía, y también era un hombre notable por su industria en la agricultura y la adecuada cultivación de la tierra, siendo el primero en plantar y cultivar una viña.

Pero si todo lo que Dios ha hecho es bueno y muy bueno - ya que así fue aprobado por el Creador: "Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno" -, ¿cómo llama impuro a algo que ha sido aprobado y alabado por el juicio del Creador? Ciertamente todo lo que Dios hizo es muy bueno; pero la misma naturaleza ha determinado cuáles son aptos y convenientes para el uso y el alimento del hombre y

cuáles no lo son: y aquellos se llaman puros, y estos impuros. En algunos lugares, de hecho, algunas personas se abstienen de ciertos alimentos, considerándolos impuros y no aprobados; mientras que otros los consumen, inducidos por la costumbre. Así era entonces también. El mismo conocimiento innato en el justo le enseñaba cuáles eran adecuados para el alimento y cuáles no, considerándolos impuros, no porque realmente lo sean, sino porque se tienen por tales. ¿Y por qué nosotros consideramos inmundos para comer a los caballos y los asnos y animales similares, aunque se alimenten de hierbas y legumbres, mientras que consideramos convenientes para comer a otros cuadrúpedos que se alimentan de lo mismo, incluso muchos que se nutren de alimentos inmundos? Claramente, el mismo conocimiento provisto por Dios, por su propia naturaleza, nos enseña y la costumbre nos induce a considerar en gran medida como adecuados y puros los alimentos que otros rechazan y aborrecen; y nosotros también detestamos muchas cosas que otros suelen consumir.

Versículos 4-5: Porque dentro de siete días haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y destruiré de la faz de la tierra toda sustancia que he hecho. Y Noé hizo todo lo que el Señor le había mandado.

Texto Hebreo: Porque dentro de siete días haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y destruiré toda cosa existente que he hecho de la faz de la tierra. Y Noé hizo conforme a todo lo que el Señor le había mandado.

Paráfrasis Caldea: Porque dentro de un período de siete días haré llover sobre la tierra, etc.

Muchos dicen que estos siete días faltaban para completar el período de ciento veinte años desde que el Señor amenazó con el diluvio al mundo, y una vez cumplidos, comenzó el gran cataclismo.

Otros dicen que estos días fueron concedidos por Dios más allá de ese período debido al duelo por Matusalén, que murió el año del diluvio; porque, ya que prevalecía en justicia durante su vida, Dios no quiso que pereciera en la inundación, sino que muriera la muerte de los justos. Así, después de su muerte, Dios concedió estos siete días en su honor para que se cumpliera su luto funerario.

Yo, sin embargo, pienso que Dios esperó otros siete días para traer el diluvio por otra razón, porque la misericordia de Dios no tiene número y su tesoro de bondad es infinito. Predijo esta calamidad universal y la destrucción total de los hombres ciento veinte años antes de que ocurriera, para hacer que esos hombres impíos se corrigieran y se arrepintieran, y para tener misericordia de ellos; predijo que la destrucción estaba cerca, para apartarlos del mal por el temor de tan gran calamidad. Pero ellos no desistieron de su maldad, sino que la aumentaron; pero el Dios misericordioso todavía se compadece. Pues los hombres por su propia naturaleza tienden a ser negligentes cuando el castigo es incierto o está muy lejano; pero cuando saben que las cosas que pueden ofender están cerca, cuando la opresión está cerca de las puertas, cuando la tribulación está ante las puertas, se humillan y muestran gran conversión.

Así ocurrió con los ninivitas, cuya maldad había llegado ante Dios no menos que la de ellos; pues cuando oyeron que dentro de cuarenta días Nínive sería destruida, se humillaron, dejaron de cometer malas acciones, hicieron penitencia por lo pasado con ayuno, ceniza y cilicio, desde el mayor hasta el menor, extendiendo lo que pertenecía a la penitencia incluso a los animales, para atraer la misericordia del Señor hacia ellos; no desesperaron de la misericordia en tan breve intervalo de tiempo: sino que aterrorizados por el temor de la inminente destrucción, se apartaron de su mal camino y de la iniquidad que estaba en sus manos, porque: ¿Quién sabe si Dios se volverá y se arrepentirá, y se apartará del furor de su ira, y no pereceremos? Y el misericordioso Dios vio sus obras y en

ese brevísimo intervalo de tiempo se aplacó con esa momentánea penitencia, y se compadeció de ellos.

Esto también intenta Dios aquí; predice siete días antes, con la esperanza de que, por el miedo y el terror de una calamidad tan grande y de la mayor destrucción predicha para el séptimo día, aquellos hombres se humillaran, y desistiendo de sus malas acciones, aplacaran a Dios con una humilde penitencia y atrajeran hacia ellos la misericordia de Dios; pues también tenían a Noé, el pregonero de la justicia, quien de acuerdo con la sentencia de Dios, predicaba la amenaza divina del diluvio e instaba a todos a arrepentirse. Y así: Yo aún haré llover después de siete días: siete días más, dice, quiero esperar misericordiosamente para que se arrepientan: pues les son suficientes para lavar y borrar los pecados cometidos, si quisieran arrepentirse de corazón; pero si no quisieran, entonces comenzaré a llover sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches.

Ciertamente, podría haber hecho caer toda la lluvia en un solo día, e incluso en un solo momento; pero lo hace deliberadamente, queriendo al mismo tiempo infundir temor y brindar la ocasión para que pudieran escapar del castigo que estaba en las puertas. Pues incluso si cuando comenzara la lluvia para su destrucción, se hubieran arrepentido, la ira del Señor se habría aplacado; como cuando la ira del Señor se encendió contra los hijos de Israel y un gran fuego salió del Señor y comenzó a devorar los extremos del campamento: y Moisés oró al Señor y el fuego se extinguió. Nuevamente, cuando Dios quiso destruirlos y ya había salido la ira del Señor y la plaga estaba asolando, Aarón corrió al medio de la multitud, que el incendio estaba devastando, y colocándose entre los vivos y los muertos, ofreció incienso e intercedió ante el Señor, y la plaga cesó. De la misma manera, si también en este caso, habiendo salido la ira del Señor y comenzando ya la plaga, se hubieran arrepentido de corazón y hubieran pedido misericordia, ciertamente

no se les habría negado. Pero como no se arrepintieron en absoluto, fueron destruidos.

Versículos 6-9: Y Noé tenía seiscientos años cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra. Y entraron Noé y sus hijos, y su mujer y las mujeres de sus hijos con él en el arca a causa de las aguas del diluvio. De los animales limpios y los no limpios, y de las aves y de todo lo que se mueve sobre la tierra, de dos en dos entraron al arca con Noé, macho y hembra, como Dios había mandado a Noé.

Texto Hebreo: Y Noé tenía seiscientos años y el diluvio de aguas fue sobre la tierra. Y entraron Noé y sus hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos con él [en el arca] ante las aguas del diluvio. De los animales limpios y de los animales que no son limpios, y de las aves y de todo lo que se arrastra sobre la tierra, de dos en dos vinieron a Noé al arca, macho y hembra, como Dios había mandado a Noé.

No está en el Texto Hebreo eso de "casi", que está en nuestro Texto, sino que muestra que Noé tenía seiscientos años cuando el diluvio vino sobre la tierra, y huyendo de él, él y toda su casa entraron en el arca. De la misma manera, todos los animales, siguiendo el mandato del Señor, al cual todo obedece, sin el esfuerzo de Noé, entraron por sí mismos, ya que Dios les infundió este instinto; los animales venían de dos en dos, es decir, siempre en parejas y emparejados, macho y hembra, la pareja del macho, para salvar la semilla sobre la tierra. Noé, conforme al mandato recibido del Señor, los dejaba entrar y les asignaba lugares específicos: ya que había hecho habitáculos o nidos en el arca, para que los animales mansos tuvieran un lugar y los fieros otro, y no se dañaran entre sí.

Versículos 10-12: Y pasados siete días, las aguas del diluvio inundaron la tierra. En el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, el día diecisiete del mes, se rompieron todas las fuentes del gran abismo, y las cataratas del cielo se abrieron, y hubo lluvia sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches.

Texto Hebreo: Y al cabo de siete días las aguas del diluvio estuvieron sobre la tierra. En el año seiscientos, digo, de la vida de Noé, en el segundo mes, el día diecisiete del mes, en ese día se rompieron todas las fuentes del gran abismo, y las ventanas del cielo se abrieron, y hubo lluvia sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches.

Así también lo tiene la Paráfrasis Caldea.

Los meses entre los hebreos son estos: נִיסָן, es decir, marzo; אִיָּר, abril; סִיוָן, mayo; תַּמּוּז, junio; אָב, julio; אֱלוּל, agosto; תשרי, septiembre; מרחשון, octubre; כסליו, noviembre; טבת, diciembre; שבט, enero; אדר, febrero; ואדר, segundo febrero, o embolismal; ya que usan meses lunares y cada tres años hacen un embolismo, es decir, un año de trece meses.

Los hebreos también establecen un doble comienzo de año: uno en asuntos profanos, otro en asuntos sagrados. En los profanos, el año comienza en תשרי, es decir, septiembre; pues creen, según la opinión del Rabino Eliezer, que el mundo fue creado en septiembre, ya que en la creación del mundo los árboles estaban cargados de frutos: y el tiempo de los frutos es septiembre; por lo tanto, después del equinoccio de otoño, cuando el año viejo se despoja de sus frutos, toman el inicio del nuevo año en septiembre. En asuntos sagrados, el comienzo lo establecen en ניסן, es decir, marzo, según aquello: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, será el primero en los meses del año"; y el Rabino Josué cree que el año simplemente comienza en ese mes y que el mundo fue creado en él, como también creen los nuestros.

Por lo tanto, los hebreos dudan si el segundo mes, en el cual se dice que comenzó el diluvio, es אייר, es decir, abril, que es el segundo mes después de ניסן, es decir, marzo, o מרחשון, es decir, octubre, que es el segundo después de septiembre. Y esta opinión agrada más a los hebreos, tanto porque creen que septiembre es simplemente el

primer mes del año desde la creación, mientras que marzo es el primero por institución divina, y por eso se dice: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, será el primero en los meses del año": es decir, el que originalmente no fue el primero, sino que fue instituido como primero porque en él los hijos de Israel fueron liberados por la ayuda de Dios de la durísima servidumbre de los egipcios; luego, porque octubre es aún el mes de lluvias. Algunos de los nuestros aceptan esta opinión.

No estoy del todo seguro de qué opinión seguir, pero diré lo que pienso, dejando a los más sabios sus propias opiniones. Yo, entonces, dado que aquí se enumeran los años de la vida de Noé y cada año consta de meses, consideraría que estos meses también se refieren a lo mismo, de modo que cuando se dice que el diluvio vino en el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, al igual que el inicio de los años de Noé no se considera que sea el mismo tiempo en que simplemente se renueva y comienza el año, sino desde que nació Noé; así también, el segundo mes no es el que sigue al primer mes del año renovado, sino el segundo después del primer mes del año seiscientos de la vida de Noé.

Pues es costumbre que los meses de los que constan los años se numeran según el inicio de los años y, de donde comienza el año de alguien, desde allí también se empiezan a contar los meses, como leemos en Ezequiel: "Y sucedió en el año treinta, en el cuarto, en el quinto día del mes"; y en Jeremías: "Y sucedió en ese año, al principio del reinado de Sedequías, rey de Judá, en el cuarto año, en el quinto mes"; y en muchos otros lugares de la Sagrada Escritura, donde los meses se numeran según la cuenta de los años.

Y ciertamente, si se entiende así, toda esa ambigüedad se elimina y no sigue ningún inconveniente. Pues si se toma el segundo mes en la serie del año, ciertamente se nos presentan algunos inconvenientes. De hecho, se dice que el arca reposó en los montes de Armenia en el

séptimo mes, el día veintisiete o, según los hebreos, el día diecisiete del mes; de donde no habrían transcurrido más que cinco meses desde que comenzó el diluvio hasta el reposo del arca. Pero ciertamente pasaron muchos más; pues llovió sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches; luego las aguas prevalecieron sobre la tierra ciento cincuenta días; después de ciento cincuenta días comenzaron a disminuir. Pero si se cuentan estos días, superarán con mucho los cinco meses lunares, que los hebreos usan según la norma de la Sagrada Escritura, y más aún porque muchos días transcurrieron desde el momento en que las aguas comenzaron a disminuir hasta que el arca reposó. Pues para que esa poca agua que sumergía la parte inferior del arca se disipara, transcurrió el tiempo desde el día diecisiete del séptimo mes hasta el primer día del décimo mes, cuando aparecieron las cimas de los montes; pues las aguas prevalecieron quince codos sobre todos los montes altos que hay bajo el cielo entero: y el arca antes flotaba elevada en lo alto. Desde el momento en que las aguas comenzaron a disminuir hasta que el arca reposó, transcurrieron algunos días, que constituyen un número mayor de los días mencionados. Por lo tanto, la Escritura divina diría o incluiría algo falso, lo cual no puede ser

Por lo tanto, exponemos este pasaje así: "Y cuando pasaron siete días, las aguas del diluvio inundaron la tierra", como se había predicho: "Porque aún después de siete días haré llover sobre la tierra, etc."; porque esa gente, incluso con la calamidad inminente y la destrucción más cercana a las puertas, no quiso temer ni humillarse ni arrepentirse de corazón, después de transcurridos los siete días en que el misericordiosísimo Dios quiso esperarles para que se arrepintieran, ya que no se arrepintieron de ninguno de sus crímenes más perversos, envió el diluvio en el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes del año seiscientos, el día diecisiete de ese mes.

En cuanto a la época del año en que el diluvio inundó, yo consideraría que ocurrió en el momento en que los planetas húmedos se unen a las señales lluviosas; estas conjunciones suelen ocurrir en enero y febrero, cuando el sol está bajo Acuario y Piscis. Por la fuerza de esta conjunción, se dice que ocurrieron diluvios en algunas regiones: como el gran diluvio de Deucalión entre los Tesalios, cuya fábula se encuentra en Ovidio y Juvenal; también el de Ogyges, rey de los tebanos, que construyó Tebas en Beocia, en el cual, según San Agustín, ocurrió un gran cataclismo, mucho mayor que el de la época de Deucalión, que inundó gran parte de la tierra. También en Platón y los antiguos filósofos se leen muchos otros diluvios; estos ciertamente se produjeron por la fuerza de esas conjunciones.

Pero esta inundación universal y máxima, donde las aguas inundaron hasta prevalecer quince codos sobre todos los montes altos que están bajo el cielo entero, aunque concurrieron estas causas naturales, no fueron suficientes, sino que se hizo por la omnipotente virtud y poder de Dios, aumentando la fuerza y el poder de las causas naturales; por eso se dice: Yo, yo, digo, haré llover sobre la tierra.

Para mostrar que este diluvio se hizo más allá de las fuerzas de la naturaleza, dice: "Se rompieron todas las fuentes del gran abismo, y se abrieron las cataratas del cielo, y hubo lluvia durante cuarenta días y cuarenta noches." Ciertamente, ni el cielo tiene cataratas o ventanas que se abran, ni el abismo tiene fuentes; sino que es una figura retórica, como una metáfora, indicando que la tierra fue asaltada por una gran tempestad y grandes nubes de lluvia descendieron del cielo: como si el cielo se abriera y las aguas celestiales descendieran con gran estruendo y ruido, como ríos más que lluvias, cayendo del cielo abierto y roto; o como si grandes urnas celestiales, como canales de ríos, vertieran grandes cantidades de agua.

Además, por cielo aquí entendemos el medio espacio del aire, donde las aguas se contienen en las nubes como ríos en sus lechos, y allí, por mandato de Dios, se generó esta gran inundación y cataclismo de aguas; por gran abismo, muchos entienden el océano, que es el mar más grande; el abismo, sin embargo, designa una enorme masa de aguas muy profundas. A veces, el abismo se toma por las cavernas y lugares abruptos de la tierra, como decía el Santo Profeta: "Y me has traído de nuevo desde los abismos de la tierra"; y así lo expone el Rabino Abravanel, que las aguas surgían de los lugares subterráneos bajo la tierra, como de fuentes. Entonces, tanto el cielo como la tierra derramaban agua en abundancia, y de las aguas que se vertían copiosamente del cielo y las que emergían de la tierra, se formaron abismos de inmensa profundidad y profundos remolinos de agua para destruir toda carne con esa inmensa acumulación de aguas y remolinos insaciables.

Vrr. 13-16: En el momento de ese día, Noé y Sem y Cam y Jafet, sus hijos, y su esposa, y las esposas de sus hijos con ellos, entraron en el arca; ellos y todos los animales según su especie, y todos los ganados según su especie, y todo lo que se mueve sobre la tierra según su especie, y todas las aves según su especie, todas las aves y todos los pájaros, entraron con Noé en el arca, de dos en dos de toda carne en la que había espíritu de vida. Y lo que entró, macho y hembra de toda carne, entró tal como Dios le había ordenado; y el Señor lo encerró por fuera.

Texto Hebreo: En el cuerpo de este día vinieron Noé y Sem y Cam y Jafet, hijos de Noé, y la esposa de Noé, y las tres esposas de sus hijos con ellos en el arca: ellos y todos los animales según su especie y todo ganado según su especie y todo reptil que se arrastra sobre la tierra según su especie, y todo pájaro según su especie, todas las aves, todas las aladas, y vinieron a Noé en el arca, de dos en dos de toda carne en la que hay espíritu de vida. Y al venir, macho y

hembra de toda carne vinieron, tal como Dios le había ordenado; y el Señor lo cerró sobre él.

El Intérprete Caldeo tiene: בְּכְרָן; sin embargo, כרן es lo mismo que עצם: en el cuerpo del día, en ese mismo día, en el momento de este día; lo que significa: Y el Señor lo cerró sobre él: Y el Señor lo protegió con su palabra sobre él.

La Sagrada Escritura muestra la obediencia de Noé y la ejecución de todos los mandamientos, pero no sin la ayuda de Dios y su asistencia singular: de hecho, dice que todas estas cosas se hicieron en el momento de ese día, es decir, en ese mismo día, cuando el cataclismo comenzó a descender del cielo. De hecho, era imposible que todas estas cosas se hicieran en un solo día, toda la disposición de los hombres y animales en el arca, de todos los tipos de bestias, ganados, reptiles, aves y todas las aladas, según lo que el Señor había ordenado. Pero con la ayuda de Dios, todas fueron cumplidas, quien siempre asistió al justo, para que no fuera oprimido por la fuerza, asesinado o al menos impedido en su obra por aquella gente malvada y maliciosa que lo detestaba mucho, porque era contrario a sus obras; de hecho, hubieran querido que pereciera junto con todos los demás, incluso antes que todos los demás, como el más detestado. Pero Dios lo asistió, protegiéndolo de los impíos para que no le hicieran ningún mal, aunque lo deseaban intensamente, y permaneciera ileso; porque con su justicia condenó al mundo, haciéndose heredero de esa justicia que es según la fe.

Y he aquí la protección más clara de Dios sobre él: El Señor, dice, lo cerró por fuera. Había ordenado que cubriera el arca con betún por dentro y por fuera para sellar las grietas de las tablas, para no permitir la entrada de las aguas enemigas; pero la puerta del arca, que había colocado en un lado, podía cubrirla por dentro, pero no por fuera. Pero Dios suplió lo que el hombre no podía; de hecho, cerró la puerta por fuera y la selló tan firmemente que de ninguna

manera el enemigo, la lluvia, podía filtrarse a través de sus fisuras hacia el interior del arca. Esto parece ciertamente presentar la comprensión de nuestra edición.

Pero si entendemos según la Paraphrasis Caldea lo que está en hebreo, se nos ofrece otro sentido más satisfactorio: Y protegió, dice, el Señor con su palabra sobre él: porque desde lo alto, Dios cuidaba del arca y la gobernaba como un piloto. Pues, ¿quién cumplía la función de piloto para que el arca, llevada por esa gravísima e intolerable tempestad, mientras era elevada por la inundación de las aguas y empujada por la fuerza de los vientos vehementes, no chocara con las rocas de las enormes montañas y pereciera en un naufragio irremediable y extremo? ¿O cómo podría haber resistido contra tales embates de las olas, cuando los inmensos volúmenes de aguas y tormentas, como altísimas montañas, ascendían hasta el cielo y descendían hasta el abismo? ¿Cómo es que esa arca no se hundía bajo esas altas olas negras, en ese inmenso abismo de aguas y vorágines insaciables, cuando abajo había un abismo de aguas, por todos lados olas como montañas que ascendían y descendían, y desde arriba caía un diluvio copiosísimo de aguas desde el cielo, que no solo podía cubrir esa arca, sino sumergir a todo el mundo en las aguas? Pero desde lo alto Dios la protegía, cuya fuerza nada puede resistir; por tanto, ningún embate de aguas o vientos podía dañar el arca, ni jamás podía hundirse; sino que, protegida por la vigilancia de Dios y gozando de la guía divina desde lo alto, hizo que sus habitantes estuvieran muy seguros; en medio de tantos y tan grandes peligros de olas tumultuosas, y de vientos urgentes e impetuosos, permaneció firme, nunca estuvo en peligro de romperse, pues estaba protegida en todas partes por el poder de Dios.

Vrr. 17 – 20: Y ocurrió que el diluvio duró cuarenta días sobre la tierra, y las aguas crecieron y elevaron el arca sobre la tierra. Porque inundaron vehementemente y llenaron todo sobre la superficie de la tierra; y el arca flotaba sobre las aguas. Y las aguas prevalecieron

mucho sobre la tierra, y fueron cubiertas todas las altas montañas bajo todo el cielo. El agua fue quince codos más alta que todas las montañas que cubría.

Texto Hebreo: Y ocurrió que el diluvio duró cuarenta días sobre la tierra, y las aguas crecieron y levantaron el arca, y fue elevada sobre la tierra. Y las aguas se fortalecieron y crecieron mucho sobre la tierra y el arca iba sobre la superficie de las aguas. Y las aguas prevalecieron vehementemente sobre la tierra, y fueron cubiertas todas las altas montañas que están bajo todo el cielo. Las aguas prevalecieron quince codos por encima y cubrieron las montañas.

Muestra cuán inmenso fue el abismo de las aguas y las lluvias. Y ocurrió el diluvio, es decir, el mayor cataclismo de aguas descendiendo copiosamente del cielo, durante cuarenta días, durante los cuales llovió continuamente sin descanso. Sin embargo, este día debe entenderse como un día natural de veinticuatro horas; porque se dijo anteriormente: Lloveré... cuarenta días y cuarenta noches. Y crecieron las aguas: es decir, inundaron mucho; el arca, porque estaba construida de maderas de pino o cedro, las más adecuadas para flotar sobre las aguas, fue levantada en alto desde la tierra, porque habían inundado tanto que llenaron todos los lugares adyacentes a la tierra. Y prevalecieron mucho: es decir, fueron muy fuertes, tanto que con su fuerza arrancaron árboles y derribaron todos los edificios y los subvirtieron.

Algunos hebreos dicen que el aire y la tierra se convirtieron en agua y por eso crecieron y prevalecieron tanto las aguas. Sin embargo, esto no le agrada al rabino Abrabanel: sino que todas las aguas, que estaban bajo la tierra, ascendieron brotando como si fueran de fuentes y al elevarse, levantaron el arca en lo alto.

Moisés describe muy sutilmente el exceso de este cataclismo. Primero, llama diluvio a las lluvias que descienden del cielo, para mostrar que llovió con lluvias muy copiosas y que las aguas caían

del cielo como ríos; luego dice que las aguas se multiplicaron tanto que crecieron en altura y pudieron elevar el arca en lo alto; tercero, que inundaron tan fuertemente que llenaron todo sobre la superficie de la tierra; cuarto, que inundaron tanto que prevalecieron mucho sobre la tierra, cubriendo incluso las montañas, no solo llenando los lugares planos de la tierra; quinto, que no eran montañas medianas como colinas, sino montañas altas, y no solo estas montañas de esta región, sino todas las que están bajo todo el cielo, todas las montañas en todas partes; finalmente, que las aguas del diluvio cubrieron todas las montañas, y no solo en la superficie, de modo que alguien pudiera refugiarse en las altas montañas y salvarse, sino que el agua fue quince codos más alta que todas las montañas, que están bajo todo el cielo, es decir, sobre todas las montañas, incluso las más altas.

Por lo tanto, no me parece correcto pensar que la altura de las montañas del Cáucaso y del Olimpo no fue alcanzada por las aguas del diluvio, ni tampoco que no cubrió el jardín del Edén. Porque, de hecho, dice que las aguas del diluvio fueron más altas que todas las montañas altas que están bajo todo el cielo, quince codos más altas; no dice que superaron solo todas las montañas orientales, ni solo las occidentales, ni las del norte ni las del sur: no solo las montañas de Armenia, ni de cualquier otra región; sino todas las montañas altas, que están bajo todo el cielo; y no solo las superaron, sino que las sobrepasaron quince codos en altura sobre todas las montañas más altas.

Vrr. 21-23: Y toda carne que se movía sobre la tierra, aves, animales, bestias, y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra: todos los hombres y todo lo que tiene aliento de vida en la tierra, murieron. Y destruyó toda sustancia que había sobre la tierra, desde el hombre hasta el ganado, tanto los reptiles como las aves del cielo, y fueron destruidos de la tierra.

Texto Hebreo: Y expiró toda carne que se arrastraba sobre la tierra, en aves, en ganado, en bestias, y en todo reptil que se arrastra sobre la tierra: y también todo hombre, todo en cuyas narices soplaba el espíritu de vida, de todo lo que hay en tierra seca, murieron. Y fue destruido todo ser viviente que hay sobre la faz del suelo, desde el hombre hasta el ganado, hasta el reptil, y hasta el ave del cielo, y fueron destruidos de la tierra.

Ciertamente, todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. Pues si premia a los justos, ciertamente los dona con recompensas mucho más amplias y más ricas de lo que merecen por su justicia; si castiga a los injustos por sus crímenes, inflige penas mucho mayores de lo que merecen por sus perversos crímenes: castiga, digo, sin la severidad que correspondería. ¿No podría haber destruido a esta generación malvada con llamas ardientes y entregándolos vivos al fuego voraz de inmediato? Podría, ciertamente; pues así destruyó Sodoma y las ciudades vecinas; y así quemará todo el mundo en el juicio final. Pero en su misericordia, hizo que fueran castigados más levemente, sumergidos y ahogados en las aguas, para que ni siquiera sintieran la muerte.

Y así, toda carne fue consumida, es decir, toda carne expiró. En hebreo está escrito: וַיִּגְוַע (vayyigva'), de la raíz גוע (gava'), que significa morir no por una larga enfermedad o grave dolencia, o con gran dolor, sino morir suavemente. Por lo tanto, este modo de castigar fue usado por el Dios misericordiosísimo para destruir a esa gente malvada y hacer que murieran, de modo que apenas sintieran la muerte, que de otro modo es un tributo debido a la naturaleza; sino que, sin dolor y tormento, dejaran la vida; porque los que se ahogan en el agua mueren suavemente y sin dolor, y sin tormento dejan la vida.

Por este modo, toda carne fue consumida y todos los hombres perecieron; y si había gigantes en ese tiempo en la tierra, sin

embargo, la altura de su estatura y la enormidad de su cuerpo no pudieron salvarlos de la inundación. Porque aunque hubieran subido a las montañas más altas, no podrían haberse salvado allí, ya que las aguas prevalecieron sobre todas las montañas altas quince codos; y los gigantes no alcanzaban esa altura. De hecho, Og, rey de Basán, que fue el único sobreviviente de la raza de los gigantes que existieron después del diluvio, apenas tenía nueve codos de altura, como leemos en Deuteronomio: En Rabá, de los hijos de Amón, se muestra su cama de hierro de nueve codos de longitud. Esa fábula de los hebreos es totalmente inverosímil, que dicen que Og fue el sobreviviente de la raza de los gigantes que existieron antes del diluvio, cuando aquí se dice que la inundación del diluvio destruyó a todos los hombres y que solo Noé y los que estaban con él en el arca fueron dejados, como sigue:

Vrr. 24: Pero solo Noé y los que estaban con él en el arca permanecieron. Y las aguas prevalecieron sobre la tierra ciento cincuenta días.

Texto Hebreo: Y solo Noé y los que estaban con él en el arca sobrevivieron. Y las aguas prevalecieron sobre la tierra cincuenta y ciento días, o fueron fuertes.

Es decir, con la lluvia continua de cuarenta días, las aguas se multiplicaron tanto y prevalecieron tan poderosamente, que sobrepasaron las cimas de las altas montañas en quince codos, y con esa fuerza las aguas permanecieron ciento cincuenta días sin disminuir.

Otros comienzan a contar este número de días desde el primer día de las lluvias; pero es mucho mejor lo que dijimos. Pues cuando Moisés describió el exceso del diluvio, diciendo que las aguas prevalecieron con ese cataclismo de cuarenta días, tanto que cubrieron todas las montañas y se elevaron quince codos por encima de ellas, ahora señala el tiempo en que las aguas del diluvio permanecieron en ese

gran exceso, y dice que fueron ciento cincuenta días en que las aguas permanecieron en ese exceso y fortaleza.

OCTAVO CAPÍTULO

Vrr. 1-3: Pero el Señor se acordó de Noé y de todos los seres vivientes y de todo el ganado que estaba con él en el arca, e hizo que un viento soplara sobre la tierra, y las aguas disminuyeron. Y se cerraron las fuentes del gran abismo y las cataratas del cielo, y las lluvias del cielo fueron detenidas. Y las aguas retrocedieron yendo y viniendo, y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días.

Texto Hebreo: Y Dios se acordó de Noé y de todos los seres vivientes y de todo el ganado que estaba con él en el arca, e hizo pasar un viento sobre la tierra, y cesaron las aguas. Y se obstruyeron las fuentes del abismo y las ventanas del cielo, y la lluvia del cielo fue contenida. Y las aguas retrocedieron de la tierra yendo y viniendo, y las aguas disminuyeron al final de los ciento cincuenta días.

Así también el Intérprete Caldeo.

El Targum Jerusalén dice: Y se acordó en su buena misericordia de Noé y hizo pasar un espíritu de misericordias.

Pero Dios se acordó. De hecho, ningún olvido puede caer sobre Dios; porque las ideas supremas de la mente divina, que son como especies intelectuales en nuestro intelecto, no pueden ser borradas de ninguna manera, de modo que de esa eliminación resulte el olvido. Pues el intelecto divino es un arte lleno de todas las razones vivientes y por su propia esencia, que es el primero y el más alto de los seres intelectuales, entiende todas las cosas inmutablemente y siempre tiene todo claramente y más claro que con la luz más brillante. La memoria en Dios no es más que el intelecto divino junto con el objeto presente, es decir, su inteligible, como en nosotros. Hablo de la memoria en nosotros, no de la que pertenece al

sentido, y que es la última de los sentidos internos después de la estimativa, situada en el ventrículo posterior del cerebro cerca del occipucio, que está destinada por su naturaleza a retener y conservar las fantasías sensibles o más bien las intenciones de las especies sensibles y que es como una bodega o almacén de las intenciones de las especies sensibles de los sentidos precedentes; sino que hablo de la memoria intelectual, que está destinada a conservar las especies intelectuales.

Además de la memoria sensible, es necesario poner en el hombre la memoria intelectiva, de modo que así como aquella retiene las intenciones de las fantasías sensibles, esta sea como un ábaco y tesoro de las especies inteligibles. Porque las especies inteligibles no pueden ser conservadas en un órgano corporal: pues aquello es material, y estas son inmateriales; así como las especies sensibles o intenciones no pueden ser conservadas en el intelecto: pues estas son más gruesas que para que puedan entrar en la potencia altísima del intelecto.

Por lo tanto, para conservar las intenciones de las fantasías sensibles se da la memoria sensitiva: para conservar las especies intelectuales, como en un tesoro, se da la memoria intelectiva. Pero esto no es otra cosa que el propio intelecto, que, en cuanto forma y produce las especies de las cosas inteligibles, es decir, hace inteligibles las fantasías irradiándolas con su luz, se llama intelecto agente; en cuanto recibe las especies inteligibles formadas en sí mismo para producir la inteligencia, se denomina posible; en cuanto conserva esas mismas especies dentro de sí, de modo que, aunque el intelecto no entienda en acto, sin embargo, tenga las especies inteligibles guardadas, de modo que cuando quiera pueda volver sobre ellas y hacerse en acto y producir inteligencia, se llama memoria.

La memoria, por lo tanto, no es otra cosa que el mismo intelecto con el objeto presente ya sea en sí mismo o en su imagen. Pues el

intelecto siempre tiene presentes las imágenes de lo inteligible, es decir, las especies intelectuales, aunque no siempre las comprenda; porque la inexistencia del objeto o de la especie en sí misma no es por naturaleza capaz de producir comprensión: pero cuando el intelecto se dirige hacia ellas, entonces se genera la inteligencia.

Así, en Dios, la memoria no es otra cosa que el intelecto divino y deífico con el objeto presente. En nosotros, de hecho, pueden ocurrir muchas mutaciones en torno a la memoria, tanto porque las especies pueden ser borradas y desaparecer de la memoria, como porque en nosotros hay una diferencia entre la potencia de recordar y el acto de recordar, cuando el intelecto se dirige a una especie ya recibida anteriormente y se dice que recuerda, cuando esa especie no se presenta de inmediato y él mismo la requiere. También es diferente el hábito de la memoria, cuya función es conservar las especies almacenadas, y en la memoria hay mutabilidad tanto en relación al hábito como al acto. En Dios, sin embargo, el acto, el hábito y la potencia son totalmente los mismos, una sola cosa, una esencia inmutable; ni las especies, es decir, las ideas de las cosas inteligibles, pueden ser borradas de la mente divina, porque son eternas e inmutables y una con la sustancia de Dios. Pues Dios entiende primero su propia esencia; en ella y a través de ella, con un acto simplicísimo y unitísimo, entiende y conoce todas las demás cosas contingentes a él. Sin embargo, no sin la voluntad divina o la determinación de la voluntad divina, porque Dios conoce todas las cosas a través de sus causas: y la causa de todas las criaturas es la voluntad divina y su determinación libérrima, que produce todas las cosas en el ser.

Y así Dios hizo que las aguas del diluvio disminuyeran por la determinación de su voluntad, y se dice que se acordó de Noé, no porque antes lo hubiera olvidado, sino porque viendo con su intelecto divino todas las cosas, todas ellas están presentes para él, cuando vio que ya todo el mundo de los impíos había perecido por la

inundación de las aguas, entonces, en su infinita misericordia, quiso por la determinación de su voluntad proporcionar nuevamente la salvación del mundo; y esto es recordar en Dios, es querer tener misericordia. La Sagrada Escritura se adapta a nuestra debilidad y habla mucho de Dios en términos antropopáticos. Pues viendo que todos los hombres habían perecido y que esos pocos que habían quedado vivos en el arca estaban en tal angustia y dificultad, sin saber cuándo acabarían tantas calamidades: viendo todo y escudriñando los pensamientos más íntimos del corazón, determinó con su voluntad que las aguas disminuyeran.

Pero esta determinación que mencionamos, de ninguna manera implica un cambio en Dios, salvo en cuanto al efecto, y Dios lo quiso realmente, al igual que crear el mundo; pero así como la creación no implica ningún cambio en Dios, aunque haya sido hecha por la determinación de la voluntad divina, tampoco esto: porque al igual que la creación es un respecto de razón en Dios, también lo es esta determinación de la voluntad divina. Sin embargo, el respecto de razón no induce ningún cambio, salvo en cuanto al otro término; y este respecto no se dice que sea de razón como si fuera ficticio por la razón, sino que es dejado por la razón o por la comparación de lo conocido por la razón. Así pues, entendemos: Y Dios se acordó de Noé.

Pero es necesario recordar lo que se ha dicho antes: "Pondré mi pacto contigo," o "estableceré mi pacto": pues a eso se refiere este recordatorio para restaurar aquel pacto, como hemos expuesto anteriormente; por eso Moisés sigue hablando sobre la disminución de las aguas. Las causas de esta disminución se presentan primero, porque por orden de Dios se cerraron las fuentes del abismo para que ya no subieran más aguas de la tierra; también se cerraron las cataratas del cielo, porque fueron detenidas por orden de Dios esas lluvias torrenciales del cielo; luego, envió un viento vehemente, que al pasar secó las aguas. Sin embargo, ciertamente no podría el

viento, aunque fuera muy fuerte, secar por completo una masa tan grande de aguas y ese inmenso abismo, a menos que se hubiera ordenado que las aguas regresaran a su lugar, es decir, a menos que las hubiera confinado en los lugares originales, como hizo desde la creación cuando ordenó que las aguas se reunieran en un solo lugar y apareciera lo seco. Así, las aguas comenzaron a disminuir a partir del final de los ciento cincuenta días; porque después del diluvio de cuarenta días, las aguas permanecieron fuertes durante ciento cincuenta días y prevalecieron sobre la tierra; pero después de esos días, comenzaron a disminuir de esa fuerza.

Vrr. 4-5: Y el arca reposó en el séptimo mes, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia. Sin embargo, las aguas seguían y disminuían hasta el décimo mes; pues en el décimo mes, el primer día del mes, aparecieron las cimas de las montañas.

Texto Hebreo: Y el arca reposó en el séptimo mes, el día diecisiete del mes, sobre los montes de Ararat en Armenia. Y las aguas iban y disminuían hasta el décimo mes; en el décimo mes, el primer día del mes, se vieron las cimas de las montañas.

Moisés continúa mostrando la disminución y el descenso de las aguas, y dice que desde el final del día ciento cincuenta hasta el séptimo mes, las aguas, que habían excedido quince codos sobre todas las altas montañas, habían disminuido tanto que en el séptimo mes, por la escasez de agua, el arca descansó sobre los montes, ya no pudiendo flotar sobre la superficie del agua, sino que descansó sobre los montes de Armenia, encontrando allí un refugio. La providencia de Dios hizo que encontrara un refugio nivelado sobre las enormes rocas de esos montes; porque las naves, incluso si caen en lugares ásperos, e incluso si golpean bancos de arena o lugares arenosos, perecen en el naufragio; pero este arca, protegida por la providencia de Dios, sin sufrir ningún peligro de romperse, descansó

sobre los montes de Armenia, encontrando allí un refugio donde permaneció inmóvil.

Esto ocurrió en el séptimo mes, el día veintisiete del mes, o el día diecisiete, según el Texto Hebreo, como también lo tiene el Intérprete Caldeo. Pero nuestro Intérprete, siguiendo a los Setenta, dijo el día veintisiete del mes; pues los Setenta así lo tienen. Sin embargo, cómo debe entenderse este séptimo mes presenta no poca dificultad. Y, de hecho, si lo entendemos de manera que esos ciento cincuenta días se sumen al segundo mes, en el cual comenzó el diluvio, tendremos claramente siete meses; porque desde el día diecisiete del segundo mes hasta el día diecisiete del séptimo mes transcurren ciento cincuenta días: pues ciento cincuenta días constituyen cinco meses; y así lo cuentan la mayoría de los doctores hebreos, entre los cuales está el Rabino Abrabanel.

Pero, en verdad, muchas incomodidades se siguen de esto. Primero, porque el diluvio fue continuo durante cuarenta días, en los cuales las aguas se multiplicaron y prevalecieron mucho sobre la tierra; después de estos días, durante ciento cincuenta días las aguas fueron fuertes sobre la tierra. Estos días constituyen seis meses y más de diez días; por lo tanto, no el séptimo mes, sino también el octavo, desde el cual comenzó el diluvio, ya había pasado. Si dices, como ellos opinan, que aquellos cuarenta días del diluvio están incluidos en el número de ciento cincuenta días, incluso así, no es posible; pues según la costumbre de la Sagrada Escritura y la costumbre de los hebreos, para quienes Moisés escribía, los meses deben ser considerados lunares, de los cuales uno consta de veintinueve días y el otro de treinta, de modo que dos meses no exceden de cincuenta y nueve días, y nunca ascienden a sesenta. Por lo tanto, ciento cincuenta días constituirán cinco meses lunares, y aún sobran tres o al menos dos días. No habría sido, entonces, el decimoséptimo día del séptimo mes, sino el decimonoveno o el vigésimo.

Luego, cuando la Escritura dice que en el séptimo mes, el decimoséptimo día del mes, el arca descansó sobre las montañas, sería lo mismo que decir que descansó el día ciento cincuenta. Pero dice que durante ciento cincuenta días las aguas fueron fuertes sobre la tierra, y que a partir del final de los ciento cincuenta días comenzaron a disminuir, es decir, después de ciento cincuenta días. Así como antes del día ciento cincuenta el arca no descansó, tampoco en ese día: porque en ese día aún eran fuertes, y al pasarlo, comenzaron a disminuir. Por lo tanto, es falso que la Escritura diga que el decimoséptimo día del séptimo mes el arca descansó, si el séptimo mes debe contarse desde el segundo, en el que comenzó el diluvio; y más aún, porque necesariamente se debe admitir que algunos días pasaron desde que las aguas comenzaron a disminuir hasta el momento en que el arca descansó. Porque para que el pequeño volumen de agua, en el que la parte inferior del arca estaba sumergida, disminuyera, pasó tiempo desde el decimoséptimo día del séptimo mes hasta el primer día del décimo mes: porque en el décimo mes, el primer día del mes, aparecieron las cimas de las montañas.

No se puede decir que el arca estaba sumergida en las aguas por quince codos completos: pues entonces no podría haber flotado sobre las montañas y ser llevada sobre la superficie de las aguas: sino que habría descansado. Después de que el agua disminuyó mucho, el arca descansó sobre las montañas y, por consiguiente, después de mucho tiempo; pues se requería más tiempo para que las enormes cantidades de agua disminuyeran, ya que eran más grandes y más vastas a medida que ascendían: como vemos que ocurre con aquellas cosas que crecen en la esfera; cuanto más se dista la periferia del centro, más ancha y amplia es; y aquellas aguas crecieron en un círculo ya que fue un diluvio universal, inundando la tierra por todos lados bajo todo el cielo.

Por lo tanto, entendemos sin ninguna controversia que el séptimo mes es desde el tiempo en que comenzó a inundar el diluvio. Si se consideran los cuarenta días de lluvia y los ciento cincuenta días en los que las aguas prevalecieron en su máxima fuerza sobre la tierra, según el cómputo de los meses lunares, tendremos seis meses completos y trece días; y los días que faltan hasta el decimoséptimo día desde el comienzo de la disminución de las aguas hasta el momento en que el arca descansó, es razonable suponer que pasaron; y así, desde el comienzo del diluvio hasta el séptimo mes y el decimoséptimo día del mes, sin ninguna objeción, se llega.

Según esta misma serie debe entenderse el décimo mes, cuyo primer día aparecieron las cimas de las montañas, de modo que desde el descanso del arca hasta el tiempo en que las cimas de las montañas aparecieron y pudieron ser vistas, pasaron casi dos meses y medio.

Pero, después de que pasaron cuarenta días, Noé abrió la ventana del arca que había hecho y soltó un cuervo; que salía y no regresaba, hasta que las aguas se secaron sobre la tierra. También envió una paloma después de él, para ver si las aguas ya habían cesado sobre la superficie de la tierra. Pero, como no encontró dónde reposar la planta de su pie, volvió a él en el arca; porque las aguas estaban sobre toda la superficie de la tierra. Extendió su mano, la tomó y la introdujo en el arca.

Texto Hebreo: "Y fue al final de cuarenta días, Noé abrió la ventana del arca que hizo, y soltó un cuervo; que salió, yendo y volviendo, hasta que las aguas se secaron sobre la tierra. Y soltó una paloma desde sí, para ver si las aguas se habían aliviado de la superficie del suelo. Y la paloma no encontró descanso para la planta de su pie, y volvió a él en el arca; porque las aguas estaban sobre la superficie de toda la tierra. Extendió su mano y la introdujo consigo en el arca."

Pero después de que pasaron cuarenta días. Desde el momento en que se vieron las cimas de las montañas, después de cuarenta días, se

dice que Noé abrió la ventana del arca. Pero el nombre de la ventana no es el mismo en hebreo que antes; allí se llamaba צֹהַר (Tsohar), pero aquí se llama חַלּוֹן (Chalon). Muchos de los hebreos piensan que este segundo nombre designa la misma catarata y entrada; pero el primero, una piedra preciosa translúcida, como vidrio o cristal, que podría cerrar la entrada de la ventana para que no entraran el viento y la lluvia, y al mismo tiempo recibir la luz para iluminar la habitación. Porque los cuerpos diáfanos no impiden la luz, sino que la intensifican; y a través de esta ventana, cerrada con esa piedra, Noé podría ver lo que había afuera, y a través de esa transparencia, las cimas de las montañas aparecieron para él tan pronto como comenzaron a sobresalir del agua.

Sin embargo, para soltar al cuervo, abrió esa ventana; el cuervo, enviado por la ventana, salió y no regresó. El texto hebreo dice: "Salía yendo y volviendo"; pero el sentido es el mismo. El cuervo salió del arca y nunca más regresó a Noé en el arca; pero volvía en la región del arca, yendo y viniendo alrededor del arca, como dice el rabino Abrabanel, y siempre estuvo cerca del arca, siempre volando alrededor de ella, hasta que Noé salió del arca.

El rabino Abrabanel informa que algunos dicen que el cuervo no regresó al arca porque había nacido crías; y según los naturalistas, las crías de los cuervos, cuando nacen, son blancas; por lo tanto, el cuervo, al pensar que eran hijos degenerados y no similares, no los consideraba propios, los dejaba y se alejaba de ellos, sin traerles comida. Nuestros antepasados dicen que el cuervo se alimentaba de los cadáveres de los muertos y por eso no regresó al arca. Muchos hebreos y el mismo doctor dicen que Noé no envió al cuervo para ver si las aguas se habían aliviado, porque esto se dice de la misión de la paloma, no del cuervo: sino para ver si todavía existían ciudades, casas, torres y palacios; porque en estos lugares suelen anidar los cuervos.

El cuervo, sin embargo, regresó, pero no a Noé en el arca; por lo tanto, sin obtener ninguna certeza, Noé envió la paloma para ver si las aguas se habían aliviado sobre la tierra; pero cuando no encontró reposo para la planta de su pie, es decir, un lugar adecuado para descansar, volvió a Noé en el arca. ¿Pero no estaban ya libres de agua las cimas de las montañas? Por supuesto. Sin embargo, no es de la naturaleza de las palomas hacer nidos sobre las cimas de las altas montañas, donde no hay árboles; y aunque las cimas de las montañas habían aparecido, debido a la abundancia de agua, todavía estaban llenas de agua; la tierra estaba liberada de agua, pero completamente lodosa; y toda la llanura aún estaba llena de agua, porque todavía había agua sobre toda la superficie de la tierra plana.

Pero, después de esperar otros siete días, nuevamente soltó una paloma desde el arca; y al atardecer, ella regresó a él, trayendo en su pico una rama de olivo con hojas verdes. Noé entendió entonces que las aguas habían cesado sobre la tierra; y esperó siete días más, y volvió a soltar la paloma, pero esta vez no regresó a él.

Texto Hebreo: "Y esperó otros siete días, y nuevamente soltó una paloma desde el arca; y la paloma regresó a él al atardecer y, he aquí, una hoja de olivo arrancada en su pico. Y Noé supo que las aguas se habían aliviado sobre la tierra; y esperó otros siete días más y soltó la paloma, que no volvió a regresar a él."

La Escritura muestra que Noé no soltó la paloma inmediatamente después de enviar al cuervo, sino que esperó siete días y luego la soltó por primera vez; después de que ella regresó sin encontrar un lugar adecuado para descansar, esperó otros siete días y luego la soltó por segunda vez; esto es lo que dice: "Pero después de esperar otros siete días". Siete días más, dice, además de los siete que esperó después de enviar al cuervo. Por lo tanto, tenemos cuarenta días y más de tres semanas después del primer día del décimo mes, cuando se vieron las cimas de las montañas: la primera, después de enviar al

cuervo, cuando soltó la paloma por primera vez; la segunda, cuando la volvió a soltar y regresó a él al atardecer con una rama de olivo verde en su pico, o con una hoja de olivo arrancada en su pico, de lo cual Noé supo que las aguas habían cesado o se habían aliviado sobre la superficie de la tierra; y esperó otros siete días más, y esta es la tercera semana, y soltó la paloma, que no regresó a él.

El rabino Abrabanel da la razón de por qué Noé esperó cuarenta días y luego tres veces siete: "porque todo ha sido dispuesto por Dios en un número cuádruple".

Desde el día en que comenzó el diluvio hasta el día en que por tercera vez soltó la paloma desde el arca, tenemos once meses completos y un día o dos. Si se cuentan cuarenta días y tres veces siete días después del primer día del décimo mes, llegaremos al primer o segundo día del duodécimo mes, porque cuarenta días y tres veces siete días hacen dos meses y aún sobra un día, o dos. Si estos once meses se suman a la vida de Noé, llegaremos al año seiscientos uno y al mismo mes, porque cuando comenzó el diluvio, estaba en su seiscientos año y en el segundo mes. Esto es lo que sigue:

Versículos 13-14: "Entonces, en el año seiscientos uno de la vida de Noé, en el primer mes, el primer día del mes, las aguas se habían reducido sobre la tierra, y Noé abrió el techo del arca y vio que la superficie de la tierra estaba seca. En el segundo mes, el día veintisiete del mes, la tierra estaba seca."

Texto Hebreo: "Y fue en el año seiscientos uno, en el primero, en el primer día del mes, que las aguas se habían secado sobre la tierra, y Noé descubrió la cubierta del arca y vio que la superficie del suelo estaba seca. Y en el segundo mes, el día veintisiete del mes, la tierra estaba seca."

Ahora declara cuándo la tierra finalmente fue liberada de las aguas y permaneció seca según su condición natural, diciendo: "En el año seiscientos uno de la vida de Noé, las aguas se habían secado". No que las aguas se hayan secado, porque por su naturaleza las aguas son húmedas y la humedad acompaña a la frialdad y es una cualidad simbólica en el agua junto con la frialdad, que por su naturaleza tiene en su mayor parte; y no puede, a menos que pierda su naturaleza y se convierta en tierra o fuego, perder su humedad; porque incluso si se convierte en vapor y aire, se vuelve mucho más húmeda, porque el aire es extremadamente húmedo.

Dijo que las aguas se habían secado porque habían desaparecido de la superficie de la tierra, yendo al lugar que Dios les ordenó. Sin embargo, cuando la tierra quedó libre de la inundación, debido a que había absorbido tanta agua durante la inundación que casi toda se había convertido en lodo y fango, fue liberada de esas aguas, que había absorbido en exceso, gracias al calor de los rayos solares. El sol, al calentarla intensamente con sus rayos y evaporar toda esa agua, la absorbió convirtiéndola en vapor y atrayéndola hacia arriba; de esta manera, la superficie de la tierra quedó seca y permaneció árida según su condición natural, para poder proporcionar un suelo sólido para los pasos de los animales y no ser como un lodo que los devorara. Así, en el seiscientos primer año de la vida de Noé, el primer día del primer mes, las abundantes aguas, al irse al lugar que les correspondía, dejaron la tierra libre.

Antes de que se secara completamente del agua que había absorbido, ya que estaba casi completamente anegada, pasó tiempo hasta el vigésimo séptimo día del segundo mes. Entonces Noé, al abrir el techo del arca, miró y vio que la tierra estaba suficientemente seca y árida, como para proporcionar un suelo sólido para los animales. Y entonces, después de un año y diez días más desde el día en que entró en el arca por orden de Dios, salió por mandato e instrucción del mismo Dios.

Aprendemos de este capítulo que todos los años mencionados hasta ahora son solares, constando de doce meses, ya que la Sagrada Escritura declara que el diluvio vino en el seiscientos año de la vida de Noé; y luego, después de que pasaron doce meses, dice que en el seiscientos primer año de la vida de Noé, las aguas se habían retirado. Por lo tanto, está claro que los años solares contados desde el principio constan de doce meses. Esto sigue:

Versículos 16-17: "Y Dios habló a Noé, diciendo: Sal del arca tú y tu esposa, tus hijos y las esposas de tus hijos contigo. Todos los animales que están contigo, de toda carne, tanto en aves como en bestias y todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra, sácalos contigo y que se multipliquen sobre la tierra, crezcan y se multipliquen sobre ella."

Texto Hebreo: "Y Dios habló a Noé, diciendo: Sal del arca tú y tu esposa, y tus hijos y las esposas de tus hijos contigo. Todo animal que esté contigo, de toda carne, en aves y bestias y todo reptil que se arrastra sobre la tierra, sácalo contigo; y que se desparramen sobre la tierra, crezcan y se multipliquen sobre la tierra."

La Sagrada Escritura narra que, aunque Noé, un hombre justo y perfecto, había abierto el techo del arca y visto que la tierra estaba ya suficientemente seca y árida, como para poder sostener a los animales, él no quiso salir ni permitió que ninguno de los que estaban con él salieran del arca, sino que quiso esperar la orden divina para salir, tal como había entrado en el arca por mandato e instrucción de Dios. Por lo tanto, el Señor le habló, ya sea por una inspiración íntima en su mente, que es propio de Dios, o de cualquier otra manera conocida por él, quien todo lo sabe, por la cual el hombre justo supo con certeza que era la voluntad divina que saliera del arca para habitar la tierra.

“Sal del arca, tú y tu esposa, tus hijos y las esposas de tus hijos contigo”. Cuando le ordenó entrar en el arca, dijo: “Entra en el arca

tú y tus hijos, tus esposas y las esposas de tus hijos contigo”: entonces separó a los hombres de sus esposas, pero ahora los une, porque entonces era tiempo de alejarse de los abrazos y no dedicarse a los placeres y deleites, sino a ayunos, oraciones y lágrimas, para aplacar la ira de Dios contra los hombres. Por lo tanto, Dios no quiso que los hombres en el arca se dedicaran al matrimonio, sino que estuvieran puros y santificados, absteniéndose de sus esposas y llevando una vida célibe. Ahora, sin embargo, los une nuevamente cuando les ordena salir del arca; quiere que se dediquen a la generación, para que la descendencia humana se extienda y se propague por todas partes: para esto los conservó, para que la semilla se salvara sobre la faz de toda la tierra.

De manera similar, ordena que todos los demás animales salgan del arca y se dediquen a la reproducción para propagar las especies; por eso dice: “Creced y multiplicaos sobre la tierra”: o proliferaos para que os multipliquéis sobre la tierra. Quiere que esos pocos hombres crezcan en grandes multitudes y naciones casi infinitas; por eso dice, según el hebreo: שָׁרְצוּ. שרץ significa engendrar y producir en multitud, como los peces y otros animales similares, que se engendran en gran cantidad, de modo que parecen brotar. Así se dice de los hijos de Israel en Egipto que crecieron: וישרצו, y nacieron en multitud, o, como dice nuestra Vulgata, se multiplicaron como brotes, tal vez porque las mujeres daban a luz gemelos o más hijos. Así quiere que estos hombres crezcan en grandes multitudes y se multipliquen, para que llenen la tierra.

Versículos 18-19: “Entonces Noé y sus hijos, su esposa y las esposas de sus hijos con él, salieron; y también todos los animales, bestias y reptiles que se arrastran sobre la tierra, según su especie, salieron del arca”.

Texto Hebreo: “Y salió Noé y sus hijos, y su esposa y las esposas de sus hijos con él; toda bestia, todo reptil, todo volátil, todo lo que se mueve sobre la tierra, según sus familias, salieron del arca”.

La Escritura muestra la obediencia de Noé, quien cumplió exacta y precisamente la orden divina; pues dependía totalmente de la voluntad divina. Él salió del arca, de esa morada triste y molesta, como una cárcel, en la que estuvo encerrado tanto tiempo, soportando la convivencia con los animales, el hedor y las molestias, donde no quiso respirar aire sino el aire corrupto: porque el arca estaba cerrada y sellada por todas partes, y ni el aire ni el viento podían entrar. Y el aire, al ser inhalado, se corrompe, y es necesario tanto para los cuerpos de los hombres como de los animales para refrescar los órganos internos. ¿Y cómo no se corrompió el aire tanto tiempo en el arca, donde habitaban hombres y tantas y tan grandes multitudes de animales? ¡Y cuán grande era el hedor allí por la corrupción del aire y la presencia de animales inmundos! Pero el hombre justo y perfecto lo soportó todo, sin temer por su seguridad ni por su vida, mientras cumplía los mandatos de Dios: y nunca quiso salir de esa pútrida cárcel, a menos que Dios se lo ordenara. Sin embargo, una vez dada la orden de Dios, inmediatamente salió él y sus hijos y esposas, y sacaron a todos los animales del arca, según sus familias, es decir, según sus especies, tal como habían entrado; el Texto Hebreo llama familias a las especies.

Versículos 20-21: "Noé construyó un altar al Señor; y tomando de todos los animales y aves limpios, ofreció holocaustos sobre el altar. Y el Señor percibió el agradable aroma y dijo en su corazón: Nunca más maldeciré la tierra por causa del hombre, porque la inclinación del corazón humano es mala desde su juventud; nunca más volveré a destruir a todos los seres vivos como lo he hecho."

Texto Hebreo: "Y Noé construyó un altar al Señor; y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia y ofreció holocaustos en el altar.

Y el Señor percibió el aroma de descanso y el Señor dijo en su corazón: No volveré a maldecir más la tierra por causa del hombre, porque la inclinación del corazón humano es mala desde su juventud; no volveré a destruir a todos los seres vivos como lo he hecho."

El Parafrasista Caldeo traduce esto: "Y Dios aceptó su ofrenda con beneplácito, o con benevolencia."

El Texto Griego dice: "Y el Señor percibió el agradable aroma y el Señor reflexionó, etc."

Cuando Noé salió del arca, al ver la vasta región de la tierra y todo el mundo, porque el misericordioso Dios, según su gran misericordia y la multitud de sus compasiones, había restaurado casi todo a su estado original, habiendo borrado con la inundación de agua el mundo de los impíos, sobre el altar de su sagrado corazón, encendió con el fuego del amor más ardiente el incienso más aceptable de oraciones y acciones de gracias, y con su boca, mientras daba inmensas gracias por tan gran beneficio y compasión, quiso también, junto con su devotísimo corazón y voz, ofrecer sacrificios de obras a Dios. Por lo tanto, construyó un altar. Pues decía:

"Él hizo estos lugares tranquilos para mí.

Porque él será siempre mi Dios: su altar

a menudo será impregnado por el tierno cordero de mis rebaños".

Tomó entonces de todos los animales limpios y ofreció holocaustos a Dios; por eso ingresaron siete pares de animales limpios en el arca, para que tres pares se conservaran como semilla para propagar la especie, y el séptimo se ofreciera en holocausto a Dios.

Y el Señor percibió el agradable aroma, o el aroma de descanso. Lo entendemos figurativamente como ἄνθρωπος-πάθος (pathos humano). Dios no es un animal que tenga cerebro y respire

inhalando exhalaciones a través de los procesos mamilares hasta las carúnculas o mamillas del cerebro, para poder percibir el aroma de la fragancia; sino que Dios es espíritu, que no tiene carne ni huesos, el acto más puro y el intelecto más simple. Por lo tanto, se dice que percibió el agradable aroma en sentido figurado, porque aceptó los holocaustos con su beneplácito debido a la justicia y devoción de Noé, como si alguien hubiera percibido un aroma suave y muy agradable; y este aroma se llama aroma de descanso, porque hizo que Dios descansara de su ira, es decir, para que no se enojara más en el futuro.

De ahí que dijo: "Nunca más maldeciré la tierra por causa del hombre". No dijo: "No afligiré más al hombre, no lo corregiré, no lo castigaré"; sino que no maldeciré más la tierra como lo hice: esto es, no enviaré más un diluvio para destruir y arrasar la tierra, ni desataré más calamidades generales y la ruina de todos los seres vivos, porque la inclinación y el pensamiento del corazón humano están inclinados al mal desde su juventud. Dios ve la cruel guerra que la carne siempre libra contra el espíritu: cómo continuamente concupisce contra el espíritu: cómo siempre tiende hacia el mal de la manera más inclinada: cómo siempre suscita las concupiscencias más perniciosas y los deseos carnales, que militan contra el alma, y siempre desea permanecer en las obras carnales, que son fornicación, inmundicia, impudicia, lujuria, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, celos, iras, rivalidades, disensiones, sectas, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes. La carne, entonces, esta fuente de pecado y cuerpo de muerte, que se corrompe, agobia mucho al alma y continuamente la distrae y atrae con sus concupiscencias, para que cuando la concupiscencia haya concebido al malvado feto, dé a luz el pecado, y cuando éste haya sido consumado, genere la muerte. Viendo esto, Dios, esta debilidad, digo, esta carne perniciosa y su lamentable fragilidad, se compadece y se apiada. Por lo tanto, como la inclinación y el pensamiento de su

corazón están naturalmente inclinados al mal desde la juventud, no maldeciré más la tierra, dice, por causa del hombre, ni destruiré más a todos los seres vivos.

Versículo 22: "Todos los días de la tierra, siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, noche y día no cesarán."

Texto Hebreo: "Hasta todos los días de la tierra, siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche no cesarán."

Este es el pacto y las leyes que Dios estableció desde el principio entre el cielo y la tierra, el día y la noche; pero este pacto se rompió en el tiempo del diluvio por causa de los impíos, y estas palabras lo indican. Pero ahora Dios promete a Noé que restablecerá ese pacto para que nunca más en el futuro estos ciclos falten.

Aquí, los hebreos distinguen seis estaciones del año: tiempo de siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, asignando dos meses a cada una. Dicen que el tiempo de siembra es desde mediados de septiembre hasta mediados de noviembre, y de ahí comienza el tiempo de frío hasta mediados de enero; luego, hasta mediados de marzo es el tiempo de invierno; desde este tiempo hasta mediados de mayo es el tiempo de la cosecha; después de este tiempo sigue el verano hasta mediados de julio; y finalmente, hasta mediados de septiembre es el tiempo de calor y fuerte calor. Sin embargo, sus meses no siempre coinciden con los nuestros; pero su marzo coincide en parte con nuestro marzo y en parte con abril y, en su mayoría, más con abril.

Nosotros, sin embargo, asignamos solo cuatro estaciones del año: primavera, verano, otoño e invierno. Y la primavera comienza con Aries hasta Cáncer; luego, el verano hasta Libra; desde Libra comienza el otoño hasta Capricornio; y desde allí el invierno hasta Aries, donde comienza la primavera. Durante estas estaciones del año se realizan la siembra y la cosecha, el frío y el calor: frío en

invierno, calor en verano: en otoño la siembra, en primavera la cosecha.

Dios promete que estas cosas nunca cesarán hasta el fin del mundo; la noche y el día, por orden divina, persistirán alternándose hasta el fin del mundo. Todo esto se produce por el movimiento de los astros, que fueron puestos como señales para estaciones, días y años, por lo que se dice que Dios estableció una ley entre el cielo y la tierra, que nunca cesará.

NOVENO CAPÍTULO

Vrr. 1-3: Y Dios bendijo a Noé y a sus hijos y les dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y que vuestro temor y pavor esté sobre todos los animales de la tierra y sobre todas las aves del cielo: con todos los que se mueven sobre la tierra, todos los peces del mar han sido entregados en vuestra mano. Y todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento: como las plantas verdes, os lo he dado todo.

Texto hebreo: Y Dios bendijo a Noé y a sus hijos y les dijo: Sed fructíferos y multiplicaos y llenad la tierra, y que vuestro temor y pavor esté sobre toda bestia de la tierra y sobre toda ave del cielo, sobre todo lo que hierve en el suelo, y sobre todos los peces del mar: todos os son entregados en la mano. Todo reptil que vive os servirá de alimento: como las hierbas verdes, os lo he dado todo.

Bendijo Dios a Noé: es decir, aumentó la gracia, dio una gracia mayor, concedió los dones más abundantes de bendiciones. Pero, ¿cuáles son estos dones? Dijo: Creced y multiplicaos y llenad la tierra y que vuestro temor y pavor esté sobre todos los animales de la tierra. En verdad, el hombre consta de dos partes duales: el cuerpo, que es como ὕλη (materia) y materia, y el alma, que cumple la función de ἐντελέχεια (perfección) y forma. En estas dos partes reside la naturaleza humana perfecta; y Dios llena abundantemente y otorga generosamente a ambas con las bendiciones más amplias de su misericordia, no obstante, sin ignorar sus virtudes: Creced y multiplicaos: aumenta el poder generador para propagar la especie, llenándolo de la virtud más abundante y con una gran cantidad en la semilla, para que esos pocos hombres y ese pequeño rebaño crecieran hasta convertirse en una nación infinita, en rebaños innumerables, en una multitud que cubriera toda la superficie de la tierra bajo todo el cielo, hasta que se generaran miles de generaciones. Y así como la generación es la obra más amigable y

natural entre todas, Dios también otorgó la abundancia de poder generador, que no podría agotarse fácilmente ni morir, proporcionando la capacidad a lo largo de toda la extensión del mundo. Sin embargo, este poder reside en el cuerpo, el cuerpo le proporciona el asiento y los órganos, aunque sea una virtud del alma vegetativa, que en el hombre no se distingue en absoluto de la sustancia racional, sino que en su sustancia, junto con la virtud de sentir, se contiene como un triángulo en un tetrágono.

Así como la razón, por su propia naturaleza, supera a la vida y al sentido, así el hombre supera a todos los animales, ya que el hombre posee razón, mientras que ellos no ascienden más allá del sentido; por eso se dijo al hombre desde su creación: Dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a las bestias de toda la tierra: porque por su propia naturaleza el hombre supera a todos; y por naturaleza y poder domina a todos, pero de hecho, muchos están privados de dominio debido al pecado. Pues muchas especies de irracionales se han convertido en siervos rebeldes y contumaces del hombre, porque el hombre, debido al pecado, se ha vuelto rebelde y contumaz ante Dios. Y muchas bestias, de hecho, atacan al hombre abiertamente, con una gran ferocidad, y le infligen la muerte. Y, en fuerza física, muchas son superiores al hombre; son más audaces, más fuertes y más poderosas.

Sin embargo, para que las bestias feroces no prevalecieran totalmente sobre los hombres, para que no los atacaran para desgarrarlos, matarlos y devorarlos, la divina providencia lo previó, quiso que el hombre, aunque físicamente inferior a muchas bestias, fuera mucho más poderoso en razón: de modo que las bestias más feroces y atroces no atacaran a la raza humana para desgarrarla y devorarla, sino que más bien temieran y temieran atacarla, y temblaran ante su vista y presencia. Esto es lo que dijo:

Y que vuestro temor y pavor esté sobre todos los animales de la tierra. No solo es un don y bendición del principio de la razón, que distingue al hombre por la razón; no somete a todos los animales a la obediencia del hombre en el estado de inocencia original: sino que hace al hombre, con el don de la razón y la majestad de su semblante, temible y temido por los animales.

Pero como, aunque no perecieran por la invasión de los animales, podían aún morir por la necesidad del hambre, les proveyó de alimento adecuado diciendo:

Todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento. Desde la creación, Dios había dado a los hombres las plantas de la tierra, las hierbas verdes y los frutos de los árboles como comida, diciendo: He aquí que os he dado toda planta que da semilla sobre la tierra y todos los árboles que tienen en sí mismos semilla de su especie, para que os sirvan de alimento: ahora bien, además de eso, relaja la prohibición sobre las carnes de los animales terrestres, acuáticos y las aves para los hombres como alimento; y así como antes les dio las hierbas verdes, ahora les da las carnes como alimento; por eso dice: Como las hierbas verdes os lo he dado todo.

¿Por qué ahora permite el consumo de carne, que antes no había concedido a los hombres desde la creación? Hay varias razones para ello. Primero, porque la fuerza de la tierra fue demasiado debilitada por la inundación; pues antes había dicho: Y yo destruiré a todos junto con la tierra. Por lo tanto, los productos de la tierra, las plantas, los frutos y las semillas siempre fueron de peor calidad después del diluvio que antes, y mucho más débiles en fuerza; de ahí que también fueran de peor alimento para nutrir a los hombres y restaurar la humedad primigenia: cuanto más deficiente es el alimento en virtud, menos adecuado es para el sustento de la vida.

Luego, la misma naturaleza humana había sufrido cierta disminución en su fuerza y se había vuelto algo más débil. Pues la

fuerza natural disminuye continuamente a través de las generaciones; por lo tanto, los hombres necesitaban un alimento más fuerte para mantener la vida sin una gran pérdida de la fuerza natural: las carnes son un alimento mucho mejor que los frutos y las hierbas.

Después, probablemente hubo otra causa urgente para permitirles comer carne en ese momento. Pues cuando salieron del arca, encontraron la tierra despojada; nadie había sembrado ni cosechado; nadie la había cultivado en todo el año, ni pudo producir nada durante todo ese año en que estuvo bajo la inundación de las aguas, que pudiera ser comido. Así que para que los hombres no se consumieran por la falta y escasez de alimentos, por el hambre y la necesidad, añadió nuevos alimentos, para que comieran las carnes de los animales y los peces, de los cuales había un número infinito: y así el consumo de carne y pescado fue introducido para el futuro.

Pero así como Dios había dado al hombre primordial todos los árboles y frutos para comer, reservándose un árbol para Él, ordenando al hombre que no comiera nada de él, para probar su obediencia y que el hombre cumpliera ese mandamiento como un tributo a Dios, como gobernador y señor de todo: así también, aunque permitió a estos hombres comer las carnes de los animales y los peces, quiere que se abstengan de una cosa, y les da un mandamiento especial prohibiéndolo, diciendo:

Vrr. 4-7: Excepto que no comeréis carne con su sangre. Porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras almas de la mano de todas las bestias; y de la mano del hombre, de la mano del hermano de cada uno demandaré la vida del hombre. Cualquiera que derrame sangre humana, su sangre será derramada por otro hombre; porque a imagen de Dios fue hecho el hombre. Pero vosotros creced y multiplicaos y llenad la tierra y pobládla.

Texto hebreo: Sin embargo, no comeréis carne con su vida, es decir, con su sangre. Y ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas, de la mano de cada bestia la demandaré; y de la mano del hombre, de la mano del hermano de cada uno demandaré la vida del hombre. El que derrame la sangre del hombre, su sangre será derramada por el hombre; porque a imagen de Dios creó Dios al hombre. Pero vosotros fructificad y multiplicaos y poblad la tierra y multiplicaos en ella.

El intérprete caldeo dice: De la mano del hombre, de la mano del hombre; quien derrame la sangre de su hermano demandaré la vida del hombre.

Hay muchas interpretaciones de este pasaje. Algunos creen que se prohíbe comer carne con sangre, es decir, sin derramar la sangre, ni separarla de la carne, como en el caso de los animales estrangulados, como se establece en Levítico, que si alguien caza un animal o un ave, debe derramar su sangre y cubrirla con tierra. Otros piensan que simplemente se prohíbe el consumo de sangre, como en Levítico, donde se prohíbe a los hebreos bajo pena de muerte comer cualquier tipo de sangre. Y algunos dicen que la sangre de los animales es pesada, terrestre y causa de muchas enfermedades.

Pero Dios no instituyó ahora preceptos ceremoniales para una nación en particular, sino que ordena a todos los hombres que eviten aquellas cosas que por su propia naturaleza corrompen la mente y la razón humana, y son perniciosas y deshonrosas para los hombres. Pues lo que aquí ordena, lo ordena para toda la humanidad, ya que en esos hombres a quienes prohibía estas cosas, estaba contenido en semilla toda la humanidad bajo el cielo, toda nación, todo pueblo y lengua, y todos descendemos de ellos y tomamos nuestra origen de ellos.

Casi todos los hebreos entienden aquí que se prohíbe comer un animal mientras aún está vivo: porque dice el Texto Hebreo: Carne

con su vida, es decir, con su sangre, no comeréis; pues la carne, mientras está con la vida y la sangre, está viva; fuera del animal no está viva. Prohíbe, por tanto, comer animales vivos, a los que había permitido como alimento: esto es feroz y cruel, propio de las bestias más feroces, crueles y brutales, no de los hombres, que por su naturaleza son animales santos y puros. Y de esto, todo hombre que no se haya transformado en la naturaleza de una bestia por una metamorfosis vil, se abstiene y lo detesta como inhumano.

Esta interpretación tiene sentido. Pero el propósito de este precepto es evitar que las mentes humanas, ávidas de sangre, se vuelvan feroces y crueles, de modo que los hombres, degenerando de su pacífica humanidad y naturaleza piadosa, no se vuelvan más feroces que las bestias más feroces, atacando a otros hombres, cazando a otros hombres, deseando comer carne y beber sangre humana, como leones y otras bestias más crueles. Por tanto, se prohíbe principalmente el homicidio y que la cruel brutalidad de las bestias más salvajes se perpetre contra los hombres.

En toda esta serie de palabras de bendición, parece que el misericordioso Dios consuela a ese pequeño grupo de hombres, que podrían estar afligidos por la tristeza y la angustia. Estas eran cuatro principales razones. Primero, porque todos sus padres, parientes, familiares, amigos y conocidos habían muerto y ellos solos habían sobrevivido. La muerte de estos les causa gran dolor y tristeza, debido al vínculo de amor y amistad que estrecha los corazones; este dolor crece sobre todo cuando no tenemos a otros más queridos y amados. Para que no se aflijan con esta tristeza, he aquí que Dios les dice:

Creced y multiplicaos y llenad la tierra. No os aflijáis, dice, porque habéis quedado solos, completamente desprovistos de todos vuestros parientes, amigos y seres queridos: he aquí que os haré una gran nación, os daré una gran multitud de hijos, que serán mucho más

queridos y amados por vosotros, y os haré crecer tanto que llenaréis toda la tierra bajo el cielo.

En segundo lugar: podían temer y verse muy debilitados por el miedo, ya que eran muy pocos, y había en la tierra muchas malas bestias y feroces animales que eran enemigos de los hombres; si estos, impulsados por el hambre, los hubieran atacado, ciertamente no habrían podido defenderse de ellos. También en este aspecto, Dios los consuela, diciendo:

Vuestro temor y pavor estarán sobre todos los animales de la tierra. No os atacarán, dice, ni os invadirán las malas bestias ni los feroces animales para devoraros, aunque sean mucho más numerosos y fuertes; porque yo infundiré vuestro temor en su percepción y haré que al veros, aunque sean muy fuertes y feroces, teman y tiemblen y, aterrorizados por el miedo, huyan de vosotros en lugar de perseguirlos.

En tercer lugar: podrían angustiarse grandemente, ya que aunque habían llevado muchos alimentos al arca, después de todo un año consumiendo esos alimentos ellos y los animales, ya se habían agotado; no tenían los frutos de los árboles que Dios había dado al primer hombre; la tierra no había producido nada, ni siquiera hierbas. Afligidos por esta triste perspectiva, se preguntaban: ¿qué haremos? No tenemos alimentos, no tenemos frutos, la tierra no ha producido nada; si sembramos, antes de que las semillas se conviertan en hierbas, hagan espigas y la cosecha esté cerca, moriremos de hambre; si plantamos árboles, antes de que crezcan y maduren para dar frutos, pasarán muchos tiempos y años. Mientras tanto, nos consumiremos por la desnutrición y finalmente moriremos de hambre, con una muerte más dura que la de todos los que perecieron en el diluvio. En cuanto a esto, Dios los consuela sobre los alimentos, diciendo:

Todos los peces del mar han sido entregados en vuestra mano; todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento: como las hierbas verdes, os lo he dado todo. No os consumáis con la preocupación por el hambre, dice, si no tenéis frutos de los árboles, si la tierra no ha producido nada; he aquí que os doy nuevos alimentos para vuestro uso; todos los animales de la tierra serán vuestro alimento. Y si esto no os basta, ya que quedaron pocos con vosotros en el arca debido al diluvio, he aquí que os entrego todos los peces del mar, cuyo número es infinito; pues no perecieron por la inundación de las aguas. Y no os horroricéis por este nuevo tipo de alimento, porque así como las hierbas verdes, os doy estos, para que ahora os deleitéis y disfrutéis de estos alimentos de la misma manera que antes con las hierbas y los frutos de los árboles. He aquí que se ha provisto abundantemente y con generosidad para que no perezcáis de hambre ni os consumáis por la desnutrición.

Finalmente, en cuarto lugar: podían sentir un gran temor, ya que eran muy pocos; ¿qué pasaría si surgiera una ira o disputa entre los hermanos y, enojados y peleando, uno matara al otro, como Caín mató a Abel? El padre era anciano y no había engendrado más hijos o hijas después de la muerte de Abel, como hizo Adán; los hijos aún no habían engendrado, y entre ellos estaba Cam, que no era un hombre muy bueno, ni mucho mejor que Caín. Por lo tanto, con razón podían temer la muerte y el asesinato. Por esto, Dios los consuela con una seria advertencia, ordenando que nadie derrame sangre humana, es decir, que nadie mate injustamente a otro hombre; y para evitar aún más que sus mentes se inclinen al asesinato, ordena que no sean crueles ni siquiera con los animales que les ha permitido comer, que no coman la carne de los animales vivos con su vida y sangre reciente, que no desgarren ni devoren sus miembros, como las fieras más crueles que devoran a los animales vivos desgarrándolos y matándolos. Esto es lo que dice:

No comeréis carne con su sangre, o carne con su vida, con su sangre no comeréis. Porque la sangre es la vida del animal, ya que la sangre da la vida; no porque la sangre sea el alma, sino porque es la sede principal del alma y mantiene el alma en el cuerpo y realiza muchas funciones vitales. Pues tiene el movimiento local para nutrir y alimentar todas las partes del cuerpo; hierve; coagula la humedad primigenia, que proporciona nutrientes al calor; llena el cuerpo de espíritus; sustenta y conserva la vida; protege y fortalece al animal, y proporciona a todas las partes alimento, crecimiento, calor y espíritu. Por lo tanto, se dice que la sangre es el alma del animal, como también se dice en el Levítico: Porque la vida de ellos, es decir, de los animales, es su sangre, tanto porque en la sangre está el alma, como se dice allí, como porque sustenta y conserva la vida. El alma, sin embargo, en la Sagrada Escritura, a menudo se toma por esa vida del animal que se mantiene por la sangre y la respiración; por lo tanto, se dice que el alma vive en cuya nariz está el aliento de vida. Pues este precepto se instituyó para frenar la crueldad de los hombres:

Requeriré la sangre de vuestras almas de la mano de todas las bestias y de la mano del hombre. Aunque, dice, os he permitido que os alimentéis de la carne de cualquier animal, como de las hierbas verdes, no penséis que también os está permitido comer carne humana. Pues aunque el hombre es un animal, tiene un cuerpo sensible, un sentido más delicado, una carne más valiosa y por naturaleza mucho más agradable para comer: sin embargo, es un animal racional, capaz de mente y razón; tiene un alma de naturaleza celestial, dotada de inteligencia, esculpida a mi imagen y semejanza, marcada con la luz de mi semblante, capaz de contenerme a mí mismo dentro de sí por el conocimiento y el amor. Pero está rodeado de carne; este cuerpo se le ha dado como órgano e instrumento para realizar buenas obras, justicia y juicio según las leyes de la razón, para que, actuando como es debido, obtenga la gloria eterna, reciba

en los cielos una corona inmarchitable por sus méritos. Por lo tanto, para que pueda realizar estas cosas que conducen a la vida eterna, se le ha dado un cuerpo. Así que nadie se atreva a privarla de este órgano, a despojarla prematuramente de esta vestidura de carne; si alguien se atreve a intentarlo, si alguien, digo, derrama sangre humana, mata cruelmente a un hombre, debe saber que incurrirá en mi ira. Pues yo requeriré la sangre del hombre para venganza y castigo, lanzar la flecha de mi ira sobre el asesino malvado, lo afligiré con muchas penas y calamidades hasta la destrucción, hasta que mi espada devore su carne y mis flechas se embriaguen con su sangre. Estableceré autoridades superiores, a las que toda alma estará sometida, príncipes, digo, que no sean un terror para la buena obra, sino para la mala, para que los que hagan bien no teman la autoridad, sino que obtengan alabanza de ella; pero los que hagan mal, teman, porque los príncipes son mis ministros vengadores del mal para ira contra los que hacen mal. Por eso llevarán la espada para castigar con muerte a los que hagan mal; y su espada es mi espada. Así que si alguien derrama sangre humana, su sangre será derramada por la espada del príncipe y la autoridad, porque a imagen... de Dios fue hecho el hombre. Porque la vida del hombre es tan preciosa, buscaré venganza y no perdonaré a ningún hombre, sea extraño o pariente, incluso si el hombre que derramó sangre es el hermano del que mató; requeriré la sangre de la mano del hermano para venganza y castigo. Porque es tan horrible crimen matar a un hombre injustamente, que no permitiré en absoluto que quede impune, no solo si es un hombre quien derrama sangre humana, buscaré venganza, sino también de la mano de todas las bestias. Pues si hay una mala bestia o una feroz criatura que por su naturaleza ataque a un hombre, que invada a los hombres para despedazarlos, matarlos y devorarlos, la buscaré, la perseguiré, armaré a los hombres contra ella, para que la capturen con trampas, la hieran con jabalinas, o la atraviesen con lanzas, hasta que esa

feroz bestia muera. Así pues, alegrados y fortalecidos por estas bendiciones mías: Creced: es decir, dedicad vuestra atención a la procreación y generación, para que crezcáis y os multipliquéis en la tierra hasta que la llenéis por completo.

Vrr. 8-11: También dijo Dios a Noé y a sus hijos con él: He aquí que estableceré mi pacto con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros, y con toda alma viviente que está con vosotros, tanto en las aves como en los ganados y en las bestias de la tierra, y con todos los que salieron del arca, y con todas las bestias de la tierra. Estableceré mi pacto con vosotros, y nunca más será destruida toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra.

Texto hebreo: Y Dios dijo a Noé y a sus hijos con él, diciendo: Y yo, he aquí que establezco mi pacto con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros y con toda alma de bestia que está con vosotros, en las aves, en el ganado y en toda bestia de la tierra con vosotros, de todos los que salieron del arca, para toda bestia de la tierra. Y estableceré mi pacto con vosotros, y no será destruida toda carne más por las aguas del diluvio, y no habrá más diluvio para destruir la tierra.

Había una cosa más que podía causar a Noé y a sus hijos una tristeza gravísima y un dolor inconsolable. Dios nos ha bendecido, decían, para que crezcamos en infinitas generaciones, para que nos multipliquemos tanto que llenemos toda la tierra bajo el cielo con nuestros hijos; también nos ha hecho seguros contra las malas bestias y las feroces fieras, para que no temamos en absoluto de ellas, sino que más bien ellas tiemblen ante nosotros, temiendo nuestra presencia; también nos ha protegido contra la plaga miserable del hambre, contribuyendo con todos los animales como alimento para nosotros, y una infinita cantidad de peces; finalmente, nos ha prevenido tanto contra los homicidios, para que no nos

matemos unos a otros, para que no muramos por una muerte cruel. Pero, ¿quién nos asegurará contra el diluvio, para que no vuelva a descender sobre la tierra en el tiempo de ese gran cataclismo que hemos visto, para destruir toda carne bajo el cielo? Si viene otro diluvio, ¿de qué nos sirven estas bendiciones? ¿Para qué estos dones? ¿Por qué procrear hijos si serán destruidos nuevamente por la inundación de las aguas? Nuestro dolor será inconsolable al ver a nuestros hijos perecer ante nuestros ojos por una plaga irremediable. ¿De qué nos sirve ser seguros contra las bestias si pereceremos junto con ellas en un nuevo diluvio? ¿De qué sirven estos nuevos alimentos? Ciertamente, estas bendiciones no nos podrán liberar de la calamidad del diluvio ni a nosotros ni a nuestros hijos. ¿De qué nos sirve estar protegidos contra los homicidios? La muerte no es mucho mejor que ser ahogados por las aguas que ser asesinados por una mano nefaria. Si ese diluvio vino por la maldad de los hombres, ¿cuándo se encontrará un hombre en la tierra que haga el bien y no peque?

La sospecha y el temor de un diluvio venidero los afligía con el mayor dolor y tristeza. Por eso, también sobre esto los consuela Dios, diciendo:

He aquí que estableceré mi pacto con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros y con toda alma viviente; el pacto que establezco es que nunca más será destruida toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Os he hecho seguros, dice, de una muerte por exterminio, para que no muráis sin hijos: seguros contra las bestias: protegidos contra el hambre: prevenidos contra una muerte violenta. Ahora también os aseguro de mí mismo, prometiendo por mí mismo que no traeré más las aguas del diluvio para destruir toda carne con la tierra. Y establezco este pacto con vosotros para todas las generaciones futuras; no solo os aseguro a vosotros contra el diluvio, sino también a vuestra descendencia después de vosotros, es decir, a vuestros

hijos en todas las generaciones futuras hasta el fin del mundo. Porque también creé todos los animales y ganados y todas las criaturas, tanto celestiales como terrestres, para el hombre, son necesarias para el hombre para llevar las cargas de la vida más fácilmente: así como preservé a todos los animales junto con vosotros en el arca, así también por vuestra causa establezco este pacto con ellos, para que nunca más en el futuro sea destruida toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más en las generaciones futuras un diluvio general en toda la tierra bajo el cielo, como lo fue este que destruyó la tierra. No solo la inundación del diluvio corrompió y destruyó toda carne de la superficie de la tierra, sino que también debilitó mucho la fuerza y la sustancia de la misma tierra, y la hizo seca y estéril como arena, por eso se dice: Destruyendo la tierra.

Vrr. 12-16: Y Dios dijo: Esta es la señal del pacto que hago entre mí y vosotros y toda alma viviente que está con vosotros, para generaciones perpetuas; pondré mi arco en las nubes, y será una señal del pacto entre mí y la tierra. Y cuando cubra el cielo con nubes, aparecerá mi arco en las nubes; y me acordaré de mi pacto con vosotros y con toda alma viviente que posee carne; y nunca más las aguas se convertirán en un diluvio para destruir toda carne. Y mi arco estará en las nubes, y lo veré y me acordaré del pacto eterno entre Dios y toda alma viviente de toda carne que está sobre la tierra.

Texto hebreo: Y Dios dijo: Esta es la señal del pacto que doy entre mí y vosotros y toda alma viviente que está con vosotros, para generaciones perpetuas: he puesto mi arco en las nubes sobre la tierra y será una señal del pacto entre mí y la tierra. Y será que cuando nublare las nubes sobre la tierra, se verá el arco en la nube; y me acordaré de mi pacto que es entre mí y vosotros y toda alma viviente de toda carne; y nunca más las aguas se convertirán en un diluvio para destruir toda carne. Y será el arco en la nube, y lo veré

para recordar el pacto eterno entre Dios y toda alma viviente de toda carne que está sobre la tierra.

Para que los hijos de Noé conocieran que Dios es fiel en todas sus palabras, porque había prometido establecer un pacto con ellos para generaciones perpetuas, que no habría más diluvio, ahora les proporciona una señal tangible de este pacto, para hacerlos más seguros y confiados en su promesa.

Para la señal de este pacto, dice que pondrá su arco en las nubes. Este arco es el que los filósofos llaman iris, y los poetas han imaginado que es Iris, la mensajera de Juno, como dice Virgilio:

"Iris enviada del cielo por Juno Saturnia",

porque este tipo de arco anuncia la lluvia, de donde ἶρις se deriva de εἴρειν, que significa decir o anunciar.

Su naturaleza y generación son estas. Cuando una nube más densa y gruesa que no puede transmitir la luz del sol, ya que está lista para disolverse en lluvia, se coloca frente al sol, el rayo de luz emitido no puede atravesar esa nube, y la luz reflejada se refracta de regreso al sol. Reflejada por la nube gruesa y como acuosa, se proyecta hacia atrás en la nube húmeda que está más allá de ella, tratando de expresar la imagen y el semblante de la luz según sus fuerzas, similar a las especies visibles que irradian de una cosa visible como rayos muy finos. Al atravesar el aire, que actúa como un medio, pasan sin daño; pero cuando se encuentra un espejo, pasan fácilmente a través de la parte transparente del espejo: pero no pueden atravesar la densidad del metal plomizo o plateado debajo del vidrio, allí se terminan y se reflejan hacia atrás, formando una imagen muy similar de la cosa visible en la parte transparente.

Así se forma el iris. Pues ese rayo de luz refractado trata de expresar la imagen de la luz, pero debido a la gran distancia y la interposición de vapores entre el sol y la nube terminal, expresa muy oscuramente

y de manera imperfecta la imagen del sol; por eso el iris aparece en la nube con forma de arco, distinguido y adornado con colores rojo, verde y púrpura. Esta distinción de colores se debe a que cuanto más se extiende el rayo de luz, más débil se vuelve y menos claridad luminosa posee, sino que tiende hacia una oscuridad y un color casi negro. Por lo tanto, el rayo más fuerte, donde primero se refracta la luz, tiene un color rojizo y flameante, similar al color de la violeta ardiente, que participa mucho de la claridad luminosa: pero al volverse más débil, se convierte en verde; porque ese color tiende más a lo oscuro y casi negro. Nuevamente, al debilitarse más el rayo, finalmente se convierte en rojo, que se acerca más al negro que el color verde.

Y la causa natural de este arco y su generación es similar a la del halo; su generación es similar. Pues cuando bajo algún luminar se encuentra una nube de igual y uniforme densidad, el rayo de luz emitido por el luminar, al no poder atravesar la nube, se colisiona y se refracta: la densidad uniforme de la nube impide que avance directamente, pero es reflejado en los extremos de la nube y se difunde hacia atrás. Con esa refracción, se ve un gran círculo iluminado bajo el astro, como una corona brillante.

Este círculo, llamado halo, se forma bajo el sol y la luna, y también bajo otros planetas; sin embargo, se observa más frecuentemente bajo la luna, por lo que se llama área lunar. Pues el sol, con su calor ardiente, disgrega la nube rápidamente y no permite que permanezca mucho tiempo debajo de él; la luna, en cambio, no tiene tanta fuerza, y por eso el halo puede aparecer más fácilmente bajo ella y permanecer más tiempo.

Tanto el arco iris como el halo se forman por la refracción de los rayos de luz en una nube densa; sin embargo, con una diferencia: el arco iris se forma directamente opuesto al luminar, mientras que el halo se forma directamente bajo el astro; y el arco iris aparece más

oscuro debido a la gran distancia del luminar: mientras que el halo es más blanco y brillante debido a la distancia más corta del astro y a la refracción más fuerte de los rayos. Además, el arco iris dura más tiempo que el halo, ya que el halo, al estar directamente opuesto al sol y mucho más cerca de él, se dispersa más rápidamente: el arco iris, al estar más lejos y en una región opuesta, no se disgrega de inmediato por la distancia; por eso, cuanto más alto esté el sol sobre nuestro horizonte, más pequeño aparecerá el arco iris: y al mediodía, el arco iris es muy pequeño, mientras que al amanecer o al atardecer es el más grande que se puede ver. Y durante el verano, alrededor del solsticio de verano, cuando los días son más largos, no se puede ver el arco iris al mediodía en absoluto; después del equinoccio de otoño, cuando los días son más cortos, puede manifestarse en cualquier hora del día debido a la distancia del sol y su limitada capacidad para disgregarlo.

Finalmente, también hay una diferencia entre el arco iris y el halo: el halo siempre aparece como un círculo completo y perfecto, totalmente cerrado; mientras que el arco iris nunca aparece como un círculo completo, ni más grande que un semicírculo: a veces es un semicírculo tocando una parte del horizonte con un pie y la otra parte con el otro pie; a veces, es una porción menor que el semicírculo. Sin embargo, es importante tener en cuenta que siempre hay un solo arco iris, no varios causados por los rayos; si alguna vez aparecen dos o más, la imagen del primero es el segundo, con los mismos colores pero en orden inverso: el primero tiene colores rojos, verdes y púrpuras, mientras que el segundo, en orden inverso, púrpura, verde y rojo; como una imagen en un espejo representa la cosa de la que es imagen, y la que aparece en segundo lugar es mucho más débil que la primera, ya que es una imagen de esta y se forma por la refracción de sus rayos. De manera similar, si aparece un tercer arco iris, es tan débil que apenas se puede ver por la misma razón.

UNDÉCIMO CAPÍTULO

Versículos 1-4: Y toda la tierra era de un solo lenguaje y de las mismas palabras. Y cuando se desplazaban desde el oriente, encontraron un valle en la tierra de Senaar y se asentaron allí. Y uno dijo a su prójimo: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y usaron ladrillos en lugar de piedras y betún en lugar de mortero. Y dijeron: Venid, construyamos una ciudad y una torre, cuya cima llegue hasta el cielo, y hagamos un nombre para nosotros antes de que seamos dispersados por toda la tierra.

Texto hebreo: Y toda la tierra era de un solo lenguaje y de las mismas palabras. Y sucedió que cuando se desplazaban desde el oriente, encontraron una llanura en la tierra de Shinar y se asentaron allí. Y un hombre dijo a su prójimo: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y para ellos el ladrillo era como piedra y el betún como mortero. Y dijeron: Venid, construyamos una ciudad y una torre, cuya cima esté en el cielo, y hagamos un nombre para nosotros, no sea que seamos dispersados sobre la faz de toda la tierra.

Paráfrasis caldea: Y toda la tierra tenía un solo idioma y un solo discurso, etc.

Y toda la tierra era de un solo lenguaje. Descrita ya la multiplicación del género humano, después del inmenso cataclismo que devastó todo con su inundación, según la bendición del Señor, que bendijo a Noé y a sus hijos para que crecieran y se multiplicaran y llenaran toda la tierra, ahora Moisés prepara el camino hacia la genealogía del pueblo del cual Cristo, que es el fin de la ley para justicia de todo creyente, nacería en el tiempo debido, tejiendo nuevamente la genealogía de Sem extendida en línea recta desde su tronco. Pero primero narra el evento por el cual se hizo la distinción de los

pueblos, ya que antes todos eran un solo pueblo como una sola familia de Noé. Esto fue la división de las lenguas; pues antes toda la tierra era de un solo lenguaje y las mismas palabras, es decir, todos tenían una lengua, una propiedad común de hablar para todos, todos hablaban el mismo lenguaje con el que expresaban sus pensamientos internos y se comunicaban abiertamente entre sí: pues las cosas que están en la voz son notas y signos de las pasiones del alma.

Para una comprensión más clara de este pasaje, anotaremos algunas cosas. Primero, que el hombre por su propia naturaleza es capaz de conocer todas las cosas que están fuera de él, sean sensibles o intelectuales; de las sensibles es capaz a través de los sentidos, y de las intelectuales a través del intelecto, la mente y la razón. Por eso se dice que nuestra alma se convierte y es de alguna manera todas las cosas, sensibles a través de los sentidos, inteligibles a través del intelecto; pues ambas facultades se convierten en una con las cosas a las que tienden por su propia naturaleza, cuando están en acto con ellas y las reciben dentro de sí. Por lo tanto, todas las cosas que están fuera del alma, cuando se reciben en el alma a través del sentido o el intelecto, se convierten y se forman en la alma ciertas especies y semejanzas de ellas, como imágenes que representan exactamente aquellas cosas que están afuera. Esos conceptos del alma o concepciones, o simples aprehensiones de la mente, también se llaman pasiones, en cuanto se reciben en el alma.

Esos conceptos son los más ocultos en los más profundos recintos del corazón e inexplorables para otros, y el hombre no puede por sí mismo hacerlos evidentes a otros sin la ayuda de ciertos signos. Por eso, para expresar los conceptos internos, usa voces como signos por su propia voluntad y acuerdo. De ahí que el hombre, por la naturaleza y el Providentísimo Creador, ha sido proveído de la voz para expresar estos conceptos. No porque la voz misma tenga por su naturaleza la capacidad de explicar los conceptos internos: por su

naturaleza la voz no es más que un sonido emitido por un animal desde su boca por la percusión del aire en la garganta o laringe, que es golpeado y comprimido por el aire extraído del pulmón durante la respiración: sin embargo, es susceptible de la intención de significar algo. Por lo tanto, la voz misma es como la materia de la significación, como la plata del denario y del vaso. Así como la plata no es una vasija o una moneda, a menos que primero se le imprima una forma, pero es susceptible por su propia naturaleza; así las voces no son signos de los conceptos, a menos que primero se establezcan y se impongan para significar.

Por lo tanto, los nombres y las palabras no son simplemente voces, al igual que una vasija no es simplemente plata; sino que las voces, junto con la imposición y la intención de significar algo, son signos del concepto interno, no naturales, a menos que tomemos esa voz y los significados que incluso los animales irracionales poseen para expresar sus afectos internos, como los sonidos de molestia y tristeza, y de alegría y deleite. Estos significan naturalmente, y también su emisor por naturaleza, como el ladrido de los perros, el rugido de los leones y el mugido de los bueyes, así como la voz del hombre; pues por la voz y la locución se conoce al hombre, al igual que por el rugido al león y por el ladrido al perro. Pero esa voz del hombre que explica los conceptos mentales y las cosas conocidas no es un signo natural, sino convencional según la institución humana. Y las voces junto con la intención de significar expresan los conceptos internos desde la principal institución: posteriormente, las cosas conocidas y concebidas a través de tales conceptos; de modo que la primera institución fue destinada a hacer públicos los conceptos: en segundo lugar, a expresar la cosa de la cual es tal concepto.

Por lo tanto, la voz, ya sea que signifique conceptos o cosas, siempre es convencional, no natural, como lo entendió Aristóteles. Si Platón pareció sentirlo de otro modo, sin embargo, no lo sintió menos

diciendo que los nombres significan naturalmente. Si un sabio muy experto e inteligente instituyera los nombres de las cosas, de modo que convenieran a la naturaleza de las cosas, se podría decir convenientemente que esos nombres significan naturalmente: como si alguien viera una imagen o una figura que imita muy bien la naturaleza de aquello que representa, lo llamaría natural por δεινολογίαν (Dinologian), es decir, exageración. Pero al igual que esa imagen esculpida no representa la cosa por naturaleza, sino por arte, así también las voces de los nombres y las palabras.

Así claramente leemos en esta sagrada Génesis, cuando el Señor llevó a Adán todos los animales que había formado, para ver cómo los llamaría, y se dice: Todo lo que Adán llamó a los seres vivientes, ese es su nombre. Pues les impuso nombres muy adecuados, no porque tuvieran una significación naturalmente adecuada a las propiedades de los animales, sino porque impuso a las voces de los nombres tales significados, que esas propiedades más adecuadas y convenientes a cada animal eran manifiestas como un indicador.

Hasta aquí hemos tratado de lo que es común a los hombres. Pues así como la naturaleza es común a todos, también lo son las pasiones internas y los conceptos; así como las cosas y lo que se recibe en el alma por el sentido o el intelecto son las mismas por naturaleza para todos, de las cuales esos conceptos primero surgen a través de las especies y similitudes intermedias. Además, la voz con la que el hombre está dotado por su propia naturaleza para poder expresar sus conceptos, es común a todos los hombres, por la cual el hombre también se distingue de otros animales a través de la audición y por la cual expresa naturalmente sus afectos internos de molestia y alegría, como muchos otros animales que emiten sonidos.

Entonces, en ese tiempo, cuando se hizo esta división de las lenguas, las voces convencionales que significaban según la institución humana eran las mismas para todos, y los mismos discursos para

hacer públicos los conceptos internos del alma y manifestarlos a otros; esto es lo que se dice: Y toda la tierra era de un solo lenguaje y las mismas palabras. Pues las voces convencionales que significaban nombres y palabras eran las mismas para todos, todos los hombres significaban una cosa con la misma voz y el mismo nombre, había una sola propiedad de hablar, una lengua; esto es: de un solo labio, de una sola lengua, de una sola propiedad y dialecto de hablar: Y las mismas palabras, porque esa lengua no tenía diferentes dialectos, como la lengua griega que tiene cinco dialectos, es decir, géneros de hablar: jónico, dórico, ático, eólico y el lenguaje común.

Además, la fuente hebrea tiene: De un solo labio: וּדְבָרִים אֲחָדִים (u-devarim ajadim), es decir, y de las mismas palabras. La palabra דבר (davar) en hebreo suele significar tanto discurso como palabra y cosa, o cualquier cosa que subyace al discurso; con ה (he) por παραγωγήν (paragogēn) significa costumbre, hábito, locución; por lo tanto, con esas palabras se podría significar la simplicidad de los asuntos y negocios, la similitud de costumbres y la concordia de los espíritus, que suelen ser muy diferentes, desemejantes y discordantes entre las gentes de distintos idiomas; pero para aquellos que cultivan el mismo idioma y habitan la misma región, suelen ser las mismas costumbres y ritos, y la concordia de los espíritus. Y aquellos hombres habitaban todos la misma provincia, teniendo el mismo idioma, por eso se dice: La tierra era de un solo labio.

Y cuando se desplazaban desde el oriente. El arca descansó, como leímos anteriormente, sobre los montes de Armenia, y Noé y sus hijos, después de salir del arca, habitaron esa región. Posteriormente, viendo que no era una región óptima y bien dispuesta para habitar, se trasladaron de allí. La región de Armenia es completamente montañosa, llena de montañas por todas partes; pues en ella están los montes Moschici, que se extienden sobre la parte del Ponto hacia Capadocia; Pariedro, donde nacen los ríos Éufrates y Araxes;

Antitauro, Tauro y Nifates Córdica, de donde nace el Tigris; los Caspios, que se dirigen hacia los Medos, y los Cáucasos, de donde nace el río Ciro. Entonces, como la región de Armenia parecía menos adecuada para habitar a esos hombres, ya que era totalmente montañosa y áspera, todos se trasladaron de allí; y se dice que se desplazaron desde el oriente, porque la región de Armenia es más oriental que Babilonia y la región de los caldeos.

Encontraron un valle en la tierra de Senaar y se asentaron allí. La tierra de Senaar, que ahora se llama Caldea y Babilonia, es una región plana, no montañosa ni áspera, sino una planicie muy amplia y extensa, y muy agradable para habitar, bastante y suficientemente óptima; por eso decidieron establecer su morada y asentarse allí, considerando que habían encontrado el lugar más adecuado. Por eso se animaron mutuamente para construir una ciudad y una torre:

Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Quizás, como esa región era plana y llana, no tenía piedras adecuadas para la construcción, o pensaban que el edificio sería más firme si fuera de ladrillo, o incluso, como muchos creen, porque ya sabían, por su padre Noé, su maestro, que este mundo estaba reservado para el fuego, como el anterior fue para el diluvio; y las piedras se disuelven en cal con el fuego, pero los ladrillos cocidos al fuego se solidifican aún más. Por eso, para que el edificio se mantuviera intacto incluso por el fuego y permaneciera perpetuamente en los siglos futuros, pensaron en construirlo de ladrillos. Y tuvieron ladrillos en lugar de piedras y betún en lugar de mortero; pues dos cosas se requieren en parte del material para la construcción: piedras y barro. Ellos tuvieron ladrillos en lugar de piedras, y en lugar de barro que une y conecta las piedras, tuvieron betún, que es una especie de barro muy tenaz y un pegamento muy fuerte.

Preparados, pues, los materiales necesarios para construir el edificio, dijeron:

Venid, construyamos una ciudad y una torre, cuya cima llegue al cielo. Antes, mientras permanecían bajo el poder de Noé, su padre, habitaban humildemente en tiendas y chozas; pero cuando Nemrod comenzó a reinar sobre los hombres, inmediatamente pensaron en construir y levantar edificaciones soberbias, ciudades fortificadas con altísimas torres y murallas, con el mismo Nemrod como líder. Pues él fue el primero en atreverse a tomar el dominio y el reino sobre los hombres, con una mente excesivamente audaz, y presumió intentar dominar sobre toda la tierra y todos los hombres bajo el cielo. Y como sobresalía y superaba a todos en fuerza corporal, también puso a todos bajo su dominio. Era un gigante de cuerpo vasto y alto, muy fuerte de mano, y más audaz de mente, a quien nadie osaba resistir, pues ya había armado una tropa; y era muy prudente y sabio en consejo, aunque con una prudencia y sabiduría que es carnal y enemiga de Dios.

Él, pues, convocó a un consejo de todos los hombres y les persuadió, junto con sus colaboradores, para que construyeran una ciudad y una torre, que sería la sede del reino y la metrópoli y capital de toda la tierra. Esto es lo que se dice:

Dijeron unos a otros: construyamos una ciudad amplísima y magnífica y rodeémosla con murallas y baluartes muy fuertes; y en el medio de la ciudad, como fortaleza y ciudadela muy segura, construyamos una torre altísima, cuya cima parezca alcanzar el cielo; y haciendo esta obra tan maravillosa y admirable, conseguiremos la mayor gloria en los siglos venideros y celebraremos nuestro nombre gloriosamente por toda la eternidad. De lo contrario, sin gloria y sin monumentos de nuestros nombres, seremos dispersados por todas las tierras, como ovejas sin pastor y sin refugio donde congregarse. Antes de que seamos dispersados, pues es fácil que esto ocurra si no lo hacemos, construyamos una ciudad y una torre, donde todos podamos habitar juntos, y sea la más segura de nuestras moradas y la sede y clave de nuestro reino. Toda

la multitud, con una mente propensa y dispuesta, accedió a obedecer la orden de Nemrod y a seguir su voluntad.

Es claramente absurdo lo que dicen muchos, que estos hombres construyeron la torre para que su cima alcanzara el cielo, con el propósito de ascender al cielo y luchar contra Dios en un carro celestial. Esto es, en efecto, una fábula de poetas, quienes imaginaron que los gigantes nacieron de una tierra enfurecida, con pies de serpiente, cuerpos altos y preparados para expulsar a Júpiter de su sede celestial. Lo cierto es que ellos tenían una mente impía y contraria a Dios, negando su poder y virtud, y siempre volviendo su mente y pensamiento hacia el inframundo.

No puedo ser persuadido para creer que todos los que construían la ciudad y la torre tenían esa mentalidad. La razón nos obliga a sostener que todos los hombres se reunieron para construir esos edificios y cooperaron, o al menos consintieron. Pues antes de esa construcción, todos los hombres tenían un solo lenguaje y el mismo discurso, y debido a esa estructura, su lenguaje se confundió. Claramente, si no todos hubieran cooperado en esa obra, su lenguaje no se habría confundido; pues para impedir esa obra, el lenguaje fue confundido; y como ese lenguaje primitivo era el hebreo, si no se hubiera confundido en todos, muchas naciones hablarían hebreo. Pero si fue confundido en todos: ¿por qué en todos los hombres, si no todos participaron en la obra, siendo que el lenguaje se confundió debido a esa obra? Y si todos participaron, ¿quién dirá que Noé, que aún vivía, Sem, Arfaxad, Sale y Heber, hombres santos y justos, tenían esa mentalidad y espíritu? Si hubieran tenido la mentalidad de alcanzar el cielo con la cima de la torre y ascender al cielo, habrían propuesto construirla en las altas montañas en lugar de en un valle o en una planicie baja.

Tampoco me convence mucho lo que dicen la mayoría de los expositores, que esos hombres quisieron construir una torre tan alta

con la intención de salvarse allí si acaso sobrevenía nuevamente un cataclismo de aguas, como el diluvio anterior. Pues todos los hombres estaban seguros de la promesa divina, con la cual el Señor hizo un pacto con Noé y todos los seres vivientes de la tierra, un pacto eterno que nunca se rompería. Y si esa hubiera sido su mente y propósito, mucho mejor y más conveniente hubiera sido construir esa torre sobre las altísimas montañas de Armenia, donde habrían encontrado muchas y enormes piedras, de modo que no habrían necesitado cocer ladrillos para usarlos en lugar de piedras, y allí habrían encontrado rocas muy sólidas sobre las cuales podrían haber echado cimientos eternos, y sin duda alguna habrían estado mucho más seguros sobre las montañas más altas de una inundación de aguas, que en un valle o llanura. En los valles y tierras planas es mucho más fácil que ocurran inundaciones y aluviones de agua, porque no solo reciben las aguas que caen del cielo, sino también las que descienden de las montañas debido a las lluvias y el deshielo de las nieves; las montañas siempre descienden las aguas a los lugares bajos. Y existe la opinión entre los antiguos y modernos hebreos de que Senaar fue llamado así porque todas las aguas del diluvio se dispersaron allí, es decir, que ese lugar se inundó más y las aguas permanecieron allí por más tiempo.

Por lo tanto, su intención y propósito fue construir una ciudad amplísima y de una magnificencia muy notable y espectacular, rodeada de murallas muy fuertes en anchura y altura, y en su centro una torre altísima, como una fortaleza muy bien protegida, para que con esa obra sus nombres fueran celebrados en los siglos futuros, en la perpetuidad de las eternidades, viviendo inmortalmente en la memoria de los hombres, y para que todos los hombres habitaran juntos en esa ciudad, evitando así ser dispersados sin una morada firme por todas las partes de la tierra. En esa fortaleza de la ciudad se asentaría su rey y emperador monárquico Nemrod, dominador de todos los hombres, de modo que esa ciudad sería la capital del

mundo, la sede de la monarquía y el principio de todo el reino, como se ha dicho anteriormente, que Babilonia fue la capital y el principio del reino de Nemrod.

Y ciertamente, las murallas de la ciudad de Babilonia, restauradas posteriormente por la reina Semíramis, eran tan espectaculares en magnitud y solidez que se cuentan entre las siete maravillas del mundo. Se dice que tenían cincuenta codos de ancho y cuatro veces más en altura, es decir, doscientos codos de altura. Y como se dice aquí, eran ladrillos cocidos compactados con betún, tan anchos que dos carros podían pasar fácilmente uno junto al otro. La circunferencia era de cuatrocientos ochenta estadios; la torre construida, que aún estaban edificando, tenía una altura de cinco mil ciento setenta y cuatro pasos; y una anchura muy grande y fuerte, de modo que a cualquiera que la mirara desde lejos, la longitud parecía disminuir: proponían construirla tan alta que su cima pareciera alcanzar el cielo. Su altura crecía fácilmente y más de lo que cualquiera podría esperar, construida por muchas manos. ¡Cuántos trabajos y cargas impone a los hombres el deseo de alabanza mundana y la vana ambición de gloria! Para celebrar sus nombres, se sometieron a las cargas y trabajos de construir tan grandes edificios y soportarlos. Pero veremos pronto cuál fue el castigo y la gran miseria que les siguió.

Versículos 5-9: El Señor descendió para ver la ciudad y la torre que construían los hijos de Adán, y dijo: He aquí que el pueblo es uno y todos tienen un solo lenguaje: han comenzado a hacer esto, y no desistirán de sus pensamientos hasta completarlos con sus obras: Venid, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que no se entiendan unos a otros. Así el Señor los dispersó de ese lugar sobre toda la tierra: y dejaron de construir la ciudad. Por eso, el lugar fue llamado Babel, porque allí fue confundida la lengua de toda la tierra: y desde allí los dispersó el Señor sobre la faz de todas las regiones.

Texto hebreo: Y el Señor descendió para ver la ciudad y la torre que construían los hijos de los hombres, y dijo el Señor: He aquí que el pueblo es uno y todos tienen un solo lenguaje: y esto han comenzado a hacer, y ahora no serán detenidos de todo lo que han pensado hacer: Venid, descendamos y confundamos allí su lenguaje, para que no entiendan el lenguaje de su prójimo. Y el Señor los dispersó de allí sobre la faz de toda la tierra; y dejaron de construir la ciudad. Por eso llamó su nombre Babel, porque allí el Señor confundió la lengua de toda la tierra; y desde allí los dispersó el Señor sobre la faz de toda la tierra.

El Señor descendió para ver la ciudad. Es una antropopatía y la Escritura habla de Dios de manera humana, adaptándose a nuestra debilidad y pequeñez. Sin embargo, este lugar manifiesta claramente la providencia vigilante de Dios, que contempla todos los actos humanos. ¿Qué significa "descendió para ver", sino que Él mismo atiende diligentemente y profundamente todos los actos y obras humanas, que son desnudos y abiertos a sus ojos? Es similar a esto: "Descenderé y veré si han completado la obra según el clamor que ha llegado a mí, o no, para saberlo". Y esto: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto..., y conociendo su dolor, he descendido para liberarlos". Ciertamente, Dios no se mueve de un lugar a otro, ya que llena todos los lugares: "Yo soy Dios y no cambio"; "Yo lleno el cielo y la tierra". Por tanto, se dice que desciende por los efectos que produce, cuando modera los actos humanos, ya sea mostrando misericordia o infligiendo castigos por los delitos.

Así pues, se describe que descendió para ver la ciudad y la torre que los hijos de los hombres estaban construyendo; pues ellos ya estaban llevando adelante la construcción de esos edificios. Porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican: viendo el Señor las mentes soberbias de ellos y las grandes estructuras de la ciudad y la torre, que estaban construyendo hasta el cielo, descendió para poner obstáculos a esas obras. Pues ellos estaban construyendo

esas estructuras, no para Dios, sino para sí mismos: "Construyamos", dicen, "para nosotros una ciudad y una torre": no para el honor y la gloria del Dios supremo, sino buscando más la gloria del mundo que a Dios, emprendían esas obras para celebrar su propio nombre; no una ciudad en la que Dios, rey y emperador de todos, reinara sobre ellos, donde se establecieran y guardaran las leyes divinas y los derechos divinos; sino para que en ella reinara el impío Nemrod, cazador cruel, quien impondría leyes injustas y escribiría iniquidad, para oprimir a los pobres en el juicio, y hacer violencia a la causa de los humildes...; para que las viudas fueran su presa, y los huérfanos fueran despojados; no para construir un templo y una casa divina donde Dios habitara, donde se cultivara la piedad y la máxima religión, donde se celebraran honores divinos y, en sinagogas congregadas, asambleas convocadas y reunidas en una iglesia de pueblos fieles, se cantaran alabanzas divinas; sino que construían una torre, que fuera la sede de Nemrod y la residencia segura de sus príncipes y soldados. Y no la levantaban en una estructura humilde de baja altura, sino en una altísima y sublime, para que, si fuera posible, alcanzara el cielo: "Cuya cima", dicen, "alcance el cielo": con lo cual se designa, por hipérbole, su audaz temeridad.

Dios, pues, viendo que su vano consejo sería causa de muchos males, y que la consonancia de sus voces proporcionaría ocasión para esos males, decidió no permitirles llevar a cabo sus obras hasta el final, para que la maldad no aumentara y el mal no se agravara. Así, eliminó la causa del mal, como un médico sabio que, al ver que una enfermedad empeora, utiliza inmediatamente la cirugía para evitar que la llaga se vuelva incurable.

"He aquí", dijo, "que el pueblo es uno y todos tienen un solo lenguaje: han comenzado a hacer esto, y no desistirán de sus pensamientos hasta completarlos con sus obras. Venid, pues, descendamos y confundamos allí su lengua." Todavía había una sola

raza de hombres, nacidos de un solo padre, Noé, y todos formaban una sola familia, ya que todos tenían el mismo origen y eran parientes. No había entre ellos diversidad de origen o raza, ni de costumbres, ritos y religión, ni de voz o lengua, ni de patria: sino que eran un solo pueblo, una congregación de hombres, una sociedad. Y así como todos tenían la misma naturaleza, las mismas pasiones y afectos, también tenían el mismo modo de vida, una dieta común, ritos y religión: una voz unánime para todos, una lengua que habían recibido de un solo padre. Pero ellos abusaban de estos bienes, y lo que por su naturaleza es bueno, se convertía para ellos en causa de ruina. Por lo tanto, viendo que esta pacífica comunión y la unidad del pueblo en concordia se convertía en mal para ellos, dijo: "Descendamos y confundamos allí su lengua: dividamos, pues, esta concordia y dispersamos la unidad de la voz y la lengua, para que, con lenguas divididas, este único pueblo también se disperse en muchos."

Dijo: "Descendamos": en plural, como también dijo: "Hagamos al hombre". Pues el Padre se dirige a las hipóstasis divinas que proceden de Él, iguales en naturaleza, coeternas en edad, iguales en poder, honor y dignidad, en todo iguales.

Algunos hebreos afirman que Dios aquí se dirige al tribunal del juicio, para que, cuando Él quisiera descender a juzgar a los hijos de los hombres, todos sus santos vinieran con Él. Pero el rabino Abrabanel refuta esto, diciendo que "si así fuera, primero se habría mencionado esto. ¿Por qué no se dice que Dios y el tribunal del juicio hicieron la confusión de lenguas? Y he aquí, inmediatamente se sigue que el Señor confundió allí la lengua de toda la tierra y desde allí los dispersó el Señor sobre todas las tierras, lo cual muestra claramente que sólo Dios fue la causa de estos efectos". Él lo interpreta de otra manera, refiriéndose a la divina providencia. El Señor, que conoce los secretos del corazón y juzga a cada uno según sus caminos, cuando vino a juzgar a estos hombres, hizo dos cosas:

primero, que la lengua original, que era una para todos, se dejara; y segundo, que se encontraran y establecieran otras lenguas y dialectos distintos. Esto lo hizo por sí mismo; y para encontrar y establecer las diferentes lenguas propias de cada uno, eligió a príncipes entre ellos, que eran las cabezas de las familias, quienes dirigirían su gobierno, y por eso habla en plural.

Pero, me pregunto, ¿no estaban esos príncipes en la tierra y construían la ciudad y la torre junto con los demás? ¿Cómo, pues, dice Dios: "Descendamos y confundamos allí su lengua"? ¿Qué significa confundir la lengua? Lo explica inmediatamente diciendo: "Para que no entienda uno la voz de su prójimo", es decir, para que no comprenda lo que quiere significar con su voz, de modo que oiga el sonido de la voz pero no entienda su sentido. Pero, ¿por qué se produce esta confusión? Porque, dice, "han comenzado a hacer esto, y no desistirán de sus pensamientos hasta completarlos con sus obras".

La cuestión entre los expositores fue si pecaron aquellos que quisieron construir la ciudad y la torre, y por qué Dios quiso impedir sus obras; algunos consideraron que pecaron, otros que no.

El rabino Abraham Aben Ezra y el rabino Levi ben Gherson sostienen que no pecaron en absoluto, sino que fue la divina providencia la que impidió que completaran esa grandísima ciudad, que era más una región rodeada de murallas que una ciudad, y la torre. Pues su propósito e intención al construir esos edificios era habitar juntos en una sola congregación y en comercio social; por eso dijeron: "Para que no seamos dispersados por toda la tierra". Ya que el hombre, como animal civil, político y social, desea una vida civil y social. Así que, queriendo cumplir con este deseo innato de la naturaleza, no cometieron ningún delito, ya que ese deseo no es malo. Y si no construían esos edificios solo por eso, sino también para celebrar su nombre en las generaciones futuras, ciertamente el

amor al honor y la gloria, φιλοτιμία (filotimia), no es en absoluto malo. Pues si el hombre puede lícitamente, sin ofender a Dios, desear riquezas y posesiones, ¿por qué no también honor, que es mucho mejor que muchas riquezas, siempre que no se detraiga nada del honor divino?

Pero si no deseaban ese nombre de gloria contra el honor divino, ¿por qué Dios, que no inflige un castigo inmerecido a nadie, destruyó sus obras y proyectos? Dicen que, debido a que de la convivencia simultánea de todos los hombres en un solo lugar podían seguirse muchos males que perjudicarían a la especie humana, incluso hasta su destrucción total. Muchas ciudades, provincias y reinos han perecido completamente por calamidades bélicas y sediciones civiles; si esto hubiera ocurrido entonces, cuando todos los hombres vivían juntos, sin duda todos habrían perecido. Y como un pequeño rincón de esa tierra no podría sostener y acoger a tanta multitud de hombres, y todos los hombres aman tanto su patria y lugar natal, que se considera entre las mayores penas el exilio de la patria, nadie habría querido emigrar voluntariamente de allí a tierras extrañas y desconocidas. De ahí que entre los cohabitantes habrían surgido muchas disputas, altercados, riñas, sediciones y calamidades de guerras civiles.

Y si eso no hubiera sucedido, la tierra no habría podido proporcionar suficientes alimentos a tan gran multitud de hombres para llevar una vida decente, al menos frugalmente; por lo que siempre habrían sufrido hambre y escasez de bienes y carencias. Luego, habrían prevalecido las enfermedades, para gran destrucción de los hombres; si una peste los hubiera afectado, todos habrían perecido fácilmente. Luego, si acaso debido a la influencia de los signos celestiales de lluvias hubiera ocurrido un cataclismo sobre esa región, como el de Deucalión o el de Ogyges, todos podrían haber perecido sumergidos por la inundación de las aguas. Finalmente, si hubieran caído en muchos errores y pecados criminales, cuando sus pecados hubieran

subido hasta el cielo, habría descendido fuego del cielo y los habría consumido a todos, como a Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas de Pentápolis.

Para que, por tanto, toda la multitud de hombres no se viera afectada por estos males y destruida, la divina providencia dispuso la confusión de lenguas, por la cual fueron dispersados por todas las regiones de la tierra. Esta es la opinión de estos doctores.

Sin embargo, esto no agrada a otros, y el rabino Abrabanel se opone a ello, diciendo que está lejos de la intención de la ley. Pues desde el día en que salieron del arca, convivieron en una misma sociedad; sin embargo, ninguno de esos males que mencionan les sucedió, ni fueron dispersados, ni su lengua fue confundida hasta que empezaron a construir la ciudad, y ninguno de esos males ha sucedido hasta este día en el campo de Senaar.

Los que sostienen que pecaron, algunos dicen que construyeron esa torre en contra de Dios, como los poetas fabulaban sobre los gigantes: otros dicen que lo hicieron con mucha soberbia. Sin embargo, aunque algún deseo de gloria y ansia de alabanza mundana los movió e indujo a emprender esta obra, ya que no se observa que ese deseo de gloria mundana se haya alzado contra Dios, como para que con su propio incremento se disminuyera el honor divino, ¿por qué se les castiga con tal pena?

Pero si examinamos todo el asunto más de cerca, encontraremos claramente que pecaron contra Dios, y ese deseo de alabanza y honor y la vana ambición de gloria ciertamente disminuían no poco el honor divino, sino que militaban contra Dios. Puesto que Dios es el creador de todos los hombres y por su propia naturaleza Señor, suya es la potestad, su reino y su imperio: Él quiere gobernar a los hombres por sí mismo. Por eso, cuando eligió la descendencia de Abraham, quiso reinar sobre ellos directamente, quiso gobernarlos y reinar sobre ellos como rey, como dijo en el Deuteronomio:

"Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa". Por eso, Él mismo les dio la ley y los decretos judiciales, y estableció jueces sobre el pueblo, que Él mismo eligió, para que juzgaran al pueblo según las leyes dadas por Dios. Así eligió a Moisés, Josué, Barac, Gedeón, Sansón, Jefté y Samuel, no como reyes que recibieran tributos del pueblo, sino como jueces. Por eso, cuando los israelitas, todos los ancianos de Israel, se congregaron ante Samuel en Ramá pidiendo un rey para ellos, como lo tenían las demás naciones, esto desagradó mucho a los ojos de Samuel, porque, como dijo Samuel, hicieron un gran mal a los ojos del Señor al pedir un rey sobre ellos. Por eso el Señor envió truenos, lluvias y relámpagos desde el cielo como signo de su ira y venganza por tal mal, porque, dijo a Samuel, "no te han rechazado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos".

Así ocurrió ahora. Pues así como el Señor gobernaba al pueblo israelita, siendo Él mismo su rey y señor, a través de jueces elegidos por Él, y ejercía sobre ellos el poder regio, así Dios, desde el principio, quiso gobernar solo sobre los hombres y reinar sobre ellos con poder regio. Pues el poder regio es el máximo que se puede encontrar y está exento de leyes, lo que solo corresponde a Dios por su propia naturaleza; sin embargo, gobernaba a través de jueces hijos de hombres, como fueron Adán, Set, Enós, etc., hasta Noé. Y esos jueces probablemente son llamados hijos de Dios, porque la palabra de Dios se dirigía a ellos para juzgar las causas del pueblo, como vemos claramente en Moisés. Y así Dios reinó solo sobre los hombres hasta que vino Nemrod; y cuando los hombres vieron a Nemrod nacido y hecho hombre, un gigante en cuerpo, poderoso en fuerzas, fortísimo en mano, audaz en mente, discreto y prudente en consejo, aunque con prudencia carnal, y ambicioso y deseoso de reinar y dominar sobre todos, lo eligieron como rey, despreciando el gobierno de Dios, y se entregaron todos a él y a su dominio, rechazando a Dios para que no reinara sobre ellos.

Nemrod, elevado en dominio y soberbia mental, instigaba a los hombres a la ofensa y desprecio de Dios, persuadiéndolos para que no atribuyeran a Dios la felicidad que recibían, sino que la consideraran como el resultado de su propia virtud. Así, alejaba a los hombres del temor de Dios e inducía a que pusieran toda su esperanza en su propia fuerza. Por lo tanto, les instó a construir esa ciudad grandísima y una torre altísima, para que esa ciudad fuera el centro del poder mundial y el pilar de su reino, y de este modo, construyendo esas magnificentes obras por su propia virtud y habilidad, celebraran su nombre en los siglos eternos con una memoria inmortal, creyendo que esa era la verdadera felicidad.

El pecado de ellos fue, por lo tanto, que al elegir y constituir a Nemrod como rey y monarca de toda la humanidad, príncipe y señor de todos los hombres, se apartaron del dominio de Dios. Cuanto más estaban enfocados en su propia gloria, más menospreciaban el honor divino. Ya que construían la ciudad y la torre para la gloria y magnificencia del rey elegido y para que sus nombres fueran celebrados eternamente en la memoria de los hombres, despreciando la providencia del gobierno divino, privaban a Dios del honor supremo y del poder regio.

Dios, viendo sus pensamientos y que no desistirían, y que ni siquiera los santos hombres Noé, Sem, Arphaxad y Heber, con su autoridad, piedad o exhortación, podrían prohibirles o impedirles que completaran lo que habían planeado, no soportaba que un solo hombre, no en calidad de vicario, sino con plena potestad real, se impusiera sobre toda la humanidad. Especialmente porque este hombre era tan impío que procuraba alejar a los hombres del temor, culto y religión de Dios, y llevarlos a la idolatría. Con su infinita sabiduría y el incomprensible consejo de su voluntad, Dios previó que no se llevara a cabo, mediante la confusión de las lenguas.

Aunque les permitió pensar y deliberar contra la voluntad y disposición divina según su libre albedrío, no llevó a cabo lo que habían decidido; no les quitó la voluntad ni les aplicó fuerza, sino que les quitó la capacidad. Ellos, bajo el rey elegido Nemrod, tenían la intención de vivir todos juntos en esa ciudad. Pero vivir juntos significa compartir mente y palabra, no simplemente pastar en el mismo lugar como los animales brutos. La comunicación mental ocurre cuando se manifiestan las pasiones internas y se hacen explícitas entre sí, las cuales permanecen ocultas bajo el velo impenetrable del corazón. Esta manifestación se realiza a través de las palabras, ya que las palabras son signos y señales de las pasiones que están en el alma. Cuando no hay palabras que expresen los conceptos, los hombres no pueden convivir ni cohabitar juntos, porque difieren en el intelecto y la voluntad, y no pueden comunicarse entre sí lo que entienden y desean.

Por lo tanto, la diversidad de lenguas aleja a los hombres de los hombres. Cuando dos personas se encuentran y no pueden pasar ni siquiera, pero están obligadas a estar juntas por alguna necesidad, si ninguno conoce el idioma del otro, es más fácil para los animales mudos, incluso de diferentes especies, asociarse que para los hombres, aunque sean humanos, hacerlo. Cuando no pueden comunicarse entre sí lo que sienten, la diversidad de lenguas impide que la gran similitud natural sea útil para la asociación de los hombres, de manera que un hombre prefiere estar con su perro que con un extraño. Por lo tanto, el Dios omnisciente y sabio previó la confusión de las lenguas para evitar que todos los hombres vivieran simultáneamente en esa ciudad bajo un solo rey.

Dios confundió sus lenguas de esta manera. De hecho, perturbó sus mentes y razonamientos con una gran confusión, y borró como con una abrasión su capacidad para comprender y recordar los significados de las palabras y expresiones en el idioma y lengua que todos compartían anteriormente. Imprimió en su imaginación y

mente nuevas formas y estructuras para articular palabras y formar nuevos sonidos, con el fin de expresar conceptos mentales internos y también significar las cosas externas mediante ciertos signos.

Así, el Señor los dispersó desde aquel lugar a todas las partes del mundo, y cesaron en la construcción de la ciudad. ¡Qué manera admirable de sabiduría tuvo Dios para destruir todo su consejo y propósito! Todos se habían reunido en un solo lugar, el campo de Sennaar, para vivir allí bajo un solo líder; y desde ese lugar, Dios los dispersó por todas las regiones de la tierra, confundiéndoles el lenguaje, para que no solo no pudieran vivir juntos, sino que tampoco quisieran hacerlo más. Impulsados por un odio mutuo, se alejaron unos de otros y buscaron diferentes regiones y países para habitar.

Sin embargo, permaneció en la región del campo de Sennaar solamente Nemrod y aquellos que compartían su idioma, engañados por la esperanza de alcanzar el dominio y poder sobre todos los hombres. No obstante, dado que era un hombre fuerte, muy poderoso en su mano y audaz de mente, no fue completamente despojado de la autoridad real; en lugar de eso, ejerció un tipo de imperio real sobre todos los que se quedaron con él, y el principio de su reino fue Babilonia. Por esta razón, el nombre del lugar fue Babel, porque allí se confundió el lenguaje de toda la tierra.

En cuanto al momento en que ocurrió esta confusión de lenguas y la división de las naciones, no todos están de acuerdo. Según la mayoría de los hebreos, esto ocurrió en el año 340 después del diluvio, diez años antes de la muerte de Noé, y el año 48 de la vida de Abraham, ya que Abraham nació en el año 292 después del diluvio.